



UACJ IADA



Los estratos indígenas en la conformación urbana de Paso del Norte durante el periodo virreinal.

David Arturo Muñiz García (194580)

Tesis para obtener el grado de
Doctor en Estudios Urbanos

Director de tesis
Dr. Alejandro González Milea
Lectores
Dra. Marisol Rodríguez Sosa
Dr. Emilio José Luque Azcona
Dr. Emiliano Gallaga Murrieta
Dr. David Dorado Romo

Ciudad Juárez, Chihuahua
Agosto 2023

Contenido

Introducción	1
1. Ciudad y memoria: un marco teórico para el estrato urbano	9
Construcción de la memoria de la ciudad	13
La memoria negada del pasado indígena	31
De Estratos y palimpsestos en la construcción de la memoria urbana.....	40
2. Historia de la ciudad e historia urbana de Ciudad Juárez.	62
La historia de Ciudad Juárez y la historia urbana de Paso del Norte	66
Paso del Norte desde México	67
Paso del Norte desde los Estados Unidos.....	70
Una narración indígena de la historia urbana virreinal de Paso del Norte	79
3. La materialidad indígena previa a la llegada del mundo occidental desde la información arqueológica	102
La relación milenaria entre la tierra y las personas.....	105
Materialidad de los modos de vida indígenas en la región Paso del Norte	119
La Gran Área Paso del Norte.....	138
Las expresiones materiales de los Jornada Mogollón en la región de El Paso.....	147
Conclusión del capítulo 3.....	175
4. Los indígenas de Paso del Norte en las fuentes históricas	181
Metodología Los indígenas en las fuentes virreinales	191
La presencia indígena en Paso del Norte.	194
Conclusión del capítulo 4.....	321
5. La cartografía virreinal y arqueología del periodo histórico	327
Cartografía histórica	328
Arqueología Histórica	348
Conclusión del capítulo 5.....	355
6. Los estratos urbanos indígenas en Paso del Norte durante el periodo virreinal	371
Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia	376
El largo tiempo territorial de la subsistencia.....	389
Escalas de trayectorias arquitectónicas	394
Las infraestructuras para consumo público-colectivo.....	403
Conclusión del capítulo 6.....	409
Epílogo. Más allá de los estratos	416

Territorialización y la condición de Frontera.....	417
La visión del Buen Salvaje como parte del proceso de negación del pasado indígena.....	422
Paso del Norte en tres escalas.....	426
Fuentes primarias	435
Fuentes secundarias	443

Índice de figuras y tablas

Figura 1 Mapa general del cauce del Rio del Norte. Elaboración del autor con información de código abierto.	107
Figura 2 Relieve en Paso del Norte y su relación con el cauce del río (incluye cauce histórico del río). Elaboración del autor con información de código libre y Secretaría de Relaciones Exteriores (1957).....	108
Figura 3. Mapa suelos de Texas -acercamiento- (TAES, 1973), nótese el extremo oeste con la franja de tierras aluviales que sigue el curso del río entre las cercanías de El Paso hasta Fort Hancock aproximadamente.	110
Figura 4. Suelos en el área de Ciudad Juárez. Elaboración del autor con información de código libre.	111
Figura 5. Arriba: mapa posiciones relativas del río Grande (Secretaría de Relaciones Exteriores, 1957). Abajo: sobreposición de la posición histórica del río y margen aproximado de la zona de inundación, con límites en la actuales avenida I-10 en El Paso y La Raza en Juárez, elaboración del autor con información de Google Earth.	113
Figura 6. Mapa del relieve en el área de estudio. El verde oscuro corresponde a la zona aluvial de depósitos dejados por el río, el Camino Real de Tierra Adentro y las poblaciones guaran una relación espacial con ese fenómeno geográfico. Modelo de elevación digital elaborado por el autor con información de acceso libre.	115
Figura 7. Mapa del área cultural Jornada Mogollón con las siete regiones internas (Wiseman 2018)	118
Figura 8. Mapa de la subregión Figure 4-2: The basins of the Jornada Mogollon heartland. (Crosshatched areas are) (Burgett, 2006b), redibujado por el autor mediante un modelo de elevación digital y con información de INEGI.....	120
Figura 9. Cronología de lo Jornada Mogollón en el periodo prehispánico (Pérez, 2016, p. 3) y virreinal (Miller, 2001, p. 106)	122
Figura 10. “Figure 11.2. Southern Jornada Mogollon (left) and Casas Grandes (right) chronologies after Di Peso et al. 1974; Miller 2005a; Stewart et al. 2004; Whalen and Minnis 2001a)” (Cruz Antillón et al., 2018, p. 208).....	125
Figura 11. Clasificación de los grupos Apaches. Elaboración propia con información de (Grenville, 2019; Griffen, 1985; Matson & Schroeder, 1957; Romo Dorado, 2019).....	130
Figura 12. Mapa áreas culturales. Elaboración del autor con información de código abierto.	135
Figura 13. Mapa de la región conocida como Great El Paso Region, con información de Miller & Kenmotsu (2004, p. 46). Elaboración del autor.....	139
Figura 14. Izquierda arriba reconstrucción de una pithouse circular en el Museo Arqueológico de El paso. Abajo, excavación de una pithouse rectangular de Firecracker Pueblo https://www.texasbeyondhistory.net/firecracker/pithouses.html . Derecha. diferentes tipos de pithouse encontrados en Great El Paso Region (Wiseman, 2018, p. 2-2).....	149
Figura 15. Tipos de habitaciones superficiales (Wiseman 2018).....	151
Figura 16. Ejemplos de casas tipo Pueblo. Abajo Paquimé, arriba Taos Pueblo. Imágenes de acceso libre.	153

Figura 17. Derecha dibujo de las casas tipo Pueblo en Hot Well Pueblo (Miller & Kenmotsu, 2004), izquierda excavación de una casa tipo Pueblo en Firecracker Pueblo https://www.texasbeyondhistory.net/firecracker/pubarch.html	154
Figura 18. Mapa de Magdalena Pueblo en (Marshal, 1984).	156
Figura 19. Distribución de El Paso Brown en periodo prehispánico (Brown et al., 2004, p.270)	158
Figura 20. Olla tipo El Paso Brown en el Museo Arqueológico de El Paso. (https://www.texasbeyondhistory.net/trans-p/prehistory/images/CER-el-paso-brownware.html).....	164
Figura 21. Ejemplos de El Paso Polychrome Der. Hueco (Roberts, 2009). Izquierda. El Paso Polychrome jar sherds Sherds recovered LA 110339 (Mescalero Cave). Photograph by Carol Price. http://ceramics.nmarchaeology.org/typology/photos?p=61	165
Figura 22. Tipos cerámicos por periodo (Wiseman, 2019, p. 3-4).....	166
Figura 23. Olla Rojo sobre café "This vessel was made by the mission's Piro or mestizo inhabitants sometime between 1684 and 1740 and represents a blending of Native and European styles. Its depiction of a human head on the body of a lion is what art historians refer to as a "Grotesque," and may be an expression of the Catholic faith." https://www.texasbeyondhistory.net/trans-p/prehistory/images/CER-EP1532-96.html . Izquierda, Brown et al. 2004.....	169
Figura 24. Mapa con la sobreposición de los lugares habitados por los grupos indígenas en las inmediaciones de Paso del Norte, información del autor sobre mapa "Sur Oeste de Estados Unidos y el norte de México, California y Texas SDUK 1874", en Alamy.com	187
Figura 25. Artist José Cisneros's conception of Inspector Pedro de Rivera presenting his credentials. En Naylor 2021.	256
Figura 26. Description of the Kingdom and Province of New México Alvarez Barreiro 1727 en Naylor 2021.	263
Figura 27. Inferior izquierda fragmento Miera y Pacheco (1758), derecha imagen satelital en QGIS, con información principalmente de Peterson (1999).	333
Figura 28. Mapa de Joseph de 1768 Urrutia recuperado en https://www.alamy.com/ Plano del presidio de Nuestra Señora del Pilar del paso del Rio del Norte dependiente de la gobernación del Nuevo México y situado en 33 grados y 6 minutos de latitud boreal y en 261o.	336
Figura 29. Fotografía de la inundación de 1958 en el Paso-Juárez. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.....	337
Figura 30. Renderizado en ArcMap del Mapa de Joseph de Urrutia. Arriba a la izquierda el proceso de vectorización, dibujando manualmente los elementos del mapa antiguo. Arriba, a la derecha sobreposición de una capa de calles proveniente del INEGI (2000). Abajo a la derecha sobreposición en una imagen satelital moderna de Juárez-El Paso. Abajo a la derecha sobreposición de vectores para ajuste final de la georreferenciación. Con mapa base en Google Earth, Open Street Maps. Elaboró David Muñiz.	339
Figura 31. Composición Mapa Salazar (1852). Se muestra la renderización y sobreposición de imágenes, primero el mapa original, luego la vectorización del río, acequias y caminos, enseguida se sobrepone a un modelo de elevación digital con base en INEGI (2000), luego a una imagen satelital de la ciudad actual (Google Earth). Elaboración del autor con información de acceso libre y Salazar Ilaguerra (1852).	342
Figura 32. Proceso de sobreposición de imágenes históricas centradas en el mapa de Emiliano Corella de 1896 (González Milea, 2021, p. 25), se puede apreciar que ocupa un espacio similar al del mapa de Urrutia de 1776 y la parte central del mapa de Salazar de 1852. Es de notar la diferencia entre la traza original de la ciudad y los nuevos proyectos como el de la zona suroeste. Con información de INEGI (2000) y Google Earth, elaboró David Muñiz.	343
Figura 33. Mapa comentado de Urrutia con a ubicación actual de las calles. Con información de (Urrutia 185). Elaboró David Muñiz.....	345

Figura 34 Sobreposición del cauce histórico del río del Norte con el mapa de Urrutia de 1776 y una imagen satelital moderna de Juárez-El Paso (Google Earth), elaboración del autor con información de acceso libre y de Secretaría de Relaciones Exteriores (1957, p. 95–99).	346
Figura 35 Fundo legal de las poblaciones de Paso del Norte. Elaboración del autor con información de acceso libre (Google Earth).	347
Figura 35. Composición, izquierda arte rupestre de Mississippi, centro mapa del Indio Miguel, derecha fragmento mapa de Miera y Pacheco 1758 (Cramaussel, 1993, p. 74; Malcolm, 1984, p. 101; Norris & Pauketat, 2008, p. 89).	348
Figura 37 Sobreposición y vectorización del Mapa de Mills de 1859. Elaboración del autor, con información de Arcmap.	349
Figura 38. Misión de Guadalupe de Paso del Norte a principios del siglo XX. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.	350
Figura 39 Ubicación de los sitios históricos en Paso del Norte (parte central). Elaboración del autor con información de acceso libre (Google Earth).	351
Figura 40. Iglesia de la Santa Niña en Sunland, Nuevo México, ubicada en el mismo lugar de la antigua Salineta, foto de Paul Garland. Recuperado de https://us.geoview.info/santa_nina_church,5490323	354
Figura 41 Ubicación de las distintas poblaciones mencionadas en el texto. Elaboración del autor con imagen de Google Earth.	356
Figura 42. Mapa de Urrutia de la Villa de Santa Fe, recuperado de: http://hycadventures.com/page106.php	360
Figura 43. Acercamiento de las casas de Paso del Norte en el Plano de Urrutia. Marcadas en líneas punteadas rojas (agregadas por el autor), se muestran ejemplos de casas-huertas	361
Figura 44. Comparativo grupo de casas en Paso del Norte (Urrutia 1776) con habitaciones prehispánicas en Pueblo Magdalena (Marshal 1984), arriba a la izquierda.	362
Figura 45 Trazos de algunas ciudades virreinales abajo a la izquierda: Plano de la Ciudad de Saltillo. Mapoteca del Archivo Municipal de Saltillo. Abajo a la derecha: Plano de la Ciudad de Guadalajara (Flores Hernández y Steven 2019, 6). Arriba a la izquierda Plano topográfico de la ciudad de Chihuahua (Malbrán 2021, 41.). Arriba a la derecha: Plano Topográfico de Durango 1910, Mapoteca Manuel Orozco y Berra.	363
Figura 46 Distribución de las poblaciones indígenas posterior a la revuelta de 1680. Arriba a la derecha distribución de los grupos indígenas previo a la revuelta de 1680, abajo a la izquierda fragmento del mapa de Miera y Pacheco 1775. Composición de David Muñiz sobre una imagen de Google Earth.	365
Figura 47 Información de la población y sus calidades en Paso del Norte entre 1728-1775, tomado de Claudia Gutiérrez (2021, p. 43).	369
Figura 48. Aspectos desde la arqueología con las fuentes históricas y su relación con los estratos	376
Figura 49. El Mundo Posible de Paso del Norte. Mapa elaboración del autor con información propia e INEGI (2000).	428
Figura 50. La Región de Paso del Norte. Mapa elaboración del autor con información propia e INEGI (2000).	431
Figura 51. La Ciudad de Paso del Norte. El mapa de la parte inferior sobrepone una imagen satelital contemporánea de Juárez-El Paso a la imagen superior. Mapa elaboración del autor con información propia e INEGI (2000).	433
Tabla 1. Capitanes del Presidio de Paso del Norte desde 1661-1787	100
Tabla 2. Archivos utilizados en orden cronológicos.	188
Tabla 3 Comparación de los datos de San Elizario (Bradley et al., 1997) con los de Gutiérrez (2021).	370
Tabla 4. Estratos urbanos indígena en Paso del Norte durante el periodo virreinal, incluye las 19 estrategias identificadas.	410

Agradecimientos

Al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología, CONAHCYT, por su apoyo financiero para realizar esta investigación. A la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, por haberme dado la oportunidad de participar en el Programa de Doctorado en Estudios Urbanos (DEU), en su generación 2019-2022. Al Dr. Alejandro González Milea por su atinada dirección y apoyo durante todo el proceso de investigación, bajo su dirección también comprendí una forma de trabajo distinta en la que se privilegian el respeto y la tolerancia a las ideas del alumno. A la Dra. Marisol Rodríguez Sosa, quién me acompañó prácticamente desde el inicio del proceso de elaboración de la tesis y a quién le debo el siempre mantener en perspectiva al urbanismo. Al Dr. Emilio Luque Azcona, quién también me acompañó en el proceso de la tesis, gracias a su cuidadosa lectura nos permitió tomar el rumbo de la investigación en un momento crucial, permitiendo ordenar mi pensamiento y ajustarlo a una historia urbana. Al Dr. Emiliano Gallaga, con sus comentarios el trabajo se afianzo en el aspecto arqueológico. Al Dr. David Dorado, quién realizó una lectura minuciosa del trabajo, sus comentarios sin duda han enriquecido la investigación, además de proporcionarme material inédito que pude incluir en la tesis. Al cuerpo de profesores del DEU, pues cada uno de ellos aportaron significativamente en mi formación, desde sus ámbitos de especialización, y con sus comentarios a mi trabajo he podido concretarlo satisfactoriamente.

A Kimberly, quién me acompaña en todo momento, sin ella este trabajo no sería posible pues ella participo durante toda la investigación, desde paleografía, búsqueda de materiales hasta corrección de estilo, este es también su trabajo; más allá de esto, su amor y el de nuestros hijos son lo que han permitido superar un proceso como el del doctorado, no siempre puedo expresarlo apropiadamente, pero: gracias, Kim. A Braulio y a Savy quienes también tuvieron que sobrellevar este proceso, impulsándome a continuar con su alegría y orgullo, mi esfuerzo es para ellos y por ellos. El ámbito académico no es el más propicio para expresarlo, pero: gracias a los 3, son lo que más amo en mi vida. A mis alumnos, quienes me regresaron la confianza en que vale la pena el andar el camino académico. A mis compañeros de generación del DEU, administrativos y profesores de la UACJ, en especial a la Licenciatura en Historia pues me han hecho sentir en casa. A mis padres y hermanos quienes siempre me apoyan sin importar la distancia. A las distintas comunidades indígenas por ser la inspiración y objetivo de este trabajo.

Resumen

Una ciudad se define tanto por su forma física como por la vida que aloja y estudiar la historia urbana es un camino para comprender la conformación de las ciudades. En la ciudad Juárez-El Paso la presencia indígena ha sido una constante y no, como erróneamente se creía, una excepción. Para demostrarlo se presenta una revisión de los trabajos arqueológicos en el área, fuentes históricas virreinales (publicadas e inéditas), trabajos etnohistóricos, en los cuales se indica que los indígenas han estado presentes de manera continua y, más aún, son uno de los elementos esenciales en la conformación de la vida urbana. La ciudad como la vemos y vivimos hoy en día es el resultado de un complejo proceso histórico en el cual los indígenas participan de manera activa; siendo especialmente relevantes en el periodo virreinal.

Para comprender el proceso construcción de la urbanidad en el antiguo Paso del Norte se retoma la propuesta teórica de *estratos urbanos* (Mejía Pavony, 2021), como estrategia de lectura de la historia urbana virreinal; asumiendo que el estudio de las ciudades antiguas debe ser distinto al de las modernas (Smith, 2007). Se parte del supuesto de una *triple negación* del pasado indígena (Sheridan Prieto, 2015), mediante la búsqueda de *indicios* (Ginzburg, 2003) subyacentes en la información. Se siguió una metodología que combina estrategias propias de la arqueología, la historia y la cartografía desde un enfoque de los estudios urbanos. Se retoma la información arqueológica para caracterizar los saberes indígenas que se transformaron y adaptaron al sistema virreinal. A través de 56 expedientes, organizados en 19 casos se identificó e interpretó la forma en que aquellos saberes permearon entre finales del siglo XVI y principios del XIX.

La propuesta de la tesis es leer la presencia indígena en la conformación urbana de Paso del Norte a través de cuatro estratos urbanos: los Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia, Formas de subsistencia, el Comportamiento espacial en distintas escalas y la Infraestructura para el consumo público-colectivo. Todas con estrategias de comportamiento específicas, que es posible rastrear a través de la información arqueológica, en las fuentes históricas y en la cartografía; condición que permite recuperar identidades urbanas subalternas y por lo tanto nos acerca un poco más a nuestro derecho a la ciudad.

Abstrac

A city could be defined as much by the physical form as by the life it hosts, study urban history is a path to understand the conformation of cities. In Juárez-El Paso city, the indigenous presence has been a constant and not, as was mistakenly believed, an exception. To show this, the archaeological works in the area, viceregal historical sources (published and unpublished), ethnohistorical works are reviewed, this source indicated that the indigenous people have been present continuously and, even more, are one of the elements essential in conformation of the urban life. The city as we see it and live today is the result of a complex historical process in which the indigenous people actively participate; being especially relevant in the viceroyalty period.

To understand the process of construction of urbanity in Paso del Norte, i used the theoretical proposal of urban strata (Mejía Pavony, 2021), as a strategy for reading viceregal urban history; assuming that the study of ancient cities must be different from that of modern ones (Smith, 2007). It begins from the assumption of a triple negation of the indigenous past (Sheridan Prieto, 2015), through the search for underlying indices (Ginzburg, 2003) in the information. The methodology combines strategies typical of archaeology, history, and cartography from an urban studies approach. The archaeological information is taken up to characterize the indigenous knowledge that was transformed and adapted to the viceroyalty system. Through of 56 files, organized into 19 cases, the way in which that knowledge permeated between the end of the 16th century and the beginning of the 19th century was identified and interpreted.

The proposal of this thesis is to read the indigenous presence in the urban conformation of Paso del Norte through four urban strata: Specters of coexistence, between negotiation and violence, Ways of subsistence, Spatial Behavior at different scales and Infrastructure. for public-collective consumption. All with specific behavioral strategies, which can be traced through archaeological information, historical sources, and cartography; condition that allows us to recover subaltern urban identities and therefore brings us a little closer to our right to the city.

Introducción

*¿Civilización? La historia cambia según la voz
que la cuenta. En América, en Europa o en
cualquier otra parte. Lo que para los romanos
fue la invasión de los bárbaros, para los
alemanes fue la emigración al sur.
No es la voz de los indios la que ha contado,
hasta ahora, la historia de América...*
Eduardo Galeano

La forma, aspecto, apariencia y paisaje de la urbe Ciudad Juárez-El Paso son muy distintos a las de otras ciudades contemporáneas y de origen virreinal; y podría haber múltiples razones para ello, pero una se encuentra en su particular historia: ¿por qué la antigua Paso del Norte (Ciudad Juárez-El Paso) careció de un centro de época colonial y tampoco permite hoy identificar los barrios o parcialidades indígenas? Es probable que esto se deba a que durante el virreinato Paso del Norte no estuvo sujeta por completo al poder hegemónico hispano, y la corona debió de negociar con las otras colectividades que conformaron cierta urbanidad paseña. Algunas características en la forma de vida en Paso del Norte llevaron a su configuración particular del entorno construido. Los elementos que observamos hoy en día en la ciudad -ciertamente patrimonializados- no se ajustan precisamente a los de otros lugares; pero dichas características pueden interpretarse como “estratos urbanos”, englobados en los tipos de convivencia, el comportamiento espacial, las formas de vida y las infraestructuras. La forma de la ciudad es dialéctica con las características de la sociedad que la viven. En la actualidad la idea del pasado de las ciudades se construye en buena medida a partir de las designaciones de patrimonio, pero Paso del Norte comparte pocos elementos patrimoniales con otras ciudades virreinales, y aunque esto puede responder a procesos históricos distintos, resulta interesante preguntarse cómo pudo influir “la negación”, y no la supuesta falta de riqueza histórica.

El presente trabajo busca entender la conformación de los estratos urbanos de Paso del Norte durante el periodo virreinal, desde su materialidad y la lectura crítica de fuentes. Interesa comprender la manera en que el pasado se patrimonializó de manera distinta al de otras ciudades virreinales, y particularmente identificar y caracterizar la presencia indígena como ámbito de generación de sustratos, a través del análisis del papel de la negociación y la condición de frontera

en el proceso de territorialización. Así, parece posible establecer el papel que tuvo el discurso histórico en la conformación del imaginario acerca de la ciudad.

Entre otros, los grupos con los que la corona española tuvo que negociar eran poblaciones originarias de la región. Pero en la historiografía tradicional estos grupos han sido vistos como agentes pasivos, conceptualizados como marginales; entonces ¿es posible que los grupos marginales, como los indígenas tuvieran realmente una participación en la conformación urbana? Y si fue así ¿por qué no habían sido visualizados? Posturas recientes en la historiografía urbana latinoamericana apuntan a que la participación de los indígenas y los grupos marginados en general fue mucho más activa de lo que se había supuesto; es probable que así haya sucedido en Paso del Norte, que los indígenas hayan aportado saberes ancestrales al entorno construido y vida de la ciudad. Es posible que no se haya reconocido previamente debido a un proceso de triple negación del pasado, ocurrido en las fuentes, en la historiografía y en el imaginario urbano. Puesto que el imaginario del antiguo Paso del Norte se construyó a través de un discurso reivindicatorio y epopéyico, del triunfo de la civilización sobre lo salvaje, se negó la participación de colectividades como los indígenas en la conformación de la urbanidad. Sin embargo, tal discurso triunfalista puede entrar en contradicción con la lectura crítica de las fuentes, y también con la materialidad que fue producto de ese proceso histórico. El impacto de grupos marginados desde la historiografía debe ayudar a comprender las particularidades de un entorno construido como el de Ciudad Juárez-El Paso.

Si los indígenas tuvieron una participación en la conformación de Paso del Norte ¿qué dimensiones de la urbanidad de esos grupos indígenas se involucraron?, y ¿de qué manera se les ha negado en la historiografía urbana? Una forma de observar el impacto de un grupo en la urbanidad es la importa material que dejan. Así, habría una relación entre urbanización y urbanismo, es decir la huella material –la urbanización- tendría una relación directa con la manera de vivir la ciudad –urbanismo- (Wirth, 1962, p. 9); la forma dispersa y alargada de la ciudad debería tener una relación con la vida de los indígenas en Paso del Norte. La información recabada permitió identificar que, en efecto, existe una relación entre urbanismo y urbanización, y que es posible interpretar desde la idea de “estrato urbano”. Para ello fue fundamental la revisión de la historiografía urbana, pues fue necesario identificar el discurso predominante.

Reconocer el impacto de los indígenas en la conformación urbana tiene repercusiones actuales, por ello se intentó resolver ¿cómo es que la comprensión de una historia urbana puede ayudarnos a repensar el imaginario acerca de la ciudad, visualizar las posibles identidades y conformar otros patrimonios urbanos? La memoria de las ciudades se construye en buena medida sobre la patrimonialización de los monumentos, y la comprensión de la historia urbana de Paso del Norte puede aportar nuevos elementos para imaginar el tránsito histórico, y la forma de la ciudad, de una manera distinta, en donde las identidades no se finquen en prejuicios o intentos homogeneizadores. Ello también permitiría reconocer la diversidad de aportes de aquellos grupos que fueron llegando a lo largo del tiempo, y de aquellos que siempre han estado ahí. Es decir, otros imaginarios construyen identidades distintas, para reconocer otros patrimonios. Así, la historia urbana de Paso del Norte puede ayudar a recuperar el derecho a la memoria de aquellos grupos tradicionalmente excluidos, sumando elementos para generar posibles identidades urbanas que a su vez cuestionen la idea de que en Juárez no hay historia antigua.

Los hallazgos e interpretaciones que este trabajo aporta son en más de un sentido. En el ámbito teórico se logró operativizar el concepto de sustrato/estrato proveniente de la Historia Urbana Latinoamericana en la comprensión del palimpsesto urbano, promoviendo una visión más crítica del concepto de ciudad desde la premodernidad; y ello mediante el uso del paradigma indiciario, para examinar la triple negación del pasado indígena y construir una perspectiva integral de la memoria de la ciudad con el entorno construido como elemento de comprensión en la historia. En el aspecto metodológico, se desarrolló una propuesta multidisciplinaria que incluyó a la historia, la arqueología y la cartografía para entender el fenómeno urbano antiguo; además del empleo mixto de fuentes primarias, secundarias, digitales y escritas.

En el terreno de lo factual el trabajo muestra que Juárez-El Paso tiene un pasado prehispánico abundante y, sobre todo, dinámico. Como parte de ese rico pasado, y a contrapelo de la visión tradicional, se dio cuenta de la existencia de poblaciones indígenas, permanentes, previas a la fundación de Paso del Norte, y la continuidad y transformación de comportamientos y estrategias de vida indígenas que llegan, incluso, hasta hoy en día. Todo esto, a través de una propuesta de historia urbana de Paso del Norte que visibiliza los estratos urbanos marginados, con información de 56 documentos, en 19 casos de estudio, en su mayoría inéditos.

El presente trabajo inició la fase de búsqueda de archivos el segundo semestre del 2020, tiempo en el que la pandemia de Covid-19 evitó la movilidad física en todo el mundo, a lo cual, aquellos que acudíamos a los archivos no estuvimos exentos.; por lo que se tuvieron limitaciones en el acceso a la información. Solo fue posible realizar un par de estancias cortas en los archivos de manera presencial; pero esta misma condición permitió explorar estrategias diversas de búsqueda y procesamiento de información abriendo derroteros inesperados en la investigación.

El trabajo se divide en seis capítulos y un epílogo. La idea general es plantear supuestos teóricos sobre los que se sustentan los argumentos factuales, para después ubicar la temática abordada en la discusión de la historia urbana virreinal y establecer los antecedentes a partir de los cuales se presenta la información. Los capítulos 3, 4 y 5, que representan el grueso de la evidencia, pretenden mostrar que los indígenas fueron relevantes en la construcción del urbanismo en Paso del Norte. El argumento es que la evidencia arqueológica (capítulo 3) permite identificar los comportamientos que pudieron sobrevivir en el periodo virreinal; la evidencia histórico-documental, durante este periodo, muestra una transformación paulatina de los aspectos arqueológicos y una presencia indígena muy activa (capítulo 4); la cartografía y la arqueología histórica (capítulo 5) aportan evidencia material de distinto tipo al argumento principal. Con todos estos elementos se proponen cuatro estratos urbanos indígenas (capítulo 6), susceptibles de ser leídos como parte de la construcción del urbanismo en Paso del Norte.

El primer capítulo consiste en el marco teórico, y se ocupa de la historia urbana, a través de tres apartados: construcción de la memoria de la ciudad, la memoria negada y de Estratos y palimpsestos. En primer término, se plantea la manera en que se construye la memoria de una ciudad a través del patrimonio y la identidad urbana, retomando los preceptos de la historia urbana para comprender el tránsito de un asentamiento a una ciudad; para lo que se utilizó a la arqueología como herramienta para obtener registros de urbanismo, y al paradigma indiciario como estrategia de lectura de las fuentes. El segundo apartado explica el proceso de la negación de la memoria a partir de tres componentes: la negación en las fuentes, la historiografía y los Imaginarios urbanos. El tercer apartado reflexiona acerca de la propuesta de estrato urbano y su relación con los palimpsestos, particularmente en el contexto de los grupos indígenas en el septentrión novohispano, proponiendo la posibilidad de agrupar en cuatro estratos específicos:

Convivencia, de la negociación a la violencia; Escalas de trayectorias arquitectónicas; Infraestructuras para consumo público-colectivo; y El largo tiempo territorial de la subsistencia.

El segundo capítulo se ocupa de la historia urbana en general, y de Ciudad Juárez en particular. Se presenta una panorámica general de la historia urbana, desde su acepción como historia social con relación al proceso de urbanización, para posicionar el trabajo en el marco de la historia urbana latinoamericana. Enseguida se plantea la necesidad de hacer una historia urbana de Paso del Norte, pues hasta el momento han predominado la historia de Ciudad Juárez-El Paso. También se realiza una revisión del estado de la cuestión en la historiografía acerca de la ciudad, tanto desde la perspectiva de los académicos mexicanos como también desde la elaborada en Estados Unidos.

El tercer capítulo está dedicado a analizar la materialidad indígena previa a la llegada del mundo occidental, desde la información arqueológica, es decir, se plantean los elementos de larga data que pudieron mantenerse durante el periodo virreinal. La información se divide en cuatro apartados; el primero versa sobre la relación milenaria entre la tierra y las personas, y describe el entorno natural desde una perspectiva geográfica, dando como resultado territorios posibles. El segundo apartado hace un recuento de la materialidad de los modos de vida indígenas en la región Paso del Norte, es decir, las expresiones materiales más sobresalientes del comportamiento en las sociedades indígenas; para ello se describe el estado de la cuestión de los trabajos arqueológicos de la Jornada Mogollón en el área de El Paso. El tercer apartado se centra en la descripción de las fases temporales y respectivas características de la Gran Área Paso del Norte, definida arqueológicamente, y que corresponde al área del presente estudio. El último apartado recoge las expresiones materiales que podrían haber sobrevivido y/o se habrían transformado durante el virreinato, y que conforman los sustratos urbanos; estas expresiones materiales, los sistemas constructivos (viviendas), la distribución espacial, la cerámica y la relación con otros grupos, permite concluir con las posibles continuidades y, sobre todo, con el problema del “vacío” entre Jornada Mogollón y los indígenas Mansos-Sumas del periodo virreinal.

En el cuarto capítulo se presenta el grueso de la investigación documental, en fuentes históricas primarias y secundarias, en donde se puede rastrear la presencia indígena en Paso del Norte. Se compone de tres apartados; el primero de ellos dedicado a presentar y analizar los fondos

documentales, explicitando la metodología de trabajo y la problemática para encontrar la voz de los indígenas en las fuentes virreinales. El segundo apartado se compone de los documentos históricos de la presencia indígena en Paso del Norte, con un total de 56 expedientes agrupados en 19 casos de estudio, con una temporalidad que va de 1581 a 1821; se trata del corpus más voluminoso de la investigación y es en donde se presenta la información inédita recuperada. El tercer apartado consta de una posible narración indígena de la historia urbana virreinal de Paso del Norte, a partir de la información presentada anteriormente y abarca desde finales del siglo XVI y hasta finales del siglo XVIII.

El quinto capítulo se compone del tercer argumento del trabajo, se trata de la arqueología y cartografía históricas, separados cada uno en su propio apartado. El primer apartado se dedica a la cartografía histórica, centrándose en el Mapa de Urrutia de 1768 y los mapas de Salazar de 1852 y Corella de 1896. El segundo apartado del capítulo hace un recuento de la información proveniente de la arqueología histórica en la región.

El capítulo sexto es una síntesis de los apartados anteriores, tomando la información vertida y organizándola en una propuesta de lectura de la realidad urbana a partir de la idea de “estratos”. La propuesta de estratos urbanos indígenas en Paso del Norte se engloba en cuatro apartados principales. El primero, la convivencia, de la negociación a la violencia, integra cuatro estrategias de negociación (amistad, matrimonio, relación más horizontal y complicidades), además del uso del abandono/ocultación - petición de socorro, los tratados no escritos, el uso del marco jurídico hispano y la violencia. El segundo apartado, y también segundo estrato urbano indígena, es el Escalas de trayectorias arquitectónicas que se compone de la organización dispersa /alargada de los poblados y de la ciudad, la relevancia del sistema de casas-huertas y el río y las acequias como eje urbano. El tercer apartado es el estrato de Las infraestructuras para consumo público-colectivo, el cual se conforma de los caminos y los servicios administrativos. El cuarto y último apartado es El largo tiempo territorial de la subsistencia, que se compone del conocimiento de la tierra, agricultura, caza-pesca-recolección y los productos.

No se presenta una conclusión general debido a que los capítulos 3, 4, 5 y 6 tienen conclusiones individuales, pero se propone un epílogo en donde se suman los elementos que van más allá de los estratos, como la territorialización y la condición de frontera, así como la visión del

“buen salvaje”, que es parte del proceso de negación del pasado indígena, para sumarlos a los tres argumentos principales (arqueología, historia y cartografía) y presentar una visión de Paso del Norte en tres escalas: el mundo posible, la región y la ciudad, visión que se constituye como una propuesta de interpretación del sustrato indígena en la conformación urbana de Paso del Norte durante el periodo virreinal.

1. Ciudad y memoria: un marco teórico para el estrato urbano

Entender las diferencias entre distintas ciudades es trascender a la descripción de los elementos constituyentes en el entorno construido, más aún cuando dicho entorno se forma de elementos patrimoniales que han sido determinados por intencionalidades específicas de construcción de la memoria. La memoria es uno de los factores que conforman la identidad de los grupos humanos, y los estudiosos del pasado, entre otros, somos los encargados de construir el imaginario acerca del mundo pretérito. Asumir esa responsabilidad implica el compromiso de atender el presente y sus problemas. Varios autores coinciden en que la historia es un factor esencial para la construcción de vínculos entre la gente y su espacio (Almandoz, 2008; Fries, 1977; Kingman Garcés, 2013; Kingman Garcés, 2021a; Lynch, 2008; Rapoport, 1967; Romero, 2013; Sheridan Prieto, 2015). Esto no resulta ocioso en la conformación del urbanismo contemporáneo, los procesos de identidad urbana, el reconocimiento de valores más allá de lo económico y la puesta en valor de los patrimonios de una población (García Vázquez, 2004). Los imaginarios urbanos orientan acciones que le imprimen a los lugares características físicas, que después otros reconocerán, permitiendo que el lugar sea cualificado como antiguo, o con una profunda historia (Lindón, 2007, p. 37).

Negar el pasado, o tener visiones considerablemente parciales de él, limita las construcciones de identidades urbanas. Gracias a su origen y desarrollo heterogéneo, la historia urbana cuenta con diversas herramientas para reconstruir el pasado de un asentamiento. Aquí se propone una historia a contrapelo, que busca reevaluar los discursos existentes acerca de la urbanidad en Paso del Norte, contrastándolos con la materialidad de la forma de vida. Pero acercarse al pasado de una manera distinta requiere una propuesta teórica, que permita insertar informaciones diversas en una narrativa que a su vez logre unir indicios dispersos de la forma en la que grupos negados de la historia impactan en la forma de vida en un asentamiento; para, luego, imaginar nuevas identidades de la ciudad, identidades de los que han venido llegando, pero también de los que siempre ha estado ahí.

En el presente capítulo se aborda la manera en que se construye la memoria de la ciudad, con apoyo en el patrimonio, entendido como materialidad de la memoria e identidad urbana. Para ello hay que reflexionar cómo se conceptualiza una ciudad en la historia urbana, con ayuda del paradigma indiciario y métodos de la historia, arqueología y cartografía.

Asentar que la construcción de la historia urbana es sesgada sugiere preguntarse por aquellos que no han participado de manera explícita en dicha construcción: los marginados. Son varios los autores que han reflexionado sobre la posibilidad de recuperar la memoria que le ha sido negada a estos grupos, en particular en el septentrión novohispano; para ello es necesario hacer un análisis de las razones por la que ciertos grupos marginados, como los indígenas, no aparecen en la historia. Por ejemplo, se retoma el planteamiento de Sheridan (2015), quien propone que ha existido una invisibilización explícita e implícita de los indígenas, a partir de una triple negación. La primera negación aparece en las fuentes de primera mano, entre quienes tuvieron contacto con los acontecimientos y decidieron no dar cuenta de las personas con las que vivían. La segunda negación se halla en la historiografía, esto es, en los escritos posteriores de estudiosos de la historia que emplearon esas fuentes primarias, y en donde se retomaron los dichos sin cuestionarse sobre la ausencia de aquellos actores que no aparecían. Estas dos negaciones dan como resultado a la tercera, pues se trata del imaginario que se ha generado a partir de la información generada, de primera mano y fuentes secundarias, acerca del pasado indígena.

Una vez establecido que, en general, la memoria de las ciudades virreinales se ha construido negando la presencia de los indígenas, se retoma la idea inicial de que la materialidad de la ciudad, el patrimonio, nos permite leer el pasado de una manera distinta y recuperar en cierta medida la memoria de aquellos grupos negados. Para tal fin se retoma la propuesta de Mejía Pavony (2022), quien entiende el pasado como una serie de estratos urbanos que se sobreponen de maneras no lineales. Como estrategia de lectura del pasado, los estratos urbanos nos permiten agrupar y separar la información proveniente de la historia, la arqueología, la cartografía y el urbanismo, para reconstruir una parte del impacto que pudieron tener los indígenas en la conformación de una forma de vida particular, única y sofisticada, en la ciudad virreinal de Paso del Norte. Se proponen cuatro estratos que engloban distintos comportamientos: 1) las estrategias de convivencia, desde la negociación hasta la violencia; 2) Las El largo tiempo territorial de la subsistencia como caza-pesca-recolección, agricultura, incluyendo el conocimiento de tierra; 3) El comportamiento espacial vistos en distintas escalas, de la distribución de los poblados, a la forma de la ciudad y las casas, siendo los ejes, primero el río, luego las acequias y por último el binomio casa-huerta; 4) La

Las infraestructuras para consumo público-colectivo que incluye los caminos y los servicios administrativos.

Entonces, partimos de la idea que la construcción de la memoria de las ciudades se hace desde elementos tangibles, como el entorno construido, tanto como de las narraciones del pasado, postura que distintos autores han retomado en la historia urbana (Martínez Delgado, 2021a) y que abreva de tradiciones fenomenológicas como la de Christian Norberg Schulz (1979). Se plantea que hay una relación entre la expresión material de la cultura y la forma en la que se compone la sociedad por ello podemos acercarnos a la vida urbana desde el entorno construido (Rapoport, 1967, 1977a, 1977b). Por otro lado, las narraciones del pasado están conformadas tanto por los documentos de primera mano como por los escritos posteriores acerca de ese pasado. Ambas trayectorias se entrecruzan en la construcción de la memoria de la ciudad, separando fragmentos de la historia para definir monumentos del pasado considerados “auténticos”, los cuales se patrimonializan y crean un imaginario sobre lo que fue y debería ser la ciudad, coadyuvando a la formación de identidades, que en el caso de América Latina están fuertemente arraigadas con una historia evolutiva y nacionalista. Luego, esa imagen empuja la forma concreta de la ciudad, y la forma de la ciudad estimula el imaginario acerca de ella en una relación dialéctica que es alimentada por la memoria de la ciudad (Lindón, 2007; Lynch, 2008; Martínez Delgado, 2021a; Mejía Pavony, 2021a).

La inexistencia, o por lo menos las muy pocas referencias documentales a grupos marginados que participaron de la urbanidad de un asentamiento, no implica que éstos no tuvieran un impacto específico. Reconocer su presencia desde una relectura de textos y de la materialidad requiere un constructo teórico que aclare por qué parecen no estar presentes. En el caso del Septentrión Novohispano, una posible explicación está en la triple negación de grupos marginados en la construcción general de la historia (Sheridan Prieto, 2015). Las razones de las tres negaciones pueden ser varias, pero todas se originaron con la intención de restar importancia a los otros, como parte de un discurso de dominación de lo que se consideraba “civilizado”. La primera negación corresponde a las fuentes primarias, los documentos originados de primera mano. La segunda es la manera en que la historiografía retomó esa perspectiva de invisibilizar a los indígenas, esclavos, mulatos, entre otros, y ya sea de manera explícita, o bien implícita, se repitió la narrativa con base

en una relación binaria: lo bueno contra lo malo. La tercera negación es la que se hace desde el imaginario sobre el pasado que se tiene hoy en día, nuevamente reproduciendo los juicios de las dos negaciones anteriores. Además de que varios autores aportan elementos teóricos para caracterizar esa negación a la memoria de los marginados, en este trabajo también se busca llevar el asunto al plano de la historia urbana.

Una manera de entender la negación de la memoria en la historia urbana es revisando la categorización que se ha hecho de lo que es una ciudad. Cuando se ha argumentado que la ciudad debió haber sido lo que en la actualidad entendemos como tal, se cierra la posibilidad de pensar la historia urbana de los asentamientos antiguos¹. Entender el contexto histórico de los lugares de vida debe ayudar a ampliar la visión de lo que es o no una ciudad. Para acercarse a elementos no explícitos, que dejen entrever la acción de grupos marginados en un asentamiento, se recurre a la idea de indicios que propuso la microhistoria italiana. Así, estaríamos en condición de observar la materialización de las formas de vida de grupos como los indígenas en Paso del Norte, tomando el supuesto fenomenológico de que el arreglo espacial del entorno construido está directamente relacionado con la estructura de la sociedad que le dio vida.

Construcción de la memoria de la ciudad

Eduardo Kingman ha señalado que los ¿estudiosos? de las ciudades han volteado a la historia con fines teleológicos, aunque con una visión evolutiva que busca ver la fundación de las ciudades como escenario de arranque para sus narraciones. Íntimamente ligada con la historia de la arquitectura, en América Latina siguió el modelo europeo de desarrollo lineal por etapas; en contraparte, la historia urbana busca que la ciudad sea vista como un lugar en términos de Lefebvre (2013), es decir, un lugar vivido en donde se construyen distintas memorias para una historia a contrapelo.

“La arquitectura, más que otros productos de la cultura material, permite captar aspectos olvidados del inconsciente colectivo; sin embargo, buena parte de la arquitectura del pasado va siendo convertida en ruinas o, en el mejor de los casos, en monumentos

¹ Diversos autores han planteado la necesidad de diferenciar el urbanismo antiguo del contemporáneo, pues la idea de “ciudad”, como todo concepto, responde a su tiempo de enunciación. Si bien se trata de un tema extenso, puede resumirse con la siguiente frase: “El urbanismo moderno es fundamentalmente un fenómeno económico, mientras que la mayoría de las ciudades premodernas eran capitales políticas en las que la actividad política desempeñaba un papel más importante que la actividad económica en el crecimiento urbano” (M. E. Smith, 2016, p. 166). Nuestro tema de estudio se ubica en una ciudad preindustrial, es decir debemos considerarla más en términos de su función en la sociedad, que de su importancia económica o tamaño físico y poblacional.

desprovistos de contexto (en los que se ha limpiado la pátina). En lugar de una historia de la arquitectura concebida como inventario de lo único, lo auténtico y lo bello, valdría la pena asistir a una historia capaz de desnaturalizar lo naturalizado, mostrando las relaciones de la ciudad con la sociedad y con el poder” (Kingman Garcés, 2013, p. 21).

Al vivir un lugar se establece un comportamiento material que deja rastros tangibles de la relación pragmática y simbólica entre personas y lugares. La materialidad de la ciudad es en buena medida la arquitectura o de manera más amplia el entorno construido (Rapoport, 1967), a través de él se asoma una historia más dinámica de lo que nos puede ofrecer un testimonio, por ejemplo ¿qué nos dice un presidio sin muro, es decir una fortaleza que no fortalece?, o ¿un asentamiento sin traza aparente? Casos de materialidad, como el de Paso del Norte, ponen en duda la certeza del testimonio en el archivo y su reproducción historiográfica, en cuanto a las huellas del tipo de poder que se ejerce.

La materialidad de la ciudad ha estado tradicionalmente ligada a la idea de monumentalidad, buscando compulsivamente lo “original”, lo “auténtico” (Kingman Garcés, 2013). Sin embargo, las expresiones materiales de un periodo o estrato temporal de la ciudad le son ajenas, o intentan alejarse del momento inmediatamente subsecuente, justificando su sustitución por una arquitectura más congruente con el imaginario del momento. A saber, la ciudad barroca renegaba de la ciudad renacentista, la ciudad ilustrada de la barroca, la ciudad moderna de la ilustrada, la ciudad higienista quería acabar con los vestigios insalubres de épocas anteriores, y así sucesivamente. Una vez que se normaliza un entorno construido en una ciudad, se ve con nostalgia aquello que ya no es: las ciudades anteriores. El ordenamiento urbano en las sociedades contemporáneas organiza el espacio, define y clasifica lo que es “auténtico” lo que debe recuperarse del pasado; normalmente la arquitectura que logra sobrevivir a esta vorágine edificatoria empieza a ser vista como un monumento del pasado, iniciando su proceso de patrimonialización. Entre más lejano sea en el tiempo, y más cumpla las funciones de unir al espacio con la historia nacional, más sólido será su proceso de monumentalización. Kingman (2013, p. 26) dice que “Esta relación entre historia y ordenamiento urbano nos remite a los momentos mismos de constitución de la «ciudad letrada» y la organización del archivo”. Si la ciudad y el archivo organizan su memoria de manera similar tal vez podamos leer a ambos entre líneas para alejarnos del aura de autenticidad de la que hablaba Walter Benjamín (Benjamin, 2005), y acercarnos a la sofisticación de las formas de vida en el septentrión novohispano.

La relectura de la materialidad y las fuentes nos permite acercarnos a la manera en que se conformó la urbanidad en lugares como Paso del Norte. Esto es, que los indicios dispersos en las fuentes nos revelan la acción de sectores en la vida urbana y, por otro lado, que la concreción material es una forma no explícita de comunicación que contrasta con la información documental, la forma y distribución espacial como reflejo de las relaciones sociales (Norberg-Schulz, 1979; Rapoport, 1977a). Kingman (2013, 26) señala que: “El urbanismo intentaría dotar a la organización del espacio de una racionalidad que exprese un orden social, o más bien el imaginario de un orden en la ciudad escindida; mientras que la historia contribuiría a inscribir la ciudad dentro de una lógica de cambios evolutivos”. Por su parte, Lynch (Lynch, 1985) demuestra que la ciudad mantiene una relación dialéctica que se reconstruye constantemente. Entonces el imaginario que se crea de Paso del Norte afecta tanto su forma física, como también dicha forma influye en la imagen del lugar. Al entrelazar lo anterior con el argumento de la monumentalidad, patrimonialización y sumar la construcción acrítica del pasado urbano, tenemos una historia de la ciudad que centra su atención en puntos focales de las edificaciones “auténticas” que reproducen la imagen del pasado poco dinámico. Unos cuantos edificios que sobrevivieron a los cambios de estratos urbanos son así el centro de atención: la Misión, el rastro de la acequia, el lugar del antiguo presidio, el paso de Oñate y casi nada más. Sobre ellos se construye un discurso de una materialidad pobre, valiente, pero sufrida. Ver más allá, y entender otras expresiones de la materialidad como la distribución del asentamiento, la organización en barrios multiétnicos, la localización, el ordenamiento espacial de los grupos indígenas, todo lo cual ha sido dinámico, invita a imaginar un asentamiento distinto.

En esta tesis no se pretende hacer historia del “origen” urbano de Paso del Norte. Más bien se busca identificar uno de los componentes primigenios (estratos), que permiten entender al asentamiento en su tránsito histórico como espacio de confluencias, de negociación, de nodo simbólico y económico que permea hasta hoy. La expresión material de los estratos tiene ecos hasta nuestros días; la institucionalización de las categorías de esos momentos fundacionales permite al sistema de poder justificar la desaparición /negación del pasado, alterando a su favor (como poder hegemónico) el imaginario de la ciudad en donde “no hay nada”, donde “todo es reciente”, “Ciudad Juárez es una ciudad de paso”, “Juárez la fea”. Se trata de prejuicios que afectan el proceso identitario; el orden que se busca implantar se basa en el olvido. La patrimonialización

del pasado urbano ha llevado a buscar en la arquitectura “original”, y solo ahí, las huellas del pasado; pero la materialidad de las sociedades es mucho más que sólo la expresión arquitectónica monumental. De ahí que identificar indicios de “otras” formas de urbanismo nos lleve a pensar en otras maneras de recuperar el pasado. Una ciudad dispersa frente a una nucleada, negociaciones en lugar de actos de imposición, horizontalidad frente a verticalidad en el ejercicio del poder, alternancia de “tipos” de vivienda, superposición de estratos sociales, arquitectura vernácula diversa, grandes espacios para los recién llegados y de los que siempre estuvieron ahí, todos ellos son indicadores de una historia urbana dinámica, vigorosa y diversa:

“Si hoy se asume la recuperación de la memoria de las ciudades, pero también de los barrios, de los pobladores, la memoria de las edificaciones y de la gente, se lo hace con fines estratégicos y patrimoniales. Se trata de memoria vaciada de contenidos, despolitizada, que se inscribe en una historia lineal, acumulativa, condicionada por los proyectos de intervención patrimonial y de renovación urbana a los que acompaña; en contraste, lo que ahora se esperaría de la historia, o más precisamente de una genealogía histórica, es romper con cualquier continuidad, para encontrar puntos de ruptura o de fuga en la narrativa de las historias oficiales” (Kingman Garcés, 2013, p. 27).

Pero ¿qué sucede si esa marginalidad es todo, o casi todo? La condición de frontera de Paso del Norte implica en sí misma una marginalidad, en términos de distancia al centro y por el alcance de la aplicación del poder central. Pero si no existe esta hegemonía de lo “espectacular”, es decir de los grandes monumentos edificados ¿en dónde se engancha el estado nación moderno? Parecería no haber respuesta, o cuando mucho una ficción de “imponer monumentos” desde el centro. Tal vez por eso es por lo que no se patrimonializa el pasado, o no se le da la relevancia que tiene en otros lugares. La forma de vida generada a partir de las condiciones particulares de la historia de Paso del Norte le permitió sobrevivir y habitar en un mundo difícil; esa condición de vida deja huella material, pero ¿cuál es esa huella?, ¿cómo verla desde los documentos? Puede haber una disposición natural del lugar, de Paso del Norte, para alojar, promover o servir a la negociación.

Por ejemplo, las ausencias hablan tanto como las presencias, ¿En dónde están los muros en el presidio? No hay traza reticular, ni siquiera una traza defensiva, ¿No parecería lógico el repliegue de la urbanización después de un ataque, o que se usaran esos ataques como argumento para el repartimiento de tierras en los documentos? En cambio, para las reparticiones de solares se alude a la condición de buen vecino, o necesidad por cantidad de hijos, o servicios al rey, incluso contra “indios barbaros” pero fuera de Paso del Norte.

Es decir, la forma misma de la ciudad es un indicio de su condición urbana, un asentamiento diverso y con relaciones sociales más horizontales. En muchas ciudades coloniales podemos apreciar las evidencias materiales de la imposición y el ejercicio de poder hegemónico del estado virreinal: palacios, plazas, mercados, trazas reticulares, distribución espacial por estamentos, obras defensivas, entre muchas otras. Incluso en ciudades como Zacatecas, Saltillo, San Luis Potosí, Hermosillo, Parral, o en el otro extremo como Montevideo, Buenos Aires, Mendoza, se ha mostrado que el análisis decolonial de fuentes y entorno construido revela relaciones sociales más horizontales. Esto se relaciona plenamente con la ciudad letrada de la que hablaba Ángel Rama (1998): de quién y para quién eran los documentos -la historia-, y por otro lado la materialidad del devenir histórico. Por ejemplo, en los documentos se dice que el presidio buscaba proteger de los ataques de indios barbaros, pero en “la realidad material” no hay una disposición espacial de tipo defensivo, el presidio no tiene condiciones edificatorias de tipo bélico.

Hay un factor adicional, ya que la arquitectura tampoco es un testigo imparcial; por eso se retoma la idea más general de entorno construido en el cual se observan elementos que no son explícitamente creados como parte del aparato de poder. Es necesario darse cuenta de lo que señala Kingman en cuanto a la intencionalidad en la creación de la memoria, desde los distintos escenarios donde el aparato de poder puede incidir, en lo que él llamo “política de la memoria”: “La historia urbana no solo está relacionada con la memoria y con el archivo, sino que se ve históricamente condicionada por determinadas ‘políticas de la memoria’. Se entiende por ‘políticas de la memoria’ el conjunto de acciones conscientes y no conscientes desplegadas por las instituciones para construir una memoria única o hegemónica; me refiero a la relación de un tipo de historia con el patrimonio (como parte de una supuesta esfera de la alta cultura)” (Kingman Garcés, 2021, p. 43). Paso del Norte puede ser un lugar ideal para examinar cómo se desenvuelve o aparece esta “política de la memoria”, pues se parte de la hipótesis que no existió un poder hegemónico hispánico en la vida urbana del asentamiento, sino que más bien esta urbanidad se conformó a partir de los procesos de negociación y adaptaciones de los distintos grupos que formaban la sociedad paseña. Así, la relectura de archivos y la materialidad del entorno construido mostrarían políticas de la memoria erráticas y discontinuas, enganchadas a elementos cuestionables o poco certeros.

Henri Lefebvre (2013) ya había advertido que los acontecimientos de la historia ocurren en un lugar específico y que el espacio vivido da paso a la experiencia de lugar. La relación entre espacio y sociedad es dinámico y mutuamente influyente, pero es una relación que es contextualizada por el tiempo; de este modo el espacio de la sociedad es históricamente construido. Es un lugar privilegiado en donde se pueden observar las intersecciones de historia, espacio y tiempo con las ciudades, ciudades que son nudos que amalgaman esa compleja red de la sociedad. Mejía menciona: “De esta manera, considerados jerárquicamente los diferentes elementos del espacio social, las ciudades son los nudos en que la concentración que proviene del urbanismo adquiere mayor posibilidad de existencia y de éxito” (Mejía Pavony, 2021, p. 110). Entender la ciudad como un nodo de interacción simbólica y material, y no en función de sus dimensiones, es otro planteamiento que se retoma más adelante, pero es necesario dejar asentada la relación entre la construcción histórica, el espacio social y el lugar de lo que acontece como un nodo de interacción.

Patrimonio e identidad urbana

El patrimonio puede construir identidades, pero en ocasiones se ha construido sobre visiones parciales que niegan la presencia o importancia de grupos tradicionalmente marginados de la historia, como los indígenas. Una consecuencia lógica de la política de la memoria es la patrimonialización de monumentos y la creación de identidades ligadas a esa memoria cuya intención es la recuperación de lo auténtico, aunque esa originalidad está cimentada en visiones parciales desde quienes han escrito la historia. Roberto Bustos dice que: “La patrimonialización es un proceso voluntario de incorporación de valores socialmente construidos... La apropiación y valorización como acción selectiva, individual o colectiva, se expresa en acciones concretas que permiten construir referencias identitarias durables” (Bustos Cara, 2004). Un problema aquí es que, como lo ha señalado Néstor García Canclini (1999) el patrimonio en las poblaciones norteamericanas no parece ser adoptado de manera voluntaria con valores socialmente construidos, sino más bien una selección de una parte de la historia, para pasar a formar parte de las “industrias culturales” (Adorno & Horkheimer, 1988). Kingman (2013) observa un proceso similar para América Latina, en donde el patrimonio “está relacionado con la cultura del espectáculo, la industria internacional del

turismo y la construcción de parques temáticos. Esto ha llevado a retornar a la historia de la ciudad, concebida como retorno a los orígenes, y particularmente a la historia de la arquitectura, pensada en su relación con lo único e irreplicable, y como oposición (e invisibilización) con respecto a lo contaminado y contaminante, particularmente los marginados y los pobres” (Kingman Garcés, 2013, p. 27). Por lo tanto, la identidad urbana que de este proceso emane dependerá de políticas de la memoria, de discursos de continuidad en donde el triunfo de lo civilizado sobre lo bárbaro permea la idea de los conquistadores sobre los conquistados. El patrimonio es ligado a ese triunfo frente todo lo demás. Si se pretende que el patrimonio permita construir identidades, debería tener valores socialmente construidos en una visión menos parcial de la historia.

La identidad con un espacio particular dota de sentido a las personas y a los grupos; los orígenes pueden ser diversos pero la coincidencia en un lugar entrelaza los destinos. En el inicio de este trabajo de investigación se intentaba reflexionar sobre el arreglo espacial peculiar en Ciudad Juárez-El Paso; ahora se puede proyectar esta observación al tema de las identidades, esto no es nuevo: “Que los términos de este discurso sean voluntariamente espaciales no podría sorprender, a partir del momento en que el dispositivo espacial es a la vez lo que expresa la identidad del grupo (los orígenes del grupo son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar la que lo funda, lo reúne y lo une) y es lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido” (Augé, 1993, p. 51). El patrimonio es construido dialécticamente en un espacio de la ciudad, y la identidad de los grupos que viven un espacio es influenciada por lo que se ha patrimonializado. Al mismo tiempo la identidad urbana se va construyendo con lo que es considerado patrimonio.

Aunque es conocido que hoy en día, parte de la identidad juarense transita por la idea de que vive en una ciudad de migrantes, de oportunidades, sí, pero también de recién llegados y de muchos que se van (García Pereira, 2010), también es cierto que hay un estrato de grupos marginados que siempre han estado aquí. Ambos sectores de la sociedad, los que llegaron y los que siempre han estado, pueden usar su historia urbana como elementos identitarios y de patrimonialización; la historia no es solo de los genealógicamente conectados con el pasado, pues puede y debería ser de todos aquellos que se apropien de ella. “También la Historia pertenece, en segundo lugar, al que conserva y venera, al que, repleto de confianza y amor, lanza una mirada

hacia atrás, al lugar de donde proviene, en donde se ha formado. Por medio de esta piedad paga su agradecimiento por su existencia... La historia de su ciudad se convierte para él en su propia Historia” (Nietzsche, 2000, p. 60). El punto aquí es reconocer la identidad de los que llegaron, sin olvidar a los que siempre han estado.

Del asentamiento a la ciudad; la historia urbana

La historia urbana permite entender a las ciudades en otra dimensión, más allá de sus características físicas, y acercarnos a la forma de vida; pero habría que decir que no es posible entender los asentamientos antiguos con el mismo rasero con el que hoy definimos una ciudad. Las ciudades preindustriales no están separadas de su contraparte rural. Eduardo Kingman dice que desde hace buen tiempo la percepción de lo urbano se ha modificado: “Cuando hace unos años se hablaba de historia urbana en América Latina se hacía sobre todo referencia a ciudades, de modo que la investigación se desarrollaba de manera separada y en ocasiones opuesta a la historia agraria... Ahora sabemos que la connotación de lo urbano es mucho más amplia y abarca tanto la ciudad como el campo. Lo urbano funciona como un sistema de redes interconectadas, con ubicaciones múltiples, en buena medida virtuales, que abarcan tanto lugares centrales como periféricos.” (Kingman Garcés, 2021, p. 28).

Es necesario acercarse a otras definiciones de ciudad. German Mejía (2021, p. 110) refiere que las ciudades “son entidades estructurantes del espacio social (nudos) y como tal siempre presentes e iguales, sin importar sociedad ni época, al tiempo que son objetos históricos, pues la posibilidad de singularizarse que siempre tiene el espacio social, además de las desigualdades que se despliegan en su interior, hace que las ciudades sean, todas ellas, diferentes”. Como entidades estructurantes del espacio social, las ciudades responden a las fuerzas que provienen del urbanismo: uso social del espacio que encuentra, en la tendencia a la concentración de la población y de los recursos, la optimización del control social y del uso de tales posesiones y bienes comunes.

Ahora bien, los estratos históricos son solo parte de la conformación de las ciudades, pero innegablemente importantes. Kevin Lynch (Lynch, 1985) afirma que una ciudad se construye en al menos dos sentidos: por un lado, se trata de un tránsito histórico-situacional que muestra que las ciudades son una respuesta a una forma de vida (sedentarismo y complejización de las estructuras

sociopolítico-económicas), y por el otro, estaríamos ante la interacción de las fuerzas institucionales (como el estado o la religión) con las intenciones y soluciones de los individuos y grupos pequeños (Lynch, 1985). Nos interesa el primer sentido de construcción de la ciudad. Varios autores reconocen el proceso de urbanización como una sucesión de circunstancias y obras que desembocan en una condición particular histórico-espacial de las ciudades.

Las ciudades son construidas y mantenidas por una hueste de agentes: familias, compañías industriales, oficinas municipales, urbanistas, inversores, organismos de control, y de fomento, compañías de servicio, etcétera. Cada uno de estos grupos tienen sus propios intereses y el proceso de decisión es fragmentario, colectivo y se distingue por las negociaciones. (Lynch, 1985, p. 38). Un supuesto de investigación es que la capacidad de negociación indígena es mayor a la que se había supuesto hasta ahora, y su reflejo ha sido la disposición espacial del entorno construido, tal y como lo sugiere Rapoport (1969). Aunque Lynch (1985) no lo refiere directamente, sí coincide en que la distribución espacial -la forma- está estrechamente ligada con las acciones constantes de los habitantes, afirmando que para entender una ciudad es necesario comprender este proceso: “Adoptaré la postura de que la forma de un asentamiento es la disposición espacial de las personas que hacen cosas, los bienes y la información y los rasgos físicos que modifican el espacio en forma significativa para estas acciones, incluyendo recintos, superficies, canales, ambientes y objetos. Además, la descripción debe incluir los cambios cíclicos y seculares en estas distribuciones espaciales, el control del espacio y la percepción de este” (Lynch, 1985, p. 43).

Esta visión es muy cercana a la expresada en arqueología, en cuanto a que la disposición espacial de las cosas permite la reconstrucción de eventos, voluntades e imaginarios; esto es, la materialización de las ideas y las condiciones de vida de cada población. Así se concatenan los esfuerzos institucionales (como las disposiciones reglamentarias para la formación de asentamientos, o la construcción de edificaciones para el ejercicio de la administración, la justicia o la fe), corporativos, como pueden ser los establecimientos de comerciantes, distribución de la tierra para actividades económicas e incluso la creación, adaptación o transformación del espacio por parte de individuos y familias para vivir su vida diaria; se trata de lo que los geógrafos llaman: el paso de la categoría de espacio a la de lugar (Lefebvre, 2013).

De acuerdo con Kinsbruner (2005), la idea de ciudad depende del lugar, el tiempo y la cultura que estemos analizando, debido a que hay importantes diferencias en estos ámbitos de una sociedad a otra. Sin embargo, se mantiene una constante en el planteamiento de que la ciudad es un lugar que concentra funciones y atribuciones al tiempo, que lidera (o impone) a sus vecinos en una red interconectada. La gran diferencia entre la ciudad y los asentamientos rurales está dada por las oportunidades que la primera ofrece frente a la segunda; no se trata de algo tajante, sino de una esfera de influencia en donde lo rural es más adscriptivo y la ciudad más posibilista. Por otro lado, desde una perspectiva neomarxista Gravano plantea que “Lo urbano es el proceso de concentración de un entorno construido que constituye histórica y estructuralmente la apropiación de excedentes materiales y simbólicos por los cuales ésta se sistematiza mediante la reproducción necesaria de población y productos, circulación de mercancías y un orden centralizado impuesto y protector a la vez bajo el imperio ideológico de identidades homogeneizantes” (Gravano, 2017, p. 16). Es interesante notar la manera en que estos conceptos empatan con procesos contemporáneos, estableciendo criterios que pueden ser útiles para los estudios urbanos actuales y antiguos.

Kinsbruner (2005) dice que “una ciudad es simplemente un rey entre pueblos, y goza de liderazgo sobre sus vecinos”. Estos conceptos permiten alejarnos de la definición de una ciudad con base en su morfología o su tamaño, y nos acerca más a una comprensión urbanística del fenómeno de poblamiento en áreas como el septentrión novohispano. La ciudad no es la única materialidad que se construye a partir de capas; otro ejemplo significativo son los mapas, representación gráfica del espacio físico a partir de una percepción histórico-espacial particular de sus creadores, que puede ayudar identificar algún tipo de sustrato indígena en las representaciones del periodo virreinal. Lo urbano fue concebido desde la época colonial como modelo civilizatorio que serviría de base al largo proceso de organización territorial. A partir de las ciudades, se iba configurando un sistema estatal-burocrático con sus propias prácticas y rituales; igualmente, se desarrollaba un mercado ampliado y una producción de oficios propiamente urbanos (Kingman 2021, p. 30). Bajo esta perspectiva, el Paso del Norte puede definirse como una ciudad debido a que se trata de la concentración mayor de población y funciones políticas, en un territorio de cientos de kilómetros, y un alto mestizaje.

Para Fries (1977) “Las ciudades son la suma de pequeñas voluntades”. Desde una perspectiva histórica, esas pequeñas voluntades se van sumando a lo largo del tiempo y se intersectan con otras fuerzas más grandes o pequeñas (utopías, ideologías, planes institucionales, soluciones pragmáticas a problemas de habitabilidad o producción, impulso económico, entre muchas otras), que configuran las ciudades para conformarse en estratos de un palimpsesto. Al respecto también dice Lynch: “La forma de un asentamiento es siempre producto de una voluntad y de unos valores, pero su complejidad y su inercia hacen que, frecuentemente, estas relaciones resulten algo obscuras. Se debe descubrir (aunque sea por inducción, si no se dispone de nada mejor) por qué la gente creó estas formas y qué sentían respecto a ellas. Debemos penetrar en la experiencia de un lugar tal y como lo tuvieron sus habitantes, en el transcurso de su vida cotidiana” (Lynch1985, p. 35).

George Duby plantea que, “a lo largo de su historia, la ciudad no se caracteriza pues ni por el número, ni por las actividades de los hombres que allí habitan, sino por rasgos particulares de su estatus jurídico, de sociabilidad y de cultura”; su papel “no es económico, es político” (Martínez Delgado, 2021b, p. 49). Si bien el estudio de las ciudades se ha centrado en las grandes concentraciones de población, Duby señala que ciudades de cualquier tamaño forman parte de una compleja red. La poca atención a ciudades pequeñas es atribuida por Kingman (2013) a que las élites construyeron un sistema de oposiciones binarias respecto a la ciudad, en donde las prácticas culturales modernas tenían lugar en la ciudad y lo no moderno en el campo, la ciudad capital se oponía a las pequeñas ciudades, y la ciudad central a sus arrabales y barrios. En todas estas definiciones asoma una realidad compleja, difícil de asir mediante una categorización cuantitativa, y más bien invita a pensar en la ciudad como materialización de las voluntades colectivas, un lugar a entender por sus ideas y no solo por sus formas.

Indicios para la investigación

Un pasado negado parece ser un pasado condenado al olvido. Pero la historia de los olvidados, de los marginados, de los negados por la historiografía, ya tiene tiempo buscando asomar su existencia. Distintos autores a partir de la segunda escuela de los Anales han reivindicado la historia

de estos grupos marginados, que casi siempre son mayoría, por cierto (Aguirre Rojas, 2003). En la historia urbana también vienen dándose ejemplos de reivindicaciones.

No se busca una historia particular de un grupo o de una ciudad, es necesario que se vincule con un proceso general de la historia. La microhistoria italiana recupera historias de individuos o grupos marginales que pueden mostrar procesos y estructuras de más largo aliento (Ginzburg 2003). Uno de los principios esenciales de la microhistoria es el paradigma indiciario, el cuál es un principio epistemológico de acercamiento a una realidad fragmentada y su narración intencionada a partir de los pequeños detalles (Ginzburg, 2003). Carlo Ginzburg (2003) dice que el paradigma surge como método de la historia del arte para autenticar pinturas, refiere que hay que “examinar los detalles más omitibles y menos influidos por las características de las escuelas a las que pertenecían” (Ginzburg, 2003, p. 93).

También se asemeja al método detectivesco de Sherlock Holmes o incluso al psicoanálisis de Freud. Sería entonces “un método interpretativo apoyado sobre los descartes, sobre los datos marginados” (Ginzburg, 2003, p. 105). El método busca huellas de cierto tipo: síntomas al estilo freudiano, indicios a la manera de Holmes, signos pictóricos como lo hiciese Morelli: “No es solo producto de la ciencia moderna, la unión de huellas para un fin, como la caza, se pierde en el tiempo, [es una manera de leer el mundo] es una forma de pensamiento. El tapiz (con múltiples hilos unidos) es el paradigma de hemos llamado indiciario, o sintomático lógico...remite a un modelo epistemológico” (Ginzburg, 2003, p. 106-107).

En el paradigma indiciario parte de la siguiente idea: “Si la realidad es opaca, existen ciertos puntos privilegiados, señales, indicios, que nos permiten descifrarla. Esta idea constituye el núcleo del paradigma indiciario” (Ginzburg, 2003, p. 151). Es un tipo de racionalidad o práctica cognitiva, busca un equilibrio entre rigor y la sensibilidad, no solo trata de la marginalidad, aunque es importante, aborda objetos y problemas de los que la historiografía tradicional no se ocupaba (Ginzburg, 2003, p. 158-166). Además, reconoce que “La producción de las fuentes en una determinada sociedad está ligada de manera directa a las relaciones de fuerza que existen al interior de esa misma sociedad determinada” (Ginzburg, 2003, p. 166).

Para el cambio y permanencia, en particular la permeabilidad que se aprecia en la forma de la ciudad, Lynch (2008) plantea una diferencia entre la alta durabilidad de las líneas generales

(entendidas como estructuras edificadas más grandes), pero que los detalles modifican constantemente: “Si bien las líneas generales pueden mantenerse estables durante cierto tiempo, los detalles cambian constantemente” (Lynch, 2008, p. 10), luego entonces se abre la idea a poner la atención en los pequeños detalles que darían cuenta de las condiciones en que está viviendo una sociedad como podría ser la de Paso del Norte en el periodo virreinal, tal y como lo hiciera Ginzburg, para recrear, desde los pequeños detalles de un molinero italiano, la cosmovisión de edad media europea. Paso del Norte fue un centro neurálgico de relaciones de todo tipo y por tanto se erigió como símbolo de la negociación entre culturas: “la ciudad es en sí misma el símbolo poderoso de una sociedad compleja” (Lynch, 2008, p. 14).

La arqueología como herramienta para observar el urbanismo

Hasta aquí se ha señalado que la construcción de la memoria de la ciudad responde en buena medida a la selección intencional de monumentos que se patrimonializan, que el imaginario de la ciudad da paso a identidades urbanas, pero que hasta ahora el camino que se ha seguido es empujado por los intereses del estado nación que favorece narraciones del pasado que le dan un sentido de continuidad a la dominación de un poder hegemónico, aludiendo al principio dicotómico de lo civilizado frente a lo salvaje. Pero el hecho de que se favorezca una visión del pasado sostenida en archivos, no significa que no existan otras. En la historia urbana se reconoce la existencia de estratos temporales y culturales en la formación de un asentamiento; las colectividades que intervinieron a lo largo del tiempo han dejado su huella en la urbanidad, y puede recuperarse el impacto de esas comunidades marginadas a partir de los indicios que dejaron en los documentos y en la materialidad de su comportamiento, pues el arreglo espacial es una forma concreta en la que podemos rastrear el impacto de esos grupos.

En este constructo la observación y la interpretación de la materialidad juegan un papel esencial. La disciplina que ha tratado la materialidad, en especial la de grupos del pasado, es la arqueología; autores como Bjornar Olsen (2010) la ha llamado “la ciencia de las cosas [materiales]”. Si bien la arquitectura también ha tenido un lugar preferente en estos estudios, la herramientas teórico-metodológicas de observación de la arqueología parecen ser más adecuadas en el uso de pequeños indicios o fragmentos que parecen inconexos, para la construcción de narraciones del

pasado. Además, el uso de conceptos como entorno construido ha sido compartido por sectores de ambas disciplinas, pero desde la arqueología ha existido una mayor amplitud en la discusión de las diferencias entre ciudades modernas y preindustriales, y por ello, aquí se propone apoyarse en la arqueología como perspectiva de observación de la materialidad de las formas de vida en contextos antiguos (Baumanova & Vis, 2019).

La propuesta del estudio del entorno construido en la arqueología ha permitido sostener “que podemos inferir patrones significativos en la cultura material que permiten y afectan procesos en el pasado humano.... El estudio del urbanismo en arqueología es inherentemente multiescalar. La investigación se basa en la recopilación y análisis de evidencia material sobre paisajes y asentamientos que permite determinar y explicar la presencia, distribución, características formales, delimitación, desempeño y experiencia de las ciudades y la vida urbana” (Baumanova & Vis, 2019, p. 2). Esta visión es coherente con la que plantean autores como Eduardo Kingman, German Mejía, Jay Kinsbruner, Gerardo Martínez, entre otros, para las ciudades coloniales latinoamericanas. Desde esta perspectiva arqueológica también se busca alejarse del énfasis en las edificaciones monumentales, su clasificación o estilo, y más bien buscan indicadores que permitan interpretar la manera de vivir un asentamiento (Yoffee, 2009). Aunque, como bien señala Liebmann (2017, p. 644): “los arqueólogos deben demostrar esta continuidad utilizando el registro arqueológico y no asumirlo a priori”, tal y como el autor lo hace para el Jemez Pueblo en Nuevo México, en donde logra explicar la manera en que elementos del registro arqueológico sobreviven y se transforman en la materialidad contemporánea de Jemez Pueblo.

Friedrich Barth dice que estudiar los entornos construidos desde la arqueología permite observar las distintas a condiciones socio ecológicas que actúan a lo largo del tiempo, las cuales reaccionan a la percepción sensorial y emotiva humana (Barth et al., 2012). A partir de estos principios, se ha podido ir en contra de la historia hegemónica y notar que “La tendencia normativa de las nociones occidentales y globalizadas de urbanismo, minimizó significativamente la importancia de las formas indígenas de urbanismo, negando a las ciudades arqueológicas tropicales un estatuto urbano. Debido a que estos asentamientos muestran patrones de forma construida que son radicalmente diferentes, el hecho de no reconocerlos como urbanos disminuyó la comprensión comparativa que podría generarse” (Baumanova & Vis, 2019, p. 7). Esto quiere decir

que la falta de comprensión de los elementos urbanos antiguos o preindustriales ha llevado a negar la existencia de una forma de vida sofisticada en las ciudades antiguas, arrastrando este prejuicio a la historia urbana para negar a los indígenas como “rastros” de aquella vida ulterior. Nuevamente encontramos el tema de la negación de una especificidad urbana indígena, negación que no se da solo desde las fuentes que tuvieron contacto con aquellos grupos, sino también en la epistemología contemporánea.

Parte del problema del no reconocimiento de un urbanismo indígena, o su ajuste a categorías actuales, depende del peso de nuestra idea sobre la "expansión urbana"; desde tal perspectiva, y sin contextualización de los procesos sociales preindustriales, casi ningún asentamiento de la América Precolombina sería una ciudad. En oposición a la expansión urbana, se han propuesto términos como "urbanismo de base agraria de baja densidad", "urbanismo tropical o disperso" o "paisajes agro-urbanos", que reconocen que la diferencia entre concentraciones de población y vida en el campo no son necesariamente diferentes en el mundo indígena y, por lo tanto, son distintas a nuestra concepción binaria de campo/ciudad. De manera consecuente el urbanismo también debería ser distinto (Baumanova & Vis, 2019, p. 9). Lo anterior tiene su equivalente en los estudios urbanos contemporáneos: “conurbación, poli nucleación, interfaces periurbanas y ciudades multicéntricas que resuenan en el discurso sobre el desarrollo urbano contemporáneo y enfatizan el papel indispensable del espacio entre sitios no urbanos. Estas indiscutibles revelaciones refutan inequívocamente cualquier pensamiento de que el urbanismo es exclusivo de cualquier trayectoria particular de desarrollo social” (Baumanova & Vis, 2019, p. 11). Aunque en esta tesis no se retoma ninguno de estos conceptos, era necesario hacer notar las críticas a la separación de campo/ciudad en los estudios urbanos.

En el mismo tenor, David Small (2006) afirma que “el dominio, la jerarquía y el control urbano de las poblaciones y economías rurales han sido ciertos en algunas situaciones en el pasado, pero asumir que siempre hay desigualdad entre lo urbano y lo rural es pasar por alto algunos aspectos muy importantes para comprender la naturaleza del poder social en el pasado” (Small, 2006, p. 319). El autor proporciona varios ejemplos en donde las ciudades no tenían el poder de cobrar impuestos a las personas que vivían en el campo, y además “las comunidades urbanas como las rurales exhibían altos grados de estatus político jerárquico, especialización económica y

enfoque religioso” (Small, 2006, p. 320). Incluso en otros casos eran los linajes del campo quienes tomaban las decisiones con respecto a la vida dentro de las ciudades, colocándose la mayoría de las relaciones entre campo/ciudad en algún punto intermedio. El mismo autor invita a que, en lugar de asumir el dominio de un lugar sobre el otro, se analice la dicotomía urbana / rural como una relación más abierta, en donde el dominio de lo urbano o lo rural es negociado dentro de múltiples contextos: económico, político, social, religioso; afirma también que el dominio en un contexto no se traslada necesariamente a otro. “En otras palabras, una ciudad podría ser dominante en su poder económico (lo que afectaría el tamaño de su población), pero subordinada a la autoridad religiosa rural (lo que afectaría la composición religiosa de su población)” (Small, 2006, p. 320), y así sucesivamente, en cada aspecto de la vida social. De esta manera, continúa Small, “existen buenas razones para inyectar evidencia rural en nuestras consideraciones sobre la naturaleza de las poblaciones urbanas. No podemos seguir asumiendo simplemente que los centros urbanos dominaron su interior rural hasta el punto de que estas áreas rurales sirvieron para alimentar a las almas urbanas. Tenemos que considerar la clara probabilidad de que las zonas rurales del interior, ya sea en su totalidad o en parte, representen bases de poder alternativas, sociopolítica, económica e ideológicamente y, por lo tanto, puedan impactar a las poblaciones urbanas de nuevas formas” (Small, 2006, p. 321). Desde la arqueología, la relación ciudad/campo se enriquece, y parece muy conveniente para el caso de Paso del Norte, pues justamente una de las características de la hacen diferente son su forma urbana, sus relaciones con las poblaciones contiguas y su función como lugar de negociación.

Si bien hay discusiones largas acerca de lo que es o no es una ciudad antigua, aquí solo se señalan algunas perspectivas que evidencian cómo se retoma el asunto desde la arqueología. Ariel Gravano (2017, 2018), propone que el estudio antropológico de las ciudades permite una mejor comprensión del fenómeno urbano, que la arqueología es la especialista en la observación de la materialización de la cultura, tanto para contextos antiguos como también recientes. Por su parte Monika Baumanova y Benjamín Vis (2019) afirman que el estudio del urbanismo comparado desde la arqueología “facilita el reconocimiento y la articulación de patrones transculturales y atiende al discurso moldeado por el análisis y la interpretación urbanos que es directamente relevante para

la comprensión de las sociedades y las relaciones ambientales humanas en el pasado, así como los procesos y posibilidades en el presente” (Baumanova & Vis 2019, p. 1).

Diversos autores han estudiado la materialización de las formas de vida en ciudades antiguas, desde la arqueología (Blanton, 2012; Blanton & Fargher, 2011; Brenner & Schmid, 2014; Creekmore, 2014; García Gómez, 2009; Iglesias Ponce de León, 2001; Kelly & Burrows, 2020; Makowski, 2020; Santley et al., 2012; Small, 2006; M. Smith, 2007; M. E. Smith, 2007; Yoffee, 2009); y en específico la presencia de grupos indígenas en ciudades virreinales (Castro Gutiérrez, 2010; Gravano, 2018; Schávelzon, 2020). Un ejemplo de cómo la arqueología puede ser una herramienta de observación del urbanismo antiguo, en particular del impacto de grupos indígenas en ciudades coloniales, se hallan en los trabajos de arqueología urbana en Buenos Aires, Argentina, de Daniel Schávelzon, quien restituyó la presencia de grupos marginados de la sociedad, hasta entonces inexistentes en la historia urbana tradicional. El caso es pertinente porque los elementos aportados por el autor son, desde el punto de vista cualitativo y cuantitativo, menos significativos de los que se han recuperado para Paso del Norte; en el mismo tenor de trabajos históricos que reconocen el impacto de los grupos marginados, en las ciudades coloniales del septentrión novohispano, desde las fuentes.

Daniel Schávelzon (2020) parte de la negación explícita desde las fuentes de primera mano, acerca de la presencia indígena en el lugar que a la postre ocuparía Buenos Aires. En contrasentido, los trabajos de rescate y salvamento arqueológico en la ciudad mostraban evidencia de grupos originarios, de los que no se tenía certeza si fueron contemporáneos a la llegada de los hispanos. Schávelzon hace un breve recuento de otros lugares en Argentina en donde las poblaciones virreinales se colocaron encima de asentamientos indígenas, proceso que también Musset (2012) ya ha trabajado ampliamente. Pero en Buenos Aires, se había venido construyendo una memoria que se fincaba en el esfuerzo heroico de los primeros pobladores occidentales que habrían triunfado contra las adversidades medioambientales, económicas, políticas, y sobre todo venciendo la “irracional violencia” de los grupos nómadas de la región (Schávelzon, 2020).

De acuerdo con Schávelzon (2020, p. 16) “los textos hablan de la presencia de indígenas en forma indirecta, con los que se relacionaban de una manera u otra, que los atacaban y eran varios miles, o cuando ellos atacaban sus asentamientos eran muy pocos y apenas tenían para darles de

comer” Por muchos años la historiografía, fuertemente influenciada por el poder hegemónico del estado nación como en el resto de Latinoamérica, no puso dudas a estas afirmaciones. Igual que en Paso del Norte, los constructores de la memoria no concibieron una cosa tan elemental, como decir si previamente había gentes o no, viviendo en el mismo lugar que ellos. Esta información habría sido explícitamente omitida por los primeros narradores de la sociedad virreinal. En el caso de Buenos Aires, pocos años después de fundada la ciudad se dio noticia de que la población originaria se rebeló, porque se le exigió alimentar a la tropa que era de casi 2,000 personas, y se negaron a hacerlo; evento éste muy similar a las rebeliones que enfrentó Juan de Oñate en pueblos como Acoma (Hammond & Rey, 1953b). Para Schávelzon “parece un cuento infantil. No porque no fuese verdad, seguramente sí lo exigieron, pero eso nos hace pensar que debían ser muchos, ya que de otra manera era absurdo pedirlo, y que además estaban en el lugar o muy cerca” (Schávelzon 2020, p. 16). Se trata de un pequeño indicio, en apariencia inconexo, pero también se vuelve un dato que arrojó el velo de la duda sobre la armoniosa versión de los archivos.

A partir de lo anterior el autor se plantea varias preguntas: “¿había una aldea (estable o no), o varias de ellas, en donde se fundó la ciudad o en su entorno cercano? Y si la hubo, ¿fue desconocida por los invasores para justificar su ocupación? Recordemos que si algo exigió la Corona fue respetar a los poblados existentes, o al menos no decirlo por escrito” (Schávelzon 2020, p. 16). Ciertamente Musset (2012) muestra la predilección de los hispanos por ocupar lugares habitados previamente, no solo aquellos con grandes concentraciones de población o simbólicamente relevantes, pues cualquier lugar con gente era un espacio apropiable. (Schávelzon, 2020, p. 17) dice “Que ésta no era *Tierra Nullis*, base del derecho para ocupar espacios del mundo que Occidente consideraba que no eran de nadie. Era de “alguien” y desde hacía muchos siglos. El problema es probarlo”. Se trata de una perspectiva que también comparte Cecilia Sheridan (2015), cuando analiza el fenómeno de la fronterización en el Septentrión novohispano.

La narración continúa:

“Cuando se envió a Diego de Mendoza con treinta hombres a caballo y trescientos soldados en la zona del río Luján, a castigar a los indígenas por no darles más alimentos la instrucción fue clara: ‘tomar presos o matar a los indios y apoderarse de su pueblo’ (Schmidl, 2003, p. 67). Era evidente que había una población estable: apoderarse del pueblo al que supieron llegar, lo que implica un camino, y que eran tantos que, pese al poder de dicha temible

fuerza militar, el propio jefe murió con su gente. Es evidente que era mucha gente la que vivía en la región, que había poblados, y no que era un espacio vacío con 'gitanos' que andaban 'de noche y mesón' (Schávelzon, 2020, p. 18).

La duda era más bien una certeza de la existencia de grupos indígenas, y ahí entra la arqueología, para demostrar que vivir un espacio implica una materialidad y que las huellas que deja, aunque tenues, son prueba de su existencia: "La posible presencia indígena en la ciudad, en su cultura material y sus viviendas, en esos agujeros de postes encontrados varias veces y que tanto parecen coincidir con La Noria, nos dice que muy seguramente hubo quienes vivieron en el lugar de la ciudad, que ocuparon el territorio antes de la llegada de Pedro de Mendoza, quien tuvo que luchar con ellos; nadie lucha por espacios vacíos" (Schávelzon, 2020, p. 18). A decir de Paso del Norte, las huellas arqueológicas de habitantes anteriores a los españoles han sido encontradas, principalmente en la actual ciudad de El Paso, Texas; pero dichas huellas por el momento solo nos hablan de la existencia de estos grupos: ¿qué impacto tuvieron en la formación de la ciudad?, ¿por qué fueron negados?

El ejemplo de Buenos Aires también permite reflexionar sobre lo que menciona Kingman: "La historia de las ciudades hay que entenderla en términos de disputa de significados relacionados con el pasado, de búsqueda de raíces hispanas, indígenas y mestizas y de construcción de narrativas relacionadas con ello. Una de las bases del hispanismo ha sido la arquitectura, mientras que la del indigenismo ha sido la arqueología" (Kingman Garcés, 2021, p. 61-62). La historia urbana podría introducir un equilibrio, para entender el impacto de los grupos indígenas en ciudades patrimonializadas a partir de la arquitectura colonial.

La memoria negada del pasado indígena

La actuación de grupos marginados es poco atendida en la construcción de la memoria de las ciudades. Los marginados de la historia son muchos, y el olvido va de la mano de la conformación de esa ciudad letrada de Ángel Rama (1998). Grupos como indígenas, esclavos o solo pobres, no suelen aparecer en las fuentes o lo hacen para ser condenados en una relación dicotómica bueno-malo. Quienes retoman esos documentos repiten esta tendencia, y proyectan esa imagen del mundo pasado hacia los habitantes actuales, quienes en concordancia con el aparato del poder

hegemónico patrimonializan ese pasado otorgándole un halo de autenticidad, en el sentido de Walter Benjamín. Lo anterior da como resultado monumentos y sectores en una ciudad que recuerdan la historia parcial, reproduciendo la relación dicotómica civilizado-salvaje, y la identidad que emana de este proceso difícilmente puede imaginar otro tipo de relación que la de valores absolutos. Pero ¿por qué colectividades como los indígenas no están presentes en la historia?

Para responder nos remitimos a un supuesto proveniente de la historia decolonial. Los grupos marginados, como los indígenas, han sido implícita y explícitamente negados en la conformación de la historia y la historiografía profesional, porque de este modo se consolida la visión dicotómica de un vencedor/civilizado/bueno frente a un vencido/salvaje/malo. La idea de una triple negación del pasado indígena es retomada de la propuesta de Cecilia Sheridan (2015), pero para entender este proceso hay que considerar la negación de las fuentes, la negación historiográfica y la negación contemporánea. Esta perspectiva no es nueva, pues autores como Susan Deeds han venido recuperando la voz de los grupos marginados de la historia en el septentrión novohispano; así, plantea la necesidad de: “(1) recuperar las formas y configuraciones de la persistencia étnica (o comprender la falta de ellas), a pesar de los problemas de recuperar las voces indígenas analfabetas, y (2) superar el énfasis abrumador de las teorías poscoloniales sobre la representación, la ideología y el poder, que ha eclipsado las condiciones materiales o de la vida cotidianas de las personas” (Deeds, 2010, p. 6).

Primera negación. Las fuentes

La ambigüedad encierra cierta manera de engaño. Hay una escasa presencia de testimonios indígenas en las fuentes de los siglos XVI al XVIII en el norte novohispano; cuando éstos aparecen siempre es de manera ambigua, desconcertantes, en momentos incluso de forma difusa, y no se sabe si se habla del mismo grupo de personas o de otras. En este periodo las fuentes escritas son de origen religioso, militar y administrativo, y en ninguno de estos rubros se encuentra la intención de presentar a un grupo distinto -el indígena- en una dimensión que los asemeje o equipare con los productores de las fuentes. No es sorprendente, los procesos de identidad se construyen con base en la otredad (Barfield, 2000), y desde quienes escriben las fuentes virreinales el “otro” es, sin duda, el indígena. Referirlos de manera ambigua es una forma de negarles su identidad; son

culturalmente menos, son poco confiables, son violentos, son cobardes, son feroces, son mansos, son... todas las paradojas posibles, porque son salvajes, de acuerdo con la óptica de los creadores de los documentos.

La conceptualización de los indígenas como salvajes está en el epicentro del entendimiento de la relación entre novohispanos y nativos, por lo tanto, es un marco referencial ideal para entender las fuentes del norte virreinal. Cuando se habla de salvajes se refiere a lo opuesto del ideal de comportamiento humano, al mismo tiempo que se evoca la permisividad de la rigidez de las normas sociales. El salvaje representa lo que no se quiere ser, pero que de cierta manera se es, por eso debe ser negado, despojado de su posibilidad de ser equiparable a lo civilizado; pero en un mar de paradojas la civilización necesita a la barbarie para saber que no se es salvaje, y debe estar presente y oculto al mismo tiempo (Bartra, 2011). La ambigüedad es un buen camino para solventar la paradoja. Hay pues, razones profundas para que los indígenas estén presentes y al mismo tiempo sean actores incómodos, y la ambigüedad no es más que una faceta más de la negación. No se trata de una negación de la obvia existencia física de los nativos, sino la negación de una condición de equiparación entre novohispanos e indígenas.

La negación del indígena en las fuentes del norte virreinal sirvió para “normalizar la otredad y dar entrada al nuevo virreinato” (Sheridan, 2015, p. 15). Se necesitaba ocupar un espacio que ya tenía habitantes, se compartiera o no la idoneidad de la forma de vida, y para ello se recurriría a cualquier estrategia que fuera necesaria contra los “salvajes”. Si la presencia indígena era ambigua, también lo era el espacio que ocupaba; “espacios abstractos y violencia van juntos” (Lefebvre, 1974, p. 224); tal vez por ello “lo más tangible y a la vez más duradero, es la conciencia de inseguridad en el espacio fronterizo, lo que origina la inminencia de su institucionalización frente a la amenaza externas” (Sheridan, 2015, p. 16).

La negación de lo indígena en las fuentes puede ser vista también desde el intento de generalizar ciertas características de algunos de estos grupos, en especial aquellas condiciones que los hacían ser infravalorados (Sheridan, 2015, p.182). Se intentó homogeneizar la gran diversidad que había en un inmenso territorio (Hers et al., 2000), y al hacerlo se normalizó e invisibilizó la diversidad a partir de la aceptación de un modelo que difumina lo diverso. Sheridan escribió: “la cuestión de la frontera como un espacio homogéneo del imperio español en la nueva España casi

natural, es resultado de interpretaciones contemporáneas que apenas cuestionan la existencia de la frontera como condición de vida, como forma de ser en el espacio- tiempo, como explicación de los procesos de construcción de la alteridad que no necesariamente se mantienen constantes ni vigentes, sino por el contrario que se construyen y deconstruyen constantemente” (Sheridan, 2015, p. 183); esto daría como resultado una serie de relaciones sociales estructuradas en dualidades irreconciliables, como lo bárbaro/civilizado, lo vacío /ocupado, lo indígena/español (Sheridan, 2015, p. 16).

Incluso desde antes de la llegada de los españoles ya había prejuicios y dualidades de identidad/otredad entre los habitantes del centro México y los que vivían en nuestro hoy norte lejano. Las fuentes tempranas del siglo XVI heredaron prejuicios y construcciones despectivas de la otredad norteña, desde la visión hegemónica de las culturas del centro, y una consecuencia lejana es el desinterés académico por las culturas del norte (Hers et al., 2000; Ortelli, 2014; Reyes Valdez, 2004). Antes de la “época de contacto” hubo algunas menciones sobre los habitantes norteños, simplificados y homogeneizados en el término “Chichimeca”: “A las provincias donde moran los chichimecas llámalas chichimecatlalli. Es tierra muy pobre, muy estéril, y muy falta de todos los mantenimientos” (Sahagún, 2009). Por otro lado, el imaginario mexicana ubicaba en un punto inexistente del norte, lugares como Chicomoztoc, Aztlán e incluso Tollan (León Portilla, 2003). Desde esta perspectiva, se cuenta con dos grandes vertientes para entender al norte desde los grupos del centro de México: el primero lo concibe como un lugar mítico originario, con un dejo de grandeza épica y tierra de fantasías; un pasado glorioso en un lugar lejano. El segundo no se remonta hacia su pasado, sino a la percepción de los vecinos septentrionales, de la otredad, y en donde los habitantes norteños son vistos como gente salvaje, sin ciudades ni ley, como chichimecas, una más de las paradojas.

Los estudios virreinales continúan reproduciendo al Norte como un espacio salvaje, solo habitado por nómadas que deben ser civilizados. Como lo señala Sara Ortelli (2007), esta construcción era favorable para justificar el uso de estrategias fuera de la legalidad y como marco general para el proceso de apropiación y colonización del espacio norteño. De este modo hay una clara negación del sustrato indígena autóctono en casi todos los aspectos de la vida virreinal. Estos acercamientos críticos a fuentes primarias revelan una copiosa cantidad de documentos sobre

pueblos originarios del norte que versan de muy distintos temas, pero que muestran su existencia y su participación en la vida cotidiana. La identificación y seguimiento de un posible sustrato indígena, como uno más de los estratos de las ciudades norteñas de la actualidad, o bien su inexistencia en el desarrollo inicial, pueden arrojar luces a la urbanidad indígena.

Las fuentes niegan un indígena equiparable con el español, y al hacerlo niegan también el espacio habitado al mostrarlo como vacío. Presentar el espacio como vacío, aunque no lo estuviese, lo hace susceptible de ser ocupado (Sheridan, 2015), y al hacerlo se materializa esa intención, territorializándose la identidad novohispana y dando paso a una vida civilizada. Posteriormente se crea un imaginario acerca de que los novohispanos ocuparon el espacio “inocentemente”, pues estaba vacío, o bien, ocupado por gente que no merecía vivir ahí, justificando así la apropiación física. Los territorios vacíos, obviamente no lo eran, sino que se ocupaban mediante prácticas de cazadores, recolectores, pescadores, agricultores a tiempo parcial, entre otros. La primera negación es la de las fuentes de primera mano, escritas y registradas en contacto directo con los acontecimientos, como cronistas, capitanes, escribanos, autoridades virreinales o cualquier otro autor individual o institucional que tuviera contacto con los indígenas.

Segunda negación. La historiografía urbana

Walter Benjamín dice que las claves para entender las edificaciones del presente se encuentran en las construcciones del pasado (Benjamín, 2005, p. 460). Si lo que se pretende apreciar es la ciudad, el proceso histórico de su conformación debería ser un tema primordial. El tránsito temporal va mutando la forma de la ciudad, produciendo un palimpsesto del cual da cuenta la historiografía. En la ciudad se ven concentradas las aspiraciones, y se empalman entre sí, dejando huellas materiales. La relación entre forma de la ciudad y prácticas culturales es dialéctica, pues la “ciudad como ente vivo está en un proceso constante de cambio... La ciudad pues, no es nunca igual a sí misma” (Romero, 2013, p. 97). El mismo José Luis Romero planteaba que este proceso era más fácil apreciarlo en las fundaciones (Romero, 2013, p. 98), y que la forma física tiene un impacto en la mentalidad y viceversa, de ahí que sea dialéctica, tal y como ya lo ha señalado Kevin Lynch (1985).

La historia urbana da cuenta del proceso de formación de la ciudad. La manera en que se escribe, el contenido, la intención, las ideas subyacentes, entre otros, repercuten fuertemente en

la manera en que se recrea el pasado de la urbanidad. El análisis de los aspectos mencionados es tarea de la historiografía; Bloch concibe la labor historiográfica como creadora de sentidos, por tanto, como una disciplina interpretativa e insiste en la necesidad de que sea flexible, comprensiva, dando cuenta de los acontecimientos cotidianos relacionados con los grandes cambios en el tiempo (Bloch, 2000). Escribir historia es crear la imagen del pasado, y analizar la manera en cómo se ha escrito esa historia es comprender el sentido del pasado.

El caso del norte virreinal es especialmente significativo ya que parece ser que la manera en que se ha escrito la historia, y luego construido la memoria sobre esta área, ha dado continuidad a la perspectiva de las fuentes originales, negando la presencia y la agencia de quienes no narraban directamente los acontecimientos, como los indígenas (Sheridan, 2015, p. 122-124). La negación en la historiografía del indígena tiene implicaciones mucho más profundas que la simple falta de una visión de los vencidos, pues implica una imposibilidad de la alteridad. Desconocer o minimizar al otro es legitimar la presencia de los novohispanos que llegaron a imponer una forma de vida; negación que continuó entre quienes escribieron sobre el tema, pues significaba el triunfo de una forma de vida más civilizada, sobre aquella considerada bárbara. Para ello se valieron de la omisión de la diversidad, homogeneizando la concepción de los pobladores norteños: “la construcción de lo chichimeca resulta así, en un hecho histórico... que a fin de cuentas narra la deseada transformación de lo inhóspito en habitable, de lo salvaje a lo civilizado... [esto] pone en evidencia las tendencias historiográficas orientadas a esquematizar los procesos sociales complejos” (Sheridan, 2015, p. 114). La intención de homogeneizar el pasado niega las identidades indígenas; por su parte los intentos de homogeneización de la forma de las ciudades no permiten el reconocimiento de “otras” identidades, y esto no es coincidencia, son procesos entremezclados en un palimpsesto urbano.

El ejemplo más palpable de una especie de continuidad argumentativa entre las fuentes y la historiografía es la condición de guerra. Estudios que profundizan en casos específicos, como el que realiza Susan Deeds en el norte de Durango y sur de Chihuahua en el siglo XVII (Deeds, 2010), el de Sara Ortelli para la Nueva Vizcaya en el siglo XVIII (Ortelli, 2007, 2014), el de Cecilia Sheridan para el centro y norte de Coahuila en el siglo XVIII (Sheridan Prieto, 2001, 2015), Juan Carlos Ruiz Guadalajara para San Luis Potosí en el siglo XVI (Ruiz Guadalajara, 2010), Cynthia Radding para

Sonora del siglo XVIII (Radding, 1992), entre otros, han encontrado que esta condición de violencia está permanente descrita en las fuentes de la época, y se retoma con textos como los de Herbert E. Bolton (Bolton, 1974), Philip W. Powell (Powell, 1975) o David J. Weber (Weber, 2000, 2004), resultan poco convincentes al considerar el tiempo y el espacio: “en muchos aspectos esta interpretación del pasado colonial fronterizo se asemeja al discurso colonial mismo, un discurso esencialista, simplista, que relativiza la diferencia entre nosotros y los otros” (Sheridan, 2015, p. 93). La negación de la otredad por parte de la historiografía en el norte virreinal deja un profundo vacío teórico sobre la influencia que pudieron tener los indígenas en la conformación de asentamientos como Paso del Norte. Mientras no se evalúe el sustrato indígena, persistirá la carencia conceptual en la historia urbana.

El norte virreinal es parte de la construcción de un discurso capaz de ordenar el espacio, normalizarlo, disciplinarlo y estructurarlo; a la vez es dispositivo de conquista y colonización como sustento de poder imperial: “en la frontera chichimeca se construyen, a través del discurso de poder y la interpretación historiográfica, estas heterotopías de crisis o contra espacios que podrían en marcha la utopía de la transición de lo primitivo /salvaje a lo civilizado/moderno por la vía del evangelio y la conversión” (Sheridan, 2015, p. 27). Este modelo ha seguido funcionando gracias a visiones como la de Frederick J. Turner, quién desde su experiencia describió una frontera movable, pero como avance de la civilización que imprimiría un “tinte democrático a la expropiación de los territorios indígenas” (Sheridan, 2015, p. 16). Estas ideas, desde un discurso complaciente y defensivo, favorecieron una tendencia historiográfica hacia la homogeneización del espacio de frontera, como atalaya frente al otro, inaccesible (Sheridan, 2015, p. 17-18).

En el caso de Paso del Norte se aprecia en la historiografía una tendencia general a considerar a los grupos originarios como salvajes o incivilizados, negándoles valores culturales que los asemejaran con sus similares sureños y menos aún con los españoles. Este discurso fue abonado por la falta de investigaciones sistemáticas de estos grupos; como ejemplo tenemos el texto del cronista Esparza Marin (1986), que dice:

“Los primeros moradores de esta región lo fueron en su totalidad indios nómadas, una serie de habitantes que andaban errantes de un lado para otro, sin dejar huellas fijas de sus labores, ni de sus artesanías, ni de la adoración de algún dios o ídolo, ya que únicamente sentían la presencia de un gran espíritu, demostrando su temor por medio de danzas o bailables rítmicos. Nos podemos figurar que estos primeros moradores, al igual que muchos

otros en diferentes partes de nuestro extenso México, vivían en estado salvaje, sin vestido y con los pies descalzos, luchando con las bestias feroces y con las tribus de otras partes, para disputarse sus alimentos. No sabían cultivar la tierra, ni tampoco conocían las bestias de carga” (Esparza Marin, 1986, p. 11-12).

El atributo “nómada” implica un desconocimiento de las formas de vida de los indígenas de la región; pero más allá de esto, lo que nos muestra la cita anterior es la facilidad con la que se reproducen, en nuestros días, los dichos plasmados en las fuentes primarias. En el intento de comprender las inconsistencias de una supuesta “inexistencia” de indígenas, y al mismo tiempo la presencia predominante de grupos como los Mansos al inicio de la vida de Paso del Norte, se dan interpretaciones que han generado aún más confusión: “Este género de indios que en sí eran pacíficos, fueron probablemente descendientes de los que encontraron Alvar Núñez Cabeza de Vaca y más tarde Fray Marcos de Niza y Francisco Vázquez Coronado” (Esparza Marin, 1986, p. 15). No se halla explicación lógica para el cambio radical en la forma de vida de los indígenas en los 50 años que separan ambas expediciones, y menos aún alguna razón de que los indígenas belicosos fueron sustituidos por unos pacíficos, lo que revela una dimensión de la negación historiográfica.

Ahora bien, generalizando se reconoce que una gran cantidad de las ciudades de México presentan estratos virreinales como base de la forma urbana actual. En menor medida, pero con casos excepcionales como Ciudad de México, se reconoce un sustrato indígena en la traza actual del espacio urbano. Ambas herencias parecen difuminarse en cuanto a su importancia o incluso en cuanto a su presencia en las ciudades del Norte de México. Parecería haber una relación inversamente proporcional de la distancia con respecto al centro y la pérdida de importancia de los sustratos virreinales, y de la influencia indígena en la forma de la ciudad. Estudios recientes se han centrado en las ciudades de mayor monumentalidad, o más parecidas a las del centro (Chihuahua, Parral, Durango, Zacatecas, Saltillo, Monterrey, incluida la muy septentrional Santa Fe). Sin embargo, en el norte casi no hay casos en donde se reconozca la presencia o importancia de un sustrato indígena como elemento importante en la conformación de las ciudades, más allá del reconocimiento de los movimientos forzados de población indígena en el periodo virreinal y en particular en Paso del Norte (Cramaussel, 2014; Sheridan Prieto, 2015). La segunda negación es continuidad de la primera, pues no se busca profundizar o siquiera visibilizar a los actores no referidos explícitamente en las fuentes. Esta negación se debe a los historiadores, y sugiere una relectura crítica de las fuentes con visiones teórico-metodológicas más flexibles.

Tercera negación. Los Imaginarios

El mundo, o más precisamente lo que pensamos acerca de él, es necesariamente transmitido a través del lenguaje (en un sentido amplio de la palabra). Dado que el lenguaje posee su expresividad y estructura en la narración, si se analiza la narración puede analizarse “el mundo”. La narración utiliza significados y significantes para transmitir las ideas, se requieren figuras preconcebidas para entender una información nueva (Eco, 1978). En el caso de las ciudades es importante que, siguiendo esta lógica, para el habitante siempre un lugar evoca a otro lugar ya conocido o imaginado; así entre un lugar y otro se da una relación de co-presencia (Lynch, 2008).

El conjunto de narraciones acerca de algo forma un discurso. Los discursos son entes históricos y culturales, que se transforman conforme mutan los generadores de relatos o, bien, los receptores de estos. El discurso tiene sus componentes de significación: “si bien es cierto que sólo el mensaje tiene una existencia temporal, una existencia en duración y sucesión, donde el aspecto sincrónico del código pone al sistema fuera del tiempo sucesivo, entonces la existencia temporal del mensaje da testimonio de la realidad de éste” (Ricouer, 2002, p. 23). El discurso acerca del norte virreinal ha reproducido una imagen desfavorable de los indígenas en una dicotomía salvaje/civilizado (Sheridan Prieto, 2015); la significación asignada a lo indígena ha cambiado en algunos aspectos, pero ha mantenido un sustrato esencialista que ha forjado el imaginario que hoy día nos mantiene asumiéndolo como lo otro salvaje.

El imaginario acerca del septentrión novohispano y de Paso del Norte en particular, el de las personas en general y no solo los especialistas, niega el sustrato nativo. Esta visión va de la mano de la patrimonialización selectiva de monumentos que solo recuerdan la narrativa de las elites novohispanas; al respecto dice Kingman (2021b) “La historia institucional de la arquitectura y el urbanismo ha servido de base a una forma de partición que legitima un tipo de cultura material y deslegitima otro. La historia de la arquitectura y el urbanismo serviría en este caso de instrumento de prácticas de conservación y puesta en valor de ciertas edificaciones, pero también —de forma no necesariamente explícita o consciente— a acciones de desvalorización y deslegitimación” (Kingman Garcés, 2021a, p. 64) . La puesta en valor de unos aspectos de la historia, y no de otros,

a través de los monumentos, va dando paso al imaginario sobre la manera en que ocurrieron los acontecimientos. La elección de lo que es patrimonializable no es inocente.

El imaginario sobre una ciudad direcciona en buena medida lo que después se construirá - la forma de la ciudad- (Romero, 2013); es decir la materia como reproducción de la imagen, pero, también la forma, determinan cómo la imaginamos la ciudad(Lynch, 1985). Es necesario entender esta relación dicotómica para recuperar el papel del discurso histórico en la conformación del imaginario acerca de la ciudad, para evaluar el impacto de este imaginario en la identidad de los habitantes de Paso del Norte. Superar la negación significaría, entonces, proporcionar elementos para reconstruir una identidad olvidada.

La vida humana, como asegura Christian Norberg-Schulz, no puede desarrollarse en cualquier parte, presupone un espacio que sea en realidad un pequeño cosmos, un sistema de lugares significativos (Norberg-Schulz, 1979, p. 20). Por ello, es posible analizar los procesos de desciframiento de espacios preexistentes, escrutados por otros que crearon lugares posibles y que volvieron a crear e imaginar nuevos espacios: “el espacio apropiado construido sobre los nuevos espacios nativos” (Sheridan Prieto, 2015, p. 26). Otro factor en la construcción del imaginario urbanos es la organización mental del entorno, pues “al menos en parte, de las imágenes que las personas tienen de los ideales, de lo que es bueno y malo, de lo que es una ciudad, así como de las imágenes más ‘objetivas’ que tienen sobre las posibilidades, oportunidades y recursos. Al estudiar las imágenes de la ciudad, estudiamos el sentido de ella” (Rapoport, 1977b, p. 46). De este modo, aunque parecería que las condiciones adversas del entorno ambiental llevarían a un desapego, o barrera para sentir afinidad por un lugar, esto no es certero, pues la superación de las desventuras del medio ambiente era un acto de valentía, meritorio del reconocimiento de la corona española (Musset, 2012). La tercera negación es la negación del imaginario contemporáneo de un pasado indígena en realidad vigoroso y activo durante el virreinato.

De Estratos y palimpsestos en la construcción de la memoria urbana

Escribir una historia de los que llegaron y los que siempre han estado aquí, solo desde su materialidad, sería un ejercicio poco productivo; lo que se pretende más que una historia, es elaborar una narración que descubra la presencia de los grupos marginados. La contribución de un

grupo a la conformación de la urbanidad no se puede medir en términos exclusivamente cuantitativos; no hay un porcentaje que determine la influencia de un grupo u otro en nuestra propia forma de vida, pero sí podemos reconocer su existencia e integración en lo que hoy constituye nuestra identidad. Por ello, en esta tesis se propone aplicar los conceptos de estrato y palimpsesto en los estudios de historia urbana, pues permiten dar cuenta de una integración singular y compleja de las formas de vida pretéritas sin ceñirse a una lectura lineal y evolucionista.

Acostumbra a afirmarse que en América los asentamientos indígenas y los poblados novohispanos se sucedieron los otros a los unos en el tiempo. Pero entre ambos en realidad hubo una serie de influencias mutuas y continuas, expresadas en gradientes variados de continuidad, permanencia, remanentes, redistribución, reorganización, imposición, cambio, persistencia, entre otras. García Vázquez (2004) entiende las ciudades como resultado de interacciones y superposiciones de capas temporales y perceptivas; otros autores (Corboz, 2004; Gravano, 2018; Harvey, 1988; Mejía Pavony, 2021b; Rodríguez Rodríguez, 1999; Schávelzon, 2020; Stratta, 2011) reconocen que esta sucesión de influencias es dinámica y permea elementos del pasado a manera de capas que forman palimpsestos². Sin embargo, ninguna categorización de esa sucesión de influencias ofrece una manera certera para determinar el tipo e intensidad de la relación entre las capas que conforman el palimpsesto, y no tendrían por qué proveerla, pues se entiende que las posibilidades de combinación son demasiado amplias.

En ese sentido, el uso del término “capa” parece insuficiente para dar cuenta de lo dinámico que pueden ser los procesos de superposición en un palimpsesto urbano. Debido a lo anterior es que se ha preferido usar el concepto de estrato en lugar de capa; el concepto de estrato es empleado por Germán Mejía (2021) quién dice que:

“Un estrato temporal en la ciudad es la huella que deja la acción de una determinada sociedad en el espacio históricamente construido. Toda existencia es limitada en el tiempo, pero a la de los seres humanos le sobrevive la de los objetos que ellos construyeron para habitar dicho lugar: la materialidad de estos obedece a lógicas y propiedades que no son las de las personas y las de las relaciones que establecen entre sí. Por ello, los estratos temporales son, en este sentido, huellas de una manera citadina de vivir que es pretérita

² Corboz refiere que la complejidad en la sucesión de múltiples situaciones en un territorio no se clarifica con el concepto de capa: “El territorio, sobrecargado como está de numerosas huellas y lecturas pasadas, se parece más a un palimpsesto” (Corboz, 2004, p. 34). La Real Academia de la Lengua Española define palimpsesto como “Manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente” (RAE, 2020).

respecto del presente del observador: indican las distintas maneras de habitar que se han dado históricamente en el mismo lugar” (Mejía Pavony, 2021b, p. 110).

Se reconoce la presencia de otras formas de vida en el mismo espacio, lo que no implica una valoración cuantitativa de la historia; se trata, más bien, de una forma de lectura. El ensayo de German Mejía, aunque sugerente, es todavía una propuesta. El presente trabajo intenta volver operativa dicha propuesta, pues es adecuada porque retoma principios similares a lo que se plantean aquí: entorno construido, materialidad y, en especial, la construcción histórica de un espacio.

La sobreposición de estratos en las ciudades no es inmóvil, ni quiere decir que no existan las permanencias, supervivencias, recuerdos, muchos de ellos a manera de resistencia cultural y muchos otros simplemente como parte de un proceso de amalgamiento que se da tras el contacto entre dos formas de hacer las cosas. De hecho, un rasgo de la ciudad es la capacidad que tiene de ceder parte de su singularidad cultural para recibir a otras culturas y cumplir su sentido de existencia; al tratarse de un lugar de concentración, necesita flexibilidad para recibir poblaciones de distintos orígenes. Sin esta diversidad la idea de ciudad no sería posible (Romero, 2013, pp. 89–90).

Para autores como Kinsbruner “El tamaño y el estado administrativo no son criterios esenciales del verdadero carácter urbano. La función y la forma son lo esencial de la materia” (Kinsbruner, 2005, p. 91), y la función principal de una ciudad es la de proveer oportunidades a sus habitantes, más de las que podrían tener en un ambiente rural (Kinsbruner, 2005). Más oportunidades requieren sistemas más flexibles en los cuales se permean las culturas de los grupos que conforman la ciudad, por ello podría ser más preciso hablar de palimpsestos en la ciudad y no solo de capas que la componen: “Para nosotros, en cambio, adoptar la metáfora del lenguaje significa comprender a la ciudad como un palimpsesto, aquel manuscrito antiguo que conserva las huellas de una escritura anterior, borrada artificialmente. Las marcas que dejan las luchas, las formas de vida social y el modo de organización de la producción, pero también las ideologías, las formas estéticas y la cultura, trasciben en la ciudad sus huellas. Mirada a trasluz, como la trama de un conjunto de capas sedimentadas, es posible encontrar en la ciudad las marcas de una lenta y trabajosa construcción social” (Stratta, 2011, p. 1).

En este mismo sentido, la “capa” refiere un nivel constante e identificable a la vista, como las hojas de un hojaldre. El problema con el pasado indígena es que ha quedado ensombrecido por la forma urbana del mundo novohispano. Carlo Ginzburg (2003) decía que el paradigma indiciario implica fijar nuestra observación en los pequeños detalles omitibles, ensombrecidos, para lo cual, no había que inventar una nueva metodología, sino dar lugar a la inducción (Ginzburg, 2003). Siguiendo este paradigma se busca identificar el estrato urbano indígena como sustrato de la historia urbana de Paso del Norte.

Sustrato es una palabra empleada en la edafología y refiere a los estratos más antiguos en la conformación de un perfil estratigráfico (que está compuesto de capas sucesivas), pero que es diferente al resto de los estratos por su cualidad de génesis. El edafólogo sabe que el sustrato entrará en interacción con el resto de los factores pedogenéticos y marcará la forma del perfil completo. Es un proceso que no es visible a simple vista, pero tampoco unidireccional, todos los demás factores también interactúan, pero si se busca entender las diferencias, primeros sutiles en los estratos tempranos, y luego mayores en los estratos más recientes, es necesario identificar y conocer sus sustratos³. Mejía señala:

“Tenemos, entonces, que el presente es para el historiador lo que la montaña para el geólogo: un acumulado de estratos. Sin embargo, no debemos confundir el estrato con la montaña, pues una montaña es más que la suma de los varios estratos que están contenidos en su existencia específica: ella es el modo particular como se arreglan los elementos que la componen[...] *El estrato es, por ello, una estrategia de lectura que permite entender en sus partes el acumulado: una metodología para explicar cómo tomó forma y duró la ciudad que hoy vemos y experimentamos*” (Mejía Pavony, 2021, p. 110). (énfasis del autor).

De este modo la analogía entre la labor del geólogo y la del historiador cobra sentido. Es posible entender un perfil estratigráfico sin ver el sustrato, pero no de la misma manera cuando se observa con sus estratos más antiguos, aunque quizá no, de observarse el mismo perfil junto con sus estratos más antiguos; de ahí la obsesión casi patológica de los estudiosos de los suelos por obtener perfiles estratigráficos completos, pues con ello explican la composición y anomalías en la historia de la tierra: ¿por qué no hacer lo mismo en urbanismo? La narración es forma y fondo, por

³ La Real Academia de la Lengua Española define sustrato como “Un estrato que subyace a otro” y en geología como “Terreno situado debajo del que se considera. El sustrato de un manto” y en el ámbito lingüístico como “Lengua que ejerce una influencia en otra instalada posteriormente en el mismo territorio” (RAE, 2020).

ello se privilegia el uso de los términos estrato urbano y sustrato, para hablar de la presencia indígena en la conformación urbana de Paso del Norte.

Para para sostener que la presencia de grupos marginados de la historiografía puede ser considerada un estrato urbano, es necesario entender que un mismo espacio es vivido por distintas colectividades, en un tiempo determinado, y luego por otras, y otras, hasta nuestros días. Las ciudades ocupan y vuelven a ocupar el mismo espacio constantemente, seleccionando aquellos lugares que les son significativos (patrimonializando), y desmantelando parcial o totalmente otros lugares que obstruyen la implantación del nuevo proyecto:

“En la nueva ciudad no cabe toda la herencia de la anterior... Estamos acostumbrados a entender la historia de una ciudad como la sucesión de hechos que se traducen en expansión física sobre el espacio, lo que llamamos crecimiento, y la aparición de elementos nuevos en el paisaje urbano ya construido, lo que entendemos como renovación. Esta es la trampa de la historia: vemos como un continuo, como agregación, lo que en realidad es yuxtaposición, estratos temporales: uno por cada sociedad constructora de ciudad” (Mejía Pavony, 2021, p. 109).

Habría entonces tantos estratos como colectividades actuando en un lugar y tiempo específico; sería imposible recuperarlos todos, pero es plausible pensar en una ciudad con múltiples opciones identitarias, que reflejen más certeramente los estratos urbanos. Al no tratarse de una fase, ni de un periodo, el estrato sería más bien la impronta materializada de la acción de las colectividades, intencional o no, que impactan horizontal y transversalmente en el tiempo.⁴

Los estratos, según Mejía (2021, p. 110) “no comprometen entre sí una relación de sucesión ni de causalidad: un estrato no es condición de otro, son distintos y como tal se manifiestan, aunque sobrevivencias de otros estratos converjan en el estrato que es actual para el observador” Las sobrevivencias de las que habla Mejía son parte de la materialidad que trasciende a las narraciones del pasado. La materialidad y la narración, como los piensa Paul Ricoeur (2002), son los configuradores del espacio y del tiempo, pero su interacción trasciende a ambos. El concepto de estrato no es sinónimo de período histórico o un segmento de tiempo cronológico, y tampoco implica una relación causal con otros estratos. Retomando el paradigma indiciario, un estrato es reconocible a través de pequeñas huellas, en el entorno construido -materialización-, que son

⁴ Un ejemplo de la acción de una colectividad autoidentificada es el de los propios españoles durante el virreinato, cuyo impacto fue distinto a lo largo del periodo colonial, con un presumible papel hegemónico en la sociedad, pero en distintos grados, y en diversos lugares a lo largo del tiempo; ciertamente identificable en las fuentes y en su materialización.

evocaciones de una urbanidad temporalmente anterior, pero presente en la medida que existe esa huella. Tal y como en una columna estratigráfica, donde se reconoce la actividad humana por capas que intentan ser homogéneas, pero siempre con su geometría rota por la intrusión del entorno construido.

El mismo German Mejía reconoce que parte del problema es la observación y aplicación de los valores del presente al pasado; el ejemplo más contundente es la idea de progreso, que empleada como tamiz en la interpretación de vestigios del pasado, produce infravaloración. En tal sentido, los estratos urbanos:

“Configuran un orden que no proviene de una sucesión establecida por la idea de progreso sino que, por el contrario, contienen siempre la posibilidad de una fractura profunda en la sucesión, dando lugar así a una consecutividad que no resulta de la sucesión por antigüedad sino a una yuxtaposición por el modo como se produce la acumulación; de otra parte, la materialidad de los objetos urbanos y las persistencias de las prácticas y usos, permiten la presencia de algunos de ellos como fósil, persistencia o vestigio de muchos estratos anteriores en el que es actual para el observador” (Mejía Pavony, 2021, p. 111).

Estos fósiles son el patrimonio edificado que ha sido despojado de su contexto histórico y transformado en un escenario; frente a ello, podría optarse por un patrimonio de entornos construidos que reconozca las paradojas de su existencia.

El concepto de estrato no es equivalente a un bloque de tiempo, pero implica que una colectividad tiene mayor presencia en la vida urbana durante cierto período. A su vez, esta presencia permea al siguiente estrato y se va diluyendo, pues mientras más antiguo sea el estrato tendrá una huella menos visible en el entorno construido. Si agregamos que ciertos agentes de la historia han sido negados sistemáticamente, convertidos en personajes marginales de la historiografía, como es el caso de los indígenas en el Norte de la Nueva España, tenemos como resultado una memoria negada. Pero, si esta huella es ya tan tenue ¿para qué recuperar lo indígena? Aquí se proponen cuatro posibles razones.

En primer lugar, ya se explicó la obsesión, casi patológica, de los geólogos por una columna estratigráfica completa, pues solo así es posible una comprensión mayor de la conformación de los estratos, en este caso del palimpsesto urbano. Un panorama integral de la formación de una ciudad facilitaría evaluaciones y soluciones más sensatas y acordes a las especificidades de cada lugar. En segundo, negar el pasado es negarse a uno mismo, y seguir construyendo el presente con visiones parciales no ayuda a reconocernos en nuestra unicidad, menos aún, en un entorno de ciudad global

que busca homogeneizar las identidades. En tercer lugar, está la recuperación de identidades; cuando se construyen memorias sesgadas aparecen discursos como “Juárez es una ciudad solo de paso”, que fomentan el desarraigo y el desprecio. La recuperación del estrato indígena visibiliza a los que siempre han estado aquí, del mismo modo que a los que han ido llegando para quedarse. La cuarta y última razón sería el aprendizaje de estrategias sofisticadas de integración con el medio y con otros grupos. La historia negada de los indígenas de Paso del Norte ayudaría a entender cómo resistir, sobrevivir y trascender la presencia de una fuerza política, económica y militar hegemónica, aprovechando razonablemente los recursos escasos que tiene el desierto Chihuahuense. Hoy en día, ante la relación con un nuevo poder como el estadounidense, podrían recuperarse las experiencias indígenas para resistir, sobrevivir y trascender.

Si bien el objetivo de este estudio no es la utilidad pragmática, no quiere decir que identificar la materialidad en el estrato indígena en Paso del Norte no pueda aportar información de utilidad para nuestra realidad actual. Es posible proveer elementos explicativos para comprender la forma de Juárez-El Paso, pues en la historia urbana podemos encontrar el patrón de crecimiento de la ciudad, la forma que tomó y las razones para ello, hasta antes del periodo de tecnificación a mediados del siglo XX. Comprender un fenómeno como el crecimiento de la urbanización en la mayor parte de sus componentes nos da la condición de posibilidad de proponer mejores soluciones. Pero esa practicidad de este trabajo es algo que aquí solo puede sugerirse.

De este modo, la yuxtaposición de estratos permite la formación de palimpsestos urbanos. Estudiosos del urbanismo como David Harvey señalan que el palimpsesto es “un paisaje amalgamado conformado por diversas formas edificadas que, con el paso del tiempo, se superponen unas sobre otras. En algunos casos, las primeras capas tienen un origen verdaderamente antiguo que data de las primeras civilizaciones, cuya huella aún puede distinguirse debajo del actual tejido urbano” (Harvey, 1990, p. 441). Si desde las ciudades contemporáneas se puede reconocer esta materialidad remanente de los palimpsestos urbanos, es plausible pensar que se puede reconstruir parte de la formación de los estratos, aunque no sean reconocidos explícitamente por las fuentes.

Estratos urbanos en la historia y estratos urbanos indígenas en el septentrión novohispano

Los estratos urbanos pueden notarse como acciones y comportamientos de colectividades a lo largo del tiempo. La acción de colectividades deja huellas materiales e inmateriales como parte de su forma de vida. Son racionales, es decir, que no se suceden al azar (Rapoport, 1977a). Son constantes, en el sentido de que trascienden temporalmente a una generación y, si bien, no son completamente iguales o intencionalmente repetidas, como puede ser un ritual, sí son empleadas en ciertas circunstancias similares con el fin de mantener o mejorar las condiciones de vida. También van mutando poco a poco, combinándose con otros conocimientos, tanto como la sociedad en su conjunto cambie, pero puede rastrearse su desarrollo en el tiempo.

Los estratos urbanos, en la medida que son comportamientos o acciones humanas, tienen una correspondencia material, sea esta visible o no; esas son las huellas de las que habla Mejía Pavony y que representan distintas formas de habitar un mismo lugar (Mejía Pavony, 2021b, p. 110). Las huellas visibles son el entorno, construido y no construido, que se ha formado a partir de la superposición de aquellos fósiles de los que habla el mismo Mejía Pavony: calles, edificios, plazas, traza de la ciudad, infraestructura; mientras que las huellas no visibles son las formas específicas que tienen las colectividades de actuar en una ciudad y que responden a su trayecto histórico único. Esto quiere decir que las huellas de los estratos urbanos pueden ser materiales o inmateriales, pero ambos responden a la acumulación de saberes ancestrales, los cuales pueden ser usados cuando es necesario o conveniente, manteniéndose una relación dialéctica entre forma de la ciudad (urbanización) y comportamiento en la ciudad (urbanismo) tal y como lo plantea Kevin Lynch (1985). La ubicación de una plaza principal, en el centro de la traza urbana, informa de acciones que las colectividades hegemónicas pretenden perpetuar. Su localización es parte de la planificación urbana, como proceso racional para mantener un control sobre otras colectividades. La existencia de las plazas centrales es constante, aunque puede ir teniendo agregaciones o modificaciones; la huella material es evidente, aunque el comportamiento no.

La lectura del tiempo entrelazado y unido por el espacio físico en una ciudad es otra forma de concebir un estrato urbano; desentramar la acción del tiempo y la sociedad en la ciudad es la labor del historiador urbano. Ahora bien, las ciudades modernas se han caracterizado por enfatizar las diferencias socioeconómicas: “Indudablemente, la historia urbana es producto en buena

medida de las preocupaciones que surgieron a raíz de las contradicciones inherentes al proceso de urbanización de la ciudad moderna” (Suárez Mayorga, 2020, p. 33). En estas ciudades se ha enfatizado el discurso de aquellas colectividades hegemónicas que han impuesto sus condiciones al resto de los ciudadanos. Sociedades fuertemente jerarquizadas como la capitalista, utiliza la patrimonialización como elemento de legitimación para determinar cuáles aspectos de la memoria de la ciudad deben recordarse, y cuáles otros no, negando de manera implícita o explícita la memoria de otras colectividades subalternas. Tal es el caso de los indígenas en las ciudades latinoamericanas.

En la multiplicidad de posibilidades en la formación de las ciudades latinoamericanas la presencia indígena forma el sustrato urbano en los complejos palimpsestos citadinos, tanto por su antigüedad, pero también por la impronta que han dejado en la forma de vida de la ciudad, así como en la traza urbana. Temporalmente son el conjunto de colectividades de mayor antigüedad, pero también los que mantienen una ocupación constante que puede ser rastreable hasta nuestros días, sin embargo, en pocas ocasiones se reconoce su aporte al urbanismo latinoamericano, prefiriéndose la visión segregadora tal y como lo afirma Felipe Castro (Castro Gutiérrez, 2010, p. 9) “Los indios han permanecido en el trasfondo del gran escenario de la historia urbana”, aunque es necesario reconocer que en los últimos años se ha venido cambiando esa perspectiva.

Los aportes de las colectividades indígenas en la conformación de las ciudades latinoamericanas pueden ser tantos como saberes aplicados a la vida urbana puede haber, pero diversas circunstancias, incluyendo las aquí mencionadas, hacen difícil una reconstrucción amplia. Algunos aspectos que pueden ser recuperados a manera de estrato urbano que se utilizan en el presente trabajo son; la forma de convivencia, el comportamiento espacial, las infraestructuras para consumo público-colectivo y el largo tiempo territorial de la subsistencia. Se insiste en que estos serían solo algunos de los estratos indígenas que pudieron conformar el urbanismo virreinal.

Cada uno de estos estratos también se forman de la lectura de acciones y comportamientos específicos, reiterados a lo largo del tiempo, racionales e intencionales a manera de estrategias que dejaron una huella material ya sea física o documental, explícita o inferida, y que en combinación con otros estratos dieron forma a la urbanidad virreinal latinoamericana. Cada estrato urbano indígena es el producto de saberes ancestrales que son usados de manera discreta en

tiempo y lugar por parte de las colectividades indígenas para distintos fines como sobrevivir, mantener privilegios, resiliencia cultural, obtener mejores condiciones de vida, evitar el aniquilamiento de su identidad, entre otras. Del mismo modo cada estrato deja distintas huellas, algunas tendrán más impacto que otras, pero todas son parte de una manera de concebir la vida urbana comunitaria, distinta de los estratos urbanos españoles.

La idea de los estratos urbanos también implica una comprensión del contexto histórico-situacional, es decir, la condición espacio-temporal particular de Paso del Norte, como una población del septentrión novohispano de frontera, en un punto nodal del Camino Real de Tierra Adentro, produce estratos urbanos que físicamente son más evidentes, como puede ser el comportamiento espacial o la infraestructura; mientras que otros sean más visibles desde la documentación escrita o inferidos a través de sus consecuencias a mediano y largo plazo, como la convivencia o incluso las prácticas de subsistencia. Los cuatro estratos urbanos indígenas que aquí se proponen son el resultado de un constante vaivén entre la propuesta teórica con la evidencia material y documental del caso de estudio. No se pretende que sean categorías operativas para el resto de posibles casos de estudio y mucho menos categorías cerradas, son más bien estrategias de lectura del pasado. En el transcurso de la investigación se identificaron constantes que se relacionaban con comportamientos que la arqueología identificaba (como el patrón de asentamiento), pero no podían conceptualizarse de la misma manera. Bajo el supuesto del estrato urbano, se reconfiguró la propuesta hasta llegar a aglutinar la evidencia en cuatro grandes apartados: 1) Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia. 2) El largo tiempo territorial de la subsistencia. 3) Escalas de trayectorias arquitectónicas y 4) Las infraestructuras para consumo público-colectivo (véase Tabla 4).

Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia

El primero de los estratos urbanos por analizar es la convivencia, posiblemente sea el estrato de carácter más inferencial o con huellas físicamente menos visibles. La relación de los indígenas con los no indígenas en el septentrión novohispano durante el periodo virreinal es un aspecto

ampliamente trabajado y documentado en la historiografía⁵, sin embargo, el uso de las estrategias de convivencia indígena como parte de la conformación del urbanismo del septentrión no se ha explorado aún, aunque si ha sido abordado en otros contextos latinoamericanos (Gravano, 2017; Kingman Garcés, 2021a; Schávelzon, 2020).

La convivencia es parte del comportamiento humano en el establecimiento de relaciones tanto entre personas como entre colectividades. Cuando se hace referencia a relaciones entre colectividades que se autoidentifican como distintas una a la otra (u otras), Nirenberg (2015) dice que hay un espectro amplio de posibilidades de convivencia que generalmente va de la amistad o relaciones fraternales en un extremo a la violencia en el extremo opuesto y no que no se debe separar dicotómicamente:

“La identificación de una relación constructiva entre conflicto y coexistencia sugiere que tal dicotomía es insostenible... Incluso las guerras, a menos que sean guerras de destrucción, son formas de interacción que buscan establecer relaciones, no destruirlas. Como dijo Georg Simmel: "En contraste con[...] la negatividad pura, el conflicto contiene algo positivo. Sin embargo, su aspecto positivo y negativo están integrados; pueden separarse conceptualmente, pero no empíricamente". O, en palabras de un proverbio africano: "son nuestros enemigos; nos casamos con ellos" (Nirenberg, 2015, pp. 9–10).

En el caso del septentrión novohispano también se han explorado patrones de convivencia, particularmente en el espectro de la violencia desde este mismo enfoque (Blyth, 2012; Griffen, 1985, 1988).

Parte del planteamiento de autores como Blyth (2012) es que los grupos indígenas del septentrión no tenían una sola estrategia de convivencia con los españoles u otros indígenas, más bien el conjunto de grupos indígenas (tanto Apaches, Pueblo y otros) mantenían una política diferenciada y diversificada de estrategias de convivencia, el autor lo plantea de esta manera:

“El estudio de las Tierras Fronterizas del Suroeste -y las tierras fronterizas en general- no es ajeno a la violencia... Intento entrelazar los hilos de estos individuos y sus respectivas comunidades, tanto nativas como de colonos, en un solo hilo narrativo, enfatizando sus similitudes y humanidad común, incluso cuando intentaron violentarse unos a otros. ¡Trato la violencia como algo que también es fácilmente disponible! en el kit de herramientas de supervivencia humana”(Blyth, 2012, p. x).

Algunas de estas estrategias han sido trabajadas y podían incluir el uso de mujeres como mediadores de conflictos (Barr, 2007), matrimonios interétnicos como parte del establecimiento

⁵ Para una discusión más amplia del tema véase (Cramausse, 2006; Deeds, 2010; Hers et al., 2000; Jiménez Núñez, 2006; Ortelli, 2014; Osante, 2020; Weber, 2000).

de alianzas (Gutiérrez Silvestre, 2021), establecimiento de tratados de paz a través de ceremonias (Velasco Ávila, 2015), amenazas, asaltos, ataques furtivos, escalada de violencia entre muchos otros (Deeds, 2010; Ortelli, 2007; Sheridan Prieto, 2015). Estos pocos ejemplos fueron también empleados por los indígenas al contacto con los novohispanos, pero no se limitaron a este tiempo y fueron usados durante el resto del virreinato e incluso con los estados nación mexicano y estadounidense.

Cualquiera de las estrategias mencionadas son actos específicos de convivencia entre colectividades auto distinguidas, es decir lo que en antropología se concibe como “el otro”. Como es bien conocido la llegada de los europeos a América a partir de finales del siglo XV y de los novohispanos a Norteamérica durante el siglo XVI supuso un lento proceso de integración entre ambos grupos. Más allá de la álgida discusión de las bondades o perjurios que esto conllevó, el proceso existió, llamado “Poblamiento” por el Imperio Español. A lo largo de más de dos siglos, una buena parte de las comunidades indígenas del septentrión se integraron con los novohispanos. Si bien cada caso es distinto, en general fue un proceso más lento que en el resto del virreinato, con avances y retrocesos constantes, poco sujeto a la voluntad del gobierno central, más producto de las condiciones locales. En otros casos fue violento y tan fulminante que llevó a la desaparición de comunidades enteras.

De cualquier manera, el proceso de integración no canceló las estrategias de convivencia indígenas, solo las transformó de estrategias para relacionarse con grupos externos a ellos a estrategias para relacionarse al interior de su comunidad. Esto es, al inicio del contacto y mientras que las dos identidades principales (españoles e indígenas) se reconocían como distintos entre sí, las estrategias de convivencia las conceptualizamos como externas, pero cuando esas dos identidades principales se asumen parte de una misma comunidad territorial o jurídica o administrativa o religiosa (jurisdicción, imperio, provincia, ciudad, pueblo, villa, ranchería, misión, presidio, etcétera.), entonces el concepto es el de una estrategia de convivencia interna. El proceso de auto identificación no es lineal, ni fijo; no es extraño en la documentación del septentrión que un mismo grupo se identifique como parte de una comunidad española y en otro momento se asuma como externos al imperio. Las estrategias de convivencia son la aplicación de alguno de los saberes específicos acumulados por una colectividad a lo largo de la historia, dentro de un amplio

abanico de posibilidades, puesto en acción de manera racional que permite una forma distinta y sofisticada de vida en un entorno histórico-situacional específico, en este caso Paso del Norte en el septentrión novohispano como una ciudad latinoamericana virreinal.

Para entender mejor lo anterior, podemos regresar a la idea de un estrato como distintas maneras de habitar un lugar ciudadano a lo largo de la historia (Mejía Pavony, 2021b, p. 110), las formas de vivir van cambiando con el tiempo, pero mantienen siempre partes de su forma anterior, se transforman y mutan, pero pocas veces es posible trazar una linealidad en este proceso. Los académicos intentamos establecer fronteras temporales o temáticas sobre todos con fines de comprensión de fenómenos sociales complejos, pero en ocasiones esas delimitaciones se convierten en una falsa realidad del pasado. Como ejemplo paradigmático de lo anterior tenemos las divisiones de la historia universal: un habitante de una ciudad medieval cualquiera, no dejó de ser lo que era o vivir como vivían en su ciudad tras la Batalla de Constantinopla de 1453 o el Encuentro de América por Colón en 1492, esos ciudadanos no se convirtieron en modernos de un día para el otro. Por eso, se propone comprender los fenómenos de la historia urbana como los estratos terrestres; cambios paulatinos, muy lentos, aunque constantes, que se interceptan y mutan con otros estratos para dar una forma específica en un tiempo y lugar determinado, pero que es un proceso que no se detiene y que por tanto depende del lugar en el que el geólogo haga el corte, será lo que pueda observar. Del mismo modo, la interpretación del historiador sobre los fenómenos de la historia urbana depende del corte que decide hacer: el lugar, tiempo, fuentes, métodos, conceptualizaciones y otras condicionantes que le hacen observar ciertos estratos y no otros.

Retomando; lo que en algún momento fue una estrategia de convivencia con los externos, debido al proceso histórico de integración entre colectividades se convirtió en una estrategia de convivencia interna, por ejemplo, el uso de la violencia⁶, la cual es parte del mismo estrato porque es una estrategia específica materializada en eventos de agresión que son consignados en documentos y que pueden llegar a tener huella material, se usó muchas veces a lo largo del periodo virreinal por parte de los indígenas, pero no es exactamente la misma violencia de 1589, de 1680

⁶ Un ejemplo de esta perspectiva es la relación entre las comunidades indígenas de los Janeros y los Chiricahuas en Janos, inmediatas a Paso del Norte (Blyth, 2012).

o de 1800. Este comportamiento por supuesto no es exclusivo de los pobladores de Paso del Norte o del septentrión en general; es parte del proceso de contacto entre indígenas y españoles, lo que se busca aquí es “leer” el estrato que eso significó para un caso particular y por tanto establecer la trayectoria histórico-situacional, lo que sugeriría la certeza del planteamiento teórico.

El conglomerado de poblaciones surgidas en el proceso de Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia, tiene ubicaciones y flujos específicos, cada uno con su trayectoria histórica-situacional que fueron dando forma al septentrión. En Paso del Norte permite elaborar un mapa de una forma de asentamiento, o ciudad, en una escala distinta a la del relato occidental; alargada, dispersa, policéntrica, con el río y las acequias como ejes; una ciudad con una impronta indígena materializada en una convivencia que va de la amistad a la violencia y con El largo tiempo territorial de la subsistencia que reflejan esta mezcla.

El largo tiempo territorial de la subsistencia

Un segundo estrato son las diversas El largo tiempo territorial de la subsistencia, particularmente los saberes que tenían los indígenas acerca de la agricultura y la caza-pesca-recolección. Cuando los novohispanos llegan al septentrión los indígenas tenían ya varios miles de años viviendo de manera constante en estos lugares. Como resultado de esa ancestral convivencia con el entorno natural, se generaron saberes profundos que les permitían sobrevivir y aprovechar sus recursos inmediatos. Al combinarse estos saberes con aquellos que los novohispanos trajeron consigo, tenemos una forma única de aprovechamiento del entorno natural.

La forma de subsistir está relacionada intrínsecamente con los productos tanto que genera la tierra, como por aquellos que tomas de manera sistemática u ocasional, los cuales conforman y determinan tu alimentación, vestimenta, parafernalia entre otras. Fernand Braudel ve en los alimentos uno de los aspectos de larga duración de mayor relevancia en el desarrollo del ser humano. Lo que se come, como se come, lo que no se come, porque no se come son constantes que nos refieren a la relación del hombre con la tierra (Braudel, 1970). Uno de los ejemplos que el mismo Braudel utiliza para el Mediterráneo es el contraste entre los pastores trashumantes de las montañas, frente a los agricultores sedentarios de los valles, la forma de vida y alimentación de

cada grupo, aunque pudo iniciar una trayectoria paralela, al paso de los siglos se convirtió en diferencias irreconciliables.

Los novohispanos que llegan al septentrión vienen de una tradición que podemos llamar occidental, fuertemente identificados con los hispanos que comenzaron a llegar a América desde finales del siglo XV. Roger Bartra dice que esa forma de vida se auto reconoce con valores “civilizados”, como primordialmente sedentaria (Bartra, 2011). Estos novohispanos entran en contacto con un grupo humano que entendía la vida de una manera muy distinta y cuyo largo tiempo territorial de la subsistencia (valores positivos) no respondían a la lógica occidental.

El choque de formas de entender el mundo entre occidentales e indígenas trajo una negación por parte de los hispanos de posibles valores positivos en los indígenas, esto salvo casos muy puntuales y generalmente poco trascendentes. Los españoles veían a los “otros” como inferiores, y salvajes, por estar más cerca de la naturaleza; esto trajo consigo que las formas de vida que habían sido útiles por siglos fueran menospreciadas en la sociedad nortea novohispana. Sin embargo, esto no significó que los indígenas, como una colectividad subalterna en la sociedad novohispana, renunciaran a algunas de las estrategias que daban forma a su subsistencia, más lejos aún, lograron integrar nuevos saberes con sus prácticas tradicionales para aumentar significativamente su productividad.

De acuerdo con información arqueológica, la alimentación de los grupos prehispánicos norteaños era una combinación de animales de caza, peces, recolección de recursos no animales naturales y domados (Wiseman, 2019), así como productos agrícolas. Algunos antropólogos como Marvin Harris afirman que la combinación única de alimentación y costumbres son la evidencia de las condiciones estructurales de las sociedades (Harris, 2006, 2010, 2011); si esto es certero, las poblaciones originarias norteañas tenían en las estrategias específicas de su forma de subsistencia la materialización de su estructura social.

El largo tiempo territorial de la subsistencia indígenas que trascienden y permanecen en la vida urbana virreinal han sido trabajadas por autores como Felipe Castro o Eduardo Kingman (Castro Gutiérrez, 2010; Kingman Garcés, 2014), en donde los alimentos producto de El largo tiempo territorial de la subsistencia prehispánicas se constituyen como auténticas huellas de la presencia indígena en la ciudad, como el pulque o la tortilla de maíz. Justamente el pulque puede

ser un ejemplo de la materialización de un estrato urbano indígena en la ciudad virreinal: proviene de un modo de vida prehispánico que conocía profundamente la tierra y sus plantas al punto de generar esta bebida fermentada, su consumo estaba acotado a ciertas condiciones que respondían a la cosmovisión indígena. Tras la llegada de los hispanos e integración con los indígenas, el consumo de pulque permaneció como una característica particular de los “indios”, pero poco a poco su uso se fue generalizando hasta que llegó a ser distintivo de la sociedad novohispana en su conjunto que habitaba en poblaciones en el centro y sur del virreinato. Si bien el pulque es de origen previo a la llegada europea, su consumo se ubica como una forma de subsistencia diferente al uso y costumbre hispánico, pero que con el tiempo se volvió intrínseco a la sociedad novohispana.

Las huellas materiales que pueden dejar el largo tiempo territorial de la subsistencia son más bien documentales, aunque también es posible inferir a partir de las consecuencias de largo plazo o bien de algunas evidencias materiales indirectas. Las huellas documentales sobre el conocimiento de la tierra de los indígenas, algunas consecuencias a largo plazo pueden ser la ubicación misma de los asentamientos en zonas con recursos altamente explotables, tal y como lo refiere Musset (Musset, 2012) con respecto al proceso de fundación de las ciudades. Las dos principales huellas del largo tiempo territorial de la subsistencia conocidas son la caza-pesca-recolección y la agricultura, aunque puede haber una combinación y distintos grados de cada una conviviendo simultáneamente, ambas pueden ser usadas como categorías analíticas. Para lograrlo es necesario un profundo conocimiento de la tierra la cuál puede funcionar como una tercera categoría y finalmente una cuarta que contenga los productos adquiridos (por ejemplo, insumos) y los obtenidos de la agricultura y caza-pesca-recolección.

El septentrión novohispano y en particular el norte de la Nueva Vizcaya y el Nuevo México tienen condiciones medioambientales únicas. El río Grande con sus afluentes y tributarios forman la columna vertebral de la riqueza biótica de toda la región, y fueron el escenario para la apropiación de recursos útiles en la subsistencia, a través de la caza, pesca y recolección. Datos arqueológicos sobre los Jornada Mogollón (Howey & Rocek, 2008; Wiseman, 2019) muestran que a pesar de que los grupos conocían y utilizaban la agricultura, los productos provenientes de la caza-pesca-recolección estuvieron siempre presentes, casi siempre como el sustento alimenticio

principal. Recordando la idea braudeliana de la alimentación como elemento de larga duración, la dependencia de productos no agrícolas es una impronta que marca la manera de concebir el mundo indígena.

Por otro lado, los novohispanos tenían una sólida idea que asociaba lo salvaje con la forma de vida nómada o trashumante, necesaria para cazar-pescar-recolectar, idea rastreable desde el mundo medieval europeo (Bartra, 2011). Se consideraba incivilizado o bárbaro utilizar la caza-pesca-recolección como forma de subsistencia, es decir, había una restricción social para esta actividad. La persistencia en el uso de estas tres actividades es entonces una reminiscencia indígena. El ámbito urbano virreinal implicaba cierto alejamiento de la naturaleza al entablar una relación distinta con esta, por lo que el hecho de que en la dieta de los indígenas urbanos siguiera estando presente productos cazados-pescados-recolectados forman una presencia indígena, observable a manera de estrato. Más aun, la integración de esos productos en la alimentación no indígena muestra la penetración de la forma de subsistencia indígena en la conformación urbana. La caza-pesca-recolección también puede mutarse de ser base de alimentación a una forma de resistencia cultural, por ejemplo, al continuar tradiciones de caza, pesca o recolección con fines rituales y ya no solo alimenticios.

La forma de poder observar la caza-pesca-recolección puede ser con evidencia botánica, paleo dieta, pero principalmente es visible desde la documentación histórica, en donde se hace referencia a la insistencia de los grupos indígenas en estas prácticas. También puede ser indirecta al mencionar la presencia de productos que no sean de origen agrícola, o bien al describir prácticas rituales asociadas con la caza-pesca-recolección, de ese mismo modo es posible rastrear la persistencia de estas actividades en las fuentes etnográficas más recientes. Una evidencia más de El largo tiempo territorial de la subsistencia indígenas presentes en la vida urbana virreinal es la presencia de los productos asociados a estas prácticas, en el mundo prehispánico son de especial importancia la cerámica y la lítica. La sofisticación en la vida cotidiana en la ciudad puede ser también la integración de esas El largo tiempo territorial de la subsistencia indígena, tenemos entonces una paulatina implantación de la vida urbana en la que se incorporan muchas prácticas y hábitos indígenas o en otro sentido una lenta disolución de las prácticas indígenas en la medida que los novohispanos fueron tomando un papel más hegemónico en la vida de la ciudad.

Si bien en la región la agricultura no era necesariamente el sustento principal de la alimentación indígena; o más bien tenían lo que los arqueólogos llaman una base mixta de subsistencia, con un porcentaje muy alto de alimentos producto de la caza, pesca y recolección. La combinación entre la forma de producción agrícola hispana con las formas de agricultura indígena creó formas específicas de tenencia de tierra como la propiedad comunal, usufructo sin posesión, entre otras; también es un factor en la preferencia por la producción de ciertos productos como los frutos y la vid, lo que en conjunto trajo el enriquecimiento de la base alimentaria de la población, factores que de otra manera no hubieran sido posibles. La explotación agrícola en el periodo virreinal en el septentrión estuvo íntimamente ligada a la posibilidad de redireccionar el flujo de agua proveniente de los ríos, pero manipular una fuerza natural como la de los ríos requiere el conocimiento del terreno y no solo de la habilidad técnica para hacer canales. Sus huellas son las tomas de agua del río, la forma y distribución de canales, que corresponden a la categoría de Las infraestructuras para consumo público-colectivo, así como la ubicación misma de las poblaciones y la distribución del entorno edificado, que se agrupa en la siguiente categoría Escalas de trayectorias arquitectónicas.

Escalas de trayectorias arquitectónicas

Escalas de trayectorias arquitectónicas se refiere a la relación que existe entre la disposición del entorno construido y el comportamiento de las personas. Autores como Rapoport (1967, 1977a, 1969, 1977b, 1982) o Norber-Shultz (1979) plantean que el arreglo espacial en cualquier escala y en cualquier asentamiento es una manera de concretar el pensamiento de los constructores/usuarios. Para Kevin Lynch (1985) la forma de la ciudad tiene una relación dialéctica con la vida urbana, esto quiere decir que el comportamiento espacial de una colectividad tiene un correspondiente material en la ciudad y que éste a su vez influye en la manera de imaginar y hacer vida en la urbe.

Entonces, la vida de una comunidad tiene una expresión concreta en el espacio a través de los entornos construidos (Rapoport, 1967), los cuales están conformados por el entorno natural, el entorno edificado y el entorno no edificado; todos unidos de manera indivisible en la significación del habitar cotidiano. El entorno construido proporcionaría rangos y establecería ciertos límites

sobre las maneras en que los entornos pueden responder mejor a las necesidades humanas y modos en que ciertas actividades o procesos de pensamiento conducen a soluciones ambientales específicas (Rapoport, 1977a, p. 2).

Bajo este enfoque, el arreglo espacial de cualquier asentamiento es una manera de concretar el pensamiento de los constructores en el espacio, esto es lo que entenderemos como materialización del pensamiento o mejor dicho de los ideales, aunque también es un resultado colectivo, inconsciente, accidental, o des intencionado. Esta materialización es acotada por las posibilidades técnicas. La organización del espacio para diferentes propósitos y de acuerdo con diferentes reglas refleja las necesidades, valores y deseos de los grupos o individuos que diseñan el espacio y representan la congruencia (o falta de ella) entre las redes sociales. (Rapoport, 1977a, p. 10), de este modo: “Las reglas bajo las cuales se rigen la organización del espacio, el tiempo, el significado y la comunicación muestran regularidad porque están ligadas de manera sistemática a la cultura” (Rapoport, 1967, p. 14). Podemos acercarnos a la materialización del pasado a partir incluso de pequeños indicios, mediante la observación de los patrones de organización espacial, o bien de manera indirecta a partir de las narraciones, es decir podemos ver materializado el pasado.

El supuesto aquí es, que el comportamiento espacial de las personas da cuenta de las estructuras sociales de su presente, su pasado y esto se da en las distintas escalas en las que opera el pensamiento espacial del ser humano, la manera de imaginar el universo, concretar su mundo conocido, el territorio abarcable, su espacio de vida, su habitación e incluso su rango de movimiento. Esto es útil para comprender que el comportamiento espacial opera en todas las escalas desde las más amplias hasta las más pequeñas. Para hacer operativa esta categoría analítica se puede separar en al menos tres escalas principales: el patrón de asentamiento, la distribución espacial y la arquitectura, cada uno representa una un nivel de organización espacial que es sistemático, racional, con huellas materiales específicas.

El patrón de asentamiento es la mayor escala y se refiere a la manera en que se distribuyen las poblaciones en un territorio específico o en palabras de Mauricio Prieto (2011, p. 119) “patrón de asentamiento como la forma en que la gente se distribuye y apropia del entorno geográfico en el cual desarrollan su accionar en un determinado momento histórico, siendo el objetivo principal de dicha apropiación, el asegurar la subsistencia del grupo y así cumplir sus funciones sociales”. Al

tratarse de una categoría analítica, y no una definición administrativa, el patrón de asentamiento⁷ depende de la variable bajo la cual se esté investigando para definir la agrupación. Puede ser cualquier rasgo cultural que compartan las poblaciones en cuestión: lengua, cerámica, jurisdicción, etnicidad, sistemas constructivos, entre muchas otras posibilidades. Una vez definida cual es la afinidad que comparten las poblaciones para su estudio, el patrón de asentamiento consiste en notar la sistematicidad en la ubicación de los poblados, identificando constantes y anomalías para tratar de asociarlo a un comportamiento cultural en el paisaje.

En la identificación de la presencia indígena, es posible utilizar las categorías más comunes de la arqueología prehispánica, como el grupo cultural identificado a través de materiales cerámicos, líticos, motivos artísticos, arquitectura, entre otros. Las regularidades en el patrón de asentamiento pueden asociarse a elementos del paisaje como una topoforma o un cuerpo de agua, o bien a aspectos cosmogónicos como patrones geométricos o cantidades específicas, también se pueden clasificar de acuerdo con su nivel de agrupación en un abanico que va de lo nucleado a lo disperso.

En el caso del septentrión novohispano se ha resaltado el aprovechamiento de recursos naturales limitados, por lo que en general no es favorable para las concentraciones altamente densas de población, prefiriéndose los patrones que tienden a la dispersión para que las poblaciones tengan un área de amortiguamiento entre ellas que les permita explotar los recursos disponibles. En esta constante intervendría el aprovechamiento de las fuentes de aguas permanentes y temporales, siendo el río Grande con sus afluentes y tributarios el sistema más importante de articulación para organizar los poblados, aunque bien también debería observarse patrones con base en recursos bióticos y de agua temporales.

La escala intermedia es la distribución espacial, que se refiere al arreglo formal de ubicación del entorno edificado y no edificado al interior de una población. En otros términos, es la forma de la ciudad o más propiamente la forma que dan las construcciones a una ciudad. Este elemento ha sido ampliamente trabajado por distintas disciplinas y autores (Santley et al., 2012; M. Smith, 2007;

⁷ También puede ser entendido como: “patrones de asentamiento en términos generales como las regularidades formadas por las distribuciones de los múltiples lugares donde las personas vivían o llevan a cabo actividades, como regularidades en las relaciones de estos lugares y actividades entre sí y con otras características del entorno. Estos lugares, a menudo, pero no siempre llamados sitios, podrían ser lugares de morada temporal o permanente y también lugares de otras funciones (arte rupestre, campos, fuertes) (Kowalewski, 2008).

Spiro Kostof, 2012; Stanley et al., 2016), en donde se asume que la distribución espacial permite entender o interpretar las dinámicas sociales de constructores y usuarios (Hanson & Hillier, 1984).

Algunas constantes que se han identificado en ciudades antiguas son los patrones concentrados, dispersos, geométricos, alrededor de plazas, orientados, circulares, ortogonales, entre otros, o bien cualquier combinación posible de estos elementos, es lo que Smith (2007, pp. 8–15) llama arreglo coordinado de espacios y construcciones dentro de una ciudad. Los límites de una población para definirla como tal suelen ser menos claro en las fronteras, pero podemos entender la población como la continuidad de al menos uno de los elementos del entorno edificado y no edificado a lo largo de un lugar. Especialmente significativo para el septentrión pueden ser elementos como los caminos internos, la infraestructura hídrica o las unidades productivas como las huertas.

La escala más pequeña corresponde a la arquitectura, entendida como entorno edificado, la distinción principal es por su condición social; pública o privada, siendo posible analizar la forma, función, sistemas constructivos, entre otros. De especial interés en el norte virreinal son las edificaciones públicas-administrativas como presidios o misiones y lugares domésticos; el binomio de casa-huerta como una misma unidad doméstica y en donde se puede retomar el principio de la indisolubilidad del entorno edificado (casa) con el entorno no edificado (huerta).

Las infraestructuras para consumo público-colectivo

El estrato de Las infraestructuras para consumo público-colectivo ya ha sido propuesto como categoría de análisis para el estudio de la presencia indígena urbana por Daniel Schávelzon (2020) o Ariel Gravano (2017, 2018) entre otros. Gravano señala que hay ciertos indicadores para observar los procesos de conformación de lo urbano como “los sistemas de infraestructura y servicios de consumos público-colectivos, es decir: la ciudad definida por su valor de uso y en contradicción con los valores de cambio resultantes del eje de la apropiación material y simbólica. Defino al sistema urbano como un “sistema de sistemas” que se plasma básicamente en la dimensión espacial material y en la movilización significativa y vivida –para quienes lo protagonizan-“ (Gravano, 2018, p. 15), esto nos regresa un poco al tema de la materialidad de los espacios vividos.

La infraestructura es aplicable a todos aquellos elementos del entorno construido que tienen una función o uso colectivo. en el contexto de las ciudades antiguas esto no necesariamente implica un obra dirigida o planificada por los gobernantes. Los elementos en donde se materializa la acción colectiva para generar infraestructura pueden ser muy amplia; otros investigadores han destacado ciertos elementos de las ciudades premodernas como las vías de acceso, control y aprovechamiento de recursos hídricos, o tener servicios administrativos (Cusick, 1988; Santley et al., 2012; M. Smith, 2007, 2014; Stanley et al., 2012, 2016).

Para el septentrión novohispano los caminos tuvieron una especial importancia pues significaban una especie de línea de vida con el resto del virreinato y por tanto con su forma de vida en medio de un inmenso mar de entorno natural y poblaciones no afines a ellos, destacando el Camino Real de Tierra Adentro con sus múltiples ramales. Por su parte el aprovechamiento hídrico se centró en la obra conocida como Acequia, que es un sistema de canalización y conducción de agua. Esta técnica permitió la generación de amplios espacios de agricultura en el adverso clima norteño. Como parte de la infraestructura necesaria para los servicios públicos están las edificaciones que albergaban las dos grandes instituciones de frontera: el presidio y la misión, la primera para abastecer principalmente de servicios jurídicos administrativos mientras que la segunda para los servicios religiosos.

2. Historia de la ciudad e historia urbana de Ciudad Juárez.

Es oportuno recoger algunas trayectorias de la historia urbana, para dar cuenta la manera en que se ha transitado desde el interés en la descripción de las ciudades, su relación con la formación del estado nación la recuperación de valores locales, hasta llegar al entendimiento de formas de vida en el espacio. Para Arturo Almandoz la historia urbana se forma del conjunto de obras o textos que se refieren al pasado y evolución de la ciudad, la urbanización, el urbanismo, y a su estudio. Podría afirmarse que son materias tradicionales de estudio (Almandoz, 2008, p. 22, aquí Le Goff 1991). Landa Izaskun (Landa, 2020) se refiere a algunas corrientes principales: las aproximaciones provenientes desde la geografía, la arquitectura y la sociología de la escuela de Chicago, donde la ciudad es el ámbito donde ocurren acontecimientos económicos, sociales, políticos y religiosos. Hubo también una tendencia más humanística que hace énfasis en aspectos culturales y artísticos de la ciudad occidental, sin obviar el elemento espacial con Lewis Mumford (Mumford, 1966). Por otro lado, estuvo la escuela de los Anales, que articuló el componente geográfico con otras ciencias humanas, para producir una historia total de duraciones diversas en el tiempo, con Braudel (1970) como el autor más reconocido. Está también la concepción de la historia urbana como “proceso complejo”, con menor énfasis en el componente geográfico y mayor énfasis en la historia económica y social, con Assa Briggs como académica más visible. El materialismo histórico, por su parte, estableció grandes categorías analíticas e introdujo reflexiones sobre estructuras espaciales y sociales de los estadios de la urbanización, en donde Lefebvre (1976) fue posiblemente el autor más influyente (Landa 2020, p. 264-266).

A partir de los años noventa se han venido desarrollando nuevas y diversas tendencias en la historia urbana, y es a partir de aquí que se puede hablar de una corriente o escuela latinoamericana. Arturo Almandoz (2008) es el pionero en la identificación y sistematización de la manera en que se ha escrito la historia urbana en la región; recientemente Gerardo Martínez (2021b, 2021c) emprendió un esfuerzo similar que se complementa con el trabajo de Almandoz. Ambos coinciden en que el desarrollo de la historiografía urbana latinoamericana ha sido paralelo al de sus contrapartes anglosajones. En su estudio Almandoz (2008) identifica tres grandes vertientes en la práctica profesional. En primer lugar, estaría la tendencia morfológico-evolucionista, que tuvo su auge al inicio del siglo pasado y que marcó el inicio de la institucionalización del urbanismo, con Karl Brunner y Gerardo Della Paolera como principales

representantes. La segunda corriente se ocupó del proceso de urbanización, y generó periodizaciones y modelos de ciudad, con autores como Enrique Hardoy (1972) y Richard M. Morse (1975). La tercera aproximación fue la estructuralista, de la Escuela de la Dependencia, muy ligada a los estudios decoloniales, que generó periodizaciones en función de factores económicos y tuvo gran auge en los años setenta, con Alejandro Rofman (1977) como principal representante. Por último, la historia sociocultural urbana, que acude a estrategias inter-discursivas e integradoras, con sus primeros representantes en José Luis Romero (1976) y Ángel Rama (1988), seguidos por Gorelik (1998) y el mismo Almandoz (2013) (Landa 2020, 266-268).

Martínez Delgado (Martínez Delgado, 2021b, p. 29) redujo el abanico a dos corrientes principales; una provenía de las humanidades, la filosofía, la sociología o la antropología, y la otra la de los arquitectos, urbanistas y planificadores. Pero también, afirma que es necesario “superar los estigmas levantados por las barreras, principal pero no únicamente las disciplinares, con las cuales se subestima el trabajo anterior y actual de los ‘vecinos’, por ejemplo, de arquitectos o de urbanistas, y se fomenta la falta de diálogo” (Martínez Delgado, 2021c, p. 130). Dicha separación no permitió entender que se abordaba un fenómeno complejo, que necesitaba comprenderse desde distintas aristas; de ahí que muchos programas de estudios urbanos estén apostando por la interdisciplina. La crítica a formas previas de hacer historia, o de cualquier otro conocimiento, difícilmente se detiene a pensar que dichas formas respondieron a condiciones histórico-situacionales.

De acuerdo con Landa la naturaleza heterogénea de la información proveniente de la ciudad permite aproximaciones directas e indirectas a los fenómenos urbanos: “Las operaciones directas se apoyan en la información de las fuentes que se refieren justamente a ese hecho y que conduce a la interpretación estricta de la huella material que deja un objeto, bien sea un documento... Cuando las fuentes disponibles carecen de datos adecuados para proporcionar respuestas a las preguntas planteadas, se formulan operaciones indirectas que son complejas. Para ello se utilizan datos basados en fuentes que no hablan sobre el hecho mismo, pero son indicios que cumplen la función de indicadores” (Landa, 2020, p. 270). El trabajo que aquí se plantea, estaría justamente en línea con la segunda aproximación, la indirecta, en donde los indicios son la forma misma del asentamiento, el arreglo espacial de la población, las ausencias en la arquitectura, la continuidad

en el uso de materiales como la cerámica, las referencias no explícitas en los documentos, es como lo dice Absalon Jiménez (2001, p. 27) acerca de los indicios “una señal que permite inferir algo de lo que no se tiene conocimiento directo, o un signo en el que se explicita que existe una relación de continuidad con lo representado”.

Así, las temáticas abordadas han sido muy variadas; y de interés resultan la dicotomía campo/ciudad, el desarrollo del mercado interno, los flujos poblacionales, la conformación de clases sociales, el papel de la ciudad en la integración del territorio, la ciudad en el proceso de formación de las naciones, la economía y la concentración de actividades, los imaginarios, la migración, entre varios más. En estos abordajes se destaca el papel protagónico de la ciudad en las relaciones sociales, y al seguir cambiando nuestras percepciones el pasado seguirá cambiando la manera como se estudia la ciudad, por eso se habla de historia urbana, en oposición a historia de la ciudad. Mientras en la segunda se explora el lugar y escenario que contiene a los acontecimientos de la historia, en la primera la ciudad es un agente activo de la sociedad, que se construye histórica y colectivamente.

Desde su vertiente humanista en México, la historia urbana también que corre paralela al del resto de América Latina, tenemos que las primeras inquietudes aparecen en los periodos de la formación de los estados nación, y desde mediados del siglo XIX se retoma en las llamadas “biografías de ciudades”, entendidas como entidades antropomórficas con personalidad única, dueña de su destino individual. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, se presenta un aumento en las monografías descriptivas, luego los estudios de geografía o los apuntes históricos, geográficos y estadísticos (Martínez Delgado, 2021c, p. 133). Todo lo anterior también da cuenta del cambio en la práctica de la investigación histórica, pues va consolidándose cierta “profesionalización”.
(subir este párrafo)

La Revolución en México influyó negativamente en el incremento de escritos sobre las ciudades, entre las décadas de 1930 y 1960, (Martínez Delgado, 2021c, pp. 139–140). La ruptura de los setenta también presenció influencias teóricas provenientes del marxismo. Pero el fortalecimiento de la historia urbana entró al canal de la profesionalización, acontecido desde los años ochenta (Martínez Delgado, 2021, p. 155-159). De especial relevancia ha sido la influencia de los estudios regionales y la microhistoria, promovidos por Luis González; aunque autores como

Carlos Aguirre señalaron que trataba más bien de historia local, y que la microhistoria como se desarrolló por la escuela italiana se venía adaptando recientemente desde finales del siglo XX (Aguirre Rojas, 2003). De cualquier modo, la organización de archivos municipales y la creciente conectividad permitió que los historiadores exploraran nuevos derroteros. En México, en la actualidad nos encontramos en un momento de diversidad de enfoques y aproximaciones propositivas que permiten explorar nuevos temas y perspectivas.

La historia de Ciudad Juárez y la historia urbana de Paso del Norte

En esta tesis se explora la historia de Paso del Norte como una integración de voluntades, como la sofisticación de la forma de vida a partir del aprendizaje mutuo y la negociación. Y no como la reivindicación del pasado de una memoria patrimonializable, sino como el camino hacia la comprensión heurística de condiciones históricas particulares. En este sentido, no interesa la historia de la ciudad como el ethos supeditado a la consolidación del estado nación, tal y como lo plantea Gerardo Martínez Delgado (2021b, p. 12) que representa la nueva historia urbana latinoamericana; sino la exploración y descubrimiento de un sustrato indígena local y activo en la conformación de la urbanidad.

Los paralelismos en la trayectoria de las ciudades nos permiten entender grandes vacíos en la conformación de la historia urbana. En Latinoamérica tenemos trabajos que identifican estos vacíos y trazan paralelismos en sus historias, algunos ejemplos son los trabajos de German Mejía y Suárez Mayorga en Bogotá (Mejía Pavony, 2000, 2021b; Suárez Mayorga, 2020), Eduardo Kingman en varias ciudades de Ecuador (Kingman Garcés, 2009, 2014, 2021b), Schávelzon y Adrián Gorelik en Buenos Aires (Gorelik, 2004; Schávelzon, 2020), entre otros. Para México las historias urbanas de Zacatecas (Alfaro Rodríguez, 2011; Macías Madero, 2018), Durango (Vallebuena Garcinava, 2005), Parral (Cramaussel, 2006), San Luis Potosí (Ruiz Guadalajara, 2010), Saltillo (Sheridan Prieto, 2015) o Hermosillo (Radding, 1992)

La historiografía de Paso del Norte como asentamiento y como ciudad, se ha centrado en la reivindicación de su papel en el ethos nacional, a través de dos grandes ciclos. El primero suele iniciar con la fundación de la Misión de Guadalupe en 1659 (Sánchez Reyes, 1994), mientras que el segundo comienza hacia finales el siglo XIX con los procesos de la modernidad, con el arribo del ferrocarril o más emblemáticamente desde el cambio de nombre a Ciudad Juárez en 1888 (Santiago

Quijada, 1998). En esta segunda etapa la ciudad se ha entendido como un “nodo económico”. Los análisis que de aquí se han desprendido giran en torno a la economía, Víctor Orozco (Orozco, 2012a), y Martín González de la Vara (González de la Vara, 2002b) han mostrado el dinamismo de Ciudad Juárez, su papel en la política y comercio del país, pero sin reparar en otros agentes sociales que significaron otra posibilidad. Por su parte Guadalupe Santiago, han logrado la visión de conjunto más elaborada y estructurada de ese tramo de la historia de Juárez, estudiando la ciudad desde su proceso de urbanización.

Si bien la historiografía de Ciudad Juárez-El Paso es más amplia, el primer bloque es el que más nos atañe, el de su etapa como Paso del Norte. La ciudad fue separada en dos partes, por la venta forzada de los territorios más norteños a los Estados Unidos tras la guerra entre 1846 y 1848, dando forma a dos entes urbanos a partir de una misma ciudad: El Paso y Ciudad Juárez (González de la Vara, 2002b). Al tener un pasado común, el estudio de este asentamiento se llevará en dos vertientes principales: la historiografía mexicana y la estadounidense.

Paso del Norte desde México

Los temas principales en los que se han agrupado los trabajos históricos de Paso del Norte son: historia de la ciudad, misiones y presidios, acequias y patrimonio. Los enfoques en la historia de la ciudad van de la historia monográfica, la demográfica, la político-económica, proceso de urbanización y la de la labor de los técnicos. Las misiones y presidios han sido abordados desde las monografías estilísticas, historia institucional e historia del arte. El tema de las acequias se ha abordado desde la perspectiva de la tecnología y su influencia en el proceso de urbanización. El patrimonio se ha estudiado a manera de monografías descriptivas, la urbanización y su papel en la construcción de la identidad juareense.

Temporalmente la historiografía de la ciudad inició con los trabajos pioneros de Rómulo Escobar (1939) con “Memorias del Paso del Norte” y José Escobar (1943) “Siete viajeros y unas apostillas del Paso del Norte”, ambos eran historias anecdóticas que tenían como punto de confluencia el lugar en donde se desarrollaron, hecha por aficionados. Posteriormente Armando Chávez con dos obras “La villa de Paso del Norte. De 1527 a 1700” (Chávez, 1948) e “Historia de Ciudad Juárez, Chihuahua (Chávez, 1970) inicia un periodo de historias monográficas de la ciudad

y al mismo tiempo son los primeros intentos por institucionalizar la investigación histórica. En la década de los ochenta Ignacio Esparza (Esparza Marin, 1986), cronista de la ciudad, publica “Monografía histórica de Ciudad Juárez”, que es un puente hacia la consolidación de la historia institucional con las siguientes generaciones de historiadores. Los trabajos mencionados retoman con poca crítica los documentos de primera mano a la que tienen acceso, reproduciendo la visión de los indígenas como salvajes, sanguinarios, flojos, más atrasados que en el resto del país, o simplemente omiten su presencia. De esta manera, se reproduce la negación original de los indígenas, situación que cambiara ligeramente con el siguiente bloque de historiadores.

Dos autores, Darío Sánchez y José Manuel García representan la transición de los historiadores aficionados a la profesionalización, Sánchez (1994) con su libro “Ciudad Juárez, el legendario Paso del Norte” hace lo que posiblemente sea la más completa compilación de documentos de primera mano en español para la historia colonial de la ciudad, presentados en una fluida narración que da cuenta de un largo proceso histórico. El ensayo de José Manuel García (García García, 2005) “Paso del Norte, Ciudad Juárez: Textos de su Historia y su Cultura (1535-1889)” es una compilación comentada que resulta una útil herramienta de consulta. Ambos trabajos, aunque emanados desde la labor profesional, mantienen un enfoque monográfico y descriptivo.

Los siguientes autores que acerca de Paso del Norte, además de ser profesionales de la historia, provienen de escuelas teóricas posteriores a los años sesenta y por lo tanto muestran una inclinación a diversificar las líneas temáticas. Más claramente vinculado con las escuelas marxistas, Víctor Orozco (Orozco, 1991, 2012b, 2012a) se preocupa por la vida cotidiana y las relaciones sociales, mientras que Martín González de la Vara (González de la Vara, 1992, 2002b, 2002a, 2012) realiza un nuevo intento panorámico de la historia de la ciudad con su “Breve historia de Ciudad Juárez” (2002b) además de atender los procesos de integración del territorio (2012). Ambos autores centran su interés en los proceso político-económicos, los cuales tendrán como consecuencia el tipo de urbanización observable en Juárez-El Paso.

Guadalupe Santiago es la autora más prolífica en la historia de la ciudad (Santiago Quijada, 1998, 2002, 2012, 2013, 2018a; Santiago Quijada & Berumen Campos, 2004), siguiendo en un primer momento a Orozco y González de la Vara, la historiadora toca solo tangencialmente el

pasado virreinal de Paso del Norte (Santiago Quijada, 1998, 2013), será en un segundo momento en el que Santiago se ocupe de la demografía (2012), la Misión de Guadalupe (Santiago Quijada & Berumen Campos, 2004) y su archivo histórico misional (2018). En este mismo bloque de autores con líneas temática diversificadas, se encuentra Alejandro González (2014; 2018c, 2018b, 2018a, 2021) quien se ha centrado en los técnicos y la tecnología aplicada en los procesos de urbanización tempranos en Paso del Norte.

Otra de las vertientes en los estudios de la ciudad se ha centrado en las misiones y los presidios, siendo abordados desde la historia del arte y la historia de las instituciones. De la primera tenemos los trabajos de George Kubler, en donde hace una breve descripción de la Misión de Guadalupe y el antiguo Presidio (Kubler, 1972), Carlos Enríquez (Enríquez, 1984) y luego Cleofas Calleros con Javier Alcázar hacen una monografía descriptiva de la misma Misión (Calleros, 1951, 1952; Calleros & Alcázar Velasco, 1995). En cuanto a la historia institucional tenemos al padre Dizán Vázquez quien hace una amplia descripción del desarrollo de la vida misional y luego secular en Ciudad Juárez (Vázquez, 2004), Zacarías Márquez tiene una breve mención del periodo de administración franciscana de la Misión de Guadalupe (Márquez Terrazas, 2013), finalmente Jesús Paniagua analiza el intento de creación de un obispado en Nuevo México destacando la importancia de Paso del Norte (Paniagua Pérez, 2013).

Hay algunas referencias indirectas que son muy valiosas para retomar al momento de construir una historia urbana de Paso del Norte, los trabajos de Luis Arnal con respecto a los presidios norteños son una clara muestra de la tendencia proveniente de la arquitectura, señalada por Martínez Delgado (Arnal Simón, 1998, 1999c, 1999b, 1999d, 1999a) (Martínez Delgado & Mejía Pavony, 2021) como aquella centrada en los procesos de urbanización. En esa misma tesitura, pero partiendo desde la cartografía histórica están los trabajos de Peter Gerhard, aunque las menciones directas son breves, las referencias documentales y la visión de conjunto es invaluable (Gerhard, 1986, 2001).

Otra referencia indirecta es el prolífico trabajo de Chantal Cramaussel, si bien sus temas se han centrado en el centro y sur de Chihuahua, sus escritos son muy sólidos teórica y metodológicamente, la unidad documental es basta y al estar muy ligadas con Paso del Norte las poblaciones que estudia como: Janos, Ahumada, Santa Bárbara, entre otras, resulta una fuente

necesaria para consultar (Cramaussel, 1992, 1993, 1998, 2006, 2014, 2016). Estos trabajos reconocen una historia dinámica que se aleja de la visión del indígena como un salvaje en un estadio anterior, sin embargo, esa visión sigue permeando en autores recientes y es necesario contemplarlos, puesto que representan la justificación para seguir intentando mostrar otro tipo de dinámicas sociales y no solo las que se han heredado de las fuentes (Cisneros Guerrero, 1998; Rojas, 2016). También hay algunos trabajos que asumen un prejuicio en las fuentes, como el trabajo de Jorge Chávez (Chávez Chávez, 2004), el cual, con más intuición que fuentes, observa el proceso de integración de Paso del Norte como una invasión. Se espera que este trabajo encuentre un punto intermedio entre estos postulados.

Una vertiente más en la historia de la ciudad es la de los trabajos que parten temporalmente en sentido contrario, del presente hacia el pasado. La mayoría de ellos estarían ubicados en la tradición de los urbanistas e ingenieros contemporáneos de la que habló Martínez Delgado (2021b). La visión en estos trabajos es interesante, pero se posiciona en otro tipo de materialidad, en la cual la forma de la ciudad determina su urbanidad, retoman el entorno construido actual, lo patrimonializan y proyectan al pasado. Siguiendo el razonamiento de Martínez Delgado, no es que esto sea negativo, pero como se señaló, esto no permite acercarnos a la riqueza del entorno vivido y por tanto no sería posible reconocer el estrato de los grupos marginados. Varios de estos trabajos se centran en las acequias (Martínez Lazo et al., 1998; Ruiz Quiroz, 2018; Sandoval Rivas, 2018). Otros más parten desde la idea de patrimonio (Moreno Toledano & Ariza Ampudia, 2019; Sandoval Rivas, 2018), incluso hay varias ediciones de un catálogo de monumentos y placas históricas (IMIP, 2016). Finalmente tenemos un par de trabajos desde la arquitectura, el primero es una monografía de la misión de San José y sus problemas de conservación (Reyes Escalante et al., 2009), el otro un breve ensayo de la arquitectura como eje de la memoria histórica (Staines Orozco, 2008), ambos textos mantienen esa visión patrimonializante de la que ya se ha hablado.

Paso del Norte desde los Estados Unidos

Paso del Norte para los estadounidenses significa uno de sus poblamientos no indígenas más antiguos (Peterson, 1999a), siendo la misión de Ysleta del sur la que es considerada como la construcción con ocupación permanente más antigua del país (Commar, 2015). Por ello, la historia

de Paso del Norte ha sido de gran interés para su historiografía, teniendo una copiosa literatura al respecto, comparativamente el volumen de textos es bastante mayor al de su contraparte mexicana. Como parte de la historia de Nuevo México, Paso del Norte ha recibido la atención tanto para la reproducción de documentos de primera mano, así como trabajos de interpretación. Debido a que no es el objetivo de este trabajo, solo se retoman algunos de los textos que se consideran más significativos para cada vertiente historiográfica detectada.

La historiografía estadounidense ha formado su propia corriente, de la mano de las tradiciones histórica anglosajonas, sin embargo, podemos separar grandes tendencias que dominaron su producción historiográfica de Paso del Norte y desde la cual podemos trazar paralelismos con su contraparte mexicana. A grandes rasgos, se inicia con el proceso de profesionalización de la historia a finales del siglo XIX y hasta la mitad del XX, en donde predominaron los trabajos monográficos de tipo descriptivo. Los años sesenta también marcaron una ruptura con las formas tradicionales de hacer historia y proliferaron los trabajos de historia cultural. La posmodernidad trajo consigo nuevas preocupaciones y los estadounidenses que trabajaban el sur del país fueron formando una sólida escuela teórico-metodológica especializada en temas de la frontera, a la que llamaron *Bordeland History*, aunque con grandes aportes a la historiografía en general, esta corriente no ha podido liberarse de la dependencia interpretativa a las fuentes, repitiendo el patrón mexicano de dar por cierto lo que los archivos decían. En ese sentido, vemos una fuerte similitud cuanto, a la negación de actores marginados de las fuentes, así como la repetición de estereotipos binarios como el del salvaje/civilizado. El Siglo XXI también trajo una amplitud temática en los tópicos tratados desde la historiografía, así como la proliferación de estudios de caso y transculturales.

Durante el periodo de la historia monográfica se privilegió la compilación de documentos primarios provenientes de distintos archivos españoles y mexicanos, ahí los estudios introductorios son los que muestran la perspectiva de los autores. Una notable excepción es el trabajo de Anne Hughes "The Beginning of Spanish Settlement in the El Paso District" en 1914, en él desarrolla una narrativa fluida que da cuenta de los acontecimientos que eran posibles narrar en ese momento con los archivos disponibles, hoy en día este texto sigue siendo el principal referente de la historia colonial de El Paso (Hughes, 1914). Unos años después Frances Scholes presenta "The Supply

Service of the New Mexican Missions in the Seventeenth Century”, cinco volúmenes de documentos relacionados con el comercio en Nuevo México que proporcionan información del inventario material con el que podían contar los pobladores de dicha provincia, incluyendo Paso del Norte (Scholes, 1930). En 1951 Vina Wals defiende la tesis “History of the El Paso Area 1680-1692” como trabajo de grado en la Universidad de Texas que buscaba “subsana la información que la señorita Hughes había omitido”, al centrarse en el periodo de la revuelta de los indios Pueblo su documentación es muy amplia, profundizando en varios temas que van más en el orden de la historia política (Wals, 1951). Cleofas Calleros publicó varios trabajos, sobresaliendo “El Paso 's missions and indians” y “Queen of the Missions”, con más interés en la labor misionera (Calleros, 1951, 1952). Estos son los trabajos más representativos que atienden Paso del Norte, proporcionan una vista general y bastante profesional del periodo, aunque centrado en los eventos políticos.

El trabajo más completo de compilación de documentación proveniente de archivos para Nuevo México es el de George Hammond y Agapito Rey quienes también generan historias más bien narrativas centradas en los “grandes aventureros” quienes, de acuerdo con su visión, forjaron la identidad hispana en Nuevo México. Ellos publicaron en 1953 “Juan de Oñate Colonizer of new México” en 1966 3 volúmenes llamados “The Rediscovery Of New México 1580-1594” y en 1967 “New México In 1602. Juan De Montoya's Relation of the Discovery of New Mexico” (Hammond & Rey, 1953b, 1966, 1967, 1977). Buena parte de los documentos y la narrativa toca Paso del Norte, sin embargo, en términos de lugares, parece haber una marcada preferencia por analizar los acontecimientos en Santa Fe y su región.

Los asuntos indígenas fueron poco atendidos durante el periodo anterior, es con la llegada de la historia cultural que estos grupos empiezan a aparecer en los textos académicos. De este periodo el autor más sobresaliente es William B. Griffen quien publica dos libros “Indian Assimilation In The Franciscan Area Of Nueva Vizcaya” y “Culture Change and shifting population in Central North of México”, obras que intentan dar un panorama general del proceso de integración entre indígenas y no indígenas en la región. El libro "Proceedings: Speakers Series El Camino Real from México City to Santa Fe Chamizal” es una obra de circulación restringida que fue producto de un encuentro académico en El Paso, en él se presentan textos de distinta calidad, pero que es muy representativo del periodo pues participan varios de los autores más importantes del

tema, como, Rick Hendricks, Rex Gerald, Joseph P. Sánchez John A. Peterson, George Torok, entre otros. Otro punto para resaltar de la obra es que señala el temprano interés estadounidense en la patrimonialización del Camino Real de Tierra Adentro (Griffen, 1969, 1979, 1985).

La historia de la frontera es un campo en donde los historiadores estadounidenses son pioneros y referentes. Autores como Bolton (1974) o Weber (2004) utilizaron la amplísima frontera sur de los Estados Unidos para poner en prácticas sus postulados, los estudios de caso proliferaron y El Paso no fue la excepción. Uno de los iniciadores de esta clase de estudios en la región fue William Timmons quien en 1960 publica su “El Paso. A borderlands history” (Timmons, 1990). Es posible que el representante más sobresaliente de Borderland History para Paso del Norte sea Rick Hendricks, además de uno de los más prolíficos, entre sus trabajos más importantes esta:” Faces of the Camino Real: People in El Paso del Norte in the Spanish Era” (Hendricks, 1999b) “Camino Real at the Pass: Economy and Political Structure of the Paso del Norte Area in the Eighteenth Century” (Hendricks, 2000) y “Viticulture in El Paso del Norte during the Colonial Period” (Hendricks, 2004), a pesar de lo importante de estas obras los grandes ausentes siguen siendo las poblaciones marginadas, a las que ahora se empiezan a sumar peligrosamente los mestizos o no peninsulares.

“Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain” (Oakah, 1996) es justamente una obra que señala críticamente que la manera en que la identidad histórica en Nuevo México es con base principal en la “hispanidad”, es decir reconocer solo a los españoles como antepasados (negando a indígenas y mexicanos), esto se encuentra enmarcado en una añeja discusión entre quienes ven solo a los europeos anglosajones como antecesores de los actuales estadounidenses (blancos por supuesto) y quienes reivindican una raíz latina, siempre y cuando ninguno se haya mestizado. Finalmente, en los años recientes también ha existido un interés desde las disciplinas no históricas por entender el desarrollo temporal de El Paso, un libro representativo de este interés es el de Oscar J. Martínez “The Border Economic Heritage”, en donde se compilan trabajos de economistas, arquitectos, mercadólogos entre otros (Martínez, 2018).

En el apartado dedicado a la historia urbana de Paso del Norte desde México, no se incluyó la información arqueológica proveniente de la actual ciudad. La razón es que hasta el momento que se escriben estas líneas no se ha localizado un solo trabajo profesional y/o publicado al

respecto, solo se tienen referencias indirectas o generalizadoras de lo que pudiera existir como vestigio arqueológico en Ciudad Juárez. El único autor que contempla el área de la ciudad en sus escritos es Francisco Mendiola quien, insisto, de manera tangencial hace alguna referencia en sus textos “El arte rupestre en Chihuahua: Expresión cultural de nómadas y sedentarios en el norte de México”, “La Investigación Arqueológica en el Desierto de Chihuahua” y “Antes y después de Charles C. DI Peso: vértice de la arqueología en Chihuahua” (Mendiola Galván, 2002, 2008a, 2008b). Al inicio de esta investigación se llegó a sospechar que Ciudad Juárez era uno de los pocos, tal vez el único, lugar en México en donde no hubiera asomo alguno de vestigios prehispánicos, pero la búsqueda de trabajos arqueológicos en la zona en repositorios estadounidenses desmintió tal especulación.

La narrativa arqueológica en lo que fuera Paso del Norte y sus regiones inmediatas al norte del Río Bravo/Grande se contabiliza en varias decenas, en donde se muestra claramente la existencia de asentamientos humanos previos a la llegada de los novohispanos, y no hay razón para pensar que no hubieran poblados también el lado sur del río. Esto quiere decir que lo que se necesita es trabajos específicos de investigación arqueológica para localizar y recuperar vestigios de los pobladores prehispánicos de Paso del Norte en Ciudad Juárez. Más allá de esto, los arqueólogos estadounidenses han desarrollado un amplio trabajo para recuperar la forma de vida de quienes vivieron al norte del río. Estos trabajos tienen una gran diversidad de enfoques teóricos y líneas temáticas, casi tantas como las hay en el resto de la arqueología de ese país, por ello solo se presentan algunos de los trabajos que se han considerado más representativos.

La arqueología en Estados Unidos ha estado muy ligada desde sus inicios profesionales con la antropología, por lo que no es extraño que los autores alternen evidencias materiales y trabajos etnográficos, lingüísticos, de restos óseos, entre otros. Uno de los primeros autores en mencionar vestigios prehispánicos en la región fue Walter Fewkes quién en 1902 publicó “The Pueblo Settlements Near El Paso, Texas”, el escrito, acorde a su época, es rico en prejuicios, clasismo y especulaciones, aunque también tiene gran cantidad de información invaluable (Fewkes, 1902). Francisco Mendiola (2009) señaló en uno de sus textos que la arqueología del Norte estaba fuertemente direccionada por la monumentalidad de Paquimé, esto es palpable al notar que en 1948 Donald Lehmer en su texto “The Jornada Branch of the Mogollon” clasifica los restos de la

cultura material encontrada en una amplia región con su centro en El Paso, como previa y posterior a Paquimé, por lo que la llamó Jornada Mogollón, definición que combinaba la “jornada” de Paso del Norte a Santa Fe y la cultura Mogollón “heredera” de Paquimé (Lehemer, 1984).⁸

Esa primera arqueología está fuertemente influenciada por modelos difusionistas que asumen que grandes civilizaciones le provén su cultura a grupos menos desarrollados, que fue la explicación que se dio a la presencia de grupos sedentarios y semi sedentarios en la región. Siguiendo esas ideas, algunos trabajos lingüísticos se sumaron al intento explicativo. El más notorio es el de Jack Douglas Forbes quién en dos textos intenta relacionar a los grupos Mansos y Sumas con los grupos atapascanos o apaches (Forbes, 1957, 1959), esta idea sigue siendo controversial y se atenderá en el siguiente capítulo. El trabajo etnográfico más relevante es el de Patrick Beckett y Terry L. Corbett quienes en “The Manso. Indians” rastrean a los pocos pobladores Mansos que quedaban en El Paso, además de dar cuenta de las prácticas culturales de los Tiguas y los Tewas (P. Beckett & Corbett, 1992).

Posterior al difusionismo se puso en práctica la llamada arqueología procesual, la cual confiaba su objetividad a los métodos de campo y laboratorio. En ese contexto se llevan a cabo trabajos como el de Michael P. Marshall, Henry Walt y su proyecto “Rio Abajo. Prehistory and history of a Rio Grande Province”, de manera sistemática logran dar cuenta del desarrollo temporal de tipos cerámicos, patrones de asentamiento y arquitectura en la región de los Piroos entre El Paso y Santa Fe. En estos trabajos quedo claro que no hay una trayectoria lineal en temas como la arquitectura y se empezó a perfilar la idea de que formas de vida nómada, semi sedentaria y sedentaria convivieron permanentemente (Marshall & Walt, 1984). Apoyado en trabajos como el de Marshall, Bill Lockhart publica “Protohistoric Confusion: A Cultural Comparison of the Manso, Suma, and Jumano Indians of the Paso del Norte Region” texto esencial para entender la diferenciación de estos grupos, heterogeneidad que es negada en las fuentes históricas tradicionales, además de avivar la polémica sobre el origen lingüístico e histórico de estos grupos (Lockhart, 1997).

⁸ El resumen presentado aquí se constriñe únicamente a la producción histórica que toca de alguna manera Paso del Norte, esto significa que no sea necesario un encuadre geográfico más amplio. Más adelante se ahondará en este punto, sin embargo, se reconoce que de cierta manera una exposición tan limitada reproduce el ethos local. Por desgracia el alcance del presente trabajo permite profundizar en el tema, siendo uno de los temas por desarrollar en futuros escritos.

A partir de los años noventa, con las arqueologías posprocesuales abarcando el panorama teórico, se formalizan las intervenciones de rescate y salvamento (archaeological rescues), que en Estados Unidos se llaman Cultural Research Management. De aquí proviene mucha de la información con la que hoy se cuenta. Solo hay que destacar el trabajo de Gene Wheaton y Lori Stephens Reed “Possible Manso Occupation at Site LA129533 near El Paso, Texas” quienes están entre los primeros que asociaron un contexto de ocupación continua con el grupo Manso (Wheaton & Stephens, 2009). Cabe resaltar los trabajos enfocados en el área central de la Jornada Mogollón, que incluye El Paso, mediante trabajos de investigación de largo alcance, en particular el de Thomas R. Rocek; mediante el uso de técnicas arqueométricas ha hecho aportes en diversas áreas como: materiales líticos, cerámicos, patrón de asentamiento y arquitectura (Rocek, 2018; Rocek & Kenmotsu, 2018b, 2018a). Por último, recientemente se publicó “Prouning the Jornada Branch Mogollón: Changing perspectives Prehistoty of Southeastren New México” de Regger Wiseman, el texto sintetiza una carrera de varias décadas y explica el estado de la cuestión que se tiene de la cultura Jornada Mogollón (Wiseman, 1985, 2019).

Una vertiente de la arqueología que ha sido muy trabajada en la zona de El Paso es la arqueología histórica, en especial enfocada en la antigua misión de Socorro (R. Gerald, 1990c, 1990a) y el presidio de San Elizario (Bradley et al., 1997). De estos proyectos se desprende parte de la información clave en los siguientes capítulos, por ejemplo, en su estudio “Ceramic Production and Trade on the Camino Real”, como parte del proyecto de San Elizario, Robert Brown, Patricia Fournier y sus coautores determina que la fuente de materia prima para la cerámica Manso está en las que hoy son las Montañas Franklin (R. Brown et al., 2004; R. B. Brown et al., 2004; R. Brown & Fournier, 2014; Fournier, 1999).

A partir de lo que se ha mostrado hasta aquí, es posible esbozar un panorama de la manera en que se ha escrito acerca de la ciudad y la historia urbana de Paso del Norte. Hay un primer periodo monográfico de “historia de la ciudad”, centrado en personajes y “hechos”, con una historia documental acrítica. Un segundo periodo de profesionales de la historia, con historias temáticas: económica, política, tecnológica, de las instituciones. O bien desde la historia del arte, esto permitió la aparición de otros temas tangenciales como acequias y patrimonio. En este

sentido, Martínez y Mejía (2021) plantean la transición de la historia de la ciudad a la historia urbana.

La historiografía estadounidense sigue su propia tradición, con un primer periodo muy exhaustivo monográfico, seguido de un sentido cultural en los sesenta, luego una fuerte influencia de la perspectiva de frontera desde los años ochenta y ahora con un intento de diversificación. En Estados Unidos no se ha separado la historia de la arqueología, ven una “continuidad”, hasta la segunda mitad del SXIX, además se evidencia un fuerte desequilibrio en los trabajos arqueológicos entre México y Estados Unidos

Al unir los planteamientos teóricos con este breve recuento tenemos que en ambos casos es evidente el esfuerzo por insertar al asentamiento en el metadiscurso nacional, la narrativa se vuelve descarnada, para ello se alude a ser parte del proyecto expansionista del virreinato novohispano, se centra en la epopeya de los “grandes” conquistadores o “valientes” misioneros, recuperando una tradición historicista de hechos y personajes. Este intento de insertarse en las historias nacionales recurre a las fuentes accesibles, de primera mano o secundarias de forma poco crítica, confiando en su veracidad e intencionalidad, generando relatos que reproducen el imaginario que muestra el archivo. La ciudad letrada, se crea con la fe en el documento, fe que se mantiene en la historiografía.

Los archivos no son inocentes ni imparciales, tienen un contexto de creación y estructuras complejas de narrativa; “ven” el mundo, y lo recrean por y para situaciones específicas, y al retomarse de manera acrítica se reafirma la acción preponderante de ciertos agentes como los grandes conquistadores o los valientes misioneros. La historia urbana cuenta con otras herramientas para analizar el pasado, como la materialidad, los indicios de una historia menos parcial.

Recrear la historia de un asentamiento como Paso del Norte solo desde la lectura acrítica del archivo, reduce las posibilidades a contar una historia parcial, en donde los “grandes hombres” lucharon por sobrevivir contra todo y contra todos, incluyendo a los indígenas y otras poblaciones no susceptibles de aparecer en primera persona en los archivos. Así se construyó la idea del pasado de Paso del Norte, reproduciendo epopeyas que tal vez existieron solo en la imaginación y la pluma de quienes escribieron. Entonces, la historia inmediatamente previa al emblemático cambio de

nombre fue la narración de un pueblo que observó pasivamente los cambios en el estado nación, con la excepción de la presencia de Benito Juárez en el asentamiento (Esparza Marin, 1986). Más atrás, en el estrato virreinal la narración se divide entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, con un Paso del Norte estratégico en la lucha contra los indios salvajes y con la intención de frenar el expansionismo de potencias enemigas. Aquí los impulsores y ejecutores de las reformas borbónicas son protagonistas, Bernardo de Gálvez, Teodoro de Croix, Nicolás Lafora, entre otros, es el tiempo de Paso del Norte como presidio. Enseguida en el discurso historiográfico hay un brinco, hasta las aventuras para el poblamiento y consolidación de la Misión de Paso del Norte entre 1659, fecha de fundación y principios del siglo XVIII, tras la salida de los refugiados de la revuelta de los Indios Pueblo, con la posterior consolidación de la Villa de Paso del Norte.

Entonces, da la impresión de que la historia comienza con la fundación de la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los indios Mansos del Paso del Río del Norte con un antecedente en las primeras exploraciones españolas, antes de eso, nada, por lo menos no en la historiografía mexicana. Por su parte, La historiografía estadounidense atiende muy poco a la continuidad del pasado “español” con el prehispánico, pero cabe decir que la literatura de los trabajos arqueológicos que buscan entender a los grupos “Jornada Mogollón” es ciertamente copiosa, aunque muy poco relacionada con los indígenas que vivieron en los asentamientos virreinales; parecería que los indígenas hubiesen dejado de serlo al contacto con el hispano.

En esta historia narrativa es posible trazar algunos puentes entre el espacio actual y la historia de ciudad, aunque muy poco con respecto a la historia urbana. Sin embargo, el presente trabajo se enfrenta a poca información nueva, ¿es posible hablar de otra cosa con fuentes similares? Sin duda, pero ¿podemos perfilar una historia urbana con estas fuentes? La intención es releer las fuentes y agregar testimonios disponibles en distintos archivos para acercarnos a una historia que no vea una consecución lineal del tiempo como marco de hechos y personajes, sino a los indicios, rastros de la convivencia entre grupos distintos en una forma distinta de vivir un lugar, de hacer urbanidad. Entonces reevaluar las fuentes a la luz de una postura crítica buscando huellas dispersas que se materializan en la distribución del espacio, es una posibilidad que este trabajo explora.

Una narración indígena de la historia urbana virreinal de Paso del Norte

Definir el fin del período protohistórico y el inicio del histórico en el septentrión novohispano es problemático;⁹ Varios autores lo ubican en el primer contacto entre ambos mundos con Cabeza de Vaca (1528-1529), o bien en la expedición de Vázquez de Coronado en 1540, con la llegada de Juan de Oñate en 1597, incluso lo llevan hasta 1680 con la revuelta de los indios Pueblo (González de la Vara, 1992; Hackett, 1917; Wilcox, 2009); algunos arqueólogos prefieren ubicar un punto intermedio sin una referencia precisa como podría ser el año de 1550 (Miller, 2001; Wiseman, 2019). Definir una línea clara entre el antes y el después puede resultar impreciso, con base en los documentos adquiridos y las fuentes secundarias disponibles, se traza una breve narración de la historia de Paso del Norte, pero teniendo como eje la presencia indígena y su impacto en la conformación del urbanismo, si bien mediante documentos occidentales, pero entresacando la mirada de la población nativa. Esto podría ser un primer intento para una historia de los pueblos sin historia, como lo plantearía Eric Wolf (1993).

Los antecedentes de Paso del Norte se sitúan en la profunda relación establecida por sus habitantes y la tierra, en particular en el área circundante a El lugar donde dobla el río, rasgo del paisaje predominante. Ante la falta de información emic, se han reconstruido los periodos más antiguos a partir de la arqueología y la lingüística, en la zona habrían estado viviendo cazadores-recolectores desde por lo menos 10,000 años antes del presente. Hacia el año 200d.C. se tiene la evidencia más temprana de agricultura, lo que va a traer un paulatino cambio en la forma de vida, dando forma a la llamada Jornada Mogollón. Desde el 200 hasta el 1450d.C. aproximadamente se desarrolla una forma de vida mixta, en donde se alternan formas de vida cazadora-recolectora-pescadora con prácticas agrícolas, tiene rasgos distintivos de cerámica, entorno construido y

⁹ La conceptualización de lo “histórico” y lo “protohistórico” constituye en sí misma una muestra de la imposición de un pensamiento occidental, parte del proceso de negación del mundo indígena. Se sobrentiende que la aparición de un registro escrito en grafía occidental señala el inicio de lo “histórico”, aunque también hay que considerar que esa división entre historia y prehistoria responde más a una tradición decimonónica (Carr, 2010). En el fondo, tal y como lo señala Sheridan, está la idea de una falta de continuidad, un nuevo inicio en el que los protagonistas de la “historia” son aquellos que pueden dejar ese registro en grafía moderna. Sin embargo, las distintas formas de perpetuar la memoria, así como las evidencias materiales, evidencian que el registro escrito no es la única manera de entender el devenir temporal de grupos indígenas. Las separaciones de fases y períodos que se usan, si bien, siguen el orden de pensamiento de la historiografía convencional, también es un constructo no inocente, y que debe tenerse presente para la reflexión, tal y como se señaló en el capítulo 1. Sin embargo, se seguirán empleando estas conceptualizaciones para fines de fluidez en el texto.

patrón de asentamiento, con una intensa relación con culturas vecinas, en especial con la Cultura Mogollón primero, y Casas Grandes en periodos más tardíos.

Los años previos al contacto con el mundo novohispano están marcado por la recomposición de los grupos Jornada Mogollón, tras la descomposición del sistema Casas Grandes, en donde se prioriza nuevamente la caza-recolección. Entre el 1450 y 1550 d.C. se mantienen grupos locales, continuadores de lo Jornada Mogollón y antecesores de los grupos históricos conocidos como Mansos, Sumas y Jumanos en la zona Donde dobla el río, además de la creciente presencia de grupos N'dee. Los grupos sureños tardíos de Jornada Mogollón habrían desarrollado un sistema de organización en pequeñas poblaciones con cuatro o cinco cabeceras, similar a la registrada en el vecino Hueco Tanks), en donde aprovecharían las tierras fértiles en las riberas del río del Norte, desde el lugar en Donde dobla el río (centro actual de Ciudad Juárez) hasta la zona en donde se vuelve a adelgazar el flujo del río, en los límites de la presencia Jumana (cercano al actual poblado del Porvenir). Los meandros del río son usados para pesca y recolección con una serie de asentamientos no permanentes.

Los primeros contactos registrados entre los habitantes del virreinato de la Nueva España y los pobladores en el lejano septentrión¹⁰ no pasan por las inmediaciones del *Lugar en donde dobla el río*. El desafortunado viaje de Cabeza de Vaca inicio en algún punto de la actual Florida en 1528, tras la autorización de Autos de Población cedidos a Pánfilo de Narváez (1871). Después de una serie de sucesos que llevaron a la muerte de casi todos los integrantes de la exploración, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, su esclavo mulato Estebanico y otros dos acompañantes tardaron cerca de 8 años en atravesar de este a oeste parte de los actuales estados de Luisiana, Texas, Nuevo León y Coahuila. El viajero registra el lugar en donde se encuentran los ríos del Norte y el Conchos en el estado de Chihuahua, remonta unos pocos kilómetros el río del Norte, toma hacia el oeste para

¹⁰ La delimitación específica de Septentrión carece de acuerdos entre los investigadores, aunque hay varias propuestas desde la historia y la arqueología que han sido más recurrentes que otras, algunos de ellos son: Gran Chichimeca, Great Southwest, Suroeste-Noroeste, Gran Norte de México, entre otros (para más detalles ver Jiménez (Jiménez Núñez, 2006) en donde se retoman en líneas generales esta polémica). De nueva cuenta resulta arbitrario tomar una de las categorías, pero se retoma la idea de un Septentrión Novohispano impreciso, vasto e inabarcable, que va cambiando de acuerdo con el momento del período virreinal del cual se esté hablando, visto siempre rumbo al norte, entre más al norte más estrecho en el control y más ancho en su desconocimiento. Para el mediados del siglo XVI los territorios inexplorados al norte de del septentrión se fijaba difusamente en una línea imaginaria entre los ríos Panuco al este y Culiacán al oeste, pasando por las actuales ciudades de Durango, Zacatecas y San Luis Potosí.

atravesar Sonora y llegar finalmente al territorio que hoy ocupa Sinaloa, en donde es contactado por una patrulla novohispana (Reséndez, 2007). La posterior narración del mítico viaje estimuló la imaginación y la ambición por las tierras septentrionales (Ahern 2001, 381).

Hacia 1539 Fray Marcos de Niza emprendió una exploración en la búsqueda de las míticas ciudades de Quivira y Cibola narradas por Cabeza de Vaca, saliendo de Culiacán, Niza toma hacia el norte acompañado del antiguo esclavo Estebanico, quién morirá en la travesía. Aunque no se tiene claro que lugares alcanzó el fraile, pues su relato es impreciso y fantasioso (posiblemente no recorrió todos los lugares que narró), de cualquier modo, sabemos que solo se refiere puntos en los estados de Sinaloa, Sonora y tal vez Arizona. La última de las expediciones tempranas es la de que llevó a cabo Francisco Vázquez de Coronado en 1540 que sigue una ruta similar a la de Niza por Sinaloa, Sonora, Arizona, reconociendo el norte de lo que hoy Nuevo México, llegando incluso hasta el estado de Kansas (Ahern, 2001, p. 381).

De acuerdo con Danna Levin (2019), el afán exploratorio hacia el norte se ralentizó, entre otras causas debido a los levantamientos indígenas como la Guerra del Mixtón, por la violentísima campaña de Nuño de Guzmán, “El profundo malestar que provocaron sus abusos estalló en varias rebeliones y detuvo el ritmo del avance colonizador en el territorio que conocemos como Gran Chichimeca” (Levin Rojo, 2019, pp. 141–142). A pesar de ello, se continuó con la búsqueda y ocupación de nuevos territorios, con especial interés en aquellos poseedores de recursos minerales (reales o imaginados). En 1546 se fundó Zacatecas, desde ahí partió la expedición de Francisco de Ibarra en 1554, la cual dio vida a poblaciones como Guadiana (hoy Durango) en 1563 y Santa Bárbara (cerca del actual Parral) en 1564 (Levin Rojo, 2019, p. 141)

Desde Santa Bárbara que partieron las primeras dos expediciones que tocarán el *Lugar en donde dobla el río*, la de Francisco Sánchez Chamuscado en 1581 y la de Antonio de Espejo en 1582 (J. R. Craddock & DeMarco, 2013; de Marco & Craddock, 2013a, 2013b; Hammond & Rey, 1966), así como la de Juan de Oñate que fundará el reino de Nuevo México entre 1598 y 1605 estos tres últimos son las principales fuentes para conocer a los indígenas que vivían en la otrora Paso del Norte durante el siglo XVI (Sánchez, 1998).

Unas pocas leguas al nororiente de Santa Bárbara se estableció el pueblo de San Gregorio en las cercanías del que hoy se conoce como río Parral. Las expediciones solían tomar el rumbo de

este pueblo para luego remontar los afluentes de los distintivos ríos en el equivalente terrestre de la exploración portulana , tratando de no alejarse de las vitales fuentes de agua en lo que se vislumbraba como un océano de tierras desconocidas, pero al mismo tiempo siguiendo las recomendaciones de los guías que tenían a disposición que en el caso de las expediciones de Sánchez de Chamuscado (de Marco & Craddock, 2013a, 2013b) y Antonio de Espejo (Hammond & Rey, 1966) fueron indígenas Conchos.

La primera expedición que atravesó nuestra área de estudio estuvo al mando de del capitán Francisco Sánchez de Chamuscado y el fraile Agustín Rodríguez, se conservan dos narraciones, la primera escrita por Felipe de Escalante y Hernando Barrando y la segunda por Hernán Gallegos, ambas compiladas por el Proyecto Cíbola (de Marco & Craddock, 2013a). Salen de San Gregorio el 6 de junio de 1581, siguen hacia el norte remontando el río Conchos hasta llegar a la junta de los ríos, en donde doblan hacia el oeste por el margen del río del Norte, el cual seguirán hasta las inmediaciones de lo que hoy es la ciudad de Albuquerque, Nuevo México. La expedición la conformaban 9 soldados y 3 religiosos “llevando por último fin el servicio de dios nuestro señor y que su ley y evangelio se predicase a toda criatura y que la real corona de Castilla se aumentó” (de Marco & Craddock, 2013a, p. 8), a su regreso, dos de los frailes decidieron quedarse a predicar en las poblaciones recién encontradas por ellos.

En noviembre de 1582 Antonio de Espejo al mando de 14 hombres sale del mismo San Gregorio siguiendo los pasos de la expedición de Chamuscado, en busca de los frailes rezagados ante la noticia de dichos padres se encontraban en peligro, son acompañados por el padre Agustín Rodríguez, la expedición llegaría tan al norte como la actual Santa Fe, Nuevo México, reconociendo varias regiones alejadas de las riberas del río del Norte, como las Montañas Zuñi o la zona de Pecos. El viaje duro hasta mediados de 1583 dado cuenta de una gran cantidad de pueblos tanto sedentarios como nómadas, estando la narración de los acontecimientos a cargo de Diego Pérez de Luján (J. R. Craddock & DeMarco, 2013).

En ambos casos, el objetivo explícito es abandonado prontamente en favor de la búsqueda de recursos explotables como minerales, tierras fértiles y población indígena, Ahern menciona al respecto que las narraciones se desenvuelven en un “marco épico y providencial de heroísmo, el servicio a Dios y al rey, el sacrificio en la tradición caballeresca y la emulación del evangelio en una

gran reverencia a su destinatario el virrey, con quien habrá de compartir la gloria anticipada y la providencia especial de Dios” (Ahern, 2001, p. 388). Pero a pesar de ello la autora muestra que las expediciones están regidas bajo un principio constante de amenazas e intimidaciones, baste recordar que muchos de los pueblos que ven ambas expediciones habían sido recientemente abandonadas, lo que indica al menos precaución o reticencia al contacto con los novohispanos: “Nunca vimos ningunas gentes, aunque hallamos mucho rastro y rancherías despobladas” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 28). A pesar de ello, estas narraciones junto con las anteriores de Cabeza de Vaca, Niza y Coronado generaron un imaginario acerca de las posibles riquezas por encontrar en el inmenso Norte. A este llamado acudiría Juan de Oñate, ya como adelantado y gobernador unas tierras que no solo no eran suyas, sino que ni siquiera conocían.

El viaje de Juan de Oñate es tema ampliamente trabajado en la historiografía estadounidense, pues para varios autores es la fundación más antigua y por lo tanto el origen de los asentamientos occidentales en el territorio estadounidense (Hammon, 1927; Hammond & Rey, 1953a, 1953b; Sánchez, 1998). Más allá de la polémica de cuándo y por qué un territorio es considerado de una entidad política, es cierto que la de Oñate es la primera de las expediciones que da paso a asentamientos permanentes al norte del río del Norte.

La propuesta de Oñate fue elegida como la adecuada para llevar a cabo la pacificación de ese nuevo reino al norte, frente a otros ofrecimientos como la de Cristóbal Martín (1583), por intervención del virrey Antonio de Mendoza. El viaje de Oñate inicia de manera muy accidentada pues en ese momento se nombró a un nuevo virrey, Oñate pierde el apoyo incondicional de la corona y tiene que salir de manera apresurada de Santa Bárbara tras un impase de más de un año. Oñate no sigue la ruta exacta de las expediciones anteriores pues remonta el río Conchos solo hasta su encuentro con el río San Pedro, desde donde toma directamente hacia el norte, atravesando los médanos de Samalayuca para llegar al río del Norte (Simmons, 1993).

El 30 abril de 1598 Juan de Oñate “toma posesión” del reino de la Nueva México para cruzar el río del Norte el 3 de marzo en algún punto cercano a la actual ciudad de Juárez-El Paso: “que dejé como veinte y dos leguas de los primeros pueblos, pasado ya el Río del Norte, en el cual, tomé posición por Su Majestad, de todos estos Reinos y pueblo” (Oñate, 1599, p. 2), ese mismo día toma contacto con los primeros pobladores de la región (Hammond & Rey, 1966, p. 312), la expedición

de Oñate continuará hacia el norte y establecerá su capital en San Juan de los Caballeros. Con estos acontecimientos a finales del siglo XVI se cierran los primeros contactos entre novohispanos e indígenas en el área de estudio. El siglo XVII marcará un lento, pero decidido avance en la ocupación de diversos territorios septentrionales, las fuentes primarias principales que refieren a los pobladores originales de en las cercanías Juárez -El Paso en este período, son aquellas relacionadas con los esfuerzos misionales de los sacerdotes.

Desde el tiempo del primer cruce de la Juan de Oñate en su labor de “pacificación” la zona en las inmediaciones del Lugar en donde doble el río se convirtió en el espacio preferido para pasar de una rivera a otra del río hacia un norte que parecía no tener límites: “como este es paso forzoso de tantas veces como han pasado por allí los religiosos, ya hoy estos indios desean ser cristianos” (Navas Josa, 2021, p. 73). Muy temprano, en 1626 Zarate Salmerón decía: “por la parte sur se puede andar hasta 52 grados y medio que es el estrecho de Magallanes y por la parte del norte no tiene termino señalado que es como inacabable” (Zarate Salmerón, 1856, p. 50). Es muy posible que existieran poblaciones indígenas cercanas, las cuales habrían visto pasar las primeras caravanas novohispanas en rumbo a la capital del recién formado reino de Nuevo México, por lo que esas comunidades debieron tener un contacto intermitente, pero continuo, con el mundo occidental.

Hacia 1630 Fray Alonso de Benavides dice que se levantó una pequeña edificación en ese lugar en donde se “pasaba” el río del norte (Navas Josa, 2021, p. 73), mismo espacio en el que de acuerdo con fray Pedro Velázquez de la Cadena, en 1652 los indios Mansos piden al gobernador Don Juan de Samaniego y Xaca se les envíen religiosos (Velázquez de la Cadena, 1657). También Fray Salvador de Ayeta y Fray García de San Francisco estarían realizando labor misional, desde por lo menos 1653¹¹ y en el que se llevaría a cabo el acto de fundación de la iglesia dedicada a la Virgen

¹¹ En el relato que hace Fray Salvador de Guerra en 1668 acerca de la fundación de la Misión de Guadalupe del Paso del Norte, menciona que en este lugar habían estado teniendo labor evangélica desde hacía seis años, por los mismos frailes fundadores (Guerra, 1668, p. 2v). Esta información es corroborada en el juicio que siguen el antiguo gobernador Bernardo López de Mendizábal, con los testimonios de Fray Salvador de Ayeta, en donde se acusan mutuamente de abusar de la población del Paso del Norte, antes del acto fundacional de García de San Francisco (Hackett, 1923e, 1923a).

de Guadalupe bajo el nombre de El Paso el 8 de diciembre de 1659¹² (Hughes, 1914, p. 305). A partir de ese momento la nueva iglesia se convirtió en el epicentro de la labor misional para las comunidades cercanas, la llegada del gobernador Thomas Manso parece haber favorecido que los franciscanos actuaran con cierta libertad de la injerencia civil y militar del gobierno nuevomexicano en su trabajo misional (Hughes, 1914). Sin embargo, todo cambiaría con la revuelta de los indios Pueblo de 1680.

Entre 1659 y 1680 la información con la que disponemos proviene de los juicios y quejas que se cruzaron las autoridades civiles y religiosas en su disputa por el control de la población indígena y sus recursos, de particular interés los establecidos entre el exgobernador Bernardo López de Mendizábal y el encargado de la Custodia de San Pedro y San Pablo, nombre que recibió la provincia eclesiástica, Fray Salvador de Ayeta (Hackett, 1923e, 1923a). En 1661 es nombrado el primer alcalde mayor y capitán de Paso del Norte Andrés López de Gracia, nombrado por López de Mendizábal, seguido del Maestre de Campo Diego de Truxillo quien estaba activo en 1678 (Hughes, 1914, p. 311). De cualquier manera, hacia 1680 Paso del Norte era ya una población importante en el Nuevo México, aunque con la inmensa mayoría de su población indígena, como lo demuestra el testimonio de Salvador de Ayeta quien dice haber bautizado a 830 Manos, 62 Piros, 17 Sumas, 10 Tanos, 5 Apaches, y 4 Júmanos en 1680 (Hughes, 1914, p. 314), evidenciando que en Paso del Norte había ya una numerosa población indígena.

En 1680 se lleva a cabo la revuelta de los indios Pueblo, levantamiento generalizado de los llamados “Indios Pueblo” que estaban asentados el “río arriba”, es decir entre Taos al norte y Socorro al sur. Encabezados, entre otros, por el legendario Pope, la revuelta es una respuesta ante el control religiosos, político, militar y social de los novohispanos hacia los pueblos sedentarios de esta región, los abusos y excesos hacia la población originaria y también como parte de la lucha por recuperar parte del poder perdido por parte de facciones en los pueblos indígenas. El resultado del levantamiento fue el total abandono por parte de la población novohispana y sus aliados indígenas

¹² Más adelante se discute la fundación de la ciudad como un acto simbólico y político, esto en función de que había una población anterior a Paso del Norte: Espejo, Chamuscado y Oñate hablan de pobladores en la zona, Benavides en 1630 explícita que entro a la “ranchería”, Velázquez de la Cadena dice que “salieron a pedir”, es decir estaban en una población en 1652, en un juicio Ayeta y Mendizábal dicen que uno o el otro abusaba de los pobladores indígenas del poblado desde 1653. Es claro que ya existía una población permanente y por lo tanto la fundación, era en términos pragmático una formalización de la presencia novohispana en el Lugar en donde dobla el río.

de casi todo el Nuevo México por cerca de 11 años (González de la Vara, 1992; Hackett, 1917; Wilcox, 2009).

Si bien algunos pobladores salieron definitivamente de Nuevo México, la mayoría de la gente expulsada en la revuelta de 1680-1691, llegó al Paso del Norte, en donde se refugiaron por esos años, fundando nuevas poblaciones en las cercanías como Salineta, Sevilleta, Senecú, Isleta y Socorro. La mayor parte de la documentación de este período y de varios años posteriores está centrada casi de manera exclusiva en los temas relacionados con la revuelta. Desde las primeras disposiciones para mantener los recursos de Nuevo México en el Paso (Leyva, 1680), la erección de un presidio en la misma población en 1683 (Hackett, 1923d), hasta los juicios y noticias de los gobernadores (J. Craddock, 2018; de Marco & Craddock, 2017; Hackett, 1923d; Polt, 2008). Los refugiados españoles se instalaron en La Sevilleta, a unas 4 leguas al norte del Paso, mientras que los indígenas se acomodaron de la siguiente manera: “dos leguas, [o] más abajo de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, con indios Piros y Tompiros, el pueblo de Senecú; legua y media al oriente, con indios Tihuas, el pueblo de Corpus Christi de la Isleta; doce leguas de El Paso, y siete y media de Isleta, siguiendo el mismo Río del Norte, con indios Piros, algunos Thanos, y algunos más Gemex, el tercer pueblo, el apelativo de Nuestra Señora del Socorro” (Hughes, 1914, p. 323).

En 1683 se conjuró un nuevo levantamiento indígena, ahora encabezado por los propios Mansos de Paso del Norte, en el que participaron Janos, Sumas y Teguas, si bien el levantamiento solo se llevó a cabo en Casas Grandes y Janos, los juicios seguidos contra los participantes indígenas forman otro corpus importante de documentación con la que se dispone para este período (Polt, 2008). La revuelta de 1683 provocó el abandono de varios de los nuevos asentamientos y el reordenamiento de las poblaciones. Es en este mismo año que se autoriza la erección del Presidio, que llevará el nombre de Nuestra Señora del Pilar y el Glorioso San José (Hughes, 1914, p. 327), para ello se llevó a cabo la compra de los terrenos inmediatos de la Misión de Guadalupe a los indios Mansos, por parte del gobernador Domingo Jironza Petrís de Cruzate, quién había sustituido a Antonio de Otermín (Hughes, 1914, p. 366), aunque debido a la urgencia del momento, no se pudo construir un fuerte para el presidio y solo se edificaron la casa del capitán, en este caso el gobernador de la provincia y algunas instalaciones como la bodega y la cárcel, esta casa es la conocida como presidencia vieja y actualmente el Centro Municipal de las Artes (González de la

Vara, 2002b, p. 585). De este modo, el poder real en Nuevo México se mantuvo entre 1680 y 1691 en Paso del Norte, la cual funcionó de facto como la capital del reino, teniendo el presidio y la misión en la misa población.

Tras la reconquista de los territorios al norte de El Paso la mayor parte de la población regreso a los lugares en lo que habían vivido, pero mucho otros se quedaron en Paso del Norte, dando forma a la población que continuará por el resto del período virreinal. A pesar de condiciones difíciles de vida, Paso del Norte era ya uno de los lugares más importantes del septentrión novohispano, así lo refiere Fray Nicolás López al llamarla incluso ciudad: “y esta verdad hay personas en esta ciudad que lo juraran” (F. N. López, 1694). Los pueblos principales que conformaron el Paso del Norte quedaron asentados de norte a sur de la siguiente manera: Misión de Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Isleta, Socorro y San Francisco de los Sumas.

El siglo XVIII en Paso del Norte fue de vaivenes, durante este tiempo se vio consolidado el presidio y la misión, para luego ver como del presidio se desprendían algunos de sus elementos en favor de El Carrizal, luego el presidio completo de ira a San Elizario. La Misión se mantendrá en su lugar, pero no estará exenta de problemas y peticiones de secularización. En ese marco, las acequias crecen y la población aumenta de manera moderada pero sostenida; los viñedos, que habían sido plantados desde las primeras tapias de la misión, siguen creciendo, cobijando una población que poco a poco se torna en el eje espacial de una serie de relaciones cercanas y lejanas en la región, así como elemento indispensable en el Camino Real de tierra Adentro. Hacia el final del siglo, las reformas borbónicas, encarnadas en el septentrión por visitas de personajes como Nicolás Lafora o Joseph de Gálvez, hacen sentir sus efectos con el aumento de las hostilidades con distintos grupos N’dee (apaches).

La disposición de los poblados que formaban Paso del Norte; Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Isleta, Socorro y San Francisco, permitían ocupar el amplio espacio de tierras anegadas por el cauce del río del Norte, al mismo tiempo Paso del Norte era un eslabón esencial en la comunicación de la Nueva España con el resto del septentrión pues Socorro, la primera población de “río arriba” estaba a 260kilómetros, 360kilómetros al sur estaba San Felipe del Real de Chihuahua fundado en 1719, al este la población importante más cercana era la Misión de San Xavier de Bac fundada por el padre Eusebio Kino en 1700 (después también presidio de San Agustín

de Tucson fundado en 1775) a unos 400kilómetros, al oeste la fundación novohispana de mayor tamaño se encontraba a más de 800kilómetros y se trataba de la Misión de San Antonio de Valero fundada en 1718. La posición de Paso del Norte, prácticamente en el centro del inmenso mar del septentrión novohispano, en las márgenes de la columna vertebral hídrica de ese gran Norte, así como las condiciones propias del asentamiento le permitió sobrevivir por el resto del período virreinal.

El primer cuarto del siglo XVIII vio como la reincorporación de las poblaciones de río arriba dio paso a la intensificación de la actividad comercial que circulaba por Paso del Norte, así lo atestigua Fray Salvador García Noriega, a quien le sorprende la fascinación de los indios Pueblo por plumas de guacamaya llegada por esta ruta (García Noriega, 1700, p. F 2), trabajos como los de Scholes (1930), muestran lo intenso que podía llegar a ser ese comercio.

La intensa relación de Paso del Norte con los poblados de río arriba no se limitaba a lo comercial. El inicio de siglo coincide con la disputa por la designación de Antonio de Valverde Cossío como Capitán del presidio de El Paso en 1701, después de haber servido al gobernador Antonio de Vargas. Los vecinos de Santa Fe impugnan la decisión del virrey por considerar que Valverde serviría solo a los intereses de Vargas, este último enfrascado en un juicio de residencia con serías disputas con los vecinos de Santa Fe (Rodríguez Cubero, 1701), la queja no prosperará y Valverde permanecerá en el cargo por lo menos hasta 1725 cuando es nombrado capitán Alonso Rubín de Celis (González de la Vara, 2002b).

Antonio Valverde será un personaje central en la dinámica social de Paso del norte en estos primeros 30 años del siglo, la correspondencia y juicios seguidos por él y contra él, nos aportan buena parte de la información del período (Rodríguez Cubero, 1701; Valverde, 1711, 1712). Hacia 1725 Paso del Norte recibe la primera visita de un obispo; Benito Crespo y Monroy quien desde Durango realiza una inspección en diversos lugares de su episcopado, estando en El Paso del Norte recibe la solicitud de indios Sumas para un nuevo asentamiento en el paraje conocido como El Palo Clabado (Crespo y Monroy, 1730).

La visita del prelado no será la única que se tendrá por parte de las autoridades virreinales, unos años después en 1726, tocará al exgobernador de Tlaxcala Pedro de Rivera hacer una revisión y evaluación de los presidios en el septentrión. En un viaje que tomara dos años, Rivera menciona

pasar por el paraje del Carrizal había indios viviendo (Rivera, 1736, p. F610), mostrando que habitaban los Sumas (aunque fuera de manera trashumante), al llegar a Paso del Norte y da cuenta de que su ubicación y distribución en el banco sur del río (Rivera, 1736, p. F648).

La producción de vino y aguardiente fue el producto más importante de este siglo para Paso del Norte (R. Escobar, 1939; García García, 2005; González de la Vara, 2002b, 2012; Scholes, 1930), llegando a tener, según Rivera hasta 250000 plantas de vid propiedad de centenares de vecinos (González de la Vara, 2002b). En cuanto a la conformación de la urbanización, ya desde este momento se tiene la impronta que marcará Paso del Norte hasta el final del virreinato: un continuo de casas separadas por extensos cultivos que van de la Misión de Guadalupe hasta Socorro y posteriormente hasta San Elizario.

De este modo el primer tercio del siglo es marcado por los intentos por consolidar la labor misionera y acrecentar la presencia franciscana en los lugares próximos, así como el crecimiento de la actividad productiva y comercial por parte de la población civil. En el aspecto militar también se busca consolidar el presidio, siempre con la imagen latente de la revuelta de 1680. Es interesante resaltar que parece ser un período de relativa paz tanto con los N'dee como con el resto de las poblaciones nativas.

Durante este segundo tercio del siglo los problemas parecen continuar entre el clero y los militares, como ejemplo está la recomendación a Rubín de Celis para que pague a los indígenas por los servicios que le prestan, Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta señala que los indígenas se encuentran en una situación precaria debido a una epidemia de viruela que azotó la región en 1736 “lo dicho se ha ofrecido hallándose los pueblos infectados de viruelas, en especial el de zenecu, era más que lastimosa comparación” (González Maqueda, 1737, p. F2). Esta queja se repite en otras partes de Nuevo México, tal y como lo atestigua el padre Miguel Menchero en 1746 (Menchero, 1746, p. 2), sin embargo, este no era el único problema.

El constante movimiento del cauce del río del norte y las crecidas cíclicas de este provocaron pérdidas de tierras de cultivo e incluso la destrucción de la Iglesia de Isleta en 1740 (González de la Vara, 2002b, p. 710), tratando de canalizar el flujo del agua y asegurar las condiciones de cultivo se continúan con los trabajos de levantamiento de acequias de distintos tamaños, las más pequeñas conocidas en los documentos como “sacas de agua”, su construcción trajo problemas en distintos

momentos pues se usaba principalmente mano de obra indígena, de hecho las diligencias contra Antonio de Valverde en 1713 tienen parte de su origen en un pleito que involucro indios Sumas que fueron llevados a limpiar una Acequia en San Lorenzo (Valverde, 1711, p. F15).

Paso del Norte continuó creciendo gracias a su actividad agrícola y comercial, al cordón de poblados continuos que iba de Guadalupe a Socorro se sumó en 1750 la Hacienda de Tiburcio de Ortega unas dos leguas al sur de la iglesia de Socorro, la cual lograra mantenerse hasta convertirse en el Presidio de San Elizario (González de la Vara, 2012, p. 796). Un par de años después sucede un acontecimiento que pone en peligro la continuidad de la población; la desaparición súbita del río por treinta leguas arriba y veinte debajo de Paso del Norte (González de la Vara, 2012, p. 714).

En esos mismos años se da el cambio de capitán en el presidio, Antonio de San Juan ocupará el cargo desde 1753 y hasta 1764 (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 260), San Juan es un personaje central en varios de los casos en los que estarán involucrados los indígenas. No hay muchos datos de su vida, pero parece que llega a Paso del Norte como externo (a diferencia de capitanes como Antonio María Daroca que ya había sido teniente de San Juan en Paso del Norte). Las diligencias y labor que realiza San Juan son muy pulcras, pues no hay rastros de quejas o excesos de su parte como se puede observar en los siguientes ejemplos (Aganza, 1761, San Juan, 1742, 1756, 1757, 1758), incluso él o su descendencia no se hace grandes propietarios como si ocurre con el antiguo Capitán Antonio de Valverde Cossío y su teniente Matheo de la Peña¹³. Tampoco hay registros de persecuciones o pleitos con los apaches, por lo que especulamos que fue un tiempo de paz o bien la actuación de los capitanes de Presidio es esencial en el estado de tranquilidad o conflicto con los Apaches.

Para 1754 las tierras de la misión de Guadalupe seguían funcionando bajo cierta supervisión misional, según se deja ver en la siguiente descripción del visitador eclesiástico Manuel de San Juan Nepomuceno y Trigo:

“[La misión de Guadalupe] es la flor de todas estas misiones, tanto en la cuenta de sus frutos y jardinerías como en su clima. Aunque la región es fría, no es tan fría como las de las misiones interiores, porque cuando alguna nieve cae, el tiempo normal es casi como de verano. A distancia de media legua al oriente, los residentes tienen sus viñas y árboles de

¹³ En el caso de la petición de asentamientos de los Indios Sumas por parte del obispo Benito Crespo, el paraje elegido es el Palo Clabado, en las cercanías de los que hoy es Práxedes Guerrero, el cual le pertenecía a Valverde. En el mismo documento se menciona una rica Hacienda cercana perteneciente a Valverde (Crespo y Monroy, 1730), además se da cuenta de un copioso caudal acumulado por de la Peña en su herencia (Beserra, 1762).

fruta -duraznos, manzanas, ciruelas y muchas clases de peras-. En el mismo vecindario tienen sus jardines, en medio del pueblo, y un viñedo cultivado por un sembrador ministrado cada semana por los indios, cuyo vino se gasta en los gastos necesarios para la celebración del campanero [sic], un cocinero, dos sacristanes y dos mujeres que traen las fanegas de trigo, de las cuales el ministro obtiene suficiente pan para un año (González de la Vara, 2012, p. 66)

De este modo, en el final del segundo tercio del siglo se da una consolidación de las actividades económicas y sociales en Paso del Norte, lo que permitió que en 1754 se estableciera la hacienda y presidio del Carrizal hoy Villa Ahumada, con familias españolas, mestizas e indias provenientes de los pueblos de Paso del Norte, así como soldados de este mismo presidio, mismos militares que observará Nicolás Lafora y de quienes afirma “no sirven” para ayudar a nadie por estar apenas disponibles para hacerse cargo de su caballada (Lafora, 1800, p. 27).

Otro ejemplo de la consolidación de Paso del Norte se puede constatar con la instrucción del Gobernador Tomas Veles de Cachupin quién siguiendo la orden del virrey graba la producción de vino y aguardiente, primero de Veracruz, luego Parras e incluyen los que se producen en Paso del Norte, se lee el exhorto para hacer saber a todos los involucrados en el proceso del aguardiente (San Juan, 1762). Al respecto de la Vara comenta que se contaba con huertas que producían nueces, duraznos, higos, peras y manzanas, la agricultura hortícola no necesitaba de grandes extensiones de terreno, siempre que estuvieran cercanos a las acequias y tuvieran agua suficiente para irrigación. “Así las parcelas bien sembradas con sus casas dominaban el paisaje a lo largo de casi 30 kilómetros que había entre las misiones de Guadalupe y Socorro. La región se constituía de una cadena de ranchos a lo largo del río y sus acequias y los poblados eran sólo pequeñas plazas flanqueadas por la iglesia y alguno que otro edificio de adobe. (González de la Vara, 2002b, p. 775).

La forma urbana que describe de la Vara de casas alternadas, unidas por campos de cultivo y en un continuo de unas 7 leguas, puede apreciarse gráficamente en el Mapa de Urrutia, el cuál este fechado hacia 1772. También se puede corroborar con la “Publicación de una real cedula que se lee en público en las distintas jurisdicciones de Nuevo México” (Alderete, 1757), en la que se consideraba que la jurisdicción de Paso del Norte era: Misión de Guadalupe, “Pueblos de San Lorenzo del Real, Senecú, Ysleta, Socorro y el rancho de los Tiburcios” (Alderete, 1757, p. f021) (Figura 28).

El Mapa de Joseph de Urrutia es encargado por el inspector Nicolás Lafora, quién es su visita deja testimonio de la forma que tenía Paso del Norte, pero ya no será Antonio de San Juan quien reciba a Lafora, sino Pedro Joseph de la Fuente, quién habría cubierto un interinato de cerca de año y medio entre 1764 y 1766 en la capitanía del presidio de Paso del Norte¹⁴. Lafora dio cuenta de la actividad agrícola y de la distribución de la ciudad, de la primera dice que: “todo este pedazo de tierra está muy cultivado produce cuanto en él se siembra, pero particularmente muy buenas uvas, que no ceden a las de España y muchas frutas de Europa que hay en tanta abundancia que las dejan pudrir de los árboles, hacen un vino bastante regular y mejor aguardiente, peor no cogen suficiente maíz para su manutención por ocupar todo el terreno para uvas” (Lafora, 1800, p. 28), en el segundo aspecto menciona: “se ve la disposición de lo que llaman presidio y parte del pueblo de Guadalupe, y siguiendo el curso del río, están sobre su orilla derecha los pueblos de San Lorenzo el Real, de San Antonio de Senecú, de San Antonio de la Isleta, de la Purísima Concepción de Socorro y la hacienda de los Tiburcios, que componen una *población continuada de siete leguas*”(Lafora, 1800, p. 29. Énfasis propio). La visión de Lafora es pragmática, pues su misión es ver la manera de hacer más eficiente la administración virreinal en el marco de las reformas borbónicas (Osante, 2020). En ese sentido, Paso del Norte y el continuo de poblados que le siguen hacia el sur por el cauce del río, es una sola ciudad.

Lafora no da cuenta de algún conflicto activo con los Apaches, aunque si habla de “enemigos”, “salvajes”, o “bárbaros”, en referencia a grupos N’dee; esto en función de lo que ha quedado registrado de la administración de Pedro José de la Fuente. En el diario del capitán que recupera Daniel (1956), dedica la mayor parte de su narración a los distintos conflictos con los Apaches, incluso hacia el final de su administración realiza una incursión contra uno de estos grupos indígenas. En el apartado correspondiente se hace el análisis de este acontecimiento, pero la

¹⁴ Daniel afirma que es en 1766 cuando de la Fuente le cede la capitanía del presidio a Del Barrio, lo cual parece coherente con el registro de Pedro del Barrio en la Casa de Contratación de Sevilla (Casa de Contratación, 1765). Sin embargo, Daniel afirma: “El Rey, sin embargo, habiendo recibido un informe adverso sobre De la Fuente, se negó a aprobar el nombramiento y, en cambio, el 27 de marzo de 1765, otorgó una patente a Pedro del Barrio Junco y Espriella, ex gobernador de Nuevo León por seis años y gobernador de interino de Texas” (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 260), lo cual parece no ser posible, pues la carta del Rey dice explícitamente: “yo mando que a Don Pedro del Barco Junco y Espriella a quién he nombrado Capitán del Presidio del paso del río del norte, en la Nueva Vizcaya, le dejen pasar...”(Casa de Contratación, 1765, p. F1). Por lo que la afirmación de Daniel acerca de que Pedro del Barrio fue antes gobernador de Nuevo León y Texas resulta incorrecta.

interpretación que se ha seguido es que parece ser un intento de Pedro de la Fuente para legitimar una endeble posición como capitán. Más allá de esto, en la narración se menciona varias veces que los apaches llegan a Paso del Norte para dialogar con los novohispanos (aunque desconfía todo el tiempo de ellos), situación similar a las que vivieron Antonio Valverde (Valverde, 1712), en el primer tercio del siglo, Benito Crespo (Crespo y Monroy, 1730) y Pedro de Rivera (Rivera, 1736) en el segundo tercio, parece que continua hacia el tercer tercio con José de la Fuente en 1766 (Daniel & de la Fuente, 1956) y en 1776 con la instrucción de José de Gálvez para que se conceda paz a los Apaches, lo cuales la habían solicitado en Paso del Norte (Gálvez, 1776). Así, Paso del Norte toma la forma también de un espacio de negociación y tensiones con otras naciones.

En 1766 se crean la comandancia general de las Provincias Internas, lo que “constituyó un importante punto de inflexión en la “defensa, fomento y extensión de los grandes territorios” del norte de la Nueva España” (Curiel & González, 2020, p. 1025). Ese mismo año toma posesión como Capitán del presidio de El Paso Pedro de Barrio Junco y Esprilleta, quien se mantendrá en el puesto hasta 1774. De Barrio era originario de Villa de Llanes en Asturias (Casa de Contratación, 1765, p. f6) y viajo a América para ocupar el puesto de capitán en Paso del Norte junto con su esposa, un hijo, dos esclavos y dos criados (Casa de Contratación, 1765, p. f3). Durante el período de Pedro del Barrio debieron empezar a instrumentarse las acciones de la Reforma Borbónica en el Septentrión, pero parece que las dudas que plantea el asturiano van encaminadas a que no es posible cumplir dichas acciones (Real Caja de México, 1769). Esas dudas, pueden verse como el reflejo de una forma de vida distinta en el Septentrión y en Paso del Norte en particular.

En un revelador informe de 1771, el alcalde de Chihuahua Manuel Gómez de Salazar muestra una forma de vida diferente en Paso del Norte al del resto del virreinato: “Las reglas con que se gobiernan dichos pueblos podrían ser suficientes para otras jurisdicciones mas no para allí, donde se necesitan otras de mayor precaución, respecto a que los indios entran, salen y *viven, casi como se les antoja*, porque falta el rigor de la sujeción, que demanda su carácter y la proximidad del contagio para significarse en parte expondré el pasaje siguiente que le acaeció...”(Gómez de Salazar, 1771, p. 464. Énfasis propio). Lo que para un observador externo es una forma de vida dispendiosa, “viven casi como se les antoja”, de acuerdo con lo que hemos visto, parece ser una constante desde el inicio de la vida virreinal en Paso del Norte, refleja que la calidad de frontera y

las condiciones particulares de vida en el lugar permiten una forma diferente de convivencia. Diferencia que a los ojos del alcalde de Chihuahua es reprobable, pues asume que los indígenas deberían estar sujetos a la voluntad de los novohispanos. Las presiones para tener una forma de vida distinta son tanto internas, como externas, la presencia de los N'dee parece ser un factor que coopera a esta condición distinta de vida, de nuevo el alcalde Gómez de Salazar: "con la libertan y tolerancia que se deduce están en lo general tan insolentados que causa empacho la altanería, con que a veces tratan y desprecian a los españoles" (Gómez de Salazar, 1771, p. F464). Lo que vemos en el fondo de esta observación es la necesidad de negociar, de tomar una posición pragmática ante la condición de no ser los novohispanos el poder hegemónico absoluto en la región.

La presión de nuevas disposiciones a partir de las reformas borbónicas genera más enfrentamientos, las instrucciones de José de Gálvez implicaban un cambio explícito en el trato especialmente con los Apaches, ya no se les "agasajaría" más, es decir no se intentaría comprar sus voluntades, ahora más bien se ejercería el poder de las armas en su contra ante el más mínimo "agravio" (Jiménez Núñez, 2006). Resulta evidente pensar que esto alteraría la forma de vida en el Septentrión. Un ejemplo de estos cambios es el *Expediente sobre el estado de la provincia de Nuevo Vizcaya y Coahuila* (O'Conor, 1773), en ellos se incluye varios reportes del Capitán del Presidio de Cerro Gordo Melchor de Penamas quién acusa a Pedro de Barrio de ser cómplice de los Apaches que atacan en la jurisdicción de Cerro Gordo y en un enfrentamiento en particular en un paraje conocido como Ojo Caliente.

Sabemos que en la acusación la hace Melchor de Penamas en 1773 sugiere que del Barrio sea sustituido por Antonio María Daroca, aunque no contamos con el expediente completo, del caso sabemos que en 1774 ya es capitán del presidio de Paso del Norte el mencionado Daroca, es decir las autoridades han resuelto que Pedro del Barrio si habría estado en contubernio con los Apaches o por lo menos encontraron indicios para removerlo, aunque Pedro del Barrio será posteriormente nombrado Alcalde mayor de la lejana Guichapan (hoy Huichapan, Hidalgo) (Verroja Albiz, 1782). Si bien los detalles del caso se abordaran en el siguiente apartado, es importante poner en contexto que Pedro del Barrio llegó desde España 8 años antes, con el respaldo del Rey, comprando su puesto como capitán (como era la regla en ese tiempo), a pesar de ello es removido. Sara Ortelli, plantea que la guerra contra los Apaches era conveniente usando como ejemplo la

relación de los Apaches con los militares en Mapimi en el período de 1748 a 1790 (Ortelli, 2007), el capitán anterior a Pedro del Barrio, Pedro José de la Fuente parece haber usado la guerra ofensiva contra los Apaches para legitimar su endeble posición, ahora Pedro del Barrio parece usar la negociación y la asociación, como en el caso de Mapimi. Es decir, ante una condición poco sostenible por la implementación de las reformas borbónicas, actores como el del Barrio o Michel de Penamas deciden actuar de maneras muy distintas, pero más allá de las decisiones individuales, la urbanidad “distinta” se mantiene en Paso del Norte. Por ejemplo, Antonio María Daroca quien intentará tener una actitud más estricta, se quejará amargamente de no poder cumplir sus funciones debido a que los pobladores simplemente boicotean sus órdenes (Penamas, 1774, p. f7).

La reorganización política y militar no es el único problema al que se enfrentan las autoridades paseñas en aquellos años, también están las disputas entre el clero y las autoridades civiles. En el *Estado de la Misión de San Lorenzo, el Real Pueblo de Zumas* (Delgado, 1773), el fraile Carlos Delgado hace una visita a las misiones cercanas a la de Guadalupe y San Lorenzo para responder a la visita y severas recomendaciones que hizo el visitador Antonio de Ornedal, en la misiva del prelado se plantea decir “como están realmente” las misiones, pues parece que Ornedal dejó muy mal parada a la administración franciscana, incluyendo acaparamiento del trabajo y limosnas de los indios, Ornedal afirma que las misiones deben secularizarse y reducir el número de religiosos en la zona, aludiendo ineficacia, corrupción y maltratos por parte de los franciscanos. Ante ello Delgado responde: “Ya parece exmo. Señor que se va descubriendo el ovillo del hilado. Recuerdo a V. ex. a aquí (aunque lo tendrá muy presente) que D. Tomás Veles De Cachupin, Gobernador por S.M. de la provincia de Santa Fe, Capitán General de la nueva México, intento que en las ocasiones de remoción de religiosos de una a otra misión...” (Delgado, 1773, p. f7). Entonces el informe de Delgado se encuentra enmarcado en la disputa de la jurisdicción de los misioneros, alude a unos casos del obispado de Guadalajara en relación con misiones de Coahuila y Nayarit, en donde el real patronato tendría un límite y los religiosos pueden actuar libremente para administrar los sacramentos, sin el permiso del obispo, o cambiar de sede sin el visto bueno del virrey o gobernadores. Es la disputa de mantener la primacía en la labor de poblamiento.

En el marco de esa disputa se describe algunas condiciones generales en Paso del Norte, las cuales reafirman lo visto por gente como Crespo, Rivera o Lafora: "Comprende dicha población

cinco misiones de indios, nombradas las de Nra. Sra. de Guadalupe y Sr. S. José del Paso [capital] sus indios de nación mansos piros y Pimas, los Mansos fueron sus primeros pobladores y hoy totalmente extinguidos¹⁵, en cuyas tierras se hallan poblados nuestros vecinos con sus huertas y casas solares, unos por compras otras por donación de sus jefes hallándose mezclados en sus habitantes indios, y españoles” (Delgado, 1773, p. f2). Es interesante notar que se reconoce una propiedad originaria de los pueblos indígenas, aunque se justifica moralmente aludiendo a que las tierras han sido adquiridas por “compras otras por donación de sus jefes”, lo cual es solo certero en un mínimo porcentaje, de acuerdo con los documentos de ventas y cesiones de tierras a los que sea tenido acceso. De cualquier manera, el último tercio del siglo XVIII en Paso del Norte parece mantener la dinámica económica y militar de años anteriores, con un crecimiento moderado de población, pero cada vez más inmersa en problemas internos y externos con los que tendrá que lidiar hasta el fin del virreinato.

En este marco de crecientes conflictos ocupa la posición de capitán del presidio de Paso del Norte Antonio María Daroca, quien se mantendrá ahí de 1774 hasta 1787, fecha en la que el presidio se traslada a San Elizario. Como se mencionó, la administración de Daroca inicia en medio de una severa disputa, a petición de Michel de Penamas se remueve a Pedro del Barrio por estar en contubernio con los Apaches que atacaron en Ojo Caliente. Aunque es necesario profundizar en el tema, parece claro que una buena parte de la población de Paso del Norte habría estado conforme con la administración de Pedro del Barrio y no verán con buenos ojos a Daroca, así lo demuestra las diversas quejas que Daroca esgrime sobre la población, incluyendo el haber sido boicoteado en su intento de dar persecución a “enemigos apaches” a Janos, a pesar de ello presume que “no se ha vuelto a ver en toda la jurisdicción a los enemigos apaches que hostilizaban aquellos terrenos” (Penamas, 1774, p. f7).

Más allá de si Pedro del Barrio estaba o no asociado con los Apaches, o si Antonio Daroca realmente logro pacificar tan rápida y eficazmente la región, es evidente las crecientes tensiones

¹⁵ Es necesario recordar que afirmaciones como esta de que los Mansos estaban totalmente extintos son poco precisas, tal y como lo muestra Fewkes (1902), quién a principio del siglo XX documenta la presencia de Mansos en El Paso, así como Beckett (P. Beckett & Corbett, 1992), que en los años 60’s del mismo siglo deja constancia de la presencia de este grupo indígena. Como se ha comentado, esta insistencia de la “desaparición” de un grupo indígena es fácilmente retomada en la historiografía y da paso a una negación de la existencia indígena en la historia. En este caso la negación puede no ser explicitada o intencionada, es decir la descripción que hace Delgado es muy superficial y es más bien un hilo secundario de su narrativa que se centra en la disputa con Ornedal.

internas y externas. Hacía adentro, aunque en los capitanes anteriores también tuvieron conflictos con sectores de la población¹⁶, pero ninguno habría llegado al punto de la desobediencia y abierta rebeldía contra las órdenes directas del Capitán de presidio. Al exterior, aumentan las comunicaciones acerca de pedimentos y ofrecimientos de paz (Gálvez, 1776), al tiempo que una abierta campaña militar contra los Apaches (Curiel & González, 2020). Es notorio el aumento de la actividad militar, por ejemplo, en un expediente en el Archivo de Simancas un soldado plantea tener “24 años desde la clase de soldado; se han hallado en 60 campañas e innumerables correrías ejecutadas contra los Barbaros, y pide su retiro al Alférez con 135” (Onofre, 1788, p. f1), independiente a la veracidad del testimonio, es evidente el aumento de la actividad bélica, condición que también es visible en el crecimiento de los prisioneros de guerra especialmente a aquellos enviados a Cuba (Sin autor, 1799, p. f1). Recordando que para autores como Andrés Reséndez (Reséndez, 2019) dicen que la esclavitud indígena es uno de los grandes motores de la vida social y económica del Septentrión.

La importancia del presidio de Paso del parecer ir decreciendo conforme avanza el tiempo, sobre todo ante la presencia dominante de otros capitanes de presidios como Michel de Penamas de Cerro Gordo (Penamas, 1774) o Juan Bautista Elguezabal (Curiel & González, 2020, p. 1058), a pesar de esto Paso del Norte sigue siendo el lugar predilecto para las negociaciones, tal y como lo evidencia el decreto del virrey de Gálvez (1776), y en especial el trabajo de Refugio de la Torre y Ana Pérez (2020).

En cuanto a la distribución espacial de Paso del Norte, Daroca confirma la forma de la ciudad: “porque están en tal disposición que cada vecino e indio viven en medio de sus bienes de modo que no hay dos casas juntas, y están más o menos apareadas, según es mayor o menor la posesión; hay de aquí a Casa de los Tiburcios siete leguas y todo está poblado como la Huerta de Murcia” (González Milea, 2018c, p. 47). La actividad principal sigue siendo la labranza de la tierra a tal punto que en de acuerdo con de la González de la Vara en el censo de 1784 90% de la población se dedican a esta actividad (González de la Vara, 2002b, p. 830). También Fray Silvestre Veles de Escalante en 1778 nota la distribución del asentamiento, siendo esté más grande aún que la capital

¹⁶ Como ejemplos: Diego de Trujillo enfrente la conjura de los Indios Mansos de 1682 (Hughes, 1914), Antonio de Valverde y su juicio contra el protector de los indios Tiburcio de Ortega (Valverde, 1711), y Alonso Vitores Rubín de Celis con las acusaciones de maltratos a los indios por parte de los religiosos (González Maqueda, 1737).

Santa Fe: “del reino con varias estancias también de españoles sitas en diferentes parajes en la riberas del río del Norte y aunque todas juntas incluyan más vecindarios que Santa Fe por su mucha dispersión y distancia unas a otras no merecían nombre de pueblo” (Vélez de Escalante, 1865, p. 3), siendo más específico en la integración étnica de cada población “dos leguas más abajo del de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, con indios piros y tumpiros el pueblo de Senecú: Legua y media de esta para el Oriente con Indios tihua el pueblo de Corpus Christi de la Isleta, doce leguas del Paso y siete y media de la Isleta siguiendo el mismo río del Norte, con indios piros pocos thanos y algunos más gemex: el tercer pueblo con la advocación de Nuestra Señora del Socorro” (Vélez de Escalante, 1865, p. 6).

En 1787 se da el cambio en la ubicación del presidio a San Elizario, generando un fuerte impacto en la política, particularmente en relación con los indios enemigos. A partir de este momento la mayor parte de las fuentes recuperadas provienen de San Elizario y son de corte marcadamente militar. Refugio de la Torre y Ana Pérez señalan que en general hay una preferencia en el trato que la corona tenía con los Comanches, en detrimento de las relaciones con otros grupos N’dee como los Lipanes o los Mezcaleros, los autores dicen que la corona usó las diferencias ancestrales entre estos pueblos para apuntalar su estrategia ofensiva contra los Apaches (Curiel & González, 2020). Esto es evidente en los documentos en las instrucciones que giran desde la Ciudad de México “La intención sobre al gobernador atraerla a la paz, que han celebrado, y conservar las otras: a fin de que unidas formasen un cuerpo más fuerte de auxiliares para emplearlos contra los Lipanes” (Sin autor, 1788, p. f1).

La percepción de una sola población, ahora hasta San Elizario también la comparten los militares “además del inmediato auxilio, protección y defensa de la compañía del presidio de San Elecearío situada desde el año 1789 a la distancia de cinco leguas de la cabecera y de que el intermedio que de uno al otro extremo ahí lo ocupan las poblaciones de la Ysleta, Senecú, el Socorro y San Lorenzo, de manera que substancialmente *debe considerarse un pueblo no interrumpido*” (Gardoqui, 1794, p. f9-10. Énfasis propio). La narrativa está enmarcada en una descripción para hacer eficientes las defensas de San Elizario, el mismo militar refrenda su percepción más adelante: “[desde San Elizario] hay de uno a otro extremo las poblaciones de Ysleta, Senecú, el Socorro y San Lorenzo: de forma que *distancialmente se [de]be considerarse un*

pueblo no interrumpido” (Gardoqui, 1794, p. f31-32. Énfasis propio). De esta manera la idea de que Paso del Norte es una sola población desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario es compartida por fuentes religiosas, civiles y militares.

Los dichos, las personas y los acontecimientos; del Lugar en donde dobla el río al Paso del Norte, muestran que el Lugar en donde dobla el río fue originalmente reconocido por los primeros exploradores como Francisco Sánchez de Chamuscado, Antonio de Espejo y Juan de Oñate hacia los últimos 20 años del siglo XVI. Los siguientes 50 años están marcados por la creciente presencia de caravanas novohispana rumbo a los recién fundados pueblos de Nuevo México, convirtiéndose poco a poco en el lugar de paso obligado para cruzar el río del Norte, en ese tiempo la presencia de misioneros franciscanos será el principal contacto entre el mundo occidental y los indígenas. En medio de una disputa por la hegemonía del poder sobre la población nativa entre religiosos y seculares, se funda la Misión de Guadalupe de los Indios Mansos del Paso del Río del Norte en 1659, la cual será un acto más bien simbólico y político, pero que no cambiara mucho la forma de vida en el ahora Paso del Norte. Lo que si transforma la dinámica social en este lugar es la revuelta de los indios pueblo de 1680, pues los pobladores de todo Nuevo México se refugian en Paso del Norte por 11 años, asentándose en lugares que debieron haber tenido pequeñas poblaciones nativas.

El siglo XVIII es el momento en que Paso del Norte consolida su posición como una ciudad estratégica en la conformación del Camino Real de Tierra Adentro, así como un eje económico, político y social del septentrión novohispano, es evidente el énfasis que se generó en la figura del Capitán de Presidio. Hay varios factores para ello, el primero es la naturaleza de las fuentes, pues son principalmente comunicación entre los poderes hegemónicos virreinales, en donde el capitán de presidio hace la labor de comandante militar, juez principal y alcalde mayor. Otra razón es ciertamente el papel protagónico de los capitanes, pero en este caso vistos como un reflejo del amplio espectro que implica la vida urbana, es decir no es el actuar de los capitanes el que marca el rumbo de la historia de El Paso, sino que ellos son uno de los ejemplos más claro de la adaptación a una forma de vida particular en una forma urbana distinta al resto del virreinato.

La importancia de recuperar la vida y períodos de los capitanes no es por una historia de “grandes hombres” muy al contrario a los capitanes los observamos como el pulso de una sociedad

heterogénea y con alta capacidad de agencia. En el accionar y decisiones de los capitanes podemos ver la diversidad de posturas que había al interior de la sociedad paseña. A pesar de esas diferencias, todos tuvieron que negociar, ceder y alterar el orden jurídico-administrativo que se intentaba imponer desde el centro.

A los capitanes los vemos como un amplio espectro que va de la permisividad y asociación con agentes locales, como los indígenas, a la intención de imponer irrestrictamente el marco jurídico emanado desde la capital del virreinato, todos ellos se colocan en algún punto de este espectro, aunque de manera dinámica, a veces ceden más, a veces imponen menos, pero siempre tienen que negociar. En este sentido las decisiones de los capitanes de Paso del Norte son el producto de la imposición del centro, sino de un proceso de adaptación de las reglas una condición de vida particular. A ellos no los vemos como los que “marcan el ritmo de la historia”, más bien son los personajes a los que tenemos acceso, por las condiciones propias del origen de la documentación, pero que son el reflejo de una sociedad con una urbanidad distinta en un espacio urbanizado distinto al del resto del virreinato, es decir aquí se asume que la forma de vida de los pobladores de Paso del Norte empuja a los capitanes a tomar las decisiones que toman, con la agregación de seguir sus propios intereses, que el espectro que vemos en ellos es uno muy similar al que tendría el resto de la población en Paso del Norte, pero no porque los grandes hombres les imponga, sino por el contrario la relación traza urbana, urbanidad, condiciones histórico temporales y relaciones externas e internas dan este peculiar caso que es el de Paso del Norte en el período virreinal (Tabla 1).

Tabla 1. Capitanes del Presidio de Paso del Norte desde 1661-1787

Año	Nombre del Capitán	Fuente
1661- ¿1667?	Andrés López Gracia	(Hughes, 1914)
1667- ¿1680?	Diego de Trujillo	(Hughes, 1914)
1680- ¿1682?	Alonso del Río	Leyva 1680
1682- ¿1699?	Bartolomé Gómez Robledo,	(J. Craddock, 2018)
1699*-1716 1722- ¿1725?	Antonio de Valverde Cossío	(Rodríguez Cubero, 1701; Valverde, 1711, 1712).
1722-1735	Don Josphe Valentín de Aganza	(Aganza, 1761; Crespo y Monroy, 1730)
1735-1749	Alonso Vitores Rubín de Celis	(González Maqueda, 1737)
1749- ¿1751?	Pedro Joaquín Díaz Seañez	(Guzmán, 1747).
1751-1752	Antonio Tagle Bustamante	(Nájera, 1752)

1752-1753	José de la Sierra	(Nájera, 1752)
1753-1764	Antonio de San Juan	(San Juan, 1756b, 1756a, 1757, 1758b)
1764-1766	Pedro Joseph de la Fuente	(Daniel & de la Fuente, 1956)
1766-1774	Pedro del Barrio	(Casa de Contratación, 1765; Penamas, 1774; Real Caja de México., 1769)
1774-1787	Antonio María Daroca	(Penamas, 1774)
1787	Cambio a San Elizario	

3. La materialidad indígena previa a la llegada del mundo occidental desde la información arqueológica

Identificar la presencia indígena en la conformación de las ciudades novohispana es una manera de reconocer su trascendencia en un palimpsesto urbano. La negación de la presencia de los pueblos originarios en la historiografía nubló la posibilidad de entender la interacción entre distintos estratos de la ciudad. En este capítulo se presenta una mirada de lo que debió ser la materialidad indígena, que pervivió a manera de estrato en Paso del Norte. Se describe el entorno natural en el que se desenvuelve esta trama, destacando la construcción de un paisaje cultural a partir de la interacción con los seres humanos; partiendo de esta información se analiza la distribución en el espacio a través de mapas, describiendo y analizando los contextos académicos, temporales y espaciales. Con el cruce de la información recabada se recuperan los aspectos que pueden conformar el estrato indígena en la vida urbana de Paso del Norte; y se comparan los aspectos identitarios de comunidades indígenas para definir las pervivencias y resistencias que se asocian al estrato indígena en Paso del Norte.

Previamente se estableció la necesidad de dar cuenta de la compleja relación que existe en la sucesión temporal de los palimpsestos urbanos, así como de lo conveniente de usar el concepto *estrato*, en el análisis de la historia urbana. Pero, primero es necesario conocer la trayectoria cultural de los grupos indígenas, antes de la llegada del mundo occidental, a través de sus expresiones materiales; y luego identificar los aspectos que pudieron mantenerse, transformarse o filtrarse en la urbanidad paseña.

Para Mejía Pavony (Mejía Pavony, 2021b, p. 110) el estrato urbano es una huella en la ciudad que es dejada por la acción de una sociedad, limitada por el tiempo. En este trabajo se plantea ir un poco más allá de la propuesta del autor, para pensar que esas huellas pueden ser también producto de una serie de acciones, repetidas y sistemáticas, que forman un saber ancestral que identifican a una colectividad, más que a una “sociedad”, en el contexto urbano. Pues lo que se ha observado con los grupos indígenas en Paso del Norte indica que la identidad colectiva puede disgregarse e integrarse en una colectividad mayor, o bien separarse en múltiples colectividades más pequeñas para permanecer así indefinidamente. Incluso puede “desaparecer” y volver a “aparecer” años o decenios después, mostrando esa identidad colectiva subyacente al registro escrito.

Se coincide con el planteamiento de ver al estrato urbano como una estrategia de lectura que permite entender en sus partes el acumulado: una metodología para explicar cómo tomó forma y duró la ciudad (Mejía Pavony, 2021, p. 110). La lectura que se propone aquí intenta ir un poco más allá del registro escrito, y abarcar el entorno construido, retomando la experiencia semiótica de Paul Ricoeur (1995). Un primer punto para sostener que la presencia de grupos marginados de la historiografía pueden ser un estrato urbano es entender que un mismo espacio es vivido por distintas colectividades en un tiempo determinado y luego por otras y otras, hasta nuestros días, formando un palimpsesto urbano. Las ciudades reúsan el mismo espacio constantemente, seleccionando intencionalmente aquellos lugares que les son significativos (patrimonializando) y desmantelando parcial o totalmente otros lugares que obstruyen la implantación del nuevo proyecto (Mejía Pavony, 2021b, p. 109). Habría entonces tantos estratos como colectividades actuando en un lugar y tiempo específico.

Los aspectos de cualquier colectividad humana son vastos, aunque son menos aquellos que dejan una huella material y que es rastreable. Por eso surge la pregunta de ¿cómo se debería interpretar a la materialidad del estrato indígena en la vida urbana de Paso del Norte? Se han propuesto varios aspectos que tendrían una correlación entre los registros arqueológicos, las fuentes escritas y algún rasgo observable hoy en día: 1. La distribución de la población, a lo largo de un espacio determinado, conocido en arqueología como “patrón de asentamiento”. 2. Ubicación del entorno construido en relación con los recursos disponibles, en particular su relación con los recursos del río del Norte. 3. Estrategias de adaptación al medio ambiente como la agricultura estacional, la pesca, la caza y la recolección. 4. Capacidad de adaptación y mimetización a circunstancias cambiantes, entre las que se encuentra las estrategias de “aparecer y desaparecer”, negociación con otros grupos nómadas y sedentarios, sincretismo religioso, entre otros. Entonces, se tiene el presupuesto de que los aspectos enumerados, o por lo menos parte de ellos, se mantuvieron en el tiempo e integraron en la vida de los habitantes de Paso del Norte.

En este capítulo se ponen a prueba los planteamientos teóricos con respecto a la existencia de un estrato urbano indígena subyacente en Paso del Norte, que no se había reconocido explícitamente debido a una triple negación de la memoria. Las fuentes disponibles, de tipo arqueológico, histórico y etnográfico son suficientes para identificar este estrato, para

posteriormente proponer la manera en que la materialización de ese estrato indígena continúa presente durante el virreinato y llega hasta nuestros días.

La relación milenaria entre la tierra y las personas

El Río “del Norte” en las fuentes virreinales, o Río “Bravo” para los mexicanos, o Río “Grande”¹⁷ para los estadounidenses es sin duda, uno de los rasgos más sobresalientes del paisaje a lo largo de su trayecto. En torno a él, o en función de él, se ha desarrollado buena parte de la actividad humana en el Norte de México y Sur de los Estados Unidos. Paso del Norte fue ubicado en uno de los puntos más sobresalientes del cauce del río; justo en donde cambia su curso general de norte-sur hacia el oeste-este, confiriendo a esta ubicación precisa un carácter simbólico y estratégico.

Tomando como referencia la localización actual de Ciudad Juárez-El Paso, tenemos que en las inmediaciones del río se dispone de registros arqueológicos de ocupación humana desde el periodo paleolítico, hace más de catorce mil años, de manera continua por distintos grupos y con distintos modos de vida hasta nuestros días (Bentley, 1992, p. 6). De esta manera, se ha establecido una relación milenaria entre el río, específicamente el lugar en donde el río gira su curso, y las personas. Si bien la mayor parte de población actual de Juárez-El Paso difícilmente tendrá más de tres generaciones viviendo en este lugar, eso no quiere decir que no sean herederos de la íntima y antigua relación con la tierra alrededor del río. Para entender lo anterior se inicia con una breve descripción del espacio, luego se expone la información que permite definir el inicio de la ocupación humana, sus cambios, posibles límites y formas de vida, es decir, saber quiénes son “los que siempre han estado”.

La tierra alrededor del río

El río del Norte nace en las montañas del actual estado norteamericano de Colorado. Tras un breve curso hacia este, gira al sur, tomando un largo camino de 2,896 kilómetros. (Cervera Gómez et al., 2005, p. 324) que lo lleva a atravesar todo el estado de Nuevo México, hasta la esquina oeste del estado de Texas y su frontera con Chihuahua, en lo que hoy son las ciudades de El Paso y Juárez.

¹⁷ En adelante se usará “Río del Norte” para referirnos al Río Bravo, o Río Grande o Río Grande del Norte o Río Bravo del Norte. En las fuentes virreinales es más común que sea referido como Río del Norte, además de esta manera se evita la suspicacia nacionalista entre Bravo o Grande.

En este punto el río cambia su rumbo drásticamente hacia el sureste y continua con esa dirección hasta su desembocadura en el Golfo de México, atravesando el estado de Texas y los estados mexicanos de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En su camino se une en un área con el río Conchos a la altura de Ojinaga, también conocida en las fuentes como “la Junta de los Ríos”. Más adelante recibe el afluente del río Pecos, a la altura de Ciudad Acuña, en el estado de Coahuila, para aumentar su cauce y dinamizar su corriente hasta su salida al mar. A su paso el río mueve y deposita sedimentos en distintos puntos del relieve, siendo los lugares de inflexión los más favorecidos en cuanto a cantidad de depósitos (Figura 1).

Paso del Norte fue colocado en uno de los lugares de inflexión más prominentes a lo largo del río. Esto resulta claro desde el punto de vista geomorfológico, pero también lo es desde la actividad humana. Los grupos N´dee/N´nee/Ndé, quienes han habitado una gran porción del cauce del Río del Norte por cientos de años (Granados Longoria, 2020, p. 1), llaman “Ya tu enee: al lugar en donde dobla el río” donde hoy se asienta Juárez-El Paso (IPACULT, 2020). El conocimiento ancestral de grupos originarios como los N´dee/N´nee/Ndé ha sido negado, del mismo modo que en la historiografía urbana se ha negado la presencia de grupos indígenas como agentes activos en la formación de la urbanidad. El nombre descriptivo Ya tuu enee y su importancia en la dinámica cultural N´dee/N´nee/Ndé se puede corroborar con la descripción geomorfológica de esta porción del río¹⁸.

A partir de la actual ciudad de Santa Fe, Nuevo México, el río se mueve en extensiones poco inclinadas y suelos poco sólidos, que permiten un flujo constante, limitado constantemente por estribaciones rocosas. Al llegar a la porción norte de El Paso, Texas se encuentra con la pequeña sierra de Cristo Rey que bordea hacia el oeste, limitando el flujo del agua; y un poco más adelante a la altura del marcador histórico “Paso de Oñate”, el río nuevamente ve limitada su extensión por las estribaciones de las Montañas Franklin al este y de la Sierra de Juárez al oeste.

¹⁸ Existen diversas nominaciones de las naciones Ndeé para el lugar que hoy ocupa Juárez-El Paso, entre ellas Tse' Tahu' aya': Roca que emerge de entre el agua en el idioma Ndé o Mezcalero, Ya Tu Enne: Dónde dobla el río, Kjh Gozdíl Dzanezzí: Pueblo de Mulas. Esta información ha sido repetida en diversos foros públicos en donde las naciones en especial agradezco a Martín Tafoya representante de las naciones Ndee, quién ha compartido en diversas ocasiones, con quien esto suscribe, información respecto a su nación, incluyendo el nombre que le dan a la zona de Juárez-El Paso.



Figura 1 Mapa general del cauce del Rio del Norte. Elaboración del autor con información de código abierto.

Lo anterior genera un efecto de encajonamiento del río que aumenta la profundidad y disminuye la extensión del afluente. La condición cambia a la altura del Parque Las Tortugas en Juárez y el Greyhound Maintenance Center en El Paso, ambas montañas se contraen y regresa el espacio plano. Es ahí en donde el rumbo del río ha cambiado de posición a lo largo de los años, de acuerdo con los mapas de los distintos flujos del río hechos por la Comisión Internacional de Límites y Aguas -CILA- (Secretaría de Relaciones Exteriores, 1957, p. 95–99); se abre en una especie de delta, en donde el afluente pierde profundidad y gana extensión, permitiendo la deposición de los sedimentos que venían acumulándose en el río. Estas condiciones continúan por unos 100kilómetros, hasta las cercanías del poblado El Porvenir en Chihuahua y Fort Hancock en Texas. Una condición similar de encajonamiento-apertura en delta sucede a la altura de Las Cruces, Nuevo México, unos 65kilómetros. al norte de El Paso. Estos son los límites noroeste-sureste que se usaran en este análisis, con una línea perpendicular noreste-suroeste que va de Carlsband, Texas, a Samalayuca en Chihuahua (Figura 2).

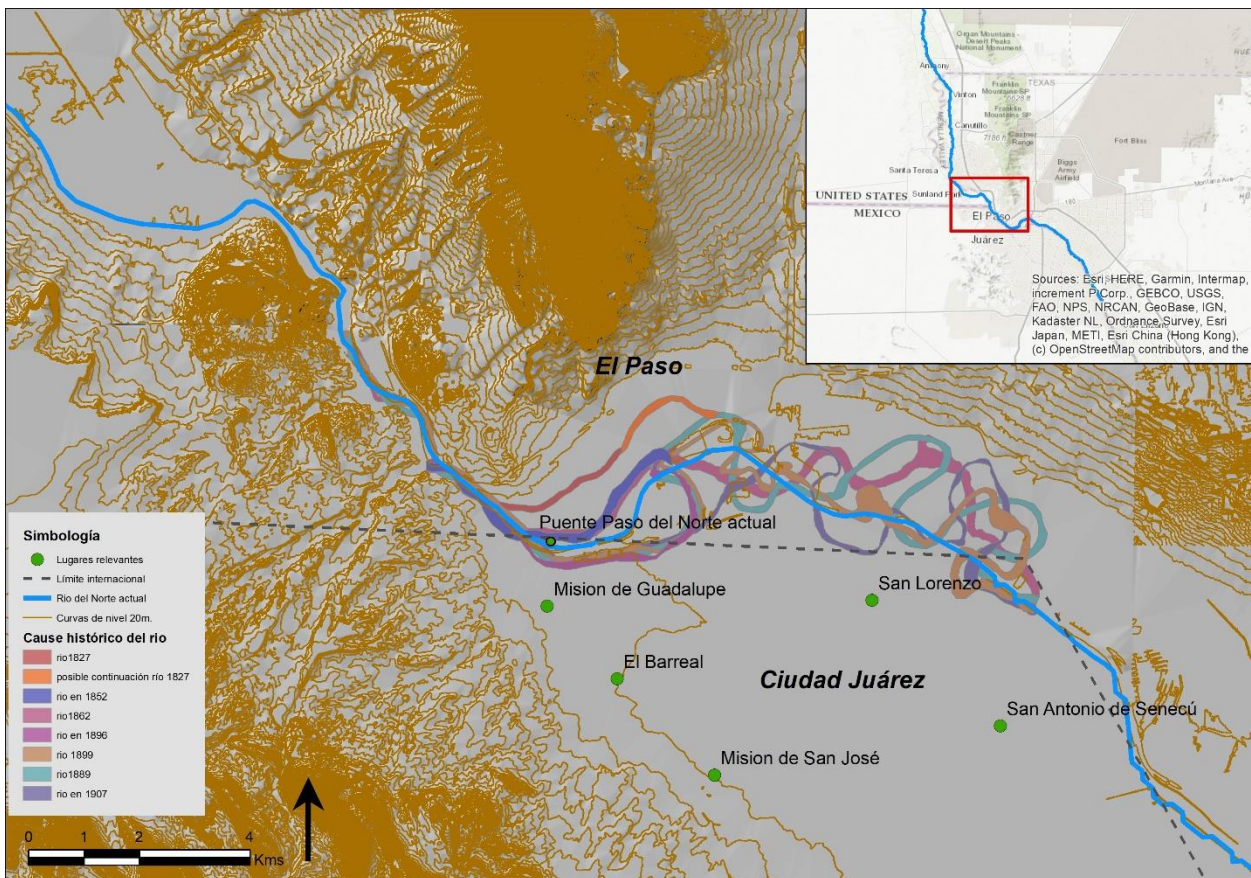


Figura 2 Relieve en Paso del Norte y su relación con el cauce del río (incluye cauce histórico del río). Elaboración del autor con información de código libre y Secretaría de Relaciones Exteriores (1957).

Es necesario insistir en que el río del Norte es la principal fuente de agua del Desierto Chihuahuense, si bien existen fuentes subterráneas y diversas escorrentías. El río marca sensiblemente el paisaje en una gran extensión de tierra al norte de México y sur de los Estados Unidos. Su paso, o bien, su alejamiento influye en la composición geomorfológica de suelos, vegetación, clima, entre otros. En el caso de nuestra área de estudio es muy claro que el tipo de tierra que existen en los deltas entre Las Cruces y El Paso, así como el de Juárez-El Paso a El Porvenir es más rica en limos, aptos para la agricultura. Mientras que en la medida que hay más distancia hacia el río, los suelos son principalmente arenosos con pocas condiciones de explotación humana. Sin embargo, la proximidad a los sistemas montañosos permite la acumulación de suelos principalmente arcillosos (Figura 3) (Cervera Gómez et al., 2005, p. 321). Esto no es una regla, pero sí una tendencia general que permite dimensionar la importancia del río en el paisaje.

En cuanto al área de estudio, tenemos que al norte se encuentran las Montañas Órgano, las cuales bordean la Ciudad de Las Cruces y continúan hacia el sur con las Montañas Franklin, ya en El Paso. En el sur el río se encuentra con las estribaciones de la Sierra de Juárez, que da paso al Valle de Juárez, conocido del lado estadounidense como Lower Valley. Aunque los nombres cambian de uno y otro lado de la frontera se trata de una misma unidad geológica; las Montañas Órgano-Franklin tienen las mismas características geomorfológicas que la Sierra de Juárez, es decir, son montañas de origen calcáreo con amplios depósitos de arenas y arcillas. Ambas sierras están separadas por un valle aluvial: Valle de Juárez-Lower Valley. El valle está limitado en la parte central de su delta por suelos desérticos y un poco más allá por la continuación de la Sierra de Juárez al sur y la Sierra de Guadalupe al norte (Figura 1 y Figura 2). De este modo al mencionar las características de los fenómenos geográficos de un lado de la frontera, se describen de manera general las características de ambos lados.

El área que ocupan hoy en día Juárez-El Paso es “una unidad geológica formada históricamente por los depósitos fluviales de la corriente del Río Bravo” (Cervera Gómez et al., 2005, p. 315). En la zona poniente descienden pendientes suaves con dirección oriente poniente desde la Sierra de Juárez; el norte y nororiente tienen bajadas un poco más abruptas desde las montañas Franklin, y en medio de ellas el Cerro del Cristo Rey, cuyo terreno, hacia el resto del Valle de Juárez-Lower Valley, se mantiene con pocas inclinaciones. Las cotas de terreno más elevadas en

la Sierra de Juárez están sobre los 1,800 metros (msnm) y en las Montañas Franklin alcanzan los 2030 metros (msnm). El clima es muy seco templado con lluvias en verano y corresponde a la clasificación climática de Köeppen y del tipo BWKw(x), con una temperatura media anual de 18°C con fuertes cambios en las distintas estaciones, llegando a valores debajo de -0°C. en el invierno y alcanzando los 40°C. en verano. Por su parte la precipitación anual promedio es de aproximadamente 262 metros cúbicos (Cervera Gómez et al., 2005, p. 324). Esto muestra condiciones intensas de calor de sequedad, por lo que la dependencia con el río es crítica, por tratarse de la única fuente de agua superficial.

En el área predominan dos tipos de suelos: Arinosoles Calcáricos con textura gruesa (Arc /1) y Regosoles Calcáricos de textura gruesa (RGc/1), ambos asociados a las formaciones geológicas del Cuaternario (aluvial) Q(al) y Conglomerado del Terciario superior T (cg) respectivamente (INEGI, 2005, p. 26). La mayor parte la mancha urbana de Juárez-El Paso se asienta sobre la formación Q(al)

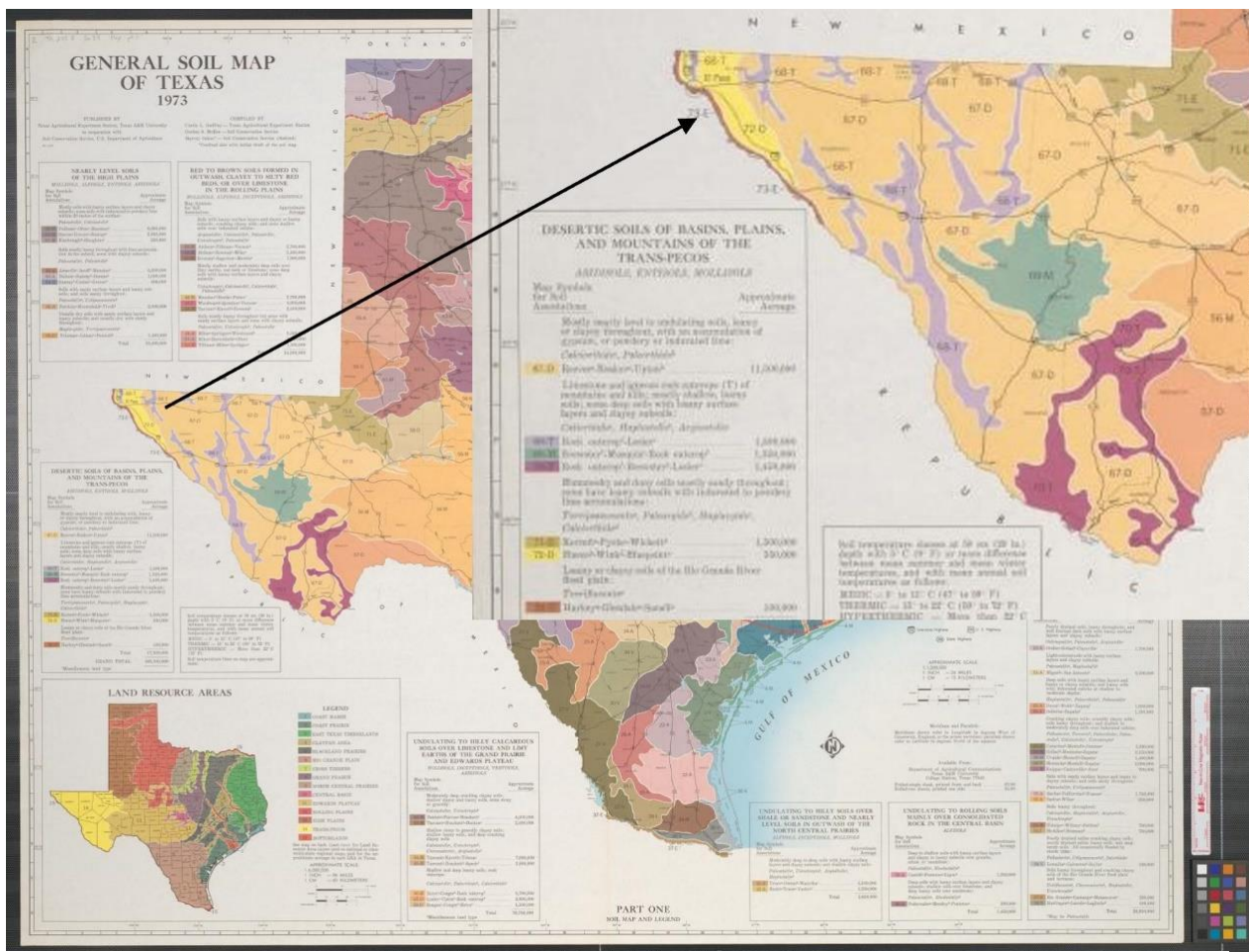


Figura 3. Mapa suelos de Texas -acercamiento- (TAES, 1973), nótese el extremo oeste con la franja de tierras aluviales que sigue el curso del río entre las cercanías de El Paso hasta Fort Hancock aproximadamente.

que agrupa a los depósitos aluviales, pro-luviales y algunas coluviales del área, está constituida por limos, arcillas, arenas y gravas; en las estribaciones de ambas sierras los suelos son mayormente compuestos de gravas. Esta unidad forma abanicos y planicies aluviales, “su distribución es amplia. Esta formación geológica es de suma importancia; esto porque constituye una zona con características acuíferas y de aquí se explota gran parte del suministro de agua potable para la Ciudad” (Cervera Gómez et al., 2005, p. 321). Este tipo de unidad geológica corresponde a lo que atrás se señaló como el delta que se abre al norte del El Paso, en la clasificación estadounidense se contempla este espacio como suelos arcillosos de origen aluvial por deposición del río (Figura 3, Figura 4Figura 4), este tipo de suelo continua hasta unos 15kilómetros., al sur de El Porvenir-Fort Hancock.

Envolviendo los suelos aluviales que ha dejado el río a lo largo de los siglos, está la unidad geológica “T (cg)” que corresponde al período terciario (conglomerado). La componen conglomerados oligo-micticos y poli-micticos, depositados en un ambiente continental, que corresponden a fragmentos redondeados de rocas calcáreas con diámetros que varían de uno a

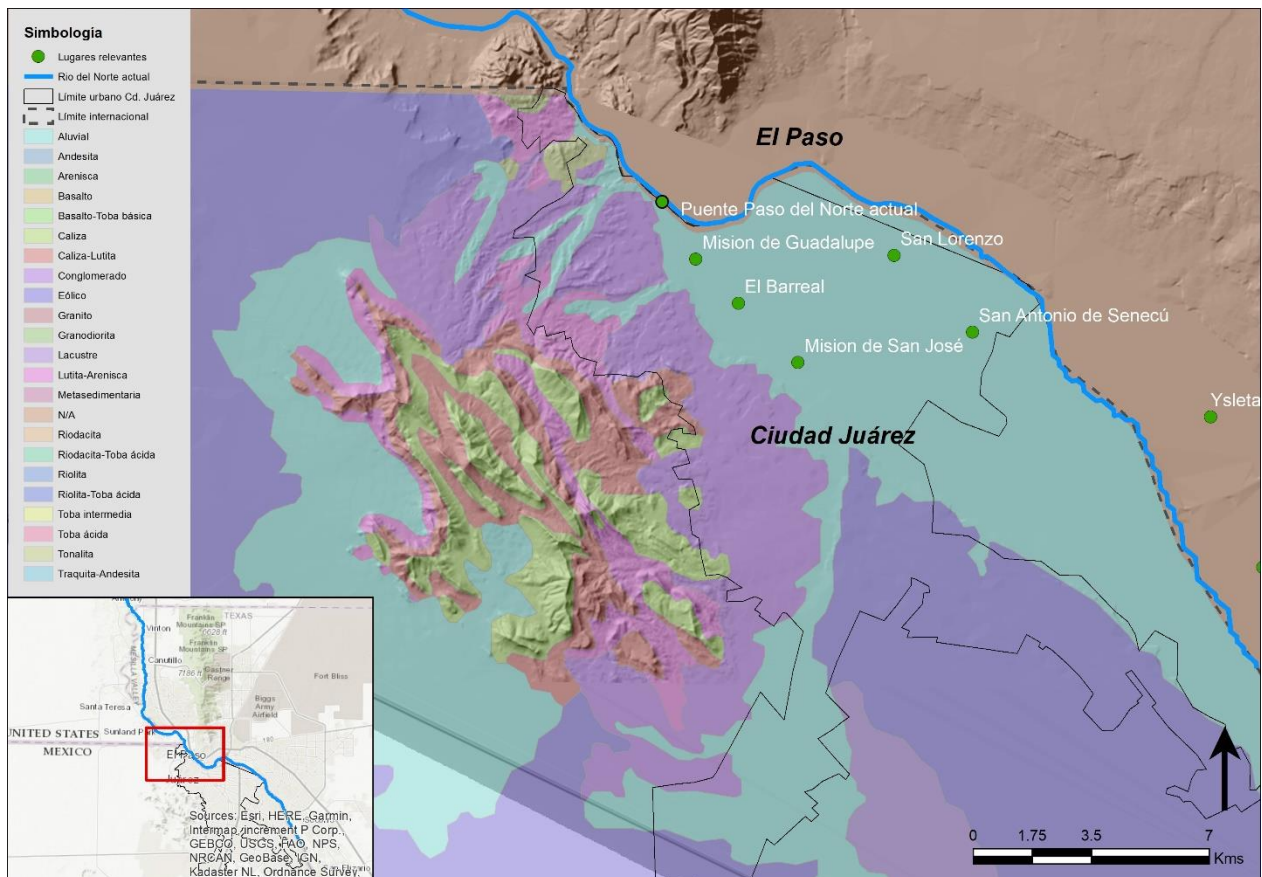


Figura 4. Suelos en el área de Ciudad Juárez. Elaboración del autor con información de código libre.

veinte centímetros en promedio, la matriz es areno-arcilloso, mal compactada y poco cementada (Cervera Gómez et al., 2005, p. 324). En la clasificación estadounidense de tipos de suelos, se contempla este espacio como calizas y afloramientos de roca ígnea en las montañas. Estas características, más los factores erosivos hacen muy difícil el uso y acumulación de suelos aptos para el cultivo. Los suelos arenosos e ígneos tienen una gran filtración y han permitido la formación de un gran acuífero subterráneo conocido como Bolsón de Hueco, limitado al oeste y sur por la Sierra de Juárez-Franklin que lo separa del Bolsón de Mesilla.

Las condiciones descritas permiten una idea general de las características geográficas alrededor de Juárez-El Paso, que se va a interrelacionar con la actividad humana tanto antigua como presente. El río deposita suelos ricos en limos y arcillas que permiten mayor densidad de vegetación, y la generación de cultivo; sin embargo, las crecidas intempestivas del afluente pueden afectar dichos cultivos. Por ello durante el periodo colonial se construyeron acequias, que son extensos sistemas de canalización de agua que seguían aprovechando los suelos limo-arcillosos, pero se alejaban de las inundaciones. En el período prehispánico parece haberse aprovechado este espacio más bien para labores de pesca y recolección; de acuerdo con trabajos como los de Whalen (1977, p. 15–21) los grupos humanos de la zona prefieren usar las zonas de escorrentías en las sierras y sus estribaciones. En cualquier caso, los suelos calizos y secos fueron usados para recolección y caza.

Otra característica para destacar es que hay zonas de afloramientos arcillosos en las montañas, principalmente en las Montañas Franklin, las cuales fueron usadas como materia prima para la fabricación de cerámica de alta calidad por los indígenas, siendo las arenas y rocas ígneas el complemento adecuado para estos artefactos (R. Brown et al., 2004, p. 284–285). Los suelos arenosos de origen calcáreo en donde el río depositó limos y arcillas tienen poca resistencia al flujo del agua, al cambiar la fuerza y contenido de la corriente también cambia el curso. Los estudios históricos de la CILA (Secretaría de Relaciones Exteriores, 1957) muestran cómo el río generaba curvas pronunciadas en el área estudiada, formando meandros, conocidos localmente como islas o isletas de tierra rodeadas por agua; esto permitió el crecimiento de una amplia variedad de plantas, que sumadas a la presencia permanente de agua hacen a esta zona un auténtico oasis que atrae toda clase de vida silvestre (Figura 5).

El “lugar en donde dobla el río” genera un microambiente propicio para el desarrollo humano, antiguo y reciente, proveyendo condiciones que difícilmente son igualables en otras partes del cauce del río, sin frío extremo con más al norte, o exceso de calor más al este, con las formaciones rocosas a suficiente distancia para evitar que se encajone el cauce, pero lo suficientemente cerca para permitir la acumulación de depósitos aluviales. La composición de los suelos permite acceder a materias primas como la arcilla y desgrasantes. Las condiciones físicas atraen una cantidad de flora y fauna, favoreciendo la caza, pesca y recolección, así como el

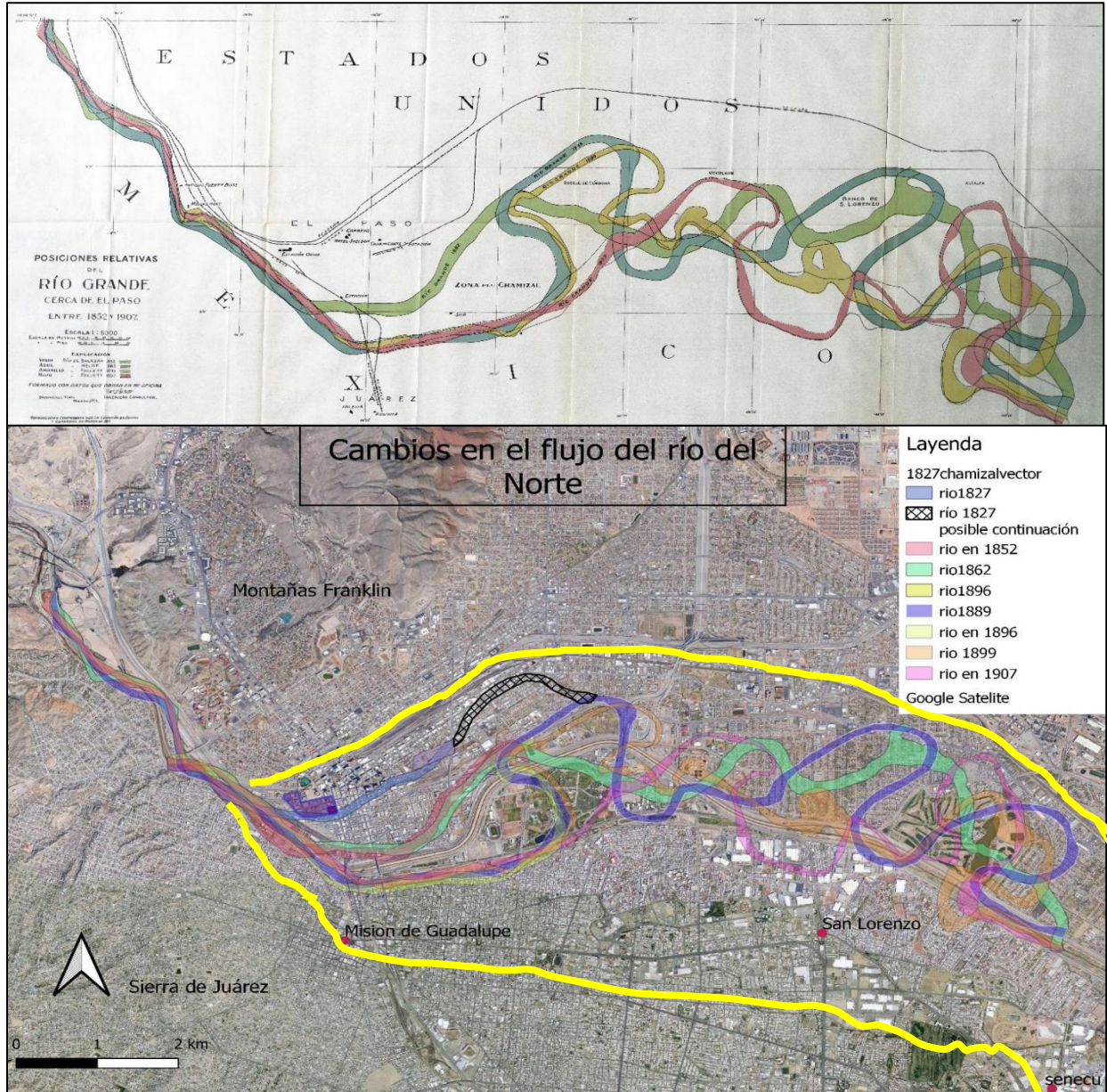


Figura 5. Arriba: mapa posiciones relativas del río Grande (Secretaría de Relaciones Exteriores, 1957). Abajo: sobreposición de la posición histórica del río y margen aproximado de la zona de inundación, con límites en la actuales avenida I-10 en El Paso y La Raza en Juárez, elaboración del autor con información de Google Earth.

posterior desarrollo de la agricultura. En suma, “en donde dobla el río” es un espacio estratégico desde el punto de vista geográfico, aquí se reúnen varias bondades para el desarrollo de la vida humana de los distintos ambientes circundantes. Los grupos N’dee/N’nee/Ndé lo saben, del mismo modo que debieron comprenderlo los grupos paleolíticos, los Jornada Mogollón y tiempo después los habitantes de Paso del Norte. El uso del entorno es entonces un factor clave para comprender el desarrollo de la vida humana en “El lugar en donde dobla el río”.

El entorno natural ofrece condiciones excepcionales para el desarrollo de la vida humana en el área que hoy en día ocupa Juárez-El Paso. En primer lugar, está el relieve; tras un largo camino casi en línea recta y con una superficie similar, el río se encuentra con un pequeño callejón formado por el límite austral de las Montañas Franklin y el Cerro del Cristo Rey, lo que encajona el afluente por unos pocos cientos de metros, para luego abrirse nuevamente (en una dirección distinta) hacia un amplio valle (Valle de Juárez-Low Valley) de tierra suave. La consecuencia es que la fuerza del río se dinamiza, tomando formas caprichosas; y esto aunado a las impredecibles crecidas cíclicas, nos da un amplio margen de movimiento del flujo del río, lo que a su vez permite que se depositen los sedimentos, propiciando suelos ricos en nutrientes, además del crecimiento extraordinario de vegetación con el aumento de vida animal que eso conlleva.

Esta franja de tierras aluviales es fundamental para comprender el desarrollo de la vida humana, el proceso mencionado ha dejado una huella geológica que se aprecia en el siguiente mapa de relieve (Figura 6), en donde se destaca en verde oscuro esa franja de tierra. Usando el trazo de Camino Real, es posible apreciar que esa franja de tierra es la que corresponde al continuo de casas y huertas que describen las fuentes desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario en el periodo virreinal; es decir, en buena medida uno de los ejes que conserva la actual Juárez-El Paso. Para entender entonces el desarrollo histórico de la sociedad en Paso del Norte; es necesario tener en cuenta, en primer lugar, las condiciones del entorno natural, el relieve y la relación ancestral que se estableció con el ser humano

La relación con la tierra; los territorios posibles.

Definir una región es una tarea complicada pues se deberían interceptar los factores geográficos y humanos para dar sentido de coherencia a un espacio físico (Boehm de Lameiras, 1997). En el

presente caso se está buscando específicamente la manera en que los grupos indígenas impactaron en la construcción de Paso del Norte; sin embargo, no es posible ajustar el espacio a los límites de la urbanidad actual de Juárez-El Paso, además que hay que reconocer que las ciudades son más que sus límites físicos e interdependientes con su área circundante. La primera razón es de orden teórico, se ha establecido que la definición de ciudades preindustriales no puede acotarse a los parámetros contemporáneos como la densidad demográfica, sino que es necesario pensar en una ciudad como un nodo de actividades, suma de voluntades (Fries, 1977; Kingman Garcés, 2013; Kinsbruner, 2005; Lynch, 1985); metafóricamente hablando ver a la ciudad antigua como una reina entra poblaciones (Kinsbruner, 2005).

Es necesario pensar históricamente en el contexto de una ciudad como Paso del Norte, cuyas poblaciones de tamaño similar se encontraban 450kilómetros al norte (Santa Fe) y 350kilómetros al sur (Chihuahua); lo que en realidad significaba semanas de camino hacia cualquier punto alrededor de Paso del Norte, dando paso a que una ciudad como está mantenga una relación

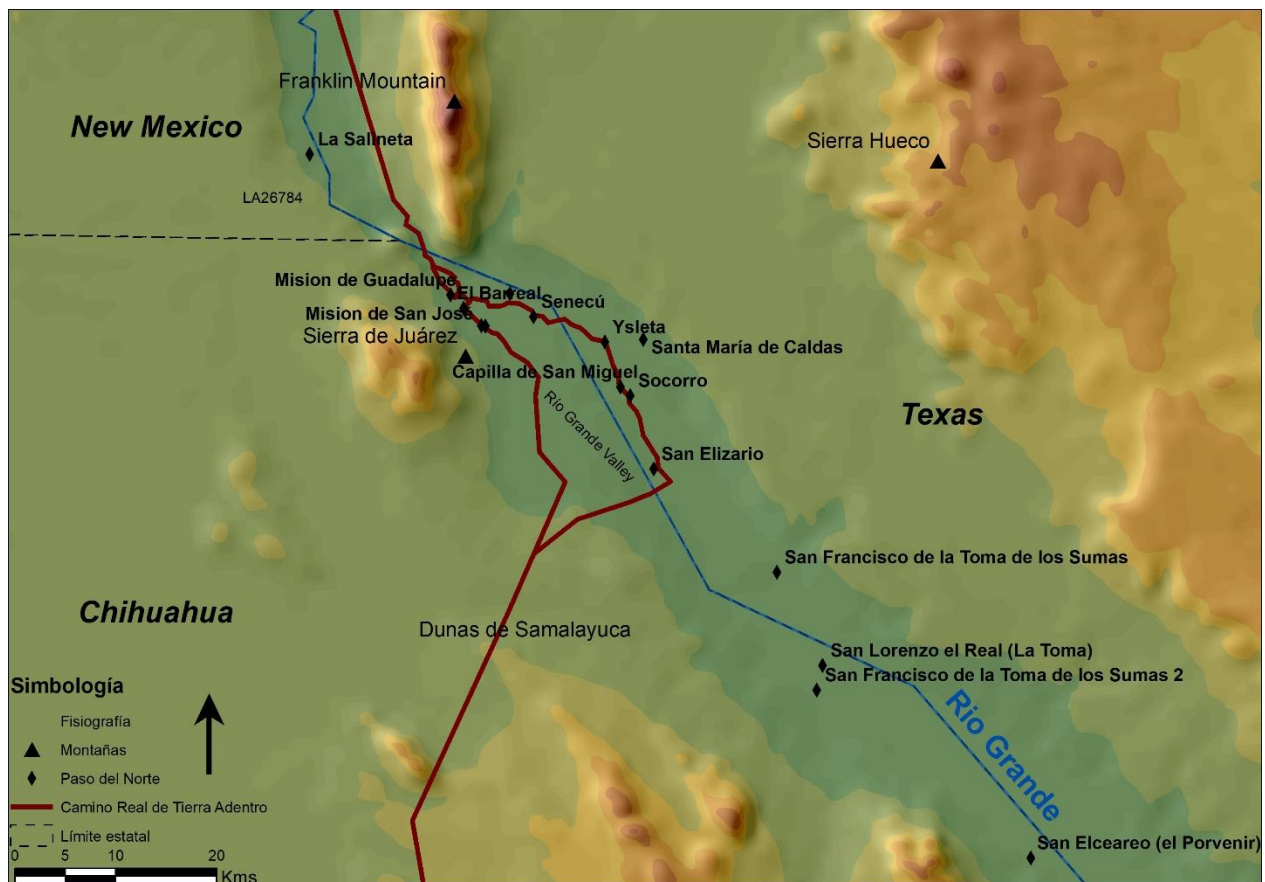


Figura 6. Mapa del relieve en el área de estudio. El verde oscuro corresponde a la zona aluvial de depósitos dejados por el río, el Camino Real de Tierra Adentro y las poblaciones guaran una relación espacial con ese fenómeno geográfico. Modelo de elevación digital elaborado por el autor con información de acceso libre.

íntima con sus poblaciones inmediatas. Las distancias, condiciones ambientales del viaje y peligros de enemigos potenciales hacían que la ciudad se convirtiera en una especie de puerto, del cual los viajeros se desprendían para tomar varias semanas de camino hasta ver otra ciudad. Este “puerto” estaba unido a poblaciones consecutivas por más de una jornada de camino, en un continuo de ocupación humana que iba al noroeste, hasta la actual ciudad de Las Cruces, Nuevo México, y hacia el sureste hasta la actual población de San Elizario. Paso del Norte era el nodo de actividades entre Chihuahua y Santa Fe, así como en lugar de encuentro y suma de voluntades de las poblaciones ubicadas en ese amplio espacio.

La segunda razón para definir una región de trabajo es de orden pragmático. Los recursos disponibles en la mayor parte del desierto chihuahuense son limitados y de difícil acceso; si bien el río provee recursos, éste no está en todos lados, aunque la condición del entorno natural descrita para Juárez-El Paso se repite hacia los distintos rumbos geográficos. Es decir, consiste en una franja delgada de suelos aluviales, rodeada de suelo arenosos típicos del desierto con poca, y en lugares como las Dunas de Samalayuca, White Sands o Salt Sands, nula vegetación, que a su vez se encuentran con suelos rocosos en las distintas formaciones montañosas que circundan en un radio de entre 120 a 160 kilómetros a Juárez-El Paso. Esta área corresponde de manera más o menos general al espacio que se ha conocido como Jornada Mogollón, definido desde la arqueología para referir (¿el lugar de?) los grupos que vivieron entre el 200 d.C. y el 1450 d.C. (Wiseman, 2019, p. 17-110)¹⁹. Entonces, desde las condiciones del entorno natural tenemos a un lugar como Paso del Norte, circundado de condiciones similares que permiten el desarrollo, más o menos estable, de modos de vida para las colectividades humanas a lo largo del tiempo.

Los límites del área geográfica con condiciones similares son: hacia el noroeste las Montañas Gila a unos 150 kilómetros; al norte, poco después de Las Cruces, inicia la llamada Jornada del Muerto, que consiste en una amplia franja en donde el cauce del río es bordeado por pequeñas formaciones rocosas, y que hacían poco transitable el camino bordeando el río, obligando a andar unos 200 kilómetros. en medio del desierto antes de llegar al actual poblado de Socorro, Nuevo México. En tiempos prehispánicos también representaba un área límbica, que

¹⁹ Esto no es casualidad, ya que la definición de esta área estuvo fuertemente influenciada por corrientes teóricas provenientes del ecologismo cultural; constituye una postura que da un peso importante a la relación hombre-ambiente.

separaba los grupos indígenas Piro de los Jornada Mogollón. Hacia el noreste las condiciones similares llegan hasta la Sierra Blanca, Texas a unos 134 kilómetros., y que en la actualidad es ocupada por poblaciones de indígenas Mezcaleros. El límite este se encuentra en las Montañas de Guadalupe en Texas, a unos 150 kilómetros. de la Misión de Guadalupe. Hacia el sureste la región continúa con el curso del río, hasta la actual población de El Porvenir, en donde debió de estar asentado el antiguo poblado de San Francisco de la Toma de los Sumas (Peterson, 1999, p. 103–114) a unos 90kilómetros. Hacia el sur hubo dos posibles límites. El primero es las Dunas de Samalayuca que inician unos 45kilómetros de la Misión de Guadalupe y se extienden hasta la población actual de Villa Ahumada, que es el otro posible límite a unos 122kilómetros. El límite sureste también son las Dunas de Samalayuca. Finalmente, el límite oeste sería la Sierra Rica de Nuevo México a unos 145kilómetros (Figura 7).

Estos límites se ajustan en general a lo que arqueológicamente se ha denominado como “Greater El Paso Region” (Wiseman, 2019, p. 1–8), dentro del área “Jornada Mogollón”. Al interior de la Greater El Paso Region se identifican al menos cuatro subáreas, estas se relacionan entre sí, por compartir el entorno natural: el área de El Paso (a veces puesta como Low Valley), Hueco Bolsón, Tularosa Bolsón, Upper Valley, y tres más que no comparten las condiciones medioambientales, la zona al sur del río no es considerada por falta de estudios (Figura 7, Figura 8).

Delimitaciones como la anterior, son siempre un poco arbitrarias, o bien son grandes hipótesis de trabajo; pues también debieron existir diferencias entre las subáreas a lo largo del tiempo. Hacia el periodo más cercano al contacto, entre indígenas y españoles, tenemos la siguiente aproximación a la extensión de la región:

“Los sitios arqueológicos prehispánicos tardíos bajo consideración son parte del área cultural Jornada Mogollón (Lehmer 1948), que se extiende desde Carrizozo, Nuevo México, al sur hasta Villa Ahumada, Chihuahua, y desde unos 120 kilómetro. al oeste de El Paso hasta unos 250 kilómetro al este con una datación 1150 a 1450 d.C., la fase El Paso se caracteriza por pueblos que varían en tamaño de 1 a más de 100 habitaciones y están situados en las laderas de las montañas circundantes y alrededor de lagos estacionales, en lugares que permitirían el desvío de la escorrentía de lluvia con fines agrícolas (Whalen 1977, 1978, 1981). En toda el área se han encontrado pequeños campamentos, que se cree están orientados a recolectar y procesar recursos naturales locales, como frijoles de mezquite u hojas suculentas, las cuales han sido encontradas en el área (Peterson y Brown 1992, Whalen 1981)” (R. B. Brown et al., 2004, p. 265).

Dadas las condiciones similares del entorno ambiental, una serie de grupos humanos se desarrollaron a lo largo del tiempo con profunda relación con el lugar. Se adaptaron y usaron los recursos disponibles para crear modos de vida que mantuvieron en la memoria, como lo fueron la pesca, la recolección, la caza, el uso de plantas cultivables y el acceso a fuentes de aguas adicionales a la que proporcionaba el río. Si bien no son límites fijos, el área que se ha señalado se mantuvo ocupada por grupos humanos desde el periodo paleolítico hasta el contacto con el mundo occidental. Los trabajos que existen hasta el momento no permiten definir un solo grupo, ni un solo territorio a manera de unidad cultural. Pero es posible hablar de una manera de relacionarse con la tierra: una que echa mano de las estrategias señaladas, para vivir en este lugar alrededor de donde dobla el río. Del mismo modo que no puede aplicarse una definición contemporánea de ciudad a los asentamientos preindustriales, tampoco podemos comprender la relación con la tierra

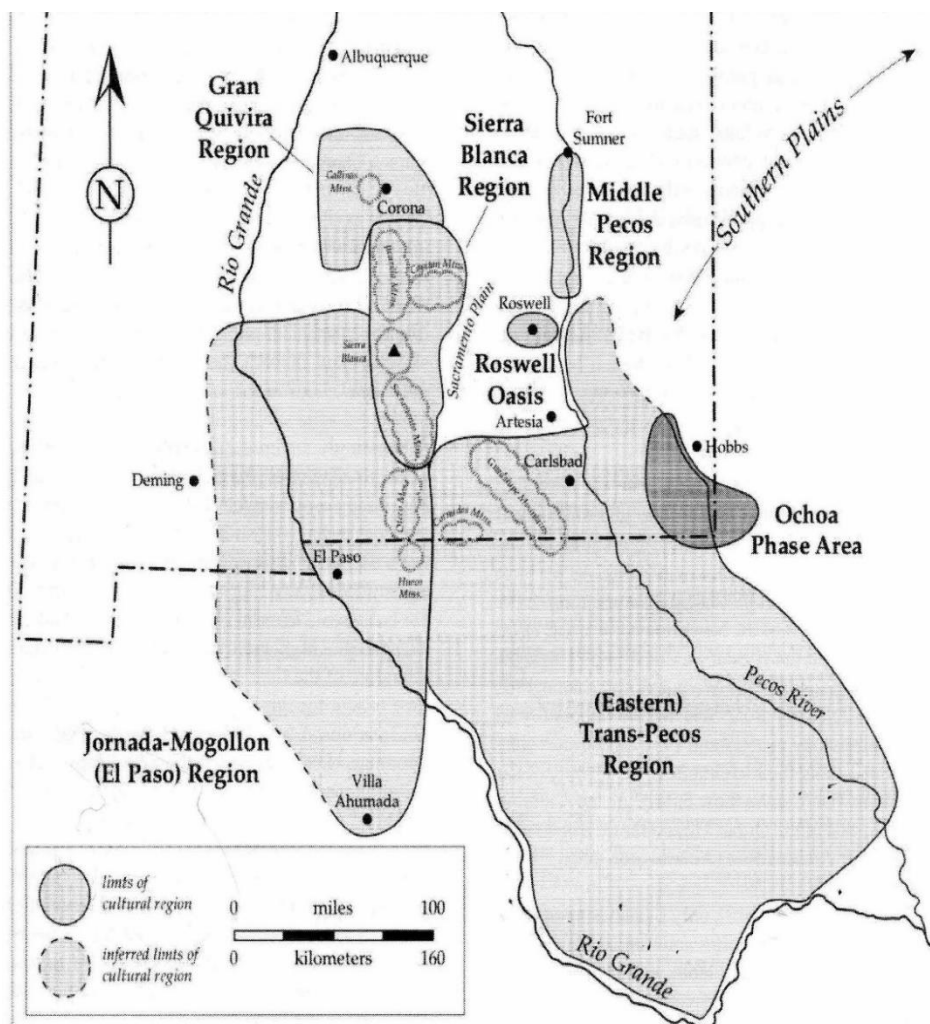


Figura 7. Mapa del área cultural Jornada Mogollón con las siete regiones internas (Wiseman 2018)

ni establecer una territorialización con los criterios actuales, por ello las posibles relaciones de las personas con la tierra son solo propuestas analíticas, que son susceptibles de múltiples interpretaciones. La intención aquí es proponer una interpretación de un tipo particular de relación con la tierra y varios territorios posibles (Figura 8).

Materialidad de los modos de vida indígenas en la región Paso del Norte

El comportamiento del ser humano tiene una expresión material concreta en el entorno construido (Rapoport, 1969), así como en los materiales muebles que los grupos crean a lo largo del tiempo. A continuación, se detalla la información relativa a los grupos indígenas en la región Paso del Norte durante el periodo prehispánico, con otros datos históricos y etnográficos. Se sigue una trayectoria que inicia con la presencia paleolítica y sus distintas tecnologías, desde hace más de 14,000 años, pasando por el periodo Jornada Mogollón que inicia con el desarrollo de la agricultura, hacia el año 200 d.C. y hasta el 1,450 d.C., y también se describe lo muy poco que se conoce de los grupos humanos entre los años 1,450 d.C. y 1,598 d.C., para, finalmente, abordar de modo breve a los grupos N'dee (apaches).

Los primeros grupos humanos en la zona se ubican en el periodo llamado Paleolítico, o Paleoindio, que inicia aproximadamente hace unos 12,000 años, y se prolonga hasta unos 8,000 años antes del presente; a partir de aquí, la siguiente fase se le considera como Arcaico hasta la presencia de agricultura alrededor del año 200 d.C.²⁰ (Miller, 2005; Pérez, 2016; Wiseman, 2019), en donde los grupos humanos compartieron características más o menos generales en el resto del continente para los periodos más antiguos, aunque en la región ¿Paso del Norte? se van a mantener por mucho más tiempo.

²⁰ Existe una acalorada discusión acerca de las fechas y delimitaciones de los periodos más antiguos de la humanidad en América del Norte. La escuela estadounidense ha defendido la idea de que los primeros grupos humanos son los llamados "Clovis", que se refiere más bien a un tipo de tallado de puntas de proyectil, usadas para la depredación de megafauna. Las fechas más tempranas oscila entre los 14,000 y 12,000 años de antigüedad. Esta idea implica que el poblamiento más temprano de América fue el que llegó por el estrecho de Bering. Sin embargo, otros estudios han demostrado una ocupación humana más allá de los 20,000 años, en lugares de Brasil y Chile, sosteniendo la idea del poblamiento múltiple del continente (Renfrew & Bahn, 2004). La resistencia de los estadounidenses para aceptar la teoría del poblamiento múltiple parece estar sesgada por un colonialismo académico, que deja ver de manera velada la intención de reclamar que en el territorio estadounidense se encuentre el origen de las culturas en América. Más allá de la polémica, la región aledaña a Juárez-El Paso es muy cercana al epicentro del hallazgo de las puntas de piedra más antiguas de Norteamérica, en lugares como Clovis, Folsom, Sandia o Plainview, en Arizona y Nuevo México. Se trata de los sitios que dieron nombre a las puntas que sirven como base a la cronología más antigua.



Figura 8. Mapa de la subregión Figure 4-2: The basins of the Jornada Mogollon heartland. (Crosshatched areas are) (Burgett, 2006b), redibujado por el autor mediante un modelo de elevación digital y con información de INEGI.

La llegada de la agricultura, de manera paralela al desarrollo más intenso de la vecina “Cultura Casas Grandes” y su ciudad Paquimé, trajo cambios importantes en las formas de vida y la materialidad, como la presencia de habitaciones permanentes o el aumento de la población, periodo que se conoce como la Fase Mesilla entre los años 200 d.C. y 1,000 d.C., que marca el inicio de la cultura “Jornada Mogollón”. Posteriormente viene un paulatino avance de la forma de vida sedentaria durante la fase Doña Ana entre los años 1,000 d.C. y el 1,200 d.C., para después alcanzar su desarrollo más prolífico en la fase El Paso entre el 1,200 d.C. y 1,450 d.C. E en la llamada fase protohistórica, entre el año 1,450 y el contacto con los occidentales, se tiene poca información; los estadounidenses agrupan todo el periodo virreinal (1598-1821) como fase “española”, y al lapso entre la independencia de México de 1821 y la invasión estadounidense en 1847 se le conoce como fase “mexicana” (Figura 9)²¹.

Las condiciones de vida durante el periodo más antiguo de ocupación humana en la región aledaña a Paso del Norte no debieron ser muy distintas a las de otras latitudes del continente, consistentes en un modo de vida nómada dependiente de la caza-pesca-recolección, organizados en pequeños grupos de bandas unidas por parentesco, una organización heterárquica y su tecnología lítica. Así lo infiere Rex Gerald (R. Gerald, 1975a, p. 13–21) cuando habla de este periodo en las zonas de ocupación Tigua, Manso y Suma alrededor de El Paso, así como el mismo Gerald y Whalen (M. E. Whalen, 1977, p. 1–4) para la subregión de Hueco Bolsón. Y también lo plantean de esa manera Rocek y Kenmotsu (Rocek & Kenmotsu, 2018b) para el resto de la “Greater El Paso Region”. Marshall (Marshall & Walt, 1984) habla de condiciones similares para la región vecina de “Río Arriba” (al norte de la Jornada del Muerto), lo mismo que para la región Trans-Pecos hacia el este (Turpin, 1996, p. 4–5), e igualmente en la región Casas Grandes hacia el suroeste (Di Peso, 1974) y en el norte de Sonora y sur de Arizona (G. Sánchez & Carpenter, 2012).

²¹ Algunos autores discuten si hay un breve periodo intermedio entre la secesión de Texas en 1835 y la guerra México-Estados Unidos en 1847; incluso algunos la nombran fase “texana”. Pero para el área de estudio cabe recordar que Paso del Norte no era considerado parte de Texas, sino de Nuevo México, por ello, y solo la porción al norte del río pasa a ser estadounidense hasta 1847.

Esté amplio periodo de tiempo ha sido separado en porciones, de acuerdo con el tipo de tecnología empleada para la fabricación de puntas y herramientas de piedra. La más antigua es la llamada tecnología de puntas Clovis. Para el área de estudio, Pérez (Pérez, 2016, p. 3) dice que el primer periodo del Paleoindio es el complejo Clovis desde el año 9,500 d.C.: “Este complejo es menos conocido debido a la escasez de sitios y/o artefactos aislados identificados dentro del Desierto de Chihuahua. Sin embargo, se han recuperado puntas Clovis en la Cuenca Inferior de Tularosa, Hueco Bolsón y a lo largo del Río Grande (Carmichael 1983, 1985; Krone 1976). Estas herramientas líticas proporcionaron una gran ventaja para el procesamiento de la megafauna, así como para otras actividades (*Bury et al. 2014*)” (Pérez, 2016, p. 3)²². Francisco Mendiola menciona que, aunque el área es poco trabajada, hay reportes dispersos en el noroeste del Desierto de Chihuahua de hallazgos de puntas Plainview, Clovis, Folsom y Golondrina (Mendiola Galván, 2008a, p. 13). Esos reportes incluyen una punta Clovis en las dunas de Samalayuca (Phelps, 1990a), un par más en el Bolsón de Hueco (M. E. Whalen, 1977), y una más en el sitio llamado Pickup Pueblo en las inmediaciones de El Paso (R. E. Gerald, 1988, p. 10). Todos estos trabajos coinciden en que los

Periodo	Fase/Complejo	Fechas aproximadas
Paeloindio		9500-6000 B.C.
	Clovis	9500-9000 B.C.
	Folsom	9000-8000 B.C.
	Plano/Cody	8500-6000 B.C.
Archaic		6000 B.C.-250 A.D.
Early	Gardner Spring	6000-4300 B.C.
Middle	Keystone	4300-2600 B.C.
	Fresnal	2600-900 B.C.
Terminal Late	Hueco	900 B.C.-250 A.D.
Formative		250-1550 A.D.
Pithouse	Mesilla	250-1100 A.D.
Transitional	Doña Ana	1100-1250 A.D.
Pueblo	El Paso	1250-1550 A.D.
Historic		1550-1800
Protohistoric		1550-1660
Early Mission		1660-1680
Pueblo Revolt		
Later Mission		1680-1800

Figura 9. Cronología de lo Jornada Mogollón en el periodo prehispánico (Pérez, 2016, p. 3) y virreinal (Miller, 2001, p. 106)

²² Todas las traducciones son propias.

hallazgos son ocasionales y no hay evidencia de grupos extensos con esta tecnología en el área, pero si nos indican la presencia muy temprana del ser humano.

El siguiente periodo comprende desde el año 9,000 hasta el 8,000 a.C., y se caracteriza por el uso de una tecnología más sofisticada, aunque de menor tamaño, como las puntas tipo Folsom, las cuales se encontraron en lugares como el ejido de El Millón al este de Ciudad Juárez, con cuatro fragmentos, en la zona urbana de El Paso. M. Krone también reportó varias puntas de esta tecnología (Krone, 1975, 1976), y tanto en Tularosa Basin (Carmichael, 1986), como en Hueco Bolsón, se refieren varias puntas de este tipo (M. E. Whalen, 1977). El incremento en la cantidad de puntas Folsom, muestra el aumento de grupos humanos que estaban usando los recursos de la Greater El Paso Area, condición que continuó de manera paulatina, pero sostenida, hasta la llegada de la agricultura. Para los siguientes periodos, entre el 8,000 a.C. y el 6,000 a.C., se siguen registrando hallazgos dispersos, la tecnología se diversifica y no habrá un solo estilo dominante, ni en una sola área, puntas Plainview, Sandia, Golondrina, entre otras. Pérez (2016) retoma la clasificación de Wheat (1972) y le llama complejo Plano/Cody.

En el estudio de Elia Perez (2006) se encuentra un buen recuento de los principales trabajos para los periodos Paleoindio y Arcaico. El Arcaico se ha dividido en temprano, medio y terminal (Figura 9). El cambio más significativo del Paleoindio al Arcaico es que se sustituye la tecnología de puntas para megafauna, por herramientas como raspadores, pulidores, hachas, entre otros. Al respecto cabe resaltar el trabajo llevado a cabo en el sitio de Keystone, en el oeste de El Paso, en donde se localizaron dos sitios de entre los años 1,400 d.C., y 1,100 d.C., que revelan el uso de estrategias de domesticación de plantas, marcando un proceso de transición hacia formas de vida más sedentarias. Esto muestra que en periodos tan tempranos como el Arcaico tardío ya se conocían las técnicas agrícolas y que eran usadas de manera simultánea a la caza-pesca-recolección, condición que se mantendrá durante el periodo Formativo, así como el uso de casas tipo foso, conocidas como "pithouse", que debieron ser utilizadas primero como campamentos estacionales y luego como habitaciones semipermanentes (Carmichael, 1985). De este mismo periodo, en excavaciones se encontraron varios campamentos e indicios de pithouses en el Bolsón de Hueco, sugiriendo un patrón que prefiere usar las cercanías a las formaciones rocosas y no necesariamente a las fuentes de agua superficiales como los arroyos (M. E. Whalen, 1977).

En el periodo Formativo, que va desde el 200 d.C. hasta el 1450 d.C., existe una diferencia entre los autores con respecto al inicio; originalmente Donald Lehmer (1984) propuso una fecha cercana al 900 d.C., después Whalen (1977) la retrasó al 450 d.C., y actualmente se acepta que debió empezar entre el 250 a.C., y 200 d.C. (Rocek & Kenmotsu, 2018a; Wiseman, 2019). Parece que el cambio entre los periodos Arcaico tardío y Formativo temprano son más bien de una intensificación en los aspectos materiales como producción cerámica, patrón de asentamiento, arquitectura, domesticación de plantas, densidad demográfica, entre otras: “La variabilidad de la cultural material del período Formativo característica de la Jornada [Mogollón] no se desarrolló notablemente durante el período Arcaico Tardío (1800 a.C.,-200 d.C.) y muchas regiones compartían tendencias similares. A lo largo de lo Jornada hubo un aumento en la cantidad de sitios y características en estos mismos, lo que sugiere un aumento de la población” (Rocek & Kenmotsu, 2018a, p. 11). La secuencia para el periodo Formativo más aceptada en la actualidad es la de Miller (Miller, 2005, p. 61), quien plantea que hay cinco fases: Mesilla Temprano del 200-400 d.C., al 650d.C., Mesilla Tardío del 650 d.C., al 1000 d.C., Doña Ana Temprano del 1000 d.C., al 1150d.C., Doña Ana Tardío del 1150 d.C., al 1275-1300d.C., y El Paso de 1275-1300 d.C., al 1450d.C.

Esto es lo que se conoce propiamente como Jornada Mogollón, un periodo marcado por un paulatino cambio en los modos de vida en ciertos lugares y cambios drásticos en otros, pero que nunca terminaron de abandonarse. nombre Rocek dice que:

“En resumen, a lo largo de la Jornada se encuentra una secuencia desde la caza y recolección arcaica hasta la agricultura temprana, los primeros asentamientos de casas en pozo y Pueblo tardío, pero algunas regiones conservaron adaptaciones de caza y recolección, con una arquitectura efímera persistente o de casas en pozo. Los datos muestran que ocurrieron numerosas transformaciones, a veces bastante abruptas, dentro de cualquiera de estos patrones; las manifestaciones de caza-recolección, así como las poblaciones agrícolas muestran un rango dinámico de adaptaciones cambiantes” (Rocek, 2018, p. 19). Estos cambios ocurridos en la forma de vida del Arcaico al Formativo parecen estar fuertemente ligados al desarrollo de la vecina región de Casas Grandes (Minnis & Whalen, 2015).

La intensa relación entre las Culturas Casas Grandes y la Jornada Mogollón ha sido trabajada por distintos autores, sobresaliendo el estudio de Jessica Burgett (2006). La autora dice que la cerámica El Paso Polychrome, la más representativa de la Jornada Mogollón, fue común en los distintos periodos de Paquimé; un estudio químico demostró que la gran mayoría de las cerámicas provenían de yacimientos de materia prima de las cercanías de Juárez-El Paso (Burgett, 2006a, p.

162). Por el otro lado, las cerámicas típicamente asociadas a lo Casas Grandes, como la Ramos Policroma o la Villa Ahumada son casi los únicos tipos intrusivos en la zona de La gran Región del Paso y las más comunes en el resto de la Jornada Mogollón (Wiseman, 2019, p. 3-1-3–15). Nombre Burgett afirma que esta correlación de presencia cerámica se debe a la posición de Jornada Mogollón como primer eslabón de la red comercial Casas Grandes hacia el este y noreste. El intercambio debió de haber ido mucho más allá de la cerámica, e influyó para que la forma de vida en Jornada Mogollón dependiera cada vez más de la agricultura.

De este modo, tenemos un desarrollo paralelo de ambas áreas culturales. La Fase Mesilla de Jornada Mogollón es contemporánea con las fases intensivas Plainware y Viejo, de Casas Grandes, del mismo modo que la fase Dona Ana lo es con la última parte de la fase Viejo y la fase el Paso con la Fase Medio en Paquimé (Figura 10) (Cruz Antillón et al., 2018, p. 208–210). A la llegada de las primeras expediciones europeas Paquimé ya estaba abandonada; sin embargo, su dimensiones y complejidad causaron asombro, fomentando la imaginación, y convirtiéndose en un referente de la “grandeza” de aquellos antiguos habitantes (Obregón, 1986). A partir de entonces, la historiografía sobre los indígenas prehispánicos del septentrión repitió el discurso de “una” gran civilización, mostrando a Paquimé como un oasis de “civilización”, deplorando formas de vida que

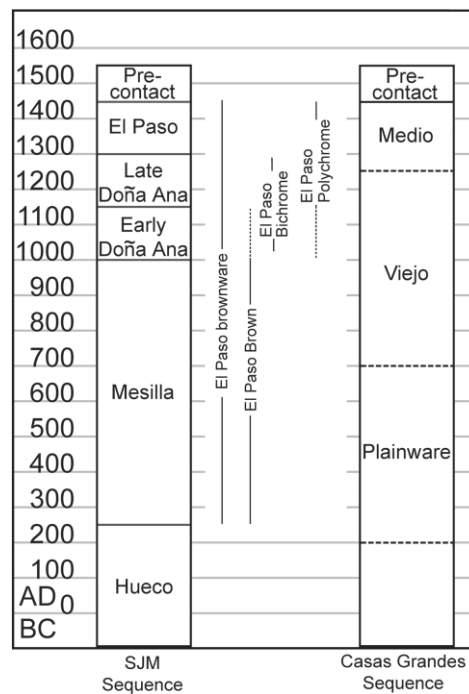


Figura 10. “Figure 11.2. Southern Jornada Mogollón (left) and Casas Grandes (right) chronologies after Di Peso et al. 1974; Miller 2005a; Stewart et al. 2004; Whalen and Minnis 2001a)” (Cruz Antillón et al., 2018, p. 208).

no tuvieran esa “monumentalidad” o no fueran plenamente sedentarias, tildándolas de salvajes o atrasadas. Esto es similar a la trayectoria de la negación historiográfica del pasado indígena, nublando el entendimiento general de grupos con otras formas de vida. También ha provocado que el interés profesional se haya centrado en Casas Grandes, incluso se vio originalmente Jornada Mogollón como una colonia o una expresión tardía de Paquimé (Mendiola Galván, 2008b). Aunque hay un claro paralelismo en el desarrollo e interacción entre ambas culturas, es claro que Jornada Mogollón sea mucho menos conocida que Casas Grandes (Figura 10).

Paquimé es abandonada hacia el año 1,450d.C., cuando parece que sus pobladores se dispersaron en comunidades más pequeñas, en lugares como Loma de Montezuma, o incluso llegaron a la región conocida como Mogollón, en Arizona y Sonora (Minnis & Whalen, 2015). También en Jornada Mogollón hubo un cambio en los patrones materiales, lo que lleva a pensar que también sus pobladores se habrían dispersado, perdiendo los saberes acumulados hasta entonces, “regresando” a un estado nómada o semi nómada, situación que a la luz de las investigaciones recientes es inexacta (Wiseman, 2019). Por ejemplo, Burgett dice:

“La Fase El Paso llegó a su fin alrededor del año 1450 d.C., cuando se abandonaron los asentamientos Pueblo (Miller 1995). El abandono generalizado de los asentamientos agrícolas en el sureste del Southwest a fines del siglo XV d. C., puede haber sido causado por sequías prolongadas, en el caso del oeste de Texas, es acompañado por el desarrollo de economías agrícolas demasiado especializadas (Miller y Kenmotsu 2004; O’Laughlin 1980; Upham 1984). Algunos autores también creen que el abandono de la región Jornada Mogollon y de las fases Animas y Black Mountain en el suroeste de Nuevo México estuvieron directamente relacionados con el declive de Paquimé (Schaafsma 1979). Independientemente de si lo causó o estuvo conectado el abandono de los pueblos Casas Grandes y Jornada Mogollon, ambas áreas estaban ocupadas por grupos móviles de cazadores-recolectores, no por habitantes de pueblos agrícolas, en el momento del contacto español a fines del siglo XVI. (Miller 1995; Miller and Kenmotsu 2004)” (Burgett, 2006a, p. 75).

De acuerdo con Wiseman (2019, p. 1-5), esta visión viene acompañada de una posición evolucionista que asume un desarrollo de lo simple a lo complejo, afirmando que los grupos Jornada Mogollón fueron primero cazadores-recolectores, tras la llegada de la agricultura (Fase Mesilla) construyeron pithouses (Fase Doña Ana), y luego casas tipo Pueblo e hicieron cerámicas decoradas para intercambiar (Fase El Paso); pero con el colapso de Paquimé simplemente volvieron a ser cazadores recolectores. El autor demuestra que no existe una evolución lineal directamente relacionada con los rasgos materiales; es decir, los Jornada Mogollón conocían la agricultura antes

de la Fase Mesilla, seguían construyendo pithouses en la Fase El Paso y mantuvieron la producción de cerámica El Paso Policroma incluso hasta el siglo XVIII como lo evidencian los trabajos en el Presidio de San Elizario (R. Brown et al., 2004). En ese mismo tenor, Wiseman dice que los sitios Jornada Mogollón en la Gran Región El Paso en realidad no se abandonaron, sino que intensificaron modos de vida ya conocidos como la caza-pesca-recolección, al mismo tiempo que modificaron su patrón de asentamientos de centrados a dispersos; es decir la misma gente en más lugares, pero de menores dimensiones (Wiseman, 2019, p. 5). Este reacomodo en la forma de vida es lo que conocieron los primeros extranjeros occidentales.

Esta aclaración es relevante porque al momento del contacto, en el área de Juárez-El Paso se reportaba que solo había pocos pueblos pequeños, “rancherías”, o bien población nómada. Como se señaló, la historiografía repitió la idea de la inexistencia de poblaciones o la presencia solo de poblaciones “salvajes”. La arqueología siguió un camino similar; tras el abandono de Paquimé se asumió un “colapso” del sistema comercial Casas Grandes y se extrapoló la idea sobre este proceso a las regiones cercanas como Jornada Mogollón, al mismo tiempo tomando como certera la explicación del abandono de las poblaciones (aunque dejar de usar permanentemente una edificación, no significa necesariamente que se abandone), y asumiendo que el nomadismo significó una especie de retroceso e incluso una pérdida de trayectoria cultural. Por eso se abre una especie de paréntesis entre el colapso de Paquimé hacia el año 1,450 d.C. y el contacto occidental en 1,550 d.C., llamado Fase Protohistórica, que a su vez provocó que no se pensara en proponer una continuidad con los grupos indígenas consignados en las fuentes históricas tales como Mansos, Sumas, Jumanos y Tompiros.

Si bien, existen varios factores que explican esta desconexión entre lo prehispánico y lo virreinal, como el colonialismo académico, los vicios profesionales o las estructuras epistemológicas, también es cierto que hay voces que ya plantean que los grupos Jornada Mogollón de la Gran Región de El Paso y los Mansos, Sumas, Jumanos y Tompiros de Paso del Norte forman un continuo o, por lo menos, una pervivencia cultural (P. Beckett & Corbett, 1992; Lockhart, 1997; Wheaton & Stephens, 2009; Wiseman, 2019). Sin embargo, al no tratarse de la visión más extendida, se siguen separando los trabajos de arqueología prehispánica de los de arqueología histórica.

Otro de los elementos para tomar en cuenta son los estudios de lingüísticos. El “lugar donde dobla el río” es un nombre N’dee, pero hasta el momento no se habían abordado a esta colectividad agrupada arbitrariamente con el nombre Apache. Esto se debe a que los N’dee poseen una trayectoria cultural propia. Lingüísticamente los “Apaches” son parte de los grupos Atapascanos, emparentados a través del idioma con sociedades como las Inuit de Alaska, los indígenas de la Columbia Británica Central, o los Kwalhioqua-Tlatskanai del extremo norte estadounidense (Grenville, 2019, p. 2–6). Estos grupos parecen haber llegado durante una segunda o tercera oleada migratoria de la península del Yukón hacia Alaska cerca del año 12,000a.C. (Litvak King & Mirambell Silva, 2002, p. 8–11), y permanecieron en la parte norte del continente, llegando hasta el centro de México. Se tiene registro de que los “Apaches” llegaron al área del Río del Norte alrededor del siglo XI d.C., y a partir de ahí continuaran arribando a lo largo del tiempo.

La rama Apache de las lenguas Atabascanas se divide en tres grupos principales, que a su vez tienen algunas derivaciones. 1. Lengua Apache de las praderas (Kiowas), 2. Lenguas apacheanas occidentales: a. Mescalero-chiricahua, b. Chiricahua c. Mezcalero, d. Navajo, e. Coyotero. 3. Lenguas apacheanas orientales: a. Jicarilla, b. Lipán. (Griffen, 1985, p. 2–6). En realidad, no hay un acuerdo acerca de la manera en cómo podrían clasificarse las lenguas Atabascanas, debido a su complejidad y a los pocos estudios. En el plano sociocultural tampoco hay acuerdos para su clasificación; además de que son grupos profundamente heterogéneos, presentan grandes diferencias con otros grupos humanos en sus estructuras políticas, sociales, culturales, económicas, entre otras. Desde que los grupos apaches tuvieron contacto con los occidentales, (españoles, novohispanos, ingleses, franceses, estadounidenses o canadienses), éstos intentaron territorializar el espacio de vida de los grupos Atapascanos y ajustarlos a clasificaciones que nos les eran propias.

Consciente de que las clasificaciones occidentales no se ajustan a la realidad histórica y social de los grupos N’dee²³, David Dorado da cuenta de que en la región aledaña a “donde dobla

²³ A partir de este punto se utilizará la denominación simplificada N’dee en sustitución de “Apache”. N’dee es uno de los endónimos usados por los actuales hablantes de la lengua Atabascanas en el norte de México y gran parte de los Estados Unidos. Se denominan a sí mismos “Ndeh”, “Ndee”, “N’de”, “Dišně”, “Tišnde” o “Inde” que significa “la gente”, “hombre” o “el pueblo”, en oposición al término Apache -o Apachu- que significa enemigo y fue referido así por los Zuñi al religioso Alonso de Benavides (Benavides, 1630). Aunque N’dee tampoco da cuenta de la totalidad y heterogeneidad de estos grupos, sí atiende la petición de algunos de estos grupos por usar endónimos para reconocer y visibilizar su existencia como sociedades (Granados Longoria, 2020).

el río” se mantuvieron viviendo al menos tres grupos diferenciados, aunque muy probablemente fueron más que esos: Mezcaleros, Mimbrenos y Faraones (Romo Dorado, 2019). A partir de su ubicación y tipo de organización se dividieron en Apaches Orientales y Occidentales; dentro de los Occidentales hay 5 grupos principales: Chiricahuas, Mezcaleros, Western, Manso y Navajos. Los Chiricahuas o Sagatajen-né, eran los más numerosos y uno de sus subgrupos eran los Mimbrenos o Chihennes. Los Mezcaleros o Sejen-né son una denominación que engloba por lo menos a 10 grupos distintos²⁴, y uno de ellos, también llamados Mezcaleros, se refieren en las fuentes como aquellos que vivían alrededor de Paso del Norte y que hoy en día ocupan las Montañas Lincon a unos 175 kilómetros al norte de El Paso. Otro de esos subgrupos eran los Faraones, que fueron prácticamente aniquilados en el periodo virreinal y cuyos sobrevivientes se integraron con los Mezcaleros de las Montañas Lincon (Figura 11).

Mezcaleros, Faraones y Mimbrenos estuvieron presentes de manera constante, aunque no permanente, en la vida de Paso del Norte. Es muy difícil documentar su presencia desde la arqueología, pues su modo de vida se basaba en materiales efímeros en su mayoría, que implica que su paso por el entorno natural se diera a través de prácticas de mimetización. Por ejemplo, sus campamentos no se fijaban en la tierra con postes enterrados, lo que no permite que se genere una huella en el registro arqueológico; aunque es posible acercarse a ellos, como mostró Deni J. Seymour en un estudio reciente (Seymour, 2017). También podemos saber de su presencia a partir de otras fuentes como el arte rupestre. En lugares como Hueco Tanks, Three Rivers o Samalayuca (todos dentro del La Gran Área El Paso), se distinguen estilos de grabado y pintura que caracterizan obras de los grupos paleolíticos, Jornada Mogollón y “Apaches” (Patterson, 1992; Schaafsma, 1986; Sutherland, 2015). Las fuentes también muestran una fuerte integración de los Mansos y Sumas con grupos N’dee, por ejemplo, en la rebelión de 1684 (Polt, 2008) o bien en los libros de matrimonios de la Misión de Guadalupe (Gutiérrez Silvestre, 2021) en donde se consignan uniones

²⁴ Los grupos N’dee estaban organizados en grupos familiares relacionados entre sí por lazos matrimoniales o intereses comunes; se podían unir y formar agrupaciones más grandes, pero esencialmente mantenían su estructura familiar, aunque también podían formar grandes alianzas de miles de personas, y podían mantenerse solo como una familia ampliada. Podían combinarse entre sí y luego separarse; el espectro de modo de vida iba de plenamente nómadas a completamente sedentarios.

con indígenas Apaches. La tradición oral de los actuales N’dee también refieren una antigua y fraternal relación con los Indios Mansos (IPACULT, 2020).

Actualmente David Romo realiza una investigación sobre los campamentos Mezcaleros hacia finales del siglo XVIII en el actual centro de El Paso (Romo Dorado, 2019)²⁵. En las fuentes, Romo encontró evidencia de por lo menos seis ocupaciones con campamentos N’dee, desde 1778 hasta 1825, con una organización compleja y relaciones tensas con el gobierno español. Por ejemplo, el campamento Mezcalero de 1790 estaba organizado en cinco rancherías con sus respectivos “capitancillos”. Todo parece indicar que los Mezcaleros mantenían su forma de vida estacional, siendo Paso del Norte uno más de los lugares en los que ellos estarían viviendo. Su presencia abarcó desde la Misión de Guadalupe hasta el Presidio de San Elizario (Romo Dorado, 2019). Por su parte los Mimbrenos estarían presentes principalmente en Janos y El Carrizal, y los Faraones en las montañas entre el Río Grande y Pecos (Griffen, 1985, p. 141–143). Por ello, también los tres grupos N’dee siempre han estado aquí.

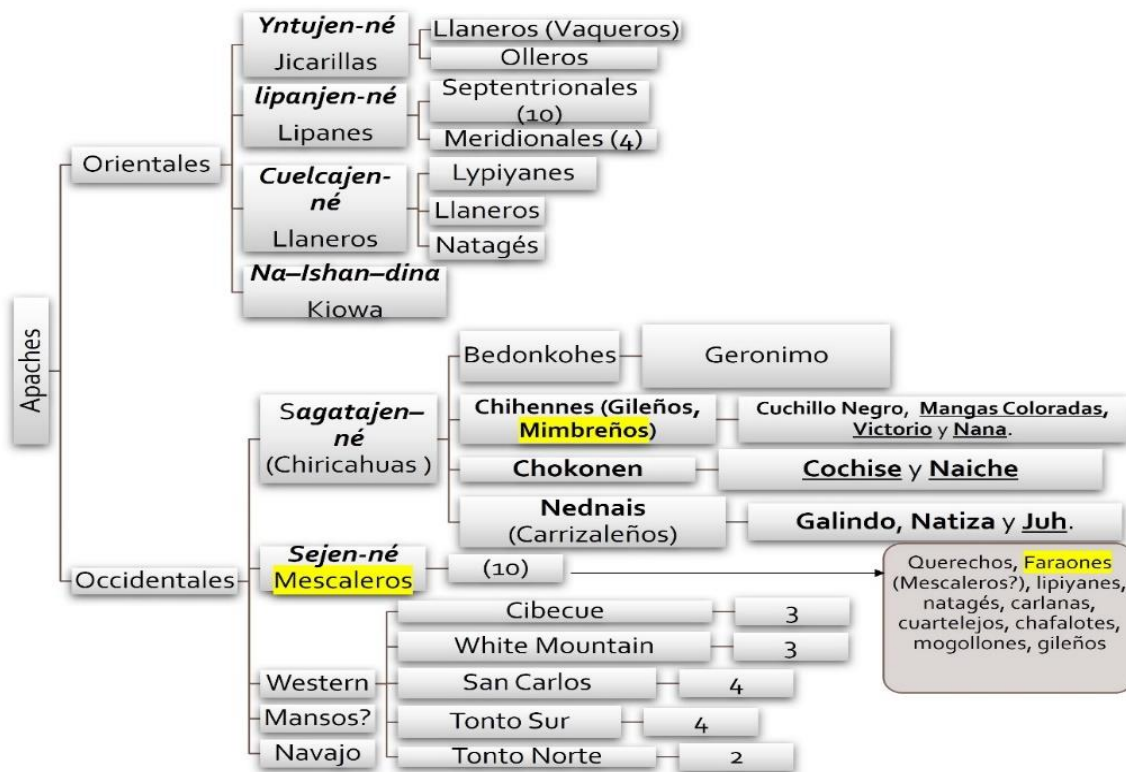


Figura 11. Clasificación de los grupos Apaches. Elaboración propia con información de (Grenville, 2019; Griffen, 1985; Matson & Schroeder, 1957; Romo Dorado, 2019).

²⁵ David Romo me ha facilitado los documentos y el material inédito que él se encuentra trabajando; agradezco su generosidad, pues permitió aclarar la información que es retomada de dichos documentos, localizados, organizados, transcritos y traducidos por el Dr. Romo.

Este apartado se ha centrado únicamente en los grupos registro de presencia previa a la llegada de los españoles. Falta mencionar los grupos indígenas que llegaron tras la rebelión de los indios Pueblo de 1680, como Tiwas, Teguas, Tiguas, Piro, Tanos, Jemes, entre otros. Varios de ellos, como los Piro y Tiguas, se integraron a la región y se arraigaron como parte de los agentes que conformaron la forma de vida urbana en Paso del Norte.

Los N'dee son otro grupo culturalmente diferenciado de los paleolíticos, Jornada Mogollón e indios Pueblo históricos. Ellos llegan a la región hacia el siglo XI a.C., su forma de vida y materialidad resultante son distintos a los otros grupos indígenas. Mantienen fuertes relaciones, no siempre amistosas, con las comunidades ya asentadas y tendrán una presencia permanente, aunque inconstante en el área Juárez-El Paso. Su presencia es un referente para entender las dinámicas de vida en el Paso del Norte virreinal, pues a ellos se refieren cuando en las fuentes hablan de "indios de guerra" o "enemigos" (aunque grupos como los Sumas también entraban constantemente en esa adjetivación). Los N'dee son la otredad en la que se ven reflejados los nuevomexicanos, los aliados/enemigos de los indígenas históricos y una de las fuentes principales del imaginario acerca del pasado indígena en Paso del Norte al ser los otros que siempre han estado aquí.

Jornada Mogollón desde el área de El Paso

El impacto de grupos marginados desde la historiografía permite comprender las particularidades de un entorno construido como el de Ciudad Juárez-El Paso; y siendo los indígenas el sector más representativo, las características de la urbanidad en Paso del Norte están fuertemente influenciadas por los saberes ancestrales. Estos saberes ancestrales son pervivencias y continuidades del modo de vida prehispánico, así que un primer paso es identificar esos saberes retomados durante el virreinato. La información usada para recuperar los saberes ancestrales es la arqueológica: sistemas constructivos (vivienda), distribución espacial, modos de subsistencia (agricultura, caza, recolección, pesca), materiales (cerámica y lítica) y estrategias de interacción con otros grupos, particularmente durante el periodo que abarca la cultura Jornada Mogollón. Por ello, se analiza el contexto de la construcción del conocimiento arqueológico, las características de la Gran Área de El Paso, las fases en las que se ha dividieron y sus expresiones materiales.

Se ha centrado la atención en la cultura Jornada Mogollón porque se asume que los que permanecieron en Paso del Norte eran sus descendientes. Aunque es un tema todavía irresuelto por la arqueología, varios autores apuntan claramente a esta interpretación (P. Beckett & Corbett, 1992; Lockhart, 1997; Wheaton & Stephens, 2009; Wiseman, 2019). Las observaciones preliminares del presente trabajo también van en el sentido de que, en específico, los habitantes de la Gran Área de El Paso en Jornada Mogollón se adaptaron y permanecieron con sus características reconocibles hasta el contacto con los occidentales, y fueron llamados por estos últimos como Mansos. Si bien también debieron de estar viviendo en esta misma área, o en lugares aledaños los Sumas, Jumanos, Tompiros, Jocomes, Janos y Conchos, éstos no estarían ocupando el lugar específico en las inmediaciones del río del Norte entre las actuales poblaciones de Las Cruces, Nuevo México y El Porvenir, Chihuahua en un eje, y las Montaña Hueco y Dunas de Samalayuca en el eje opuesto. El caso de los Sumas es aún más enigmático pues las fuentes apuntan a que eran grupos permanentemente nómadas, a diferencia de los Mansos cuyo nomadismo constituía una de sus estrategias de vida. En documentos como los procesos judiciales de la revuelta Manso de 1684, es notorio que ambos grupos tienen idiomas y costumbres diferentes (Polt, 2008). Independientemente de si la Gran Área Paso del Norte estaba ocupada por los antecesores de Mansos y Sumas, o solo por Mansos.

Jornada Mogollón es un término acuñado por Donald Lehmer (1984), para agrupar una serie de rasgos culturales en el área centro-sur de Nuevo México, el extremo oeste de Texas y la parte norte de Chihuahua. Posteriormente la propuesta fue refinada en sus características y límites, en los años 60's, y actualmente la definición espaciotemporal más aceptada es la propuesta por Miller (Miller, 2005). La Jornada Mogollón se creó en el periodo de auge de la teoría difusionista del evolucionismo social, durante la primera mitad del siglo XX, cuando en la antropología dominaba la idea de que las culturas tenían una trayectoria línea, desde lo más simple hacia lo más complejo. Por lo tanto, elementos de "alta cultura", como la agricultura o la organización estatal en regiones fuera de los núcleos civilizatorios, deberían estar ligados por algún tipo de contacto (Hernando Gonzalo, 1992, p. 14–17). Al combinarse con elementos locales darían como resultado "áreas culturales", y la investigación arqueológica debería entonces ajustarse a la delimitación de esas

áreas que fueran distinguibles de otras, física y temporalmente, para poder trazar la manera en que la civilización avanzó.

El difusionismo fue la tendencia en la que la escuela estadounidense desarrolló la idea de una migración única, proveniente de Siberia, y que llegaría primero a Norteamérica, desarrolló la industria Clovis con sus subsecuentes tecnologías líticas, y luego se difundió al resto del continente (Litvak King & Mirambell Silva, 2002, p. 17–20). Por otro lado, estudios tempranos del proceso de sedentarización, como el de Richard MacNeish en Tehuacán, Puebla, mostraron que la agricultura apareció en tiempos tan remotos como el año 3,000 a.C., en estas latitudes (MacNeish et al., 1972, p. 3–13). La sedentarización dio las condiciones necesarias para la jerarquización social durante el preclásico, la posterior formación de organizaciones estatales en el clásico, y los imperios en el posclásico. Hoy en día sabemos que el desarrollo de las sociedades prehispánicas fue mucho más complejo que el de una línea “evolutiva”. Pero durante los inicios del siglo XX se consideraba como lo más probable. De la mano de las etapas culturales se fueron proponiendo “áreas” en donde se desarrollaba esta evolución social. Alfred Kroeber señalaba una primera gran división entre las “grandes culturas agrícolas del sur” frente a los “menos evolucionados” cazadores-recolectores del norte, y se refería a lo que unos años más tarde Wilfrido Moreno y Paul Kirchhoff nombrarían súper áreas culturales: Mesoamérica y Aridoamérica (López Austin & López Lujan, 2000, p. 14–16, 58–61).

Le definición “Mesoamérica”, como súper área cultural, se elaboró desde una taxonomía de aspectos específicos de la cultura; si los grupos estudiados tenían una cantidad de elementos, entonces pertenecían a Mesoamérica, y de lo contrario no. En oposición, y para agrupar a aquellos grupos que no eran “agricultores superiores” se creó el concepto de Aridoamérica. La separación entre agricultores, al sur, y cazadores-recolectores al norte, no era del todo convincente, sobre todo cuando se advertía que había algunos grupos con elementos muy similares a los mesoamericanos, pero no lo eran completamente. Para resolver esta paradoja se creó una tercera súper área que llamaron Oasis América (Figura 12). Los nombres mismos evocan el contexto de su creación, Mesoamérica: agrícola y civilizada, Aridoamérica: salvaje y cazadora recolectora, Oasis América: un oasis agrícola y civilizado en medio de Aridoamérica. Si bien, estos términos no dan

cuenta de las dinámicas sociales en el territorio, sí producen una imagen mental sobre dichas dinámicas.

Entre los argumentos principales para crear Oasis América estuvo la presencia histórica de los Indios Pueblos, principalmente en las cercanías de Rio del Norte en Nuevo México y otros más en Arizona. Desde el punto de vista de la arqueología, el argumento estuvo fundamentado en la existencia la Cultura Casas Grandes y la ciudad de Paquimé. En la tradición académica estadounidense se clasifico primero como un área geográfica y luego como área cultural, el mismo Kroeber le llamo Suroeste y luego le llamaron Gran Suroeste, tratando de englobar las culturas prehispánicas que existían al sur de los Estados Unidos. Al igual que Aridoamérica -Oasis América, Suroeste-Gran Suroeste son poco afortunados para englobar una enorme diversidad, se trata de los esfuerzos homogeneizadoras de la imagen del otro, de la cual ya hemos hablado y que sigue presente a pesar del cambio de tradiciones teóricas. Otros conceptos han intentado sustituir a ambas conceptualizaciones, la Gran Chichimeca, el Gran Norte de México, Noroeste/Suroeste, sin que alguno pueda dar cuenta de la riqueza y diversidad de este amplio espacio (Phillips, 2011).

Más allá de lo adecuado o no de la terminología, a partir de los años cuarenta del siglo XX la arqueología estadounidense volcó su interés en el particularismo histórico, complementario al difusionismo, elaborando estudios a profundidad (reflejo de la entrevista profunda de la antropología) de cada espacio o cultura para completar el cuadro cultural trazado en el difusionismo. En ese marco se encuentra la propuesta de Lehmer, quien buscaba distinguir, a través de particularidades, las evidencias materiales del centro sur de Nuevo México y oeste de Texas, de aquellas que ya habían sido definidas: al norte los Anazasi, al este la cultura Mimbres (más al este lo Hohokam), al sur y noreste la cultura Casas Grandes (también llamada Mogollón por la escuela estadounidense). Todas ellas con presencia de sociedades agrícolas en algún punto de sus historias (Figura 12).

La Jornada Mogollón fue conceptualizada como una de las ramas del Gran Suroeste (Wiseman, 2019, p. 6) hacia los años 50's y 60's. La llegada de la arqueología procesualistas, una arqueología que cimentaba sus practica en los nuevos procedimientos científicos y estadísticos, trajo poca discusión teórica a la idea de una región que no era la más atendida por la arqueología norteamericana y con casi nula atención de su contraparte mexicana. La discusión más nutrida

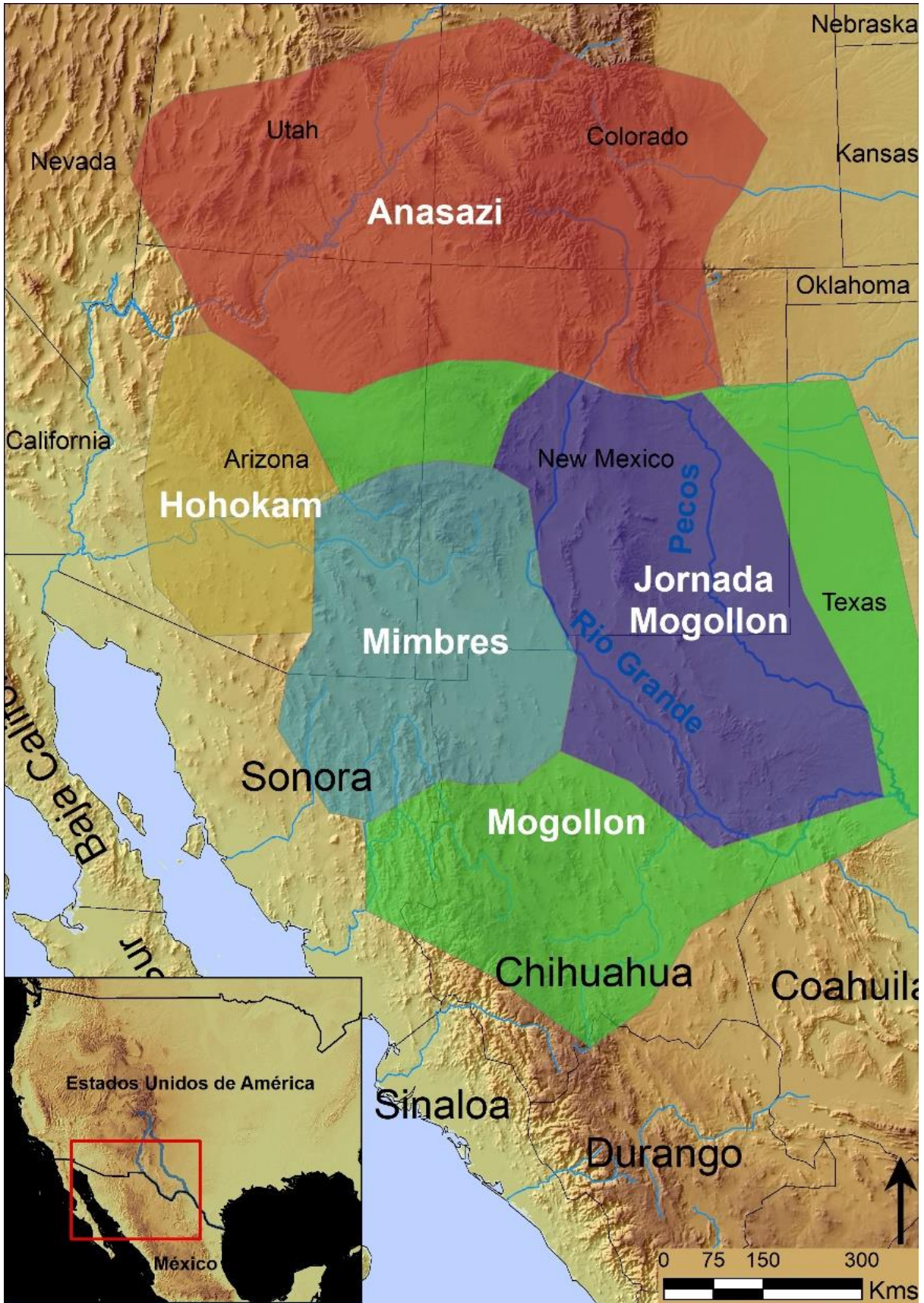


Figura 12. Mapa áreas culturales. Elaboración del autor con información de código abierto.

hasta los años ochenta se dio a partir de los etnógrafos, historiadores y arqueólogos históricos quienes intentaban discernir el origen de grupos como los Jumanos (Forbes, 1957), mediante estudios particulares de sitios históricos que veían como antecedente a los Jornada Mogollón (R. Gerald, 1975b, 1990a, 1990c, 1990b). Junto con el procesualismo el ecologismo cultural impactó en la visión de la arqueología en la región, pues daba un peso importante al entorno natural y su interacción con el ser humano, tratando de entender el desarrollo de las sociedades como formas de adaptación al ambiente. Un ejemplo de cómo el procesualismo y el ecologismo ecológico influyeron en la manera en que se fue construyendo el conocimiento arqueológico es la investigación de Whalen (1977, 1985) realizada en Hueco Bolsón. A partir de una delimitación del entorno natural (una cuenca), las exploraciones y los resultados fueron delimitadas con criterios estadísticos para sugerir cómo fue el desarrollo de los grupos locales.

Desde los años noventa hasta la actualidad se han ampliado y diversificado los trabajos en el área, con dos tipos principales: aquellos provenientes desde la protección de vestigios arqueológicos por una posible afectación -Cultural Resource Management- (equivalente a los salvamentos arqueológicos en México, y por otro lado desde los trabajos de las universidades locales (P. Beckett & Corbett, 1992; Bradley, 1983; Bradley et al., 1997; R. B. Brown et al., 2004; Carmichael, 1986; Forbes, 1959; R. Gerald, 1975b, 1990a, 1990d; Hodge, 1910; Lockhart, 1997; Scarborough, 1985; M. Whalen, 1985; Wheaton & Stephens, 2009; Wiseman, 1985).

Los Cultural Resource Management han acrecentado sensiblemente la cantidad de investigaciones en el área, pero como señala Wiseman, en estos trabajos difícilmente hay una reflexión profunda del significado de los hallazgos (Wiseman, 2019, p. 6), lo que parecería prolongar el periodo del particularismo histórico. Por parte de los trabajos desde las universidades sobresalen las investigaciones de Thomas Rocek y Regge Wiseman. El primero, desde un enfoque más arqueométrico, ha centrado su interés en los materiales arqueológicos, además de colaborar constantemente con otros arqueólogos para esclarecer la dinámica social en la Jornada Mogollón (Howey & Rocek, 2008; Rocek, 2018; Rocek & Kenmotsu, 2018b, 2018a). Wiseman, por su parte, ha trabajado en arquitectura, patrón de asentamiento y cerámica principalmente. También es importante señalar la investigación con apoyo de la Sociedad Arqueológica de El Paso en

colaboración con el Museo de Arqueología de El Paso; han editado publicaciones como *The Artifact* y organizado bienales para exponer sus resultados en el área.

Aunque hay algunas discrepancias en su extensión, Jornada Mogollón abarca parte del estado de Chihuahua, pero de lado mexicano prácticamente no existen intervenciones arqueológicas en el área de estudio²⁶, solo referencias indirectas o que aluden a trabajos estadounidenses (Mendiola Galván, 2002, 2008a). En el territorio chihuahuense se realizaron algunos trabajos a finales del siglo pasado (Burgett, 2006b; R. E. Gerald, 1988; Phelps, 1990a, 1990b) y más recientemente en las cercanías del poblado de Villa Ahumada (Cruz Antillón et al., 2018; Cruz Antillón & Maxwell, 2005), pero hay que insistir que desde instituciones estadounidenses.

Hay una vertiente más en los estudios arqueológicos, que se refiere a los vestigios posteriores al contacto con el mundo occidental, o arqueología histórica. Un personaje central en para estos trabajos fue Rex Gerald, quien trabajó desde los años sesenta, para recuperar la historia del periodo virreinal, combinando excavación con fuentes escritas sobre sitios puntuales, en la misión de El Paso (R. Gerald, 1975b) haciendas y caminos cercanos (R. Gerald, 1990a), en Socorro (R. Gerald, 1990c), e Ysleta del Sur (R. Gerald, 1990d). Unos años después también se trabajó el antiguo presidio de San Elizario (Bradley et al., 1997; R. Brown et al., 2004; R. B. Brown et al., 2004). Particularmente en los trabajos de San Elizario, varias referencias asociaron claramente a los grupos Jornada Mogollón con los Mansos históricos; pero la propuesta no tuvo resonancia entre la comunidad académica.

La construcción del conocimiento arqueológico sobre la Jornada Mogollón ha hecho desde los Estados Unidos, siguiendo su trayectoria teórica y enfocándose principalmente en el periodo formativo que va del 200 a.C. al 1450 d.C., para luego brincar al interés por los vestigios históricos, pero dejando un vacío que tal vez se pueda entender por las implicaciones jurídicas que significa la existencia de grupos indígenas que tienen una continuidad en el presente, el territorio que ocuparon y al que tienen derecho. Por ejemplo, los Manso-Piro-Tiguas actuales viven en Las Cruces,

²⁶ Quién esto suscribe tiene conocimiento de un salvamento arqueológico por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia que exploró una línea de gas de Juárez a Chihuahua capital, así como un proyecto de investigación acerca del arte rupestre de Samalayuca, pero hasta el momento no ha sido posible conocer los informes completos.

y se encuentran en una lucha legal por el reconocimiento de su nación (Piro/Manso/Tiwa Indian Tribe of the Pueblo of San Juan de Guadalupe, 2020).

La Gran Área Paso del Norte

El área cultural Jornada Mogollón ha sido separada en regiones internas a partir de los estudios pormenorizados que se han realizado. Wiseman (2019) menciona cuando menos siete porciones: la Gran Quivira Región, que se localiza en el extremo norte muy cerca de la región Río Abajo, poblada por Piros. Enseguida, la porción Sierra Blanca Región en las montañas del mismo nombre, en el centro de Jornada Mogollón. Hacia el este de esta última se encuentra Roswell Oasis en los alrededores del poblado del mismo nombre. En el extremo noreste, en los márgenes del río Pecos está la Midle Pecos Región, cerca del poblado de Fort Sumner. Siguiendo el cauce del río Pecos se encuentra Ochoa Phase Área, cerca de Hobs, Nuevo México. El este y sur de Jornada Mogollón la ocupa la Trans-Pecos Región, la más extensa y estudiada, ocupando el delta que forman el río Pecos y el río del Norte hasta la Junta de los Ríos. El extremo oeste es para la Great El Paso Región, siguiendo el cauce del río del Norte desde La Jornada del Muerto, hasta el Porvenir, al oeste, y Villa Ahumada al sur (Wiseman, 2019, p. 6–9) (Figura 7).

La Gran Región de El Paso o *Great El Paso Area* fue propuesta Miller (2005) y posteriormente refinada por Wiseman (2019), quienes dan cuenta de un área con características diferentes al resto de Jornada Mogollón, a su vez con base en la idea original de Lehmer (1948). El entorno natural ha tenido un impacto decisivo en la propuesta de regionalización de la Jornada Mogollón, como se vio en el ejemplo de Whalen en el Bolsón de Hueco (M. Whalen, 1985; M. E. Whalen, 1977). Del mismo modo, la Jornada Mogollón se planteaba como una rama de la cultura Mogollón (Casas Grandes), que se había adaptado a un entorno semidesértico, a diferencia de lugares como Paquimé que se encuentra entre las estribaciones de la Sierra Madre y zona de pastizales. Las subdivisiones de Jornada Mogollón también seguían criterios medioambientales en sus primeros acercamientos a la partición del área cultural. Por ejemplo, la región Trans-Pecos está conformada por las tierras bajas que se forman en el delta que se forma entre los ríos Pecos y del Norte, delimitada al norte por la Sierra De Guadalupe; las condiciones del entorno natural son muy similares en este espacio,

pero distintas a la Región Sierra Blanca (inmediatamente al norte de Trans-Pecos) que es mayoritariamente ocupada por una serranía (Figura 13).

La Gran Región El Paso es agrupada por dos elementos principales que conectan el medioambiente con la materialidad: las características de su entorno natural y la presencia principal del tipo cerámico El Paso Policromo. Esta Región coincide en buena medida con las características geomorfológicas que se apuntaron al inicio del capítulo: montañas de tamaño mediano, con gravas y arcillas que flanquean a distancia variable el curso del río del Norte, la zona baja de depósitos aluviales, rica en limos y arcillas, y una amplia franja intermedia entre montaña y tierras aluviales, ocupada por suelos arenosos típicos del desierto chihuahuense. Las divisiones varían en dimensiones y denominación de un autor a otro, pero en general se ajustan a un primer criterio geográfico y que luego es afinado por aspectos materiales, ya sea por investigaciones o por falta de ellas. Esto ocurre porque algunas subregiones han sido más estudiadas través de investigaciones sistemáticas como: Hueco Bolsón (M. Whalen, 1985), Tularosa Basin (Carmichael,



Figura 13. Mapa de la región conocida como Great El Paso Region, con información de Miller & Kenmotsu (2004, p. 46). Elaboración del autor.

1986), o Mesilla/Las Cruces Basin (Rocek & Kenmotsu, 2018a), delimitando claramente sus áreas de estudio; mientras que las zonas menos trabajadas han sido definidas más bien desde la interpretación de los lugares aledaños, como El Paso Basin y Samalayuca-Villa Ahumada. Recientemente el área de Villa Ahumada ha recibido más atención gracias a los trabajos de Roberto Cruz y Timothy Maxwell (Cruz Antillón et al., 2018; Cruz Antillón & Maxwell, 2005), mientras que la información de El Paso Basin proviene casi por completo de intervenciones de Cultural Resource Management (Wiseman, 2019). Al no disponerse de trabajos sistemáticos, se pueden emplear las investigaciones en las subregiones aledañas, o incluso de otra área como la Provincia Río Grande, de donde vendrán grupos como Piros y Tiguas en el siglo XVII.

Desde la perspectiva arqueológica El Paso Basin es la subregión que se ajusta casi por completo al área de estudio de esta tesis. Es una de las siete subregiones que forman la región Great Paso Area, la cual es a su vez una de las siete regiones que conforman el área cultural Jornada Mogollón; para la arqueología mexicana Jornada Mogollón es una de las áreas que dan forma a la súper área cultural de Oasis América, mientras que para los estadounidenses es una de las ramas de la súper área cultural del Gran Suroeste. De cualquier manera, tenemos que hay un grupo humano con características materiales específicas y distinguibles -cultura arqueológica- que habitó este espacio de manera continua desde el año 200 a.C. (seguramente desde antes que eso), hasta el 1450 d.C. (muy probablemente incluso después que eso), que es conocido como Jornada Mogollón. Esas características provienen de la cerámica, los modos de vida, la arquitectura, el patrón de asentamiento y las relaciones con otros grupos.

En el mapa de la Figura 13, se aprecian las subregiones que conforman la Gran Área de El Paso, que, si bien son producto de mucho trabajo de investigación, no dan cuenta de las identidades étnicas o culturales de quienes ahí vivieron y de quienes siguen habitando este lugar. Desde la arqueología es claro que hay grupos que comparten fuerte lazos culturales, pero que no necesariamente constituyen una entidad política o social. Ahí radica uno de los problemas para el estudio y definición de los grupos indígenas en Paso del Norte: se ha intentado homogeneizar las diversidades culturales, negando el pasado. Ya sea de manera intencional, o no, pero se ha buscado asimilar a los grupos indígenas con una entidad política, equiparable con cada momento histórico. Los novohispanos los llamaron “naciones”, en el mejor de los casos, o simplemente salvajes en el

extremo más despectivo, y hoy en día son “grupos originarios”, pero el cambio de nomenclatura no significa una mejor comprensión de la vida de esas personas. A los grupos indígenas se les ha territorializado, es decir se les ha asignado una delimitación espacial que se pretende les sea propia; pero que es necesaria para que nuestro mundo occidental pueda asimilar a estos indígenas. Esta es una de las razones por las que la arqueología ha sido cautelosa para hablar de continuidad o pervivencia de identidades étnicas a partir de evidencias materiales.

Tomando en cuenta lo anterior, nuestra tesis sugiere que hay elementos suficientes para pensar que los indígenas de Paso del Norte, antes del contacto con los novohispanos, son el mismo grupo cultural o remanentes de los grupos Jornada Mogollón de la Gran Región del Paso, además de aquellos que llegaron y se quedaron tras la rebelión de los Indios Pueblo en 1680. Por eso, hay que aclarar que existe una confusión en la identificación de los grupos registrados en las fuentes. Un poco por la negación del otro, un tanto por la incapacidad de comprensión, un poco más por la trayectoria de la creación y llegada a nuestros días de los documentos, pero todo ha dado paso a esta confusión. Bill Lockhart elaboró un maravilloso trabajo al respecto, y aclaró que la incompreensión de los occidentales llevó a generalizar a todos los indígenas de la región como Jumanos (Lockhart, 1997). Un primer problema para diferenciarlos es la cantidad de nombres que se les ha dado a un mismo grupo, como sucedió en el caso de Coahuila en donde se asignaron decenas de nombres al mismo grupo (Sheridan Prieto, 2015). Otro problema es que podía haber varios subgrupos en una “nación”, lo que respondía a su organización social, por ejemplo, en familias, familias ampliadas, clanes, tribus, bandas, etcétera.

En el caso de Paso del Norte se generalizó el término Jumano, con sus variantes como Juma, Xumano, Humano. Los Jumanos parecen ser un grupo que sí pudo ser Jornada Mogollón, pero de la región Trans-Pecos, y debió ser muy cercano a los Conchos. Por su parte, los grupos que ocuparon la Gran Región de El Paso fueron los Manso, Sumas y Tompiros, incluso posiblemente lo Jocomes en el extremo este. Los Mansos fueron referidos como Manco, Mansa, Lanso, Lano, Mico, Manzo (Lockhart, 1997, p. 119), y en tiempos más tempranos como Tanpachoas o Gorretas (Lockhart, 1997, p. 116). Los Sumas fueron referidos en las fuentes escritas como Shuman, Sumana, Xoman, Umana, Suma, Zuma, Yuma, Zumana, Xumana, Cuma, Juma, Jumo, Suama, Sumar, Sume, Sumee, Summa, y Sumo (Lockhart, 1997, p. 119). Lockhart concluyó que Manso y Sumas eran diferentes a

los Jumanos, y posiblemente eran un mismo grupo (Lockhart, 1997, p. 140), cosa improbable. El mismo Lockhart (1997) afirmó que los Manos y Sumas eran cazadores-recolectores, aunque se volvieron agricultores a la llegada del mundo occidental, pero los documentos mencionan que los Sumas seguían siendo nómadas, hasta por lo menos 1736; por otro lado, ningún documento se refiere a los Mansos como nómadas.

Los que si eran plenamente nómadas eran los N'dee, a quienes también se intentó territorializar y asimilar al sistema virreinal. Los Mezcaleros, Faraones y Mimbrenos no fueron asentados en un lugar de manera permanente, pues sus patrones de movilidad volvieron imposibles marcar un límite físico a su movimiento; por ejemplo, a los Faraones se les menciona en lugares tan lejanos como Rio Arriba (Santa Fe), Tucson y Coahuila. Se sabe que estos grupos estuvieron presentes hacia el siglo XVIII (Romo Dorado, 2019), pero no es posible saber desde cuánto tiempo antes transitaron por el territorio de lo que después fue Paso del Norte. En el caso de los N'dee habría que entender que El Paso Basin, la Gran Área El Paso, la Jornada Mogollón e incluso gran parte del Suroeste, era su lugar en el mundo.

Para entender el desarrollo de los grupos indígenas es necesario atender su trayecto temporal. El Formativo se divide en tres fases: Fase Mesilla del 200/250d.C. al 1100d.C., es considerada como el periodo en el que se conforman las características de la Jornada Mogollón; la Fase Doña Ana del 1100d.C. al 1200/1250d.C., es el momento en que inicia la trayectoria paralela con la Cultura Casas Grandes; y la Fase El Paso va del 1200/1250d.C. al 1450/1550d.C., y es el momento de mayor densidad poblacional e interacción de los Jornada Mogollón, también referida como la Fase Pueblo. Las diferencias en las fechas de inicio o fin se deben a las mediciones propuestas por los autores, con discrepancias que pueden ser de orden metodológico -qué materiales fechados se ponen en qué fase- o de índole técnico -la técnica de fechamiento- o incluso teórico (Wiseman, 1985). El periodo Protohistórico- Histórico se divide en tres fases: la Pos-pueblo (por extensión pos-Fase El Paso) va del 1450d.C. a 1580d.C., considerado el periodo de los primeros contactos con el mundo occidental. La Fase Protohistórica 1580d.C. a 1660d.C. señala el inicio de la población virreinal, con las primeras fundaciones (incluyendo Santa Fe y Paso del Norte) y primeros conflictos. La Fase de Misiones Temprana va del 1660d.C., a 1680d.C., y es un periodo de expansión acelerada de la presencia novohispana bajo el esquema principal de las misiones

franciscanas. La última fase, Misiones Tardías, inicia en el año de 1,680 d.C., fecha de inicio de la rebelión de los Indios Pueblo, que además de expulsar por casi once años a los novohispanos de la mayor parte de Nuevo México, significaría un cambio en la relación con los indígenas del septentrión con mayor desconfianza y constantes tensiones (Miller, 2001).

Algunos autores separan la Fase Mesilla en Temprana (200/400d.C. a 650d.C.) y Tardía (650d.C. a 1000d.C.) debido a su gran extensión (Wiseman, 2019). Esto ha sido posible debido a los cientos de fechas de radiocarbono que se han analizado; para los arqueólogos estadounidenses la precisión en los fechamientos es un punto central en sus investigaciones. La propuesta principal para datar la Jornada Mogollón proviene de los trabajos de Miller (Miller, 2001, 2005; Miller & Kenmotsu, 2004; Perttula et al., 1995), pero el autor ha investigado principalmente la región Trans-Pecos, incluso llamada East Trans-Pecos Region con que también se conoce a la Gran Área El Paso. Miller (2004) agrega una fase más previa a Mesilla, y la llama Hueco Phase, caracterizada por una ocupación no cerámica en donde se habitaba principalmente en cuevas, pero se trata de un periodo pobremente estudiado (Wiseman, 2019, p. 1 10). Hueco Phase parece ser un periodo de transición entre el Arcaico y el Formativo, que Whalen (M. E. Whalen, 1977) identifica en el Bolsón de Hueco con una ocupación muy somera que puede confundirse con la presencia Arcaica.

Mesilla es el periodo en el que se inicia la producción cerámica, aunque ya se conocía la agricultura, y también comienzan a aparecer las pithouses, la mayoría tendientes a la circularidad y unas pocas de geometría irregular. Lehmer consideró que las pithouses están inspiradas en las más tempranas estructuras del área Mimbres, hacia el este, e incluso pensó que eran obra de migrantes; pero hoy en día se ha demostrado que es poco probable ese movimiento de población, prefiriéndose la idea de que lo que se mueve es el saber y no necesariamente la gente. Las principales excavaciones de Mesilla vienen de un sitio llamado Los Tules, en donde se nota la presencia dominante del tipo cerámico El Paso Brown y unos pocos ejemplares de El Paso Bichrome, y aún menos tiestos importados de los Mimbres. Tomando como referencia el trabajo de Whalen (1997) en Hueco Bolsón, podemos inferir que el patrón de asentamiento era estacional, no ocupaban durante todo el año las viviendas y más bien habría una simultaneidad en la habitación; en otras palabras, el mismo grupo vivía en lugares cercanos y regresaba constantemente a hacer uso de los recursos, lo que podría significar para nosotros algo como tener

varias casas en un muy grande terreno. Por ello, lo que se observa son grupos de sitios o “clúster”, perfilándose esa forma única de ocupación que caracterizara a lo Jornada Mogollón.

La Fase Doña Ana también ha sido separada recientemente en dos: la Temprana (1000d.C. al 1150d.C.) y la Tardía (1150d.c al 1275/1300d.C.). Es considerada una fase de transición que muestra incremento de los tipos cerámicos Brown y Bichrome de El Paso, y donde aparece por primera vez el tipo El Paso Polychrome. Se edifican por primera vez viviendas superficiales de forma circular y rectangular (Wiseman, 2019, p. 1-10). La cantidad de asentamientos se multiplica, los clústeres se vuelven más numerosos, los que ya existían crecen considerablemente, y al mismo tiempo aumentan los sitios “aislados” (M. E. Whalen, 1977). Es simultánea al periodo más intenso de ocupación de Paquimé en las Fases Buena Fe (1060d.C. al 1205d.C.) y Paquimé (1205d.C. al 1265d.C.) en el periodo Medio (Braniff Cornejo, 2008).

La Fase El Paso (1275d.C. a 1450d.C.) es contrastante, pues por un lado se intensificó la ocupación en tamaño y densidad, los elementos iconográficos de El Paso Polychrome se volvieron más complejos, el volumen de cerámica decorada aumentó significativamente, y hubo gran cantidad de cerámicas foráneas en especial de Casas Grandes; también aparecieron los cuartos superficiales múltiples (tipo Pueblo), e incluso grupos de cuartos que formaban estructuras cívico-religiosas. En contraste, el consumo de productos agrícolas descendió drásticamente, y siguieron apareciendo pithouses y cuartos superficiales individuales. Esta fase contemporánea a la llamada fase Diablo (1265d.C. al 1340d. C.) de Paquimé, en donde la ciudad continuó siendo el principal centro comercial del norte, pero cesó su actividad constructiva, los espacios públicos empezaron a usarse para vivienda, aparecieron signos de desintegración social e incluso registros de un incendio en el 1340d.C., y la idea generalizada es que la población se dispersó hacia otros poblados (Braniff Cornejo, 2008). Es factible pensar que los acontecimientos en Paquimé afectaron el área de El Paso, pero no hay certeza en qué medida pudo suceder. No parece haber un acuerdo en clasificar esta fase como la de mayor intensidad, o una de “crisis” de los rasgos culturales, posiblemente se trate de ambas cosas.

La Fase Protohistórica es la menos entendida de la Jornada Mogollón en El Paso. Los acontecimientos de la Fase El Paso no permiten trazar una trayectoria lineal del desarrollo de los Jornada Mogollón. Los pocos trabajos que abordan las Fases El Paso y Protohistórica, en un mismo

sitio arqueológico (M. E. Whalen, 1977; Wheaton & Stephens, 2009), muestran un sensible decremento en la cantidad de asentamientos, aunque esto no significaría su abandono. En el caso de Hueco Bolsón queda la posibilidad de que dejarán de usarse de manera permanente como en la Fase El Paso y se retomará el patrón estacional. Sigue presente la presencia de cerámica El Paso Polychrome, aunque en menor cantidad, la tecnología es más tosca y parecen seguir dependiendo de la caza-pesca-recolección.

Por mucho tiempo, este cambio cultural fue interpretado como el “colapso” de lo Jornada Mogollón, asumiendo que igual que en Paquimé, los pobladores se dispersaron y olvidaron sus antiguos saberes:

“El estilo de vida de la fase El Paso desapareció, este período pasó a conocerse como el abandono (Batcho 17; Carmichael 1984: 11-17, 1986: 17; Haynes 1966; Peterson et al. 1992: 67-70). Los arqueólogos generalmente han favorecido una despoblación solamente por la falta de evidencia de población a lo largo del siglo. Las especulaciones sobre las razones del abandono incluyen mortalidad masiva, migración masiva o una combinación de enfermedades epidémicas, guerras, desnutrición, cambio climático, sequía, hacinamiento o malas condiciones sanitarias que contribuyeron a la desaparición (Upham 1984: otra posibilidad ha sido sugerida por Stuart y 9-24, y Upham 1984: 248-49). Estos autores sugieren que el pueblo Jornada Mogollón cazaba y recolectaba sin marcadores temporales específicos, tales como herramientas fechadas (inusuales en la zona), o conocidas puntas de proyectil, los sitios de habitación de tal pueblo se convertirían en los de los arcaicos cazadores-recolectores. Desde el "abandono" hasta la llegada de los españoles al Suroeste, tales campamentos serían arqueológicamente "invisibles"”(Lockhart, 1997, p. 114–115). Habría que pensar entonces que hubo un reacomodo de patrones culturales, y no un abandono; y si las poblaciones no se fueron, es plausible pensar en que nuevamente utilizarían la batería de saberes ancestrales para adaptarse a nuevas condiciones de vida, mimetizándose con el entorno natural. Este reacomodo podría entenderse como un cambio drástico, si se toman las expresiones más sofisticadas de la Fase El Paso como las que vieron los primeros occidentales. Pero al atender la materialidad como un continuo de estrategias de vida, las diferencias se atenúan dando paso a la posibilidad de un continuo recurrir a los saberes de acuerdo con sus necesidades.

Para aclarar lo que ocurre en la Fase Protohistórica se puede recurrir a la investigación en el sitio LA129533, uno de los pocos trabajos que atendieron en específico esta problemática desde la arqueología. El sitio LA129533 fue localizado en el año 2001, como parte de los reconocimientos para proteger los vestigios arqueológicos durante el proyecto AT&T NexGen/Core Project, Western Cultural Resource Management Inc. (WCRM). Se ubica en la periferia noreste de La Mesa Dunes, al

oeste del Valle de Mesilla, en el Condado de Doña Ana, 25 kilómetros al noroeste del centro de la ciudad de El Paso. En el sitio se localizaron cerámica El Paso Brown, herramientas líticas y dos hornos. Las precarias condiciones de conservación no permitieron obtener mayor evidencia, pero la presencia de hornos puede implicar la existencia de arquitectura por la necesidad de mantenimiento y condiciones de cocimiento (para cerámica) (Wheaton & Stephens, 2009).

A pesar de que la cerámica y lítica que se localizó era de baja calidad, se pudo distinguir de la tecnología arcaica debido a la evidencia de una minuciosa selección de materia prima, que sugiere una experiencia acumulada para obtener resultados favorables, aún con esa tecnología básica en la obtención de lascas de lítica y cerámica. Se fecharon materiales vegetales asociados con fechas entre los años 1310d.C. y 1440d.C. Los materiales recuperados eran muy similares a otro sitio, el LA 26779, trabajado en 1981, el cual era multicomponente, una de sus ocupaciones también fue fechada para el 1420-1650 d.C., con loza El Paso Brown y lítica burda. En ambos casos la pasta era de arenas finas y arcillas con alto contenido orgánico. En los dos ejemplos se propone que la función de los sitios pudo cambiar, entre viviendas plenamente sedentarias para pasar a lugares estacionales de cazador-recolector, debido a los fogones encontrados para producir cerámica (Wheaton & Stephens, 2009).

En la Fase El Paso se producían cerámicas finas, mientras que en la Fase Protohistórica esos mismos fogones producían cerámica tosca, la cual era poco usada en la vida sedentaria y necesaria para la vida nómada²⁷. La hipótesis que se deriva de los materiales en ambos sitios es que los espacios físicos de los asentamientos de Jornada Mogollón pudieron cambiar de función, mientras unos seguían como sedentarios, otros se convirtieron en espacios estacionales, que fue precisamente lo que encontraron los novohispanos. Wheaton y Stephens dicen que no existió algo como un “abandono” sino que:

“La región no fue abandonada, como lo demuestran las poblaciones de cazadores-recolectores móviles que encontraron los exploradores y misioneros españoles en los años 1500 y 1600 (ver Beckett y Corbett 1992; Hammond y Rey 1966). También es difícil atribuir

²⁷ Si un artefacto cerámico como una olla es muy delgado, tiene poca resistencia al transporte y el intemperismo, por lo que las cerámicas gruesas y toscas son preferidas por los grupos trashumantes pues requieren esa resistencia para que sus artefactos sean funcionales. Por otro lado, una cerámica tosca ofrece menos espacio de almacenaje que una fina, el principio de una vida sedentaria es la acumulación de alimentos para la subsistencia, en contextos sedentarios las cerámicas burdas regularmente sirven para la preparación de alimentos y no para el almacenaje. En los dos ejemplos, el tipo de artefactos de almacenaje (las ollas), al ser de manufactura tosca, se entienden como favorables para usarse por nómadas y no por sedentarios.

la afiliación cultural a los sitios de cazadores-recolectores y conjuntos de artefactos que datan de la fase tardía de El Paso y del período protohistórico, dado el carácter nebuloso de muchos grupos de cazadores-recolectores como los Mansos, Sumas, Janos, Jumanos y Apaches” (Wheaton & Stephens, 2009, p. 348).

Aunque los autores consideran prematuro asignar una etnicidad al sitio LA129533: “Con base en los aspectos tecnológicos de la cerámica de LA 129533, es posible que la única vasija del sitio represente la producción de una población de la fase El Paso Tardío, posiblemente de los Mansos ancestrales” (Wheaton & Stephens, 2009, p. 349).

Las expresiones materiales de los Jornada Mogollón en la región de El Paso

En este apartado se busca identificar las expresiones materiales que pudieron contribuir a la urbanidad de Paso del Norte, los aspectos materiales que pueden ser observados en este proceso son: los sistemas constructivos (vivienda), la distribución espacial, los modos de subsistencia (agricultura, caza, recolección, pesca), los materiales (cerámica y lítica) y las estrategias de interacción con otros grupos. La intención es comprender mejor las bases sobre las cuales se construyen las identidades indígenas en los años posteriores al contacto con los occidentales. Se parte de la idea de que hay una relación entre las expresiones materiales y el comportamiento las sociedades. Las personas y los grupos ordenan el mundo percibido a partir de categorías que permiten ordenarlo y darle sentido, esas categorías tendrían una materialidad.

Sistemas constructivos (vivienda)

Los sistemas constructivos son una de las partes que componen la arquitectura, los conforman: la combinación y uso sistemático de materias primas para hacer un edificio, por ejemplo, madera, tierra batida, piedra, cementante, material orgánico para techos y recubrimientos etcétera. La técnica utilizada para la combinación de materias primas, lo que implica la aplicación de saberes especializados. También la forma y características que toma la combinación de materia prima con técnica constructiva. Usualmente los sistemas constructivos muestran las relaciones que entablamos las sociedades con nuestro entorno al hacer uso de materiales disponibles en las cercanías y aplicar el saber acumulado, como parte de la arquitectura nos permite visibilizar la cosmovisión del constructor-usuario.

El presente caso de estudio se centra en los sistemas constructivos para la vivienda pues la casa es el lugar que siempre va a usarse. Analizar el sistema constructivo nos permite no depender de la proyección y final de la edificación, pues sin importar para que fuese pensada y como se terminó usando, requirió del mismo sistema de construcción. La arquitectura va más allá de la forma en que se edifica un lugar, es la concreción material de la acción simbólica de habitar un lugar, que permite la acción técnica de edificar y al mismo tiempo el proceso mental de construir (Rapoport, 1969, 1977b).

Se ha propuesto que la pervivencia de la materialidad indígena es una forma de resistencia cultural y una estrategia de adaptación a nuevas circunstancias. Como resistencia, se daría principalmente en los aspectos domésticos, el ámbito privado es el más favorable para el mantenimiento de las prácticas culturales, a través de la oralidad, trasmisión que se realizaría en el hogar. Entonces, unos de los aspectos que podríamos distinguir en el mundo virreinal es el sistema constructivo y la forma de las viviendas, para ello se describen las casas de los Jornada Mogollón a través del tiempo.

Las primeras formas de edificación permanentes fueron las pithouses o casas-foso. Consisten en la excavación de un nivel variable pero no más allá de los 50cms., esta excavación implica la selección previa de un lugar que pueda ser favorable. Luego se compacta la tierra firmemente en el fondo y las paredes, aunque típicamente se piensa que son de forma circular, en realidad pueden ser ovals, rectangulares, cuadradas o irregulares. En las paredes se descansan una palizada de ramas verticales de tamaño medio que se entrelaza con ramas de menor tamaño dispuestas horizontalmente formando los muros, las ramas deben de tener una elasticidad adecuada para evitar que se rompan pero que resistan el intemperismo. Se cubre el exterior y el interior con material vegetal como ramas, paja, e incluso podría ser con piel de animal, o bien tierra batida. Se deja un acceso bajo (unos 50cms.) a manera de entrada y puede continuar con una rampa hacia el exterior, escalones o umbral sencillo. Dependiendo del tamaño (que también es muy variable) puede tener pequeños troncos en el interior a manera de columnas para apuntalar la estructura, lo que deja huellas en donde se cimentaron. Se excava al menos un espacio para fogón, el cual puede ser solo apisonado o recubierto con piedras, cerámica y/o material vegetal, el tamaño y la forma también son variables (Wiseman, 2019). Las pithouses tienen una alta eficiencia

térmica debido a la combinación de su condición semienterrada (el subsuelo es fresco en tiempo de calor y permite la acumulación de aire caliente en el frío), entradas bajas con rampa (permite circulación de aire o evitar fácilmente dicha circulación), materiales ligeros que pueden recubrirse y permitir una alta filtración de aire cuando no hay recubrimiento o bien evita esa filtración dependiendo el tipo de cobertura (Figura 14).

Originalmente se pensó que las primeras pithouses fueron circulares, que luego “evolucionaron” a rectangulares, enseguida a cuartos superficiales y al final casas tipo Pueblo, pero la evidencia muestra que el abanico de posibilidades de forma, tamaño y materiales se usó en sus posibles combinaciones desde el periodo Arcaico y hasta la fase Protohistórica. A pesar de esto,

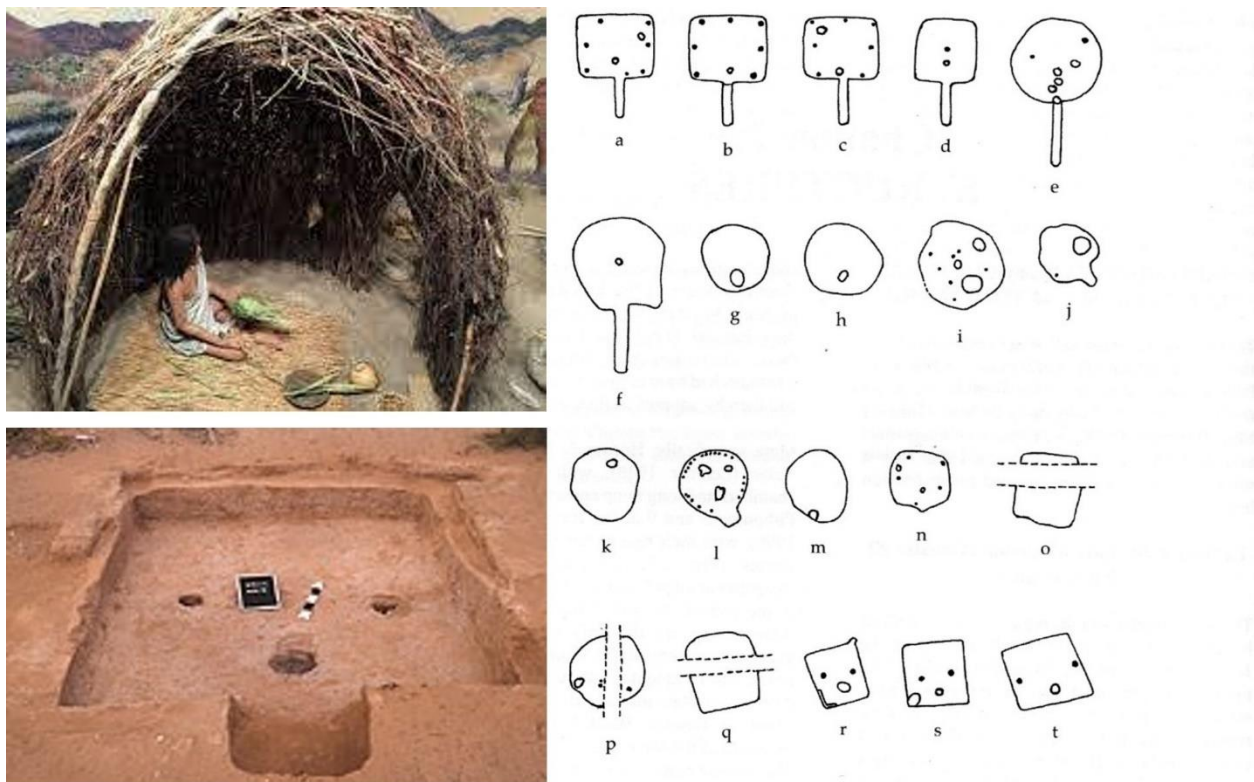


Figure 2-1: Pithouses in the Jornada Mogollon (El Paso) region as originally defined. Approximately to scale. Not oriented to cardinal directions.
a-d. Western Mogollon style pithouses at Los Tules, Rio Grande Valley, Houses 8, 11, 2, 7. Adapted from Lehmer 1948.
e-f. Western Mogollon style pithouses at the Hatch site, Rio Grande Valley, Structures. 9, 5. Adapted from Schaafsma 1990).
g-i. Jornada Mogollon pithouses at the Hatch site, Rio Grande Valley. Unnumbered structure in fill overlying Struct. 5 and Structs. 4 and 6. Adapted from Schaafsma 1990.
j-t. Jornada Mogollon pithouses from various sites in the greater El Paso region. j- Castner Range 80 (EPCM 31:106:3:80) Str. 1; k- BK4 (LA 56834) Str. 1; l- Turquoise Ridge (FB6307) Area 14W; m- Roth (EPCM 32:106:9:4) Str. 2; n-B Vista del Sol (41EP2970) Str. 1; o- Ojasen (41EP289) Str. 1; p- North Hills 1 (41EP355) Str. 1; q- North Hills 1 (41EP355) Str. 4; r- Hueco Tanks (41EP2) Str. 1; s- Loop 375 Project (41EP2724) Fea. 50, Str. 2; t- Dona Ana Airport (LA 26788) Str. 1. Figures o, p, and q were transected by trenches. Adapted from Miller and Kenmotsu 2004.

Figura 14. Izquierda arriba reconstrucción de una pithouse circular en el Museo Arqueológico de El Paso. Abajo, excavación de una pithouse rectangular de Firecracker Pueblo <https://www.texasbeyondhistory.net/firecracker/pithouses.html>. Derecha, diferentes tipos de pithouse encontrados en Great El Paso Region (Wiseman, 2018, p. 2-2).

Wiseman señala que, si hay una tendencia a una mayor presencia de pithouses circulares y ovals en la Fase Mesilla, irregulares y rectangulares en la Fase Doña Ana, rectangulares con un descenso significativo en su uso para las fases El Paso y Protohistórica (Figura 14). La información sistemática de pithouses en la Gran Área de El Paso, viene de dos sitios principales: Hatch y Los Tules, el resto de la de los registros provienen de sitios estudiados a través de los CRM, como se muestra en la (Wiseman, 2019) (Figura 14). También es relevante apuntar que hay indicios en el área de El Paso hay pithouses tan tempranas como 2500a.C. en Keystone Dam (Carmichael, 1985; Wiseman, 2019, p. 24).

La siguiente forma es la de cuartos superficiales, que son observados a partir de la Fase Doña Ana y continuarán en el resto de las fases. Como su nombre lo indica, se distinguen de las pithouses porque no tienen un foso en la planta, son registrados en periodos un poco más tempranos en regiones vecinas como Casas Grandes (Minnis & Whalen, 2015) o la provincia de Rio Grande (Marshall & Walt, 1984), por lo que parece ser una de las ideas que se importaron a El Paso en la Fase Doña Ana, su forma es cuadrada o rectangular, con dimensiones variadas.

La técnica de construcción es a partir de un desplante periférico excavado en la tierra a manera de zanja. En la zanja se colocan tablones de madera en los lados con separaciones intercaladas, formando "cajones". Los cajones se van rellinando de tierra batida (tierra revuelta con agua, material orgánico y minerales) para formar los muros, se deja secar y se le puede agregar o no niveles siguiendo la misma técnica. Los muros son gruesos, mientras que los techos son delgados hechos con morillos verticales unidos por ramas horizontales y con una cama de tierra batida con piedras pequeñas y/o una enramada (Minnis & Whalen, 2015). Debido a la técnica de construcción los muros tienden a degradarse y perder su integridad, por lo que requieren un mantenimiento periódico (Figura 15).

El interior puede ser apuntalado por pequeños troncos a manera de columnas, es suelo es apisonado y suelen no ser muy altos, en Paquimé se usó la entrada baja en forma de T, para Jornada Mogollón no tenemos información, pero es probable que fueran entradas similares. Tiene cuando menos un hoyo para fogón con características similares a las pithouses. Este sistema de construcción es distinto al del adobe, muy usado en tiempo virreinal, la diferencia principal es que el adobe son bloques pequeños apilados, mientras que la tierra batida es a través de cajones.

Los cuartos superficiales también son eficientes térmicamente, aunque menos que las pithouses. Su capacidad de retener la temperatura alta o baja en el interior es en función del grosor de sus muros, orientación y altura de los techos. Los cuartos superficiales individuales se siguieron usando incluso durante el virreinato, es muy probable que es el tipo de habitación que los españoles llamaron “jacales” (aunque ese término era más bien usado para edificaciones de bajareque).

El último tipo de habitaciones es cuartos contiguos tipo “Pueblo” por ser en las comunidades de Río Arriba en donde se encontraron de manera más prolífica. Aparecen en la Fase Doña Ana Tardía, aunque su mayor auge es durante la Fase El Paso; también parecen ser una influencia de los grupos Casas Grandes o de los Anazasi. La técnica y características de los cuartos tipo Pueblo es muy similar a la de los superficiales; la diferencia radica en que los Pueblo son

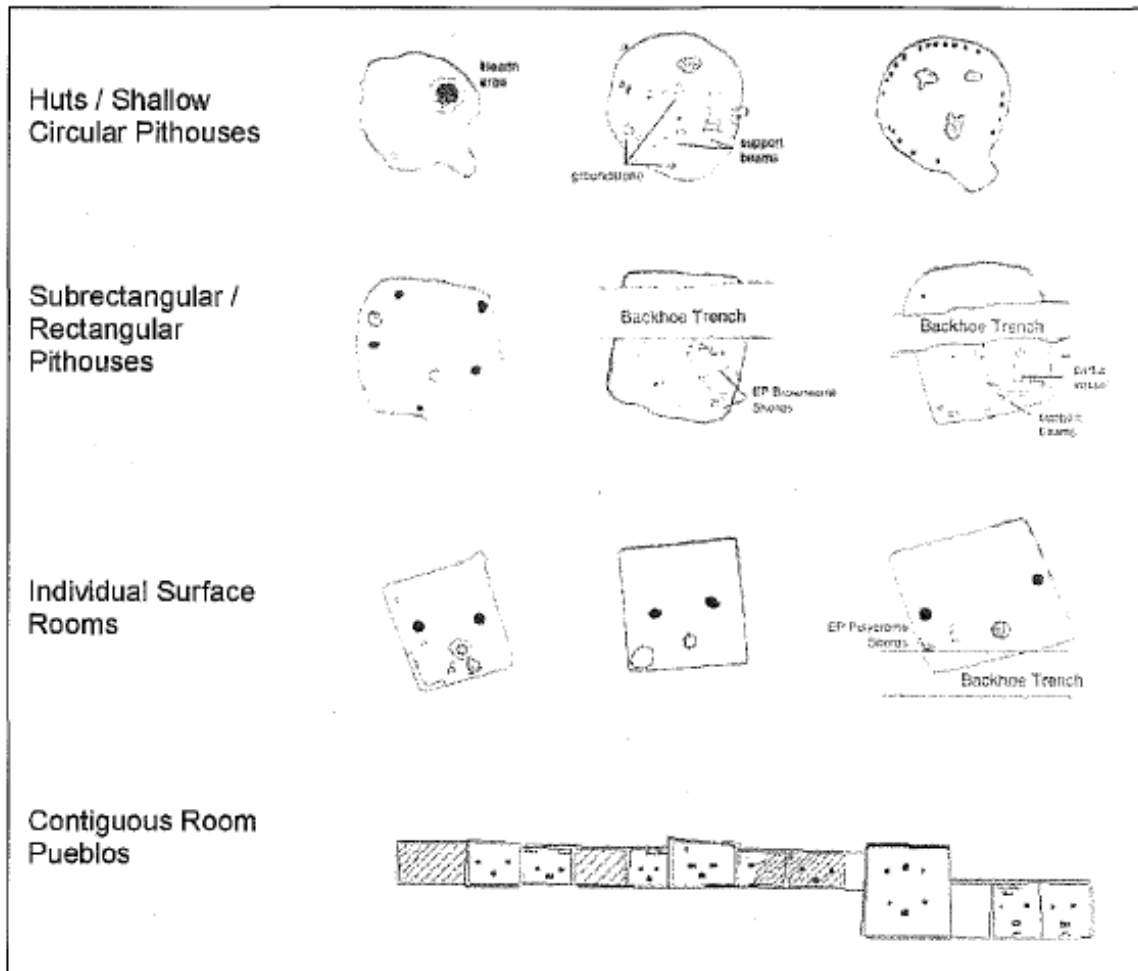


Figure 4. Representative house forms and generalized Jornada Mogollon architectural sequence (modified from Miller and Kennotsu 2004).

Figura 15. Tipos de habitaciones superficiales (Wiseman 2018)

cuartos contiguos, formando largas filas que muchas veces no permite la instalación de accesos horizontales (puertas), optando por los accesos desde los techos (Wiseman, 2019). Al estar contiguos los cuartos tipo pueblo son muy firmes, permitiendo la colocación de pisos consecutivos, Paquimé es el ejemplo más elaborado de este tipo de edificaciones en la prehistoria, mientras que Taos es el pueblo histórico más destacado con esta arquitectura (Figura 16).

Durante la Fase de El Paso hay una gran combinación de construcciones y cuartos tipos pithouse, superficiales y Pueblo. Los cuarto tipo Pueblo de El Paso se distinguen del resto de los Jornada Mogollón por gran tamaño y variedad en geometría van de los 1.5m x 3.5m a los 6m x 8m. Las casas están agrupadas en ejes que dejan los muros en la misma orientación, aunque esta no es uniforme. La cantidad de cuartos contiguos pueden ir de 1 a 100, dos de los lugares más sobresalientes con este tipo de viviendas son Hot Well Pueblo en el noreste de El Paso, dentro de las instalaciones militares de Fort Bliss (Miller & Kenmotsu, 2004) y Firecracker Pueblo también al noreste de El Paso, en las inmediaciones de la carretera 10. Ambos casos permiten observar la complejidad de los cuartos tipo Pueblo, pues su permiten la generación de espacio públicos a partir de su disposición (Wiseman, 2019) (Figura 17).

En las excavaciones del sitio LA129533 del Condado de Doña Ana se documentó el uso de distintos sistemas constructivos para los periodos tardíos, Wheaton and Stephens (2009) reportan huecos en el suelo correspondientes a las llamadas pithouses, así como huellas de cuartos hechos con bajareque, aunque no descartan la posibilidad de casas de mampostería. Bradley (1997) también reportan presencia de sistemas constructivos tipo bajareque y mampostería para las unidades habitacionales indígenas en San Elizario, adicionalmente consignan el uso de adobe. Marshall (Marshall & Walt, 1984) en su amplio estudio sobre las comunidades indígenas del Río Grande dicen que los distintos grupos prehispánicos utilizaron de manera alterna cualquiera de los cuatro sistemas constructivos. La arquitectura habitacional es uno de los elementos más reconocibles tanto en el registro arqueológico como en las fuentes escritas.

Uno de los aspectos más relevantes de los sistemas constructivos en la Gran Área de El Paso es que mantuvo una mezcla de formas, técnicas y tamaños de sus edificaciones durante las distintas fases: “La arquitectura de la Región de El Paso entre los años 100 y 1450 d.C. fue bastante



Figura 16. Ejemplos de casas tipo Pueblo. Abajo Paquimé, arriba Taos Pueblo. Imágenes de acceso libre.

heterogénea. La progresión de las formas arquitectónicas y la ausencia de un reemplazo estricto de una forma por otra confunde, pero no niega por completo la secuencia de fases Mesilla/Doña Ana/El Paso propuesta por Lehmer” (cf. Miller and Kenmotsu 2004) (Wiseman, 2019, p. 2 5). Esta combinación es única, si la comparamos con por ejemplo los asentamientos Piro, estudiados por Marshall (1984), que si mantienen esa trayectoria más lineal. Nuevamente esto parece ser el resultado de una capacidad de adaptación usando saberes ancestrales.

Distribución espacial

La distribución espacial tiene dos escalas de observación: la primera es la disposición del entorno edificado en una unidad continua de terreno, es decir la manera en que se organizan las poblaciones, en la arqueología es conocido también como planificación de asentamiento (M. E. Smith, 2007). La segunda se refiere a la manera en que las poblaciones se ubican en una región o unidad sociopolítica, se conoce también como patrón de asentamiento. En ambos casos son aplicables los principios teóricos planteados del entorno construido acerca de que, la organización espacial de las edificaciones y poblados responden a una organización mental del individuo o grupo que los construyen, está es una condición histórico–espacial, por tanto, única en el desarrollo humano, aunque existen elementos comunes a las culturas en el tiempo (Norberg-Schulz, 1979, p. 20–22). La distribución espacial del entorno construido reproduce también las estructuras socioculturales que las comunidades tenían, esto en una relación dialéctica entre el propio entorno construido y los habitantes/usuarios del asentamiento (Hanson & Hillier, 1984).

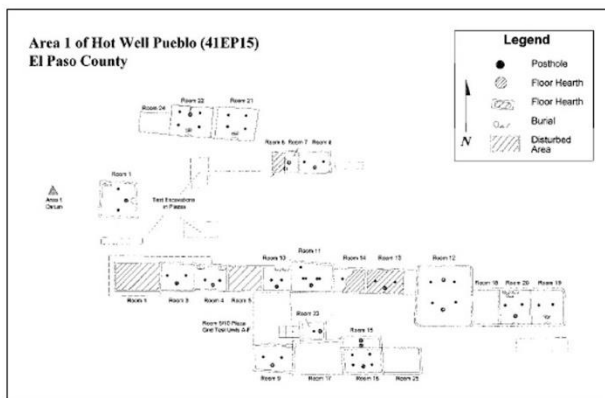


Fig. 7.26. Layout of rooms and room blocks at Area 1 of Hot Well Pueblo (41EP15), El Paso County, Texas.

Figura 17. Derecha dibujo de las casas tipo Pueblo en Hot Well Pueblo (Miller & Kenmotsu, 2004), izquierda excavación de una casa tipo Pueblo en Firecracker Pueblo <https://www.texasbeyondhistory.net/firecracker/pubarch.html>.

En cuanto a la distribución espacial al interior de un poblado, tenemos muy poca información en la Gran Área de El Paso. En parte es por falta de trabajos extensivos en el área, pero también hay elementos teóricos en esta apreciación que impacta el estudio de las ciudades premodernas: ¿cuál es el límite de una población (por ejemplo, una ciudad)? Hoy en día podemos establecer criterios cuantitativos como hasta donde ya no hay infraestructura básica, desgraciadamente no podemos establecer esos criterios al pasado. Para complementar el marco informativo de la distribución espacial se usa el ejemplo de Paquimé en la vecina Casas Grandes, y uno de los pocos casos en donde se distingue la distribución espacial, en el sitio Hot Well Pueblo cercano a Fort Bliss durante la Fase El Paso.

Paquimé hacia el Periodo Medio (1060-1340 d.C.) está delimitado por arroyos al norte y sur, los pastizales al este y las estribaciones de la sierra al oeste (señalado por un sistema de canalización de agua). La ubicación de las unidades habitacionales está ligeramente cargada hacia el este, dejando los principales espacios cívico-religiosos (montículos) hacia el sur, este y norte. En las unidades habitacionales se encuentran áreas de producción y de descanso alternando con lugares para almacenar comida, cuidar animales, edificios no habitacionales e incluso militares. Las habitaciones tipo “Pueblo” se agolpan una contra otra de manera contigua, formando un núcleo que es rodeado por los espacios más públicos, al interior también hay patios que conectan distintas unidades habitacionales (Braniff Cornejo, 2008; Minnis & Whalen, 2015). Los patios parecen ser la clave de la forma de vida en un lugar como Paquimé pues señalan lugares de conexión interna y permiten distinguir lo que está “afuera” y lo que no, así como complejas relaciones sociales mediante las diferencias entre un grupo de viviendas y otro.

Paquimé es el ejemplo más prolífico de poblaciones con viviendas tipo “Pueblo”, pero otro ejemplo útil para aclarar la distribución espacial es el sitio La Magdalena al sur de Albuquerque es un lugar que fue habitado por los Piros ancestrales, llegó a tener hasta 290 cuartos, de acuerdo con Marshall fue creciendo de tamaño hasta alcanzar 5 grupos de clúster de casas tipo Pueblo (Marshall & Walt, 1984). La ubicación de los clústeres dejaba el espacio para una plaza exterior (entre el grupo 3 y 5 ver Figura 18) que llegaba hasta el límite de la mesa baja en donde se ubica y otra entre los grupos 1 al 4, dejando los espacios intermedios de los grupos como patios (Figura 18). Esto es

importante porque señala la necesidad de un área de conexión, la plaza, en donde se llevarían a cabo las actividades públicas, cuestión que no veíamos en los periodos más tempranos

En el caso del sitio Hot Well, se sigue el patrón de planificación, en una escala menor, que al observado en Paquimé: los grupos de vivienda tipo Pueblo cargadas hacia un lado (el sureste), dejándose rodear por posibles plazas -espacios públicos-. También hay varios grupos que “cierran” una plaza central. Hot Well es uno de los sitios más tardíos del Formativo y parecería indicar esa trayectoria acumulativa “de lo simple a lo complejo”, pues tiene en su núcleo más de una treintena de cuartos y en total alcanza casi la centena de habitaciones, formando complejos que dan cabida a plazas y patios (Figura 17). El problema con lo Jornada Mogollón es que sabemos que para la Fase El Paso, cambia su patrón de subsistencia para favorecer el consumo de productos de caza-pesca-recolección, tampoco hay otros indicadores de desarrollo de la jerarquización social. La distribución espacial al interior de los asentamientos nos muestra que, si bien los Jornada Mogollón saben utilizar las estrategias para planificar sus asentamientos, parece solo usarlas en función de los

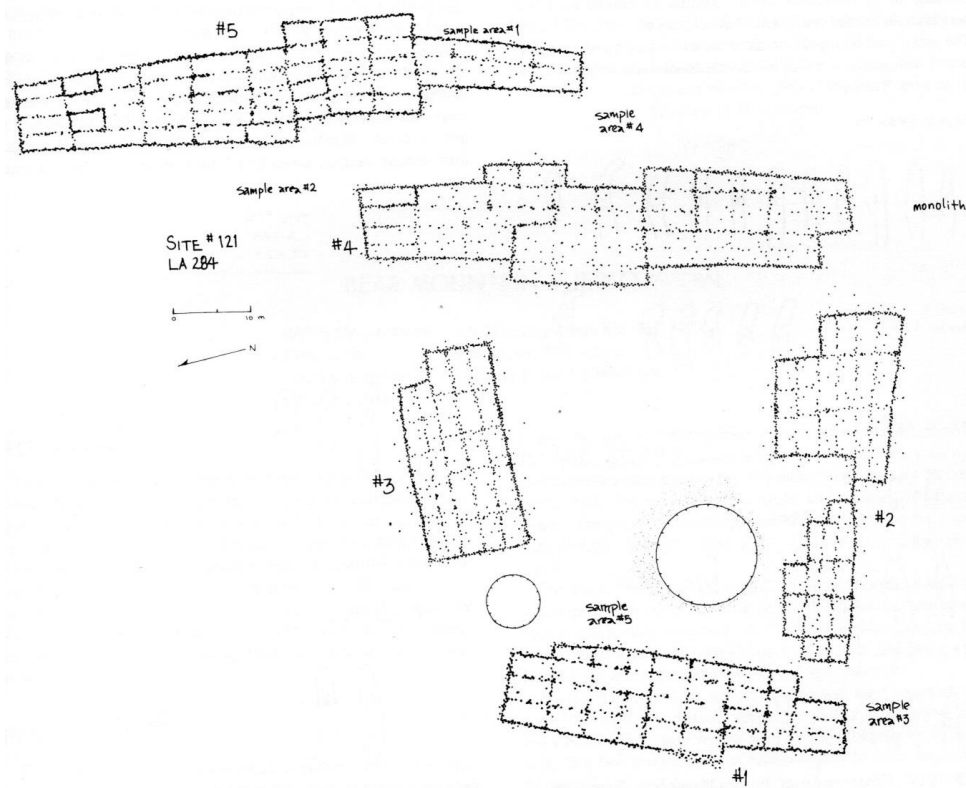


FIGURE 9.86. Pueblo Magdalena. Illustration—Caren Walt

Figura 18. Mapa de Magdalena Pueblo en (Marshal, 1984).

beneficios adaptativos (por ejemplo, crear patios cerrados te permite generar áreas de producción más confortables), y no necesariamente como parte de la estratificación social.

En cuanto al patrón de asentamiento tenemos que en términos generales que hay una intensificación en la cantidad y tamaños de los poblados conforme avanzó el Periodo Formativo, siendo la Fase El Paso la más densamente poblada. Sin embargo, debido a que no hay un trabajo sistemático de reconocimiento en la subregión de El Paso Basin no se ha podido determinar un patrón reconocible. En la vecina subregión de Hueco Bolsón si se llevó un trabajo muy completo que nos permite hacer una analogía de lo que ocurrió.

Uno de los grandes retos de la arqueología de CRM, al igual que los salvamentos en México, es la posibilidad de unir la información que va surgiendo de manera aleatoria en un discurso coherente (Muñiz García & Sumano Ortega, 2017), los vestigios son de por sí de naturaleza inconexa, si a esto agregamos que en los CRM-salvamentos no es posible decidir la cantidad de cobertura en un reconocimiento, tenemos una severa dificultad para generar explicaciones coherentes. Esta situación se agrava en contextos de urbanización acelerada, como Juárez-El Paso. En los repositorios especializados estadounidenses hay una gran cantidad de reportes de trabajos de CRM que, como ya lo apuntaba Wiseman (2018), se limitan a repetir los antecedentes, justificar en pos de la salvaguarda del patrimonio, extrapolar una metodología “apropiada”, describir, hacer pruebas arqueométricas y concluir que hacen falta trabajos sistemáticos. Y ciertamente es necesario uno o varios y trabajos que conecten los resultados de los CRM con un panorama general de El Paso Basin²⁸.

Una de las formas de suponer el patrón de asentamiento es a través de la distribución de cerámica²⁹. La presencia de cerámica no implica la existencia de una vivienda, pero si es muy probable que así hubiese alguna cerca; “la vida se da siempre en un lugar significativo” dice Rapoport, la cerámica es evidencia de una actividad humana y aunque no sepamos cantidad ni

²⁸ La sistematización de esta información es una labor que trasciende los objetivos de este trabajo, pero baste mencionar que se ubicaron no menos de una veintena de trabajos CRM en el área urbana de El Paso o sus cercanías, con resultados muy disímolos, pero que en general muestran evidencia muy similar a la que se ha planteado en los otros apartados en cuanto a características materiales y temporalidad.

²⁹ Muchos de los trabajos de CRM e incluso de investigación sistemática, son solo de superficie, sin excavación, esto limita la obtención de dato a lo poco que sea observable a simple vista dejando velado lo que este soterrado, siendo lo más común de observar la cerámica, lítica y fragmentos de arquitectura. Hay que agregar el proceso de destrucción de los sitios y la imposibilidad de acceso a ciertos lugares durante una investigación.

características de la vivienda en la que se manipulo esa cerámica, si podemos asumir su existencia. Brown et al. (2004) utiliza información proveniente de CRM y otras investigaciones para afirmar que, la mayor intensidad en la aparición del tipo cerámico El Paso Brown (típicamente domestico) es durante la Fase El Paso, con un descenso muy significativo hacia el periodo histórico, lo que es muy claro en la Figura 19 (R. Brown et al., 2004, p. 270).

Las investigaciones en Hueco Bolsón se llevaron a cabo en varias temporadas durante la década de los setenta. Se realizó un recorrido por cobertura total en la porción este y centro del Bolsón de Hueco bajo el enfoque del Ecologismo Cultural. Los resultados muestran que el periodo intenso de ocupación se dio a partir de la Fase Doña Ana, aunque de manera más significativa en la Fase el Paso. En este último periodo desaparecieron las pithouses y se edificaron conjuntos complejos incluyendo cuartos contiguos tipo pueblo y arquitectura cívico-religiosa. La mayoría de los sitios eran habitacionales y se encontraban en las cercanías de fuentes temporales de agua o zonas de deposición aluvial como “playas”, similares a las tierras en las riberas del rio del Norte (M. E. Whalen, 1977).

Whalen menciona que tras la Fase El Paso hay un “repentino colapso”, que se infiere por la menor cantidad de viviendas, pero como hemos visto esto puede ser engañoso, pues más bien los habitantes de Hueco pueden estar cambiando de estrategia de vida. Whalen duda de la posible continuación de lo Jornada Mogollón con los Mansos históricos, aunque deja abierta esa posibilidad por los trabajos de Rex Gerald (M. E. Whalen, 1977, p. 8), hay que considerar que en ese momento no había investigaciones suficientes o como las del sitio LA129533 (Wheaton &

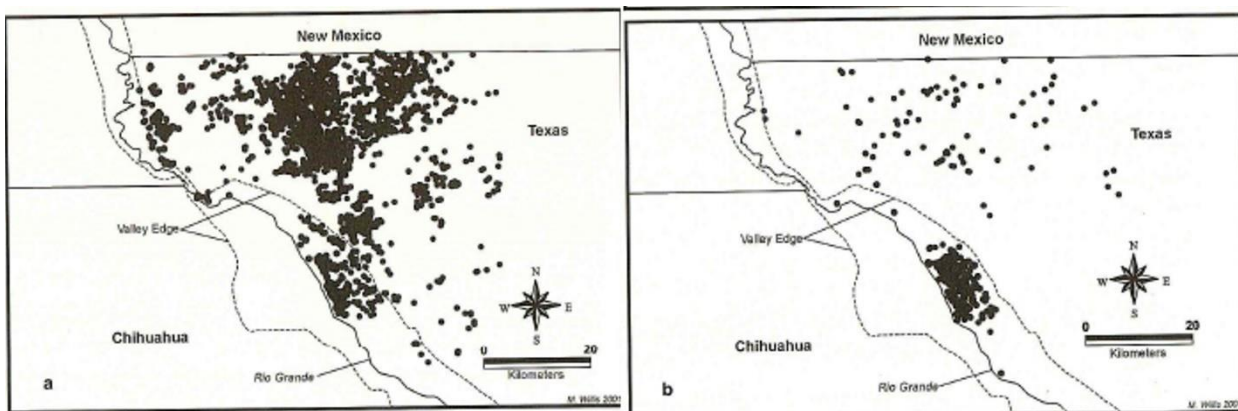


Figure 13.2. Brown ware distribution maps: (a) pre-Hispanic brown ware; (b) historic brown ware.

Figura 19. Distribución de El Paso Brown en periodo prehispánico (Brown et al., 2004, p.270)

Stephens, 2009). También menciona que el área fue utilizada posteriormente (en el periodo histórico) por los grupos Tiguas como un área de caza-recolección y de prácticas rituales, así como por N'dee (Faraones y Llaneros) con el mismo fin (M. E. Whalen, 1977, p. 9). El autor deja entrever una visión colonialista, que abona a la negación del pasado indígena al decir que “el primer asentamiento americano” fue la migración masiva de colonos anglosajones tras la guerra contra México, repitiendo el discurso historiográfico de que el Bolsón de Hueco estaba “vacío” (M. E. Whalen, 1977, p. 10).

En cuanto al patrón de asentamiento en Hueco se localizaron 414 sitios arqueológicos de muy diversos tamaños y complejidad, la mayoría tienen evidencia de vida agrícola. El trabajo divide las zonas de habitación de acuerdo con criterios ecológicos: montaña, desierto alto, desierto medio y desierto bajo, siendo el desierto medio el de mayor ocupación con más de la mitad del total de sitios identificados por temporalidad. El Desierto medio lo separan en lugares de playa (zonas de deposición aluviales) y no playas (cercanas a las montañas), siendo la de no playas siempre la más numerosa, esto es debido a que en esos lugares había escorrentías de agua de la montaña o manantiales. Las conclusiones al respecto son muy significativas: “Primero, se puede sugerir que las playas no siempre son determinantes de la ubicación de un sitio prehistórico. Más bien, se ha encontrado que las playas son lugares importantes de actividades bajo un conjunto de circunstancias (especialmente en el Desierto Bajo) y en ciertos períodos (la fase Mesilla). Sin embargo, se sugerirá en la siguiente sección que estos sitios de playa del desierto bajo pueden no ser más que campamentos temporales” (M. E. Whalen, 1977, p. 19).

Con base en la información recuperada hacen una clasificación de los asentamientos de acuerdo con su tamaño: 1. Campamentos pequeños: posiblemente lugares de ocupación incidental. 2. Campamentos grandes: con un rango de hasta 5 hectáreas y con densidad de materiales uniforme pero baja. 3. Aldeas: pequeños núcleos de habitación permanente de 1 a 5 hectáreas con entre 1 y 5 household³⁰ y no más de 20 personas, con una densidad de materiales alta y diversidad de artefactos. 4. Villa pequeña: asentamientos de entre 1.5 y 3.5 hectáreas con entre 5 a 10 household y una alta concentración de materiales. 5. Villas medianas: son grandes

³⁰ No hay una traducción adecuada para este término, pero se refiere a una unidad habitacional típicamente ocupada por una familia ampliada, que puede contener varios cuartos y patios (Blanton, 2012).

comunidades nucleadas de tamaño que va de las 3.5 a las 6 hectáreas, entre 10 a 20 household con una población de hasta 80 individuos. 6. Villas grandes: son también concentraciones nucleadas de entre 6 a 10 hectáreas con unas 30 a 60 household y hasta 240 personas, aparentemente este tamaño de población no existió en la Fase Mesilla y fueron muy escasas en la Fase el Paso (solo 5), siendo los núcleos poblacionales más grandes (M. E. Whalen, 1977, p. 18–21) (Figura 19).

Es muy probable que las Villas Grandes sean las que hayan sido registradas como “rancherías” en crónicas como la de Hernán Gallegos (J. R. Craddock & DeMarco, 2013; de Marco & Craddock, 2013a, 2013b) o incluso Antonio de Benavides (Benavides, 1630). Por el tamaño, es difícil que una ranchería no fuera un asentamiento permanente, la diferencia entre el registro arqueológico y la fuente histórica sería la forma de vida. Para el arqueólogo una Villa es permanente, aunque no se vivan todos los días ahí, o no todos los integrantes de la familia, por ejemplo, un cazador-recolector vive ahí meses. Es posible que por momentos del año una habitación no tenga gente viviéndola, pero es un lugar de ocupación permanente, más allá de la asociación con la agricultura, en cambio la fuente histórica puede verlo como abandonado o como un pueblo “sin policía” es decir salvaje, que es la definición que hacen varias de las fuentes de los pueblos de indios Mansos y Sumas.

Los estudios en Hueco Bolsón nos permiten suponer una dinámica de asentamiento similar en El Paso Basin (incluso la extensión es similar), con una densidad de población que debió ser cercana y la presencia de los mismos materiales cerámicos. En Hueco habían 5 Villas Grandes en la Fase el Paso, 4 de ellas en un trazo casi lineal en un eje noreste suroeste, el resto de los asentamientos se encuentran en una distancia moderada a ellas y en zonas de captación de agua como las escorrentías (Whalen 1977, p. 15–21). Estas villas grandes, no están en las tierras más favorables para la agricultura como las playas aluviales, pero otros sitios más pequeños si lo están. Podemos suponer que están haciendo uso de la totalidad de recursos: agua y posiblemente huertas en las zonas de escorrentía, agricultura en la parte del desierto medio y caza-recolección en la zona del desierto bajo.

Algo similar puede estar ocurriendo en El Paso Basin, en donde pudo haber por lo menos 5 villas grandes en una disposición lineal que seguía el curso del río (noroeste-sureste), siendo estas

las poblaciones más grandes, en las que posteriormente se habrían asentado los poblados de Misión de Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Socorro e Ysleta, recordando que las fuentes refieren que estos lugares había “rancherías” de indios Mansos y Sumas. Estos asentamientos estarían explotando los suelos aluviales con agricultura y aprovechando el río para pesca. Debieron existir más poblaciones repartidas principalmente en la zona de escorrentías pegadas a las montañas (Franklin, Sierra de Juárez y Cristo Rey) y en menor medida en la zona intermedia entre las montañas y el río, para realizar caza-recolección. Si bien, esto es especulativo, hay elementos comparativos de información arqueológica y fuentes históricas para sostener esta hipótesis. De este modo, el patrón de asentamiento sería uno de los elementos materiales principales del estrato indígena que da forma a la forma urbana y luego a la urbanidad en Paso del Norte.

Hemos visto como los Jornada Mogollón van a hacer uso de todos los saberes que tengan a su disposición. Los antiguos habitantes de El Paso no parecen ser una unidad política, aunque lo pueden ser en lo social y en lo cultural, las delimitaciones físicas están muchas veces relacionadas con el ejercicio de poderes jerárquicos. Los Jornada Mogollón ocupan y usufructúan amplios espacios, las distancias en este entorno natural son relativas. En suma, la delimitación de un poblado para su análisis de distribución es desde nuestra visión moderna-occidental y difícilmente corresponderá a los patrones culturales endémicos de los Jornada Mogollón. Esto impactará la manera en que el estrato virreinal se entrecruzarán con la idea indígena del espacio ¿Por qué ajustarse a límites físicos inteligibles para ellos? Una de las hipótesis de este trabajo es que la materialidad indígena, como la planificación del asentamiento, se mimetiza con la materialidad virreinal, entonces lo “alargado” o “disperso” de Paso del Norte puede anclarse a una posible manera de entender el espacio de los Mansos; el continuo de viviendas a espacios no regulares.

Subsistencia

La subsistencia durante las fases Mogollón es otro de los aspectos que se pueden rastrear en la evidencia material. La caza-pesca-recolección se mantiene presente todo el tiempo, la manera de observarlo es a través de las evidencias paleobotánicas de productos provenientes de esa forma de vida. Durante la Fase Mesilla la principal fuente de subsistencia fue la casa-pesca-recolección,

también tienen patrones de consumo de productos agrícolas, en especial de maíz. Hay evidencia de consumo de maíz domesticado en la región desde el 3500a.C., y no más tarde del 995d.C.

Durante la Fase Doña Ana aumenta el consumo de productos agrícolas, en donde se convierte en la principal forma de sustento, agregando el frijol y otras plantas de recolección (Wiseman, 2019). Para la Fase El Paso el consumo de productos agrícolas cae a cerca del 10%, lo cual es un elemento muy interesante para evaluar pues contradice la trayectoria del evolucionismo cultural (Wiseman, 2019, p. 4 1), si es en la Fase El Paso es en donde se alcanzaría el máximo “desarrollo” esto debería corresponde a una forma de vida plenamente agrícola. Otros aspectos como cerámica, patrón de asentamiento, interacción con otros grupos y arquitectura apuntarían a esa idea evolucionista, pero el indicador principal que es la agricultura se retrae, sin que haya evidencia de volver a un patrón de asentamiento nómada. Algo parecido se observa en Hueco Bolsón: “Sin embargo, la distribución y naturaleza de los sitios de El Paso muestra que la agricultura continuó complementándose, probablemente de manera sustancial, con la recolección de recursos de plantas silvestres y la caza”. (M. E. Whalen, 1977, p. 141).

Esto lo que nos muestra es que los habitantes de la Gran Región de El Paso hacen uso de sus saberes de manera combinada, ser sedentarios, pero no agrícolas, lo que nos permite pensar que más adelante en la Fase Protohistórica la supuesta dispersión puede simplemente ser el uso más intenso de un patrón nómada sin que eso implique un “retroceso” o cambios en los otros aspectos de la cultura. Podemos decir que la batería de saberes que tienen, lo usan de manera alternada en su intensidad para adaptarse a las distintas circunstancias, algo que seguramente hicieron en el periodo virreinal.

Cerámica

La cerámica ha sido utilizada por los arqueólogos en múltiples contextos como un elemento identitario al interior de los grupos indígenas (Charlton & Fournier, 1997; Cusick, 1988; Panich, 2013). Los distintos autores coinciden en que la cerámica es uno de los elementos diagnóstico de lo Jornada Mogollón y más adelante de los Mansos. Como vajilla doméstica está El Paso Brown y el Paso Bichrome, mientras que la cerámica fina corresponde a El Paso Polychrome. La presencia

constante de estos tipos cerámicos desde la Fase Mesilla y hasta el periodo histórico puede ser vista como un elemento de resistencia e identidad cultural.

Los tipos cerámicos cambiaron conforme avanzaron las fases, siendo uno de los indicadores principales (juntos con la arquitectura) del cambio cultural. La cerámica doméstica estuvo presente desde la Fase Mesilla y se mantuvo presente todo el tiempo siendo el tipo principal El Paso Brown de textura muy gruesa, pulido tosco y desgrasantes de gran tamaño (Wiseman, 2019, p. 4 2). Este tipo está presente hasta el periodo histórico siendo uno de los que identifican Brown et al. (2004) como diagnósticos de Los Mansos y cuya fuente de arcilla la ubican en Fort Hancock y Montañas Franklin. El problema con este tipo es que requiere amplia experticia para distinguirla macroscópicamente de otros tipos monocromos de Jornada Mogollón, o bien pruebas químicas para hacerlo (Figura 20) (Rocek 2008). En la misma Fase Mesilla hay El Paso Bicroma, también local y tipos foráneos destaca el Mogollo rojo sobre negro y el Mimbres Blanco sobre negro. En general parecen ser tipos domésticos utilitarios.

Aunque parecen iguales, las vajillas de El Paso Brown se pueden diferenciar en los periodos por su manufactura. Los artefactos tardíos están hechos con una temperatura mayor a la de periodos tempranos, Rocek analiza químicamente cerámicas de la Fase El Paso y dice que: “A nivel general, mayor eficacia de calentamiento, mayor resistencia al choque térmico, mayor resistencia al impacto y mayor resistencia a la abrasión, son características de rendimiento de primera importancia en los recipientes destinados a la cocción prolongada de productos agrícolas ricos en almidón. (*Braun 1983; Schiffer and Skibo 1987:607*)”. (Howey & Rocek, 2008, p. 14). Para la Fase Doña Ana se mantienen los tipos domésticos El Paso Brown y El Paso Bicroma, aparecen tipos exógenos de otras regiones dentro de Jornada Mogollón, como el Three Rivers Rojo, así como el tipo cerámico que permite diagnosticar la presencia de los antiguos habitantes de la Gran Región de El Paso; El Paso policromo, en una versión temprana que se distingue por decoraciones somera de tipo geométrico a manera de líneas gruesas (Figura 21). Wiseman (2019) dice que es posible que su aparición haya sido antes de esta Fase, pero todavía no es posible asegurarlo. Debido a que la diferencia es estilística y no de composición fisicoquímica es muy probable que más que un marcador de temporalidad sea una versión menos estilizada de El Paso Policromo y que por lo tanto

esté presente en todas las fases. Aumentan un poco la densidad de tiestos, parece que la gente de El Paso mantiene una fuerte interacción con sus vecinos Jornada Mogollón (Figura 21).

La Fase El Paso es la más prolífica en densidad de tiestos y tipos cerámicos, se mantiene la presencia de los tipos domésticos El Paso Brown, El Paso Bicroma, así como el tipo decorado El Paso Policromo temprano, pero aparece el tipo más representativo y distinguible de esta región; El Paso Policromo, Nuevamente Wiseman (2019) advierte que es probable que su aparición sea más temprana y que durante todas las fases hayan convivido los tipos diagnósticos domésticos y tipos decorados, recordando que el contexto de creación de esta clasificación responde a una idea de evolución cultural en donde se asumía que el conocimiento se acumulaba y complejizaban las estructuras socioculturales, que esto no fuera así y que más bien pudieran estar conviviendo los distintos tipos en todas las fases, indica que los Jornada Mogollón de El Paso tenían los saberes a su disposición y los usaban más o menos dependiendo de las necesidades del momento, situación



Figura 20. Olla tipo El Paso Brown en el Museo Arqueológico de El Paso. (<https://www.texasbeyondhistory.net/transp/prehistory/images/CER-el-paso-brownware.html>)

que se parece mucho a lo que ocurre en la arquitectura y en las formas de vida. El Paso Policromo es de pasta fina con un terminado pulido rojo sobre negro, la decoración es fina con formas geométricas. En una presentación reciente se planteaba que tiene un lenguaje simbólico muy similar al que se observa en los tipos decorados Casas Grandes. Por otro lado, en esta Fase hay una gran cantidad de tipos foráneos, particularmente los que provienen de Casas Grandes (Wiseman, 2019), de acuerdo con Miller (2005) el Ramos Policromo es el más tipo exógeno más común lo que nos muestra la profunda interacción entre ambas áreas (Figura 22).

Usando los datos de los estudios en Hueco (M. E. Whalen, 1977) tenemos certeza de una baja en la densidad de los sitios al pasar a la Fase Protohistórica, de forma paralela desciende la cantidad de cerámica de los tipos locales, además de no haber registro de tipos foráneos. Lo mismo parece estar pasando en la vecina subregión de El Paso Basin, en ambos casos los tipos locales, en particular El Paso Brown y El Paso Polychrome disminuyen en cantidad, pero se mantienen presentes. La cerámica como elemento identitario se adapta a las nuevas condiciones del protohistórico. Más allá, a finales del siglo XVII se registran estos tipos en Paso del Norte y las misiones aledañas (R. Gerald, 1975b, 1990c), incluso en un periodo tan tardío como el siglo XVIII, cuando se instala el presidio de San Elizario, estos dos tipos van a seguir presentes (R. Brown et al.,

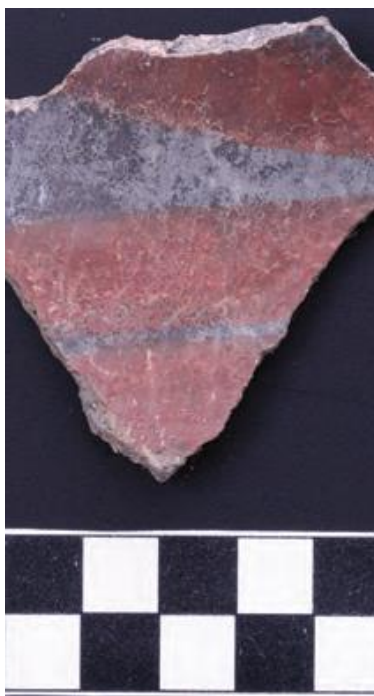


Figura 21 Ejemplos de El Paso Polychrome Der. Hueco (Roberts, 2009). Izquierda. El Paso Polychrome jar sherds Sherds recovered LA 110339 (Mescalero Cave). Photograph by Carol Price.
<http://ceramics.nmarchaeology.org/typology/photos?p=61>

2004). Desde el punto de vista de la expresión material -cerámica-, hay una continuidad de tecnología y estilo desde la Fase Mesilla hasta finales del Siglo XVIII, lo que nos obliga a repensar las categorías que se usan para entender la historia de los pueblos productores de estas cerámicas.

En las excavaciones del sitio LA129533 en el Condado de Doña Ana, Wheaton y Stephens (2009) encontraron una serie de concentraciones de materiales que fecharon para periodos arcaicos (6000a.C.-200d.c) es decir previo a la Cultura Casas Grandes y otros materiales de la fase El Paso, hacia el final del periodo Casas Grandes. Ambos fechamientos eran de El Paso Brown, que ellos han asociado a grupos Manso, este hallazgo coincide con otros como los de Roberts (Roberts, 2019) cerca del sitio arqueológico de Hueco Tanks, en donde también encuentran esta cerámica con dos fechas distintas: previo y al final de la Cultura Casas Grandes. En el trabajo de Wheaton y Stephens se demuestra que las cerámicas arcaicas se distinguían de las tardías debido a su tecnología de manufactura, los estilos en los materiales arqueológicos suelen verse como un indicador de ciertas condiciones sociales que permanecen estables; por su parte, un cambio tecnológico suele asociarse a una transformación profunda en la sociedad que lo lleva a cabo (Stark, 1998).

Si existe un cambio importante en la tecnología, podemos pensar que puede haber un cambio cultural. A simple vista podríamos asumir que, la sustitución de herramientas de piedra por las de metal significaría un cambio cultural profundo. Si bien puede ser así, en un examen histórico más detallado esto tendría sus matices, tal y como lo muestra Silliman para los indígenas

Jornada Mogollon (Greater El Paso Region)

<u>Mesilla Phase</u>	<u>Dona Ana Phase</u>	<u>El Paso Phase</u>
El Paso Brown	early El Paso Poly	late El Paso Polychrome
Perhaps previous holdovers	Perhaps previous holdovers	Perhaps previous holdovers
El Paso Bichrome	Chupadero B/w	Chupadero B/w
San Marcial B/w	Wingate Poly (Houck)	Lincoln B/r
Alma Plain	St Johns Polychrome	Heshota-uthla Polychrome
San Francisco Red	Broadline R/t	Rio Grande Glaze A (or I)
Mogollon R/b	Three Rivers R/t	Gila Polychrome
Mimbres B/w I & II	Others?	Playas Red Incised
Others?		Ramos Polychrome
		Tularosa Corrugated
		“smudged corrugated”
		Others?

Figura 22. Tipos cerámicos por periodo (Wiseman, 2019, p. 3-4)

norteamericanos de California, en donde la convivencia entre tecnologías originarias y europeas está registrada desde el contacto mismo y hasta por lo menos el siglo XVIII (Silliman, 2001), o como en el caso del sitio arqueológico de Tarango en la Ciudad de México (Muñiz García & Sumano Ortega, 2019). La tecnología de El Paso Brown se mantuvo hasta el periodo histórico, lo que nos puede referir una continuidad en las estructuras sociales en una expresión material como la cerámica.

El paralelismo de la cerámica El Paso Brown y Polychrome va más allá de sus características morfológicas. Brown señala que el origen de la cerámica indígena de San Elizario son las montañas aledañas a Paso del Norte “Con base en los estudios de recursos realizados en el Río Grande en el área de El Paso Ciudad Juárez y las descripciones etnográficas de la producción de cerámica, así como un examen de secciones delgadas de arcilla de los yacimientos, es probable que las cerámicas café históricas se produjera utilizando arcillas derivadas de los yacimientos de Fort Hancock y Camp Rice” (R. B. Brown et al., 2004, p. 285). El usar las fuentes de materia prima inmediatas al lugar donde se vive, es una estrategia común en lo Jornada Mogollón. En la región Sierra Blanca, Rocek (2008), realizó pruebas de difracción de rayos X y mineralogía para demostrar que el complejo cerámico Dunlap-Salazar es fabricado con materia prima proveniente de fuentes en las Capitán Mountains en la Sierra Blanca, dichas montañas están adyacentes a los sitios de donde se hicieron las pruebas.

Brown et al. (2019) estudian ampliamente el sistema presidios cercanos a Paso del Norte, incluyendo El Carrizal, San Elizario, misiones como Socorro y Senecú. Los autores encuentran la presencia de este tipo cerámico como principal material arqueológico, ellos atribuyen también a los Mansos-Piros su manufactura y explican que la diferencia entre la cerámica de las fases El Paso y Protohistórica con la Arcaica es el desgrasante³¹, en donde las piezas tardías prefieren cenizas y tierras finas, mientras que la cerámica antigua usa minerales como cuarcitas. También muestran que las cerámicas exógenas tienen una proporción mayor en los presidios que en las misiones.

³¹ El desgrasante o inclusiones son los materiales que le permite al barro la propiedad adhesiva necesaria para que el objeto se cohesionen a nivel molecular tras el proceso de combustión, sin el desgrasante la pieza de barro se fracturaría y no tendría propiedades impermeabilizantes. Puede ser desde materia orgánica hasta minerales o tierras, su uso es considerado por los arqueólogos como un indicador de desarrollo tecnológico, y simbólico.

Brown (2014) mencionan la importancia de la cerámica café como característica de los grupos indígenas que entraron en contacto con los españoles en la región de Paso del Norte. Estos grupos Mansos, Sumas y Piros mantuvieron la cerámica como elemento identitario a pesar de la introducción de nueva tecnología, lo que nos permite establecer una continuidad en el conocimiento de los indígenas a pesar de la llegada del mundo virreinal. En el informe técnico de los trabajos arqueológicos de San Elizario (Bradley et al., 1997), podemos apreciar los elementos que se han mencionado; se identificaron sectores con presencia de indígenas que, por las fechas de ocupación del presidio, llegaron de manera simultánea a la instauración del presidio. Estas comunidades mantuvieron la producción de cerámica similar a la que realizaban en Paso del Norte. Otro elemento relacionado es que Brown y otros (2004, 2014) determinan que la fuente de materia prima para la cerámica en San Elizario y posiblemente el resto de la región de Paso del Norte, se encuentra en las Montañas Franklin y Fuerte Hancock, el dato es relevante pues esto significa un bien estratégico. Otros trabajos de arqueología histórica en Ysleta, Socorro, y la Misión de Guadalupe, coinciden en la presencia de tipos como El Paso Brown y El Paso Polychrome, muy probablemente de la misma fuente de materia prima (R. Gerald, 1990a, 1990d, 1990c, 1990b).

El Paso Brown y El Paso Polychrome estarían usando las fuentes de Fort Hancock y Montañas Franklin desde la Fase mesilla y hasta finales del siglo XVIII:

“Los alfareros durante la época prehispánica en el área de El Paso del Norte usaban arcillas y desgrasantes provenientes de las cercanas Montañas Franklin. Estos recursos estaban fácilmente disponibles dentro del rango de 1 kilómetro. de las áreas de población que vivían cerca de los abanicos aluviales y los márgenes de ese suelo de la cuenca. Los alfareros nativos durante el período histórico también utilizaron recursos cerámicos que estaban disponibles en un radio de 1 kilómetro y arcillas derivadas de las terrazas del Río Grande. El cambio en el uso de los recursos cerámicos se explica por un cambio en la ubicación de los pueblos, más que por el agotamiento de los recursos o las diferencias en la tecnología productiva de la cerámica. Los habitantes de la región de El Paso del Norte durante el período prehispánico tardío e histórico residían en ambientes adyacentes” (R. B. Brown et al., 2004, p. 285).

En este punto, se entrelaza la relación/conocimiento con la tierra, la identidad a través de la cerámica, la distribución espacial y las relaciones con otros grupos. La explicación pormenorizada de los trabajos en San Elizario corresponde al siguiente apartado, pero era necesario mostrar qué, aunque hay un vacío en la evidencia del periodo protohistórico, puede ser llenado con la información previa y posterior (Figura 23).

Relación con otros grupos

A lo largo de las descripciones de las fases y materiales se han mencionado las evidencias del contacto de los Jornada Mogollón con otros grupos, ahora retomamos solo los argumentos más sobresalientes. No es posible establecer a precisión las dinámicas de interacción, pero podemos suponer algunas de ellas y extrapolar otras a través de las fuentes escritas. Sabemos que la interacción de los Jornada Mogollón fue más intensa con las culturas Mimbres en la Fase Mesilla, que cambio a un contacto cercano con la Cultura Casas Grandes en las Fases Doña Ana y El Paso. También tenemos conocimiento de una relación constante con los grupos de río arriba (Indios Pueblo), en especial Piro y los N'dee (Mezcaleros, Faraones y Membrillos).

Los grupos Jornada Mogollón de la Gran Área de El Paso habrían estado exportando su cerámica, en particular El Paso Polychrome, a cambio podrían recibir también cerámica o bien otros productos más lejanos como las conchas: Durante la fase de El Paso, la cantidad de artículos foráneos que ingresaron al área aumentó considerablemente. La concha marina para adornos incluye *Nassarius vibrex*, *Olivella* sp., *Glycymeris* sp., *Haliotis*. *Olivella* sp., también se encuentra en gran cantidad provenientes de la costa del Golfo de Texas. Las conchas *Haliotis* provienen de la costa sur de California y la costa exterior de Baja California. La mayoría de las conchas del género *Glycymeris* provienen de la costa del Pacífico de Sonora. (M. E. Whalen, 1977, p. 144). Las conchas



Figura 23. Olla Rojo sobre café "This vessel was made by the mission's Piro or mestizo inhabitants sometime between 1684 and 1740 and represents a blending of Native and European styles. Its depiction of a human head on the body of a lion is what art historians refer to as a "Grotesque," and may be an expression of the Catholic faith."
<https://www.texasbeyondhistory.net/trans-p/prehistory/images/CER-EP1532-96.html>. Izquierda, Brown et al. 2004.

debieron ser un bien de prestigio, recordando los amplios trabajos que se han hecho al respecto en Paquimé (Braniff Cornejo, 2008; Minnis & Whalen, 2015).

Las relaciones con otros grupos parecen ser cordiales, pero surgen algunas interrogantes al respecto, si la relación con Casas Grandes era tan cercana ¿Por qué destruyen Paquimé y no hay huellas similares en los asentamientos Jornada Mogollón? El abandono de Paquimé ciertamente es paralelo a un cambio de estrategia en la forma de vida en Jornada Mogollón, pero como hemos visto, no implica su desaparición. Parece ser entonces, que las relaciones con otros grupos, por más cercanas que sean, no son relaciones de dependencia. Los Jornada Mogollón cambian y se adaptan al auge y caída de sus vecinos.

El que la primera relación intensa sea con Mimbres y la segunda con Casas Grandes puede verse como es que los Jornada Mogollón se adaptan a establecer relaciones comerciales con quienes mantengan una posición hegemónica en la región, integrándose a los sistemas de intercambio que se establecen, sin perder de vista la relación con sus vecinos ancestrales como los Piro rí arriba o los N’dee. En ese tenor la evidencia negativa (falta de) de invasiones o movimientos masivos de población nos hacen suponer una zona con buenas relaciones con grupos sedentarios y con nómadas como los N’dee. Incluso la tradición oral habla de una “amistad” entre Mansos y N’dee (IPACULT, 2020).

Las relaciones entre grupos indígenas trascendieron al periodo prehispánico:

“Peterson y Brown (1992b) definen dos temas generales para la investigación arqueológica del período colonial español en el Valle Inferior de El Paso: la interacción entre grupos culturales y la evolución de la comunidad. El centro de estos temas es el estudio de las relaciones dinámicas y complejas entre las poblaciones indígenas (Manso, Suma y Apache), los pueblos y grupos reasentados de Nuevo México (Piro y Tiwa) y los colonos europeos y la rapidez con la que cambian los arreglos económicos y sociales entre ellos. Estos elementos se reflejan en aspectos de la cultura material y la estructura de las comunidades. Si bien la imagen está lejos de ser clara, el registro arqueológico de los asentamientos en el Valle Inferior de El Paso muestra una disolución de las prácticas tradicionales de subsistencia y la cultura material, lo que indica que los nativos americanos se asimilaron hasta cierto punto a la cultura colonial española. Como lo señaló Vierra (1997b), tales eventos en el área de El Paso procedieron mucho más abruptamente que en los pueblos del norte de Nuevo México. Examinar el grado de evolución de la comunidad y la asimilación cultural, así como la continua resistencia a la asimilación, es uno de los aspectos más prometedores de la arqueología del período colonial español en el oeste de Texas. (Miller & Kenmotsu, 2004, p. 264–265).

Esta es la relación que vamos a encontrar en las fuentes, con base en esta afirmación no parece extraño que tras la revuelta de los Indios Pueblo en 1680 fuera Paso del Norte el lugar elegido para instalar la nueva capital nuevomexicana, los indígenas aliados de los españoles ya tendrán una larga tradición de contacto con los grupos Manso-Suma lo que favoreció la instalación de asentamientos como Socorro, Senecú e Ysleta.

Posibles continuidades. El vacío entre Jornada Mogollón y los Mansos-Sumas.

Los grupos indígenas que poblaron la región de Paso del Norte tenían una larga tradición de resistencia cultural, vista a través de sus materiales identitarios como los sistemas constructivos, distribución espacial, modos de vida, la cerámica y relación con otros grupos, lo cual nos permite distinguir a los grupos indígenas históricos también desde su materialidad. Ellos cuentan con una serie de estrategias en sus modos de vida que usan de manera alternada, pueden cultivar, cazar, pescar o recolectar dependiendo de los momentos que estén viviendo, recurriendo a saberes puestos en práctica por los grupos Jornada Mogollón y Atapascanos. Podríamos conceptualizar lo anterior como un capital de saberes que es implementando de acuerdo con las necesidades del grupo. Los registros arqueológicos muestran que grupos de la fase El Paso usaron de manera simultánea distintos sistemas constructivos, nuevamente un capital de saberes que se usa de manera alterna de acuerdo con ciertas circunstancias. Más allá de saber por qué usan cada estrategia y en qué condición, es relevante tener claro ellos poseen el capital intelectual para poder adaptarse a distintas situaciones y que las usaron a lo largo de cientos de años.

Por mucho tiempo se planteó que hubo una “dispersión” de los Jornada Mogollón tras la fase El Paso y el abandono de Paquimé, este supuesto abandono es el que sustentaría la inconexión entre Jornada Mogollón y grupos históricos como los Mansos y los Sumas. Trabajos recientes contradicen esta afirmación (P. Beckett & Corbett, 1992; R. Brown et al., 2004; Forbes, 1957; Lockhart, 1997; Miller & Kenmotsu, 2004; Perttula et al., 1995; Wheaton & Stephens, 2009; Wiseman, 2019), es probable que la negación de la continuidad de los grupos indígenas o la identidad étnica de los vestigios arqueológicos tenga sus raíces en la visión evolucionista de grupos que deberían “ser más civilizados” que sus antepasados, la evidencia arqueológica apunta a que los grupos Jornada Mogollón de la Gran Region de El Paso y sus descendientes Manos-Sumas tenían

una forma de vida particular, diferenciada de otros grupos que consiste en el uso de sus saberes de manera diferenciada en la intensidad, pero nunca los abandonan por completo, esto con el fin de poderse adaptar a las distintas circunstancias.

De ser así, es posible pensar que aplicaron esa estrategia durante su convivencia con los nuevomexicanos, cambiando sus patrones de subsistencia (apropiándose de las nuevas técnicas agrícolas en particular el de las acequias), sus formas de construcción (de tierra batida a adobe y de casas pithouses-tipo Pueblo a habitaciones con patios), su patrón de asentamiento (de disperso con consumo de caza-pesca-recolección a concentrado con consumo principalmente agrícola), su cerámica (agregando tipos vidriados sin dejar El Paso Policromo), su lítica por metal y manteniendo una intensa relación con otros grupos en especial los N’dee. Ninguna de estas adaptaciones es total y se mantienen las características materiales de su cultura que habría iniciado desde la Fase Mesilla o incluso antes.

Hay otras razones que ayudan a explicar la inconexión entre Jornada Mogollón con los Mansos-Sumas en Paso del Norte. Wiseman (2018) menciona que las condiciones académicas-laborales de la arqueología estadounidense, que obliga a los proyectos de CRM a trabajos rápidos de índole técnico, no permiten la reflexión profunda de los fenómenos sociales, siendo lo más sencillo insertar la información recuperada en una línea evolutiva a manera de particularismo histórico: “Por lo tanto, cuando los arqueólogos comenzaron a encontrar cerámica de Jornada en el condado de Sand al este de la montaña en el sureste de Nuevo México, simplemente asumieron que las personas prehistóricas eran Jornada Mogollon” (Wiseman, 2019, p. 5 2). Entonces sigue la historia de que la gente experimentó primero en pithouses estilo Jornada, luego en casas tipo Pueblo y que ellos eran agricultores de maíz “el mito había nacido; la construcción de una historia cultural para el Sureste de Nuevo México”(Wiseman, 2019, p. 5 2).

El mismo autor señala que la diversidad de materiales y formas en la arquitectura de lo Jornada Mogollón no permite hablar de un estilo hegemónico, entonces aceptar que la materialidad de los Jornada Mogollón es muy dinámica, permite pensar en su continuidad en el tiempo.

Varios autores han intentado desenmarañar la inconexión entre las Jornada Mogollón y los grupos indígenas históricos, planteando posibles continuidades culturales. Hasta ahora la materialidad de los Jornada Mogollón apunta a esa continuidad, mientras que la inconexión se

puede entender como parte de los procesos de negación del pasado indígena. Este trabajo, pretende recuperar la historia indígena prehispánica en función de un discurso de largo aliento que conecte con los periodos virreinales y más adelante, con el tiempo contemporáneo.

Algunos de los primeros impulsores de la idea de la continuidad entre lo Jornada Mogollón y los Mansos históricos fueron Beckett y Corbett. En su estudio, dicen que el principal problema por el que se da la falta de conexión es que la falta de trabajo histórico, arqueológico y etnográfico específicamente con esa liga en la mente, posiblemente ya se hayan excavado sitios Manso, pero no se han identificado adecuadamente. Pero en lugares que ya están urbanizados como Juárez va a ser muy difícil recuperar la información necesaria para demostrar más claramente que los Jornada y los Mansos son el mismo grupo:

“No se han encontrado sitios arqueológicos específicamente identificados como Manso. Esto se debe en parte a que pocos arqueólogos los han buscado y en parte a que es difícil saber qué buscar. Si los Manso no fabricaban cerámica antes de la colonización española, sus rancherías podrían parecerse a los campamentos de la etapa arcaica. Si fabricaron cerámica (presumiblemente una loza marrón local), entonces estos sitios podrían confundirse con pueblos pithouse de la fase Mesilla[...] Los primeros documentos guardan silencio sobre este punto. Creemos que los Manso descendieron de la Fase El Paso de la Jornada Mogollón. Hodge (1907:801) indica que los Manso vivieron en viviendas permanentes hasta poco antes del poblamiento de los españoles. Si es así, quizás algunos pueblos de la fase El Paso sean sitios ancestrales de Manso” (Beckett y Corbett, 1992, p. 39).

Algunos trabajos posteriores a este escrito han demostrado que si hay sitios identificados positivamente como Mansos: LA129533 en Doña Ana (Wheaton & Stephens, 2009), Misión de Guadalupe (R. Gerald, 1975; Miller, 2001, p. 125), Mesilla Valley Site (Bentley, 1992; Miller, 2001), Soto Ranco Site and Other Localities, Northern Chihuahua (Miller, 2001, p. 129), La Hacha y Los Moscos en el sureste de Nuevo México, cerca de la frontera con Chihuahua, LA26779 y LA26780 en el aeropuerto internacional de Doña Ana County (Miller, 2001, p. 129). También se han asociado múltiples fechas a estos sitios, por lo que el panorama que vieron Beckett y Corbett es ya diferente y permite comprobar su idea de que la continuidad entre grupos.

Como se había apuntado otro problema para establecer continuidades es la idea de que Jornada Mogollón se abandonó: “Algunos arqueólogos han sostenido que hubo un abandono del área de la Jornada Mogollón entre el final de la fase El Paso (1400-1450 d.C.) [... pero] Los autores creen que no hubo abandono de la Jornada Mogollón sino que alrededor del 1400 d.C. 1350-1450

Ocurrieron eventos que causaron el abandono de los sitios permanentes de aldeas de adobe y cambiaron el patrón de asentamiento a un tipo de vivienda de ranchería más móvil” (Beckett & Corbett, 1992, p. 40). Pero de acuerdo con las evidencias materiales recapituladas hasta ahora, podemos decir que más que un abandono, habría que pensar que un reacomodo o mejor dicho Los Jornada Mogollón cambiaron sus patrones de intensidad de los saberes ancestrales para adaptarse a nuevas circunstancias en la Fase Protohistórica, para posteriormente mimetizarse con los novohispanos y seguir viviendo en donde siempre estuvieron, ahora siendo llamados como Mansos.

Ahora bien, hay un problema pues en el área del Paso en los tiempos históricos hay por lo menos dos grupos diferenciados Mansos y Sumas: Estoy de acuerdo con la conclusión de Wiseman (1988: 153) y Bentley (1992: 89) acerca de que tanto los Mansos como los Sumas se derivaron de la gente de la fase El Paso de la Jornada Mogollón. Comenzamos con una suposición sólida de que los Mansos eran descendientes de estas personas y hemos continuado apoyando ese argumento. A las cuatro posibilidades de descendencia de los Suma presentadas por Naylor debe agregarse la perspectiva de que los Suma también fueran descendientes de una segunda rama de la fase El Paso. (Lockhart, 1997, p. 129). Entonces claramente los Mansos y los Sumas son distintos, pero es posible que sean dos ramas de lo Jornada Mogollón y que estos a su vez son distintos de los distintos grupos Jumanos. Los Mansos son más sedentarios, mientras los Sumas casi plenamente nómadas, ambos vendrían de los Jornada Mogollón, pero estos últimos al no ser una unidad sociopolítica sino más bien cultural, cada grupo podría tomar caminos de intensificación de sus estrategias de vida distintas, por ejemplo, favoreciendo más la agricultura unos, la pesca otros, la caza otros más, siendo ahí donde se encontrarían las diferencias. Cabe la posibilidad también de que los Sumas sean un grupo más cercano con los N’dee y de ahí su forma de vida. En cualquier caso, serán investigaciones futuras las que diriman esto.

El avance en las investigaciones arqueológicas apunta a que si hay una continuidad entre lo Jornada Mogollón y los grupos históricos. En la subregión de Hueco así lo determinan:

La evidencia arqueológica e histórica indica que una serie de eventos bastante diferente tuvo lugar durante este período en el este de la región Trans-Pecos. A diferencia de la región occidental, las aldeas de este distrito de La Junta no fueron abandonadas alrededor del 1400 d.C. continuaron siendo ocupada hasta 1683, cuando se establecieron misiones españolas en el Presidio Bolsón. Este período se ha denominado fase Concepción (J. C. Kelley et al.

1940; J. C. Kelley y E. A. Kelley 1990), pero las fechas son tentativas y la fase necesita más investigación arqueológica (Miller & Kenmotsu, 2004, p. 260). También se puede observar en la subregión de El Paso Basin: Con base en los aspectos tecnológicos de la cerámica de LA 129533, es posible que la única vasija del sitio represente la producción de una población de la fase El Paso Tardío, posiblemente de los Mansos ancestrales. (Wheaton & Stephens, 2009, p. 349).

El mismo Miller (2001) dice que aunque la información de la ocupación Manso es elusiva, trabajos como los de Gerald (1973, l 974a), muestran que la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Mansos es inequívocamente un asentamiento Manso previo a la llegada europea y que obviamente permaneció con presencia de este grupo indígena, adicionalmente menciona que: “la identificación arqueológica de las ocupaciones Manso o Suma ha sido comparable a la búsqueda de sitios apaches, en el sentido de que ambas búsquedas están plagadas de ambigüedades cronométricas y contextuales que dificultan su segura identificación”. (Miller, 2001, p. 128). El autor encuentra la explicación de la supuesta falta de sitios Manso, entre ellos la falta de registro por parte de los novohispanos, la ubicación de los posibles sitios Mansos en las riberas del río del Norte en donde los vestigios son fácilmente borrados por los movimientos del río, incluso las características materiales de los sitios cuyos contextos son frágiles y pueden no dejar huella superficial (Miller, 2001, p. 128). Esto se sumaría a que los grupos Manso no tienen fronteras fijas, patrones de movilidad dinámicos pues su habitar en un lugar y no necesariamente en un territorio como lo concebimos desde la modernidad.

Conclusión del capítulo 3

Los Mansos como continuadores de lo Jornada Mogollón desplegaron distintas estrategias de movilidad y mimetización³². Las primeras fuentes escritas no indicaron poblaciones permanentes en el actual Paso del Norte (Coronado, Espejo, Chamuscado), pero si las encontraron Oñate y Benavides. Y Fray García de San Francisco llegará a ver una población permanente en 1658. Esta ambigüedad de la permanencia pudo responder a la costumbre de huir a las montañas cuando

³² Se plantea como continuidad en el sentido de las prácticas culturales señaladas, el uso de saberes ancestrales; esto no quiere decir que se proponga una continuación de identidad étnica, filiación cultural o algún tipo de liga física (genética). De acuerdo con lo visto aquí, es muy probable que los Jornada Mogollón prehispánicos y los Mansos - Sumas históricos compartan características no solo culturales sino incluso genéticas, es decir que estén emparentados, sin embargo, esto amerita un estudio específico que va más allá de los alcances del presente trabajo.

se necesitaba, que las primeras expediciones refieren constantemente, pero también continúan hacia 1682 con el Capitán Chiquito, en 1736 con Pedro de Ribera y el grupo de familias Sumas que pactan la paz en Paso del Norte. Puede intuirse, por otra parte, que la presencia predominante de cerámica El Paso Brown en los presidios responde a esta movilidad y mimetización, abriendo el debate que algunos autores han señalado de la posibilidad de que los Mansos, Piros y Sumas sean de origen Atapascano (Forbes, 1957).

Con base en lo observado aquí, replanteamos un poco las ideas originales del trabajo: los indígenas tienen y han tenido una batería importante de estrategias para sobrevivir, que conformaron o reunieron tras la Fase El Paso de Jornada Mogollón, con la llegada de los españoles y continuaron recurriendo a ellas (las estrategias) hasta nuestros días. La ciudad funcionaría entonces como un nodo no solo de comunicaciones sino de voluntades. Paso del Norte pudo ser un espacio de negociación, de conciliación, de suma de voluntades, pues vivir en ciudad, y luego desaparecer sin dejar de vivir en ella, les permitió mimetizarse con el entorno y con las distintas sociedades humanas que pasaron y se quedaron. La ciudad sería en parte un reflejo de esa característica heredada de los indígenas de recibir, adaptar, mimetizar y negociar.

El conocimiento profundo del entorno natural de los grupos indígenas es uno de los aspectos que se mantendrán vigentes en Paso del Norte. Las regiones arqueológicas se corresponden de manera más o menos precisa a los distintos entornos en las inmediaciones del Lugar donde dobla el río. En el caso de El Paso es muy probable que se repita ese patrón, con la diferencia de la presencia del río como fuente de agua superficial permanente. Directamente del río obtienen recursos de pesca, que continuaron siendo valiosos incluso hasta inicios del siglo XIX (Batista Pino & López Cancelada, 2007), además del suministro constante del vital líquido para la siembra. Fue en la zona de deposición aluvial paralela al río donde debieron estar las principales poblaciones, pero con suficiente distancia para evitar las crecidas del cauce. Las Montañas se usaron como fuente de materia prima para producir cerámica, mientras que el espacio intermedio y las propias montañas para la caza y recolección, en un auténtico oasis en el Desierto de Chihuahua.

De esta manera el área de trabajo fue propuesta en un eje noroeste-sureste siguiendo el cauce del río del Norte entre las Cruces, Nuevo México y El Porvenir, Chihuahua, otro eje noreste-suroeste de las Montaña de Hueco a las Dunas de Samalayuca, correspondiendo en buena medida

a la subregión arqueológica de El Paso Basin. De acuerdo con las fechas obtenidas, los primeros grupos humanos -Clovis, Folsom, Plainview- ya estarían presentes en el área acumulando conocimientos del entorno natural desde hace unos 14,000 años, legando vestigios materiales que evidencian esa profunda relación del hombre con la tierra.

La relación de los humanos con la tierra en la Gran Área de El Paso fue única y por tanto su materialidad también, por mucho tiempo se ha pensado que los antiguos habitantes de El Paso fueron grupos “atrasados” o dependientes de otros grupos “más civilizados”. Esto se debe en buena medida a la manera en que se ha construido la visión del pasado desde la arqueología, imponiendo posiciones teóricas que reproducen las estructuras epistemológicas de superioridad occidental. A la arqueología estadounidense le ha ocurrido un proceso similar al que se describió en la historiografía del septentrión novohispano, es decir la negación del indígena como agente dinámico en el devenir histórico, en este caso una negación arqueológica.

El evolucionismo cultural, característico de las prácticas académicas colonialistas, ciñó la diversidad de expresiones espaciotemporales a una línea progresiva que iba de lo simple a lo complejo, centrando el interés en el periodo Formativo y las expresiones más sofisticadas. La realidad arqueológica de Jornada Mogollón resultó más complicada que eso. A esto se sumaron las prácticas profesionales, como el uso de los CRM, que se han limitado a sumar datos y no a reflexionar sobre las dinámicas del pasado. El mismo impulso evolucionista empujó a que las interpretaciones de Jornada Mogollón se elaboraran en función de otras culturas “más avanzadas”, como la Casas Grandes. Otro elemento para considerar es el desinterés por conectar un pasado arqueológico con un presente indígena, por las implicaciones ideológicas y jurídicas que eso tiene. Y la manera más sencilla de romper la conexión de los pueblos que siempre han estado aquí con sus antepasados fue simplemente ignorar las evidencias o no abordar el eslabón menos claro -la Fase Protohistórica-, por ser “elusivo”. En cuanto a la arqueología mexicana no se menciona casi nada, pues eso es lo que les ha merecido a los arqueólogos nacionales la región y su historia, casi nada. La falta de trabajos sistemáticos es otro obstáculo para librar en la conexión entre pasado y presente en la historia de Paso del Norte. Sí los ha habido sobre lugares cercanos como Hueco Bolsón, Tularosa Basin, río Arriba, entre otros, pero el crecimiento de la urbanización ha ido dificultado los posibles reconocimientos sistemáticos.

A pesar de esto, hay información suficiente para tener un panorama general del desarrollo prehispánico en Paso del Norte. Se ha separado el devenir histórico en fases consecutivas: Mesilla, Doña Ana, El Paso y Protohistórica, a las que se suman los periodos históricos virreinales. Durante estas fases irán apareciendo distintas evidencias materiales de la relación humano-entorno natural, pero a diferencia de otros lugares, aquí no será consecutivo, acumulativo ni predecible. Los saberes acumulados en los distintos momentos se usan alternadamente con mayor o menor intensidad de acuerdo con las necesidades de ese periodo. Como ejemplo, tenemos que siguiendo a varios autores (P. Beckett & Corbett, 1992; R. Gerald, 1990a; Lockhart, 1997; Miller, 2001; Rocek & Kenmotsu, 2018a; Wheaton & Stephens, 2009; Wiseman, 2019) hoy podemos afirmar que el final de la Fase El Paso no hay un “colapso”, sino un reacomodo en la intensidad de las estrategias de vida.

Una de las ideas centrales de este trabajo es que la materialidad de los grupos prehispánicos persistirá de alguna manera en Paso del Norte, más allá de si pudieran ser o no el mismo grupo; lo relevante es que hay evidencia de su presencia, antes, después y hoy en día. El primer paso era identificar qué aspectos podían ser observados, y los tópicos para considerar fueron: sistemas constructivos, distribución espacial, planificación, patrón de asentamiento, modos de subsistencia, cerámica y relación con otros pueblos. En cuanto a los sistemas constructivos tenemos evidencia de un aprovechamiento de los materiales locales, de un profundo conocimiento para el manejo de la eficiencia térmica de las viviendas, del uso de la tierra batida para construcción y de una organización interna de los asentamientos parecida a la de los Indio Pueblo y Paquimé. La característica principal es que se mantuvo una mezcla de formas, técnicas y tamaños de sus edificaciones durante las distintas fases.

La distribución espacial vista en la escala un poblado puede ser vista como la planificación del asentamiento de acuerdo con Smith (2007, p. 6), para este aspecto nos encontramos nuevamente que si bien hay una tendencia general de organizar sus pueblos en concentraciones de cuartos tipo Pueblo para la Fase El Paso en realidad hay una pervivencia de otros tipos de vivienda. Si bien las estrategias de los Jornada Mogollón derivaban en una planificación de sus asentamientos, pues son similares a otros poblados, parecería que recurrieron a ellas, pero con fines adaptativos y no como parte de una estratificación social (Figura 15).

La escala extra-sitio es el patrón de asentamiento que ha ofrecido uno de los aspectos más destacados. Se identificó que en Hueco Bolsón se disponen los sitios de manera tal que permiten una explotación intensiva de los recursos naturales, con las villas mayores a poca distancia del agua, alineándose a intervalos, en un eje que deja espacios intermedios para ser ocupados por poblados menores, y las viviendas más pequeñas repartidas en el resto del área. Esta disposición se hace en función del entorno natural y suelos existentes. Extrapolando la información, se propone que también el patrón de asentamiento sería similar. En el caso de El Paso se estarían explotando principalmente los suelos aluviales adyacentes al río con agricultura y el cauce para la pesca. Las poblaciones estarían distribuidas principalmente en la zona de escorrentías de las Montañas Franklin, la Sierra de Juárez y la Montaña del Cristo Rey; la zona intermedia entre las montañas y el río, en cambio, sería la menos poblada y utilizada para caza-recolección. En la zona de deposición aluvial pudo haber por lo menos cinco villas grandes, en una disposición lineal que seguía el curso del río, y ubicadas en donde se habrían asentado los poblados de Misión de Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Socorro e Ysleta, pues las fuentes escritas refieren que en estos lugares había “rancherías” de indios Mansos y Sumas.

Los modos de subsistencia se han asociado al “grado de civilización” en El Paso prehispánico, pero no se ha registrado algo similar a una forma alargada o “patrón lineal”. Los antiguos habitantes echaron mano de sus saberes de manera combinada, de varias formas y en diversos los tiempos, para dar lugar a: un modo de vida sedentario, pero no agrícola, o un modo de vida nómada con la práctica de agricultura, y que podían vivir permanentemente en un lugar, aunque su subsistencia dependiera sólo en un 10% de las cosechas (como en la Fase El Paso), o bien, cualquier otra combinación posible. Su batería de saberes la aprovechaban de manera alternada, en su intensidad en distintos momentos, seguramente para adaptarse a distintas circunstancias. Esta condición la preservarán durante el periodo virreinal.

La cerámica proveyó tres datos de suma importancia para la comprensión de la presencia indígena en Paso del Norte. En primer lugar, dado que las losas El Paso Brown y El Paso Polychrome muestran una continuidad de estilo y tecnología, desde la Fase Mesilla y hasta el período virreinal, su empleo continuo sugiere un aspecto identitario de los grupos indígenas. Segundo, dado que se mantuvo un constante intercambio con las culturas hegemónicas de cada periodo, la fuente

principal de “exportación” fue la cerámica decorada. Tercero, el apego a la tierra, tanto como lugar de habitación como también fuente de materia prima para la elaboración de cerámica. Esto es: la evidencia de cerámica sugiere un sitio de fabricación y un lugar de uso o consumo; de las variedades de dicha cerámica pueden inferirse otras cosas: su empleo continuo sugiere el fortalecimiento de una identidad, la aparición de variaciones indica el contacto con grupos externos, y por último las constantes en la composición de materiales señala la estancia y trabajo en yacimientos específicos. Los Jornada Mogollón mantienen relaciones comerciales con quienes mantuvieron una posición hegemónica en la región, integrándose a los sistemas de intercambio. Las relaciones parecen ser, en general, no conflictivas. Al combinar lo anterior con la posición geográfica de el Paso Basin, y las evidencias materiales, tenemos que este lugar debió ser un nodo que conectó ideas, mercancías y personas.

En suma, los indígenas han poseído una batería importante de estrategias para sobrevivir, lo que les ha permitido mimetizarse, con el entorno y con las distintas sociedades humanas que pasaron y se quedaron. La ciudad sería en parte un reflejo de esa característica heredada de los indígenas de recibir, adaptar, mimetizar, negociar, pero también la forma misma del asentamiento -alargado- sería parte de esas estrategias. Así los Mansos-Sumas y luego los Indígenas que llegaron, habrían tenido un papel activo en la formación de la ciudad. Entablaron procesos de negociación territorial que desembocaron en una morfología dispersa de la ciudad. A través de la acumulación de saberes a lo largo de cientos de años se obtendrían varias formas de adaptación al medio, que fueron recuperadas por los novohispanos, entre ellas la distribución del asentamiento dispersa para el aprovechamiento de recursos, el uso combinado de sistemas constructivos, y modos de vida (caza, pesca, recolección agricultura). A su vez, los novohispanos aportaron redes de intercambio y nueva tecnología -soluciones técnicas- para el establecimiento de la población.

4. Los indígenas de Paso del Norte en las fuentes históricas

La falta de estudios específicos sobre indígenas en el período virreinal hace poco clara la diferenciación de tiempos, espacios e identidades de estos grupos. De acuerdo con autores como Cecilia Sheridan (2015) la falta de claridad responde a diversas condiciones, pero de cualquier manera promueve al proceso de negación del pasado indígena. En el caso de la provincia de Coahuila, que estudia la autora, algunos de los factores específicos de la poca claridad en la diversidad y heterogeneidad indígena fueron la naturaleza de las fuentes, la variedad lingüística, la discontinuidad en la clasificación de los nombres indígenas, los conflictos internos, los procesos complejos de atomización, reagrupación, dispersión y reagrupación entre comunidades indígenas debido a la presión novohispana en términos militares, religiosos y administrativos: “El espacio fronterizo normalizado invisibilizó la diversidad a partir de la aceptación de un modelo de homogeneización de lo diverso” (Sheridan Prieto, 2015, p. 182).

Siguiendo el modelo de análisis de Sheridan (2015), se aprecia una condición muy parecida en la caracterización de los grupos indígenas de Paso del Norte, en cinco instancias o dimensiones³³. En primer lugar, hay que reflexionar en la naturaleza de las fuentes, que se produjeron de un diálogo entre autoridades o con grupos que representan el poder hegemónico en la dinámica social de Paso del Norte; capitanes, custodios de misión, religiosos, administradores, gobernadores, visitadores, etcétera. En cualquiera de los casos se buscaba solucionar problemas, revelándose el punto de vista de quien intentaba dominar. Todos estos registros históricos, los acervos, y su persistencia hasta nuestros tiempos, se construyeron desde una visión moderna y occidental. La preocupación por recuperar una identidad subalterna como la indígena, no fue una cualidad de la tradición occidental (Luis De Rojas, 1997; Ortelli, 2005). Por ello se requiere una perspectiva teórica que ponga atención en los pequeños indicios al interior de un discurso más bien burocrático. Al tocar, por alguna razón, el tema de los indígenas, sólo se profundiza en sus características étnicas si es completamente necesario o relevante: por ejemplo, en los casos judiciales seguidos por la revuelta encabezada por Mansos (Polt, 2008). En el resto de las menciones se generaliza, engloba o se asume a los indígenas como un continuo homogéneo, como

³³ Es necesario señalar el caso de los grupos indígenas que llegaron a Paso del Norte después de la revuelta de los Indios Pueblo de 1680; tenían una identidad distinta, pues ellos ya habían transitado por ese proceso de homogeneización, y al arribar al Paso del Norte estarían plenamente identificados y diferenciados de acuerdo con los estándares españoles.

“los Sumas de San Lorenzo”, e incluso se omiten detalles étnicos para abarcar o englobar a todos como poseedores de una misma actitud: “un indio sedicioso” (Penamas, 1774), o “por ser dichos indios naturalmente libres, perezosos, y dados a todo género de insulto y rijo” (Crespo y Monroy, 1730, p. 379). De este modo la naturaleza de las fuentes escritas no permite hacer una distinción clara entre grupos indígenas autodefinidos, o apreciar sus identidades subyacentes, y menos aún sus diferencias internas.

La segunda dimensión donde se produjo la negación fue la variedad lingüística. A diferencia de otros lugares, en Paso del Norte no elaboraron un diccionario o un glosario de términos que permitiera entender las diferencias lingüísticas y sentar alguna base para identificar grupos específicos. Se castellanizaban los nombres que escuchaban los novohispanos, como el paradigmático caso de la palabra N’dee, derivado de *Quinde* que significaba “el lugar de las casas grandes”, y que después convirtió en *Paquimé*; o el de Xumas que pasó a ser Sumas. En un caso más drástico simplemente se omitió el vocablo original de un grupo, tal vez con el apelativo Tampoanchas, a quienes se les asigna los términos castellanos “gorretas” y “mansos”. Es decir, había una incomprensión del lenguaje autóctono, y poca o ninguna intención de entenderlo, con una evidente actitud colonialista de la lengua.

La tercera instancia es la discontinuidad en la clasificación de los nombres indígenas. En el ejemplo de Coahuila, Sheridan mencionó que un solo grupo podía nombrarse con ligeras variantes por cada autor de la fuente consultadas. Pudo haber tantas formas de hablar de un mismo grupo como autores que los mencionaron, el entendimiento de estos grupos no fue una prioridad, y cada vez que se clasificaba había que iniciar desde cero. Forbes (1952) discutió sobre algunas de estas variantes, pero hoy sigue sin haber claridad. Caso contrario fue el de los Comanches, donde la variación en su nomenclatura ha sido más bien escasa, la variación de la denominación parece ser proporcional, según los españoles, al tamaño e importancia, del grupo en cuestión, o en este último caso en función de la alianza con los novohispanos.

Un cuarto problema es haber asumido que existió una identidad conformada con criterios occidentales, es decir, correspondencia entre una lengua, el lugar de nacimiento, el territorio compartido, la entidad política, entre otras.; dado que los grupos indígenas no compartían todos o algunos elementos considerados como determinantes en la “identidad de una colectividad”, se

volvió complicado entender a los grupos indígenas como algo no homogéneo. Lo mismo una familia nuclear que una comunidad de miles de personas, teniendo como ejemplo paradigmático el estudio de los grupos N´dee³⁴. Habría entonces múltiples identidades indígenas en donde el ojo occidental observo solo un grupo; estas “posibles” identidades al interior de los grupos indígenas las podemos notar en las distintas facciones de los Mansos durante la revuelta de 1682, cada una asociada a los “capitancillos”. Había Mansos que estaban con “Chiquito”, pero otros con “Gregorillo”, estaban también aquellos que mantenían fidelidad a los españoles y otros no definidos (Polt, 2008). Asociar grupos con “cabecillas”, “capitanes” o “caciques” fue una manera de aceptar implícitamente la heterogeneidad de los grupos.

Finalmente, hay procesos complejos de atomización / reagrupación / dispersión / reagrupación entre las comunidades indígenas por razones militares, religiosas y administrativos. Las divisiones internas en los grupos indígenas existieron desde tiempos anteriores al contacto español (véase capítulo 3), aunque también fueron producto de la presión externa de otros grupos y/o españoles, o bien una combinación de varios factores. Durante el período virreinal, los indígenas se vieron obligados a tomar partido a favor o en contra de los novohispanos, una de las prácticas de resistencia y adaptación consistió en la dispersión y atomización, para luego proceder a reagruparse, o bien, agruparse en conjuntos pequeños y presentarse como una unidad. Esta dinámica y sus posibles combinaciones parecía ser una estrategia constante. Por ejemplo; los Sumas que solicitaban tierras al obispo Benito Crespo en Paso del Norte en 1725, vivían en la Misión de San Lorenzo y se habían separado de ese núcleo poblacional e integrado a una colectividad distinta que pedía tierras para asentarse. Sabemos que se les “concedieron” tierras por un par de años, en lo que se llamaría después Santa María de Caldas, para después volver a disgregarse, separarse y volver a integrarse en alguna otra colectividad (tal vez Suma, Manso, Jano o alguna de las N´dee) (Crespo y Monroy, 1730, p. 376).

Entonces, para el estudio de los indígenas en las fuentes históricas es necesario tomar en cuenta: la naturaleza de las fuentes, la negación fue la variedad lingüística, la discontinuidad en la clasificación de los nombres indígenas, asumir la existencia de una identidad conformada con

³⁴ Se explicó brevemente que un grupo N´dee podía unirse y fragmentarse en función de distintas condiciones; podían mantener un núcleo básico de identidad de acuerdo con su familia inmediata, ampliada, extendida, o bien, adoptar nuevas identidades a otras escalas (incluso de miles de personas), de acuerdo con las circunstancias.

criterios occidentales, así como la existencia de complejos procesos de atomización. Tomando en cuenta lo anterior, es posible interpretar los testimonios recuperados con una perspectiva más crítica que, si bien no es definitiva, busca acercarse a escuchar la voz de los indígenas.

Los grupos indígenas que entraron en contacto con el mundo virreinal, en las cercanías de “el lugar en donde dobla el río”, constituyen una variedad poco evidente si se miran solamente las fuentes históricas. Aunque distintos estudios históricos se han ocupado, parcialmente, de las características y diferencias culturales de estos grupos, no existe uno que se detenga de manera expresa en el periodo colonial³⁵. De manera general se mencionan a Mansos (Tampachoas, Gorretas, Harreadores), Sumas (Xumas, Zumas, Zumanas, Caguates, Patarabueyes), Janos, Jocomes, Piro, Jumanos (Xumanos, Humanas), y Tompiros (Campbell, 2006; Fewkes, 1902; Forbes, 1957, 1959; González de la Vara, 2002b; Lockhart, 1997; Miller, 2001, 2005; Miller & Kenmotsu, 2004; Orozco, 2012a; Santiago Quijada, 2012). Tras la revuelta de los Indios Pueblo de 1680, a la zona llegarían Tiguas, Tewas, Piro, Gemez, Tanos, entre otros (Hughes, 1914). También estuvieron constantemente presentes los grupos N’dee (Flagler, 2006; Worcester, 2019), los más mencionados en las fuentes de la región son los Mezcaleros, Mimbrenos, Faraones, Gileños y Jicarillas, así como los llamados Genizaros, que eran Apaches capturados y asimilados a la cultura novohispana.

Así, los Mansos fueron un grupo que parecía tender al sedentarismo, aunque entre ellos algunos no lo eran, como aquellos del capitán Chiquito de 1683, también nombrados Tampachoas (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. f72v), Mancos, Manxos (J. R. Craddock & de Marco, 2013, p. f1153), e incluso Gorretas (Benavides, 1630, p. f9)³⁶. Los Sumas fueron referidos constantemente como nómadas, aunque también podían hallarse viviendo de manera sedentaria, y fueron nombrados: Zumas, Xumas, Yumas, Sumanas, Sumanos, Xumarias, etcétera. La confusión sobre los Sumas y los Jumanos persiste hasta nuestros días³⁷; a estos últimos también se les conoció como Cbomas, Chomas, Xumanos, Xumanes, Jumanos, Jumanes, etcétera. (Forbes, 1957, p. 324). Es muy

³⁵ Los trabajos de Forbes (1957, 1959) están encaminados a aclarar las diferencias entre algunos de los grupos de la región, sostiene la hipótesis de que Janos, Jocomes, Jumanos, Mansos y Sumas son de origen Atapascano (apaches) por lo que los datos están constantemente encaminados a demostrar esa idea.

³⁶ Varios autores atribuyeron una continuidad entre los grupos Jornada Mogollón de la Great area of El Paso y los Mansos históricos.

³⁷ En un texto reciente, Beckett atribuye una continuidad entre los grupos del extremo sureste de lo Jornada Mogollón y los Jumanos históricos (P. H. Beckett, 2017).

probable que los Xumarías que conoció Espejo sean los Sumas históricos: “Acabados de salir de esta nación, entramos en otra que se llama de los xumarías, que por otro nombre los llamaban los españoles, los patarabueyes” (Espejo, 1584, p. 8). Otro testigo de la misma expedición afirma: “la propia nación de estos que llamaron patarabueyes se llaman yotomoacos” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. f67r). De tal manera que es muy probable que los Sumas (o alguno de los grupos Sumas) se llamarán a sí mismos Yotomoacos.

Los Janos fueron un grupo que tenía sus poblaciones más numerosas al suroeste, en las cercanías de la homónima población actual, se mencionaban como muy cercanos a Sumas y Mansos. Se trataba de la misma condición de los Jocomes, Ojocomes u Hocomes, que de acuerdo con Forbes (1952) ocupaban regiones más al este (Arizona y Sonora). Por último, los N’dee eran principalmente trashumantes, con un espacio de movilidad muy amplio en el suroeste norteamericano y noroeste mexicano, entre los cuales los grupos más mencionados en las fuentes escritas fueron los Mezcaleros, los Gileños, los Mimbrenos y los Faraones.

La identificación de los indígenas en las fuentes virreinales de Paso del Norte ha sido difusa, contradictoria y escasa, aunque a pesar de ello se cuenta con un panorama general de los principales grupos. Los Mansos fueron el mismo grupo que correspondió al extremo sur y suroeste de lo Jornada Mogollón, más tendiente al sedentarismo con núcleos de población en el centro de lo que hoy es Ciudad Juárez y Hueco Tanks. Los Sumas tendieron al nomadismo, en una franja más amplia que abarcaba desde el actual Deming hasta San Elizario, y de Janos a Hueco Tanks, y tenían una amplia movilidad. Ambos conformaron los grupos indígenas más numerosos en Paso del Norte; los Jumanos eran la continuidad de los grupos del extremo sureste de lo Jornada Mogollón, y limitaban con los Conchos en algún punto de lo que hoy es Fort Hancock, también tendientes al sedentarismo. Los Janos y Jocomes se ubicaban al suroeste y oeste del Paso del Norte respectivamente, también tendían al sedentarismo, aunque del mismo modo tuvieron gran movilidad. Los N’dee Mezcaleros, Gileños, Faraones y Mimbrenos tendieron al nomadismo y ocupaban amplios espacios del suroeste de Estados Unidos y noroeste de México. Todos estuvieron presentes en algún momento, de manera más o menos intensa, en Paso del Norte. Entre los grupos que llegaron tras la revuelta de 1680 estuvieron los Piroos, quienes tuvieron más presencia y ocuparon distintos espacios en el área (El Barreal, Senecú y San Elizario), y los Tiguanos

(principalmente en Isleta), seguidos por los Teguas (principalmente en Socorro), los Tewas y los Gemez (Figura 24).

Este es el panorama general de los grupos indígenas en Paso del Norte. En cuanto a las fuentes, se utilizó una gran diversidad en origen y grado de originalidad; desde documentos inéditos en archivos locales, hasta fuentes publicadas, repositorios digitales, archivos digitales, entre otros. En cuanto a los repositorios se utilizaron documentos del Archivo General de Indias (AGI), Archivo de Simancas (AGI/AS), Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, Archivo Franciscano (AFRA), El Proyecto Cíbola de la Universidad de California en Berkley (CIBOLA), el Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez (AHMCJ), los Spanish Archives of New México (SANM) y Special Collection UTEP (SCUTEPE), los Spanish Archives of New México (SANM). Así como algunos repositorios de acceso libre: Cervantes Virtual, la Colección digital de la UANL, la Biblioteca Digital de España (BDE), Archive.org, además algunos repositorios de acceso restringido como hathitrust.org o EBSCO.com. En total se usaron 56 documentos (de extensión muy variable) para la investigación (Tabla 2).

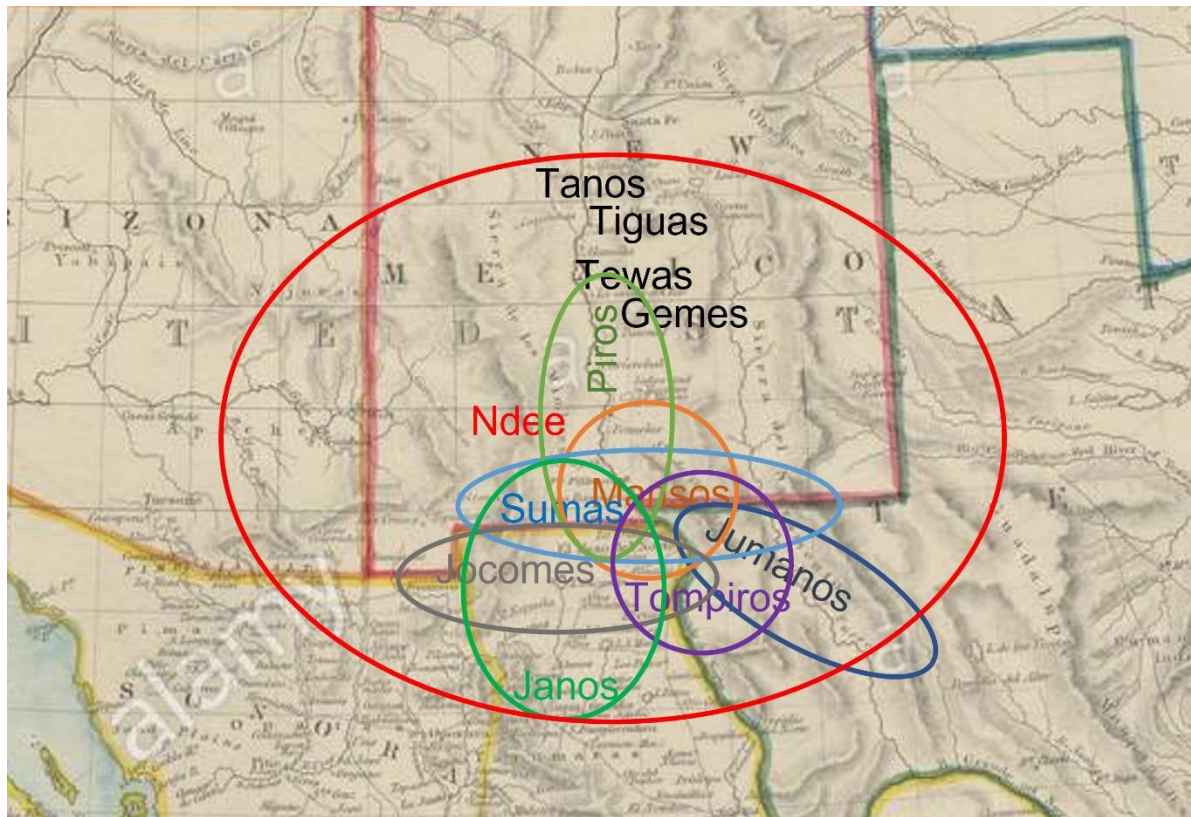


Figura 24. Mapa con la sobreposición de los lugares habitados por los grupos indígenas en las inmediaciones de Paso del Norte, información del autor sobre mapa "Sur Oeste de Estados Unidos y el norte de México, California y Texas SDUK 1874", en Alamy.com

Tabla 2. Archivos utilizados en orden cronológicos.

Nombre	Año	Fondo documental
Siglo XVI		
Relación de Hernán Gallegos sobre la expedición del padre fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado (de Marco & Craddock, 2013a)	1581-1582	CIBOLA
Felipe de Escalante y Hernando Barrando, Relación breve de la expedición a Nuevo México de fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado (de Marco & Craddock, 2013a, p. f101-103).	1581-1582	CIBOLA
Expediente y relación del viaje que hizo Antonio de Espejo (Espejo, 1584).	1582-1583	CIBOLA
Diego Pérez de Luján Relación de la expedición de Antonio de Espejo a Nuevo México (J. R. Craddock & DeMarco, 2013).	1582-1583	CIBOLA
Itinerario de la expedición de Juan de Oñate a Nuevo México (J. R. Craddock & de Marco, 2013).	1597-1599	CIBOLA
Traslado de la posesión que en nombre de Su Majestad tomó Don Joan de Oñate (Torres de Mendoza et al., 1864, p. 88–100).	1598	Publicado
Copia de carta escrita al Virrey Conde de Monterrey Don Juan de Oñate (Oñate, 1599).	1599	Cervantes Virtual
Vicente de Zaldívar. Memorial sobre el descubrimiento del Nuevo México y sus acontecimientos (de Marco & Craddock, 2014).	1595-1602	CIBOLA
Discurso y proposición que se hacía Vuestra Majestad de lo tocante a los descubrimientos del Nuevo México (Torres de Mendoza et al., 1864, p. 40–52).	1599-1605	Publicado
S. XVII		
Relaciones de todas las cosas que en el nuevo-México se han visto y sabido, así por mar como por tierra, desde el año de 1538 hasta el de 1626 (Zarate Salmerón, 1856).	1538-1628	Publicado
Memorial hecho por el padre fray Alonso de Benavides (Benavides, 1630).	1630	Publicado
Segundo memorial Alonso de Benavides (Navas Josa, 2021).	1634	Publicado
Carta sobre la necesidad de religiosos para las conversiones de los indios en la Custodia de Nuevo México (Velázquez de la Cadena, 1657).	1657	AFRA
Auto de Fundación de la Misión de Nuestra señora de Guadalupe de los Mansos del Paso del Norte (Sánchez Reyes, 1994, p. 112–114).	1659	Publicado
Letter of Bernardo Lopez de Mendizabal to the tribunal of the inquisition Tribunal of the inquisition, Santa Fe (Hackett, 1923b, p. 168–185).	1661	Publicado
Case of the fiscal of the Holy Office against Bernardo Lopez de Mendizabal, governor of New México (Hackett, 1923b, p. 186–232).	1662	Publicado

Letter of fray Alonzo de Posadas to the tribunal, conversion de los mansos (Hackett, 1923b, p. 137–139).	1662	Publicado
Informe de fray Salvador de Guerra sobre la dedicación de la iglesia del Paso del Río del Norte (Guerra, 1668).	1668	AFRA/ publicado
Autos para que los carros de Su Majestad permanezcan en el pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de El Paso del Río del Norte (Leyva, 1680).	1680	AFRA
Medina, Balthassar de. Crónica de la santa provincia de San Diego de México (Medina, 1682).	1682	Publicado/ AFRA
Documents Concerning the Settlement of El Paso del Norte during the Latter Part of the Administration of Antonio de Otermín 1682 (de Marco & Craddock, 2017).	1682	CIBOLA
Proceso fulminado contra Juan Caititi, natural del pueblo de Isleta, por haber intentado fugarse a Nuevo México para volver a la apostasía (J. Craddock, 2018).	1682	CIBOLA
Patente del visitador fray Francisco de Ayeta al custodio y demás religiosos de Nuevo México en que manda que no se impida la fundación de pueblos de españoles (Ayeta, 1682).	1682	CIBOLA
Royal Cedilla. To the viceroy of New Spain, approving the presidio with fifty soldiers which he has formed in the place called El Río del Norte (Hackett, 1923d).	1683	Publicado
Testimonio sacado a la letra de los autos criminales que se fulminaron contra los mansos apostatas y sus aliados (Polt, 2008, p. f146-151).	1683- 1691	CIBOLA
Noticia cierta de lo que pasó en la entrada de Nuevo México y de algunas cosas singulares que sucedieron de los parajes que llaman San Lorenzo, Guadalupe, San Pedro de Alcántara y San Francisco de los Sumas (López, 1694).	1694	AFRA
Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México cuarta parte del Teatro Mexicano de los sucesos religiosos (Vetancurt, 1697).	1697	Publicado
S. XVIII		
Apuntes y noticias varias sobre Nuevo México Nuevo México (García Noriega, 1700).	1700	AFRA
Autos relativos al nombramiento del capitán del presidio de Paso del Río del Norte, impugnado por los vecinos de Nuevo México (Rodríguez Cubero, 1701).	1701	AFRA
Autos de una acusación de los indios contra Antonio de Valverde por haber inculpado al protector de indios (Valverde, 1711).	1711- 1713	AFRA
Autos del capitán del presidio de Nuestra Señora de Guadalupe para averiguar sobre la sublevación de los indios suma (Valverde, 1712).	1712	AFRA
Autos y real cedula para que, conforme a las representaciones dirigidas al obispo de Durango, se reduzcan a congregas las tribus de los indios zumas diseminadas en la región de Paso del Norte (Crespo y Monroy, 1730).	1725- 1730	AGN

Diario y derrotero de lo caminado visto y observado en el discurre la visita general de presidios situados en las provincias Internas de Nueva España (Rivera, 1736).	1726	Archive.org
Expediente relativo a las acusaciones de que Alonso Rubín de Celis y Enrique de Michelena obligan a trabajar a los indios sin paga alguna Paso del Río del Norte (González Maqueda, 1737).	1737	AFRA
Carta de fray Juan Miguel Menchero sobre el ataque de indios infieles a las misiones del Paso del Río Santa Fe (Menchero, 1746).	1746	AFRA
Misión del Paso del Río del Norte (Guzmán, 1747).	1747-1748	AFRA
Diligencia q causa seguidas de oficio por demanda hecha a la real justicia, contra Don Joseph de la Fuente por haber castigado a dos individuos apaches (San Juan, 1756b).	1756	AHMCJ
Registro y posesión de tierras pertenecientes a Juan Joseph Antonio Garcia en el paraje donde cita (Antonio Garcia, 1757).	1757	AHMCJ
Diligencias acerca del robo de unas telas blancas a una mulata lavandera (San Juan, 1757).	1757	AHMCJ
Publicación de una real cedula que se lee en público en las distintas jurisdicciones de Nuevo México (Alderete, 1757).	1757	AHMCJ
Diligencias emitidas por el señor gobernador en razón de la demanda de una huerta, puesta por los Indios Sumas, alegando pertenecerles por ser de francisco El Pato indio de esta nación (San Juan, 1758).	1758	AHMCJ
Herencia de Francisco Joaquín Sánchez de Tagle que vendió a Manuela Garcia Noriega una Negra esclava mulata llamada María Gertudriz (San Juan, 1757).	1758	AHMCJ
Caso de una india dozal que llevo fugada de Chihuahua (A. de San Juan, 1756a).	1758	AHMCJ
Pedimentos de tierras María Apodaca (Apodaca, 1759).	1759	AHMCJ
Informe remitido a pedimento de don Domingo de Aganza en razón de los méritos y servicios hechos a su majestad por el capitán Don Joseph Balverde (Aganza, 1761).	1761	AHMCJ
Relación del viaje que de orden del virrey Marques de Cruillas hizo el capitán de ingenieros don Nicolás Lafora (Lafora, 1800).	1766	BDE
Borrador del dictamen dado por los ministros de la Real Caja de México sobre las dudas que plantea Pedro del Barrio, Capitán del Presidido del Paso del Río del Norte (Real Caja de México, 1769).	1769	AGN
Carta de Manuel Gómez de Salazar, remitiendo informe sobre el estado de las provincias de Nueva Vizcaya, Sonora y Nuevo México (Gómez de Salazar, 1771).	1771	AGI
Estado de la Misión de San Lorenzo, el Real Pueblo de Zumas (Delgado, 1773).	1773	AGN/BNM/Hackett

Expediente sobre el estado de la provincia de Nuevo Vizcaya y Coahuila; operaciones ejecutadas por el comandante inspector Hugo O'Conor (O'Conor, 1773).	1773	AGI
Expediente sobre las noticias recibidas de Texas, Nuevo México y Nueva Vizcaya y progresos sobre la ubicación y arreglo de los Presidios (Penamas, 1774).	1774	AGI
Relativo a la solicitud de los apaches, para que se les conceda la paz (Gálvez, 1776).	1776	AGN
Carta del Padre Fray Silvestre Vélez de Escalante (Vélez de Escalante, 1865).	1778	Publicado
Indios paz con los Comanches (Sin autor, 1788).	1785 1788	AGI/S
Presidio de San Elizario (Onofre, 1788).	1788	AGI/S
Armamento San Elizario. Provincias Internas (Gardoqui, 1794).	1794	AGI/S
Sobre envío de indios prisioneros de guerra desde las Provincias Internas a Cuba (Sobre Envío de Indios, 1799).	1799	AGI/S
S. XIX		
Exposición sucinta y sencilla de la provincia del nuevo México y otros escritos Pedro Baptista pino Juan López Cancelada (Batista Pino & López Cancelada, 2007).	1812	Publicado
Acosta Solis Vargas Family papers [caso de venta de tierra de indios] (Acosta Solís Vargas, 1832).	1832	UTEP

Metodología Los indígenas en las fuentes virreinales

Las fuentes de primera mano revisados siguieron un camino similar para su procesamiento y utilización. Se realizó un procesamiento general pensado en documentación original provenientes del período virreinal; cabe señalar que debido a la diversidad de repositorios usados no todos los documentos cumplieran todos los pasos. Por ejemplo, Los documentos de CIBOLA ya están paleografiados, aunque no ajustados a una redacción contemporánea³⁸. Mientras que, en las fuentes publicadas algunos casos se trataban de obras completas con grafía que no requería paleografía como el *Memorial* de Benavides de 1630 impreso en 1899, el *Diario y Derrotero* de Pedro de Ribera de 1736 o todos los documentos de Cervantes Virtual. En otros casos los documentos estaban paleografiados y puestos en grafía contemporánea, como la información contenida en la Colección de documentos inéditos, o el *Discurso y proposición que se hacía Vuestra*

³⁸ Se revisaron algunas partes de los expedientes originales (que se incluyen en los documentos digitales), con fines de corroboración o cuando había alguna duda sobre lo mencionado en la paleografía. En todos los casos se pudo constatar la impecable labor de paleografía hecha por los autores del Proyecto CIBOLA.

Majestad de lo tocante a los descubrimientos del Nuevo México (Torres de Mendoza et al., 1864). Por su parte, los documentos compilados en las distintas obras de Charles Hackett (1923c) están paleografiados, en grafía contemporánea y traducidos al inglés, en pocos casos se anexa también la versión en español (por ejemplo, *Letter of Bernardo López de Mendizábal to the tribunal of the inquisition* (Hackett, 1923a, p. 168–169).

Se tiene un método general completo para expedientes a partir de mediados del Siglo XVII³⁹ y finales del siglo XVIII, a continuación, se describe: se estableció la búsqueda pormenorizada en todos los posibles repositorios disponibles, en un primer momento solo digitales, luego también físicos. Se revisaron minuciosamente las guías, índices y entradas para poder tener una primera selección de archivos para consultar.

Adquisición: Una vez localizados los acervos se descargaban las imágenes de expedientes completos (en casos como PARES), o bien se digitalizaban mediante fotografía en aquellos archivos que requerían la presencia física, en casos como los del AHMCJ, en donde se tomaron imágenes las cajas completas y en el del AFRA los expedientes completos. Se estableció una forma de adquisición rápida de imágenes con el software *AdobeScan*, que permite reconocer documentos desde la cámara de un dispositivo móvil en segundos, por ello resultaba más eficiente la digitalización de expedientes completos para luego procesarlos desde casa debido al tiempo restringido de estancia física en los archivos.

Procesamiento. Una vez seleccionados, se realizó una segunda revisión detallada para definir la pertinencia del tema y poder agruparlos en unidades documentales. Ya convertidos todos los archivos a imágenes digitales, se identificaron los estilos y abreviaturas corrientes en cada rubro para luego realizar la paleografía. Esto se hizo en una primera instancia de manera mecánica (para la primera búsqueda), la segunda búsqueda y procesamiento de los documentos completos se realizó a través del Software *Trascript*, el cual permite un ajuste en la resolución y nitidez de las imágenes en una interfaz que se ajusta para realizar la paleografía de manera simultánea a la lectura, generando archivos de salida en formato .txt o .doc.

³⁹ El documento más antiguo que paleografió fue la Carta sobre la necesidad de religiosos para las conversiones de los indios en la Custodia de Nuevo México de 1657 (Velázquez de la Cadena, 1657).

Estandarización de abreviaturas. Elaboración de síntesis sobre el asunto (identificación de los rumbos de correspondencia), es decir una vez con la transcripción se genera un texto lineal que permite una lectura completa en la que se identifica claramente los actores, asuntos y contenidos del texto.

Elaboración de diagramas de correspondencia. Se realizaron estos diagramas en función de la estructura de la tesis, para poder establecer la utilidad de cada texto en función de los temas abordados, por ejemplo: como cambió el papel de los indígenas en la negociación de las tierras en Paso del Norte, o la capacidad de agentes “marginales” como los esclavos en la configuración de las relaciones sociales reflejadas en la urbanidad. Con estos pasos se generó un amplio corpus de documentos que se sumaron a las fuentes secundarias para entender la manera en que la población indígena participo de la conformación de la vida urbana en Paso del Norte.

En las fuentes hubo una tendencia por referirse, entre los grupos originarios, a los Mansos; luego a los Sumas (ambos hasta mediados del siglo XVIII), seguidos de los Piro, en menor medida los Tompiros, los Janos, los Jocomes, los Jumanos, los Tiguanos, los Teguanos, los Tanos, los Jemes y Genizaros, siendo los N’dee un caso distinto al resto. Mansos y Sumas aparecían y desaparecían en distintos momentos; los primeros eran vistos más como parte integrada de la sociedad paseña, mientras que los Sumas en ocasiones se les consideraba asimilados al virreinato, en otras como entidades “externas” o no sujetas. Los Jumanos y Tompiros solo fueron referidos en fuentes muy tempranas del siglo XVI y a principios del XVII; los Tompiros parecían estar viviendo en los que después fue Senecú. Los Janos y Jocomes, que se ubicaban al sur y suroeste de Paso del Norte, eran un poco más referidos, en especial los Janos quienes estaban muy presentes en la revuelta de 1683, y en procesos judiciales tempranos como en el caso contra Tiburcio de Ortega en 1711 (Valverde, 1711), parecen estar muy relacionados con los Sumas (Forbes, 1957), aunque también disminuye su presencia en las fuentes conforme avanza el tiempo.

En el caso de los N’dee, bajo el genérico de “apaches”, después de la segunda mitad del siglo XVIII aparecía como un solo grupo, y el aumento en su presencia respondía en buena medida a un cambio de política (Curiel & González, 2020). A pesar de que los N’dee sostenían una profunda relación histórica y cultural con Manos, Sumas y Janos (Gutiérrez Silvestre, 2021), desde las fuentes históricas se les ha visto como ajenos a la sociedad paseña, cuando eran parte integral del proceso

histórico de Paso del Norte. Los Mansos, Sumas, Janos, Jocomes, Tompiros, Jumanos y los N’dee (al menos Mezcaleros, Jicarillas, Gileños, Mimbreños y Faraones) eran los que hemos referido aquí como “los que siempre han estado”.

Por otro lado, estuvieron “los que llegaron para quedarse” después de la revuelta de 1680: Piro, Gemez, Tewas, Tiguan, Tehua y Tanos. Los más referidos en las fuentes fueron los Piro, más cercanos en distancia a Paso del Norte y que tenían una interacción más profunda con los Mansos, Sumas y Jumanos⁴⁰. Se ubicaron inicialmente en Senecú junto con Tompiros, y en Socorro (Hughes, 1914, p. 323), aunque más adelante se hallaban viviendo en la Misión de Guadalupe (principalmente al sur en “el Barreal”), y aunque muchos Piro regresaron al norte después de 1691, otros permanecieron en la región. Los Tiguan (Tihuas) fueron ubicados en los que hoy es Isleta del Sur (Hughes, 1914, p. 323), aunque también se integraron con el resto de los grupos como Mansos, Sumas, Apaches y Piro, y mantuvieron su cohesión identitaria. Tanos, Gemez y algunos Piro fueron asentados en los que hoy se conoce como Socorro (Hughes, 1914, p. 323), en ese mismo lugar también fueron localizados los Genizaros.

La presencia indígena en Paso del Norte.

En este apartado se plantean los casos específicos que muestran la presencia indígena en las fuentes virreinales, aquí es posible apreciar cómo es que el sustrato de saberes ancestrales se puso en práctica durante la conformación del urbanismo en Paso del Norte, así como su interrelación con la traza urbana. Se exponen 19 casos repartidos en los 56 expedientes seleccionados previamente. Cada ejemplo varió un poco, pero en general se hace un análisis del relato, a través

⁴⁰ Beckett (2017) propone una sólida hipótesis en la que los Jumanos fueron la expresión histórica de los Jornada Mogollón del extremo sureste, y se habrían movilizado hacia el noroeste debido a la presión de grupos N’dee y Conchos hacia finales del siglo XIV. La evidencia arqueológica ha mostrado el tipo cerámico “Chupaderos blanco sobre negro” como expresión material de esa presencia Jumana; el movimiento de la población los habría llevado por la cuenca de Tularosa hasta las cercanías de la zona Piro, en la parte más austral de la región “río arriba”. En esta zona los Jumanos/Jornada Mogollón del sureste se habrían integrado a algunos poblados Piro, así como creado sus propios pueblos, al tiempo parte de esa población habría regresado a sus lugares de salida al sureste del área Jornada Mogollón, pero parte de la población parece haber permanecido. Esto nos lleva a pensar que la integración de Piro con grupos Jornada Mogollón fue mucho más profunda de lo que muestran las fuentes, encontrando en esta información los elementos para comprender que los Piro tuvieron un proceso de asimilación en Paso del Norte bastante más intenso que el resto de los Indios Pueblo llegados entre 1680 y 1691. En cierta medida el área de Paso del Norte era parte de ellos mismos, de sus parientes y ancestros, tanto como el área que ocupaban en el río arriba entre los actuales Socorro y Albuquerque.

de resaltar frases o información como indicios de la manera en que los indígenas recuperaron los saberes provenientes del período prehispánico.

Las rancherías de Gorretas, Mansos y Cojoyas en el siglo XVI

La mención más antigua de lo que sería Paso del Norte y sus habitantes se debe a Hernán Gallegos, quien fuera escribano y miembro de la expedición que encabezaron Fray Agustín Rodríguez y Francisco Sánchez de Chamuscado. El 6 de junio de 1581 salieron de Santa Bárbara tres frailes, nueve soldados y un número indeterminado de guías indígenas, remontando el flujo de los ríos que llegaban a la junta del Conchos y el río del Norte (de Marco & Craddock, 2013a). La mención de los poblados y su gente fue escueta y solo puede inferirse a partir de otros datos de contexto. Gallegos describió cómo remontaron el curso del “río San Gregorio” (río Parral), “hasta que fueron a dar en la junta de el dicho río con el río que llaman de las Conchas y Río Florido” (de Marco & Craddock, 2013a, p. 9)⁴¹, siguiendo una ruta sobre el curso del Conchos y luego del río del Norte en una especie de navegación portulana, es decir mantuvieron un contacto visual con una ruta conocida que les permitía regresar sobre sus pasos. La referencia de la Junta de los ríos es clave para reconstruir lo que verán más adelante, el río del Norte es llamado por ellos de la Concepción “para venir a este río dejamos el de Conchas a mano derecha por las espaldas hacia el sur. Es este río el más grande que hay en las Indias desde el Río de la Vera Cruz” (de Marco & Craddock, 2013a, p. 15).

Después de pasar el valle “de los Carneros”, dejaron el territorio de los Conchos y entraron al espacio dominado por otro grupo cultural, posiblemente los antiguos Jornada Mogollón: “Y de aquí nos informaron de cierto de lo que había y nos dejaron y dijeron que más adelante estaba otra lengua y nación de gente sus enemigos y que no osaban ir allá porque no entendiesen que iban para hacerles mal y pelea” (de Marco & Craddock, 2013a, p. 18). Tuvieron contacto con ese otro grupo sin nombrarlos, luego siguieron por el río hasta tener contacto con los que pudieron estar en lo que hoy es Juárez-El Paso, Gallegos escribió:

“Con esto nos dieron a entender que la gente de adelante que es mucha y muy valiente y guerreros que les daban mucha guerra porque no eran de su nación⁴²[...] salimos de este

⁴¹ Todas las citas se ajustaron a la grafía contemporánea.

⁴² Lo más probable es que este grupo inmediato a los Conchos hayan sido los Jumanos.

paraje y caminamos por el río abajo dos o tres jornadas sin ver gente ninguna y fuimos a dar en un valle de ciénegas que tiene más de ocho leguas. Es este un valle muy aparejado para estancias y para cualquier cosa que se quisiere cultivar en él, al cual le pusimos el Valle de los Valientes; hallamoslo despoblado” (de Marco & Craddock, 2013b, p. 20).

Vale la pena considerar la posibilidad de que se trate de la zona entre Paso del Norte y San Elizario, debido a la orografía, el río daba vueltas y formaba médanos y “ciénegas” muy fértiles. Después de ese valle “caminamos por una sabana arriba más de doce leguas hasta dalle fin a la sabana y dar en una sierra y entrando por ella” (de Marco & Craddock, 2013a, p. 21), descripción que puede ajustarse a la Jornada del Muerto. Gallegos escribió que estaba “despoblado”, y su narración fue parecida a la de Felipe de Escalante cuando escribió “Caminamos desde que salimos de Santa Bárbara treinta y un días por tierra de gente desnuda chichimeca que no tiene que comer sino es raíces y tunas, gente muy pobre” (de Marco & Craddock, 2013a, p. f591).

La siguiente entrada la encabezó Antonio de Espejo, relacionada con dos manuscritos: la relatoría que hizo Diego Pérez Lujan (J. R. Craddock & DeMarco, 2013) y el texto del mismo Antonio de Espejo (1584). El 10 de noviembre de 1582 salieron de San Bartolomé en un viaje que tenía como objetivo primario rescatar a los frailes Agustín Rodríguez y Francisco López, quienes habían permanecido en tierras norteñas después de la expedición de Sánchez de Chamuscado (Mecham, 1926, p. 114). De acuerdo con el propio Espejo llevó consigo “quince soldados, con sus armas y caballos, y un fraile; todo ello a su costa; y entró por la tierra adentro” (Espejo, 1584, p. 1), además de unos 30 indios auxiliares y 114 caballos. La ruta que siguió fue la que ya había recorrido Chamuscado, desde Santa Bárbara hasta la Junta de los ríos, luego siguiendo el río, ayudándose de las indicaciones de sus guías indígenas Conchos. Espejo fue breve en la descripción del área entre la Junta de los ríos y los Indios Pueblo:

“Acabados de salir de esta nación [Conchos], entramos en otra que se llama de los xumarías, que por otro nombre los llamaban los españoles, los patarabueyes, en que parecía había mucha gente y con pueblos formados, grandes, en que vimos cinco pueblos con más de diez mil indios y casas de azoteas bajas, y con buena traza de pueblos; y la gente de esta nación está rayada en los rostros; y es gente crecida, tienen maíz y calabazas, y caza de pie y vuelo, y fríjoles y pescados de muchas maneras de dos ríos caudalosos, que es el uno que dicen derechamente del norte y entra en el río de los Conchos [...] y por las riberas del dicho río, están poblados indios a esta nación, en espacio de doce jornadas, y algunos de ellos tienen casa de azotea, y otros viven en casas de jacales de paja; salieron los caciques a recibirnos cada uno con su gente” (Espejo, 1584, p. 8).

Más adelante dice haber visto miles de personas viviendo en las riberas del río, lo que puede parecer exagerado; si bien sabemos de esa tendencia entre los viajeros españoles del siglo XVI, parece claro que había una serie de asentamientos con casas de techos sólidos (*casas de azotea*) y de bajareque (*jacales de paja*). Se sabe que este fragmento se refería a la zona entre la Junta de los ríos y los Indios Pueblo, pues unas líneas más adelante Espejo mencionó “Caminando adelante siempre hacia el Norte por el dicho río arriba, nos salieron a recibir mucha cantidad de indios, hombres y mujeres, y muchachos, vestidos y cubiertos de gamuzas” (Espejo, 1584, p. 8) y a partir de ahí comenzó la descripción de los pueblos Piro.

La narración de Diego Pérez de Lujan fue más prolífica. Su expedición habría estado en la zona entre San Elizario y la Jornada del Muerto entre los días 9 al 26 de enero de 1583, parecen haber dejado la zona de los Conchos tomado contacto con los Caguates (posiblemente Sumas), de donde puede deducirse una ubicación por la descripción del paisaje: “anduvimos cuatro leguas a un paraje a el cual llamamos la ciénega grande. Hace esta ciénega el río turbio cuando sale de madre y hay en ella muncha caza de patos y ánsares y grullas y hay alrededor de ella grandes salitres” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 26–27). Bien podría tratarse de la zona en la que se sale de su estrechez el río a la altura de la actual población de El Porvenir y hasta San Elizario. La narración continuaba: “Salimos de el dicho paraje a nueve del dicho mes y anduvimos tres leguas y fuimos a parar a unos charcos que hace junto al río, paraje al cual llamamos los charcos del canutillo. Llamase el canutillo porque junto al río había grande cantidad de canutillo y grandes ciénegas y charcos con gran cantidad de pescado” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 27). Los canutillos pudieron referirse al bosque de Chamizo que caracterizaba la zona antes de llegar a El Paso; enseguida mencionó:

“Aquí vinieron gran cantidad de indios e indias de otra nación que se llaman Tampachos y ofrecieron en seis o siete días que allí holgamos por reformar los caballos gran cantidad de mezquitamal y pescado, porque era mucho lo que pescaban con unos chinchorros pequeños en los charcos. Es gente de la propia gente y suerte de los otomacos y del propio traje excepto que ellos traen sus naturas atadas con una cintilla pequeña. Su pelear es con arcos turquescos y flechas y unas porras de hasta media vara hechas de este palo de tornillo que es muy fuerte y correoso” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 27).

Los Tampachos pudieron identificarse con los Mansos. El hecho de que se quedaran siete días en la zona indica una abundancia que permitía mantener sin dificultad a los viajeros y sus animales, puede tratarse de la primera descripción de los Mansos. Pérez de Luján continua:

“Fuimos a esta ranchería con el padre fray Bernardino y pusimos cruces, lo cual hicimos en todas las partes que hallamos gente. Salimos de el dicho paraje a quince del dicho mes y anduvimos cinco leguas” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 28). Los expedicionarios se establecieron en alguna de las poblaciones después de San Elizario y antes de la zona de donde dobla el río (pues más adelante lo menciona), y desde ahí visitaron “a esta ranchería”. Es decir que, aunque no nombraron el lugar o describieron la forma de los pueblos, dijo que vieron “rancherías”, un asentamiento entre varios que debió haber en la zona⁴³. Más adelante dice:

“Salimos del dicho paraje a diez y nueve del dicho y anduvimos cinco leguas y fuimos a parar al dicho río, al cual paraje, porque empieza hasta las poblaciones a dar vueltas el río, le llamamos las vueltas del río. Salimos del dicho paraje a veinte y uno del dicho y anduvimos cinco leguas a un paraje alto que hay sobre el río, al cual llamamos la barranca de las vueltas” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 28).

El lugar de “las barrancas de las vueltas” pudo referirse a la zona de encajonamiento a la altura de la actual Union Depot, pues como se mencionó, la diferencia en el cauce del río es evidente, y podría tomarse este punto representativo e identificarlo con la narración. Cinco leguas representaban unos 24 kilómetros de hoy, desde el encajonamiento del río en el Cristo Rey, hacia el este, se llegaría aproximadamente a la población de Socorro. Esto quiere decir que la zona en donde da “vueltas el río” justo corresponde a lo que hoy es El Paso, y es en donde se han identificado el área de meandros más significativos.

Como punto de referencia tenemos la continuación de la narración: “Salimos de el dicho paraje a veinte y seis días de el dicho mes y anduvimos tres leguas el río arriba. Desde esta jornada caminamos hacia el norte derecho pues es por donde viene el norte y fuimos a parar a el dicho río a un ancón que pusimos el de los humos, por ser muchos humos los que hicieron en una sierra alta de la otra banda del río” (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 29). Dado que las tres leguas representarían unos 14 kilómetros., desde el lugar en donde se encañona el río (hoy cerca de la estación de Greyhound) hasta el límite de Nuevo México y Texas en donde el río toma curso en un eje norte-sur, son unos 12kilómetros. En línea recta o unos 13.5kilómetros. siguiendo el cauce. Esto quiere decir que la descripción de Pérez Lujan parece congruente con el paisaje.

Ya décadas atrás Agapito Rey había sugerido que El Paso correspondería con el llamado Valle de Los Valientes, y sus habitantes serían los Caguates: “eran los Caguates, así llamados por

⁴³ Por la información de la arqueología histórica es probable fuera cercano a los actuales Socorro, Isleta o Fabens.

Lujan. Dijeron que el país Pueblo estaba a siete días de distancia y juraron que sabían, porque habían estado allí. Esto se hizo por señales ya que no tenían intérprete para esta nación. Tres días después llegaron a una región pantanosa deshabitada a la que llamaron Valle de los Valientes, estaba al sur de El Paso” (Rey, 1927, p. 245). Un estudio más pormenorizado, lo hizo Lloyd Mecham quien mencionó que tras dejar la junta de los ríos Concho y del Norte, el primer grupo que encuentran los españoles son los Otomacos, enseguida los Caguates, pero que estos no son los Mansos, para el autor ambos son grupos previos al lugar en donde se encuentra hoy el Paso:

“Después de un retraso de ocho días cerca del cruce, la marcha por el Río Grande se reanudó el 17 de diciembre. Los otomacos se encontraron en una distancia de cuarenta y cinco leguas, o hasta el 2 de enero de 1583, cuando se encontraron con otra tribu, los caguates. Según Lujan, estaban emparentados con los otomacos y hablaban casi el mismo idioma. Catorce leguas río arriba, pero un poco más abajo de El Paso, en medio de un gran pantano o lagunas, los españoles encontraron otra tribu, los Tampachoas. También se decía que estaban relacionados con los otomacos” (Mecham, 1926, p. 124).

Entonces, retomando la información contextual tenemos que Los Conchos eran enemigos de los grupos que estaban hacia el norte de la Junta de los ríos. Por lo tanto, el recibimiento es muy cauteloso por parte de estos grupos de río arriba; puesto que la expedición iba acompañada de indígenas Conchos. Los más cercanos a los Conchos son los Otomacos o Patarabueyes que serían los Jumanos (grupos Jornada Mogollón del extremo sureste), seguido de los Caguates, que posiblemente sean Sumas y finalmente los Tampachoas que serían los Mansos, tras lo cual tardan muchas jornadas en encontrar otros grupos que serían los Piros, primeros Indios Pueblo. Cabe destacar que la manera de comunicarse es mediante una lengua similar al náhuatl.

La tercera expedición que toca lo que será Paso del Norte es la Juan de Oñate. Tras muchos problemas originados por el cambio de virrey, Oñate sale en diciembre de 1597 de Santa Bárbara con un avance lento que remonta el río Parral, luego el Conchos hasta su unión con el río San Pedro, siguiendo las instrucciones de la Posesión que le concedió el rey (Torres de Mendoza et al., 1864, p. 95). De ahí tomará una ruta distinta de las dos expediciones anteriores y continuará directamente hacia el norte, atravesando las dunas de Samalayuca para tener contacto con el río del Norte a la altura de San Elizario el 20 de abril de 1598, hacia el 30 de abril Oñate llevará a cabo la ceremonia de toma de posesión del Nuevo Reino de México, para cruzar el río y continuar su

marcha hacia el norte el día 3 de mayo en algún punto del actual centro de Juárez-El Paso (Hammon, 1927, p. 303–312)⁴⁴.

Las fuentes directas que se usan para identificar la presencia indígena durante la expedición de Oñate son el *Itinerario* de la expedición (J. R. Craddock & de Marco, 2013), el *Traslado de la posesión que en nombre de Su Majestad tomó Don Joan de Oñate* (Torres de Mendoza et al., 1864, p. 88–10) y la *Copia de carta escrita al Virrey Conde de Monterrey Don Juan de Oñate* (Oñate, 1599), así como dos documentos en donde se da cuenta de los procesos seguidos contra el mismo Oñate por su expedición, el *Memorial sobre el descubrimiento del Nuevo México y sus acontecimientos* de Vicente de Zaldívar (de Marco & Craddock, 2014) y el *Discurso y proposición que se hacía Vuestra Majestad de lo tocante a los descubrimientos del Nuevo México* (Torres de Mendoza et al., 1864, p. 40–52).

La carta al virrey es escueta en cuanto información, pero habla de varias provincias, entre ellas la de los Xumanas, que posiblemente corresponde a aquella en donde se encontraban los Mansos, Sumas y Jumanos (Oñate, 1599, p. 1). En el *Itinerario*, Oñate es más prolífico, se da el registro de uno de los primeros encuentros con los Mansos, se confirma la precepción del paisaje en especial el tema de las vueltas del río: “A veinte anduvimos tres leguas hasta el Río del Norte y puntualmente le cogimos en treinta y un grados y medio de altura [...] Sale y corre del norte y de esto toma nombre y da vuelta hacia el Levante hasta que cobra nombre de Río Bravo, con el de Conchas y otros que se le juntan” (J. R. Craddock & de Marco, 2013, p. 7). En cuanto a los Mansos la primera noticia es la siguiente: “A tres anduvimos dos leguas y aquí se trajeron al real los primeros indios del río por mano del sargento mayor y vestidos los enviaron a avisar y llamar a sus compañeros y vinieron aquel día como ocho indios de su voluntad. *Son los que llamamos harreadores*, porque para decir “si” arrean con la lengua en el paladar como nosotros a las bestias” (J. R. Craddock & de Marco, 2013, p. 8. Énfasis propio). Por la localización, los *harreadores*, son los Mansos.

⁴⁴ La expedición de Oñate es uno de los temas trabajados ampliamente en la historiografía estadounidense, para mayores detalles (Hammond, 1927; Hammond & Rey, 1953a; J. P. Sánchez, 2016; Sánchez, 1998, 1999; Simmons, 1993).

Más adelante Oñate señala que llegaron 40 indios que estaban en las montañas cercanas (seguramente en la Sierra de Juárez o en las Montañas Franklin), en lo que parece ser una continuidad de la estrategia de ocultarse ante la incertidumbre de las intenciones de los viajeros:

“al real cuarenta de los dichos indios, arco turquesco, cabelleras cortadas como gorrillas de Milán, copetes hechos o con sangre o con color para atesar el cabello. Sus primeras palabras fueron “manxo, manxo, micos, micos” por decir mansos y amigos y hacen la cruz con los dedos y la levantan en alto. Dieron relación con señas bien claras que a seis días estaban las poblaciones y que a ocho de camino el día señalan por el curso del sol”(J. R. Craddock & de Marco, 2013, p. 8).

La narración coincide con la información anterior acerca de que los indígenas de la región usan arcos turquescos (como los turcos, se refiere a la gran longitud y que se encorbaba al dispararse), señala una característica que es la gorrilla (corte de cabello similar al de los religiosos católicos con una franja de cabello que circunda una zona calva en la cúspide del cráneo), y las palabras manxo y micos que Oñate atribuye a querer decir que son amigos. Esto último bien puede significar que habían aprendido algunas palabras de las expediciones anteriores o bien simplemente es lo que los españoles pensaron que eso les querían decir. Este punto es relevante pues desde este momento se crea una imagen de los Mansos como pacíficos y sumisos, estigma que permanecerá incluso hasta nuestros días:

“Regalémosles mucho y ayudaranos a pasar las ovejas por el río, el cual se pasó este día por el vado que llamamos de los Puertos porque ellos le dan en este paraje para entrar la tierra adentro y en muchas leguas no hay otro camino para carretas. El vado está en treinta y un grados puntualmente, de suerte que desde veinte de abril que llegamos al dicho río hasta cuatro de mayo en los días que fuimos caminando las ocho leguas y media sobre dichas poco más o menos decaímos de altura medio grado. Este día se pasaron las rodadas de las diez carretas que Castaño y Morlete sacaron del Nuevo México” (J. R. Craddock & de Marco, 2013, p. 8).

Este pasaje revela que son los Indios Mansos los que conoce bien el río y les ayudan a cruzar, aunque debido a las carretas y ganado tardan unos 15 días, lo hacen a través de un vado, es decir una zona baja en donde el río se ensancha y que se puede asociar a un área de tierras suaves, como las que había en la zona en donde salía de su encajonamiento el río. También es clave que señala que no hay otro camino adecuado para que anden las carretas (poco antes habían tenido mucha dificultad para atravesar Samalayuca), pues esto determinara que sea este el paso que siga el Camino Real de Tierra Adentro.

Desde antes de iniciar la expedición de Oñate, ya se enfrentaba a una mar de problemas de toda índole, tal y como se muestra en el *Memorial de Vicente de Saldívar* (Torres de Mendoza et al., 1864, p. 40–52) en donde se habla de “pacificar” y no de colonizar, pacificar es un eufemismo para señalar el proceso de expoliación de tierras a las que no tenían derecho de ocupar los novohispanos.

Unos años después fray Gerónimo Zarate Salmerón, uno de los primeros misioneros en la región hace el recuento de las entradas a Nuevo México. El religioso deja entrever los problemas con las autoridades seculares “Y esta entrada apostólicamente sin gajes ni costa alguna de S. M. y sin soldados, porque si no son tales más vale ir solos que mal acompañados” (Zarate Salmerón, 1856, p. 5). Salmerón también da una idea de cómo era la distribución de los indígenas en el área:

“Ochenta leguas antes de llegar a Nuevo-México por la parte del poniente dos días de camino apartados del río del Norte y camino real se tiene noticia de muchos pueblos de gente política que siembra algodón [...] Dicen que la tierra es llena fértil y de muchas aguas llamase esta nación los Cojoyas. Hasta ahora se tenía sospecha eran unos porque de pocos años a esta parte salen algunos en compañía de los indios gorretas a ver los españoles que van y vienen del Nuevo México en este último despacho cuando salí de aquella tierra hice diligencia por saber que nación era y así se supo ahora con cojuyas tienen por la parte del Oriente por vecinos los gorretas por la parte del mediodía los conchos y son enemigos” (Zarate Salmerón, 1856, p. 50).

Por la descripción que hace, los Gorretas son los Mansos y el este de ellos estarían los Cojoyas que podrían ser los Sumas. Por último, hay que mencionar que Zarate Salmerón refiere que “tomaron” dos indios de nombre Miguel, uno de los cuales sería el autor del famoso “mapa del indio Miguel”, que muestra un camino primigenio que pasaba por Zacatecas, Durango y llegaría hasta Santa Fe, demostrando el profundo conocimiento de rutas a larga distancia que tenían las comunidades originarias en ese tiempo.

Una posible solución a que la expedición de Sánchez de Chamuscado y Espejo no vieron un asentamiento es porque los pobladores habían huido, pues eran un grupo de desconocidos que iban con sus enemigos los conchos, y/o bien porque habían cruzado el río del Norte muchos kilómetros atrás y por lo tanto estaban en la banda norte del río, que como recordaremos hacia 1823 tenía su cauce casi dos kilómetros al norte del actual centro de Ciudad Juárez que es el lugar en donde años más tarde Antonio de Benavides describe que están las rancherías de los Mansos. Siguiendo esa idea, Juan de Oñate traza un camino distinto, no desde la Junta de los ríos sino por

las dunas de Samalayuca, por lo cual toma conocimiento de lo que estaba en la banda sur del río del Norte, y por eso el sí describe rancherías y pueblos habitados, además de que es van muchos más indígenas que solo los Conchos.

Huir y esconderse en las montañas cercanas es una estrategia que tanto Mansos y Sumas como los Indios Pueblo practicaron por mucho tiempo⁴⁵. En el caso de los Mansos, cuando la expedición de Espejo salió de “las vueltas del río” da cuenta de esa estrategia: “anduvimos cinco leguas a un paraje en el río, al cual llamamos el frontón de las minas, por razón que media legua de este paraje, antes de llegar a él, en el camino ay una serranía de grandes baterías, las cuales minas no hemos ensayado en todas estas jornadas. *Nunca vimos ningunas gentes, aunque hallamos mucho rastro y rancherías despobladas* (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 30. Énfasis propio). Que existieran rancherías despobladas puede ser tanto una estrategia de defensa como parte de la forma de vida semi nómada, en cualquiera de los casos no implica que estuvieran despobladas permanentemente, más aún nos muestra que esas poblaciones existían.

En resumen, Las primeras fuentes acerca de los indígenas en Paso del Norte son esporádicas y poco claras, esto puede deberse a varios factores, entre ellos el objetivo de los expedicionarios, quienes buscaban recursos minerales y humanos que les permitieran explotar las tierras norteñas, en Paso del Norte no había minerales valiosos⁴⁶, pero tampoco parecen haber grandes concentraciones de población. Sin embargo, dan cuenta de “rancherías” y poblados “abandonados”, lo cual puede ser una estrategia de defensa o bien parte de la forma de vida o más probablemente una combinación de ambos. Aun así, es innegable la presencia de poblaciones, muy probablemente pequeñas y dispersas.

⁴⁵ Maureen Ahern, propone que las expediciones de Chamuscado y Espejo utilizan una estrategia intimidatoria contra los indígenas, a pesar de que esto los reciben en general con señales de Paz “A partir de este encuentro inicial se ensaya un guion para el contacto inicial: ofertas de alianza contra los enemigos y protección contra los españoles que tomaban esclavos; amenaza de muerte si los invasores eran heridos; disparo de arcabuces e identificación de los españoles por los indios como los hijos del Sol. A cambio de ello, los españoles reciben información acerca de populosas comunidades asentadas en el norte con grandes casas y abundancia de alimento y vestimenta de algodón. Los españoles erigen su propio signo de posesión, la cruz, y de inmediato envían mensajes a aquella nación que, *nosotros veníamos para restaurar la paz entre estas gentes* (Gallegos 73v)” (Ahern, 2001, p. 392).

⁴⁶ Zarate Salmerón menciona la existencia de turquesas “minas de chalchihuites”, pero este mineral solo era valioso para los indígenas (Zarate Salmerón, 1856, p. 25).

Poblaciones previas a la “fundación” de Paso del Norte; Benavides y de la Cadena al inicio del siglo XVII.

La narración de Zarate Salmerón termina hacia 1628, para ese tiempo Alonso de Benavides ya tenía cerca de dos años predicando en la zona, luego otros religiosos más los seguirán, incluyendo a Pedro de la Cadena que escribe hacia 1657. La información de los religiosos en este período permite inferir que en la zona de Paso del Norte había pueblos indígenas permanentes antes del acto fundacional de 1659 -permanente en términos de los ciclos de vida antiguos- corroborando la idea de la presencia indígena permanente de indios Mansos y Sumas desde el tiempo de las expediciones, aunque esta no haya sido atendida por los narradores de esos viajes. Se retoman tres fuentes principales; las dos versiones del *Memorial* de Alonso de Benavides (1630 y 1634) (Benavides, 1630; Navas Josa, 2021), así como la *Carta sobre la necesidad de religiosos para las conversiones de los indios en la Custodia de Nuevo México* (Velázquez de la Cadena, 1657). En ellas se da cuenta de la existencia de poblaciones indígenas a las que acuden regularmente los religiosos para atender la labor evangelizadora.

Durante los primeros treinta años tras la creación del Nuevo México la presencia hispana se incrementó de manera constante; entre 1581 y 1599 fueron solo tres los viajes registrados que cruzan el río del Norte, pero a partir de la fundación de San Juan de los Caballeros en 1598 el número de viajes y viajeros que iban al septentrión se mantuvieron en aumento, la mayor parte de quienes hacían el recorrido hacia el Nuevo México cruzaban el río del Norte por la zona referida como “el paso del río del norte”, emulando el tránsito que hizo Oñate en 1598. Esto resulta especialmente notorio en el aumento de mercancías que iban y venían de las misiones nuevomexicanas (Scholes, 1930).

La presencia de misioneros también creció paulatinamente en su número e importancia. Las tres primeras exploraciones (Chamuscado, Espejo y Oñate) fueron acompañadas de misioneros de la Orden de los Frailes Menores o franciscano; Oñate llevó a 10 de ellos, los cuales se dispersaron rápidamente por la nueva provincia: “Al crecer la obra misionera con nuevos arribos de frailes y con la fundación de nuevas misiones, se establece en 1616 o 1617 la custodia de la Conversión de San Pablo del Nuevo México” (Vázquez, 2004, p. 14), si bien la mayoría de las misiones de Nuevo México pertenecieron a la Custodia de San Pablo dependiente de la Provincia del Santo Evangelio,

algunas cercanas como la Junta de los ríos, Janos o Casas Grandes fueron administradas desde la custodia de Zacatecas, todas ellas de los franciscanos (Vázquez, 2004, p. 13–14). La presencia de los franciscanos será constante durante el resto de la historia virreinal de Nuevo México y de Paso de del Norte, pero durante el segundo tercio del siglo XVII son casi la única fuente que tenemos para conocer lo que acontecía en la región, por ello los escritos de Benavides y de la Cadena resultan esenciales para saber qué podía estar ocurriendo en ese período.

Fray Alonso de Benavides nace en las Azores cerca del año 1578, se profesa como religioso de San Francisco en la Ciudad de México en 1603 y es nombrado custodio para las misiones de Nuevo México en 1623, llegando a ese territorio hacia 1626 para ser sustituido por Esteban de Perea en 1639 (Navas Josa, 2021, p. 27). La vida y trabajos de Benavides fueron ampliamente estudiados por los historiadores estadounidenses por ser el primero en dar una descripción amplia de gran parte de los grupos indígenas de Nuevo México, incluyendo lo que para muchos son las primeras descripciones de los N’dee. También es muy conocido por haber reportado la presencia de una mística mujer que apareció en algunos poblados de Nuevo México y ayudo en la evangelización del septentrión; Benavides atribuyo esta presencia a Sor María de Agreda “la monja azul” a quién visitó en España y estaba convencido del poder de bilocalidad de la monja (Morte Acín, 2011).

El *Memorial* que escribe Benavides tiene dos versiones; la primera fechada en 1630 está dedicada al rey de España y busca el apoyo de la corona para continuar la labor evangelizadora, el segundo está fechado en 1634 dedicado a el Papa. Benavides narra lo sucedido durante sus tres años de estancia en Nuevo México, el autor intenta llamar la atención de la difícil labor de labor misionera en aquellas regiones (Navas Josa, 2021). Como parte de esa narración da cuenta de los grupos Mansos en el extremo sur de Nuevo México:

“El río del Norte cien leguas [desde Santa Bárbara], las cuales se pasan con muy grandes riesgos, por habitarlas las naciones Tobosos, Tarahumaras, Tepeoanes, Tomites, Sumas, Hanos y otros, gente muy feroz, bárbara e indómita; por que andan siempre desnudos, sin tener casa ni sementera alguna, viven de lo que cazan, que es todo género de animales aunque sean inmundos, mudándose para esto de unos cerros a otros y sobre el juego suelen estas naciones tener guerras civiles y se matan brutalmente, sus armas son arcos y flechas, que son la generales de todas las naciones; cuando pasamos por entre ellos, nos embisten cara a cara si ven poca gente y hacen el mal que pueden: por lo cual no se puede pasar menos de que con doce hombres con sus caballo” (Benavides, 1630, p. F8-9).

En esta primera referencia se distingue a los grupos poco afines a los españoles, es relevante pues de manera implícita se hace una diferencia con los Mansos, a quienes considera amistosos. De aquellos grupos dice que son gente feroz, bárbara e indómita que no tienen sementeras, es decir no practican la agricultura y son por lo tanto nómadas. Una vez pasado esos grupos se encuentran con los Mansos:

“Mansos o Gorretas; porque de tal suerte se afeitan el cabello, que parece traen puesta una gorreta en la cabeza: y así mismo, escarmentados de que nuestros perros los han mordido algunas veces, cuando ellos nos reciben de guerra y cuando vienen de paz, y mansos, decimos a los perros, sal ahí porque no los muerdan, salen ellos también por venirse [a] que les atajemos los perros diciéndonos, sal ahí, sal ahí manso, manso y por este nombre Mansos son conocidos comúnmente entre nosotros” (Benavides, 1630, p. f9).

Se confirma el característico corte de cabello del que habla Oñate, pero difiere un poco en la explicación de la asignación del nombre; pues él le atribuye a la impresión que causan los perros entre los Mansos y que buscan imitar la orden que darían los españoles para calmar a esos animales y no para señalar una condición de amistad como decía Oñate. Cualquiera de las dos versiones desemboca en la creación de una imagen de los Mansos como sumisos, más aún después de haber descrito a los grupos vecinos como feroces. Esto contribuyó a la creación de una especie de perfil de comportamiento que la historiografía repitió acríticamente. Por otro lado, no utilizar algún endónimo o el exónimo de algún grupo cercano para nominar a estos indígenas también contribuye a una negación explícita de su identidad, es decir desde el principio son considerados como asimilados al sistema novohispano, condición que también se repitió en los escritos posteriores.

A pesar de reconocer una diferencia con los grupos vecinos, los describe como salvajes, aunque oportunistas:

“esta es gente que no tiene casa, sino ranchos de ramas, ni siembran, ni se visten ellos en particular, sino todos rehuidos y solamente se cubren las mujeres de la cinta [hacia] abajo, con dos pellejos de venado, uno adelante, y otro atrás. También son de la condición de los antecedentes que si ven la suya hacen todo el mal que pueden, pero no pudiendo, se vienen todos de paz [a] buscarnos, para que les demos de comer, que ese es su principal fin, y se comen entre pocos una vaca cruda, no dejando nada de la panza, pues aún para limpiarla de la bascosidad, no reparan en tragársela así, como perros cogiéndola con la boca, y cortándola con cuchillos de pedernal y tragando sin mascar. Estos Mansos pues, como están en el paso del este río, es fuerza topar siempre con ellos” (Benavides, 1630, p. f10).

Es interesante que Benavides dice que los Mansos son también nómadas o semi nómadas, pues dice que no tienen casas ni siembran, aunque contrasta con la afirmación de que tienen ranchos

de ramas, que como se explico debe referirse a habitaciones de bajareque. En el segundo *Memorial* el mismo autor dice que fue a una de esas rancherías y da a suponer que instala una iglesia provisional. Si interpretamos el contexto del público objetivo del escrito, podríamos entender que Benavides sobredimensiona o no alcanza a entender una forma de vida no dependiente de la agricultura; lo que no significa que no hubiera poblaciones permanentes, que como vimos en el capítulo anterior, puede ser el producto del uso combinado de saberes ancestrales para adaptarse a condiciones particulares, no quiere decir que no supieran sembrar o que no utilizaran permanentemente el espacio, muy posiblemente de manera rotativa. La mención a que comían como perros y la desnudez es un factor que Roger Bartra identifica como emblemática de la creación de la otredad como categoría de buen salvaje (Bartra, 2011). También menciona que es necesario encontrarse con ellos para cruzar el río del norte, lo que nos indica una distribución extendida a lo largo de la zona susceptible de cruzar entre el “lugar en donde dobla el río” y varios kilómetros al sur, pues recordemos que no existía un solo paso obligado, pero en cualquier punto en que se quisiera cruzar en el rango de conocimiento de los españoles.

El contraste entre una percepción de los Manso como salvajes y al mismo tiempo como amistosos es palpable en la siguiente parte de la descripción: “suelen llevarnos a sus propias, rancherías, para que les demos de comer a sus mujeres, e hijos, y también nos suelen regalar con lo que tienen, que es pescado y ratón. Es gente muy dispuesta y bien agestada y fornida” (Benavides, 1630, p. F10). Hay que resaltar que habla de rancherías en plural, es decir reconoce una serie de asentamiento de poblados en un espacio dado, lo que resulta paradójico, pues si había varias rancherías y eran nómadas tendrían que moverse a través de esas múltiples rancherías, o bien moverse fuera de ese grupo de poblados, lo que es poco probable si hay grupos belicosos alrededor. En estas referencias también es posible discernir un poco de las costumbres de los Mansos, pues reciben a los extranjeros con comida y les permiten estar en sus rancherías; la afirmación de que los Mansos van con los novohispanos para que estos últimos alimenten a mujeres y niños, parece más un acto de reciprocidad y amistad que de sumisión o necesidad, recordando que no son los hombres quienes son alimentados (tal vez el alimentarse del extranjero

sea un acto deshonoroso)⁴⁷. De cualquier manera, las narraciones anteriores y posteriores coinciden en que la escasez de recursos alimenticios no es una característica de la región, por lo que parece más sensato pensar en que los Mansos perciben el intercambio como un acto de amistad y reciprocidad social. En ese marco, es posible entender que los Mansos reciben a los extranjeros sin dificultad ni grandes recelos, entre otras cosas por la abundancia de recursos y como parte de sus estrategias de relaciones sociales con otros grupos.

Que Benavides vea a los Mansos como buenos salvajes, cobra sentido con la continuación de la narración en la que el franciscano refiere a los Mansos:

“Me dijeron ahora cuando pase por ellos, que se holgarían de tener allí religiosos que los enseñen, y bautizaren, y fuera de muy grande importancia porque de más de lo principal [...] Esta nación Mansa está ya muy dispuesta para su confesión porque todas las veces que les hablamos de Dios, nos oyen con mucho agrado, y sienten mucho que hayan de ir a arder al infierno si no se bautizan y así dicen que están con pena, de que no tiene, como las demás naciones, religiosos que allí los enseñen” (Benavides, 1630, p. f11-12).

Es decir, son salvajes pero dispuestos a recibir la religión católica, lo que convenientemente resulta en el argumento principal de legitimización de la colonización o “poblamiento”, generando una seducción para que el proceso de apropiación de ese espacio sea favorable a los intereses de religiosos de la corona. Enseguida también alude a que esa empresa evangelizadora puede ser benéfica también a las arcas reales: “y se poblarían con esta seguridad muchos reales de mas muy ricas que hay por todo este camino, y grandiosos finos de estancias, con aguas, y paninos de tierras muy buenas, con que se trajinaría aquel camino cada año” (Benavides, 1630, p. F11).

Tras terminar la descripción de los Mansos, Benavides menciona por primera vez a los N’dee: “Prosiguiendo pues al mismo Norte treinta leguas por esta nación Mansa, topamos con la grandiosa nación apache, que por esta parte se llaman los del Perrillo y aunque estos Apaches son muy belicosos, son de más confianza que las naciones antecedentes y pasamos por ellos con menos cuidado, hasta llegar a encontrar otra vez con el río del Norte” (Benavides, 1630, p. F14). Dos aspectos principales; el primero es que los N’dee (sin tener precisión de qué grupo) están viviendo en la región a inicios del siglo XVII, pero no se mencionan conflictos con los Mansos ni los Piros (la siguiente nación), por lo tanto, están integrados en la dinámica cultural de la región. Resulta

⁴⁷ Deni Seymour menciona que entre los grupos del suroeste norteamericano compartir alimentos es una costumbre: “La hospitalidad regional dictaba que los lugareños compartieran su comida con los visitantes y los protegieran del peligro” (Seymour, 2017, p. 2).

imposible pensar que este proceso es reciente, más aún debe tener como menos varias décadas y más probable varios siglos de convivir con los Mansos y Piros⁴⁸. El segundo aspecto es que Benavides afirma que son de mayor confianza que el resto de los pueblos; al analizar esta condición cobra sentido la idea de autores como Curiel y González (2020), acerca de que la actitud belicosa de los apaches es en mayor medida una respuesta a la sistemática agresión de los novohispanos que, de una forma de vida o naturaleza de su comportamiento, como afirman las fuentes históricas y que tan acriticamente ha repetido la historiografía.

En la segunda versión del *Memorial* en 1634, Benavides amplía la descripción y narra un suceso trascendental para el futuro Paso del Norte; la instalación de una cruz de madera y apilamiento de unas piedras a manera de altar, que serían la génesis material de la Misión de Guadalupe:

“Lleváronme unos indios a su ranchería, y después de haberlos acariciado con cascabeles, plumas y cuentas de diferentes colores, que hasta de este género nos manda dar el Rey Católico, para que los reduzcamos de paz y nos oigan de buena gana la palabra del Señor. *Hice una cruz del tamaño de una lanza y la puse en medio de la ranchería, y como pude les manifesté que si adoraban de todo corazón aquella señal hallarían en ella remedio a todas sus necesidades*” (Navas Josa, 2021, p. 73. Énfasis propio).

Aquí se amplía lo que ocurre cuando los Mansos llevan a Benavides a una de sus rancherías, la cual debió ser la principal o una de las principales (recordando que habla en plural). Ofrece regalos para promover la reducción (congregación) de los indígenas en una especie de ritual de intercambio. Más importante aún, dice que toma un elemento material: una cruz del tamaño de una lanza, y señala simbólicamente el lugar en que la divinidad católica se hará tangible. La colocación de la cruz en medio de la ranchería nos sugiere varias cosas: que el espacio ritual o religioso de los Mansos no estaba en el centro geométrico de la población, con lo que nos recuerda la distribución no epicentral de lugares como Paquimé⁴⁹. Enseguida, que la ranchería era una población

⁴⁸ Al respecto de la posibilidad de que varios grupos pudieran estar ocupando un mismo territorio Seymour menciona “Durante el período protohistórico, vastas extensiones del suroeste fueron ocupadas por pequeños grupos que se desplazaban a lo largo de cientos de kilómetros y cuyos territorios se superponían” (Seymour, 2017, p. 11).

⁴⁹ Un tema muy conocido en la arqueología del norte es que la distribución de la traza urbana no fue igual a la de Mesoamérica. En esta última superárea las edificaciones cívico-religiosas tiende a estar al centro de la traza y de ahí se organizan el resto de los elementos del entorno construido, en una distribución epicentral. Mientras que, en el norte, en lugares como Paquimé, los edificios cívico-religiosos (como plazas y montículos) se encuentran hacia las

permanente o semipermanente con una distribución interna tangible; es decir, no dice algo así como “entre las chozas”, o “en medio del monte”, el simple hecho de referir el lugar en medio de la ranchería implica un centro y una periferia del poblado y por tanto una organización espacial de dicha ranchería. Es poco probable pero también puede tratarse de un recurso retórico. Luego está el acto de ritualidad de arrodillarse en la cruz, buscando ser imitado por los Mansos.

La narración continua con lo que ocurre tras arrodillarse en la cruz:

“Todos hicieron lo mismo de [tal modo] que mi alma recibió grande consuelo por ser la primera cruz que allí adoraron. Entre ello llegó una india con dolores de muela y que con gran afecto abría la boca con las manos y arrimaba las muelas a la cruz. Otra con dolores de parto tocó el vientre al santo árbol, y de la consolación y alegría con que se fueron tengo fe en la divina majestad que obraría sus maravillas en confirmación de su divina palabra [...] y andadas cincuenta leguas toparon con la barbará nación Apache [...] andando otras cincuenta leguas al norte los Piros” (Navas Josa, 2021, p. 73).

De nueva cuenta, parece que los Mansos son convenientemente buenos salvajes, proclives a la religión, receptivos de las acciones de los misioneros, pero aún no conversos. Más adelante veremos cómo es que unos 20 años después de este suceso (1657), la cruz que dejó Benavides ha crecido hasta las llamadas “conversiones”, o edificaciones rústicas o incluso iglesias modestas; una de las cuales será la Misión de Guadalupe en 1659. Podemos imaginar una trayectoria material de la cruz del tamaño de una lanza de Benavides, la que apuntalaron con piedras; luego, con la perseverancia de los franciscanos, crecería a un pequeño tapial rodeado de cultivos de productos traídos de España, para luego ser un incipiente cuarto de bajareque al que acudirán los misioneros periódicamente hasta que se “funda” la Misión de Guadalupe y se amplía la iglesia con adobe, en un crecimiento paulatino pero sostenido que se acelera a partir de 1680 de lo que se llamará Paso del Norte.

Sin tener certeza del año en que ocurrió el pasaje con los Mansos narrado por Benavides, debió ser entre 1626 y 1629, con lo que también es posible suponer que para entonces los Mansos se encontraban en poblaciones permanentes o estacionales/permanentes. Esto sugiere que las expediciones anteriores no vieron las rancherías pobladas, probablemente como parte de una estrategia de ocultación por parte de los Indígenas, y que si no se mencionan poblados

orillas, y el centro es ocupado por habitaciones agolpadas hacia uno de los extremos. De acuerdo con lo visto en el capítulo anterior, los Jornada Mogollón tienen una fuerte interrelación con la cultura Casas Grandes (Paquimé) y comparten algunos elementos del entorno construido, al igual que los Indio Pueblo. Por lo tanto, al mencionar Benavides “en medio” es posible que se refiriera a la plaza más grande de la población.

permanentes en el “lugar en donde dobla el río”, no significa que no existieran, sino que están provisionalmente abandonados o que simplemente no los consignan por no considerarlos relevantes (en recursos humanos y materiales), o bien como parte de un proceso de negación explícita de las comunidades indígenas.

Otro testimonio previo a la “fundación” de la Misión de Guadalupe fue el de Pedro Velázquez de la Cadena, documento inédito resguardado en el AFRA (Velázquez de la Cadena, 1657). Se trata de una extensa carta y la respuesta del fiscal de su majestad, acerca de la necesidad de religiosos para las conversiones de los indios en la Custodia de Nuevo México, fechada entre 1656 y 1657. Es un documento importante por distintas razones: contiene una evaluación de las condiciones hacia 1656 (posterior a Benavides y justo antes de García de San Francisco), en donde se pone especial énfasis en la necesidad de más religiosos para las “conversiones de Mansos y Sumas”, implicando su existencia, aunque se habla de la existencia de nueve conversiones. Por otro lado, aporta datos acerca de la manera en que se conceptualiza a los indígenas (falta de policía, salvajes, pero dóciles). La carta es parte del encargo que hace el gobernador Tomas Manso a Fray Pedro Velázquez para analizar las condiciones imperantes al sur de Nuevo México, y sirve a Velázquez para solicitar más religiosos y recursos a la corona. La respuesta del Fiscal es favorable y se ordena que se envíen religiosos; lo que más tarde explica la llegada de Fray García de San Francisco y Fray Salvador de Ayeta (asunto que es tratado desde 1652 según la carta).

En la parte más sustancial la carta dice:

“Conviene pues al servicio de Dios y bien de aquellas demás que VE. se sirva de mandar el número de los que están señalados por el asiento [67] en que *siendo las nueve conversiones de Mansos o, Majoes, y Sumas digo [ilegible] que a muchos años se desean y solicitan con repetidas diligencias* por las fuerzas de mi religión sagrada, que las reconocieron siempre muy necesarias y de importantísimas consecuencias no solo por el merced grande del servicio de Dios, lo que del acato la misma piedad de su Majestad, y grande las almas quede estas conversiones se esperaba, sino también por así listarse con ellas el comercio y paso a las naciones convertidas que le han hecho peligrosa me entendí fácil, las dos de Mansos y Zumas mientras no lo estaban y por eso han necesitado siempre las causas de su Majestad de la escolta que llevan cambian con estas reducciones *sea la repuesta a la de otras naciones vecinas a las Zumas por la parte del oriente y por la del Poniente de los Mansos* que aunque están descubiertas y reconocida la gloriosa extensión que esta Santa fe puede tener en ellas *por ser numerosas dóciles y de alguna policía humana* (el faltar [a] está en muchas hace su conversión dificultosa)” (Velázquez de la Cadena, 1657, p. f3. Énfasis propio)

No se cuenta con información adicional de Fray Pedro de la Cadena, pero por el contenido de la carta es posible inferir que el religioso realizó una inspección y evaluación de las condiciones de las misiones en Nuevo México hacia 1652, muy probablemente por encargo del Virrey⁵⁰. En la carta se estipula que para cubrir las necesidades de toda la provincia se requieren al menos 67 religiosos (quizá para todas las poblaciones en Nuevo México). Para el caso particular de los Mansos y Sumas se solicitan religiosos para cubrir las nueve conversiones ya establecidas y que desde hacía varios años pedían religiosos. La “conversión” posee el sentido inequívoco de convertir a los infieles al cristianismo, pero en este caso se refiere un número específico (nueve de ellas), lo que se refiere a los lugares en donde se ha dado este proceso de conversión.

El texto no aclara en qué tipo de lugar se da esta conversión; si en un pueblo, ranchería, caserío, pero es evidente que se refiere a sitios específicos. La falta de claridad puede deberse al tipo de asentamiento indígena, que como vimos, no se ajusta a las conceptualizaciones hispanas del siglo XVII (y occidentales en general), o bien al intento de englobar en un solo concepto distintas dimensiones de poblados, sin olvidar que se trata de una misiva burocrática, para altos funcionarios. De cualquier manera, podemos entender nueve conversiones como nueve poblados que están reconocidos y visitados por los franciscanos; al menos uno de esos poblados es el futuro Paso del Norte, pues sabemos que los Mansos están distribuidos con límites al norte en la Jornada del Muerto, al sur en Villa Ahumada, al este en El Porvenir y al oeste en Deming, ocupando principalmente la vega del río del Norte y Hueco Tanks (Miller & Kenmotsu, 2004). El texto además afirma que al oeste y el este los Mansos limitan con los Sumas.

La referencia de que los habitantes de las nueve conversiones de los Mansos poseen cierta docilidad nos sigue recordando la idea del buen salvaje, pero la categorización de que tienen “alguna policía humana” evidencia que tenían patrones de comportamiento e instituciones distinguibles por los españoles; condición que los novohispanos reconocen en pueblos sedentarios y que al mismo tiempo los hace sujetos de asimilación en el sistema virreinal. La continuación de la narración ayuda a aclarar algunos de los puntos mencionados:

“salieron de esta ciudad para aquellos provincias a fines del año pasado de *seiscientos y cincuenta y cinco* fue el otro Padre Fray Juan Cabal llevando por su compañero al otro Padre

⁵⁰ Entre 1620 y 1653 ocupaba al cargo de virrey Luis Enríquez de Guzmán, IX conde de Alba de Liste, sustituido por Francisco Fernández de la Cueva y Enríquez de Cabrera, VIII duque de Alburquerque de 1653 a 1660.

Fray Francisco Pérez, *a tratar solo de la conversión de estas naciones y con efecto lo han conseguido los otros padres pues tienen fundada una iglesia donde se celebran los vecinos que dichos y viniendo del Nuevo México, para esta ciudad confiese y comulgues con esta y otras personas conmigo [el] día de las animas del año pasado de cincuenta y seis y este día se bautizaron en otra iglesia dos criaturas, y pocos antes se enteró a la de otros Indios los Mansos a cuya nación tenía congregada y que se asistían para que los industriasen y enseñasen en nuestra Santa fe católica, y el otro Fray Juan Pérez que daba disponiendo el dar asiento a la conversión de los naturales de la nación Zumana, que ambas se componen de muchísimo número de Indios que necesitan no solo los religiosos que se proponen en los informes de estos autos, pero muchos más para poder tratar aun tiempo de irlos reduciendo y catequizando y bautizando a ser cierto que con número suficiente de religiosos se conseguirá. Respecto de que la nación de los Mansos parece dóciles y a su imitación [los] Sumano[s]* (Velázquez de la Cadena, 1657, p. f3v. Énfasis propio).

De aquí se desprende que cuando menos desde 1655 los misioneros Juan Cabal y Francisco Pérez atienden las nueve conversiones, en ellas *tienen fundada una iglesia donde se celebran los vecinos*; es decir ya hay poblaciones permanentes asimiladas aparte de la estructura jurídico-administrativa novohispana, previas a la “fundación” de Paso del Norte de 1659, esto es claro al hablar de una categoría social como *vecinos*, y la expresión material de la institución religiosa; *la iglesia*, se celebran misas en la iglesia con los vecinos. La referencia anterior no deja lugar a dudas de la existencia de poblados permanentes, organizados e insertos en la dinámica social novohispana. A estas iglesias de los nueve pueblos de Mansos acuden los frailes a realizar la labor evangelizadora (bautizos, catequesis), esperando que los vecinos Sumas se congreguen a imitación de los Mansos.

Velázquez de la Cadena reafirma la existencia de iglesias construidas en donde hay vecinos que celebran misas, ahora con la adición de decir que esos vecinos (Mansos) están congregados, es decir viviendo de manera permanente alrededor de una iglesia, sembrado y administrados por un religioso: Cabe destacar la insistencia en el gran número de indígenas que viven en estas congregaciones. Si bien esto puede ser una exageración para hacer más sólida la solicitud de nuevo frailes, también puede ser acercarse a la realidad, pues hasta este punto ni las enfermedades ni la guerra ha afectado la cantidad de pobladores originarios. La narración prosigue:

“Informe de Don Juan Samaniego Excelentísimo señor en cumplimiento de lo que V.E. se sirve de mandar informe en lo tocante a la nueva conversión de las naciones de los indios Mansos y Sumanos que están en el camino del Nuevo México, cien leguas a poco más menos antes de llegar a la Villa de Santa Fe cabeza de aquellas Provincias: *Digo que por el año pasado de mil y seis[cientos] y cincuenta y dos*, yendo por gobernador de aquellas provincias V.E. que la dicha nación de los mansos salieron pidiendo religiosos para que los bautizasen e industriasen en las cosas de nuestra Santa fe católica, y que *un Indio y una India trajeran*

una criatura enferma para que la bautizase el Fray Francisco Pérez religioso de la orden del Señor San Francisco, que en aquella ocasión iba en las camas de su Majestad al Nuevo México, y que estaba por compañero del Padre Fray Juan Cabal, y entonces el otro religiosos les dijo que lo bautizaría con muy buena voluntad, con calidad de que si viniesen siendo de edad se los habrían de entregar para educarlo en nuestra santa fe, y supe que después de bautizada esta criatura a pocos días murió, y que en las causas de su Majestad que salieron de esta ciudad para aquellos provincias a fines del año pasado (Velázquez de la Cadena, 1657, p. f4. Énfasis propio).

Se argumentó que la urbanidad implica una serie de capas entremezcladas a manera de estratos geológicos, en donde entender el sustrato aclara el desarrollo posterior de la sociedad. Del mismo modo, la siguiente parte de la Carta, Velázquez de la Cadena narra cómo es que los frailes mantenían una tradición mística (como la Dama Azul de Benavides) de evangelización, a través de la cual intentan convencer a los indígenas de aceptar el cristianismo; en este caso con el niño regalado a los frailes que luego murió, con el bautizo como medio de protección contra las enfermedades. Esto en contraste con estrategias represivas de persuasión, es decir buscan negociar y convencer o “agasajar” a los indígenas. Entonces, es posible notar un carácter más bien de negociación que de imposición como sustrato de la relación con los indígenas. En la última parte de la Carta se consigna la respuesta del fiscal, en donde, si bien, se aprueba el envío de más religiosos, no será en la cantidad solicitada:

“Respuesta del Sr. Fiscal [...] Excelentísimo señor, siendo V.E. servido que de disponer (fuera de lo que tiene encargado del ministro reverendo Padre comisario, para el cumplimiento del número de los religiosos de la situación adjuntada) serían los cuatro religiosos dos en una conversión y los otros dos en la otra, dándoles el vestuario y sustento y para fundar en cada parte de la de sus iglesias regalándola esta, les pedía menos según se ha acostumbrado que para este efecto su Majestad dará lo que tendrá habiendo que se gastase como se conoce de suma otra oportunidad y como a expensas y más en estos reinos ha gastado tantos millones” (Velázquez de la Cadena, 1657, p. f4v).

Adicionalmente se dispone de fuentes secundarias que confirman lo anterior pues señalan: “Sin embargo, no fue hasta 1656 que finalmente se iniciaron las actividades misioneras entre los Mansos. En ese año los Padres Francisco Pérez y Juan Cabal congregaron a algunos de los Manso en un asentamiento misionero en el Paso y construyeron una pequeña iglesia” (R. Gerald, 1975b, p. 49), es decir que tres años antes de la fundación de 1659 ya habría una serie de pequeñas edificaciones.

En suma, la carta de Fray Pedro Velázquez de la Cadena muestra la existencia de poblaciones permanentes de Mansos en Juárez-El Paso antes de la llegada de Fray García de San

Francisco, así como a la “fundación” de Paso del Norte. De este modo, hay elementos suficientes para trazar una trayectoria de asentamientos indígenas antes de la llegada de los novohispanos. Las evidencias documentales dan indicios acerca de grupos viviendo en el período del contacto, como lo muestran los informes de las expediciones de Sánchez Chamuscado, Espejo y Oñate entre 1581 y 1598, así como la existencia de poblados Mansos entre 1598 y 1659, los cuales serán asimilados en Paso del Norte. Siguiendo esta idea puede entenderse que las “rancherías”, de las que hablan en los documentos se refieren a asentamientos permanentes o semipermanentes asociadas con una forma de vida que no depende exclusivamente de la agricultura; la falta de consignación de estos poblados en fuentes tempranas se debe en parte a la estrategia ocultación, “huida o despoblamiento”, como parte de formas de defensa/resistencia de los indígenas, y/o bien como parte del proceso de “negación” de los grupos originarios. Benavides en 1630 claramente está llegando a una población establecida “en medio de la ranchería”, la misma que habrían visto “abandonada” los expedicionarios, y que Pedro Velázquez de la Cadena consigna como una de las nueve conversiones en donde los vecinos celebran misa en una iglesia.

Así, tiene sentido la trayectoria imaginada de la cruz de madera que es protegida por tapias, para luego transformarse en una iglesia edificada, rodeada por huertos y que será la sede de la ceremonia de “fundación” de la Misión de Guadalupe. En este proceso los indígenas tienen un papel activo, aportando saberes ancestrales como en la explotación de la tierra, materializado en el patrón de asentamiento, o su capacidad negociadora y de asimilación de nuevos grupos en el Lugar en donde dobla el río.

Las narrativas de fundación de la Misión de Guadalupe del paso del río del norte de los indios Mansos (1659-1668).

Alain Musset (2012) dijo que las ciudades en la América española se asentaron preferentemente en lugares habitados con antelación, no solo aquellas grandes concentraciones o simbólicamente relevantes; cualquier lugar con gente era un espacio apropiable. Schávelzon (2020, p. 17) al respecto dice que América no era Terra Nullius, que “era de ‘alguien’ y desde hacía muchos siglos, el problema es probarlo”, visión que comparte Cecilia Sheridan (2015) cuando analiza el fenómeno de la fronterización en el Septentrión novohispano. En las mismas ordenanzas del Rey Felipe II se

pedía que se buscara lugares desocupados para fundar poblados: “elijan el sitio de los que estuviesen vacantes y por disposición nuestra se pueda ocupar sin perjuicio de los indios naturales, o con su libre consentimiento” (Muro Orejón, 1967, p. Libro IV, Título I), entonces la existencia de “tierras vacías” era una necesidad que a veces se cumplía -las menos- y a veces se hacía pasar por esta condición de vacío. La fundación de Paso del Norte parece ser un ejemplo de fundación en una falsa Tierra Nullis.

La fundación de una ciudad en Nueva España era más bien un acto simbólico y no necesariamente significaba el origen de un asentamiento. Habría que pensar en las fundaciones como la formalización de las relaciones de nuevos pobladores con los lugares a los que llegaron y la gente que lo habitaba, por lo menos es así en los lugares con ocupación preexistente. La negación de la presencia activa del indígena en el septentrión ha oscurecido el estudio del proceso de integración de las ciudades norteñas (Sheridan Prieto, 2015). La comprensión de los orígenes de una ciudad permite entender la manera en ésta llega hasta nuestros días, viendo a la fundación “oficial” de poblaciones como parte de un proceso más largo de integración entre colectividades del que pocas veces se da cuenta; un proceso que incluye a aquellos que arriban a un lugar en búsqueda de imponerse como grupo hegemónico, y pobladores originales que intentan mantener su forma de vida, aunque ya siendo parte de una nueva sociedad, sin perder de vista la heterogeneidad en la composición de estas dos parcialidades. En el Lugar en donde dobla el río los novohispanos no llegaron a una Tierra Nullis, tenía poblados permanentes y/o semipermanentes de Mansos y Sumas. Las narrativas de fundación de la Misión de Guadalupe incluyen el *acta de fundación* de fray García de San Francisco (Sánchez Reyes, 1994), los pleitos judiciales con López de Mendizábal (Hackett, 1923e), la carta de Fray Salvador de Guerra (1668) y la *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio* que hace Balthassar de Medina (1682).

En la Carta de Pedro Velázquez de la Cadena refiere que Juan Cabal y Francisco Pérez estarían encargados de atender las misiones conversiones de Mansos y Sumas por lo menos desde 1652 y hasta cerca de 1657 (Velázquez de la Cadena, 1657). Por alguna razón que no conocemos, estos sacerdotes dejaron de visitar esas misiones conversiones y empiezan a ser atendidas por Fray García de San Francisco al menos desde 1656 (Hackett, 1923a), quien a su vez encabezará el acto fundacional. “Fray García de Zúñiga alias de San Francisco habría llegado al Nuevo México hacia

1628 junto con los franciscanos que acompañaban a Fray Esteban Perea (quien sustituyó a Alonso de Benavides), en sus primeros años de trabajo fundó la misión de Socorro en 1630, lugar en donde ya se cultivaban viñas y otros frutos (Vetancurt, 1697, p. 28–29).

La información de primera mano para la fundación de Paso del Norte es la que proporciona el propio García de San Francisco en su acto de fundación de 1659, transcrita por Darío Sánchez Reyes (1994). También contamos con la información de los acontecimientos próximos y recolectados por Hackett (1923, 1923a), así como la descripción de Fray Salvador de Guerra (1668).

Fray García de San Francisco era ministro y guardián del convento de San Antonio del Pueblo de Senecú, cuando llegaron indios Sumas y Mansos a “suplicarle” que evangelizara en las poblaciones que estaban al sur de su misión (Sánchez Reyes, 1994, p. 113). Con el apoyo de los caciques de estas naciones originarias, García de San Francisco acude a el Lugar en donde dobla el río para tomar posesión de una de las conversiones de los Mansos el 8 de diciembre de 1659

“y haber bajado no con pocos trabajos, al paso del Río del Norte de la banda de Nueva España que es el medio de la custodia y Provincia del Nuevo México y en dicho sitio haber congregado las más de las rancherías de los gentiles mansos y haberles propuesto la palabra evangélica, y admitiéndola ellos ya su catecismo, y permitido edificar una pequeña iglesia de palos y lodo y un convento pajizo; ayudando dichos gentiles y admitiéndome por su predicador y Ministro: con estas acciones, por todo lo referido y en virtud de la patente de comisario Apostólico que de mis superiores tengo, por los indultos que la silla apostólica tiene exhibidos para nuevas conversiones a nuestra sagrada religión; levantando esta santa cruz que coloco, y edificando esta iglesia en que ya he celebrado el misterio sacrosanto de nuestra redención; tomo la posesión de esta conversión de mansos y zumanas, y de todas las demás gentilidades circunvecinas que se agregaren o me llamaren a mí u otro cualquier evangélico predicador; en nombre de toda nuestra sagrada religión, e inmediatamente de la custodia de la conversión de san Pablo del Nuevo México. Y nombro y dedicó esta santa Iglesia y conversión a la santísima Virgen de Guadalupe con sobrenombre del Paso, colocando su santa imagen, para lo cual, y quitarle al demonio su tirana posesión, hago testigos a los cielos y a la tierra, y a todos los santos ángeles que en guarda están presentes, y especialmente a todos los gentiles que son de esta conversión, y a Bernardino Gualtoye, a Antonio Guilixique, a Antonio Elogua, a Juan Azoloye, Francisco Tzítza y Felíye Quele; cristianos del pueblo de Senecú, compañeros y cristicolas que bajaron conmigo”(Sánchez Reyes, 1994, p. 117–119. Énfasis propio).

Los pequeños detalles del discurso de García de San Francisco revelan claves de las relaciones entre distintos grupos indígenas. Dice bajar al paso del río del Norte en la banda de Nueva España, al aumentar paulatinamente los pobladores novohispanos, el cruce del río del norte se concentró en el área del Lugar en donde dobla el río, de ahí el sobrenombre de El Paso.

Luego dice que para la fundación ha congregado las más de las rancherías Mansas, admitiendo que existían varias poblaciones aledañas (seguramente se incluyen las nueve conversiones de las que habla Velázquez de la Cadena). Aunque parece tentador pensar que la frase “haberles propuesto la palabra” es evidencia de una negociación, parece más probable que sea un recurso retórico característicos del discurso de humildad franciscano, aunque la siguiente frase “permitido edificar una pequeña iglesia de palos y lodo y un convento pajizo” puede indicar que los eventos (como las ceremonias de los frailes) deberían haber sido autorizados por las autoridades indígenas, al no haber presencia militar no existe un medio de coerción física que obligase a los Mansos a acudir y atender la misa. El evento se realizó en una iglesia y convento de bajareque que es imposible pensar que se levantará de manera expedita y más probable se refiere a una de las edificaciones de las que habla Velázquez de la Cadena, por tanto, levantadas desde al menos siete años antes y que podría ser la edificación que siguiera la trayectoria de la cruz levantada por Benavides en 1628.

Hacia la última parte menciona el nombre de seis indígenas Piros de Senecú que acompañaron a García de San Francisco y que son cristícolas, es decir devotos de la fe cristiana. La función de los Piros es poco clara, pero es posible que hagan un poco las veces de “madrineros”; es decir, de indígenas que no solo son ejemplo de vida cristiana para ser imitada, sino que toman un papel activo en la catequización, auxilian en las ceremonias y más importante fungen como “padrinos/madrinas” de los recién conversos, asegurando la buena práctica de la fe, esta idea de usar a indígenas ya aculturizados para ser madrineros también se dio en otros lugares del septentrión como Coahuila (Sheridan Prieto, 2001).

De acuerdo con el documento la nueva fundación cuenta con la venia del entonces gobernador Tomas Manso, pero al año siguiente Manso es sustituido por Bernardo López de Mendizábal, quién a pesar de estar apenas poco más de un año en el puesto, mantendrá una férrea lucha con los religiosos por el ejercicio de la potestad de varios asuntos incluyendo la autoridad sobre los indígenas. En una serie de expedientes recopilados por Charles Hackett (1923b) se da cuenta de un amplio proceso judicial que entabla principalmente el custodio de la Provincia fray Salvador de Ayeta contra López de Mendizábal; con un nutrido intercambio de acusaciones que

más allá de la posible exageración de ambas partes, deja entrever ciertos acontecimientos concretos como la existencia de poblados permanentes en Paso del Norte previos a su “fundación”.

El pleito judicial con López de Mendizábal escaló a tal punto que la inquisición ordena que el gobernador y su esposa sean arrestados por el alguacil (y exgobernador) Tomas Manso, pero lo que llama la atención es que la aprensión se da en un lugar llamado Los Mansos: “El arresto de Mendizabal y el embargo de sus bienes se efectuó en Los Mansos el 22 de noviembre de 1660” (Hackett, 1923e, p. 168). No sabemos a qué población se refiere, pero es obvio que se trata de un poblado Manso, seguramente uno de los nueve de los que habla Velázquez de la Cadena, incluso tal vez fue Paso del Norte.

El intercambio de acusaciones es copioso, pero en lo sustancial nos permite ver las edificaciones y relaciones que se establecieron en lo que sería Paso del Norte. Ambas partes refieren que se abusó en el empleo de la mano de obra indígena y que Mendizábal era permisivo en cuanto a las prácticas religiosas de las comunidades, como realización de mitotes y uso de cachinas (figuras rituales), dice Mendizábal: “Fray García estaba allí atendiendo a la fundación de una hacienda y obligó hasta a los paganos a hacerle con mucho trabajo una zanja en el río del Norte, de la cual los indios paganos se quejaban muchas veces ante el [gobernador]. Fray García también había llevado allí una gran cantidad de ganado, según vio el acusado, para que este pagano los cuidara” (Hackett, 1923e, p. f230). La zanja debió ser el inicio de los sistemas de acequias; en una parte de la respuesta a estas acusaciones se menciona:

“Pero lo que más nos rompe el corazón es que en El Paso del Río del Norte, donde viven las naciones paganas de los Mansos y Zumanas, que comenzaban a reducirse por el santo celo del Padre Fray García de San Francisco (quien estuvo ausente, setenta leguas de distancia), estos paganos, porque habían tenido noticias de que el padre custodio vendría con su religioso para ser su principal prelado y jefe de esta iglesia, habían erigido una serie de arcos hechos con ramas de árboles como reconocimiento y señal del cariño que comenzaban a sentir; pero el gobernador, enojado y apresuradamente, hizo quitar estos arcos cada una de las dos o tres veces que los levantaron. Ordenó a sus soldados que los derribaran, dando así ocasión para el desprecio y vituperación de los ministros evangélicos, cuando debería haberlos hecho reverenciar, reconocer y temer, con el fin de que los paganos pudieran convertirse, si es que el poder de inspiración divina podría tener tal efecto sobre ellos. Efectivamente, desdeñando las amenazas y la coacción, mantuvieron ocultos otros arcos que sostenían en sus manos cuando llegaban el padre custodio y sus religiosos, estirándolos de un lado a otro del camino hasta que los padres pasaron por debajo. Estos indios, que fueron gradualmente, por mansedumbre evangélica, reunidos en la fe, han tenido acciones

legales contra ellos, por temor a que huyan, se pierda el fin deseado de su conversión, y surgen serios resultados, que tendrá que ser ajustado después de su conversión” (Hackett, 1923b, p. f253. Énfasis propio).

De esta declaración se desprenden varios asuntos.; ya había una población, en la que hicieron arcos y enramadas para “preparar” una iglesia, la cual fue destruida en varias ocasiones. Entonces la fundación y el control inmediatamente posterior de Paso del Norte está enmarcado por la disputa entre religiosos y civiles. Al final de la cita se habla de que la sujeción voluntaria que se había logrado se pone en peligro por las acciones de Mendizábal y sus soldados, llevando a los religiosos a entablar diligencias legales contra los propios indios. Lo anterior indica que los indígenas, o parte de ellos toman partido por alguno de los bandos, este pleito temprano puede ser uno de los orígenes de la estrategia por parte de los Mansos de tomar partido en la lucha de facciones novohispanas como parte del ejercicio de su urbanidad en la búsqueda de obtener ventajas en el sistema virreinal.

Otra de las utilidades de las diligencias contra Mendizábal es que mediante información indirecta se confirma el documento de fundación, también da fiabilidad a la fundación de García de San Francisco de llevarse indios Tiguas de Senecú.

“Y como la nación de los indios Mansos es tan bárbara e incultivada, que todos sus miembros andan desnudos, y, aunque la tierra es muy fría, no tienen casas en que morar, sino que viven debajo de los árboles, sin saber aún labrar la tierra para su alimento, los religiosos que emprendieron su conversión y reducción quisieron tomar del pueblo de Senecú, que era el más cercano a los indios Manso, ciertos indios que ya eran cristianos y civilizados, para enseñarles a labrar la tierra para su sustento. y edificar casas para que no deambulen, y edificar iglesias donde se celebraran los oficios divinos. Todo esto trató de impedirlo el acusado y lo impidió en efecto, mandando por edicto que publicó el alcalde mayor de Senecú, de nombre Granillo, que ningún indio de Senecú se fuera a otra localidad. Esto lo hizo cautelosamente, para que su espíritu herético no se conociera” Hackett, 1923b, p. f83.).

En otra parte del proceso Mendizabal dice que García de San Francisco, no estaría yendo a Paso del Norte a evangelizar sino porque ahí tenía una finca con plantíos y ganado:

“Cuando estuvo en casa de cierta persona, a cuatro leguas del convento de la Isleta, abajo del río del Norte, en el pasado año de 59, en presencia de cierta religiosa, la dueña de la casa [habiendo] dijo que otro religioso, a quien nombraba, se había esforzado mucho en las conversiones que había comenzado entre los paganos indios Manso, —que en verdad había hecho un muy buen comienzo— el acusado preguntó: “¿Qué conversión? Eso no es nada, pero hay una granja allí” (Hackett, 1923a, p. f31).

La información indirecta de misioneros y procesos administrativos-judiciales proveen evidencia contra factual de un poblado establecido (incluso una iglesia), previo a la “fundación” de 1659, estableciendo claramente que era un lugar de presencia permanente indígena y que tan temprano como 1662 ya se le considera una misión establecida, así lo muestra la frase “conversión de los Mansos” previa a la firma de Alonzo de Posadas en su carta al tribunal de la inquisición (Hackett, 1923b, p. 137–139). Debido a estos problemas tuvieron que pasar dos años para que se comenzará la edificación de una nueva iglesia para la misión de nuestra señora de Guadalupe de la nación de los indios mansos, esto sucedió el 2 de abril de 1662 y que sería terminada hacia 1668, cuando fue bendecida y dedicada el 15 de enero. En esa ocasión se bautizaron cien indios, que se sumaron al millar con que ya contaba la misión (Vázquez, 2004, p. 70). En la ceremonia para la dedicación de la iglesia estuvo presente Fray Salvador de Guerra, quien nos dejó una descripción de primera mano de cómo era Paso del Norte en ese tiempo.

Al inicio de la narración refiere una concentración importante de Indígenas para la celebración: “Asistieron en dicha Iglesia más de cuatrocientas almas de menor a mayor edad, de naturales de la Nación de los indios mansos que hasta el día de hoy... y dichos circunvecinos que se están alimentando y se solicita se congreguen y llegaren a verse sujetos a las voces de dos campanas que hoy tiene esta conversión, como están los demás (Guerra, 1668, p. f5). Más adelante informa acerca del edificio y la labor misionera:

“Obra que parece más que maravillosa, por cuanto los trabajos del Padre Predicador Fray García de san Francisco, ministro y comisario de esta conversión y Padre de esta custodia, ha tolerado desde que puso en este pueblo la primera cruz y luz del santo Evangelio; *sólo su espíritu pudiendo soportar las ignominias*. El Padre Predicador Fray Benito de la Natividad, Definidor habitual, su compañero y quien desde los principios le ha ayudado con gran valor y espíritu Apostólico, y el Padre Predicador *Fray Juan Álvarez* que de tres años a esta parte les ayuda con bastante *aprobación*; haciendo hombres, de brutos y de gente que como nacen, mueren, sin tener siembras ni cosa para su *vestuario*, y *en menos de seis años que continuamente se les ha asistido*” (Guerra, 1668, p. f5v).

En el texto, Salvador de Guerra hace una breve alusión a los problemas con las autoridades civiles al mencionar que García de San Francisco había logrado encabezar la misión pudiendo soportar las ignominias. También está la afirmación explícita que tenían por lo menos seis años asistiendo al lugar, si unimos esto con las diligencias contra Mendizábal, se muestran la existencia de un asentamiento previo al que asisten regularmente los padres.

Más adelante se da cuenta de las características de la iglesia fundada y que estaría en el mismo lugar de la actual Misión, diciendo que está “muy bien labrada” con un cañón (bóveda de cañón) de 99 pies de largo por 33 de ancho, con crucero, bautisterio, un adornado presbiterio y la sacristía bien equipada. También contaba con una portería (pasillo frontal delimitado por arquería), claustro con siete celdas, cuatro cuartos, refectorio y cocina, al frente de la iglesia “hay una huerta en que ya se gozan los frutos de la hortaliza. uvas, manzanas, membrillos, ciruelas, duraznos e higos; todo lo cual hoy se ve” (Guerra, 1668, p. f5v), aquí hay que enfatizar que para que un huerto ya tenga arboles maduros y vides se necesitan varios años de maduración, en La Misión de Guadalupe no solo ya están maduros, sino que están en una distribución espacial ordenada a la usanza hispana.

Guerra afirma que los indígenas que acuden a la iglesia son “gente tan bruta que no tienen más ser ni cuidado que es la barriga, y como van, y vienen, y ven a los que ya son cristianos poblados con sus casillas, una mitad de adobes y mitad de Jacales, y otras como barracas... siempre que llegan a este puesto comen y los Padres los socorren con las vacas y otras cosas... los que hay acá, eran tan silvestres como ellos, han de juntarse deseosos de su remedio” (Guerra, 1668, p. f5v). Descripción que concuerda con la perspectiva que hemos referido del buen salvaje; una de las características de lo salvaje es el carácter nómada, que en la narración de Guerra es implícita al decir que van y vienen. Otro aspecto en esta cita es que los Manso tienen edificaciones de bajareque (jacales) y de adobe, incluso “barracas”, la combinación de técnicas constructivas es una de las características que se señalaron para los grupos Jornada Mogollón tardíos y “barraca” se puede referir a las habitaciones “tipo pueblo” como las encontradas en Firecracker para la fase El Paso (véase capítulo 3). También apuntar la posible continuidad de la costumbre indígena de alimentar a las personas que llegasen al poblado y que los religiosos siguen percibiendo como una muestra de displicencia.

Hacia el final de la narración Guerra refiere la presencia de las otras misiones cercanas, en particular la de San Francisco de la Toma de los Sumas:

“a la conversión de los indios sumas, que empiezan doce leguas más abajo de este justo y es una nación de muchísima gente, *tan pobres y desnudos como lo eran y son los mansos, y que jamás han sembrado, ni saben cómo se siembra*. Para que desde su principio lo tuviese con fundamento; fue lo primero llevarles vacas, ganado menor, maíz y harinas; darles de comer, y con ese medio los tenían y ayudaron a sacar una hermosa acequia que baña

muchas y hermosísimas tierras de las cuales rompieron parte, sembraron e hicieron Jacales, en los cuales ha tenido y tiene la asistencia dicho Padre predicador Fray Juan Álvarez, el cual los sustenta, los doctrina y se espera que en breves años, con el favor de Dios, tendrá dicha conversión de san Francisco de los Sumas, el logro que ya en ésta se ve. Siendo el deseo se dilate la doctrina, Evangélica por este Río del Norte abajo, cuyas vegas se sabe por noticias” (Guerra, 1668, p. f2).

Dice que los Sumas no siembran, pero que, en reciprocidad por llevar ganado y comida, los Sumas hicieron acequias y jacales, es decir realizan labores de edificación en el poblado, aquí podemos ver nuevamente el comportamiento implícito de negociación. El tema de las acequias es muy útil y apreciado para los asentamientos septentrionales, de acuerdo con Paterson San Francisco de la Toma de los Sumas está a 58 kilómetros de la Misión de Guadalupe en el actual poblado de Guadalupe, Chihuahua⁵¹. Ahí se habrían asentado originalmente Piroos tras la revuelta de 1680. El lugar se encuentra dentro de los límites de lo que hemos considerado la región de poblados Mansos-Sumas que llegaría hasta el provenir unos 27 kilómetros más al sureste de San Francisco de la Tomas, aportando al argumento de que los asentamientos no se colocan en Tierra Nullis, sino en lugares previamente ocupados.

La discusión y la lucha por la hegemonía de la región entre religiosos y civiles también es evidente en la *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio* que hace Balthassar de Medina algunos años después; al hablar de la obra de García de San Francisco dice que: “La virtud estrechez y buenas obras de este grande predicador y ministro (hallando acogida en Naciones extranjeras bárbaras) tubo entre los de la Nación Española algunas oposiciones para que verificarse el Evangelio que los enemigos del hombre justo son los caseros y domésticos: siendo más peligrosa la batalla cuanto más interior el encuentro” (Medina, 1682, p. 632). Interesante retórica para afirmar que eran las autoridades civiles quienes más problemas le habrían causado en su labor misional y no la propia población indígena. Un poco antes Medina hace otra interesante referencia: “Fr. Garcia de San Francisco Religioso Lego [...] Gozoso de aquella conquista espiritual emprendió la de los Manos nación ferocísima y bárbara desacreditando con la fiereza de sus acciones el título y nombre de mansedumbre no sujeto a otro de aquellas naciones” (Medina, 1682, p. 630), es

⁵¹ John Peterson (1999) dice que San Francisco de la Toma de los Sumas fue establecida en 1663 y que estaría ubicada en los que hoy es el cementerio de la comunidad de Fabens, Texas, a unos 50 kilómetros (en realidad son 45kilómetros.), siendo otra posibilidad para este asentamiento el actual poblado de Guadalupe, Chihuahua a 58kms de la Misión de Guadalupe. Debido a que la referencia de Salvador de Guerra es 12 leguas (57.8kilómetros.), es más probable que Guadalupe sea el lugar correcto para San Francisco de la Toma de los Sumas.

relevante retomar la cita en función de la creencia repetida acerca de la tendencia “natural” a la sumisión por parte de los Mansos -con una supuesta evidencia en el propio nombre de Mansos-. Es posible que Medina sobredimensione un poco la heroicidad de los religiosos, colocando como un mérito que las naciones convertidas fueran feroces, pero parece claro que, aunque no fueran tan “bárbaras” como lo afirmaba Medina, tampoco fueran tan “mansas” como afirmó la historiografía.

En resumen, el período entre 1659 y 1680 está marcado por la fundación de la Misión de Paso del Norte como un acto simbólico que no se da en Tierras Nullis, así como los pleitos judiciales posteriores a la fundación, en ellos se muestra el inicio de la estrategia de tomar partida en la lucha de facciones, la visión del buen salvaje y que los novohispanos ya conformados como una comunidad integrada, indígenas y novohispanos usan los saberes ancestrales de los indígenas, como la distribución espacial, técnicas constructivas y el largo tiempo territorial de la subsistencia para empezar a dar forma a una urbanidad única. En el siguiente apartado se abordan los acontecimientos y la aceleración de los procesos de urbanidad que significó la revuelta de los indios Pueblo de 1680 y los levantamientos Manso de 1684 y Suma de 1692

Revuelta Indios Pueblo, levantamiento Manso y la relación con el gobernador Cruzate (1680-1694)

Tras la fundación oficial del Paso del Norte en 1659 se mantuvieron activos una serie de conflictos entre civiles y religiosos por la preponderancia en el uso de la mano de obra indígenas, la apertura de acequias y por lo tanto el acondicionamiento de tierras para el cultivo. Este proceso no es muy distinto al que se dio en el resto del virreinato, a saber; llegada de un grupo de extranjeros principalmente de origen español, la colocación de enclaves religiosos (misiones) apoyadas por una guarnición militar, proceso de convencimiento e imposición de la forma de vida hispana, despojo paulatino pero inexorable de las tierras y recursos naturales, todo esto en el marco de un proceso de asimilación de los distintos grupos indígenas a una urbanidad española. Este proceso era paulatino y dependía de muchos factores, pero en algunos casos se aceleraba la transición debido a la presencia de algún bien preciado por la sociedad novohispana, como los minerales.

Después de 1659 Paso del Norte parecería llevar esa trayectoria lenta pero inexorable hacia la integración con el mundo virreinal; su posición estratégica como punto nodal en el Camino Real

de Tierra Adentro, que era el eje de comunicaciones principal en el septentrión, la excepcional fertilidad de sus tierras en medio de un ambiente poco favorable para la agricultura y ganadería, la condición de ofrecer un cruce del principal río del norte de manera más o menos segura y expedita, así como la presencia de una población indígena que parecía tener una buena relación con la mayor parte de sus vecinos (cualidad poco usual en los grupos norteños), hacían del Paso del Norte un lugar favorable al proceso “poblamiento”.

Antes de 1680 son muy escasas las menciones de vecinos no indígenas; misioneros y autoridades civiles intercambiaron acusaciones de acaparar tierras y mano de obra indígena en este período. Anne Hughes proporciona la mención más antigua de habitantes no indígenas de Paso del Norte a partir de los expedientes eclesiásticos de la misión “El primer matrimonio de españoles se registra el 29 de noviembre de 1678, siendo los contrayentes Francisco de Archuleta y doña Bernardina Baca. Los siguientes treinta y un nombres de españoles están tomados de los registros de bautismo y entierro antes de 1680” (Hughes, 1914, p. 312).

No es posible saber con certeza la manera en que los pobladores no indígenas fueron llegando a Paso del Norte, pero si es claro que después de 1659 y antes de 1680 había al menos treinta y un españoles y varios cientos de Mansos y Sumas; el asentamiento debió crecer a un ritmo tan constante que hacia 1680 ya había en nueve mil cabezas de ganado, tres o cuatro mil ovejas y cabras (Hughes, 1914, p. 309), además de convertirse en el centro de salida para fundar nuevas misiones, como fue el caso de San Francisco de los Sumas y La Soledad de los Janos (Hughes, 1914, p. 310). Todo esto cambia en agosto de 1680, tiempo en el cual una gran cantidad de indígenas de los llamados Indios Pueblo⁵², sujetos al poder español entre las poblaciones de Socorro al Sur y Taos al norte en Nuevo México, se levantaron en armas contra el dominio español, sitiaron los principales asentamientos y obligaron a una retirada generalizada de españoles e indígenas aliados hacia el sur. La inmensa caravana que huía de la rebelión encabezada por un personaje de nombre Popé, llegó en varias oleadas a refugiarse a Paso del Norte, en donde buscaron reagruparse, sobrevivir al cercano invierno e iniciar lo más pronto posible las campañas para volver a tomar las tierras del “río arriba”.

⁵² La rebelión de los indios Pueblo es un tema ampliamente trabajado por la historiografía estadounidense y en menor medida por la mexicana, aun así, los textos acerca del tema son vastos, véase (González de la Vara, 1992; Hackett, 1917, 1923b; Wilcox, 2009).

La rebelión fue fulminante y tomo desprevenidas a las autoridades nuevomexicanas, quienes tomaron decisiones apresuradas para contener a los levantados y minimizar las pérdidas. Una evidencia sólida con respecto a la creciente importancia que iba adquiriendo Paso del Norte, es que las primeras misivas para evitar mayores pérdidas están dirigidas hacia las autoridades de Paso del Norte, en los *Autos para que los carros de Su Majestad permanezcan en el pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de El Paso del Río del Norte* (Leyva, 1680); las mercaderías y recursos que circulaban por el Camino Real tenían que hacer una parada de varias semanas en Paso del Norte, tanto para cruzar el río, como para prepararse para la larga jornada a través de la Jornada del Muerto, tiempo que se aprovechó para detener las caravanas y que no cayeran en manos de los rebeldes. También en el ámbito religioso se trasladó la sede de la custodia del Santo Evangelio a El Paso, así lo demuestra el encabezado de una de las cartas emitidas en 1681: “Fray Francisco de Ayetta de la regular observancia de nuestro seraphico padre san Fran[cisco], predicador custodio habitual, comisario general del Santo Oficio en esta Nueva España, actual comisario visitador de esta custodia del Nuevo México (transmigrada hoy a el Río del Norte)” (de Marco & Craddock, 2017). Paso del Norte se convirtió en la nueva sede de la gobernación durante el período en que las autoridades novohispanas estuvieron instaladas ahí.

Casi 100 años después de estos eventos, Fray Silvestre Vélez de Escalante recupera algunos de los aspectos más importantes de la revuelta. Menciona que en 1680 un indígena Tehua de nombre Popé encabeza una sublevación que incluyó a una gran cantidad de indígenas Pueblo. Tras una serie de pláticas secretas, se coordinó el asalto de los pueblos del río grande entre Socorro y Taos para el 10 de agosto, incluso participan grupos Zuñi en lo que hoy es Arizona al este. Los sublevados toman Santa Fe acorralando a los vecinos en las casas del perímetro central, hacia el 20 del mismo mes el gobernador Antonio de Otermín encabezó el rompimiento del cerco, con una inmensa caravana de personas y animales que emprendió la huida hacia el sur, rescatando lo que era posible de personas y bienes en su camino hacia el Paso del Norte, el cual no había tenido parte en el levantamiento. Tras la huida

“el gobernador citó para los indios que en esta y en otra vez trajo del Nuevo México y puso los pueblos siguientes: dos leguas más abajo del de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, con indios piro y Tompiros el pueblo de Senecú: Legua y media de esta para el Oriente con Indios Tihuas el pueblo de Corpus Christi de la Isleta, doce leguas del Paso y siete y media de la Isleta siguiendo el mismo río del Norte, con indios piro pocos Thanos y algunos

más Gemez: el tercer pueblo con la advocación de Nuestra Señora del Socorro”(Vélez de Escalante, 1865, p. 120).

De este modo, los nuevomexicanos se instalarán en Paso del Norte y sus alrededores hasta 1692. Durante este período hay varios intentos de recuperar las poblaciones de río arriba, todas sin éxito y marcadas más bien por la crueldad que exacerbó el estado de conflicto, Vélez Escalante narra una de esas entradas encabezadas por Otermín, una de ellas en donde mataron 600 personas de “ambos sexos y de diferentes edades. Solo cuatro ancianos se cogieron vivos: en la misma plaza del pueblo fueron arcabuceados. No consta de esta expedición se hiciese otra cosa” (Vélez de Escalante, 1865, p. 123).

En 1692 finalmente las fuerzas novohispanas recuperan el control de los principales asentamientos de Nuevo México, permitiendo el regreso de una gran cantidad de personas desplazadas, sin embargo no todas decidieron volver río arriba, muchas prefirieron mantenerse en los lugares que habían ocupado por varios años en Paso del Norte, de esta manera se dio una impronta en la trayectoria urbana, acelerando el proceso de integración pues no existió un regreso al estado previo a la migración masiva de 1680, sino más bien la anexión de un variable más, la de aquellos que llegaron para quedarse. En el período que duró la revuelta de los Indios Pueblo hay tres acontecimientos que evidencian el tipo de relación que se practica con los indígenas y que es necesario destacar. El primero es la conjura de 1682 para unirse a la revuelta de los indios Pueblo por parte de los Mansos, Sumas, Janos y Jocomes (de Marco & Craddock, 2017). El segundo es la compra de terrenos a los Mansos para construir el presidio y las casas reales en 1684 (Hughes, 1914, p. 319) y la instalación de poblaciones indígenas que se quedaran permanentemente San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro (López, 1694).

En cuanto al primer caso, la conjura de los Indios Mansos de 1684 tenemos el grupo de documentos compilados en los *Documents Concerning the Settlement of El Paso del Norte during the Latter Part of the Administration of Antonio de Otermín* (de Marco & Craddock, 2017), con tres expedientes: *Libranza que envía fray Francisco de Ayeta*, *Patente del visitador fray Francisco de Ayeta* y *Auto de Antonio de Otermín, gobernador de Nuevo México* y *Proceso fulminado contra Juan Caitti* (J. Craddock, 2018), además el *Testimonio sacado a la letra de los autos criminales que se fulminaron contra los mansos apostatas y sus aliados* (Polt, 2008, p. f146-151).

En la *Libranza* se solicitó que se proporcionaran ciertos géneros a los religiosos en 1681, el padre custodio de Nuevo México Fray Salvador de Ayeta hace un recuento recién iniciada la revuelta de cómo es que los padres en Paso del Norte reciben reses en la misión y no hayan como mantenerlas, también pide al gobernador Otermín le ayude con diversos géneros como velas, vino, telas, etcétera detallando lo que necesita cada misionero, de ahí se desprende que al reorganizarse habían al menos 17 misioneros ejerciendo en el territorio que aun controlaban (de Marco & Craddock, 2017, p. 4–7).

El mismo Ayeta envía una patente para no se impida la fundación de pueblos de españoles en 1681. Ahí se queja de que los civiles al habitar las nuevas poblaciones realizan “artimañas y malos vicios” que no les permiten que los indios se congreguen. Plantea a los misioneros que vean esos no deben de detener su labor misional, por este motivo o por ningún otro como la distancia, el clima, las hostilidades: “y estorbárselo el que los señores españoles trabajasen sin principiado a sembrar cizaña de que los religiosos impiden las poblaciones a los españoles asiendo presa su mala gana de poblar” (de Marco & Craddock, 2017, p. 9). De manera velada, se asume que los indígenas van a servir a los españoles, mostrando que uno de los activos principales en el Septentrión es la población indígena, pero también es claro que los misioneros llaman a la prudencia en esa explotación, pues el excederse, como parece lo están haciendo los civiles, genera malestar e incluso revueltas: “el evidente riesgo que amenaza el no dejar a los indios con quietud, pues aunque no negamos como no se niega que forzosamente los españoles han de trabajar si han de comer y vivir, ni tan poco el que en atención a sus necesidades fuera bueno que tuvieran alivio y ayuda de los naturales, de cuya posibilidad holgáramos mucho” (de Marco & Craddock, 2017, p. 9).

Ayeta hace la advertencia en función de la composición poblacional que hay en esos momentos, pues dice estar rodeados por Mansos, Piros y de los alzados del 1680:

“nos hallamos cercados de innumerables infieles con muy pocos cristianos, y estos no dejan de toda prueba porque se compone la mitad de ellos de la nación mansa, cuya entrada a los umbrales de la iglesia no tiene veinte años, y la otra de los géneros, la una de viejos en años atrás que hicieron pie [e]n este pueblo llamados piros, la otra de los que salieron en la transmigración con los españoles (quizá a mas no poder) y la tercera de los apostatas alzados que ahora sacamos” (de Marco & Craddock, 2017, p. 10).

Si nos detenemos un poco al inicio de la cita anterior, podemos ver una vaga referencia acerca de que, cuando se fundó la Misión de Paso del Norte se pudieron haber quedado Piros viviendo en la

zona, o bien los Piro tendrían un nivel de compenetración tan amplio que ya estarían en algún asentamiento previo a la revuelta de 1680⁵³.

De ser así, es muy posible que el lugar en donde estaría ese núcleo de población Piro fuera Senecú “que hicieron pie en este pueblo llamados piro” (de Marco & Craddock, 2017, p. 9), y por eso se asentaron allí los Piro desplazados. De cualquier manera, parece que la dura lección de la revuelta está siendo asimilada, dando entrada a una relación menos cruenta: “de suplicar que tratan bien a los indios, por la grave ruina que de lo contrario amenaza” (de Marco & Craddock, 2017, p. 10). Si bien este llamado es constante, desde el mismo Rey de España, la insistencia y condiciones cercanas parecen darle un sentido más bien de pragmatismo cotidiano que el de un principio moral poco aplicado.

Salvador de Ayeta pide a sus misioneros que “no lo estorben ni se entrometan ni impidan” la impartición de justicia de las propia autoridades indígenas, al mismo tiempo que llama a que si por parte de los civiles hubiera algún abuso: “que en su doctrina agraviare o a echo algún daño a los naturales no salga a la defensa con quien se lo hiciere ni por modo de reconvencción sino que prudentemente habiendo echo silenciosa y verídica averiguación extrajudicial como ministro del daño que recibieren sus feligreses” (de Marco & Craddock, 2017, p. 10). Es decir, se establece un poco el papel que debían de jugar en este nuevo urbanismo los padres, en función de la vida de con los indígenas. En ese contexto, la Misión de Paso del Norte es un ejemplo de congregación a seguir con indios Mansos “por muchos que cogiesen en sus cosechas como actualmente se está haciendo hoy en este nuestro convento con muchos indios de los de la nación Mansa” (de Marco & Craddock, 2017, p. 11), en donde a pesar de la desconfianza del momento, parece haber una trayectoria de integración con beneficio mutuo.

En el *Auto* de Antonio de Otermín (de Marco & Craddock, 2017, p. 13–17) vuelve a ser palpable la importancia de la comunidad Mansa en Paso del Norte como un grupo activo y determinante en la formación de Paso del Norte. En 1682 tras el regreso de una de las incursiones de Otermín al territorio dominado por los rebeldes, trae consigo 380 familias indígenas y establece que se deben buscar lugares para indios y españoles refugiados, pues en ese momento es el tiempo

⁵³ Cabe recordar el ejemplo que plantea Beckett (2017) en el que los Piro y los Jumano mantienen una relación muy cercana en el período prehispánico, llegando incluso a fusionarse sus asentamientos.

ideal para iniciar la siembra. Otermín parece convencido de que no se recuperaran los territorios en el corto plazo y decide comenzar la búsqueda de espacios adecuado para vivir. Para ello solicita que se convoque a los indígenas que conozcan el terreno apto para la siembra y vivienda, es decir recurre al saber ancestral de las tierras por parte de los indígenas, a pesar de que en Paso del Norte ya había una población española modesta, pero existía, no es a ellos ni a los religiosos a quienes acude sino a los indígenas:

“para romper y sembrar y hacer formada vecindad sin perjuicio de las demás poblaciones, se llamen las personas que más conocimiento y experiencia tienen de la tierra y lugares más cómodos y entre ellos algunos naturales cabezas y que entienden de la materia como quien sabe de labranza y cultivo, para que visto lo más a propósito y conveniente es del asiento más acertada señalando a cada uno lo que ha de poblar y beneficiar para su habitación y sustento,” (de Marco & Craddock, 2017, p. 13).

Entonces se hace acompañar de estos nativos en la búsqueda de los lugares adecuados en un reconocimiento de unas doce leguas hacia el norte y sur de la ribera del río del Norte: “habiéndose juntado algunas personas de las de mayor conocimiento en la materia y su señoría para hacer viaje el río arriba hasta un paraje que llaman el Estero Largo” (de Marco & Craddock, 2017, p. 14), pero no lo consideran un buen lugar debido a que: “en dicho puesto haya alguna capacidad son todas tierras que se inundan con las crecientes del Río del Norte, de manera que parece lagunas y no es posible el poblar ni lograr ningunos frutos de los que se sembraren, porque todo se ha de perder y es lo mismo que si no se fundara” (de Marco & Craddock, 2017, p. 14).

Es decir, no puede estar tan pegado al río ni en una zona en donde las “lagunas” se desborden fácilmente, deben recurrir a un conocimiento más profundo de las fisiografía y calidad de la tierra. Hay lugares en donde se desborda cada año y otros en donde sería posible controlar hasta cierto punto esas inundaciones a favor de los sembradíos. También considera la imposibilidad de hacer acequias en el lugar en donde se instalaron originalmente los Tiguanos en las cercanías de Paso del Norte:

“y habiendo visto estas vegas y territorios para en ellas hacer asistencia de vecindad y sementeras así para españoles como a naturales, no se halló en todo lo visto hasta aquí cosa a propósito por la imposibilidad de poder sacar acequias del Río del Norte por ser partes donde no se puede tomar el agua del Río del Norte para los riegos y baños de las tierras y sementeras y demás cosas necesarias y que hasta los indios que allí se han congregado lo han de pasar cortamente y con trabajo”(de Marco & Craddock, 2017, p. 15).

Ahora bien, todo esto son las tierras “arriba” ósea al norte de Paso del Norte, en tierras que no fueron aptas para su explotación agrícola hasta bien entrado el siglo XVIII. Dice que muchas tierras son “salitrosas”, con arena y tierra movediza, sigue la búsqueda, aunque extrañamente resulta infructuosa, planteando un panorama desolador para el establecimiento de poblaciones. En contraste:

“la única y sola comodidad que se ha visto y su señoría tiene registrado es la toma de agua del pueblo del Paso, en la cual están fundados los indios que a pocos años se redujeron i otros agregados a ellos y a estos ya les falta el agua para el riego de sus granos por haberse poblado de sementeras hasta los confines y derramaderos de las acequias de que se originan algunos disgustos entre ellos, con que solo sienten que abriendo las dichas acequias de manera que sus veneros se alarguen se podrá meter cantidad *de agua para dar forma a la planta del presidio y esto es con advertencia que la controversia de mansos y demás naciones es por no poder ellos conseguir toda el agua necesaria y caso que fuera fácil es de grandísimo costo y que no es posible el hacerlo nosotros por nuestra imposibilidad*” (de Marco & Craddock, 2017, p. 22).

Es muy relevante que, ante el único espacio acondicionado, y bajo su perspectiva adecuado, para establecerse, no quieran hacerlo por no entrar en “controversia” con los Mansos, esto a pesar de tener el poder militar de su parte. El gobernador y demás órdenes de gobierno son muy cautelosos en la instalación del presidio y tierras para vivir, es decir los Mansos pueden ejercer un poder suficiente como para obligar al grueso de los pobladores del Nuevo México (y sus autoridades) a buscar lugares que no trastoquen las obras hidráulicas que ellos ya tienen (acequias y cementeras). Finalmente, solo la más alta elite gobernante nuevo mexicana ocupara (por compra) las inmediaciones de la Misión de Guadalupe, el resto, incluyendo españoles tienen que ubicarse fuera del perímetro de las viviendas mansas, dando forma al “continuo” de casas y huertas característico de Paso del Norte durante el resto del período virreinal.

Resulta extraño que todavía en 1682 no encuentren tierras para asentarse. Es posible que la explicación se encuentre en lo que hoy llamaríamos “subsidios por desastre”; en los *Autos*, Otermín dice que no encontró lugar conveniente al menos doce leguas a cada lado de sur a norte del Paso del Norte “que lo demás río abajo y río arriba es arenoso y movedizo y si en estas imposibilidades verse dicho señor gobernador y capitán general que no es posible en la parte que nos hayamos permanecer, a más de estar como estamos rotos, desnudos, hambrientos, sin tener ningún sustento más del que su majestad ha sido servido darnos” (de Marco & Craddock, 2017, p. 23), pero pocos meses después y sin grandes mediaciones encuentran lugares muy adecuados que

van a ser los futuros pueblos de Senecú, Isleta y Socorro (más San Francisco de la Toma y Santa María de Caldas), es decir pasaron por esos lugares y los descalificaron para poblar y luego de todos modos se asentaron ahí. En los *Autos* se pide al rey ayudas de todo tipo para sobrevivir; entonces, regresando al tema de entender a las fuentes más allá de su narrativa inmediata, entrevemos un juego de intereses que nubla el entendimiento del proceso histórico. Los indígenas sí sabían en donde instalarse, Otermín nunca dice haberlos llevado con él río abajo a explorar, para ese caso solo narra cómo toma su caballo y gallardamente va él solo, en busca de tierra a ambos lados del río por cerca de sesenta kilómetros sin resultados favorables; epopeya caballeresca que termina en la solicitud de más ayuda que debería ser administrada por el gobierno nuevomexicano encabezado por el mismo Otermín. Más allá de la posible manipulación de los acontecimientos y las fuentes, parece cierto que cuando realmente se pretendió asentarse para vivir, se recurrió a los indígenas⁵⁴ y que los Mansos, así como posiblemente algunos Piros tendrían ya una población cruzada por acequias y con sembradíos que tuvieron que ser respetados por los recién llegados.

En este mismo tenor de casos tenemos un pasaje que retoma Anne Hughes (1914), en donde señala que 1684 el gobernador Domingo Jironza Pétriz de Cruzate (1683-1686): “compró a los indios Mansos el sitio en este pueblo en el que ahora su señoría ha construido algunas casas reales para la vivienda de los gobernadores” (Hughes, 1914, p. 366.). Cruzate realizaría al menos otras dos compras de este tipo a pesar de que Paso Del Norte era en ese momento la sede del máximo poder hispano en la provincia, el gobernador tiene que negociar la compra de terrenos y construcciones con los indígenas Mansos, aquellos que han sido vistos como sometidos o sumisos a la voluntad virreinal.

Al reunir los expedientes compilados en *Documents Concerning* con la referencia de Anne Hughes, tenemos un panorama un poco distinto del que se ha plateado tradicionalmente de una población indígena Mansa que recibió pasivamente a los exiliados nuevomexicanos de 1680. Muy al contrario, hubo una comunidad nativa muy activa, con una gran capacidad de agencia como para ejercer un poder suficiente que evita que las tierras que ya tenían trabajadas fueran tomadas por

⁵⁴ De acuerdo con Dizan Vázquez, Fray Francisco de Ayeta en marzo de 1682 hace una visita al Paso del Norte para iniciar la fundación de varios pueblos, entre ellos San Lorenzo, para españoles; San Antonio de Senecú, para indios piros y Tompiros; de Isleta, para los tiguas y Socorro, esto a solicitud explícita del gobernador Antonio de Otermín (Vázquez, 2004, p. 71). Entonces, Ayeta encuentra los lugares para asentarse en espacios que Otermín habría visitado previamente y de los cuales dijo no eran aptos para asentarse.

los recién llegados incluyendo las elites gubernamentales. Las autoridades, aunque instalaron oficialmente la capital del reino (y única región dominada de facto) en Paso del Norte, requieren entrar en abierta negociación con los Mansos. Aunque es muy probable que existiera al menos una población de Piros antes de 1680, lo que permitió un proceso de integración más sencillo.

En suma, encontramos aquí uno de los antecedentes más claros de la forma urbana “dispersa” de Paso del Norte, los Mansos no cedieron masivamente sus tierras, obligando a las autoridades a comprar unos pocos solares cercanos a la Misión para instalar edificaciones gubernamentales, forzando a una búsqueda más allá del área de la misión. También está el factor de la gran cantidad de población movilizada y su heterogeneidad, en donde cada grupo indígena intento mantener sus propias identidades (Gemez, Tanos, Teguas, Tiguas, entre otros). La distancia hacia el centro del virreinato es otro aspecto, en el pasaje en el que Otermín busca él sólo un lugar para asentarse al sur de Paso del Norte, hay una evidente exageración -además que justo para ese viaje no pidió apoyo a los indígenas-, que no puede ser apreciada en su dimensión por un burócrata en Guadalajara o Ciudad de México si no conocía la región.

Aunque hay más factores, el peligro real he imaginado que significa un ataque de los indios levantados y / o los apaches, o bien una revuelta interna (como sucedió en 1684), esté peligro llevo a que las casas y los poblados mantuvieran un contacto visual continuo, “continuo de casas”, usando la cercanía como estrategia de defensa pues no estaban organizados de esa manera “río arriba”. La resolución material de esta compleja condición fue una traza urbana dispersa, pero continua, condición que sería dialéctica, pues la forma dispersa-continua, favorecía una condición de menor sujeción y relaciones más horizontales que las que se daban en trazos más ortogonales.

El segundo caso relevante es el *Proceso fulminado contra Juan Caititi* (J. Craddock, 2018), consignados en el Proyecto CIBOLA y recuperados originalmente de los SANM. Se trata de una serie de expedientes del caso de un Indígena Piro de nombre Juan Caititi que se va de Senecú hacia las poblaciones dominadas por los levantados de 1680. Caititi sufre un desventurado encuentro con unos apaches enemigos en algún punto de las Montañas de los Órganos (cerca al actual Las Cruces), tiene que regresar herido a Paso del Norte, en donde es capturado y condenado a la esclavitud de por vida en las minas de Parral.

El caso de Juan Caititi es revelador en varios aspectos, el primero es el proceso de mestizaje e integración multiétnica que había en Paso del Norte. El 2 de junio de 1682 se presenta un “Antonio mulato de nación piro, natural del pueblo de Senecú, y el gobernador de los piros don Alonso y otros dos indios”, acusando a dos indios de Isleta y una india Piro de Socorro porque “se iban huyendo a apostatar a las provincias del Nuevo México” (J. Craddock, 2018, p. f1r). Llama la atención que a lo largo del juicio se reitera que Antonio es un mulato de nación Pira, lo que implica un proceso de mestizaje avanzado en esas poblaciones. El aviso del retorno de los fugados es hecho por “el gobernador de los mansos don Luis Montes” (J. Craddock, 2018, p. f1r). Sin tener precisión del lugar del refugio y captura de Caititi, es claro que hay una interacción fluida entre las distintas comunidades que conforman Paso del Norte, así como la deferencia en el trato a los gobernantes indígenas.

La razón de la huida de Caititi parece tener su origen en los azotes recibidos por orden del gobernador Manso debido a que vivía amancebado y no quería cumplir con el sacramento matrimonial en la misión. Es su salida de la jurisdicción de Paso del Norte toma 8 caballos, 6 de ellos de los propios Piros. Una vez capturado a Juan Caititi y a su compañera Juana Naboy -el tercer indígena implicado había muerto- se les asigna un defensor *ad litem* (asignado por la autoridad sin pago inmediato), quién alega que la falta cometida por ambos indígenas fue por ignorancia. El argumento no es suficiente para exculpar a los acusados, teniendo Caititi el castigo de la esclavitud, mientras que de Naboy no se tiene información.

La resolución muestra el trato que recibieron quienes quisieran unirse a los alzados: “que debo de condenar y condeno, habiéndome con piedad al dicho Juan Caititi, a que sea llevado aprisionado al real y minas de San Joseph del Parral donde sea vendido por todos los días de su vida a un montero de metales de minas, donde compurgue su delito y la venta que de él se hiciere sea en el mayor precio que se pueda” (J. Craddock, 2018, p. f7r). Si bien aquí se ha argumentado que la presencia indígena de Paso del Norte fue más activa y protagónica de la que la historiografía ha plasmado hasta el momento, esto no quiere decir que no tuviera ciertos límites en su actuación. La permisividad con la que parecen estar actuando los novohispanos se ve ajustado a cierto marco de acciones, en este caso el rebasar la línea de adhesión a enemigos explícitos de los españoles conllevó un duro castigo. Se plantea que una diferencia fundamental con el discurso historiográfica

tradicional que niega la presencia indígena, es que esa presencia fue activa y dinámica, pero no se pretende negar las inequidades en las relaciones establecidas entre indígenas y no indígenas. El dominio hegemónico en el ejercicio del poder por parte de los novohispanos existió, solo que se plantea que no fue unidireccional. Juan Caitti es una muestra de esos límites en la permisividad del sistema novohispano.

Uno de los grandes temores que tenían los nuevomexicanos durante su estancia en Paso del Norte era que la revuelta se extendiera al resto de las naciones indígenas que no habían participado. Este miedo se cristalizó en dos momentos, 1684 y 1690. La primera integrada por indios Mansos, Sumas, Janos y Apaches y la segunda por Sumas y Apaches. En cuanto la revuelta de 1684 tenemos los documentos judiciales compilados en CIBOLA *Testimonio sacado a la letra de los autos criminales que se fulminaron contra los mansos apostatas y sus aliados* (Polt, 2008, p. f146-151), además de *Deposition of several Tigua, Tano and Piro Indians before Antonio de Otermín* (Schafer et al., 2015), en los que se muestra la relación de los Mansos con otros grupos indígenas y como es que los Mansos tampoco eran homogéneos en su composición, tomando algunos partido por los novohispanos, otros con los levantados de Nuevo México y otros más incluso siguiendo su propio trayecto -como los encabezados por el Capitán Chiquito-.

El caso puede resumirse en el intento de un grupo de indígenas que vivían en Paso del Norte en levantarse de manera similar a los Indios Pueblo en 1680, atacar de manera simultánea las poblaciones entre Paso del Norte, Casas Grandes y Janos; matar a los españoles y expulsar a quienes no estuviesen de acuerdo con ellos. Para ello actuarían de manera coordinada con el grupo de Mansos no cristianos asentados en la banda norte del río del Norte encabezados por el Capitán Chiquito, Mansos, Piros, Tiguanas, Teguanas, Gemez y Genizaros de Paso del Norte, Janos y Jocomes de Casas Grandes y Janos, así como Sumas de las poblaciones río abajo; las declaraciones eran contrastantes y algunos decían estar en coordinación con los Pueblo y otros que no existía tal, o incluso estarían en conflicto abierto con ellos. La conjura es descubierta, los principales instigadores detenidos y los líderes ejecutados: Jusepillo el Apache, Luis antiguo gobernador Manso, Juspehe y Agustinillo apaches, Juan Quivira, Diego el teniente Manso, Antonio y Francisco, Gregorillo y Juanillo, aunque la revuelta si aconteció en Casas Grandes y Janos. En cuanto al Manso

Capitán Chiquito no se especifica que ocurrió con él, pero parece haberse mantenido fuera del control novohispano.

El caso inicia el 14 de marzo de 1684 cuando acuden a la casa del gobernador Domingo Petriz de Cruzate varios indígenas Piros y Mansos quienes le advierten que se está llevando a cabo una conjura para matar a los españoles, las juntas de preparación las encabeza el Capitán Chiquito y Jusepillo⁵⁵:

“dice que en casa del gobernador de los mansos llamado Luis estaba [en] una grande junta, toda de mansos cristianos, y entre ellos el capitán Chiquito y otros de su ranchería, tratando del alzamiento, y que los que allí hacia cabeza y punteaban en particular eran los ladinos, que son el dicho gobernador Luis, Jusepillo el apache, Jusephe, hermano del dicho, Agustinillo, Antonio el alcalde y un hermano suyo llamado Francisco, Gregorillo y Juanillo, el capitán de la guerra, todos ladinos en la lengua castellana” (Polt, 2008, p. 2).

La rápida respuesta de las autoridades nuevomexicanas no es sorprendente, pues unos meses antes ya se les había advertido del desarrollo de la conjura: “en fe del cual dijo que estando este declarante ayer diez y ocho del corriente, llego a su milpa el dicho Lorenzo Mussa y le dijo que todos los indios del Paso, piros, tiguas y de otras naciones menos mansos y sumas se quieren alzar y están convocados que han de ejecutar su traición la luna que viene” (Schafer et al., 2015, p. 19). Es posible que por esto la rebelión fuera sofocada sin tantos sobresaltos.

Una vez capturados a los inculpados se les sigue un juicio en el que se les asigna un defensor *ad litem*, quien alega ignorancia de sus defendidos (igual que el caso de Juan Caititi). La argumentación es denegada y se procede a la condena:

“que los debo de condenar y condeno a los sus referidos Luis, Joseph el apache, Agustín, Joseph, Antonio, Francisco, Gregorio y Juan en pena de muerte, y la justicia que de ellos mando hacer se ejecute en la forma siguiente: que en la misma cárcel adonde están presos se les dé a cada uno un garrote por el pescuezo hasta que naturalmente muera, y después que así sea ejecutada en la forma que dicho es, sean todos sus cuerpos colgados en la horca de este pueblo, y de allí no sean quitados sin mi orden, para que a ellos sirva de castigo y a los demás de escarmiento; y por lo que importa para excusar motines y alborotos sea luego esta noche ejecutada esta sentencia en el silencio de ella y por esta mi sentencia definitiva” (Polt, 2008, p. 153).

Del mismo modo que en el caso de Juan Caititi, el límite de la permisividad novohispana es claramente trastocado, siendo la respuesta brutal y mediante la exhibición pública de la crueldad

⁵⁵ Jusepillo era apache capturado de muy joven y llevado con los españoles, criado por Fray García de San Francisco, declaró que se levantaban por estar hartos de las cosas de la religión (Polt, 2008).

que busca inhibir otros posibles levantamientos. A pesar de que el defensor de los indígenas busca que se conmute la pena de muerte por el destierro, también se le niega y se tras una suspensión se procede a ejecutarla sentencia, en el auto de suspensión (provisional) queda un nítido testimonio del pensamiento imperial con respecto a quienes considerara sus enemigos:

“Auto en que se suspende la ejecución hasta cuando convenga. Auto en que se incluye toda la causa contra los rebeldes mansos y se declara la guerra contra ellos a fuego y sangre y se mandan acomunar a la causa de todos los escritos hechos en esta razón mansos cristianos, a todo lo cual no han querido obedecer, antes si, insistiendo en su obstinada rebeldía, han procurado que la confederación y alianza este en su primera fuerza, como de verifico [sic] los mensajeros que enviaron desde la ranchería del capitán Chiquito, que es de mansos infieles, adonde están incorporados los mansos cristianos de este dicho pueblo, a todas las rancherías de los sumas para que viniesen a hallarse en la junta general que para su determinación estaban haciendo,” (Polt, 2008, p. f159).

De las distintas declaraciones que se vierten en las diligencias es posible extraer varios puntos que resultan relevantes: las relaciones externas e internas de los Mansos con otros grupos, la composición étnica y la calidad de los Mansos como intermediadores o una especie de bisagra que liga a los españoles con el resto de los grupos nativos. En cuanto a las relaciones externas, los Manos parecen tener una amplia red de relaciones con otros grupos indígenas, condición que como se mostró en el capítulo anterior es una característica que se puede rastrear desde el período prehispánico, como ejemplo podemos atender una plática entre Jusepillo y Gregorillo:

“Declaración de Joseph indio tano del alzamiento, que venía en compañía de otro manso infiel de la ranchería del capitán Chiquito, y cogiéndolo por el brazo el dicho Gregorillo le dijo: “¿Por qué no te vienes ya, porque ya los mansos cristianos y los infieles estamos juntos con los apaches, que son nuestros amigos, y también han ido a llamar a los Janos y a todas las demás naciones para que matemos a todos los españoles y a todos los religiosos “ (Polt, 2008, p. f159r).

En otro pasaje podemos asomarnos a conocer un poco de las relaciones internas que podían tener, los Mansos, Piros y Sumas tenían cementeras junto con a la de los no indígenas, pero de especial interés es que los mansos parecen articular las relaciones de los novohispanos con los indígenas. Si bien es necesario explorar con más profundidad, en los casos consignados cuando se menciona que algún indio Jano, Genizaro, Apache, Suma, Tano, Tiwa o Piro están casados, lo está con una indígena Manso:

“de nación apache, que lo cautivaron los españoles mui muchacho y que lo crío el padre fray García de San Francisco, y que siempre estuvo en su servicio y que se casó con una

India mansa” (Polt, 2008, p. F. 147v)... que a los piro y a los tiguas ya tienen un indio piro y a su hijo que sabe la lengua mansa por estar casado con una India de la nación “ (Polt, 2008, p. F. 150r)... “un indio de nación tano, que era del Nuevo México, cristiano y casado con una india mansa” (Polt, 2008, p. F. 158r)... “un indio cristiano llamado Joseph, de nación tano, natural de las provincias de la Nueva México y de estado casado con una india de nación mansa” (Polt, 2008, p. F. 159r).

De alcance mucho mayor que este simple ejemplo, el trabajo de Claudia Gutiérrez apunta a que sería el matrimonio interétnico o “entre calidades” estaría ampliamente extendido a lo largo del siglo XVIII en Paso del Norte (Gutiérrez Silvestre, 2021), siendo este un elemento más de la dinámica urbana distintas de esta localidad.

Adicionalmente cuando es necesaria la traducción al español en los procesos judiciales, es la lengua mansa la que funciona como intermediaria. “interpretación de Ventura, indio ladino en la lengua castellana, de nación piro, y que entiende mui bien la lengua mansa” (Polt, 2008, p. F. 157r). Puede haber más de una explicación a todo lo anterior, pero sin duda son indicios de el papel que pudieron jugar los Manos en Paso del Norte. También hay que destacar que los Mansos no parecen ser un grupo homogéneo y cada grupo o facción interior toma su propio rumbo y decisiones bajo su mejor entendimiento: “desde la ranhería del capitán Chiquito, que es de mansos infieles” (Schafer et al., 2015, p. 24). Sin embargo, no se debe caer en perspectivas estáticas o estereotipadas, los Mansos , al igual que muchos de los grupos nativos del septentrión pueden cambiar de posicionamiento con respecto a otros grupos como los españoles, esto como estrategia en su forma de vida, así lo podemos deducir de una frase que deja Vélez de Escalante: “Este mismo año de 84 como arriba indique se sublevaron los indios mansos del pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, apostataron y se fueron a unir con los infieles de la misma nación que mandaba el capitán Chiquito hasta entonces muy amigo de los españoles” (Vélez de Escalante, 1865, p. 123).

Es muy posible que estos acontecimientos apresuraran la decisión de la corona en 1684 de instalar un presidio en Paso del Norte. El presidio como una de las dos instituciones más visibles en la frontera imperial española (junto con la Misión), resultó ser un eje de articulación jurídica y militar que jugó un papel esencial en la urbanidad del Septentrión, en la *“Royal Cedilla. To the viceroy of New Spain, approving the presidio with fifty soldiers, which he has formed in the place, called El Río del Norte* (Hackett, 1923d). Se plantea que el presidio es para defenderse de la revuelta

y mantener las conversiones de Sumas Y Mansos, sin decirlo también se asume que era una punta de lanza para recuperar los territorios de Nuevo México perdidos en 1680. Al respecto Hackett (1917) dice que sin un presidio que frene a los que han salido en la primera y segunda retirada, es de temer por su inconstancia que vuelvan con los apóstatas, impelidos a ello por el atractivo de su patria, de sus parientes y de sus [deseo de] libertad; y los religiosos misioneros y los españoles que están en dicho lugar, quedando sin este amparo y defensa, podrían abandonar el lugar, dejando igualmente expuestas a pérdida las nuevas conversiones de las dos naciones llamadas Zumas y Mansos, con peligro de otras nuevas conversiones como bien. Aquella entrada [de El Paso] una vez abandonada, quedaría al descubierto el lugar de Casas Grandes y todos los que siguen por un lado de la provincia de Sonora, y toda la frontera de El Parral, por donde hay que temer y esperaba gravísimos daños y hostilidades, con evidente peligro para los que quedaron allí, y la consiguiente desgracia de perder enteramente la esperanza de restaurar la provincia [de Nuevo México].

La revuelta de 1684 no fue la última en Paso del Norte en este período de 1680-1691. En 1690 se da un segundo levantamiento por parte de los Indios Sumas, este parece ser más acotado, pero igualmente cruel. Salvador Vélez de Escalante afirma que “En el año 1690 tenía ya formada otra expedición Domingo Giroza para entrar segunda vez al Nuevo México, pero se alzaron los zumas, cristianos y gentiles que vivían en el Paso” (Vélez de Escalante, 1865, p. 123). El caso de los Sumas en general es distinto al de los Mansos y se ahondara en él más adelante.

Otra fuente de este período que aporta información valiosa es *Noticia cierta de lo que pasó en la entrada de Nuevo México* (López, 1694). Aunque escueta, la narración de Nicolás López no ha dejado un par de datos valiosos, el primero es acerca de los asentamientos Sumas: “es esta quarente y seis años quise estar para hacer una conversión indios sumas en aquellos parajes y no se ha podido conseguir por esta causa habiendo estado en aquellos parajes las mayores misiones de aquella custodia” (López, 1694, p. f2v). López escribe en 1694, por lo tanto, las misiones Sumas estarían presentes desde al menos 1668, por lo tanto, existirían al momento de la llegada de la gente en 1680, y las nuevas poblaciones estarían cerca o en los lugares de las misiones sumas. Pero la documentación no refiere prácticamente nada acerca de los Sumas. En contrasentido de lo activo de los Mansos, los Sumas parecerían más pasivos en este período, esto puede ser real o bien puede ser parte del intento de negación del que ya se ha hablado.

En otra parte del texto Nicolás López menciona: “con esta milagrosamente en manteniendo en aquella desventura pues ha habido mujeres que para intentar [alimentar] a sus pobre hijos y han tostado cuero para hacerles atole por no tener otra cosa y esta verdad hay *personas en esta ciudad* que lo juraran. Como quien ha visto aquellas lastimas” (López, 1694, p. f2). Lo primero que resalta es que se muestra las carencias que vivían después del regreso de los exiliados de 1680, pues parece que una gran parte del esfuerzo de la corona se enfocó en ayudar a consolidar las poblaciones recuperadas en Nuevo México. Por otro lado, si bien no es el momento ni el espacio para profundizar en el tema, vale la pena destacar que le llama “ciudad” a Paso del Norte. Bien puede ser un simple recurso retórico, pero es punto para considerar en la definición del urbanismo antiguo, la autovaloración de un poblado como “ciudad” más allá del intento anacrónico de imponer los valores y estándares contemporáneos para definir lo que es, o lo que no es, una ciudad antigua.

La última fuente que nos refiere un poco de este período y que tiene indicio de la urbanidad indígena es los “Apuntes y noticias varias sobre Nuevo México Nuevo México” (García Noriega, 1700), también es breve pero nos muestra que hacia 1700 ya está plenamente reactivado el comercio a través del Camino Real de Tierra Adentro en Nuevo México, en el texto se incluyen datos sobre el comercio, nómina de los religiosos que se encuentran en las misiones de la Custodia de San Pablo de Nuevo México, así como apuntes de fray Juan Miguel Menchero sobre la posible erección del obispado de Nuevo México. El autor da testimonio del asombro despectivo que le deja el observar la presencia de un comerciante que llevaba guacamayas a Santa Fe, le parece absurdo el gran interés de los Indígenas por la exótica ave. De manera inocente, Noriega nos ha legado un gran elemento de continuidad con el mundo prehispánico y de paso deja entrever la pervivencia de prácticas religiosas, pues como está bien documentado, para el período prehispánicos las guacamayas son un elemento ritual muy apreciado al grado que Paquimé habría tenido sus propios criadores de esta ave originaria de zonas tropicales, o el uso amplio en la iconografía esquematizada de la cerámica El Paso Policromo de lo Jornada Mogollón.

Santiago cacique Manso y los indígenas en la lucha de facciones por el poder en Paso del *Norte 1701-1712*.

Si el período que va de 1680 a 1692 intensificó la trayectoria urbana de Paso del Norte y al mismo tiempo se manifestaron algunas de las primeras expresiones de una relación compleja entre los grupos que integraban la sociedad, a partir del siglo XVIII se consolidara esa forma única de convivencia. El temprano caso del cacique Manso Santiago es una muestra de la presencia consolidada y activa de los indígenas, aquí vemos que un grupo de Mansos participan en una conjura interna ya no para rebelarse, sino para obtener privilegios dentro del sistema imperial; esto en concordancia con facciones internas del poder hispano o bien en oposición a estas. El cacique Santiago es un ejemplo de que los Mansos están claros de su capacidad jurídica, pueden y ejercen un tipo de poder desde su posición como grupo subalterno y que participan activamente en los conflictos por el poder, es decir tienen un papel activo en el desarrollo de la urbanidad.

El capitán del presidio de Paso del Norte Antonio de Valverde y Cossío es un personaje central para la ciudad en la primera mitad del siglo XVIII, Valverde ocupó el puesto de manera discontinua desde 1701 hasta 1730 (en este período también ocupará la gobernación de Nuevo México dos veces), gracias a la información remitida por él y contra él es que tenemos diversos documentos. Para el caso de Santiago cacique Manso se tienen tres expedientes, el más antiguo es *Autos relativos al nombramiento del capitán del presidio de Paso del Río del Norte* (Rodríguez Cubero, 1701), con el que se puede contextualizar la llegada de Valverde a Paso del Norte; el segundo es *Autos de una acusación de los indios [de Nuevo México] contra Antonio de Valverde por haber inculpado al protector de indios* (Valverde, 1711), que contiene en sí el caso de Santiago Cacique Manso; el tercero *Autos del capitán del presidio de Nuestra Señora de Guadalupe para averiguar sobre la sublevación de los indios suma* (Valverde, 1712) aunque está fechado un año después de los eventos, remite información previa al caso de Santiago que aclara la actuación de Valverde a manera de información contra factual.

El resumen del caso central es; una acusación contra Antonio Valverde por parte del exgobernador de los Mansos de nombre Santiago, en ella señala que el capitán del presidio ha incurrido en faltas que incluyen: falta de pago a indígenas que le sirven en su residencia, maltratos a un indio Suma en San Lorenzo que desembocó en un levantamiento, arresto del protector de los

indios Tiburcio de Ortega, decomiso y violación de correspondencia de los indios con el fiscal de su majestad -el cargo más grave-, Santiago pide “en nombre de todos los indios” que se destituya a Valverde. Para dirimir la denuncia se designa a Don Antonio Bezerra Nieto capitán del presidio de San José y Santiago de Janos como juez externo, quien realiza varias diligencias con testigos e involucrados. En el veredicto se exonera a Valverde, concluyendo que se trató de una conjura orquestada por Tiburcio de Ortega y Santiago para que el primero pudiera quedarse como Capitán del presidio. El castigo consiste en que Ortega es “apremiado” a que no siga con ese comportamiento, mientras que Santiago a “cuatro años de obraje o mortero”.

El antecedente directo de este caso es la queja que hacen los vecinos de Santa Fe ante el nombramiento de Antonio Valverde como capitán del presidio de Paso del Norte en 1701, hasta ese momento Valverde había sido empleado personal del gobernador Diego de Vargas. Al cabildo, justicia y regimiento de Nuevo México en Santa Fe no le gusta el nombramiento y manifiestas su desacuerdo con que se nombre a Valverde Cossío, de quien dice que es un “criado suyo” [de Diego de Vargas] (Rodríguez Cubero, 1701, p. f1). Esto se enmarca en un conflicto de intereses; hay un juicio abierto en las cortes de Madrid por los malos manejos de Vargas. Dicen que Valverde era cabo en la hacienda de Vargas y que llevara a la ruina al reino. Diego de Vargas fue gobernador y tuvo muchos problemas con los vecinos, de hecho, se encuentra preso en ese momento en la Villa de Santa Fe; de Valverde mencionan que fue soberbio, maltrato a los alcaldes y abofeteo a varias mujeres casada, permitió la vida a amancebados, incluso el mismo Valverde parece vivir amancebado con la hermana de Vargas. La queja no prospera. Por otro lado, el mismo Valverde es reconocido por la corona como el gobernador que logro la reconquista de Nuevo México, otorgándoles título nobiliario y renta vitalicia.

Aunque fechado posteriormente, los *Autos para averiguar la sublevación de los indios Suma*, son anteriores al caso de Santiago cacique Manso. El informe es hecho por el mismo Valverde y dice que varios indios fueron a verlos para buscar negociar la paz con los Sumas que hacía poco habían salido de San Lorenzo y se encontraban en unas montañas cercanas en pie de guerra. El informe es escueto en los detalles, pero se resume en que Valverde con un grupo de soldados se acerca al lugar en donde estaban los Sumas, entre ellos habría un vecino de la isleta que dice que es labrador oriundo de Querétaro llamado Cristóbal Puga, en una muestra de

valerosidad Valverde va solo a parlamentar con los alzados, teniendo un dialogo con el líder llamado Pasqual; negocia con ellos y los convence de regresar a Paso del Norte, aclarando que su malestar era producto de un malentendido por la maliciosa intervención de un español llamado Juan Tafoya quien les dijo que de México venia un capitán a matarlos a todos y que se fueron por miedo. Valverde les dice que el militar que venía solo iba a reconocer el presidio, que no les haría daño y apela a "lo fieles que fueron sus antepasados".

El relato es a todas luces exagerado, pero parece cumplir el cometido pacificar la zona, exacerbando la condición negociadora de Valverde; el asunto queda como un incidente menor resuelto rápidamente. Sin embargo, en el caso de Santiago cacique Manso se profundiza en este altercado, ahí se aprecia que el levantamiento es originado por los azotes que recibió un principal Suma en San Lorenzo por parte del alcalde novohispano del lugar, protegido y justificado por Valverde. También el alzamiento es parte de la trama de Tiburcio de Ortega y Santiago el Mansos contra Valverde, quien resolvió el tema asegurando que no volvería a suceder dichos maltratos, comprometiéndose a disminuir la carga de trabajo a los Sumas. Nada de esa información viene en el informe de Valverde, por lo que estamos ante un ejemplo paradigmático de como las fuentes no pueden ser tomadas como un testimonio objetivo, al mismo tiempo que nos retrata a un Valverde que se muestra hacia afuera de una manera y actúa de otra hacia el interior.

El caso principal es el de Santiago cacique Manso; se trata de un expediente amplio de diligencias y testimonios originados por la denuncia del propio Santiago. Los acontecimientos parecen iniciar por la confabulación de Tiburcio de Ortega protector de los indios de Paso del Norte con Santiago quien fuera gobernador y cacique de los Mansos para denunciar a Antonio Valverde y que sea retirado del cargo, esto para que la capitania la ocupase el mismo de Ortega. Para ello Santiago hace una carta con la denuncia que envía con tres indios principales Piros, Tihuas y Mansos, quienes no conocían el contenido de la carta; la manda al gobernador indígena de Casas Grandes para que esté a su vez la haga llegar al fiscal del Rey, justificando la afirmación de que "todos los indígenas" estaban involucrados. Pero les pide a los emisarios que no vayan por el camino real; en el ambiente de desconfianza por el alzamiento Suma, se le advierte a Valverde de la comitiva que se dirige a Casas Grandes, mandando a Matheo de la Peña su sargento, quien detiene a los indígenas y confisca la carta.

Ante la posibilidad de ser descubierto Tiburcio Ortega se presenta en el presidio, ante la presión de Valverde y de la Peña abre la carta, lee el contenido y pide se le perdone por los infundios. Durante el período de Tiburcio de Ortega en el presidio, Santiago elabora la carta que origina el caso dirigido al fiscal, en ella dice: “y así mismo todos nosotros los indios del paso del río del norte estamos experimentando y recibiendo muchas extorciones del dicho Capitán Don Antonio Valverde y por qué Tiburcio de Ortega nuestro protector solicita nuestra quietud ampara y defiende en lo que se ofrece por ese motivo lo tiene preso dicho Capitán Valverde y por las extorciones que hace se han levantado los indios de la nación Suman” (Valverde 1712, f2v). Para dirimir el caso se asigna a Antonio Bezerra capitán del presidio de Janos, él llega a Paso del Norte e inicia las diligencias con los involucrados. En los testimonios recabados por Bezerra se esclarece que los emisarios Piros, Tihuas y Mansos no conocían el contenido de la carta, que de Ortega no estaba preso y que Valverde no había abierto la carta original dirigida al fiscal.

Lo que si queda claro es que Santiago y su familia buscaba presionar a otros principales indígenas para denunciar a Valverde; los argumentos de Santiago eran que los indígenas perdían cada vez más tierra ante los novohispanos, que si removían a Valverde y era sustituido por de Ortega el presidio se mudaría:

“Juan Martin Indio de nación Piro, gobernador de los de esa nación [...] estando este declarante en su casa, antes que viniese el juez visitador de presidios al real de Chihuahua, llego a ella Ysidro de Ortega hijo del protector Tiburcio de Ortega y le propuso a este testigo que [los de] esta jurisdicción no estaba buena con tanto soldado y que por eso se les perdían sus huertas y sembrados y que era bueno que echasen el presidio cinco o seis leguas de este pueblo que con eso, ni el Capitán ni los soldados le harían vejación ni darían trabajo” (Valverde, 1711, p. f25).

Como parte de la presión a los indígenas Santiago afirmaba que, de no apoyarle a él, Valverde los ahorcaría a todo ellos: “gobernador Don Santiago contenido en las querellas que el dicho juez había de ahorcar a los que fueren de parte de dicho capitán Don Antonio de Valverde y a los que no ahorcarse los habían de llevar en aparejos para china” (Valverde, 1711, p. f26v). Durante las diligencias también se hizo correr el rumor de que Santiago había sido muerto por orden del virrey y “mandado hacer pozole en un caso el señor virrey” (Valverde, 1711, p. F31), esto con la intención de que las declaraciones fueran favorables a Ortega. Se esclarece que Tiburcio Ortega y Santiago con sus familias cabildaron con los indígenas contra Valverde, usando el alzamiento Suma como ejemplo de los maltratos del capitán, afirmando que por culpa de sus extorciones se habían

levantado los Sumas, aunque en realidad se habían alzado por un problema con el alcalde de San Lorenzo y si bien si se azotó a un indio Suma parece “justificado” y la revuelta se sofocó mediante negociación como ya vimos.

La mayor parte de los testimonios son por parte de los principales indígenas, quienes curiosamente parecen apoyar a Valverde, pues afirman que los ha tratado mejor que los capitanes anteriores, incluso ven como bondadoso que Valverde si pague los servicios personales y al presidio que hacen los indígenas. Algunos elementos que se ventilan en las diligencias y que son relevantes para al argumento principal del trabajo son que, por ejemplo, nuevamente se hace referencia a Paso del Norte como ciudad “como constará si hubiere algunos soldados en esa ciudad” (Valverde, 1711, p. f2); también se da cuenta de la composición multiétnica en la estructura indígena pues el gobernador Piro tenía un teniente Tihua. Finalmente, Tiburcio de Ortega tenía interés en que se moviera el presidio a lo que después será San Elizario pues ahí poseía una hacienda, siendo así que incluso cuando se funda el presidio de San Elizario en 1787 se hará en terrenos que pertenecían a los herederos de Tiburcio de Ortega conocido como” los Tiburcios”. El caso es cerrado a favor de Valverde, a Ortega lo “apremian” a que no siga con ese comportamiento y a Santiago a “cuatro años de obraje o mortero”.

Antonio Valverde Cossío llega como capitán de presidio gracias a su relación con el entonces el gobernador Diego de Vargas; no hay registro de que haya comprado el puesto con la corona, tampoco hay partes militares que lo hagan destacar de manera alguna. Parece más bien un astuto y ambicioso político que mantiene un buen trato con los indígenas y españoles en la medida que le conviene, siendo duro con aquellos que no están de su lado. Sabe entretejer muy bien la urdimbre de la burocracia imperial; en el caso de la revuelta de los Sumas de 1711, intenta resolverlo de manera “local”, tratando de que llegue la menor cantidad de información a las autoridades centrales. El origen del problema es un abuso de autoridad que Valverde respalda pero que logra arreglar mediante negociación, sin embargo, los reportes que envía involucran a quien parece ser un rival político: Juan de Tafoya, quien parece no tener injerencia en el tema. El uso faccioso de la información y el aprovechamiento del puesto de Capitán de presidio por parte de Valverde quedó claro en el siguiente caso en donde el obispo Benito Crespo en 1725 busca se asiente una nueva misión con Sumas al sur de Paso del Norte en un paraje que pertenecía a Valverde

Cossío, uno de los muchos bienes que para ese tiempo poseía, interesante aumento de caudal para quien 24 años antes era cabo de una hacienda.

El caso del cacique Santiago es un ejemplo de que los Mansos están claros de su capacidad jurídica, pueden y ejercen un tipo de poder desde su posición como grupo subalterno. Envía un par de misivas al fiscal del Rey, entendiendo que una de las causantes para remover un puesto tan importante como el de Capitán de Presidio era el maltrato a los indígenas; conocen sus alcances y usa formas retóricas propias de la época “me pongo a sus pies”. Los Mansos participan activamente en la lucha de facciones de los grupos que ostentan el poder hegemónico, en este caso Valverde y Ortega. También es claro que los indígenas no son un grupo homogéneo con una causa común, están separados en facciones internas, las cuales se suman a otras facciones en la lucha por el poder. De este modo, hacia 1712 los indígenas, particularmente los Mansos, son un agente activo de la urbanidad de Paso del Norte; no de una manera homogénea ni contestataria, sino plenamente integrados al sistema virreinal, haciendo uso de sus saberes ancestrales para ejercer un poder subalterno que es finalmente una manera de resistencia cultural. Es evidente que los Mansos entran en negociaciones oficiales y no oficiales con otros agentes de la urbanidad. Los indígenas -sectores o individuos- usan sus saberes ancestrales como las relaciones profundas de confianza con otros grupos indígenas para colocarlo al servicio de la lucha de facciones, por ejemplo, al llevar una carta sin saber el contenido de esta, es decir tienen un papel activo en la urbanidad de Paso del Norte. De manera implícita podemos deducir que existe un “pueblo de indios” en Paso del Norte y que tienen un “protector”.

Un nuevo asentamiento Suma tras la Visita de Benito Crespo de 1725

En 1725 Paso del Norte recibe la primera visita de una alta autoridad religiosa, se trata de Benito Crespo y Monroy obispo de Nueva Vizcaya; de los varios temas que se desprenden de su visita destaca que el prelado busca que se reduzca a un grupo de Sumas con los que había tenido contacto, consignado en los *Autos y real cedula para que, conforme a las representaciones dirigidas al obispo de Durango, se reduzcan a congregas las tribus de los indios zumas diseminados en la región de Paso del Norte*” (Crespo y Monroy, 1730). Los Sumas son uno de los dos componentes originarios que conforman el estrato indígena en la urbanidad de Paso del Norte junto con los

Mansos, sin embargo, la información que tenemos de ellos en las fuentes es muy contrastante e inconexa. Parece que sí estuvieron asentados permanentemente de manera temprana, pero también aparecen como un pueblo nómada, fueron aliados, empleados y socios de los novohispanos, al mismo tiempo fueron enemigos y participaron de casi todas las revueltas y conjuras contra la autoridad imperial.

Ante este contraste panorama tendríamos una primera respuesta en la posible organización social, los Sumas no son un grupo heterogéneo -como prácticamente todos en el septentrión- seguramente separados en grupos familiares tipo banda, como la mayoría de los N'dee. Tras la instalación de las poblaciones novohispanas en la zona en donde los Sumas vivían, estos últimos ponen en práctica una serie de estrategias en la que se atomizan y que tiene dos puntos extremos; por un lado, grupos de Sumas se integran de manera acelerada y profunda con los novohispanos, en una trayectoria similar a los Mansos; viviendo en las misiones como empleados o pequeños agricultores, se convierten al cristianismo y vasallos del Rey. En el otro extremo tenemos grupos que mantienen una forma de vida basada en la caza-recolección-pesca e incluso el pillaje, sin sujeción alguna a la autoridad imperial, con guerra abierta y declarada en su contra. En un punto intermedio están los grupos que practican la caza-recolección-pillaje pero que piden ser asentados y aquellos que ya asentados vuelven a su vida nómada, aunque es muy probable que los distintos grupos hayan combinado cualquiera de las posibilidades planteadas de manera indistinta. El panorama es complejo, probablemente por ello es por lo que no hay claridad en las fuentes con respecto a los Sumas, pero los testimonios dejados por la visita de Benito Crespo pueden ayudar a entender cómo es que los Sumas mantenían una serie de estrategias para compartir el espacio con los novohispanos y otros grupos indígenas.

El resumen del caso del *Auto* de Benito Crespo es que durante la visita del obispo a Paso del Norte se acercan Sumas "principales" para pedir que se les conceda asiento, tras dirimir mediante intercambio de correspondencia posibles lugares, se decide por un lugar llamado Palo Clavado catorce leguas al sur de Paso del Norte; sobre la ribera del río del Norte, en un paraje perteneciente a Antonio Valverde Cossío. La solicitud es aprobada por el fiscal del rey, aunque con las adiciones de que se destinen 4 soldados del presidio de El Paso, e indios Piro y Tihua para que ayuden con su ejemplo la forma de vida que esperaban de los Sumas, se procede a proveerles las herramientas,

enseres y semillas para iniciar el poblado. En el proceso se plantearon muchas dudas por parte de distintas autoridades virreinales con respecto a la viabilidad del lugar y sobre todo por el compromiso de los Sumas hacia la nueva población. No contamos con otros expedientes que detallen los que ocurrió en los años posteriores al poblado de Palo Clavado, sabemos que estaba activo en la visita de Pedro de Ribera en 1736 (González Milea, 2018c, p. 38), pero ya no hay más menciones por lo que se deduce que fue abandonado. Durante el intercambio epistolar, el capitán en funciones Joseph Valentín de Aganza y el Capitán de Janos Antonio Bezerra dejan entrever varios elementos para evaluar la presencia de los Sumas y su relación con los novohispanos. El obispo Crespo empieza diciendo:

“hallándome en este paraje prosiguiendo la visita general, en diferentes partes de él, han venido los principales cabezas del indios de la nación Zuma, la cual esta tan extendida que habita más de cien leguas de circunvalación sin tener población alguna y entre ellos algunos que aquí llaman apostatas por ser cristianos y haberse retirado de los pueblos donde los habían recibido, a los cuales he conferido el Santo Sacramento con la confirmación por haberlo pedido con las señas de querer estar y mantenerse en la ley evangélica precediendo las diligencias que previene la disciplina seráfica y han pedido con mucha instancias el que les dé pueblo, así para vivir educados en nuestra santa, de como por redimirse de la publica fama que tienen todas las vecindades de esta tierras de que los dichos en la referida nación Zuma, son los que hacen todas o lo más a las hostilidades, aseguran do que no son ellos, sino los de la nación Apache: piden el pueblo en el sitio que llaman el Palo Clavado en las riberas del río del Paso distante de este presidio catorce leguas en tierras pertenecientes a Don Antonio Valverde. Gobernador que ha sido de Nuevo México y vecino que es de este real Presidio” (Crespo y Monroy, 1730, p. f376).

Lo primero es que la extensión de espacio que ocupan es inmensa, unas 100 leguas alrededor de Paso del Norte. Al decir que no había población en ellas se debe referir a que no hay poblaciones permanentes, dando a entender que los Sumas son nómadas. Cuando refiere “entre ellos algunos” es porque no son un grupo homogéneo, algunos son apostatas y otros cristianos. Los que piden lugar para asentarse aseguran que no han cometido ataques contra los españoles que han sido los apaches, implicando que ha habido ataques por parte de Sumas; su asiento lo piden en un lugar llamado Palo Clavado, cerca de lo que hoy es Práxedes Guerrero y la antigua San Francisco de la Toma de los Sumas.

Aunque son Sumas, no son los mismos que están en San Lorenzo y parte de la petición es que se les concedan tierras y herramientas, lo que según testimonios como el capitán del presidio y del antiguo capitán Antonio Valverde -quien extrañamente es dueño de una gran extensión de

territorio incluyendo Palo clavado y Álamo gacho donde piden asiento-, es una práctica común entre los Sumas que piden asiento, se le concede juntos con herramientas y haberes para luego volver a dispersarse, así lo dice Antonio de Valverde:

“aunque los dichos Indios han estado poblados en diferentes ocasiones luego q se les ha faltado el mantenimiento se han sublevado y retirado a las antiguas andadas quemando los jacales y edificios de las misiones y hostilizando toda la expresada jurisdicción y q después de algún tiempo han vuelto con el honesto tirulo de paz a querer avecindar y poblar y poder hacer daños y roba a su salvo fingiendo ser Apaches” (Crespo y Monroy, 1730, p. f380).

Esta advertencia del modus operandi de los Sumas la comparten tanto Valentín de Aganza, como Antonio Bezerra, es decir, si bien están conformes con la instrucción de dar asiento a los Sumas, dan la impresión de ya conocer la estrategia Suma; en este sentido, hacen ver al obispo con demasiada buena voluntad, un poco crédulo, pues no ha sido la primera vez que los Sumas piden asiento, lo explotan, se marchan y luego regresan a hacer lo mismo. Tanto es así que de hecho Antonio de Valverde tiene a su resguardo herramientas y enseres de un intento anterior de asentar Sumas, los cuales pone a disposición de la nueva empresa: “y yo siendo frustrado los deseos, retuve la mayor parte de dicha herramienta para mejor ocasión y tiempo más oportuno la cual tengo en mi poder para entregar cada que se me mande que toda ella” (Crespo y Monroy, 1730, p. f378). También llama la atención que deberían haber tenido un parecido tan grande con los apaches en cuanto costumbres y aspecto que se pueden confundir con estos. De cualquier manera, lo que podemos ver aquí es el uso continuo de una estrategia que les permite vivir de manera paralela a la sociedad virreinal, integrándose y separándose de ella al mejor arbitro de sus costumbres y necesidades. Lo que para los novohispano les parece un abuso, a la distancia parece una muy inteligente forma de adaptarse a las circunstancias.

Parte del argumento de solicitar y autorizar el asiento es evitar alzamientos, tal y como vimos en el caso anterior, ya había sucedido uno en 1711 y parece que hubo otro en 1720. Los Sumas dicen no ser los mismos que los Apaches ni aquellos Sumas que han asaltado los caminos, aunque los militares dicen que los Sumas se suelen dispersar e integrarse en distintas comunidades tras los asaltos, diciendo que no son los mismos, luego se vuelven a juntar y repiten el proceso. Incluso los militares dicen haber detenido a un par de ellos con ganado y confirmaron este proceder, si bien puede ser completamente cierto, esto no significa que la observación de los

novohispanos esta cruzada por una profunda falta de entendimiento del otro, evidenciada en los calificativos que hacen acerca de los Sumas:

“el de convencerlos, no se reduce a estos solos, pues siendo tan notoria a todos, y a la superior comprensión de Vuestra excelencia más constante, su vaga, y errante inclinación, esta las basta para que (puesta sumas congruente asistencia) se descaminen subleven y disgreguen de las unión en que estuvieren congregados, por ser dichos indios naturalmente libres, perezosos, y dados a todo género de insulto y rijo, llegando su inclinación a tal extremo, que hasta rifar sus mujeres y caballos” (Crespo y Monroy, 1730, p. f378v).

El tono de los capitanes de presidio da una idea de lo particular que era la situación en el Septentrión, el desconocimiento de las auténticas condiciones por parte de la autoridad central es aprovechado en otro momento (como vimos el caso anterior con el manejo de Valverde del levantamiento Suma), y en este caso solo se apunta la advertencia de lo que va a pasar, más no se hace un auténtico esfuerzo por evitar la obra. Parecería que es mejor “dejar hacer” aun sabiendo la imposibilidad de la obra, antes de evidenciar que lo que se piensa desde el centro es muy distinto a lo que realmente ocurre y poder tomar ventaja de ello, pues a pesar de haber muchas dudas de la utilidad de congregarlos en Palo Clavado, todos aceptan la propuesta

En otro momento, los capitanes señalan como esencial para el éxito del asentamiento hacer acequias y proponen se mande Indios Piros y Tigvas para “ayudar” o dirigirlos: “hallo que será punto bien difícil el paso que tan necesario [es] para su unión y conservación, porque si se deja a su arbitrio, es tan natural en ellos la pereza, que no lo ejecutaran en muchos espacios de tiempo; con cuya falta, se volverán a su errante modo de vida, y no tendrá efecto su reducción: de suerte que estén conveniente se allanará dignándose Vuestra excelencia demandar que dicha saca de agua, se ponga al cuidado de los indios Piros, y Tigvas” (Crespo y Monroy, 1730, p. f379). El que busquen que Piros y Tihvas actúen como “madrineros” nos es extraño, recordando que los mismos Piros cumplieron esa función en la fundación de la Misión de Guadalupe, además de que la experticia que ya habrían adquirido en la edificación de acequias sería esencial para el mantenimiento del poblado.

La decisión final del asentamiento es en Palo Clavado, en terrenos de Antonio Valverde, pero otra opción era un paraje llamado El Álamo en el camino hacia Chihuahua, propiedad de Mateo de la Peña. Lo que tienen en común los lugares es que debieron haber sido “adquiridos”

recientemente por ambos personajes pues de la Peña era el sargento cuando Valverde era capitán de Paso del Norte:

“y tengo creído que a ejemplo de esta congregación se erigiría otras treinta leguas distantes del paraje referido, inmediata a la hacienda de Mateo de la Peña, camino del paso para Chihuahua, cuya reparación será de indios de esta misma nación que están divididos, por ser gobernados por otro Cacique y no por el que dirige a los de la quieren fundar en el paraje del palo parado. Y para que dichas congregaciones tengan en la mejor conducta y éxito que necesito debo informar a las grandeza de Vuestra excelencia que los Pueblos fronterizos de esta nación zuma cuyos pueblos son los últimos que aquella parte del reino de la Vizcaya, son indios de la nación conchos, de los cuales andan muchos dispersos y otros de la nación taroamara que están en la medianía que hace del Real de Chihuahua al Paso del Norte, cuyas dos naciones, se suelen tribular con la de los zumas” (Crespo y Monroy, 1730, p. f379v).

La mención de la Peña y la propiedad de Valverde muestran que entre ambos reúnen un caudal muy generoso⁵⁶. Por otro lado, en la narración se nota la separación de grupos de los Sumas y que la voluntad del cacique es tomada en cuenta para la decisión. Otra es cuestión es que se denota el tipo de relaciones, los Sumas son enemigos de Conchos y Tarahumaras, mientras que por otros documentos sabemos que tienen buena relación con Mansos, Janos y Apaches.

En general, podemos ver que los Sumas son uno de los dos grupos originarios que habitaron la región de Paso del Norte, la forma de vida de estos grupos era cazadora-recolectora y separada en grupos, posiblemente familiares, lo cual contribuyó a que su dinámica como uno más de los estratos urbanos fuera distinta a la de otros indígenas. Una parte de ellos se integró a la sociedad paseña de manera similar a los Mansos, con un lugar principal en San Lorenzo, pero otros se mantuvieron nómadas y con constantes conflictos con los novohispanos, parece que los grupos sedentarios y nómadas Sumas no perdieron su relación y de ahí la constante presencia de levantamientos, lo que contribuyó a que la traza urbana fuera continua (manteniendo el contacto) al mismo tiempo que dispersa (la diferenciación de identidades étnicas). Por ello, los Sumas fueron un estrato más en la urbanidad paseña, como agentes internos y externos.

⁵⁶ En el AHMCJ se encuentra el expediente con la herencia de Mateo de la Peña y el caudal que deja es muy importante, incluyendo decenas de propiedades y un capital de unos 80,000 reales (Beserra, 1762). Por parte de Valverde, además de Palo Clavado, está el registro de terrenos de su propiedad en lo que fue asiento de los Sumas en la Misión de Santa María de Caldas “Antonio Valverde vendió a Joseph Lorenzo de Ribera una tierra en Santa María de Caldas, las cuales había heredado de su padre Antonio Valverde Cossío” (Valverde, 1758, p. F33).

Los Sumas de Paso del Norte durante la visita de Pedro de Rivera en 1726 y el conflicto de autoridades religiosas y civiles entre 1737 y 1748

Pocos años después de la visita de Crespo y Monroy llegó a Paso del Norte otra autoridad central: el brigadier Pedro de Rivera y Villalón en 1726. Durante el tiempo que recorrió la región paseña recibió dos veces la petición de indios Sumas para que les ayude a asentarse, en esos encuentros se repite la estrategia de solicitar apoyo a las autoridades virreinales, tal y como sucediera con Benito Crespo. Esto indica que los Sumas tenían una estrategia específica al respecto y que aprovecharían la presencia de autoridades superiores para hacer sus peticiones. Un segundo momento es el periodo posterior al viaje de Rivera en donde hay documentación acerca del conflicto entre autoridades civiles y religiosas por el control de la mano de obra indígena, con acusaciones recíprocas entre 1737 a 1748, en donde se deja entrever que una cosa es lo que se escribe para las autoridades externas y otra cosa distinta es la dinámica local.

En el primer caso, Pedro de Rivera fue llamado de su puesto como gobernador de Tlaxcala por el virrey Marques de Casafuerte para realizar una amplia visita a los territorios septentrionales, con la finalidad de hacer más eficiente la administración de poblaciones y presidios. Su viaje comenzó el 21 de noviembre de 1724 y terminó el 21 de junio de 1728, visitando Nuevo México entre 1726 y 1727. Adicional al interés principal del viaje Rivera legó una serie de descripciones de los lugares y las personas, consignado en su *Diario y derrotero de lo caminado, visto, y observado...* (Rivera, 1736). Para este apartado se consultó la edición original de 1737 de la John Carter Brown Library albergada y disponible en Archive.org., el viaje de Rivera en cuanto a su amplitud y descripciones es solo comparable con el viaje de Nicolás Lafora 50 años después. El Diario es muy amplio, pero el aporte de Rivera para el presente caso de estudio se puede separar en dos. El primero es la descripción que hace de Paso del Norte, sus pueblos inmediatos y el paisaje circundante, que incluye una de las pocas menciones que hay acerca de que el río del norte también se cruzaba por canoa. El segundo es la serie de encuentros y diálogos que tiene con los indios Sumas; en ellos se repite la estrategia de pedir asiento y decir que ese grupo Suma en particular no es el que comete asaltos, Rivera busca asentarlos en la banda norte del río frente al Paso del Norte y en las inmediaciones de Janos, en su regreso el brigadier encuentra que los Sumas se mantienen en movimiento y el asunto lo da por cerrado al ordenar que se les asigne tierras.

En mayo de 1726 Rivera llega a las primeras poblaciones de Nuevo México en lo que hoy es Villa Ahumada, llamada Ojo Caliente. Este poblado será el antecesor del presidio de El Carrizal, paraje que era ocupado por los Sumas, es decir el presidio del Carrizal fue originalmente una población Sumas, como Paso del Norte lo fue de los Mansos:

“Una pequeña población de Españoles y Mestizos, primera de la Nueva México, que consiste solo en cuatro ranchos de labor donde se siembra Trigo y Maíz, que llaman el Ojo Caliente, donde hice Noche. Este día por la tarde, con la noticia de haber llegado yo a ese paraje, se aparecieron en él flete indios de la Nación Suma, que asisten en un paraje que se llama el Carriza, y entre ellos un Cacique de autoridad manifestaronme en aquellos términos de que son capaces darle obediencia a S. M. respecto a hallarse sublevados les exhorto a la quietud y tranquilidad que debía observare disuadiéndoles del error en que estaban impresionados, para que se redujesen a vivir en política habiéndoles agasajado con pan, carne, y tabaco, al parecer se fueron gustosos. (Rivera, 1736, p. f610-611).

Entonces, el primer contacto con los Sumas es en Ojo Caliente al que llegó un grupo de Sumas. Rivera tiene una visión un tanto protocolaria y hasta con cierto dejo de inocencia; siguiendo su relato, él considera haber convencido a los Sumas de que se redujeran (congregaran en una población permanente) tan solo con la fuerza de sus palabras y el amor a su Rey, aunque parece más bien que este grupo particular de Sumas habrían tenido conocimiento de un viajero con autoridad y se habrían acercado a él por los “agasajos” de pan, carne y tabaco, seguramente habrían escuchado los exhortos de Rivera con gran atención y los olvidarían en cuanto el brigadier siguió su camino.

Pedro de Rivera continua su camino atravesando las dunas de arena -Samalayuca-, mencionando nombres de parajes y elementos del paisaje como las Laguna de Patos o las sierras como la de Las Rancherías, La Candelaria y “una Sierra que llaman del Paso” que correspondería a lo que hoy es la Sierra de Juárez, para llegar después al presidio:

“encontrando con el presidio de Nuestra Señora de Guadalupe del Pilar y San José de Paso del Río del Norte que se halla situado a la banda del sur de dicho Río, y contiguo a él, [con] una moderada población de Españoles, Mestizos y Mulatos, con un Pueblo separado en dos cuarteles y habitado de las dos Naciones de indios Mansos y Piros administrados por Religiosos de San Francisco. Por la banda del este de esta población, están situados en la [distancia] de cuatro leguas los pueblos del Socorro, la Ysleta, Senecú, y San Lorenzo, pequeña población de habitantes, como los del Paso; *por cuyo rumbo hay una vega espaciosa de labores*, donde se siembra trigo, maíz, frijoles, y todo género de hortalizas con cantidad Viñas, que prodúceme frutó superior al de Parras, aumentando la natural fecundidad de la tierra las considerables acequias de agua que les ministra el citado Río del Norte, sin necesidad de atender al temporal” (Rivera, 1736, p. f684).

Destaca la composición multiétnica de la población: españoles, mulatos, mestizos e indios. Dice que el presidio está dividido en dos cuarteles; a 34 años del regreso de los exiliados de la revuelta de los Indios Pueblo los Piros son uno de los dos grupos más numerosos de El Paso, siendo ya una población floreciente que mantiene una comunicación continua por las huertas que conectan los distintos poblados. La descripción es bastante precisa; de la Misión de Guadalupe a Socorro hay unos 20 kilómetros (4 leguas), lo que implica que cada una de las 4 poblaciones que menciona están a más o menos una legua de distancia, que sumadas a la cantidad de “espaciosas labores” podemos seguir pensando en aquel “continuo de casas” que da la traza urbana tan particular de Paso del Norte. La mención a la falta de dependencia de las lluvias de temporal no es tema menor, en un ambiente que en general es desfavorable para la agricultura, tener riego artificial es un bien de primera importancia, lo que permitió el desarrollo de la producción de vino.

Tras nueve días en el presidio Rivera dice que: “El día veinte de Mayo hice la salida del presidio del, en demanda de la Villa de Santa Fe y habiendo pasado el expresado Río del Norte en Canoa, en que se consumió la mitad del día” (Rivera, 1736, p. f684). El paso por el río del norte podría hacerse en distintos momentos del año, pero dependiendo de la época se hacía por un puente temporal y las isletas que se formaban en algún lugar hacia el norte de la Misión de Guadalupe; pero cuando era tiempo de crecidas se hacía por canoa; el lugar más adecuado para un paso por canoa sería en donde el río es menos extenso y más profundo, la parte más cercana a la Misión con estas características es frente lo que actualmente es el estadio Sun Bowl.

Después de su viaje por las poblaciones de río arriba, Pedro de Rivera regresa a Paso del Norte el 24 de agosto; es abordado por otro grupo de Sumas “enemigos”, siguiendo la política de intentar acercarlos e invitarlos a vivir en “policía”, Rivera dice:

“Luego que llegue al citado Presidio del Paso vinieron algunos indios de la Nación Suma, y enemigo que ejecutaban muchas hostilidades en aquella tierra y con mucho rendimiento pidieron, querían entregarle de Paz y por qué estaban ya fatigados de la guerra que experimentaban de aquellas armas. Y deseando yo su quietud y la de aquellos contornos se les otorgo el seguro que pedía y les amonesté se poblasen para que viviesen en vida política, y se les daría bastimentos, ínterin que los cogiesen, en la tierra que se les señalase para sus siembras, y aperos para su cultivo, lo cual abrazaron gustosos, poblándose en el Real de San Lorenzo algunos, en el paraje de Guadalupe otros, y una parte en el Carrizal quedando solo un resto de setenta Familias que no quisieron abrazar el partido, con cuya disposición se les quitó a aquellos contornos crecido número de enemigos que los hostilizaban” (Rivera, 1736, p. 818).

Lo que intentó Rivera parecería una buena idea, siguiendo su formación militar busca una estrategia que si no soluciona el problema por lo menos la aminora; separa las fuerzas de una potencial unidad de gente hostil, a unos los manda con otros Sumas a San Lorenzo, a otros a la vigilancia directa del presidio y unos más al Carrizal en donde habría asentado a otro grupo de Sumas, facilitando su proceso de asimilación, al mismo tiempo reduce el número de “enemigos” y aumenta el de aliados. Sin embargo, Rivera no tomó en cuenta la experticia local y del mismo modo que en el caso de Benito Crespo; las autoridades locales habrían visto el destino fallido de la obra.

Los Sumas aparecen en ocasiones como indios pacificados, en otras como enemigos, algunas más como aliados e incluso el mismo grupo puede tener cualquiera de esas condiciones de acuerdo con el tiempo y el lugar, cambiando constantemente de condición a otra. Rivera continuó su viaje, seguramente confiado de su mordaz estrategia, regresando a Janos el 10 de febrero de 1727, ahí encuentra que:

“Cuando arribe segunda vez al Presidio de Janos, encontré en él las setenta familias de indios de la Nación Sumas que queda prevenido, no quisieron poblasen en el Presidio del Paso y habiéndome aplicado con la mayor atención a fin de que dichos indios se redujesen a vida política y se retirasen de la infeliz [vida] en que andaban; se consiguió el fin que se pretendía; facilitándoles su quietud, congregarla al pueblo inmediato de los indios Janos: por cuyo medio se libertó la tierra, de los enemigos de aquella Nación que la hostilizaban” (Rivera, 1736, p. f1519).

Aunque Rivera piensa haber librado de la “amenaza” Suma, la información posterior no muestra que los Sumas no se quedaron en Janos (Griffen, 1988), ni en la Misión de Guadalupe, parece que más bien los Sumas aprovecharon la visita del Brigadier para seguir desarrollando su forma de vida (Figura 25).

La movilidad de los indios Sumas, puede ser un indicio de cómo estos grupos indígenas nunca pierden totalmente su capital intelectual de modos de vida y lo usan dependiendo de las circunstancias; pueden vivir en conjunto con otros grupos, pueden vivir solos, pueden ser sedentarios, nómadas, semi nómadas, vivir en misiones, en presidios, en rancherías solas, entre muchas otras posibilidades, de una manera muy similar al estilo de vida de los N’dee.

Mientras que Rivera representa una visión externa de lo que ocurre en Paso del Norte, entre 1737 y 1748 hay tres expedientes contenidos en el AFRA que pueden dar un panorama desde el interior: *Expediente relativo a las acusaciones de que Alonso Rubín de Celis y Enrique de Michelena* (González Maqueda, 1737), la *Carta de fray Juan Miguel Menchero* (Menchero, 1746) y *Sobre*

certificación de la administración religiosa en la Misión del Paso del Río del Norte (Guzmán, 1747). En general contienen una activa discusión entre autoridades civiles/militares con los religiosos, en particular por los excesos en la explotación de la mano de obra indígena

En el caso de Fray Manuel González apremia al Capitán Rubín de Celis para disminuir la carga de trabajo y que se pague por el mismo a los indígenas que ya están diezmados por una epidemia de viruela⁵⁷. El padre y cartógrafo Manuel Menchero va más allá y acusa que los maltratos son los causantes de los alzamientos indígenas. En el tercer caso, el custodio solicita los testimonios de las autoridades civiles para legitimar la relación de méritos de cada uno de los padres de su jurisdicción, siendo este el ejemplo de un juego entre conflicto-negociación que tienen las distintas autoridades en Paso del Norte.



Figura 25. Artist José Cisneros's conception of Inspector Pedro de Rivera presenting his credentials. En Naylor 2021.

⁵⁷ Susan Deeds (2010, p. 16) presenta una tabla con la cronología del registro de epidemias en el septentrión, cercano al periodo mencionado señala epidemias de viruela en 1718, sarampión entre 1728 y 1729, "peste" entre 1738 y 1739, sarampión y posiblemente tifus en 1748.

Un año después de la visita de Pedro de Rivera, Fray Manuel González Maqueda dice que reconvino al capitán del presidio de Paso del Norte Don Alonso Vitores Rubín de Celis para que atendiera los acuerdos de no maltratar a los indios, además de advertirle que pague por los servicios que estos prestan a personas en particular y al presidio: "Visto y amonestado con el más suave modo y religioso estilo a Don Alonso Vitores Rubin de Zelis capitán y alcalde mayor de dicha jurisdicción, sobre el particular del servicio de los indios, su buen tratamiento paga de sus jornales y libertad que deben gozar, cómo y en forma y por leyes de nueva recopilación justamente le previene recurso hecho de dicho capitán y alcalde mayor"(González Maqueda, 1737, p. f4v), más adelante dice que el capitán obligó a los indios a acarrear agua para el uso del presidio y moler maíz. La situación se agrava en función de que: "lo dicho se ha ofrecido hallándose los pueblos infectados de viruelas, en especial el de zenecu, era más que lastimosa comparación" (González Maqueda, 1737, p. f5). Entonces, los indios estaban ya complicados atendiendo enfermos, encima Rubín de Celis les pedía hacer cosas, parecía una carga excesiva. Fray Manuel González dice que Rubín de Celis acepta el apremio y que le aseguró que se corregirán las condiciones señaladas, pero si tomamos en cuenta que las quejas continuaron por varios años más, parece ser que el capitán solo era complaciente en el discurso.

De acuerdo con la Carta de fray Juan Miguel Menchero sobre el ataque de indios infieles, parece que la situación de conflictos es en toda la jurisdicción de Paso del Norte (Menchero, 1746), pero hay dos factores a considerar; primero, no se hace un recuento formal de los ataques, cuando hay alguna referencia es más bien de asaltos a ranchos alejados o bien muertes entre los propios indígenas y no al espacio físico de la ciudad. En segundo lugar, Menchero afirma que son los maltratos de los civiles y militares a los indios los que han provocado el malestar que se refleja en los levantamientos. Pero si estos ataques son en realidad puntuales y están muy lejos de los grandes alzamientos como el de 1680 o de menor alcance, pero igualmente importantes como el de 1683, incluso por debajo de aquellos levantamientos poco violentos como el de 1711, cabría pensar que; por el poco entendimiento de la dinámica local, se utiliza el peligro real e imaginado de los ataques de indios enemigos para convencer a las autoridades centrales de los argumentos de cada facción.

El último caso es un poco contra factual, fray Francisco Guzmán (1747) hace una relatoría de los méritos de los distintos encargados de las Misiones de Paso del Norte, en ella se destaca el celo y dedicación de cada religioso. Llama la atención que quienes avalan los dichos de Guzmán son El Capitán del Presidio de Paso del Norte Pedro Joaquín Díaz Seañez, así como los alcaldes y sargentos de cada poblado. Es decir que, a pesar de las diferencias, los misioneros requieren de la testificación de las autoridades para avalar su actuación antes sus superiores. Como un último detalle a destacar es que en este expediente se menciona que el custodio de la Misión de Guadalupe atiende las poblaciones de “El Carrizal y Ojo Caliente a unas 8 leguas de esta misión” (Guzmán, 1747, p. f3).; entendiéndose que hacia 1747 ambas poblaciones ya existen, recordando que Pedro Rivera en 1725-1726 hablaba de Ojo Caliente como poblado, pero que el paraje de EL Carrizal era ocupado por Sumas. Entonces El Carrizal habría sido empezado a poblarse en este periodo por gente desde Paso del Norte o bien, los Sumas se pudieron haber asentado definitivamente en El Carrizal y ser el núcleo poblacional de lo que después será el Presidio de El Carrizal, el cual sería fundado en 1759 de acuerdo con Nicolás Lafora (Lafora, 1800, p. 27).

La reflexión a la que nos llevan estos tres casos es que; el celo clerical por mantener alejado a los indígenas de los “vicios” de la vida española es parte de las llamadas utopías indianas, en el caso de los franciscanos, se relacionaba con la visión milenarista de Joaquín de Fiore, en donde la salvación del mundo estaba en parte a función de mantener la bondad de los naturales intacta, continuidad natural del “buen salvaje”. Si bien, es indudable que este pensamiento pesaba al momento de evaluar las condiciones y “proteger” a los indios, también es claro que en lugares como Paso del Norte los religiosos también cuidan sus propios intereses mundanos. Requerían mano de obra que permitiera el funcionamiento de las unidades productoras/administrativas que significaban las misiones, si esa mano obra -proveniente desde luego de los indígenas- era acaparada o sobreexplotada por los civiles y militares, no sería posible solventar las funciones indispensables de la Misión.

Entonces las dos instituciones principales de frontera; La Misión y El Presidio, son al mismo tiempo competencia y complemento, como bien la ha apuntado Moorhead (1991). En Paso del Norte entre 1737 y 1748 hubo reproches recíprocos por el uso de la mano de obra indígena, llamados de atención y condenas. Por el otro lado, hay una interdependencia pues los religiosos

requieren de las autoridades civiles para legitimar su actuación, como en el caso de Nicolás Guzmán (1747) y para protegerlos de posibles alzamientos y ataques, como los de los 1680, 1683 (González de la Vara, 1992; Schafer & McMichael, 2015; Valverde, 1711). Las autoridades civiles también requieren la presencia franciscana pues no solo legitima moralmente su presencia, sino que son un intermediario ideal con los indígenas y factor de cohesión en la sociedad paseña, es probable que por estas razones la elite civil asuma los “regaños” de los sacerdotes con cierta docilidad, como el caso de Alonso Rubín de Celis (González Maqueda, 1737). De este modo, hacia el exterior hay una constante discusión, pero hacia el interior parecen llevar una convivencia equilibrada, seguramente llegando a acuerdo no consignados en el papel, esto se asume pues a pesar de las muchas discusiones en ningún momento trasciende los cauces institucionales.

Breve nota acerca de los Sumas

Los Sumas son uno de los dos grupos principales viviendo en el área de Paso del Norte a la llegada de los novohispanos. Son de origen prehispánico con una forma de vida principalmente trashumante, el territorio que ocupan va más allá de Casas Grandes al suroeste, la frontera entre Chihuahua y Sonora al oeste, Jornada del Muerto al norte y el Porvenir al oeste, no es claro si su origen es la cultura Jornada Mogollón, pero si ocupan un espacio similar, aunque un poco mayor al de los Mansos protohistóricos. Parece que viven con los Manso de manera simbiótica en un territorio compartido, pero con una forma de vida más similar a la de los N’dee, en particular tienen buena relación con los Janos, Jocomes, Gileños, Faraones y Mezcaleros, esa forma de vida la mantienen en parte durante el período virreinal. Forbes (1959), afirma que son grupos Atabascanos, pero la evidencia no es contundente. De manera preliminar y con base en los documentos revisados, parece posible pensar que los Sumas son un grupo de origen Atapascano que compartió su lugar de vida con los Jornada Mogollón sedentarios, no tienen la misma lengua (se requiere traductores en los casos jurídicos) pero conocen recíprocamente los idiomas de los Mansos, no sabemos si tenían esa misma reciprocidad con los distintos N’dee, pero es plausible pensar que sí. Sin embargo, no es posible afirmar como dice Forbes que todos sean un mismo grupo lingüístico, es más probable que cada uno -Mansos, Sumas y grupos N’dee- tengan sus propias

trayectorias históricas e identidades lingüísticas y que confluyeron en Paso del Norte durante el período virreinal.

Parece que los Sumas no terminan de abandonar su propia forma de organización social. En las fuentes se mencionan muchas veces a los Sumas como un conglomerado de familias que se unen y dispersan de manera constante, tal y como lo hacen los N'dee. Entonces su organización puede haber sido por familias o grupos de familias -clanes o tribus- a manera de banda, con un jefe por cada unidad, pero sin estructuras jerárquicas visibles (similar a la descripción que hace Cordero de los Apaches). Tenemos evidencia acerca de que grupos de familias Sumas se asentaron y vivieron de manera permanente en el Real de San Lorenzo de los Sumas, dependiendo de la vida agrícola alrededor de la misión.

Por otro lado, distintos grupos de familias Sumas se asentaron y dispersaron constantemente, algunos poblados que fueron abandonados por los Sumas: son San Francisco de la Toma de los Sumas, Santa María de Caldas, Palo Clabado y algunas poblaciones cercanas a Janos, El Carrizal y Casas Grandes. Esto puede responder a una estrategia en su forma de vida, en la cual la conceptualización de territorio es distinta a la occidental. Parece que para ellos el territorio antes señalado es su lugar de vida, se mueven por ella en unidades familiares (ocasionalmente se unen varios grupos y forman comunidades de cientos de personas), explotando los recursos propios del nomadismo, asentándose por temporadas multianuales y practicando la agricultura, actividad que dejan para regresar a la caza-recolección, salvo en San Lorenzo y reiniciar el ciclo de nomadismo-sedentarismo/asentamiento-abandono, también puede participar en la vida virreinal como empleados de las haciendas, alternado con robos de ganado.

La primera vez que se plantea claramente este sistema de vida es con Benito Crespo en 1725, a quien le solicitan ser asentados en Palo Clabado, en un paraje perteneciente a Antonio de Valverde, quién advierte a las autoridades que es costumbre de los Sumas solicitar asentamiento, se les da bastimentos y enceres, para que al cabo de una o dos temporadas abandonen el poblado, lo cual parece que ocurrió en Palo Clabado y en las misiones Sumas anteriores. El mismo *modus operandi* lo repiten con Pedro de Rivera en 1736 y seguramente en otros momentos posteriores. Lo que nos muestra que, al no compartir la idea de territorialización imperial, los Sumas mantienen su forma de vida como un proceso de resiliencia ante el mundo español. Lo que los novohispanos

ven como un abuso: tomar enceres y herramientas para vivir solo unas temporadas y robar ganado, es en realidad una forma de vida ancestral. Si el sur de Nuevo México y norte de Nueva Vizcaya era el lugar de vida de los Sumas, estos verían normal moverse a través de él, ante una baja en la cantidad de recursos disponibles ya sea por escasos o por crecimiento de su población, acudirían a las poblaciones sedentarias, haciendo uso de la estructura jurídica hispana (solicitar tierras) para solventar sus necesidades y luego seguirían su forma de vida. Al no compartir una estructura de valores morales, lo que para los españoles es robo de ganado para los Sumas (como para los N'dee), no sería sino una forma distinta de caza y recolección.

Los Sumas no solo fueron enemigos o sujetos por pacificar, en varios momentos fueron valiosos aliados. En una serie de documentos acerca del poblamiento del Carrizal localizados en el AHMCJ, se menciona que en 1758 Joseph Luzero transportaba de Paso del Norte a San Phelipe del Real una caballada y al sacerdote Fray Juan Saens de Lesaum, para ayudar al poblamiento del Carrizal, pero se detienen porque hubo un ataque de “enemigos que insultaron el 16 o 17 del pasado en el paraje del Torreón [...] y el de Ojo Caliente, en la mulada del cordón de este vecindario robándose ciento y tantas bestias” (Luzero, 1758, p. F83). Luzero persigue a un grupo apache, toma algunos prisioneros más no recupera a los animales, por después llega al presidio de Paso del Norte una “Apacha de paz asiendo la preposición de que, si se le restituía su gente volverían toda la mulada que la tenían en ser, respondiéndosele que sí, y habiendo quedado en que para después de la llena de la presente luna” (Luzero, 1758, p. F83). Los apaches cumplen la palabra empeñada y se da la restitución de lo robado, aunque parece que no fueron el mismo grupo el que entregó y el que atacó, pero resalta el papel de la mujer como intermediaria tal y como lo ha señalado ampliamente Juliana Barr (Barr, 2007).

Como parte de este evento de robo-restitución, Luzero dice que

“Habiendo hecho cortar rastro a los indios sumas que me acompañan, encontraron a una indezuela de 7 u 8 años que absolutamente no sabe hablar el castellano, ni hay quien la entienda su idioma y solamente por señas se viene en conocimiento ser de los indios a quienes dieron muerte en el citado paraje del torreón los enemigos entre los cuales según el modo de explicarse perecieron sus padres, trajela hasta acá, por no a ver en el citado paraje comodidad ni sirvientes con quien volverla” (Luzero, 1758, p. F84).

Los Sumas, son aliados y “exploradores”, o miembros de la tropa, es decir son parte integral del combate contra los apaches. La alianza establecida con los Sumas puede explicar algunas de las

aparentes “concesiones” hacia este grupo pues su presencia y apoyo ayudaban a la continuidad de los poblados españoles. Cabe recordar que los Sumas tienen una forma de vida muy similar a la de los N’dee, incluso es posible que tengan un origen común, el uso de tropas auxiliares que conocieran las estrategias de los enemigos es una lección que usara muchos años después el ejército estadounidense en sus campañas contra los nativos americanos. También la cita no permite confirmar el argumento de Reséndez al respecto de que los mismos apaches participan del circuito comercial de la venta de esclavos, en este caso tienen una niña de una región tan lejana que nadie entiende el idioma.

Parece que debido a estos ataques los novohispanos se ven obligados a que se manden escuadras a resguardar el traslado de caballos desde Durango a El Carrizal (Luzero, 1758, p. F91). Después llegan otros indios “Apache Chaparotes” con algunas mulas que les habían quitado a los (Apaches) asaltantes de Ojo Caliente y con un cautivo mestizo que había sido secuestrado de la Hacienda de San Joseph (en San Buenaventura), a estos Chaparotes los “agasajan” en el presidio e intercambian las mulas y el cautivo por enceres y armas. Lo que se nota aquí es que hay una serie de divisiones y luchas complejas, los apaches son “enemigos” pero no todos, los mismos que atacan en un lado pueden ser aliados ocasionales en otro lugar, luego los apaches robando a otros apaches que habían robado a los españoles, pero diferentes a los indios que habían sido secuestrados por los apaches asaltantes. Desmenuzar la trama de esta muy compleja relación está fuera del alcance este trabajo, pero permite apuntar que también los grupos N’dee son heterogéneos y toman partido si las condiciones les son favorables, tal y como lo hacen los Sumas (Luzero, 1758, p. F93). Es decir, los N’dee y los Sumas comparten estrategias, lo que lleva a suponer que pueden tener un origen común.

Los Sumas también usarían la dispersión/agregación como parte de su forma de vida, lo cual no impedirá que en se integren a sociedades sedentarias como la Paso del Norte. La relación simbiótica que habrían tenido con los Mansos seguiría durante el período virreinal. Del mismo modo que los N’dee, los Sumas serán un agente externo principal para el urbanismo de Paso del Norte, ya sea por los intentos de integrarlos (y en ese intento extender más la urbanización sin perder contacto en un “continuo de casas”) o bien por temor real o imaginado a los ataques de su parte. Los grupos Sumas que se mimetizaron a la sociedad paseña terminarían asimilando el

urbanismo de Paso del Norte, los grupos que se mantuvieron nómadas, irían perdiendo poco a poco el área de acción y se integrarían a alguna de las poblaciones permanentes de la región. De este modo, los Sumas integrarían su propia identidad a la de Mansos, Piros, Janos y Tiguas, para dar paso a un estrato indígena en lo que hoy es Juárez-El Paso (Figura 26).

El caso del maltrato a los niños Apaches en 1756 como ventana a la moral paseña.

La historia tradicional ha centrado su interés en la vida y pensamiento de grandes personajes para explicar el devenir histórico. En este trabajo no se pretende negar la importancia de la agencia individual de las personas, pero se visualiza a esos “grandes personajes” más bien como el reflejo de un urbanismo único y dinámico. Así es como se conceptualiza el actuar de los capitanes del presidio, personajes centrales sin duda alguna, pero que al verlos en retrospectiva y en su conjunto,



Figura 26. Description of the Kingdom and Province of New México Alvarez Barreiro 1727 en Naylor 2021.

muestran maneras muy diversas de afrontar los sucesos en Paso del Norte. A contrapelo del relato mistificador de los grandes hombres, se propone que los capitanes pueden ser una muestra de la heterogeneidad en la sociedad paseña, de los múltiples intereses y trayectoria en un urbanismo peculiar.

Como ejemplo de lo anterior ya se planteó que el actuar de Antonio Valverde y Cossío, junto con su sargento Mateo de la Peña, son un aliciente para que la ciudad crezca dispersa en la ribera del río del Norte, pues será en sus haciendas que se instalan nuevas misiones, Valverde en el infructuoso Palo Clavado, de la Peña en El Carrizal y los herederos de Tiburcio Ortega en San Elizario. El comportamiento es similar a los grandes especuladores modernos que, amparados por el gobierno en turno, extienden la mancha urbana sin control aparente. Esta es una manera de atender el urbanismo, pero otra forma muy distinta de injerir en la vida urbana de Paso del norte, casi opuesta, es la que vemos en el actuar de Antonio de San Juan, con una rigurosidad pétrea en el ejercicio de su función, inflexibilidad que parece tener su origen en celo para el cumplimiento de su deber. No es un juicio moral sobre quien es mejor o peor, son formas distintas de responder desde una posición de poder a las condiciones que histórico-situacionales que se presentan. En algún punto intermedio, más cercano a una u otra actitud, se ubicarán el resto de los capitanes.

La mitad del siglo XVIII en Paso del Norte está fuertemente marcada por la personalidad de Manuel Antonio San Juan, en el periodo de su administración se encuentra ubicado el presente caso y los siguientes tres, todos contenidos en el AHMCJ. San Juan debió de ocupar el puesto de Capitán en algún momento de 1753 y lo mantendría hasta su muerte en 1764. Al no haber un documento compilatorio, la ubicación de los nombres y fechas de los distintos capitanes de Paso del Norte ha sido una labor detectivesca, San Juan no es la excepción (véase Tabla 1).

En el *Testimonio de fray Manuel de Nájera sobre los misioneros que se hallan en la Custodia de Nuevo México* (Nájera, 1752) se enlista los nombres de los encargados de las misiones, aunque no hay mención ni referencia directa a los indígenas en este expediente, si menciona claramente que en 1752 José de la Sierra ocupa el cargo de Capitán del Presidio de Paso del Norte debido a la muerte el año anterior del antiguo encargado Antonio Tagle Bustamante (Nájera, 1752, p. f1). Antes de eso, tampoco sabemos en qué momento Pedro Joaquín de Seañez -referido como capitán de Paso del Norte por Francisco Guzmán en 1747- deja el cargo de Capitán, pero si sabemos que

ya no lo es en 1751. Tampoco hay información precisa del momento en que José de la Sierra le sede su lugar al siguiente Capitán; Don Antonio San Juan, pero este último ya está en funciones por lo menos desde 1756. Por la tardanza del sistema jurídico virreinal es posible suponer que José de la Sierra habría dejado su cargo hacia 1753, pues regularmente solo se dejaba al capitán interino hasta la asignación y llegada de uno nuevo, por lo tanto, Antonio San Juan debió de haber ocupado el cargo desde 1753 y hasta 1764. La última mención en expedientes de San Juan es 1762, pero James Daniel afirma que Pedro Joseph de la Fuente toma posesión del cargo de Capitán en 1764 tras la muerte de San Juan (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 260). De este modo, la sucesión de capitanes sería la siguiente: Pedro Joaquín Díaz Seañez 1747 - ¿1751?, Antonio Tagle Bustamante ¿1751? -1752, José de la Sierra 1752, Manuel Antonio San Juan 1752 - 1764, Joseph de la Fuente 1764 - 1766.

El caso de maltrato a indios Apaches está contenido en el expediente *Diligencia que causa seguidas de oficio por demanda hecha a la real justicia* (San Juan, 1756b). En resumen, narra que Joseph Gamio de la Fuente un español vecindado en Paso del Norte, golpeo despiadadamente a dos niños apaches que había comprado en Nuevo México. Antonio San Juan lo apresa y lleva a cabo las diligencias con vecinos y soldados que participaron en la detención. El caso termina con Gamio de la Fuente siendo hallado culpable de exceso en el maltrato a los apaches, obligado a pagar las diligencias y gastos médicos, además de ser advertido de que en caso de continuar con esa práctica sería nuevamente apresado. Durante las diligencias Antonio San Juan recibe la noticia por parte de los propios vecinos, alarmados por los gritos, de que Gamio tenía dos días encerrado borracho en su casa, que habría estado golpeado y azotando a dos indios apaches de 8 a 9 años, uno cristiano de nombre José Antonio. Se manda al sargento del presidio y tres soldados, quienes entran a la casa señalada, bajan de un tronco en el que tenía colgados son tocar el piso a los dos niños y toman preso a Gamio. Dice San Juan que “y siendo tan de mi la obligación el celar y vigilar que tal acervo y atroces castigos no se ejecuten para los vasallos del rey, en sus criados, y especialmente en los de la naturaleza” (San Juan, 1756b, p. f245). Tras rescatar a los niños se inician diligencias contra Gamio, quién se mantiene preso durante el proceso.

Uno de los niños tiene que ser llevado cargando con un vecino que lo cura (viene la relación de gastos), estaba inmóvil de medio cuerpo con hombros dislocados y golpes atroces, Gamio

intenta exculparse diciendo que fueron ellos mismos quienes se infringieron los daños. Gamio es hallado culpable y obligado a pagar 157 pesos por las curaciones y diligencias, que debía ser una suma importante pues el acusado dice que lo “arruinara”⁵⁸. Se le advierte que no la siguiera maltratando a sus esclavos o la pena sería mucho mayor. Los niños esclavos le son regresados una vez curados, parece que el capital y la propiedad privada es más fuerte que la moral, y se le apremia a que vecinos y autoridades estarán atentos a su comportamiento.

Gamio se queja de que lo mantengan preso, pues considera que, al ser los esclavos de su propiedad, no habría incurrido en una falta que ameritará la cárcel, pero San Juan es inflexible, repitiendo en varias ocasiones lo inaceptable de tal comportamiento. Dizán Vázquez dice que “Hay que reconocer que al menos en la esfera legal, a los indios se les trató de proteger de muchas maneras. En primer lugar, ya en el siglo XVII no eran sujetos a esclavitud, a no ser en algún caso aislado en que la esclavitud se le aplicó como castigo a indios que habían sido bautizados pero que luego se habían vuelto al paganismo y se habían levantado en armas” (Vázquez, 2004, p. 41). Aunque este no es el espacio apropiado para discutir acerca del esclavismo en el Septentrión, el trabajo de Andrés Reséndez en *La Otra Esclavitud* (Reséndez, 2019), muestra como la esclavitud era una práctica común y una de las pocas fuentes de ingreso en el Norte lejano (a falta de minería), más bien la confianza ciega en las fuentes históricas y la composición acrítica de la historiografía han llevado a no poder observar un tema tan profundo como la esclavitud indígena, sin duda parte del proceso de negación del pasado indígena, un pasado en donde el maltrato y la esclavitud fueron reales.

Si bien es cierto que existía un marco legal que señalaba que no debía de existir esclavitud y que los indígenas no tenían que ser maltratados, parece que ambas condiciones eran comunes en el Septentrión, en particular contra los “enemigos apaches”. Autores como Sara Ortelli (2007) y de la Torre Curiel (Curiel & González, 2020) muestran que realizar “entradas” o “partidas de castigo” contra los apaches y otros grupos no sujetos al imperio, eran más bien un sistema de obtención de esclavos, un pretexto ideológico para justificar un mercado floreciente. El caso del maltrato a los Apaches en Paso del Norte en 1756, pero muy en particular la actuación de Antonio

⁵⁸ Como comparación, Gertrudis una mulata esclava en plenitud fue adquirida por 150 pesos y cuando ella misma estaba “vieja” fue vendida por 50 pesos (San Juan, 1748, 1757).

de San Juan, son un contraejemplo de que la ley y los principios morales si podían ser llevados a la práctica, por supuesto hasta ciertos límites. Lo curioso es que no es un religioso quién lo ejecuta, tampoco hay discursos epopéyicos ni moralizantes que resalten las virtudes superiores de los hispanos, más bien parece haber un sentido muy pragmático de vivir en sociedad, en condiciones únicas, con un entorno físico distinto, en donde la interdependencia de los individuos, sean españoles, mulatos, indígenas o esclavos, esta tan presente que permite que personas como San Juan ejerciten su capacidad de agencia y pongan en práctica los valores morales de un urbanismo único como el de Paso del Norte.

El caso refleja la moral de un sector de la sociedad paseña, que no toleraba el abuso a indígenas, aunque estos fueran esclavos, San Juan muestra una férrea defensa de estos valores, llevando al límite del marco jurídico su actuación, pues en el marco de la legislación novohispana finalmente los apaches eran propiedad de Gamio de la Fuente, más no por ello podía maltratarlos al punto de dislocarles los hombros, tenerlos en inanición, golpearlos y azotarlos hasta que no pudieran estos niños mantenerse. El capitán San Juan mantiene preso a Gamio durante el proceso, cosa que podía no ser necesaria, la reprimenda que le hace al borracho vecino es severa, recordándole que ningún vasallo del Rey puede ser tratado de esa manera. Sin importar que Gamio fuera español, es tratado con severidad, reflejando que los indígenas, aunque en este caso esclavizados, eran una parte de la sociedad paseña y que San Juan no estaba dispuesto a tolerar dicho comportamiento en su jurisdicción. Al comparar la actitud y dichos de Antonio San Juan con otros capitanes ulteriores y posteriores, podemos apreciar un apego a los principios morales imperiales más estricto por parte de San Juan, seguramente no todos los españoles de Paso del Norte compartirían ese apego moral, pero demuestra que existía una concepción de que indígenas y no indígenas eran parte de un mismo urbanismo. Aquí no hay justificaciones que aleguen "peligros de levantamiento", o la asignación de un defensor ad litem, simplemente es la aplicación de los principios contenidos en las instrucciones del Rey en cuanto a la defensa de los indígenas como vasallos de su majestad.

Indio Suma Francisco Pato; la trama de la corrupción presidial en la lucha por la tierra.

Un año después del maltrato de los niños apaches, Antonio de San Juan tuvo que dirimir otro asunto en donde estuvieron involucrados indígenas de Paso del Norte, se trata del complejo caso de Francisco Pato, indio Suma de San Lorenzo quién habría vendido unas tierras a un español. Aquí se pondrá nuevamente a prueba la imparcialidad del capitán, pues en la compra estarían involucradas antiguas autoridades presidiales, tan delicado y enredado es el caso que dejó cerca de 200 fojas de diligencias, testimonios, cartas y notas resguardadas en el AHMCJ con el nombre de *Diligencias emitidas por el señor gobernador en razón de la demanda de una huerta, puesta por los Indios Sumas* (San Juan, 1758). Aquí no solo volvemos a adentrarnos en el sentido moral de una parte de la sociedad paseña, también tenemos el actuar de un “defensor” de los indios, el uso faccioso de posiciones de poder para obtener beneficios económicos, nos introducimos a los pleitos por las tierras (tema principal del siguiente caso), entre otros. La riqueza del expediente nos permite adentrarnos brevemente a la vida cotidiana de Paso del Norte a mediados del siglo XVIII.

El resumen de caso es el siguiente: En 1758 un indio Suma de nombre Francisco Pato es acusado de participar en un “levantamiento” -en realidad un asalto-, sin pruebas es llevado a la cárcel por el teniente de San Lorenzo y Senecú llamado Antonio Varela de origen español. En la cárcel, Pato es atado a grilletes (“en colleras”) y ahí Varela obliga a Pato a que le venda una “casa y huerta” que el indígena tenía en San Lorenzo, a cambio de una yegua, un caballo y un par de enceres (los que nunca pago). Pato firma pensando que eso le ayudaría, pero de cualquier manera es llevado en collera a San Felipe del Real, ahí se queda como sirviente pagando la condena inventada por Varela y mandada por el entonces capitán Alonso Rubín de Celis, quién también avala la compraventa de Varela a Pato, todo esto en 1751. Ese mismo año, Varela le vende la propiedad que era de Pato a Feliz Marquez por 200 pesos, quién parece estar al tanto de la irregularidad, pero aun así hacen recibos y empieza a usufructuar la huerta. En 1756 en una visita del gobernador de Nuevo México Francisco Antonio Marín del Valle es abordado por el Juan de la Cruz cacique Suma y tío de Francisco Pato, ante la petición de revisar el caso, del Valle asigna a quién es en ese momento capitán del presidio Don Manuel Antonio San Juan quien hace las largas diligencias. San Juan llama testigos y vecinos que conocían del asunto, incluso trae de regreso a Pato ya libre de acusaciones. En esos testimonios se aclaran los sucesos, pero para ese tiempo

Antonio Varela ya está muerto, San Juan realiza la sentencia que le es favorable a Pato, obliga a Marquez a restituirle la tierra y pagar los daños provocados. Aunque la mayoría de los testimonios coinciden, el hecho de que fue una venta irregular y que Marquez estaba al tanto, la palabra escrita de dos autoridades como el capitán del presidio Rubín de Celis y su teniente Antonio Varela debieron ser de mucho peso y es probable que por ello el caso fuera tan extenso, pues San Juan habría querido agotar todas las posibilidades antes de dictar la sentencia, que implicaba un actuar cuando menos irregular y a lo más delictivo por parte de dos importantes autoridades españolas. Al final Marquez alega no tener dinero para pagar, pero se le condena a liquidar paulatinamente.

Son varios los aspectos que se pueden retomar de este caso. Uno de los que más destaca es la decisión de San Juan de desestimar el peso de los testimonios escritos de las autoridades españolas locales, Varela y Rubín de Celis, ya habíamos visto que San Juan antepone el sentido de legalidad. El de actuación más cuestionable sería Varela quien obligaría a vender a Pato, aprovechando su posición de poder al tenerlo preso injustamente, para luego venderle a Marquez. Varela ya está muerto pero los testigos coinciden en que la venta entre Marquez y Varela fue ilegal, en el tiempo de la transacción Varela es Teniente: “en este pueblo de san Lorenzo del Real... ante mi Antonio Varela Theniente y alcalde mayor de este pueblo y del de Zenequ” (San Juan, 1758, p. 199). San Juan tiene que decidir pues al no poder testificar Varela la palabra de este sería su firma diciendo que compro en buena voluntad, en el encabezado del expediente está el “recibo” de Marquez:

“Díselo Antonio Varela vecino del pueblo y Real de San Lorenzo que es verdad que le vendí a Felis Marques huna quinta que era del Suma Pato la cual a gusta compra a dicho Pato con la voluntad y permiso del señor capitán don Alonzo Vitore Rubin de Celis ya el mismo tanto se la paga a toda la satisfacción a dicho Zuma de la nota y testigos y en virtud de ser mía se la vendía a dicho Pheliz quien me la tiene pagada y para su seguro le die este papel para que en cualquier tiempo a conste el deber dado reciba dicho y para conste la firme Antonio Bautista” (San Juan, 1758, p. f1).

Entonces, sería un poco la palabra de un teniente avalado por un capitán de presidio contra los testimonios de vecinos indígenas y no indígenas. La resolución de San Juan es que Varela habría abusado de su posición y la venta es ilegal, que Marquez si sabía que era una venta obligada y por lo tanto había presentado un "recibo" que contenía mentiras. Por ello la condena es que se le restituyan las tierras a Pato y que Marquez pague los gastos correspondientes.

No se pretende generar la idea de que hay hombres honestos y otros corruptos, que eso determina el devenir de los acontecimientos, más bien se ha insistido en que el actuar de personajes como los capitanes, refleja el sentir de los distintos sectores al interior de la sociedad paseña. San Juan representa un sector de la población que privilegia la convivencia y la vida urbana integrada con los indígenas, apegado a un marco normativo, seguramente habría muchos más que comparten ese pensamiento. Por el otro lado, habría quienes están dispuestos a obtener ventajas de su posición o de su condición como novohispanos y que se identificarían más con el actuar de personas como Antonio Varela o Antonio Valverde Cossío. Todos los sectores estarán en un constante proceso de negociación con los indígenas en el desarrollo de la vida cotidiana. Otro ejemplo de lo anterior lo vemos en los “defensores” de los indios, en el caso de la revuelta Manso de 1683, el defensor tuvo un papel más bien honorífico, mientras en el caso de Pato parece actuar con mayor convicción, demostrando una integración orgánica entre sectores ladinos con los indígenas. Es probable que parte de la diferencia en el actuar se deba a que en el primer ejemplo fue un defensor asignado, mientras que Pato eligió quién le ayudase, pero la posibilidad de elegir era ya una condición que no siempre fue aplicada:

“atendiendo arreglado a las cuales disposiciones y como el pobre Indio indefenso cuya representación oída por mi dicho capitán del citado Francisco Pato, le di[e]re solicitase un vecino español [Vicente Rodríguez] capaz de hacerle sus defensas sobre lo que en ella expresan a quien nombre de su protector y que luego que le haya solicitado ocurra [l]a expresas el sujeto para que con él se entiendan todas las diligencias que sea conducentes practicar sobre el particular de sus pretensiones” (San Juan, 1758, p. f199).

La expresión “pobre indio indefenso” tiene un cierto sentido paternalista, parece que la idea del “buen salvaje” no termina de abandonarse.

Otro agente urbano que entra en juego es el padre encargado de la Misión, en los testimonios es el fraile quién hace las veces de testigo de calidad, apoyando la versión de los indígenas:

“Fraile reformado Don Pedro Joachin Diaz... que lo que sabe en el particular es que estando encollerando a los sumas de orden del señor capitán Don Alonzo Vitores Rubin de Zelis, llego Antonio Varela que era actual Teniente del pueblo se San Lorenzo del Real y le dio a Francisco el Pato que si le vendía la huerta que tenía en dicho pueblo a que le respondió Pato que se la quería dejar de limosna a señor San Lorenzo le respondió Varela que como podía dar de limosna la huerta” (San Juan, 1758, p. f204).

Si bien el religioso parece perseguir los intereses de la iglesia, en la resolución nada se toca al respecto. Lo que sí es visible es que los indígenas buscan apoyarse de las distintas facciones al interior de Paso del Norte y del reino en general, pues aprovechan la visita del gobernador de Nuevo México varios años después del suceso, para insistir con la queja, lo que finalmente prospera pues se manda a abrir la diligencia:

“pareció [ante mi] Juan de la Cruz Cacique del pueblo de San Lorenzo de la nación suma pidiendo se le adjudique una viña que posee Feliz Marquez vecino de dicho pueblo que era de Francisco el Pato su sobrino e indio de dicho pueblo que dijo vive en Santa Cruz de... y porque me es preciso el pronto regreso a lo interno de mi gobernación y no podía dar pronta providencia por tanto mando del sargento mayor don Manuel Antonio de San Juan Capitán y Justicia mayor de esta jurisdicción, tenga presente dicha demanda... doy fe. [firma] Francisco Antonio Manuel del Valle” (A. de San Juan, 1758, p. f201-201r).

Esta estrategia de los Sumas la hemos venido notando en casos como los de Benito Crespo, Pedro Rivera, Manuel del Valle y Nicolás Lafora, ahora en un asunto más local, pero siguiendo la idea de aprovechar la presencia de autoridades superiores.

Un tema más es el valor de las tierras y el conflicto por ellas. Ya habíamos visto que la adquisición de buenos terrenos no fue fácil para los novohispanos, incluso desde 1680. La propiedad de Francisco Pato parece tener muy buena ubicación entre Paso del Norte y San Lorenzo, con acceso a la principal fuente de agua para siembra: “por el norte linda dicha tierra con un mezquital y por el sur con un arenal y por el oriente con la [a]sequia madre” (San Juan, 1758, p. f199). El valor lo refleja el precio de reventa

“[le dio a] Varela la cantidad de doscientos pesos en que le vendió la huerta del Indio Suma Pato que el papel consta que también le consta por haberlo oído del mismo Varela y del theniente Don Pedro Joachin Diaz Seanes, que la compra que hizo Varela del Pato se realizó con licencia y permiso del capitán Don Alonzo Ruben de Seliz que a la sazón lo era de este presidio lo que sabe por haber estado este declarante de paso en la oficina donde estaban presos los indios Sumas y el Indio Pato entre ellos y lo oído decir a los expresados tratando Varela con el Pato el pago de la Huerta por la que le ofreció un macho tordillo una yegua y que quedaría apagar un piguiro [sic] que el Pato debía a Sebastián de Terraza” (San Juan, 1758, p. 203).

El testimonio anterior corresponde al Fraile Joaquín Díaz, 200 pesos era una buena cantidad, aunque a Pato se le ofrece “pagarle” mucho menos, incluyendo subsanar una deuda que tenía con otro vecino, ningún pago se le hizo a Francisco Pato. Tras todas estas diligencias la resolución del caso es contundente:

“En presencia de Francisco Pato indio doctriero del pueblo de San Lorenzo... su defensor Francisco Rodríguez del citado indio y Pheliz Marquez vecino de San Fernando de las Amarillas del Carrizal... [digo que] esa casas huerta y tierras expresadas son refrendadas [a] Francisco Pato y Bicente Rodríguez como su defensor, son las mismas que han demandado del dicho Pehliz Marquez en este pleito y por cuya razón con arreglamiento a dicha sentencia no se pudiese demandar ya cosa alguna del citado Pheliz Marquez por ser ya todo en poder de dicho Francisco Pato y su defensor en su nombre, se dan por entregadas de la citada casa [y] huerta” (A. de San Juan, 1758, p. f283r-284).

La cantidad de esfuerzo invertido en este caso por parte de los involucrados son parte de los conflictos y negociaciones que se entablan al interior de Paso del Norte para tener un cierto tipo de sociedad, cada grupo abona su ideal de convivencia, al mismo tiempo da cuenta del valor de las tierras en disputa, tema que se aborda a continuación.

Negociaciones por tierras en Paso del Norte a mediados del siglo XVIII

Uno de los principios teóricos que se plantean para este trabajo es el paradigma indiciario, bajo esta perspectiva es necesario poner interés en los pequeños detalles omitidos por otros posicionamientos. También se propone que el palimpsesto urbano es una sucesión no lineal de capas de comportamiento y materialidad que entran en convivencia en un entorno urbanizado, ahí los grupos hegemónicos y subalternos desarrollan su vida diaria sin reparar en la herencia que legaran a futuras generaciones. La labor del historiador urbano es urdir las pequeñas huellas dejadas de manera voluntaria e involuntaria por parte de esos grupos, para dar sentido a un relato que dé cuenta de esa compleja realidad. Aquí se agrega que en el caso de Paso del Norte virreinal también se dio un proceso de negación del pasado, generando un imaginario en el que los indígenas no participaron en la construcción de dicha urbanidad.

Los siguientes cuatro casos son ejemplo de esas pequeñas huellas dejadas por un estrato indígena que si existió y fue esencial en la conformación de la urbanidad paseña. En medio de un mar de datos inconexos de compras, ventas, cesiones, dotaciones y herencias de tierras, se hacen menciones involuntarias de una presencia indígena negada por la historiografía tradicional. A lo largo de los expedientes del AHMCJ se consignan una gran cantidad de transacciones, en muy pocos casos están involucrados los indígenas, salvo que tenga alguna implicación judicial (como el caso de “Francisco el Pato”), o que en la operación este inmiscuido un español o mestizo, es decir no hay un solo caso en el que se consigne una transacción entre indígenas. Esto puede explicarse

por el hecho de que los indígenas mantienen una estructura jurídico-administrativa paralela a la burocratización imperial, los pueblos originarios habrían mantenido usos y costumbres en temas como la posesión de la tierra: compra, venta, enajenación, herencia, usufructo, asignación, entre otras. Esto quiere decir que las operaciones entre indígenas se habrían hecho bajo el valor de la palabra. Por ejemplo, los Sumas no presentan registro escrito de que el terreno que El Pato vendió era de goce exclusivo de la comunidad de San Lorenzo, sin embargo, Antonio San Juan da por válido la palabra de los “principales” Sumas en lugar de un escrito, mostrando la convivencia de estos dos sistemas jurídicos distintos.

Entonces, aunque tuvieran un sistema de registro escrito, no quiere decir que los indígenas no existieran o no tuvieran tierras y que tuvieran transacciones sobre ellas. Nuevamente esto es un problema del origen de las fuentes, estas son de y para los no indígenas, por ello casi no los vemos en los expedientes. Casi no significan que no estén en fuentes de corte administrativo-judicial como las del AHMCJ. En distintos momentos se menciona de manera tangencial a los indígenas, frases como “la dicha tierra limita al oeste con el terreno de los Piros”, o “de [nombre] el Piro, o el Manso, o el indio”, “en tierras que eran de los Mansos”, “el terreno que le llaman de los indios”, “junto a la parcela de”, “limita con la acequia de los indios”, “en el camino de los indios”, etcétera. Estas frases aparecen de manera dispersa pero constante en los expedientes revisados, hacer una lista exhaustiva, entender la distribución o el tránsito histórico en la posesión de la tierra por parte de indígenas en Paso del Norte es un tema que trasciende el presente trabajo, pero que sin duda es un derrotero por seguir.

Los casos elegidos para ejemplificar el punto anterior son resguardados en el AHMCJ. El primero es el *Registro y posesión de tierras pertenecientes a Juan Joseph Antonio Garcia* (Antonio Garcia, 1757), en donde se menciona un terreno que perteneció a los Piros. El segundo es la *Pedimentos de tierras María Apodaca* (Apodaca, 1759) que se recrea el proceso de petición y toma de posesión de tierras, en especial resalta el hecho de alegar que se encontraban “vacías” y que las pide para solucionar su pobreza, aunque su marido ya era poseedor de las tierras contiguas. El tercero es la *Publicación de una real cedula que se lee en público en las distintas jurisdicciones de Nuevo México* (Alderete, 1757) que muestra lo que se consideraba la jurisdicción y alcance de Paso del Norte. El cuarto es el *Caso de una india “dozal” que llevo fugada de Chihuahua* (San Juan, 1756a)

en donde se observa que personas esclavizadas eran consideradas parte de los bienes y propiedades personales, como la tierra.

El caso de Jospeh Antonio García es un pleito legal originado por la inconformidad de uno de los vecinos con los que lindaba la tierra otorgada a García en 1751 por un repartimiento hecho por Thomas Vélez Cachupin, en el tiempo gobernador de Nuevo México, pero que parece ir más atrás en el tiempo, es probable que por ello la documentación sea de 15 fojas (la mayoría de los casos por tierras son de 2 a 3 fojas). Antonio García pide que se hagan las diligencias para definir a precisión el terreno en cuestión. La solicitud es en una tierra que llaman de los “indios Piros”, al oriente en donde se encuentren el camino a Chihuahua y la acequia de los indios:

“Digo que en conformidad del Bando publicado por V.m. refiero para casa, solar y huerta, y tierras para sembrar maíz, trigo, frijol un pedazo de tierra de mezquital que es en las tierras que llaman de los indios Piros, y linda por el oriente con la acequia y camino que sale de este pueblo para Chihuahua, por el poniente con las tierras quedasen re junto Don Francisco Aloor, por el corte de otro Camino Real y por va con la acequia de otros indios” (Antonio Garcia, 1757, p. f6-7).

Es muy probable que la mención de tierra que llaman de los indios Piros sea porque el encuentro del camino a Chihuahua y la Acequia de los Indios es al norte de lo que lo que después se llamó el Barreal y que de acuerdo con Diego Bórica estaría habitado por “indios” (González Milea, 2018c, p. 64). En el caso anterior el derecho de los indígenas a las tierras prevaleció, pero por haber sido una compra irregular, en este caso la adquisición por reparto se mantiene. Lo que se deduce es que la actuación hacía con las tierras de los indígenas es tan variable como con cualquier otro grupo dentro de la sociedad de Paso del Norte, si hay pruebas de irregularidades, se echa para atrás, pero si es acorde a la legislación, las transacciones seguirán adelante, por lo menos así es durante la administración de San Juan.

Para dirimir la diferencia en los límites se solicita que un tercero “de razón”, en este caso el Alcalde de Aguas, haga el deslinde:

“Rafael Telles Alcalde de las Aguas de este pueblo persona de inteligencia y de la razón favor de entre ambos sin que por ningún motivo se acontecimiento pueda ir en cosa alguna en contra delo que dicho Rafael hiciera y determinare pena de que el que la intentase no ha de ser oído en esta razón y por el mismo caso que lo intentase o maquine a pena en la de cincuenta pesos. en reales” (Antonio Garcia, 1757, p. f9).

Esto resulta muy importante pues se confía en un “especialista” para poder decidir, mismo criterio que se usará en el caso de Juan Phe (ver siguiente caso), siendo el veredicto de este especialista

técnico una resolución inapelable. Tras la resolución del alcalde de aguas llegan a un común acuerdo y se cierra el caso.

El segundo caso es el Pedimentos de tierras María Apodaca (Apodaca, 1759). Aquí resulta que es una mujer la que lo solicita “Esposa de José Reyes previo el debido permiso y conocimiento de este”, María Apodaca dice que lo pide su “triste suerte” para poder mantener a su familia, aunque lo curioso es que las tierras que pide son contiguas a la de su marido, “en el llamado paraje de Álamo Gacho, por ser tierra baldía” (Apodaca, 1759, p. f21). Don Julián Bernal, el alcalde segundo responde favorablemente a la petición y se le asigna la tierra, mediante un especialista que llaman lindador: “Como queda dicho de que cede se a la tierra que se refiere María Apodaca en su anterior escrito y en presencia de los *lindadores* [...] se procedió a tomar las medidas legua es de norte a el poniente” (Apodaca, 1759, p. 21v). Un poco más adelante en el escrito se describe el ritual de posesión:

“no habiendo ningún reclamo [de los vecinos] y lo dicho alcalde en nombre de S.M. le di la posesión real que pide para si sus hijos herederos y sucesores: en cuya virtud tome de la mano derecha a la *expresada María Apodaca la pasee por dicha tierra, de la que arranco terrones que especio por los cuatro vientos y dijo a los que se hallaban presentes se saliesen de su pertenencias, e hizo otras demostraciones en señal de posesión y legitimo dominio en que le amparo y defiendo* y mando no sea movido sin ser primero oído y por fuero o derecho vencido; siendo testigos, Don José María Velarde y Don Antonio Herrera y lo firme yo con los de mi asistencia actuando como sea dicho sé que certifico [firma] Julián Bernal” (Apodaca, 1759, p. f22)

Este ritual esté presente en una gran cantidad de procesos por tierra en el AHMCJ, es sin duda una rémora del sistema medieval europeo y permite notar que tanto los indígenas como los no indígenas poseen rituales extra - religiosos que podrían hacerles parecerse más de lo que a la distancia hemos supuesto como grupos totalmente opuestos.

El tercer caso es la referencia de haber sido leída en cada una de las poblaciones de Nuevo México una real cedula, la cual por cierto no se anexa. Son 8 fojas en donde se repite la misma estructura en la que se consigna quien recibió la cedula y que procedió a su lectura pública en cada una de las jurisdicciones, se enlistan los nombres de los encargados y su poblado. En esa información es en donde encontramos los puntos importantes a recuperar.

Se especifica lo que territorialmente se consideraba la jurisdicción Paso del Norte: “Misión de Guadalupe... Pueblos de San Lorenzo del Real, Senecú, Ysleta, Socorro y el rancho de los

Tiburcios”, en San Lorenzo la jura el “teniente y capitán de guerra Josph Alderete”, mientras que en el resto lo hace Josep de la Sierra “Teniente de lo militar y lo político en ausencia del Capitán Antonio San Juan” (Alderete, 1757, p. f21).

La jurisdicción coincide con lo que el espacio que se ha venido planteado de extensión desde la llegada de los exiliados de 1680, solo se agrega el rancho de los Tiburcios que al parecer ya es una población significativa 30 años de que se instalase el presidio de San Elizario, a pesar de haber sido frustrado un primer intento en 1712 (en el caso de Santiago cacique Manso) de mover el presidio, todo parece indicar que el poblado si está creciendo hacia ese rumbo, tanto por la conveniencia de las tierras (que de acuerdo al gobernador Otermín en 1682 eran salitrosas y pantanosas) como por que importantes personajes tiene tierras en esos lares (Valverde Cossío, Mateo de la Peña, Tiburcio de Ortega). Entonces la relación productiva-social de huertos y casas continuos tiene un respaldo jurídico-administrativo. Sabemos que en 1712 si había un pueblo de indios con sus propias autoridades en Guadalupe e Isleta, pero ahora ya no aparece. Es posible que las funciones de justicia de esos lugares fueran absorbidas por el Presidio o bien que los pueblos de indios se integraron por completo a la estructura jurídica de Paso del Norte, o simplemente solo los Sumas mantenían una fuerte estructura propia, de cualquier manera esto puede indicar que en ese momento San Lorenzo es el único que mantiene un reconocimiento diferenciado como pueblo de indios, del cual los Sumas son muy celosos, tal y como vimos en el caso anterior de Francisco Pato.

El cuarto y último caso es el de india “dozal” que llevo fugada de Chihuahua (San Juan, 1756a), consignado en un corto expediente de 3 fojas. En él se narra cómo llegó por su propia cuenta una india que “se hacía llamar María... dijo ser de las naciones de los indios de este reino de nuevo México, criada de un viejo vecino de la hacienda de tabalopa” (San Juan, 1756a, p. f42), Antonio San Juan decide “depositarla” en casa de Domingo de Anganza, mientras investiga quién es el amo. Estando ahí, la india se suicida colgándose de una viga. San Juan acude y determina que no hay huellas que indiquen algo diferente a que María se colgará ella misma, no vio “golpes y otro maltrato”.

Por desgracia no hay más diligencias del caso, pero a pesar de ser breve deja varios aspectos relevantes. Debió haber restricción en la movilidad de las personas, no se menciona que María

fuera apache sino de los indios de nuevo México (seguramente indios pueblo), y no se habla de esclavitud sino de servidumbre, siendo esta poca información suficiente para tener un elemento comparativo con el caso de los apaches maltratados por Gamio de la Fuente. El otro aspecto es que en este caso Antonio San Juan realiza el mismo lo que hoy llamaríamos peritaje. Es decir que con base en su experticia determina que no hay evidencia de algún delito, o que el ahorcamiento fuera un intento de encubrir una pelea previa.

San Juan es avezado en temas periciales, sabe determinar una posible sucesión de hechos, esto es relevante porque en el siguiente caso el mismo San Juan recurre a un experto en temas de reconstruir eventos en el marco de un posible delito, se asume que si San Juan es avezado en el tema y con una personalidad moralmente muy recta, no gastaría dinero o dejaría esa responsabilidad otra persona si el capitán considerase que este “experto” posee habilidades mayores a las suyas y tuviese una honestidad suficiente para no comprometer el caso. Ese “experto” al que acude el viejo capitán del presidio es Juan Phe, un indígena.

Un caso detectivesco: El capitán de guerra Juan Phe y las telas blancas robadas a Gertrudis en 1757

El caso de Juan Phe es uno de los más intrigantes en la conformación de la urbanidad de Paso del Norte durante el periodo virreinal, se trata de un capitán de guerra que habría tenido el respeto y deferencia de sus contemporáneos debido a su conocimiento especializado en la reconstruir los acontecimientos a partir de pequeñas huellas, seguramente muy útil en las campañas militares en el septentrión. El nivel de integración que debieron alcanzar los grupos indígenas y no indígena en Paso del Norte para este periodo es de tal grado que quedo manifiesto en las fuentes escritas, aunque fuera un poco circunstancial por ser en un caso judicial. La actuación de los individuos que intervienen en las *Diligencias acerca del robo de unas telas blancas a una mulata lavandera* (San Juan, 1757); desde la esclava mulata hasta el capitán del presidio, pasando por el mismo Juan Phe, representan el sentir de los distintos sectores de la sociedad paseña, una sociedad integrada en un urbanismo dinámico sin los grandes abismos entre grupos indígenas y no indígenas como se ha planteado tradicionalmente.

Las *Diligencias* están consignadas en un amplio testimonio de 70 fojas resguardado en el AHMCJ. También se utilizan otros tres expedientes, que nos ayudan a contextualizar a las personas

que intervienen en el caso de la Mulata Lavandera. Se trata de la *Herencia de Francisco Joaquín Sánchez de Tagle que vendió a Manuela García Noriega una Negra esclava mulata llamada María Gertudriz* (San Juan, 1757), en donde conocemos los detalles de la historia de Gertudriz la Mulata a la que hace referencia el caso principal. También está el *Informe remitido a pedimento de don Domingo de Aganza en razón de los méritos y servicios hechos a su majestad por el capitán Don Joseph Balverde* (Aganza, 1761), con 4 fojas, en la que se da cuenta de la descendencia de Antonio Valverde Cossío, pues el inculpado en el caso principal es un joven de unos 20 años de nombre Antonio Valverde y que debió ser nieto del antiguo capitán de presidio. Se refuerza esta idea con la *Herencia de Antonio Valverde Cossío* (la Fuente, 1729), todos los archivos se encuentran en el AHMCJ.

El resumen del caso es el siguiente: Son robadas unas “telas blancas” a María Gertudriz una esclava mulata mientras está lavando, el acusado es Antonio Valverde, un joven sin oficio. Se manda llamar a al capitán de guerra Juan Phe para que haga las veces de perito y determine el curso de los acontecimientos. El testimonio del indígena es el definitorio para determinar la culpabilidad de Valverde. Las telas son entregadas al padre de la Misión en secreto de confesión y este a su vez la regresa al dueño. Sin cuerpo del delito, Valverde es condenado solo al tiempo que ya pasó en la cárcel y se le amonesta para que no vuelva a incurrir en ninguna otra falta. La actuación y deferencias de Juan Phe muestra que el personaje tiene el respeto de los vecinos, del capitán y los soldados del presidio.

En el encabezado del caso se narra los principales acontecimientos a seguir:

“Compareció Jertudris de ejercicio de lavandera, mulata en la casa de don Francisco Joaquín Sánchez de Tagle y quien le tiene sirviendo en la casa que dice de Don Matheo de la Peña, y hoy pertenece al citado don Joaquín, como su heredero expresando que la tarde de este día, se hallaba la susodicha tendiendo la ropa en la sala de la citada casa que la había llevado, y aposentar ya al sol, cruzo por la dicha casa Antonio Valverde, y quien la vio tendiendo la expresada ropa en dicha sala que habiendo concluido la saco dicha, con su tendido salió detrás de la casa a hacer aguas, y que en el corto tiempo que tardo, en esta diligencia cuando volvió, hallo menos, dos camisones un birrete, y un pañuelo de la ropa que tenía tendida que inmediatamente hizo diligencia... aun afirmarse que dicho Antonio Valverde como ser el ratero en el mismo que de ella, le hurto la ropa y por lo que me suplica a mí el presente juez de la provincia que sea de justicia a fin de que se averigüe este hurto como que se ponga remedio. Por lo que yo dicho capitán visto lo relacionado por la expresada Jertudriz mande encontrasen a Juan Phe Indio de este pueblo y capitán mayor

de la guerra de este paraje a la expresada casa en donde vive la citada Jertudris y ponga luz, reconozca el rastro precedente a ver recibe lo siga” (San Juan, 1757, p. f40).

De esta primera información se desprenden varios puntos. Para empezar, llama la atención que una esclava mulata (Jertudriz) tiene la personalidad jurídica y determinación para presentarse ante el capitán del presidio y demandar a alguien por un delito cometido contra ella, sin la necesidad de que le acompañe o avale su dueño u otra persona libre, lo cual ya muestra una convivencia activa entre los distintos estratos de la sociedad.

El demandado es Antonio Valverde, nieto de Antonio Valverde Cossío capitán del presidio de Paso del Norte y gobernador de nuevo México entre 1699 y 1725, sobrino de Domingo de Aganza también capitán entre 1722 y 1735, sin duda Valverde es un apellido de importancia, pero eso no impide que la mulata pueda demandarlo y a la postre sea sentenciado, aunque cabe acotar que esté Antonio es un “vago sin oficio”. No se ahondará en la jocosa circunstancia de que Valverde esperará a que Gertudriz fuera al baño (“hacer aguas”), tampoco en el valor monetario de “dos camisones un birrete, y un pañuelo”, pero si dejar el apunte de lo rico de la narración para adentrarnos en la vida diaria de la época y de la importancia de mantener un estado de legalidad, por menor que fuera el asunto.

De mayor interés para este trabajo es que para ayudar a resolver el caso se solicita la presencia de Juan Phe indio capitán de guerra, quien actúa como perito y al más puro estilo Sherlock Holmes, sigue las huellas en el fango del ladrón, el cual es citado y se le comparan los pies con las huellas encontradas por Phe, aunque la sentencia es laxa con Valverde, la opinión de Phe fue la de mayor peso en determinar la culpabilidad del acusado (aunque la del sacerdote fue de mayor peso en la leve condena), respetando el conocimiento especializado en materia de rastreo por parte del indígena. Además, era también uno de los testigos y es al único al que se le espera para tomarle declaración, es notorio el respeto a la figura de este personaje por parte del mismo capitán de Presidio Antonio de San Juan:

“[acusa a] Valverde de cómo ser el ratero en el mismo que de ella, le hurto la ropa y por lo que me suplica a mí el presente juez de la provincia que sea de justicia a fin de que se averigüe este hurto como *que se ponga remedio. Por lo que yo dicho capitán cito lo relacionado por la expresada Jertudriz, anden y encuentrasen a Juan Phe Indio de este pueblo y capitán mayor de la guerra de la parte a la expresada casa en donde vive la citada Jertudris y con su luz reconozca el rastro*” (San Juan, 1757, p. f41).

En la cita se aprecia que San Juan confía en que la “luz”, es decir la capacidad, de Juan Phe sea suficiente para poder poner remedio al asunto. En el sistema jurídico ilustrado de España, se confía para los veredictos en gente “confiable” por ejemplo los médicos (Sellers-Garcia, 2020). Buscan experticias para justificar la validez del juicio. En este caso Phe es un “experto” y es solicitado para hacer diligencias y su testimonio es de gran peso.

El caso es más rico y un poco enredado. El día del robo Antonio Valverde estaba en una tertulia en casa del mismo Juan Phe, en esa fiesta había decenas de personas incluyendo una gran cantidad de soldados, por lo relatos parece que esas tertulias eran comunes, pero muy pocos de los invitados recuerdan haber visto a Varela quién da la impresión de ser un personaje gris o por lo menos de poca monta como para que se preste atención a su presencia (Juan Phe no lo conoce ni lo recuerda en su casa). A la salida de la tertulia es que Varela hace el robo, al día siguiente acude Juan Phe para hacer la diligencia mencionada e interpreta las características del ladrón a partir de las huellas en el piso y el arreglo de los objetos:

“Capitán teniente mayor haciéndose de diligencia que mande traer por Juan Indio capitán mayor de guerra de este pueblo en reconocer del rastro que se le mando, lo hizo con referencia al caso que precedía Antonio Valverde, a quien en la madrugada sea ido para reconocer [este] capitán de la guerra de este dicho pueblo del paraje de la dicha Jertrudiz, dejo el [ilegible ¿zapato?] desde el [ilegible] lo diga, hacer el donde, y le sea posible, procurando con el esmero y cuidado hacer esta diligencia y ganado y el en todo se le aprenda o bien el tráfico de la gente o de ver selo borre, tome la medida de dicho zapato en la casa donde vive el Antonio Valverde, se le mide y con teniendo la medida en el zapato, lo hayo venda y contenga, ahí con el Real Cuerpo de Guardia” (San Juan, 1757, p. f42v).

Juan Phe, va a casa de Gertudriz, analiza las huellas, luego va a casa de Antonio Valverde en donde compara el tamaño y forma del zapato y determina que debe son las mismas y Valverde es aprehendido. Luego Juan Phe sale de campaña, mientras tanto Varela queda preso y se hacen las diligencias.

Antonio San Juan solicita el testimonio de Phe, pero como está fuera, las diligencias se detienen hasta su regreso. Varios de los testigos son soldados que estaban en la misma campaña que Juan Phe, pero San Juan deja consignado que los testimonios de esos soldados, al no encontrarse en el pueblo no serán considerados y se llama a otros testigos, es decir, al único que espera para las diligencias es a Phe, sin duda una muestra de la importancia del personaje para el caso y para San Juan.

Antes de ser aprendido, Antonio Varela se refugia con su hermana Antonia Valverde alias “la Palomares” quien le sirve como coartada pues ella testifica que estaban juntos al momento del robo, así que nadie vio directamente a Valverde robar las telas. Incluso hay un caso ligado que se desestima. Después de robar las telas, Valverde habría brincado una barda y en una casa contigua habría aprovechado para tomar un par de “gallinas ponedoras”, siendo testigo una niña hija del dueño de la casa. Pero se desestima ese otro delito, pues las gallinas aparecen misteriosamente en su lugar al día siguiente, Antonia “la Palomares” insiste en que el retiro del cargo por las gallinas es muestra de que Antonio Valverde es inocente. Sin un testigo que reconociera directamente a Valverde, el caso quedaba un poco palabra contra palabra, por un lado, la de los hermanos Valverde miembros pobres de una familia muy influyente y por el otro la de Gertudriz la esclava multa (a la que nunca acompañaron miembros de la casa en donde prestaba servicios).

Más adelante, las telas blancas motivo de la denuncia son regresadas a la casa de Mateo de la Peña por el párroco de la misión, a quién se las habían entregado “en secreto de confesión”, por lo que no puede revelar la identidad del ladrón. Al regresar las gallinas y las telas blancas ya no habría lo que llamamos cuerpo del delito, sin objetos de reclamo, Antonia “la Palomares”, exige que Antonio Valverde salga de la cárcel y que se le exculpe por ya no “haber la causa del agravio”. Es de llamar la atención la resolución de Antonio San Juan; aunque ya no había cuerpo del delito y el caso era palabra contra palabra (suponemos que habría pesado más la palabra de una familia prestigiosa frente a una esclava), el capitán decide lo siguiente:

“y hallase compurgados⁵⁹ estos delitos, con la prisión que ha tenido [Antonio Valverde] en este real cuerpo de guardia por ahora se le absuelve de dichos su exceso, amonestándoles, que si en lo venidero incurriere, en otros, u otro de y mal naturaleza u de otra, se le reasumirá, esta causa y castigará con la mayor severidad arreglando al delito que nuevamente cometiere como con la pena que mereciere lo que esta causa tiene confesado y este auto se le haga saber al citado Valverde para que le conste y no alegue ignorancia así lo proveyó y mando... Manuel Antonio de San Juan” (San Juan, 1757, p. f73).

Esto quiere decir que se ya no hay inconformidad por las partes acusadoras, pero tampoco se les exculpa, solo se le absuelve, significa que con el tiempo que Valverde ha tenido en la cárcel a pagado su pena (en especial por que se regresaron los objetos robados). Por lo tanto, Antonio Valverde es culpable del delito imputado, pero la condición de inocencia o culpabilidad no fue

⁵⁹ Pagar una pena (Diario Judicial, 2022).

determinada por la veracidad de alguna de las palabras empeñadas o de los ambiguos testimonios, sino por la habilidad técnica de Juan Phe para recrear la escena del delito, se confía más en la opinión profesional de un indígena que en la palabra de los Valverde. Hemos visto que Antonio San Juan tiene un fuerte código moral, al que se ajusta sin importar si eso lo confronta con personajes de renombre en Paso del Norte. La irrestricta confianza hacia el conocimiento técnico y honestidad de Juan Phe que Antonio de San Juan muestra, representa como es que hay sectores en la sociedad paseña que tienen un urbanismo pragmático que se ajusta a valores morales locales, no dan amplia preferencia a una identidad de “origen” (español, peninsular, mestizo, indio, mulato) sino que parecen privilegiar la convivencia y cohesión social.

Lo anterior difiere un poco de los que se habría pensado que era la vida diaria en Paso del Norte, con divisiones sociales muy profundas por razón de origen, en su lugar, perfilamos un ambiente de convivencia e integración social orgánica entre los distintos estratos de la sociedad. No se pretende dar la impresión de que en Paso del Norte no habría diferenciaciones sociales, solo se plantea que los grupos o facciones no eran necesariamente por origen étnico, sino más bien por intereses específicos en donde los indígenas pueden estar de un lado o del otro, sin que eso implique al mismo tiempo que había distinción de las personas por su ingreso económico. Llevado a los ejemplos, Antonio San Juan como reflejo del sentir de una parte de la sociedad paseña, no es que no tuviera los juicios de valor hacia los indígenas que se dejan sentir en otros escritos (barbaros, salvajes, abusivos, inocentes, faltos de razón y policía, entre otros), pero si acaso los tenía, no los expresó y más allá, estos juicios de valor no tuvieron mayor impacto al momento de tomar decisiones, por eso San Juan de por valido el conocimiento de Juan Phe por encima de la palabra de los hermanos Valverde y declara culpable a Antonio. En ese sentido, hay que apuntar que, aunque la condena fue laxa, lo importante es que hubo condena, no podemos saber qué hubiera pasado si en el delito hubiera tenido implicaciones más graves como muertes, montos mayores u otros implicados, pero nos aventuramos a especular que el resultado hubiera sido similar; Antonio San Juan habría confiado en Juan Phe, no por amistad sino por urbanismo.

Como muestra de lo anterior, hay mencionar que los primeros enviados son soldados y el sargento del presidio, todos dan su parecer y alcanzan a recrear una parte muy elemental de las evidencias materiales, pero su información es poco contundente e inconexa. Antonio San Juan,

llama a Juan Phe y le encarga visitar el lugar de los hechos, aunque lo hace hasta el día siguiente, el capitán de guerra indígena logra determinar con precisión lo que ocurrió con el ladrón: por qué calle huyó, en qué punto brinco una barda, por donde continuó, en donde se detuvo, características generales de altura, complexión y edad aproximada. Todo esto con las huellas dejadas por el ladrón en el fango y la disposición de los objetos en su camino. Recordando el caso anterior de María la india que se suicidó, tenemos que Antonio San Juan es conocedor de los temas que hoy llamamos periciales, examina evidencia y determina el curso de los acontecimientos para ponerlos al servicio de la impartición de justicia, además ya hemos visto cómo es que no es temeroso de aplicar la ley a españoles e indígenas. Aun así, decide llamar a Phe para dirimir el asunto, reconociendo tácitamente la mayor capacidad de este para examinar la escena y recrear los acontecimientos, habilidad que supera la de los soldados, el sargento y el propio San Juan, además de no dudar de la honestidad de Phe (Juan Phe y Varela habrían estado en la misma tertulia, junto con varias decenas de personas más, unas horas antes del robo).

Es muy probable que, a lo largo de la historia virreinal de Paso del Norte, existieran más indígenas con la capacidad de observación de Juan Phe, después de todo los Sumas y Apaches eran grupos cuya forma de vida se fundamentaba en la observación e interpretación de la naturaleza, por ejemplo, las huellas dejadas por los animales para cazar. Es legendaria la habilidad rastreadora de los apaches en el siglo XIX, aprovechada mordazmente por el ejército estadounidense, así que es certero que a lo largo del periodo virreinal en Paso del Norte hubiera más personas con las habilidades de Juan Phe.

Pero ningún otro nombre ha llegado o ha sido exhibido hasta el momento, algunas de las razones podemos encontrarlas en los argumentos expuestos de negación indígena: desprecio a los saberes ancestrales, falta de reconocimiento de sus capacidades, intento explícito e implícito de minimizar su importancia en la sociedad novohispana, la naturaleza de los expedientes, repetición de la negación en la historiografía, entre otras. Aun así, está registrado en grafía occidental el respeto y admiración a las habilidades hacia el capitán de guerra indígena, sin duda es un personaje fuera de lo común, pero la personalidad de Antonio San Juan (reflejo de una parte de la sociedad paseña) es un factor esencial para tener conocimiento de Juan Phe, por lo menos durante este periodo (mitad del siglo XVIII) hay una integración orgánica de los indígenas con el resto de la

sociedad paseña, al punto de que esta relación es consignada incluso en las fuentes escritas. Todos estos factores permiten entender un urbanismo como el de Paso del Norte, compuesto de estratos poco visibles como el que se ha mencionado, pero también permite contextualizar y tener elementos críticos para entender narraciones como la del siguiente caso, en el que los apaches aparecen como enemigos y el resto de los indígenas como potenciales enemigos

Para poder contextualizar la presencia de algunos personajes en el caso en que se involucra a Juan Phe se acude al resto de los expedientes señalados: en *Herencia de Francisco Joaquín Sánchez de Tagle* (San Juan, 1748), e da cuenta de las transacciones para que Manuela García Noriega comprará a María Gertudriz esclava mulata. Gertrudiz era propiedad originalmente de Don Pedro de la Barrera, vecino de la villa de San Felipe el Real de Chihuahua, quién la vendió a Mateo de la Peña (antiguo sargento del presidio de Paso del Norte en tiempos de Antonio Valverde Cossío), en 1742 cuando la mulata tendría 44 años. Al morir de la Peña, Antonio Sánchez de Tagle fue el heredero principal y recibió entre otras cosas a Gertudriz, en el avalúo de los bienes se determinó que la esclava tenía un valor de 150 pesos. En 1758 Sánchez de Tagle vende a Gertudriz a Manuela García por 50 pesos debido a “haberse enfermado, envejecido e imposibilitado” (San Juan, 1748, p. f23). La compra de Manuela García fue un año después de las diligencias por el robo de unas telas blancas. Gertudriz fue un elemento principal en esas diligencias pues a ella es a quién les roban las telas y quien pone la denuncia original.

El segundo caso complementario es el *Informe remitido a pedimento de don Domingo de Aganza* (1761). En este documento Domingo de Aganza pide que se le conceda la plaza que tenía su padre pues Domingo ahora es pobre y esta de soldado en el presidio. Era hijo legítimo de Don Joseph Valentín de Aganza antiguo capitán de Paso del Norte entre 1722 y 1730, su madre fue Doña Antonia Balverde Cossío, quien se deduce era hija del también antiguo capitán y gobernador Antonio Valverde y Cossío, esto se asume pues en el pedimento se refiere al solicitante como “nieta del General Don Antonio Balverde Cossío” (Aganza, 1761, p. f150-151). Así que Domingo de Aganza vendría de una familia encumbrada en la más alta elite de Paso del Norte.

Es conocido que los matrimonios en el periodo virreinal servían como una forma de estratégica de unión entre familias que buscaban acrecentar sus redes de intereses y sus caudales, por esto no es extraño que Antonio Valverde Cossío casara a su hija con un personaje importante

como Joseph Valentín de Aganza. No hay certeza de si Valentín Aganza ya era capitán cuando se casó con Antonia Valverde o si más bien el matrimonio catapultó la carrera de Aganza, en cualquier caso, esa unión permitió que la familia Velarde-Aganza fueran la autoridad principal en Paso del Norte desde 1699 hasta 1735.

Por otro lado, en la *Herencia* de Antonio Valverde Cossío, éste reconoce la existencia de múltiples hijos ilegítimos, a los cuales les cede algunos bienes, al parecer todos habrían gozado del privilegio de llevar el apellido Valverde (la Fuente, 1729). El acusado del robo de las telas blancas en el caso principal de este apartado lleva por nombre Antonio Valverde de unos 20 años en 1768. En un lugar tan acotado como Paso del Norte, no tenemos registro de otro personaje de apellido Valverde que hubiera llegado desde otra población, es muy probable que el Antonio Valverde de 20 años autor del robo, sea nieto de Antonio Valverde Cossío, producto de alguno de los hijos ilegítimos de este último, sobrino del antiguo capitán Valentín de Aganza y primo del Domingo de Aganza autor del pedimento de 1761 y por lo tanto parte de una de las familias más importantes de Paso del Norte, esto aunque sea de manera no privilegiada pues en el caso de las telas robadas queda claro que el Antonio Valverde de 1768 es pobre y sin oficio.

De cualquier manera, el Antonio Varela de 1768 lleva un nombre que podría haber pesado en el cauce de las diligencias, para desgracia para él, en ese momento el capitán del presidio es Antonio San Juan⁶⁰, a quién como vimos en el caso de Francisco Pato, no parece pesarle el “prestigio” de sus antecesores. La estampa de Paso del Norte que nos dejan estas breves notas contextuales es el prestigio de un apellido no es suficiente para vivir holgadamente, da la impresión de que en Paso del Norte hay que trabajar duro todos los días para ganarte las cosas, no importa si eres indígena o hijo y nieto de gobernadores y capitanes.

Los “enemigos apaches” de Pedro José de la Fuente entre 1764-1766

La historia de Ciudad Juárez-El Paso tiene como lugar común decir que los indígenas “desaparecieron”. Uno de los principios teóricos en los que se fundamenta el presente trabajo es

⁶⁰ Rick Hendricks dice que el nombre completo de Antonio San Juan es Manuel Antonio San Juan Jáquez de Valverde, casado con Francisca Micaela García de Noriega, también menciona que contraen matrimonio en 1754 y hace un inventario de los cuantiosos bienes de ambos, por lo que asumimos que para el tiempo en que llega San Juan a Paso del Norte (finales de 1752) ya era un hombre rico (Hendricks, 1999c, p. 83, 1999a).

que más que hablar de una desaparición habría que pensar en una negación, de hecho, triple negación porque los indígenas siguen presentes hasta nuestros días como una parte de la urbanidad de Juárez-El Paso. Pero a partir del análisis de las fuentes, ciertamente parece haber una tendencia a que las menciones explícitas de indígenas disminuya tras rebasar la segunda mitad del siglo XVIII. Esto parece ir de la mano con la implementación de las llamadas Reformas Borbónicas, que en lo práctico significaron un cambio en la política de convivencia con los grupos originarios del septentrión, muy en particular con los N´dee, con la intención de hacer eficiente el expolio económico por parte de la corona. Aunque en casos como en Paso del Norte, la disminución en las menciones en las fuentes también puede deberse a un proceso de integración tan profunda que se empiezan a desdibujar identidades como “Manso” y se integran o transforman en “indios” o “Genizaros” o simplemente “vecinos”.

La distancia entre los grupos asimilados en la sociedad virreinal -Mansos, Sumas, Piros, etcétera., con los grupos no integrados en su forma de vida como los N´dee se acrecentó notablemente en a partir de este periodo. En casos anteriores vimos como la trayectoria de los indígenas todos, seguían un camino más o menos paralela, cambiando de estatus de acuerdo con las circunstancias; aliado, enemigo, amigo, vasallos, entre muchas otras. Pero desde la segunda mitad del siglo XVIII las trayectorias parecen bifurcarse, los N´dee serán sistemáticamente perseguido mediante una auténtica guerra de exterminio o en palabras de Bernardo de Gálvez una “mala paz” (Santiago, 2018, p. 3), mientras que el resto de los indígenas continuarán con un proceso de integración en la sociedad virreinal. Lo anterior no significa que aquellos N´dee sin integrarse a la sociedad paseña no siguieran siendo un factor para el urbanismo en Paso del Norte, teniendo ahora un peso principal como un factor externo.

Es factor de urbanismo externo lo podemos apreciar en el caso del Capitán Pedro Joseph de la Fuente, quién ocupó brevemente este puesto tras la muerte en 1764 de Antonio San Juan Jaquez. De la Fuente llega a Paso del Norte de manera interina y siendo muy cuestionado por las autoridades, tras su arribo inicia una serie de campañas para perseguir y castigar “enemigos apaches”. Pero por las circunstancias que narra, el tono del discurso y sobre todo lo que ahora ya sabemos de la forma de convivencia en Paso del Norte, contradicen el afán por traer paz al presidio que de la Fuente manifiesta y nos invitan a pensar más bien en que este fugaz personaje de la

historia urbana de Paso del Norte buscó obtener beneficios de la campaña como justificar su nombramiento como capitán, hacerse de esclavos e intentar mostrar que un militar como él era necesario en el presidio, aunque no parece haber funcionado pues fue revelado en 1766 por Pedro del Barrio.

La información con la que contamos para los “enemigos apaches” de Pedro Joseph de la Fuente es el *Diary of Pedro José de la Fuente: Captain of the Presidio of El Paso del Norte January-July, 1765* que él mismo escribió, recuperado del AGI y publicado en 1965 por James Daniel (Daniel & de la Fuente, 1956). En resumen, el diario narra que, tras su llegada como capitán de presidio, se acercan en varias ocasiones enviados de grupos apaches en busca de parlamentar la paz, de la Fuente es escéptico al respecto. Decide emprender una corta campaña en las inmediaciones de Paso del Norte para perseguir a un grupo de apaches, que según rumores querían hacer daños en el pueblo, a pesar de nunca verificar tales rumores, ataca una pequeña comunidad de apaches en las cercanías de lo que hoy Old Mesilla en Las Cruces, sin recibir ni un herido mata a 11 hombres y captura a las mujeres, niños y ancianos de la tribu, los cuales “deposita” en casas de Paso del Norte. El autor del diario menciona que remite el informe de estos “grandes esfuerzos en procurar la paz” a la autoridad superior, claramente buscaba congraciarse con ellos, termina la narración diciendo que su caporal dio siguió las huellas de un grupo de más de cien apaches que se internaron a la Nueva Vizcaya (Daniel & de la Fuente, 1956).

Si bien es cierto que a partir de la implementación de las reformas borbónicas en el septentrión se acrecentó la violencia de y contra los Apaches, la obra que da inicio oficial a ese cambio de política es el Nuevo Reglamento de Presidios, emitido el 10 de septiembre de 1772, por lo tanto, las acciones de Pedro de la Fuente parecen ser más bien una iniciativa suya. En el diario los enfrentamientos o negociaciones con los apaches, es una preocupación que tiene mucha de la atención de la Fuente, él se muestra muy desconfiado de ellos: “El día trece del mes llegaron tres indios apaches a este real presidio con el pretexto de pedir la paz [...] sospechaba que con esto, ellos pretendían desviar nuestra atención para que dejáramos de ser cuidadosos y así con menos riesgo para ellos pudieran cometer depredaciones contra nosotros” (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 267), algunas de esas ocasiones eran mujeres las parlamentarias. Más Adelante, y tras un robo de caballos dice: “Esto me mostró claramente, los que vinieron el día tercero con el pretexto de la

paz y que el día cinco de este mes cometieron el hecho que he relatado” (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 269). De la Fuente ya tenía su veredicto hecho.

Su narración hace sentir la preparación de una acción amplia de los Apaches contra el presidio, pues habla de señales de humo en varios lugares, huellas o presencia de apaches en Chamizal, la otra banda del río, Samalayuca y el Carrizal, en repetidas ocasiones dice que los intentos de parlamento acerca de paz por parte de los Apaches son pretextos para continuar sus robos. Incluso prepara una expedición militar con civiles. El viaje es realmente corto, atravesando el río hacia la Sierra de los Mansos (Montañas Franklin): “En cuanto estuvieron todos del otro lado [del río] mandé separar dieciséis hombres, parte de ellos regulares y parte milicianos, y cincuenta indios auxiliares, todos al mando del Alférez de Milicias José Lucero de Godos, tomando como su guía a la india” (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 277). En este tránsito, de la Fuente señala que tiene un capitán de guerra indio, como lo fue Juan Phe uno años atrás (no sabemos si es el mismo): “El día veintitrés, los capitanes de guerra indios me notificaron que habían reconocido cuatro rastros de apaches enemigos al otro lado del río. Al recibir la información, prontamente di las órdenes conducentes a la seguridad de este vecindario para que no sufriera ningún daño” (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 268).

Luego haciendo una errática ruta hacia el norte hasta un lugar llamado el Paraje de la Cueva de la Soledad, identificado por Daniels a unas 12 millas al este de Mesilla Nuevo México. Ahí tienen un enfrentamiento, en donde matan 11 enemigos y captura a 20 apaches, la mayoría mujeres y niños los cuáles repartirá entre los vecinos de El Paso (Daniel & de la Fuente, 1956, p. 273–278). De la Fuente no menciona heridos ni muertos de parte de su expedición (de la Fuente llevaba al menos 20 soldados), por las circunstancias y resultados, su partida militar tiene más características de expedición punitiva para capturar indígenas, cuando solo hay muertos de uno de los lados y la mayoría de los “enemigos” son mujeres y niños, suena más bien a una emboscada.

La gran atención prestada por de la Fuente a los “enemigos apaches” es contrastante con la poca información en la documentación con las autoridades centrales de su predecesor Antonio San Juan a esta figura de “enemigo”, así como de acusaciones de “asociación” para causar daño, misma escases que tendrá su sucesor Pedro del Barrio. Tal vez esto se explica recordando que de la Fuente llega muy cuestionado a su puesto y de hecho es removido rápidamente, podemos especular que

la atención hacia los “enemigos apaches” puede ser una manera de legitimar su posición de Capitán en una posible [o imaginada] escalada de violencia que lo mantuviera en su puesto, muy a la manera de la “guerra conveniente” que Sara Ortelli (2007) observa en el Bolsón de Mapimi.

Mientras que en el tiempo de San Juan prácticamente no tiene problemas con los apaches, de repente son un “problema”, incluso antes de las nuevas disposiciones de las reformas borbónicas. La urbanidad que encontraron de la Fuente era una muy integrada y cohesionada hacia el interior, la búsqueda de “enemigos” parece más una estrategia para construir la necesidad de su presencia en la capitanía del presidio, que una amenaza real. Tras su “valerosa” incursión, regresa con niños, mujeres y ancianos esclavos, sin un solo herido de su parte y con los pocos hombres de la tribu enfrentada muertos. Por desgracia no contamos con más información de este caso, pero si sabemos que en los primeros meses de 1766 de la Fuente es sustituido por Pedro del Barrio, a quién le tocará recibir ese mismo año a Nicolás Lafora, quién estaba inspeccionando los presidios para proponer una reorganización de estos y poner en ejecución las Reformas Borbónicas.

Nuevos viajeros en el horizonte: la travesía de Nicolás Lafora en Paso del Norte

Como parte de los efectos de la Reforma Borbónica, se buscó reorganizar las fronteras imperiales, incluyendo el sistema de presidios del septentrión novohispano, para poder hacerlo se requería una evaluación precisa de las condiciones que se guardaban ahí, por ello le fue encargado a Cayetano Pignatelli tercer Marqués de Rubí la empresa. El Marqués solicitó ser acompañado por Nicolás Lafora, ingeniero originario de Alicante, España, quién se encargaría de registrar el viaje y ayudar a realizar los mapas en donde se plasmaba la nueva propuesta de organización de los presidios. El relato de su viaje está consignado en su *Relación del viaje que de orden del virrey Marqués de Cruillas hizo el capitán de ingenieros don Nicolás Lafora* (Lafora, 1800), cuya copia digital editada en 1800 está almacenada en la Biblioteca Digital de España y fue la que se utilizó para este trabajo. La información que nos dejó Lafora en su tránsito por Paso del Norte nos acerca a la organización económica, traza urbana y sobre todo conceptualización del poblado, pues para Lafora es cierto que desde Guadalupe hasta Los Tiburcios es “una población continuada”.

Lafora acompañó a Rubí por unas 2,936 leguas por 23 meses, según sus propias estimaciones. La intención del viaje era hacer un registro minucioso de las condiciones geográficas,

económicas y sobre todo de la administración militar, además de la elaboración de mapas. Rubí y Lafora completaron la visita de todos los presidios del Septentrión y propusieron una serie de modificaciones que incluían la desaparición de algunos de ellos, la reasignación de tropas y sobre todo un nuevo cordón de fortificaciones que impidiera el libre tránsito de los apaches, todo esto plasmado en el Nuevo Reglamento de Presidios. La intención del viaje fue hacer eficiente la administración de los presidios para que fuera más efectiva la defensa y menos costosa, tomando en cuenta el cambio de política en espacial hacia los apaches, pues dejaban de “agasajarlos”, darle comida y enseres a cambio de su fidelidad, a intentar reducirlos a las poblaciones aledañas a los presidios o “hacerles la guerra a sangre y fuego”.

En cuanto a la información que Lafora escribió acerca del tiempo que estuvo en paso del norte tenemos que: la primera población a la que llega a Nuevo México fue El Carrizal, el 13 de julio procedente del presidio de la junta de los ríos (Ojinaga) (Lafora, 1800, p. 24). Dice que el Carrizal hacía siete años que se había levantado, es decir hacia 1759, poblado por mestizos y mulatos, “hay mucha agua, pero nadie quiere vivir ahí, por ser paso de los enemigos Gileños y Faraones” hay soldados, pero dice que no son de utilidad para la defensa del reino pues “están más atentos a su propia caballada” (Lafora, 1800, p. 27). Recordemos que Pedro de Rivera había visto ahí mismo a una pequeña población Suma.

Posteriormente sale el día 16 y pasa por la Laguna de los Patos y el Ojo Caliente del Lucero, que es de agua salitrosa a 8 leguas del Carrizal. El día 18 de julio pasa por “unos médanos molestísimos de 2 leguas de largo” y a una legua de distancia está el ojo de agua de Samalayuca (Lafora, 1800, p. 28). Para el 19 de julio anda 5 leguas al noreste por barranquitos y de ahí “llegamos al presidio de Nuestra Señora del Pilar de el Paso del Río del Norte, donde hay una compañía de caballería compuesta de 46 plazas... con un costo de 265 pesos” (Lafora, 1800, p. 28). Ahí describe el poblado:

“Por el plano del levante se ve la disposición de lo que llaman presidio y parte del pueblo de Guadalupe y siguiendo el curso del río a él sur están sobre su orilla derecha los pueblos de San Lorenzo de Real, de san Antonio de Senecú, de San Antonio de Isleta, de la Purísima Concepción del Socorro y la Hacienda de los Tiburcios... P29... *que componen una población continuada de 7 leguas*” [...] Todo este pedazo de tierra está muy bien cultivado y produce cuanto se siembra, pero particularmente uvas... hay muchos frutos de Europa de que hay tanta abundancia que los dejan pudrir debajo de los árboles, hacen un vino bastante regular

y mejor aguardiente, pero a veces no cogen suficiente para su manutención por ocuparlo todo el terreno con las viñas” (Lafora, 1800, p. 28).

La descripción de Lafora es muy reveladora cuando unimos la referencia de que componen una población continuada de 7 leguas, con lo que sabemos respecto a que en San Lorenzo la mayor parte de las tierras pertenecen a los Sumas (véase el caso de Francisco Pato), Senecú era habitada prácticamente en su totalidad por Piros, Isleta se mantuvo como población Tigua y Socorro con Genizaros, aunado a la descripción de que la mayor parte de las tierras eran usada para viñedo (pequeños productores), tenemos que la forma urbana de Paso del Norte es en buena medida producto de la acción de los indígenas, pues la defensa que hacen de sus terrenos llevo a que los no indígenas tuvieran que ocupar el territorio más allá de los límites de Socorro, recordando que las tierra aptas para sembrar seguían el cauce del río del Norte. Por ello se agrega Los Tiburcios primero y San Elizario después para dar las 7 leguas de las que habla Lafora. Esta misma composición es de la que darán cuenta los militares hacia finales del siglo XVIII.

Acerca de Guadalupe dice que está habitada por españoles, mestizos, mulatos e indios Tiguas, Piros y Genizaros. Composición multiétnica que es otra característica de Paso del Norte. En San Lorenzo son Sumas, en Senecú Piros, en Isleta Tiguas y en Socorro son Piros con un total de unas “5000 almas”, siendo la segunda población más importante de Nuevo México para ese momento. Más adelante se refiere al origen de Paso del Norte: “en la primera entrada de las armas españolas pertenecía este país a una nación pacífica que les acogió con cariño por lo que le llamaron Mansos, per haciéndose cuasi extinguido a el tiempo de la segunda conquista de este Reino, se trasladaron varias colonias de adentro para repoblar este fértil pedazo de tierra” (Lafora, 1800, p. 29). La primera entrada se refiere a las expediciones de Sánchez de Chamuscado, Espejo y Oñate mientras la segunda es cuando llegaron los exiliados de 1680, casos que ya vimos anteriormente. Que diga que casi se han extinguido los Mansos legitima la posesión de la tierra en especial función de otros pobladores de la región como los pueblo N’dee.

De este modo tenemos que el viaje de Lafora es un parteaguas para entender la traza urbana y el urbanismo de Paso del Norte. Se ha mostrado que previo a 1680 la zona era poblada casi exclusivamente con indígenas Mansos, Sumas y N’dee, los que siempre han estado, y que tras la revuelta de 1680 los grupos indígenas que llegaron para quedarse, ahora se da cuenta clara de que es un solo poblado y por lo tanto la forma urbana responde a estos procesos históricos.

Además, la composición multiétnica y la capacidad de los indígenas para negociar su espacio si se compara con las descripciones del resto de las poblaciones del septentrión que hace Lafora, dan un urbanismo único que permite entender la historia urbana de Juárez-El Paso.

María Roybal, prestamista genízara en Paso del Norte hacia 1768

En 1999 Rick Hendricks recuperó una historia originalmente resguardada en el AHMCJ y consultada por el autor en los microfilmes de SC-UTEP. Se trata del caso de María Antonia Roybal, una indígena Genizara de Paso del Norte que en 1768 tenía un caudal suficiente para vivir de manera similar a como lo hacía un peninsular o un mestizo (Hendricks, 1999b, p. 81–100). Desafortunadamente el texto no profundiza en los detalles del caso, pero agrega varios ejemplos más en donde deja claro el punto acerca de que la dinámica social en Paso del Norte virreinal en donde “es claro que era posible que los genízaros, generalmente considerados marginados del resto de la sociedad hispánica, mejoraran su bienestar material y disfrutaran del acceso al sistema legal. María Antonia parece haber logrado esto en gran parte, a través de la actividad comercial a pequeña escala” (Hendricks, 1999b, p. 87–88). Es decir, hacia 1768 continúa un urbanismo único en el que los distintos estratos de la sociedad tienen una integración orgánica, en donde si bien hay privilegiados, la mayoría viven del trabajo duro ya sean peninsulares, mestizos, mulatos o indígenas.

A través de los datos que María Roybal dejó en su testamento, Hendricks logra dar una estampa de como debió ser la vida en Paso del Norte: “ella y su primer esposo adquirieron suficientes posesiones para formar una propiedad no muy diferente a la de un ciudadano hispano promedio de finales del siglo XVIII en El Paso, incluidos varios artículos de lujo” (Hendricks, 1999, p. 84). Para el autor, éste y otros testimonios permiten pensar que la situación de los indígenas no era tan marginal como se había supuesto, tomando en cuenta que los Genizaros eran indígenas capturados durante las incursiones contra los “indios bárbaros” para ser usados y vendidos como esclavos, por lo cual, técnicamente serían uno de los estratos más bajos de la sociedad nuevomexicana. María Roybal está asociada con Doña Luisa Roybal, quién parece ser una española, ambas comparten una sirvienta de nombre Rosa, al respecto dice Hendricks: “Las deudas con María

Antonia revelan datos interesantes sobre sus allegados y dan un vistazo a su mundo” (Hendricks, 1999c, p. 86).

La reproducción de los juicios de valor que hay en las fuentes primarias por parte de la historiografía, nos han hecho pensar que las relaciones sociales eran siempre verticales y entonces los que estaban en la parte superior de la sociedad -los españoles- debieron prestarles a los indios. El caso de María Roybal muestra una convivencia un poco más horizontal, ella debió de hacerse de un pequeño caudal prestando dinero a indígenas, mulatos y mestizos “Rosa, india sirvienta de Luisa Roybal, le debía a María Antonia tres gallinas [...] Domingo Paiba, otro genízaro, estaba en deuda por dos costales de maíz, y Francisco Jiménez, que era Negro, le debía cuatro. Finalmente, el soldado presidial Manuel Baldizán aún tenía que pagar por un puñado de tabaco” (Hendricks, 1999c, p. 86).

La historia de María Roybal, es intrigante y puede ser ejemplificadora de lo que busca el presente trabajo. Hendricks ubica su narración hacia 1768, en ella María en su calidad de india Genizara tiene la posibilidad de una forma de vida similar al de un mestizo o un criollo. Paniagua en su amplio estudio introductorio de la Exposición sucinta de Nuevo México de 1812, (Paniagua Pérez, 2007) señala que la sociedad neomexicana en Paso del Norte, Albuquerque y Santa Fe, tenían condiciones similares: no había una diferencia tan abisma entre la elite adinerada y el resto de la población ladina (peninsulares, criollos, mestizos, entre otros), como en otras partes de Nueva España, siendo el mismo Pedro Batista, diputado para las cortes de Cádiz un ejemplo de esta condición. Paniagua perfila una sociedad acostumbrada al trabajo arduo y que arranca a duras penas un poco de riqueza a la tierra, percepción que por cierto era compartida desde finales del siglo XVI.

No sabemos cuál fue la trayectoria que siguieron los descendientes y qué ocurrió con el modesto patrimonio de María, pero si sabemos que el apellido Roybal es mencionado por Beckett (1992) como el “cacique” de los últimos Mansos refugiados en el poblado de Tortugas, Las Cruces, Nuevo México hacia 1990. Beckett rastrea la genealogía de Agapito Roybal el cacique hasta cuatro generaciones atrás (más o menos 1830), lo que casi lo empata con los descendientes de María.

A finales del 2019 quién esto suscribe, tuvo la oportunidad de platicar con Ed Roybal el “cacique” actual de la nación Manso-Piro-Tiwa. Aquí se presentan algunos indicios de relaciones y

sustratos que existirán en la formación de Paso del Norte. De la misma manera que en el caso de los Roybal, la información es poca, indirecta, inconexa y sesgada por la negación de lo indígena. Sin embargo, a partir de estos pequeños indicios podemos reconstruir las relaciones y procesos de negociación entre los distintos grupos de la sociedad paseña, que desembocaron en la forma de la ciudad y de esta manera repensar la imagen y el sentido de identidad en la ciudad.

El caso de María Roybal ha mostrado una sociedad multiétnica dinámica y menos vertical de lo que la negación de lo indígena ha mostrado, el mismo Rick Hendricks así lo plantea al decir

“Los ciudadanos hispanos del Nuevo México colonial otorgaban un gran valor a los indios cautivos (a menudo indios de las llanuras) que eran rescatados de otras tribus, bautizados y criados en sus hogares. Estos individuos, generalmente mujeres y niños, fueron empleados como sirvientes domésticos y, por lo tanto, apreciados como símbolos de estatus. Si bien los académicos han considerado tradicionalmente a estas personas, denominadas genizaros, como destribalizados, el caso de María Antonia Roybal desafía esa noción” (Hendricks, 1999c, p. 86). De acuerdo con los casos que se han venido presentando, fue así desde el inicio del contacto entre novohispanos e indígenas, se fue enriqueciendo y complejizando hasta que la mimetización prácticamente hizo que dejará de haber una distinción entre indígena y vecino en Paso del Norte. María Roybal evidencia ese urbanismo único en el aspecto de la economía local y un poco de las relaciones sociales locales, esto no parecería ser trascendente fuera de los límites de Paso del Norte, pero en el siguiente caso esas relaciones orgánicas y profundas entre los estratos, son uno de los factores que llevarán a la destitución del capitán Pedro del Barrio.

Capitán de presidio Pedro del Barrio: de la Casa de Contratación a “cómplice” de los indios

El actuar de Pedro del Barrio es un ejemplo de la rapidez que eran asimilados los recién llegados en Paso del Norte, por lo menos aquellos que así lo querían. El presente caso se complementa con el siguiente del “indio caviloso” para dar una estampa del primer momento de implementación de las Reformas Borbónicas. El cambio de política de la corona desde el último tercio del siglo XVIII trastocó las relaciones en todo el septentrión. El nivel de compenetración en unos pocos años que tuvo del Barrio, le lleva a tener relaciones con los apaches y que bajo la acusación de otro capitán de presidio le costará la salida de Paso del Norte.

Pedro del Barrio toma posesión de la capitanía del Presidio de Paso del Norte en 1766, puesto dejado por Antonio San Juan tras su muerte en 1764 y ocupado temporalmente por Joseph

de la Fuente. Pedro del Barrio llegó desde España específicamente para ocupar este puesto (Casa de Contratación, 1765), seguramente tras haber comprado la posición, a los pocos años se encontró con un problema serio ante una nueva revuelta de los Sumas, en ese marco es que se encuentran los dos expedientes que se presentan para este caso. El primero es el *Borrador del dictamen dado por los ministros de la Real Caja de México sobre las dudas que plantea Pedro del Barrio, Capitán del Presidido del Paso del Río del Norte* (Real Caja de México, 1769), el segundo es la *Carta de Manuel Gómez de Salazar, [alcalde ordinario de Chihuahua], remitiendo informe sobre el estado de las provincias de Nueva Vizcaya, Sonora y Nuevo México* (Gómez de Salazar, 1771).

El resumen del caso es que, ante la inestabilidad que se empieza a generar por las nuevas políticas, llegan grupos Sumas a asentarse en las cercanías de San Lorenzo, Pedro del Barrio tiene dudas de cómo tratar a los que para él son recién llegado, pero que en realidad tienen cientos de años haciendo lo mismo, se les otorgan herramientas y recursos para unas 100 familias. Estos Sumas asentados en 1769 tendrán varios problemas con las autoridades virreinales y Pedro del Barrio parece verse rebasado. Un joven indio que trabajaba con del Barrio toma unas mazorcas de maíz, varios soldados lo persiguen, alcanzan y capturan, pero en un total exceso del castigo amarran y matan al joven. Los Sumas se levantan tal y como lo hicieron en 1711 y muy posiblemente tendrían la expectativa de, como en aquella ocasión, llegar a una negociación, sin embargo, las condiciones ya no son las mismas. Las nuevas políticas no dan mucho espacio para la negociación y el levantamiento se prolonga, generando que muchos Sumas se unan a grupos apaches, con el aumento recíproco en las hostilidades que eso significa. No tenemos más información sobre lo que ocurre, pero parece que los sumas se integran con los apaches y que estos llegan a algún tipo de acuerdo con Pedro del Barrio no consignado en las fuentes. Es muy probable que, ante la falta de cauces oficiales para establecer paz en Paso del Norte, del Barrio acude a los tratos no escritos, aunque a la larga esto le jugara en contra.

Parece que la lección del levantamiento con los Sumas llevo a Pedro del Barrio a entablar negociaciones más cordiales y seguramente mayores concesiones a grupos nómadas, el problema vendrá cuando uno de los grupos Apaches que era “recibido” por del Barrio en Paso del Norte, ataque un convoy de otro presidio y se desencadene una serie de eventos que llevaran a la destitución de Pedro del Barrio. Pero para contextualizar esos acontecimientos tenemos que

contemplar la implementación de la nueva política de “mala paz” y la curva de aprendizaje que tuvo Pedro del Barrio.

En el *Borrador del dictamen* el Pedro del Barrio responde al virrey acerca de algunas cuestiones relacionadas a Sumas que han llegado para buscar asiento en las cercanías de San Lorenzo. Se plantea que se les den enceres para la siembra, con la justificación de que esos Sumas ayuden en la lucha contra los apaches. Los Sumas aparecen como una gran opción en esta lucha, pues ellos tendrían una forma de vida similar a los Apaches, aunque ya tienen mucho tiempo asimilados, pero como vimos hay muchos grupos de Sumas y el ofrecimiento debe ser a quienes no estaban sujetos y que deberían ser unas 90 familias:

“A informe de Don Thomas Vélez Cachupin, Gobernador que fue del nuevo México y servían del ilustrísimo señor Visitador que lo fue don Joseph de Gálvez, sobre que a los indios de la nación suma se congregaron en el pueblo de San Lorenzo de la jurisdicción del presidio del Paso del Rio del Norte se le subministrasen de la cuenta de su Real Majestad los útiles de 90 asadores igual número de coas 90 hachas 70 rejas de azar y 70: juntas de bueyes para el cultivo y laborío de sus tierras y que el capitán de dicho presidio le abone y para que el cacique capitán de la citada nación suma, el sueldo de soldado que son 100 pesos los que están asignados y goza cada uno de los de aquella guarnición, en la condición y calidad de que con sus indios haya de hacer y continuar la guerra contra los enemigos Apaches y de recibir el agua del Santo Bautizo en los términos que contiene el superior decreto de V.E. de 21 de marzo de año próximo pasado constante desde la foja 12 6ª de este expediente” (Real Caja de México., 1769, p. F1)

Es evidente que se está buscando atender las disposiciones que anteceden al Nuevo Reglamentos de Presidios que establece José de Gálvez, también del Barrio debía de suponer que el trato con los Sumas sería menos complejo, en la narración no se plantean dudas acerca de la efectividad de las disposiciones, lo que nos recuerda un poco a la forma un tanto inocente con la que se juzgaba el actuar de los Sumas que tuvieron Pedro de Rivera o Benito Crespo.

La duda que se plantea Pedro del Barrio es si debe de pagarse de un solo momento de manera anual o si se le pagara un sueldo recurrente como soldado del presidio al cacique Suma.

“Don Pedro del Barrio Capitán del mencionado presidio del Paso del rio del Norte se manifiesta que aunque se le remitió testimonio de lo resuelto y también [tachado]: y las ordenes competentes] a Don Lope de Cuellar Capitán comandante de las misiones y fronteras de la Nueva Vizcaya para que cada uno por su parte procediese a poner en ejecución la superior determinación de V.E. no ha tenido hasta ahora efecto [tachado: ni dándosele el debido cumplimiento] por las dichas que propone en dicha representación [tachado: el nombrado capitán Barrio] cuáles son le designaran si el sueldo que ha de abonar y pagan en el cacique capitán de la nación Suma, ha de ser por una vez y si se ha de

considerar como plaza de soldado, aumentada aquel presidio, y si se lo ha de subministrar en efectos útiles para el Indio y abónensele el gasto de los costos de los aperos que ha sedan a los congregados en el Pueblo de San Lorenzo el de aquella jurisdicción...indios congregados para el beneficio y cultivo a sus tierras con previa justificación y constancias de haberse bautizado el Indio capitán cacique y de hacer y continuar [tachado puesto en esa ejecución y dado se el debido cumplimiento de esto de la superior determina V.E. de que] la guerra contra los enemigos Apaches de que remitir el capitán Don Pedro del Barrio anualmente” (Real Caja de México, 1769, p. F2).

Cuando se plantea una visión un poco inocente, que más bien sería inexperta de la forma de vida en Paso del Norte, es por ejemplo que del Barrio asume que, al llegar a un trato con el cacique, esto garantizaría la diseminación automática del compromiso hacia al resto del grupo, como ocurriría en sociedades más jerarquizadas y burocráticas como la novohispana. Pero sabemos que la fragmentación en grupos pequeños por parte de los Sumas hace que esa estrategia se poco útil.

Un segundo elemento es asumir que con entregarles a los Sumas enseres y bautizarlos será suficiente para que se mantengan como aliados, como se planteó en las Breves notas acerca de los Sumas, eso es más bien una estrategia de los indígenas para hacerse de recursos. De este modo vemos que Pedro del Barrio establece una relación con los indígenas muy protocolizada, siguiendo un poco la idea prejujuada de cómo es que se debería actuar hacia los indígenas. Esta actitud se confrontará muy rápidamente con la realidad.

El siguiente documento es la *Carta de Manuel Gómez de Salazar*, en ella narra como un joven indio que trabajaba con el Pedro del Barrio sustrajo “dice que sin intención” 7 u 8 mazorcas de maíz, el capitán lo manda seguir por soldados, lo apresan, lo amarran a un árbol y lo matan si dejarlo confesarse. Los Sumas estaban “sorprendidos y asustados” y con el pretexto de que se pudieran levantar, el capitán los manda en colleras a México con los peores tratos a muchos de ellos, varios logran escapar y se unen a los apaches, dedicándose a “asaltar”. Al tiempo muchos regresaron a sus pueblos (hablan de Sumas y Norteños), pero muchos otros se quedaron con los apaches, dice que muchos de estos indios están coludidos con otros de chihuahua y por eso “les dan luz” sobre lo que hacen los españoles (Gómez de Salazar, 1771, p. F460-472).

En levantamiento de los Sumas podemos notar la ineficacia de las acciones de Pedro del Barrio, un incidente particular (la muerte del joven Suma) es seguido de una muestra de fuerza (mandar en colleras) que seguramente del Barrio considero necesario pero que no era acorde a la

manera de resolver los problemas en Paso del Norte, lejos de eso se desencadena un levantamiento.

Ese levantamiento se integrará a los conflictos con ya existentes con los Apaches. Pedro del Barrio parece aprender la lección y se mostrará con mayor disposición a negociar, adaptándose más a la forma que hemos visto que era la vida en Paso del Norte, lo que es visto por el alcalde de Chihuahua como un exceso: “Las reglas con que se gobiernan dichos pueblos [nómadas] podrían ser suficientes para otras jurisdicciones mas no para allí, donde se necesitan otras de mayor precaución, respecto a que los indios entran, salen y viven, casi como se les antoja, porque falta el rigor de la sujeción, que demanda su carácter y la proximidad del contagio” (Gómez de Salazar, 1771, p. F472). Es interesante que 2 años antes Pedro del Barrio parece tener la misma visión que Gómez de Salazar y de ahí la represión hacia los Sumas que empeoró las cosas. La expresión “salen y viven casi como se les antoja” es evidencia de la existencia paralela de formas de vida nómada y sedentaria conviviendo en Paso del Norte hacia 1771.

Al respecto de lo que para el alcalde de Chihuahua eran esos excesos dice:

“con la libertan y tolerancia que se deduce están en lo general tan insolentados que causa empacho la altanería, con que a veces tratan y desprecian a los españoles teniéndoles en menos y no es mucho cuando los ven matar, destrozar, huir y en sumo abatimiento por los de su igual generación y acaso no pocas veces ellos mismos. Los españoles hacen duros, rancheros y demás que viven y tienen bienes de campo los sobrellevan contemplan y obsequian temerosos de que no les acarren la destrucción” (Gómez de Salazar, 1771, p. F473).

Los adjetivos que usa Gómez de Salazar muestran un profundo desprecio hacia los indígenas, está claro que los considera inferiores y que debían estar sumisos a los españoles. Es evidente que el alcalde no alcanza a comprender un complejo y añejo tipo de convivencia, cuando dice que incluso los españoles viven temerosos y obsequian cosas, es en realidad parte de un proceso de negociación.

De acuerdo con Andrés Reséndez la escalada de enfrentamientos a partir de cambio de política imperial hacia los “enemigos” apaches, trajo consigo la intensificación de la esclavitud como un medio de hacerse de riquezas (Reséndez, 2019). En el caso de los niños, era también una forma de aculturación evitando que regresaran a sus pueblos de origen y que se engrosaran la cantidad de enemigos del imperio, Gómez de Salazar nos deja un asomo de este proceso:

“ha concurrido igualmente que las piezas pequeñas apresadas a los enemigos se diesen a los vecinos de allí, para que se sirviesen de ellos porque muchos con la ocasión de estar inmediatas sus tierras han vuelto con los suyos y sido grandes enemigos, domesticados y labrados ya con nuestro trato. En el día ay algunos y convendría que a resbarredera se extrajesen y no se parase con ellos hasta donde les fuese imposible su regreso (Gómez de Salazar, 1771, p. F473v).

Genizaro es el nombre con el que se les conoce a estos indígenas que ha sido asimilados y que no regresan con sus pueblos originales, condición que en Paso del Norte tenía María Antonia Roybal. La adjetivación que Gómez Salazar hace de los Genizaros desde Chihuahua en 1771 no parece corresponder con la urbanidad que habíamos podido observar en Paso del Norte en 1768 con el ejemplo de María Roybal, abonando al argumento de lo distinto que puede ser la convivencia en un lugar y en el otro.

El Indio Caviloso que impidió una expedición para castigar indígenas en 1774

El “indio caviloso” es un caso en el que un indígena de Paso del Norte evita una campaña de ataques contra grupos apaches de la zona de Janos. Que no se consigne el nombre de este “caviloso” esta parte de la negación de los indígenas en las fuentes, que se capaz de detener una campaña, encabezada por el capitán del presidio a partir de la negativa de los vecinos, es también el reflejo de una sociedad paseña con fuerte cohesión social y también pone de manifiesto la capacidad de los indígenas de influir en las decisiones más trascendentales en la vida de Paso del Norte.

Para el presente caso se utilizan tres expedientes. *Expediente sobre el estado de la provincia de Nuevo Vizcaya y Coahuila* (O’Conor, 1773), accesible en el sistema PARES del AGI y que funciona un poco como antecedente; *Expediente sobre las noticias recibidas de Texas, Nuevo México y Nueva Vizcaya* (Penamas, 1774), también resguardo en el AGI en donde se encuentra la narración del “indio caviloso”; *Relativo a la solicitud de los apaches, para que se les conceda la paz* (Gálvez, 1776), depositado en el AGN, contiene la concesión de paz hacia unos apaches por José de Gálvez en 1776 y que sirve para ver el curso de los acontecimientos posteriores.

El *Expediente sobre el estado de la provincia de Nuevo Vizcaya y Coahuila* es un documento muy amplio que compila información general de distintas localidades. El primero de los sucesos relevantes para el caso es el de un joven de 15 años que huyó de los apaches que lo habían capturado. A su regreso el muchacho deja una rica narración de los grupos “apostatas” con los que

había estado. Deja claro que los grupos que asolaban la zona (desde Mapimi hasta Paso del Norte) no eran todos apaches. Se trataba de una mezcla heterogénea de personas que podemos categorizar como “rechazados” o subalternos de la sociedad novohispana, indios fugados (como rarámuris), negros, mulatos, mestizos, perseguidos por la ley de todo origen étnico, indios sin lugar de residencia, huérfanos de la guerra, fugados que huían de su condición económica, y por supuesto N’dee, así debieron ser muchos de los grupos que “asaltaban” en la zona y por lo tanto sus conexiones con las poblaciones permanentes muchos más fuertes que si solo estuvieran compuesto por apaches. Dice que estaban divididos en cuatro grupos principales viviendo en igual número de rancherías, que por la descripción son muy florecientes distribuidas estratégicamente, tenían milpas y otros sembradíos, contaban con una “iglesia” en el interior de unas cuevas. Según el relato parecen vivir también del pillaje, usan arcos, tienen “jacales de cuero de caballo” y su zona de acción es en el bolsón de Mapimi este de Chihuahua y oeste de Coahuila (O’Conor, 1773, p. F3-13).

Para resumir el caso, tenemos como antecedente que un joven huyo de los apaches que lo había capturado y da cuenta de la composición de este grupo, que debió de ser similar al del resto de los “enemigos” que asolaban la región. Algunos meses después ocurre el asalto a un convoy novohispano en el paraje de Ojo Caliente cercano a Paso del Norte, el enfrentamiento deja varios muertos. Melchor Penamas el Capitán de Cerro Gordo dice que los enemigos causantes del asalto al convoy son tolerados y “consentidos” por Pedro del Barrio. La queja de Penamas tiene éxito y hay un cambio en el cabeza del presidio de Paso del Norte en 1773, llegando la persona recomendada por Penamas; Antonio María Daroca.

El nuevo capitán del presidio de El Paso, encabeza una campaña contra “enemigos apaches”, que no parecen ser los mismos del asalto en Ojo Caliente, pero que desde lo dicho por él mismo Daroca es “exitosa” por la cantidad de apaches muertos y capturados. Antonio María Daroca prepara otra campaña, ahora hacia Janos, en donde la mayoría de los alistados eran vecinos de Paso del Norte, pero ya teniendo todo listo para salir, una noche antes, un indio (nunca mencionan nombre u origen) hace que todos los vecinos desistan de apoyar la nueva campaña de Daroca. Al indio lo persiguen y lo arrestan tras refugiarse varios días en la Misión de Guadalupe, no se amplía la información con respecto a que paso con este indio, pero parece claro que no hay una buena

relación de Daroca con la población y que el rechazo a la nueva campaña no era bien vista por los pobladores, además de que las campañas de vecinos contra “enemigos” no es algo que fuera compatible con la forma de vida en Paso del Norte. Sin saber a precisión los eventos posteriores, dos años después de estos sucesos, en 1776 se les concede paz a los apaches que así lo solicitaron en Paso del Norte.

Más adelante se narra parte de los sucesos del asalto a un convoy novohispano en el paraje de Ojo Caliente, los que desembocan en la separación de su puesto de Pedro del Barrio y más a la larga en el caso principal de un indio caviloso. En el informe que está a haciendo el comandante de las Provincia Internas Hugo O’Connor dice que a pesar de haber una “paz” con todas las naciones indígenas, esto sería por “haberle suspendido las hostilidades de los y hallarse toda la provincia en la mayor tranquilidad, esto no obstante la trae fundados recelos el último desgraciado suceso” (O’Conor, 1773, p. F14), refiriéndose al ataque en Ojo Caliente en donde robaron ganado y mataron varios soldados. La narración del joven huído de los apaches alarmo a las autoridades, quienes asociaron al grupo de perpetrados con los atacantes en Ojo Caliente. Esto resulto en una especie de *casus belli* pues se supone que había paz, y no hay completa fiabilidad del testimonio del jovencito cautivo, más aún, aunque fuera cierto no quiere decir que la existencia de las rancherías es una agresión o que ambos eventos estuviesen conectados (O’Conor, 1773, p. F14-15).

Por otro lado, aunque son la misma provincia; Ojo Caliente le correspondería al campo de acción del presidio de Paso del Norte y no al del Cerro Gordo (de donde viene la queja), parece entonces más bien un pretexto para romper la paz, alterando los acuerdos locales, como los que muestran en su texto Curiel y González sobre negociaciones en la frontera (Curiel & González, 2020). O bien puede estar en el marco de los conflictos entre jurisdicciones pues el presidio de Cerro Gordo pertenece en ese momento a Coahuila y El Paso a Nuevo México.

Un tercer grupo de testimonios incluye la narración del capitán del presidio de Cerro Gordo acerca del mismo asalto, en donde se acusa a Pedro del Barrio de ser cómplice de los perpetradores del asalto. El expediente incluye el documento en que el capitán de Cerro Gordo Melchor de Penamas narra como el asalto en Ojo Caliente fue perpetrado por una partida de 300 “indios enemigos” que se enfrentó con los presídiales de San Buenaventura. Ahí murieron el alférez, 12 soldados y 10 indios auxiliares, por parte de los indios hubo al menos 40 muertos. Penamas se

queja de que hay complicidad de Pedro del Barrio con los atacantes indios, también lamenta que “nadie quiere ir de juez” a dirimir el asunto de Pedro del Barrio por las “insólitas tropelías de este capitán” pues dice que tienen temor (O’Conor, 1773, p. F30-32).

La queja de Penamas es muy contundente:

“No puedo menos que quejarme a la superioridad de V.E. de la tenacidad de Don Pedro del Barrio capitán del referido presidio del Paso del Norte, en consentir en el a los enemigos en contra versión de las ordenes de V. Exa. Comunicadas por mí en repetidas ocasiones para que de ningún modo consintiese a su presidio a los enemigos de la Paz no habiéndola como correspondía en general con todos los españoles, *pues es evidente que desde el presidio despacharon sus espías a observar los movimientos de nuestras escuadras* y si digiera que dé el salen a darles no mintiera y a la verdad *es voz común de que el expresado Barrio se regocija cuando hay avería de nuestra parte* y siendo importante instruir perfectamente a V. Exa en el proceder de este Capitán he conferido comisión al Teniente gobernador Don Antonio Daroca para que reciba sobre el particular la más prolija información como también de concluir las anteriores diligencias que sobre iguales asuntos estarán pendientes por no a ver hallado yo en toda esta provincia quien quisiera ir de juez de ellas recelosas de las insólitas tropelías de este capitán... firma Melchor Penamas” (O’Conor, 1773, p. F32).

El fragmento de Penamas es muy valioso por varias razones, primero menciona las órdenes superiores de Hugo O’Conor, seguramente la que se refiere a hacer la guerra a sangre y fuego a los “enemigos indios”, pero de Barrio parece no cumplirlas, hemos propuesto que la curva de aprendizaje de levantamiento Suma en 1769 podría ser un factor, otro es el establecimiento de redes de comercio con esos grupos “enemigos” que tenían una composición tan heterogénea que es difícil pensar que no estuvieran ligados a las comunidades sedentarias de Paso del Norte.

La cercanía al Presidio del Norte es una evidencia contundente para demostrar la asociación de Pedro del Barrio con los enemigos indios. Esto suena muy plausible, los presidiales cuentan con el apoyo de indígenas cuya capacidad rastreadora es ejemplificada por el caso de Juan Phe unos 25 años antes, por lo tanto, es muy difícil pensar en que el movimiento de varios cientos de indígenas combatientes haya pasado desapercibido, dejando para la especulación el grado de involucramiento de Pedro del Barrio con los atacantes de Ojo Caliente. También el enfrentamiento en Ojo Caliente pone un halo de severa duda con respecto a las “campañas” de Joseph de la Fuente y Pedro del Barrio contra los enemigos indígenas, pues es claro que un grupo indígena armado y prevenido difícilmente dejara sin bajas a contingente novohispano con los que se enfrenten, dejando las campañas señaladas en una categoría más bien de incursión punitiva. Melchor Penamas también se queja de que Pedro del Barrio es consciente de las acciones de los enemigos

y que incluso se regocija cuando hay “avería” de los españoles, dejando en evidencia los conflictos internos, cada vez más agravados que hay al interior de los propios novohispanos, recordando un poco la lucha de facciones en las que participó Santiago cacique Manso a inicios del siglo XVIII.

Por estas razones es que Penamas pide la destitución de Pedro del Barrio:

“Mediante lo prevenido a V.S. con fecha de siete de julio último sobre la separación y arresto del Capitán del Presidio del Paso del Norte Don Pedro del Barrio Y Espriella considero habría faltado ya a los enemigos el asilo que les facilitara y me parece importante que S.M. me proponga sujeto de satisfacción a quien pueda confiarle aquel importante presidio de es la llave de las dos provincias de Nueva Vizcaya y Nuevo México o bien encargárselo interinamente al Teniente don Antonio María Daroca sin dilación de la precisa atención del arreglo de las milicias del pueblo del Paso, ínterin que averiguados judicialmente las excesas de Don Pedro del Barrio y recibido el presidio por V.S. se provea este empleo en propiedad avisándome V.S. las resultas de esta providencia y todas las novedades que ocupara. 10 ago. 1773, firma Melchor Penamas” (O’Conor, 1773, p. F39).

En la solicitud, podemos ver la importancia que tenía Paso del Norte para el resto de septentrión pues Penamas le llama “la llave de las dos provincias” y ciertamente la posición es estratégica, pues era el punto de unión más seguro y próspero entre ambos reinos. De ahí que la presencia de un capitán que se ajustará a los intereses de la autoridad central era indispensable. La resistencia a acatar la voluntad de la autoridad central es más una forma de convivencia que un intento de rebeldía en Paso del norte, Pedro del Barrio inicio su administración ajustándose a las políticas novohispanas y se dio cuenta de que simplemente no funcionaban, pero el incumplimiento total de esas políticas era contraproducente, por lo visto la tensión entre ajustarse a la autoridad central y tomar decisiones pragmáticas locales, son de una larga data y no un problema reciente entre Ciudad Juárez y el gobierno mexicano.

Por desgracia hasta el momento no tenemos la continuación de las diligencias contra Pedro del Barrio, pero si sabemos qué hacía principios de 1774 el recomendado de Penamas, Antonio María Daroca ya está despachando en Paso del Norte. Desde ahí Daroca iniciara una serie de campañas con la intención de pacificar la región, siguiendo puntualmente las instrucciones de la autoridad central. El problema es que no todos en Paso del Norte estaban de acuerdo con los enfrentamientos, menos aún los indígenas y la tensión llegará al punto en que un “indio caviloso” detendrá una de esas campañas.

El segundo expediente del caso es también muy amplio y contiene información amplia acerca de distintos temas en las provincias internas. Uno de los temas que se abordan son los

informes de Antonio Daroca, ahora capitán del presidio de Paso del Norte y de Melchor Penamas del presidio de Cerro Gordo acerca de las luchas contra los “enemigos” apaches.

En carta al rey, Daroca se narra cómo es que él encabeza una expedición de soldados desde Paso del Norte para buscar y castigar a indios enemigos, los encuentran en la Sierra de Mogano (algún punto delante de la sierra de Guadalupe), en un cañón muy estrecho. Los apaches estaban ubicados estratégicamente para defenderse, los soldados españoles no quisieron retroceder “seria mal visto el que las armas del Rey cedieran a estos embarazos” (Penamas, 1774, p. F4). La fuerza que acompañaba a Daroca estaba compuesta de 30 indios amigos, 2 destacamentos de dragones y 60 soldados de cuera, además de 80 soldados en reserva dejado en Paso del Norte. A pesar de estar bien guarecidos los apaches fueron derrotados, siendo muertos cuando menos 41 de ellos. De acuerdo con los números proporcionados por Daroca en total eran 183 españoles y aliados contra unos 500 “barbaros”, a pesar de ello los españoles solo tuvieron 5 heridos (Penamas, 1774, p. F2-5).

Un punto interesante es que no menciona haber apresado a 459 apaches (quitando los muertos), si estaban en un cañón es difícil pensar en una huida masiva, así que seguramente los números de Daroca son exagerados, también dice que “no había familias”. Entonces Con la información que Daroca proporciona tenemos que los apaches tenían ventaja de terreno, armas y estaban prevenidos, aun así, fueron estrepitosamente derrotados. Cabe preguntarse si serian guerreros a quienes enfrentó o era un pueblo distante que no tenía injerencia en el conflicto, pues si en Ojo Caliente la mitad de “enemigos” causaron 23 muertes del lado novohispano, que aquí solo hubieran 4 herido es cuando menos sospechoso. Suena más a la vieja estrategia de los capitanes para legitimar su posición a través de campañas contra grupos indígenas que presentaran poca resistencia, mostrando una supuesta lata efectividad, mucho daño al enemigo con poco costo para el imperio.

La gloriosa primera campaña de Daroca (por lo menos para él) parece animarlo a organizar una segunda, ahora contra enemigos indios en la zona de Janos:

“Don Antonio María Daroca dando cuenta de a ver arreglado seis compañías de los vecinos del Paso del Norte donde reside y demás de su jurisdicción, se encontraban en aptitud de poder tomar las armas poniendo cada una en el pie de 118 hombres incluso los oficiales y sargentos dice que después de las disposiciones que dio para que cuatro capitanes de guerra saliesen por la mañana y tarde a cortar la tierra y que cada vecino estuviese pronto

con sus caballo y armas para las urgencias, no se ha vuelto a ver en toda la jurisdicción a los enemigos apaches que hostilizaban aquellos terrenos... Persuade también a su actual tranquilidad la noticia que da de haberse restituido al pueblo del Paso los cordones que salieron para la capital de la provincia, Salinas, Chihuahua sin haber visto enemigos en ida y vuelta” (Penamas, 1774, p. F7).

Por lo manifestado, parecería que las acciones de Daroca eran la solución a los problemas de los ataques enemigos. Ha hecho una campaña punitiva, mantiene en armas a un grupo considerable (118 hombres) y tiene salidas constantes. Que no se haya visto al enemigo, que se les abata en cada salida y que los vecinos estén prestos a tomar las armas por la corona son sin duda, la clase de noticias que las autoridades centrales querían escuchar, por lo que parecían haber acertado en la elección de Daroca, o esa impresión se genera desde las fuentes. Sin embargo, no todos estaban conformes con esta movilización e incremento de las hostilidades, por lo menos no en Paso del Norte.

Justo antes de iniciar la campaña hacia Janos sucede una especie de motín, en donde los vecinos se niegan a participar en la lucha contra los indígenas:

“Con motivo de hallarse [Antonio Daroca] aún convaleciente de la herida que recibió en la salida contra los apaches, y no poder evitar por esta causa sublevación que intentaban los vecinos, e indios que tenían prevenidos para el presidio de Janos, y debían salir inmediatamente, *les admitió el escrito* que le presentaron negándose a obedecerle *sugeridos de un indio que hay entre ellos bastante cavilosos y sedicioso y les mando se retirasen a sus casas*; pero no advirtiendo enmienda en el motivo de las inquietudes de aquella jurisdicción sin embargo de sus comunicaciones les mando poner preso, que no se verifico por haberse refugiado a la iglesia de donde salió después a continuar sus maldades en la misma jurisdicción” (Penamas, 1774, p. F8).

La “sublevación” se ejecuta mediante un escrito, lo que significa que es una acción formal jurídica para no acatar las órdenes del capitán. Aunque en la misiva de Daroca se insinúa que es la acción de un indio, el que se presente de manera colectiva muestra una amplia cohesión interna. No ponemos en duda que el liderazgo lo pudiera ejercer un indígena, hemos visto que los indígenas pueden tener una fuerte influencia en el actuar del resto de la sociedad paseña, pero detener una campaña militar debe ser una acción concertada por los distintos estratos sociales, llevándolo al punto de dejarlo por escrito. En el fondo de esta negativa está el malestar por las campañas, ya sea por el desgaste económico que significa para los vecinos, o bien porque los paseños tuvieran tratos/conocidos/familiares/negocios con los “enemigos”, incluso simplemente porque consideraban que no era correcto, lo más probable es que fuera un poco de todo.

En cuanto al “indio caviloso y sedicioso” es de notar que no se da detalles de su “clase” (origen étnico), ni de su lugar de residencia (San Lorenzo, Senecú, etcétera.). En un contexto de guerra, la sublevación es tan grave como la acción de los enemigos. Si recordamos el caso Juan Caititi, Tigua que intenta huir de Paso del Norte hacia los pueblos levantados en 1680, el apoyo (incluso no verificado) hacia el enemigo es severamente castigado. En el caso del indio caviloso, tenemos que incluso es protegido por el religioso de la misión de Guadalupe e incluso continua con sus actividades, en definitiva, estamos ante un proceso distinto al de la “traición” y más bien el escrito es sumamente parcial como para clarificar el asunto. Por otro lado, preferir adjetivar al indio en lugar de reconocer su nombre es parte del proceso de negación, parecería que no merece ser llamado por su nombre, tal vez desde afuera de Paso del Norte sea visto como inferior, pero a juzgar por lo narrado, hacia el interior de la sociedad paseña debió ser alguien respetable, lo suficiente como para encabezar un acto abierto de rebeldía a la autoridad central.

Los adjetivos esgrimidos como ofensa al indio pueden ser congruentes con el argumento anterior. Le dicen caviloso, la Real Academia de la Lengua Española (RAE) define esa palabra como: “Que, por sobrada suspicacia, desconfianza y aprensión, se deja preocupar de alguna idea, dándole excesiva importancia y deduciendo consecuencias imaginarias” (R. A. de la L. Española. D. de la lengua española RAE, 2022). En nuestro caso, lo que implica es el reconocimiento implícito a la astucia y capacidad negociadora del indígena. Más adelante Antonio Daroca dice haber logrado aprender el indio caviloso:

“que luego que llegue al comandante inspector procederá a la averiguación de los motivos de por qué presento el escrito para no ir a Janos como les previno a los demás vecinos que había nombrado a este fin, añade que con la división del vecindario en los cordones que forman para concluir sus efectos a varios lugares siempre está el país cubierto y mantienen de este modo sus comercios para lograr la subsistencia y seguridad. México 27 de enero de 1774. Firma Melchor Penamas” (Penamas, 1774, p. F9).

El caso pasa a una autoridad superior, la del Comandante Inspector y aunque no tenemos el resultado de esas diligencias, si queda claro que supera los alcances del capitán del presidio, en cierto sentido, el urbanismo único de Paso del Norte rebasó a Antonio Daroca. La última parte de la carta de Penamas menciona algo muy interesante, dice que con la división del vecindario el Paso está abierto y mantiene comercio, es decir planta una severa duda pues a pesar de las hostilidades que hay en otros lugares como La Junta de los Ríos, Janos, Chihuahua, Cerro Gordo, entre otros

(mencionados en el mismo expediente), en Paso del Norte se mantiene abierto el comercio, la insinuación que subyace es la de que los vecinos del Paso tendrían tratos con los “enemigos indios” y por eso pueden mantener el comercio sin los enfrentamientos que hay en otros lados. No sería sorprendente si atendemos la historia de la presencia indígena en Paso del Norte, por lo menos en los 15 casos anteriores. Penamas no da la impresión de ser inocente y tienen una clara idea de la geopolítica local, sabe que en Paso del Norte tienen una buena relación con los apaches y que los “enemigos indios” son parte de la misma sociedad paseña. Con las debidas distancias, es un poco como el conflicto actual en Afganistán, en donde los mismos vecinos están emparentados con los que son conocidos por los occidentales como “enemigos”, no significa que no tengan guerras intestinas, pero tampoco que puedan olvidar por orden de una autoridad central sus lazos ancestrales.

En todo este panorama, la posición de Paso del Norte era esencial para el funcionamiento regional de la Nueva España, el presidio era tanto un eje de comunicación, como un lugar de encuentros. Como tal era el lugar para firmar la paz y negociar el futuro. Las hostilidades contra “indios enemigos” continuaron, pues era una política imperial, la guerra de exterminio “a sangre y fuego”, hizo mella en los grupos apaches, quienes veían reducido su espacio vital cada día más. Por ello, varios grupos deciden firmar la paz, algunos años después del indio caviloso tenemos que se solicita paz en Paso del Norte:

“Informando el Rey de las noticias que haría V.E. en acta de 21 de mayo último referente a las del comandante inspector de presidios Don Hugo O’Conor y del theniente de gobernador del Paso del Norte, en punto a la nueva solicitud de los Apaches para que se les conceda la paz que piden, y respuesta que pensaba V.E. dar al primero; espera V. E. las resultas con la misma den confianza que manifiesta V.E. de que sean verdaderos los deseos de la paz pretendida por los citados indios. Dios que a V.E. M. A. San Idelfonso 26 de Agosto de 1776” (Gálvez, 1776, p. F1).

El caso del indio caviloso no parece haber cambiado el rumbo de la lucha contra los enemigos indios, pero si puede ser uno de los factores que empujaron la decisión de cambiar el presidio de ubicación. Ya desde 1711 (véase caso de Santiago cacique Manso) se barajeaba la posibilidad de mover el presidio hacia el sureste, pero no se concretó nada hasta 1787. Los argumentos en contra del movimiento son obvios, el paso principal del río del Norte seguía siendo Paso del Norte, el momento del cruce era uno muy vulnerable, podían tardar más de mediodía en la acción según

Pedro de Rivera, y si El Paso era eje del comercio regional no podía descuidarse la posición. En oposición a esto, parece que la relación entre vecinos y autoridades centrales llegó a un punto insostenible, de abierta sedición, además no se registraron ataques directos en gran escala a Paso del Norte, como si ocurrieron en lugares como Janos, Casas Grandes o la Junta de los Ríos. Entonces poner un presidio a un par de jornadas con una traza urbana de una población continuada que los unía, parecía ser una solución a la paradoja planteada.

Un capítulo de la vida diaria de Paso del Norte en 1773

Para poder asomarnos a la forma de vida urbana que se manifestó en los acontecimientos del indio caviloso se presentan el testimonio de un religioso que escribió acerca de su estancia en Paso del Norte en 1773. El expediente lleva por título *Estado de la Misión de San Lorenzo, el Real Pueblo de Zumas* (Delgado, 1773), escrito por Fray Carlos Delgado y cuyo original se encuentra en el AGN, aunque hay una versión en inglés publicada por Hackett (1923a), sin embargo, en esa publicación solo se encuentra la primera parte del informe.

El caso consiste en que, Carlos Delgado llega a Paso del Norte con la intención de aclarar las recientes quejas del visitador del virrey de nombre Ornedal. La visita no dejó bien parada a la administración franciscana, tras una breve descripción del reino y de Paso del Norte, Delgado desmenuza uno a uno los dichos de Ornedal e intenta desmentirlos. En el fondo se encuentra el intento de secularización de las misiones franciscanas, pero en el camino nos legó una serie de detalles para entender la vida diaria paseña.

La narración de Carlos Delgado ofrece información en varios ordenes distintos, como ubicación, características, actividades o incluso la tenencia de la tierra. En la versión corta de Hackett se dan algunos detalles: “Hallase esta población en las márgenes del río del Norte... hay un Cerro que llaman de las minas al N. de dicha población y de la otra banda del río por permitir horizonte sonsitivo” (Hackett, 1923b, p. 338), el cerro del que habla puede ser las elevaciones frente al Cristo Rey en el actual distrito de Sunset Heights o bien en la elevación que hoy ocupa UTEP. Ahora sabemos que no se extrajo ningún mineral de interés para los novohispano durante el periodo virreinal, entonces cuando habla de minas, es muy probable que se refiera a minas de arena para la fabricación de cerámica. En el capítulo anterior se hizo referencia a la importancia de

la fuente de materia prima que significó las Montañas Franklin, o más probablemente el Cristo Rey y sus alrededores, para los grupos Jornada Mogollón y después para los Mansos, quienes no abandonaron esa fuente de materia prima como parte de sus elementos identitarios, por lo que habría una conexión entre la topología y la dinámica histórica. Delgado continúa con la descripción:

"Comprende dicha población cinco misiones de indios, nombradas las de Nra. Sra. de Guadalupe y Sr. S. José del Paso, sus indios de nación mansos puros y pimas, los mansos fueron sus primeros pobladores y hoy totalmente extinguidos, en cuyas tierras se hallan poblados nuestros vecinos con sus huertas y casas solares, unos por compras otros por donación de sus jefes mezclados en sus habitantes indios, y españoles, teniendo aquellos sus labores y acequia separada y estos una acequia madre, que comprenderá dos ventanas" (Delgado, 1773, p. F1).

La referencia pima debe ser un malentendido ya sea de la fuente original o de la paleografía. Ya se había comentado en el caso de Nicolás Lafora que el decir que ya no existen los Mansos es una manera de legitimar la apropiación del territorio por parte de los novohispanos. Además, afirma que los terrenos que ocupan los novohispanos fueron comprados a los jefes indígenas, cuando ya hemos visto a lo largo de los ejemplos que los jefes o caciques no tenían la autoridad para hacer por su cuenta esas ventas, así que es un intento muy superficial de legitimar la posesión. Finalmente refiere que viven todos mezclados, lo que es coherente con la información que hemos ido mostrando.

En el expediente que se encuentra en el AGN hay una segunda parte en donde se da cuenta de los motivos de la visita de Delgado. Se trata la respuesta a la visita y recomendaciones que hizo el visitador Antonio de Ornedal, aquí el prelado se plantea decir "como están realmente" las misiones, incluye acaparamiento del trabajo y limosnas de los indios. Ornedal cae en distintas incongruencias, pues reporta que los indios no hablan castellano, a lo que replica Delgado que entonces ¿Cómo se quejaron con él? Además de que son tantos y tan variados los idiomas que los misioneros no alcanzan a saberlo todo. Parece que hay aquí una estrategia de las comunidades de "cruzar" a los distintos rubros de las autoridades, pues a unos le dicen una cosa a uno y otros les dicen lo opuesto, por ejemplo, acusan a los religiosos con los administrativos, a los militares con los religiosos y así consecutivamente (Delgado, 1773, p. F2).

Delgado dice que Ornedal no da referencia de quien o quienes le dieron las quejas, nombres o cargos, dando a entender que tomó las declaraciones sin cuidado y facciosamente, diciendo que se habría juntado con individuos que odian a los misioneros o les "quisieran hacer, no siendo lícito"

pues les convenía desprestigiar a los religiosos (Delgado, 1773, p. F3). No es la primera vez que se dan estos pleitos entre autoridades civiles y religiosos (ver caso de la fundación de Paso del Norte, así que parece que en el fondo está la disputa de la jurisdicción de los misioneros. En ese sentido, Delgado alude a unos casos del obispado de Guadalajara en relación con las misiones de Coahuila y Nayarit, en donde el real patronato tendría un límite y los religiosos pueden actuar libremente para, por ejemplo, administrar los sacramentos, sin el permiso del obispo, o cambiar de sede sin el visto bueno del virrey o gobernadores. Es la disputa de mantener la primacía en la labor de poblamiento (Delgado, 1773, p. F9).

El tercer punto es que los religiosos les quitan cosechas a los indios, además de obligarlos a trabajar para ellos, a lo que responde Delgado que los indios “insisten en darles a los religiosos parte de su cosecha” aunque les han dicho que no (Delgado, 1773, p. F11), en lo que parece una exageración, sobre todo al no poder tener la opinión no mediada por la autoridad de los propios indígenas, lo que es cierto es que hay presión por a sobreexplotación de la mano de obra indígena. Otro punto es:

“que estando ya las misiones de aquella villa y la del paso del río del norte [...] hábiles y capaces por ser las obvenciones que producen suficientes y sobradas para la manutención del religioso o religiosos parece que es llegado el caso de que se puedan erigir en curatos colados, pues está informado que las de aquella villa pasan de dos mil pesos [...] y los provenientes del Paso casi llegan a los dos mil quinientos pesos” (Delgado, 1773, p. F11). Lo que plantea es que se puedan hacer curatos que sustituyan las misiones por haber suficiente dinero para hacerlo en cuestión de limosnas e ingresos de las misiones. Aquí también está la disputa por cambiar regulares por seculares, pues en la propuesta de Ornedal es que se pongan curas que dependan del obispo de Durango. A lo que responde Delgado que: “Ya parece exmo. Señor que se va descubriendo el ovillo del hilado. Recuerdo a V. ex. aquí (aunque lo tendrá mui presente) que D. Tomás Veles De Cachupin, Gobernador por S.M. de la provincia de Santa Fe, Capitán General de la nueva México, intento que en las ocasiones de remoción de religiosos de una a otra misión” (Delgado, 1773, p. F12). Los Franciscanos pretenden mantener el control de las misiones norteñas, pero los aires de cambio ya parecían irreversibles.

Con respecto a la trayectoria que idealmente seguían las misiones, Dizán Vázquez dice: “Los conventos de los frailes que trabajaban en la evangelización de los indios se llamaban doctrinas. Cuando se consolidaban con una población mayoritariamente cristiana, se convertían en parroquias o curatos de indios y para distinguirlas de las que seguían

dedicándose a la conversión de los indios gentiles, a éstas se les llamó después conversiones o misiones. Cuando las parroquias de indios llegaban el momento de suficiente madurez religiosa y autonomía política y económica se secularizaban, es decir, pasaban a la administración de los obispos” (Vázquez, 2004, p. 65).

Entonces, la labor franciscana era convertir y enseñar la fe, una vez que se consideraba hecho, se secularizaba, según sus preceptos los franciscanos no deberían mantener más del tiempo necesario una misión (sería pecado de soberbia) o por lo menos va contra sus principios. Se cedía cuando se "consolidaba una población mayoritariamente cristiana", pero según los franciscanos esto no sucedió en Paso del Norte, por lo menos no hasta 1773. De cualquier modo, los franciscanos mantendrán el control de la misión, muy tardía si se compara con el resto del virreinato, sumando un factor más al urbanismo de Paso del Norte.

Organización de Paso del Norte desde las fuentes militares entre 1788-1794

Tras el traslado del presidio a San Elizario, la comunicación militar estuvo centrada en aquella población. Ya fuera de la presión de la vida cotidiana y su forma única de convivencia en Paso del Norte, los informes de los militares nos ofrecen una visión más serena y que en términos logísticos coincide en considerar a Paso del Norte una sola población desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario. Para ello se retoman 4 expedientes, todos resguardados en el AGI/S y recuperados en el portal PARES.

El primer expediente es *Indios paz con los Comanches* (Sin autor, 1788), en el que se plantea que los Comanches sean usado para en la guerra contras las otras naciones apaches. El segundo expediente *Presidio de San Elizario* (Onofre, 1788), se solicitan reconocimientos y apoyos a soldados del presidio, lo que nos aporta información contra factual de la actividad militar en el presidio. El tercero es *Armamento San Elizario. Provincias Internas* (Gardoqui, 1794), son varios testimonios, en el que se incluye una referencia explícita acerca de que debe considerarse una sola población desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario. El último es un expediente muy corto *Sobre envío de indios prisioneros de guerra desde las Provincias Internas a Cuba* (Sin autor, 1799), el cual nos da muestra evidencia de que como a los enemigos capturados se les envió a Cuba. En total, la información aportada por las fuentes militares nos da una idea de las condiciones que se están viviendo en Paso del Norte tras la implementación de las reformas borbónicas.

Los Comanches se desarrollaron principalmente en lo que hoy es Texas y Coahuila. Este grupo llega a un acuerdo con el gobierno virreinal para que mantengan un comercio abierto con ellos y ayuden a hostilizar al resto de los apaches, en especial Lipanes y Mezcaleros. Esto va a generar que los Comanches aumenten sus territorios hacia el oeste, generando una presión que obliga a varios grupos a ocupar áreas como las cercanas a Paso del Norte (Hämäläinen, 2009). Lo anterior va a alterar la dinámica tradicional que se había dado en esta región. Con más grupos y menos áreas de caza-recolección los apaches incrementan la caza por pillaje, es decir el robo de ganado, lo que a su vez aumenta las hostilidades con los novohispanos, generando un círculo vicioso no visto con anterioridad en Paso del Norte.

El Comandante General de las Provincias Internas informa de una serie de pláticas que tienen con los Comanches: “La intención sobre el gobernador [de] atraerla a la paz, que han celebrado, y conservar las otras: a fin de que unidas formasen un cuerpo más fuerte de auxiliares para emplearlos contra los Lipanes” (Sin autor, 1788, p. F1) . Si bien el objetivo principal de la ofensiva novohispana son los Lipanes, lo cierto es que los Comanches también son enemigos ancestrales de los Mezcaleros y Faraones, así que el acuerdo también afecta a los apaches de Paso del Norte. Otro tema que estimula los acuerdo es la presencia de otros imperios en el septentrión:

“Es muy conveniente llevar es adelante esta empresa por lo mucho que interesa al estado ganar de nuestro partido la expresada nación representada por la muy fuerte y aguerrida entre todas las septentrionales pues a más de los fuertes primaros, indicaron se descubrieron otros con más entere estas gentes, con respecto a que encontrándoseles Armas de fábrica y marcas inglesas se puede revelar si tienen alguna relación directa con las colonias de esta nación, si les tienen por mano de otras parcialidades probándose de una u otra suerte que las ranherías (Sin autor, 1788, p. F5).

José Ruíz Ibáñez (2013), señala que uno de los motores principales de la política de vecindad del imperio español fue la constante amenaza de las potencias extranjeras en sus dominios, veían como algo de primer orden por atender la intromisión extranjera en sus fronteras (aunque fueran difusas), por eso la insistencia de este argumento en los archivos, aunque en casos como estos, se tiene evidencia palpable de ese contacto, en realidad fueron relaciones esporádicas y funcionó más bien como una excusa para emprender acciones bélicas.

El expediente del “Presidio de San Elizario” (Onofre, 1788) se compone de una serie de misivas de soldados y respuestas de las autoridades con respecto al reconocimiento de los méritos de campaña. Esto era en función del dinero que podrían o no recibir los soldados como premios a

su actuar o bien como prueba para obtener mejores ingresos para el retiro de los soldados. En uno de estos casos se especifica: “24 años desde la clase de soldado; se han hallado en 60 campañas e innumerables correrías ejecutadas contra los Barbaros, y pide su retiro al Alférez” (Onofre, 1788, p. F2) . La petición es denegada: “El cabo bustillos solo es acreedor a la gracia del invalido seguir lo resuelto en el citado Real Decreto, pues no ha cumplido los 25 años que se requieren para ser digno de la gracia que se solicita del retiro del Sargento” (Onofre, 1788, p. F4), si bien, parece una exageración la cantidad de campañas ejecutadas por un solo soldado, si nos muestra un aumento sustancial en la cantidad de acciones emprendidas contra los “enemigos indios”.

De acuerdo con la petición, el soldado en cuestión debería de haber hecho unas 3 campañas por año, esto más las “correrías”, lo que suena a que no descansaban. Si recordamos información como la de Joseph de la Fuente o Antonio Daroca, las campañas deberían durar como menos unas dos semanas y se podían prolongar hasta 3 meses o incluso un año, mientras que las correrías serían de no más de dos semanas. Por esto es por lo que parece una sobredimensión. Pero si tomamos en cuenta las fechas, quiere decir que el cabo Bustillos inicio como soldado en 1765, en tiempos de Joseph de la Fuente y por tanto al comenzar los efectos de las reformas borbónicas. Antes de ese momento no tenemos parece haber solicitudes de este tipo, lo que es un indicador del aumento de las hostilidades. De hecho, en otro de los expedientes se contradice la posibilidad de una cantidad tan alta de campañas:

“que todas estas razones influyen inmediatamente a la reforma de las expresadas tres compañías de milicias, por la cual se decide, mediante a que jamás han hecho servicio alguno útil, ni están en disposición de ejecutarlo porque en realidad son nominales y absolutamente inútiles en su actual pie pues sus individuos carecen de armas, monturas, caballos y vestuario y no hay fondo conque facilite estos auxilios” (Gardoqui, 1794, p. F10-11).

En *Armamento San Elizario* (Gardoqui, 1794), podemos ver que el costo del traslado del presidio fue muy alto, pues además de la construcción del fuerte, el pago a más tropas, tenemos que se tenía que guarecer con armas y caballos a los vecinos, pues recordemos que bajo el Nuevo Reglamento de Presidios, los vecinos son considerados milicianos quienes ya no aportan a voluntad para la defensa, sino que tienen un compromiso explícito de actuar en las campañas militares y para ello se requiere que tengan armas y caballos:

“Previmiento de que el rey se conforme en que verifique desde luego las reformas de las tres compañías de las milicias de la jurisdicción del Paso del Norte y aplique los 4.556 pesos de plata y sean depositados del fondo destinado a la subsistencia de ellas para la conclusión de la obra del presidio de San Eliciaro y compra de armas y caballos para los vecinos de la misma jurisprudencia. (Gardoqui, 1794, p. F1) .

Ante esta situación, eventos como los del “indio caviloso” son inadmisibles para la implementación de la nueva política. Entonces se tiene condición social muy desfavorable en Paso del Norte en donde las milicias son consideradas inútiles, por lo que se prefiere el traslado del presidio, con un muy alto costo que incluye la exención de los impuestos reales a los vecinos de San Elizario (Gardoqui, 1794, p. F5), pero todo esto era necesario para poner en marcha las disposiciones virreinales.

A pesar de que se insiste que el destacamento de Paso del Norte ha estado en todo momento inútil en la guerra (se refiere a la falta de participación en las “campañas”), se reconoce que se tiene hostilizada la jurisdicción, lo que implica que la población de Paso del Norte en sí misma no ha sido atacada nunca. Además nos muestra que a población siguen siendo milicianos y que están bien organizados como para formar partidas militares rápidamente: “Hace presente: que hostilizados duramente por los indios enemigos en el año de 1778 la jurisdicción del pueblo del Paso del Norte se arreglaron sus milicias formando un escuadrón de tres compañías compuestas cada una de capitán, teniente, alférez, sargento, 4 cabos, 4 granados, 30 soldados, 10 supernuminios y 15 indios de calidad auxiliares” (Gardoqui, 1794, p. F9) . Entonces, se deduce que hay suficiente población como para formar tres compañías (de al menos 67 individuos cada una), a pesar de que no son la mayoría, los indios siguen siendo parte importante en la formación de milicias y como parte de las tropas (como fueron los tlaxcaltecas en Coahuila).

Otro aspecto que se desprende de este expediente es que, al hacer una evaluación de las condiciones de la población, pensado en la erección o movimiento de los presidios, Diego de Gardoqui informa al comandante teniente General de las Provincias Internas que: “del presidio de San Elecearío situada desde el año 1789 a la distancia de cinco leguas de la cabecera y de que el intermedio que de uno al otro extremo hay lo ocupan las poblaciones de la Ysleta, Senecú, el Socorro y San Lorenzo, demuestre que *substancialmente debe considerarse un pueblo no interrumpido*” (Gardoqui, 1794, p. F10). Esta observación es reveladora en cuanto a reconocer una

continuidad en la presencia de población entre la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe y el Presidio de San Elizario, perfilando la forma dispersa de la ciudad.

Más adelante en el mismo expediente, pero en otro asunto, se reafirma esta observación en una carta firmada por Pedro Jara (la anterior fue Don Diego de Gardoqui):

“Disfruta el beneficio de ella la jurisdicción del pueblo del Paso y actualmente del inmediato auxilio protección y defensa de la compañía presidial de San Eleceario situada desde el año de 1789 en el paraje de los Tiburcios, distante cinco leguas de la cabecera, ocupando el intermedio que hay sé uno a otro extremo las poblaciones de Ysleta, Senecú, el Socorro y San Lorenzo: de forma *que distancialmente se ve considerarse un pueblo no interrumpido*”. (Gardoqui, 1794, p. F32).

Así que dos militares en contextos distintos y para fines diverso coinciden en señalar que Paso del Norte es una sola población desde Misión de Guadalupe hasta San Elizario, lo que es congruente con los que se ha venido planteando en ejemplos como los de Pedro de Rivera en 1726 y Nicolás Lafora en 1776.

En complemento a los dichos anteriores acerca de que, la esclavitud indígena fue parte de las actividades económicas y un pretexto para el aumento de las hostilidades, tenemos un expediente en el que se le informa al gobernador de Cuba acerca del arribo de prisioneros enemigos apaches:

“Aranjuez 11 de abril de 1799. Al Capitán general de Cuba. Avisándole que el Rey ha aprobado al Virrey de Nueva España el que remita a aquella plaza todos los indios barbaros prisioneros de guerra que le envíe el comandante general de las provincias internas de aquel reino por las justas causas que manifiesta; a fin de que tome las providencias que juzgue convenientes sobre el destino que ha de señalar a los referidos indios” (Sin autor, 1799, p. F1).

De acuerdo con la narración de García de León (2017), los prisioneros eran llevados en colleras por el Camino Real hasta la Ciudad de México, de ahí los trasladaban a Veracruz para llegar finalmente a Cuba. Amén de las condiciones infrahumana a las que se veían sometidos estas víctimas de las “guerras convenientes”, su destino rara vez los veía vivir más de un par de años, pues poblaciones tan mimetizadas con su entorno difícilmente pueden acondicionarse a condiciones tan disímolas como la del norte novohispano y el caribe. Andrés Reséndez dice que no es posible saber a precisión cuantos indígenas fueron comercializados como esclavos y menos aún cuantos pudieron escapar. Lo que si podemos saber es que aquellos fugados recrudescían sus acciones, formando comunidades paralelas como las narradas en el caso del indio caviloso, además muchos preferían

morir antes de ser aprisionados y encollerados hacia tierras distantes. Lo anterior generó una presión no vista antes que apuntaló la forma urbana en Paso del Norte, pues al no poderse permitir fisuras en la organización miliciana de los presidios, fue necesario mover de un extremo al otro el presidio, consolidando la forma dispersa y con más de un centro de la ciudad.

La importancia de los expedientes militares entre 1788 y 1794 es que nos da una clara vista de cómo completo el proceso para dar una traza urbanizada de Paso del Norte dispersa y con más de un centro urbano. Para aclarar este punto es necesario dejar sentado que, en las distintas fuentes, así como en las huellas materiales de la actualidad es evidente que Paso del Norte era una sola población desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario, con un continuo de casas-huertas que tenían pequeños centros urbanos en San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro, en cada uno había una organización y trayectorias propias, incluso un dialogo por separado con las autoridades centrales civiles y religiosas. En el urbanismo de hoy en día, cuando hablamos de una organización espacial similar, se le suele llamar ciudad policéntrica, pero para evitar caer en un anacronismo, aquí solo se deja apuntado que si Paso del Norte es una sola población, entonces hay varios centros en ella.

El traslado de presidio a San Elizario es una necesidad que las autoridades virreinales tenían para poder poner en práctica su nueva política, y aunque estaban dispuestas a asumir el costo económico, necesitaban asegurarse de que el traslado sería efectivo. Por ello, se mantuvieron unidos a Paso del Norte, pero al extremo opuesto del foco urbanizante de la Misión de Guadalupe. De no haberlo hecho, era muy posible que tuvieran el mismo destino de los presidios que se fundaron en las cercanías para sustituir a Paso del Norte; El Carrizal y San Carlos, el primero nunca pudo aumentar su población y el segundo se despobló al cabo de pocos años. La posición estratégica y las relaciones profundas que había en torno a Paso del Norte no permitió que el presidio dejara de estar cerca de la ciudad.

Misión y Presidio como las dos instituciones pilares del sistema septentrional de la Nueva España, mantuvieron una relación orgánica en Paso del Norte y fueron elementos urbanizantes de primer orden. El presidio se mantuvo en lo que hoy es el centro de Ciudad Juárez hasta 1787, cuando se trasladó, lo hizo evitando los otros centros urbanos *poblados de manera continua*, pero sin desligarse de Paso del Norte. Por su parte, la Misión también contribuyó a la forma dispersa y

de múltiples centros, tras el asentamiento de los exiliados de 1680, se concretaron 5 misiones continuas; Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro. El sistema misional franciscano hacía que todas tuvieran cierta independencia, aunque estuvieran en un *continuo de población*, resistieron el proceso de secularización que hacía finales del siglo XVIII había sido efectuado en casi todo el virreinato. Al sumar elementos de Paso del Norte como presidio, misión y lugar de presencia indígena, es posible entender un poco más la traza urbana y el urbanismo distintos, que han pervivido en cierto grado en lo que hoy es Juárez-El Paso.

Entonces los indígenas si han estado presentes en la conformación urbana de Paso del Norte, esto visto desde las fuentes virreinales, pero también es cierto que a partir de la última década del siglo XVIII se empieza a difuminar el estrato indígena, o mejor dicho se empieza a difuminar la mención de los indígenas en las fuentes escritas. Ya vimos una característica esencial del estrato indígena es la capacidad de mimetizarse con el marco jurídico-administrativo vigente, usarlo y ser resilientes a él. Hasta el siglo XIX, “ser” indígena podía representar ventajas en el sistema virreinal (dentro de una condición general de subalternidad), posteriormente a esas fechas “ser” indígena en el aparato burocrático novohispano y luego mexicano dejó de ser favorable y se tornó contraproducente, entonces los indígenas “desaparecen” de la cultura de papel, pero en ningún momento significa que en la realidad desaparezcan, los indígenas mantienen su costumbre de mimetizarse y ser resilientes aunque se difumine su presencia en las fuentes.

Difuminación del estrato indígena en las fuentes 1810-1832

El presente caso busca ejemplificar de manera muy breve el proceso de difuminación de la presencia indígena en Paso del Norte, que siguió al traslado del Presidio y posterior secularización de las misiones. Para ello se retoman dos expedientes distintos, la primera es la *Exposición sucinta y sencilla de la provincia del nuevo México y otros escritos Pedro Baptista pino Juan López Cancelada* (Batista Pino & López Cancelada, 2007), que se encuentra publicado y los documentos pertenecientes a la *Acosta Solís Vargas Family papers* (Acosta Solís Vargas, 1832), resguardados en SC-UTEP. El primero es una relación que hace el diputado electo de Nuevo México para las Cortes de Cádiz, en donde describe la situación general de la provincia. La segunda son una serie

de documentos que abarcan asuntos diversos, de los cuales se recupera la información al respecto de la compra de unos terrenos indígenas en Paso del Norte en 1832.

En la Exposición de Pedro Baptista Pino y Juan López Cancelada menciona la manera en que estaba conformada de manera general la provincia de Nuevo México. Tenía hacia 1810 unos 37,750 habitantes, de ellos Paso del Norte era la más grande con casi 6000, seguida de Santa Fe con unos 5000, el resto se repartió en 102 poblados “cuyos habitantes son los conservadores de la provincia, a fuerza de armas... “[en done] las castas de gentes de estos pueblos proceden de las naciones de indios que los circundan” (Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 49) .

De Paso del Norte dice que se ubica en el lugar en que Juan de Oñate había tomado Oñate posesión de Nuevo México el 30 de abril de 1598. De San Lorenzo dice que era ocupado por Sumas Mansos y Tlaxcaltecas” (Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 50). La mención de tlaxcaltecas no tiene ningún fundamento, parece ser una extrapolación de lo que ocurría en lugares como Santa Fe y Saltillo y en el caso de Paso del Norte es parte de la negación de la capacidad “civilizatoria” de los indígenas, pero como vimos en los casos de la fundación y el de Benito Crespo, en todo caso serían los Piros los que estarían haciendo la labor de “madrineros”. A pesar de lo exhaustivo del estudio introductorio y las notas aclaratorias, en la nota correspondiente a esta frase, se insiste en la extrapolación de la existencia de Tlaxcaltecas: “Sin embargo, el nombre de Realito es probable que le venga por ser una pequeña población en el Camino Real de Tierra Adentro y allí convivieron indios mansos, suma y tlaxcaltecas; estos últimos, que habían sido introducidos en Nuevo México por Juan de Oñate, se asentaron en San Lorenzo tras la rebelión de 1680” (Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 156) . Este puede ser un buen ejemplo de cómo la información de las fuentes, imprecisa, se puede perpetuar en la historiografía, el Realito si era San Lorenzo (también llamado San Lorenzo del Real), pero no hubo tlaxcaltecas viviendo en Paso del Norte, por lo menos no como una comunidad organizada y/o auto identificada.

Respecto a las actividades en Paso del Norte, confirma que las principales era la viticultura: “Se cosechan en aquella provincia todos los frutos que, en España, de mucha más substancia que en todo el resto de la Nueva-España. En ningún país de la América (dicen los que la han viajado) se halla vino del gusto y fortaleza como el que se coge allí; particularmente en los *dilatados viñedos*

del Paso del Norte” (Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 159), diciendo más adelante que El vino es el único renglón que da algún ingreso en la población.

En cuanto a la población dice que “No hay en el Nuevo-México castas de gente originaria de África. Quizás es mi provincia la única que cuenta esta prerrogativa sobre todas las de la América española. No se ha conocido jamás ninguna casta de gente originaria del África. Españoles e indios puros (que casi no se distinguen de nosotros) son los que componen el total de los 40.000 habitantes (Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 33) . la negación de población mulata es claramente intencional, en distintos casos hemos visto referida la presencia de mulatos, por ejemplo, María Gertudriz en el de Juan Phe o en el indio caviloso. Uno de los temas más interesantes de esta relación es que parece decir lo que los nuevomexicanos querían creer sobre ellos mismos, entonces es una manera en que se construye la imagen de una región.

Dos aspectos más resaltan, el primero es la relación con los apaches:

“Desde el año que se firmó la paz con los comanches, quedaron establecidos los regalos a dos Naciones. Jamás hubiéramos creído, a no haberlo visto, el beneficio que ha resultado a la provincia de este rasgo de política. Una tranquilidad inalterable y una amistad de grande importancia, aun para contener a las demás naciones que van referidas, es el resultado de la corta cantidad que se invierte en estos regalos”(Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 41).

Como vimos en los casos de Pedro del Barrio, el indio caviloso, y la organización militar, los acuerdos de paz con los Comanches generaron presión a los apaches, que a su vez vieron aumentadas las hostilidades en el área de El Paso, lo que para los santafecinos era un “alivio” fue una desgracia para los paseños. El segundo aspecto se relaciona con la moral hacia los indígenas, dice que uno de los grandes males de la provincia es la actitud de los indígenas:” Dos son los que se hace indispensable desterrar de la provincia por todos los medios posibles. El primero consiste en que las indias no quieren parir arriba de cuatro hijos, y lo consiguen con sus brebajes” (Batista Pino & López Cancelada, 2007, p. 44) . Más allá de lo inverosímil de la frase (ver al indígena como ganado), cabe recordar que la moral hacia los indígenas es muy diversa, con una amplia gama de posibilidades como lo vimos en el caso del Maltrato a indios apaches.

Aunque hay mucha información relevante, en este momento se destacan dos rubros que se relacionan con nuestras otras fuentes, la primera es la de las actividades económicas en Paso del Norte: “vino es el único renglón que da algún ingreso” (Batista Pino, 2007, p. 147), esta afirmación se complementa con las afirmaciones de los militares quienes decían que los viñedos corrían de

manera continua desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario (Jara, 1794), así como la imagen que se muestra en el Mapa de Urrutia (Urrutia, 1768 [2020]) y que ha sido ya analizado por Orozco (Orozco, 2012) y Santiago (Santiago Quijada, 2012). El segundo punto es la afirmación de Batista de que no hay mulatos en Nuevo-México, años atrás Pedro Rivera había observado “una moderada población de españoles, Mestizos” y Mulatos, mismos que vio Benito Crespo, y Nicolás Lafora, contradiciendo lo dicho por el diputado. Paniagua (2007) apunta, con respecto a la negación de Batista de la población negra “quizá la idea de los autores era negarlo para evitar su derecho a participar en las elecciones de los cabildos” (2007, p. 191). Esta situación podríamos llevarla a la “desaparición” de los indígenas en fuentes tardía y al proceso de negación de comunidades indígenas.

El último de los casos es el de los papeles de la familia Vargas. Se trata de una serie de recomendaciones a los presidiarios, en una parte les recuerda la manera en que se conceptualizaba a los apaches:

“Corresponde sin olvido o tolerancia a los oficiales el método de inflamar en sus soldados mucha confianza convencerlos a persuadirlos que en estas provincias guerrear contra unos enemigos viles, hijos del miedo, ladrones, y asesinos, que pelean nomas en sitios ventajosos donde sin recelo ni castigo se precipitan en una vergonzosa fuga en los terrenos donde conocen el poder de nuestra tropa” (Acosta Solís Vargas, 1832, p. F2).

En otra parte se menciona el caso de la compra de tierra a la india María Viridiana Salado, en 1832. Parece ser un caso de abuso por parte del comprador pues por una tierra grande solo se pagan 1 vaca y 7 botella de aguardiente, puede estar en el marco del deslinde de tierras y tras el cambio jurídico se dan estos abusos. Otro caso similar, es el de la compra a otro indio llamado Juan Pablo Gemente que vende su tierra por 200 pesos por un terreno de la mitad de tamaño del primero, ambos son comprados por Leoncio Vargas quien parece ser presta nombre de la familia Lucero a los que después él les vende. Estos ejemplos muestran que, tras el derrumbe del sistema virreinal, las poblaciones indígenas perdieron el marco jurídico en el que se habían resguardado por mucho tiempo, quedando a mercede de especuladores, en donde cada individuo establecía las condiciones de compraventa que les era posible. Así es como seguramente de terreno por terreno, la integridad de la comunidad e identidad indígena se fue difuminando a lo largo del siglo XIX.

Conclusión del capítulo 4.

El urbanismo en Paso del Norte es el producto de los distintos estratos que lo componen, el aporte de los indígenas como sustrato urbano se encuentra en la combinación de saberes y prácticas ancestrales de una sociedad multiétnica que mantuvo relaciones menos verticales que en el resto de la Nueva España. Este urbanismo único, guarda una relación dialéctica con su traza urbana, producto histórico de las compleja y sofisticada forma de vida que se conformó en el periodo virreinal la traza es de una forma alargada y con múltiples centros, trazo que trascendió al siglo XIX y que hoy es parte de la realidad de Juárez-El Paso.

Aunque un poco ambiciosa, la presente investigación se planteó dar un panorama general de la presencia indígena en Paso del Norte, las diferentes condiciones de investigación permitieron utilizar perspectivas generales y puntuales, sin profundizar demasiado en una sola unidad documental. El resultado es un continuo de presencia indígena que ejerce su agencialidad a lo largo de 240 años. Con la información presentada, se propone una clasificación previa de los periodos en los que se puede separar la historia urbana de Paso del Norte, la separación no rebasa los treinta años entre cada una, lo que significa que no hay una generación intermedia que impida unir los eslabones de los acontecimientos.

1. 1581-1628. Del contacto al intento de integración: Fuentes:
2. 1628-1659. La fundación como parte de una lenta asimilación
3. 1659-1680. Lucha por la hegemonía
4. 1680-1691. Acelerando el proceso: el interludio de la revuelta de los Indios Pueblo
5. 1691-1735. Una primera urbanidad, (facciones y Valverde)
6. 1735-1764. Consolidación de una sola población y lenta diseminación del sustrato indígena
7. 1764-1787. El impacto de las reformas borbónicas, la resiliencia indígena
8. 1787-1821. El camino hacia el olvido

El planteamiento de recuperar el papel de los indígenas en la conformación de la urbanidad de Paso del Norte no es un intento reivindicatorio de la figura del indígena, como una especie de neoindigenismo, es simplemente tratar de reconocer que el imaginario del pasado está incompleto sin la presencia activa del indígena. Un poder subalterno no significa que no tenga influencia en la forma de vida -urbanidad-, el poder hegemónico negó la presencia indígena, pero estos estuvieron

presentes, no necesariamente como resistencia cultural o reivindicación como grupo, sino como parte integral de la sociedad, incluyendo intrigas y luchas por el poder. Los 19 casos presentados nos permiten tener un panorama más claro de la manera en que los indígenas participan en la conformación del urbanismo en Paso del Norte.

En el periodo virreinal los indígenas son conscientes del margen de poder que pueden ejercer en las instituciones novohispanas. El testimonio de maltratos contra los indios podía llevar a la destitución de las principales autoridades, Santiago el gobernador Manso usa esa posibilidad para confabular junto con Ortega para destituir a Valverde y que el propio Ortega ocupe el puesto de Capitán del Presidio. Por otro lado, las comunidades indígenas poseen una estructura jurídico-administrativa-política paralela y entremezclada con la institucionalidad novohispana. En el caso Ortega, se refiere a que cada pueblo tenía su propio gobernador, teniente y mandones, por lo menos, se mencionan a los de Socorro, Senecú, Isleta, San Lorenzo y Guadalupe. Pero estos Pueblos de indios, dentro de los pueblos novohispanos tienen su propia configuración interétnica, esto es claro en el caso del gobernador Piro que tiene un teniente Tigua. Los Sumas de San Lorenzo no son los mismo que los que Socorro, en el levantamiento de 1711 había de todas las naciones, pero también se aplica a la de jurisdicción que es una escala mayor, en la conjura se implica al gobernador manso de Guadalupe, al Piro de Senecú, el Tigua de Isleta y el Suma de Socorro.

No todo era problemas entre los poderes civiles y eclesiásticos, es necesario apreciar en perspectiva que los expedientes son esporádicos en términos temporales, recordando que los expedientes tratan principalmente de la relación que hay entre autoridades locales con sus superiores en entidades centralizadas (obispos, custodios, fiscal, virrey, gobernador), esto quiere decir que cuando las dificultades no se podían resolver entre los poderes locales, se escalaba la jerarquía para buscar solución, visto en una escala mayor, estos problemas son más bien esporádicos. Como contraejemplo de las disputas está el informe que hace Fray Francisco de Guzmán, quién en 1747 envía una solicitud a su superior custodio para que se evalué (y reconozca) su labor en la Misión de Paso del Norte, para ello alude al testimonio del miso Rubín de Celis (Guzmán, 1747), evidenciando una buena relación entre civiles y religiosos.

Los indígenas están separados en facciones (incluso multiétnicas) y estas a su vez actúan conforme a sus mejores intereses, entrando en negociación con otras facciones que conforman el

ejercicio del poder pragmático. Santiago y los Ximenes están claramente asociados con Ortega y buscan que este último ostente el poder en PDN, no podemos tener certeza de que tanto era manipulación de Ortega o que tanto era de mayor interés para los indígenas, pero si sabemos que ellos se beneficiarían, incluso a costa del riesgo de que las cosas empeoraran para el resto de la comunidad indígena (si se iba Valverde que había sido “mejor que los anteriores”, podía llegar un capitán no favorable a los indígenas). Pero no todos los indígenas están ni en la conjura ni en la búsqueda de esa mejor posición (los otros gobernadores no parecen estar al tanto del plan), hay grupos con intereses comunes al interior de las comunidades indígenas, esas facciones se asocian o empatizan con facciones de la institucionalidad española (por ej. Valverde, de la Peña otros vs Ortega, Tafoya, etcétera.), de esta manera ejercen su agencialidad en la vida urbana, puede funcionar más o menos, puede ser mayor o menor su influencia en ciertos momentos, pero existe, y es ejercido un poder incluso desde su subalternidad.

Los poderes hegemónicos españoles deben entrar en negociación con grupos indígenas al exterior (los N’dee), pero también con los grupos internos, para consolidar su actividad comercial y militar, los españoles debieron ceder en la forma de vida urbana para mantener a Paso del Norte como eje de la economía regional y bastión militar. Sin tener aún los detalles de las relaciones con los indígenas, es claro que la ciudad era el principal punto de negociación con naciones indígenas Apaches, pero también tenía complejas relaciones con comunidades indígenas internas. La forma urbana permitía al mismo tiempo que fomentaba la urbanidad “dispendiosa”, pero era la urbanidad la que daba las condiciones necesarias para que la forma urbana se mantuviera, de ahí la relación dialéctica. Este binomio de urbanización y urbanismo trascendió el período virreinal, la falta de sujeción a los poderes centrales en una forma urbana dispersa es una de las características de Paso del Norte en el período mexicano y que permite entender tanto la forma de la ciudad como las dinámicas sociales que aún hoy perviven en Juárez-El Paso.

La traza de la ciudad es otro aspecto en donde está impresa la impronta de la acción indígena. El Patrón de asentamiento previo a la llegada del mundo occidental es un primer indicio. Al cruzar esta información con las fuentes arqueológicas y referencias posteriores, tenemos que la manera en que se organizan los asentamientos Jornada Mogollón en Hueco Tanks así lo insinúa. Debieron existir asentamientos Manso a lo largo de la ribera del río Grande desde el Lugar en donde

dobra el río hasta por lo menos lo que hoy es San Elizario. Tenemos la referencia de que en las poblaciones habían “jacales de madera” que también es congruente con la construcción tipo bajareque que distinguía a los Jornada Mogollón de los Indio Pueblo.

Los primeros contactos entre 1581 y 1628 no hablan explícitamente de poblados permanentes Mansos, pero esto no significa que no existiesen, se ha mostrado como pudo ser una estrategia de ocultación o una negación de las fuentes, más probablemente una combinación de ambas. Benavides entre 1630 y 1634 habla de al menos un poblado grande en donde “hizo una cruz” y refiere visitas a otros pueblos. Luego la petición de Velázquez de la Cadena menciona “nueve conversiones” Mansos, que por las referencias posteriores debieron estar, al menos algunas, en la ribera del río al ser el lugar más propicio para la vida humana. Con los documentos del proceso de fundación de Paso del Norte se apuntala esta idea, es claro que antes de la ceremonia encabezada por García de San Francisco en 1659 ya había poblaciones establecidas y funcionales, lugares por los cuales lucharon las facciones novohispanas para mantener una hegemonía.

Con la revuelta de los Indios Pueblo y la posterior llegada de los exiliados de Nuevo México se pone de relieve el profundo saber de la tierra por parte de los Mansos y Sumas, en especial los primeros no permiten que se les despoje de los espacios inmediatos a la Misión de Guadalupe. Esto obliga a los nuevomexicanos a asentarse fuera de los límites misionales. Los lugares elegidos debieron haber sido ocupados previamente por otros indígenas, pues como lo dice Otermín, la ribera del río tenía amplios espacios pantanosos que no eran favorables para hacer “sacas de agua”, la elección de los nuevos pueblos debió ser entonces sobre viejos asentamientos; así se colocaron a una distancia cercana a una legua siguiendo el río, San Lorenzo, Senecú, Ysleta del sur, Socorro y posteriormente se agregaría San Elizario (varios más de manera provisional como San Francisco de la Toma, Sevilleta, Salineta, Santa María de Caldas, etcétera.), dando forma definitiva a un patrón alargado, disperso y continuo que conformara a PDN por el resto del periodo virreinal. Entonces es altamente probable que varias de las 9 conversiones de los Mansos de las que habla Velázquez de la Cadena estén en la zona más fértil y productiva de la zona de habitación Manso; es decir en el curso del río del Norte entre lo que hoy es Juárez-El Paso y el Porvenir, siendo estas conversiones

la génesis de los asentamientos virreinales de Paso del Norte y muy probablemente de San Lorenzo, Senecú, Isleta, Socorro y San Elizario.

Los núcleos poblacionales estarían unidos por una red de acequias y un continuo de casas con huertas de las que darán cuentas visitantes posteriores como el obispo Benito Crespo en 1726, Pedro de Ribera en 1727, Nicolás Lafora en 1766 y los soldados presídiales entre 1784 y 1797. Si bien, los distintos pueblos eran en inicio unidades político-administrativas distintas, en realidad eran una sola jurisdicción y en el hecho funcionaron como una unidad interdependiente con la misión y presidio de Paso del Norte.

La forma urbana es producto de un urbanismo que negocia entre los sectores de la sociedad (aunque eso no se refleje directamente en las fuentes), al mismo tiempo la forma urbana (dispersa) fortalece la forma de vida social, con dinámicas muy locales y poca atención a los mandatos del poder central, se requiere una forma así para vivir y sobrevivir en lugares como Paso del Norte virreinal. La actitud de recibir a los externos y adaptarlos a una forma más bien ambigua y muchas veces paradójica, al mismo tiempo que dejan que “pasen” es parte de la estrategia aprendida por los indígenas (los que llegaron para quedarse y lo que están de paso). Esta relación dialéctica se petrifica con el proceso de conformación del estado nación capitalista (que inicia con las reformas borbónicas), siguiendo el camino temporal del siglo XIX y XX tanto mexicano como estadounidense. En nuestros días Juárez-El Paso se ha insistido en la poca historia y la ínfima importancia en esa historia de los indígenas, nada más alejado de la realidad, Juárez-El Paso tienen un componente vital en la comprensión de su vida urbana en la historia del sustrato indígena, ahí se sientan las bases para la forma urbana actual y la forma de vida social que aún hoy vemos. La traza urbana entonces, respondió a un largo y complejo proceso histórico en el que forma y función eran dialécticas con el papel que jugaba Paso del Norte como ciudad de septentrión. Condición que fue poco visible e incluso negada por las fuentes y la historiografía.

Hacer historia, en particular historia urbana desde los grupos de poder hegemónico es negar el pasado, permanencia y resistencia de las urbanidades subalternas, hacer historia urbana de los estratos marginados es hacer al mismo tiempo historia de los grupos de poder, por lo tanto, es una historia más completa, que ayuda a entender dinámicas sociales complejas en un espacio urbanizado, es decir la adopción de formas sofisticadas de vida en un lugar significativo y

territorializado. El ejemplo de Paso del Norte muestra que solo desde la historia de las elites no se alcanza a comprender la transformación de la forma urbana, tampoco a dimensionar la relación dialéctica entre espacio y urbanidad o las dinámicas sociales cotidianas en donde los grupos marginados son protagonistas. Una historia a contrapelo, dan mejor cuenta de cómo hay una vida social que forma el espacio urbano y este espacio influye en el comportamiento de las personas. En Paso del Norte, la forma de vida prehispánica dejó la base de distribución espacial, aprovechamiento racional de recursos y relaciones con grupos externos sobre la que se ensaya la primera integración. Usando ese conocimiento ancestral, los novohispanos buscan integrar a los indígenas, adaptándose a esas características originales, pero empujando a una concentración distinta y única.

En resumen, se puede afirmar que hay una relación entre traza urbana y urbanismo en Paso del norte durante el período virreinal, no de forma causal sino más bien dialéctica. La forma del asentamiento responde inicialmente a la forma en la que estarían distribuidos los grupos Mansos y Sumas. Con la llegada de otros grupos indígenas y españoles tras la revuelta de los Indios Pueblo de 1680, se asientan en un segundo momento a lo largo del río hasta Socorro, en lugares que habrían estado ocupados originalmente por Mansos y Sumas (quienes habrían intentado ser agrupados en torno a la Misión de Guadalupe). Los pueblos nuevos se organizan de acuerdo con grupos étnicos: San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro con un intervalo de una legua a legua y media. Luego se mantienen y consolidan con una cantidad principal en el cultivo principalmente de uvas, llenándose los espacios entre las misiones con huerta, esta forma urbana es la que ven gente como Crespo, Rivera o Lafora. La consolidación de la forma urbana permitió una cohesión entre los asentamientos que era apreciada como un continuo, como una misma “ciudad”. La distribución del asentamiento no permite un control ortodoxo de la población y más bien da paso a una dinámica social de convivencia que para los españoles es “dispendiosa”, o más bien un ambiente de constante negociación.

5. La cartografía virreinal y arqueología del periodo histórico

El presente capítulo busca ligar la información arqueológica con la proveniente de las fuentes históricas, aportando la información de la cartografía y la arqueología históricas; se centra en los aspectos materiales que pueden observarse y que muestran la manera en que los saberes ancestrales indígenas pervivieron a lo largo del tiempo. En un primer momento se analiza la cartografía histórica; siendo de primera importancia el *Plano* de Joseph de Urrutia de 1768, se realizan diversos ejercicios históricos y cartográficos para identificar la manera en que se transformó el espacio desde aquel tiempo. Posteriormente se hace referencia a los mapas de Salazar de 1852 y Corella de 1896, dos de los más tempranos de los que se tiene conocimiento para Juárez-El Paso. En un segundo momento se aborda los trabajos de arqueología histórica, es decir aquellas intervenciones con metodología arqueológica centrada en periodos posteriores a 1581, estas se dan principalmente en San Elizario, Socorro e Isleta de Sur. Con esta información se completa el panorama de estrategias de investigación, permitiendo que en el siguiente capítulo se interprete la información proveniente de la arqueología prehispánica, fuentes documentales, cartografía y arqueología históricas, todo bajo un enfoque de estudios urbanos.

Cartografía histórica

Los mapas históricos nos ayudan a acercarnos a la espacialidad y la noción de lugar de los creadores/usuarios a través de la visualización de elementos plasmados en el papel. Debido a que se busca ligar elementos del periodo virreinal ya desaparecido o modificados en la actualidad, con otros aún más antiguos como los arqueológicos, de los cuales quedan aún menos huellas; se utiliza el análisis y sobreposición de planos para poder entender la manera en que se transformó el espacio de Paso del Norte. El único mapa del que se tiene registro del periodo colonial para Paso del Norte es: *El Plano del presidio de Nuestra Señora del Pilar del paso del Rio del Norte* de Joseph de Urrutia de 1768. También se utilizan dos mapas generales de Nuevo México de Bernardo de Miera y Pacheco de 1758 y 1773 respectivamente, del siglo XIX se utilizan los Mapas de José Salazar Ilaguerri de 1852 y Emiliano Corella de 1896 (González Milea, 2021, p. 25; Salazar Ilaguerri, 1853; Urrutia y de las Casas, 1778).

La cartografía contemporánea ayuda a comprender y visualizar procesos históricos. Los mapas de Miera y Pacheco son útiles para visualizar procesos en una escala distinta, el del patrón

de asentamiento, la manera en que se colocaron las poblaciones llegadas tras la revuelta de 1680 y su relación con el antiguo patrón de asentamiento indígena, además de la forma en que las comunidades indígenas dieron forma a la ciudad. En la utilización del plano de Urrutia podemos observar elementos tales como: las formas de las casas, distribución espacial de las casas-huertas, localización de los caminos, distribución de las acequias entre otros, todos estos elementos han sido parte del argumento de que hay una relación dialéctica entre urbanismo y traza urbana, y en donde los indígenas tuvieron un papel activo. Al comparar el plano de Urrutia con un mapa ochenta años posterior, el de Salazar de 1856, podemos saber cuáles son los elementos que se van transformando de manera más decidida y cuales otros se mantienen. Esta misma relación la podemos observar entre el mapa de 1852 y el de 1896, tiempo a partir del cual la ciudad cambia fuertemente como producto de los procesos de la modernidad (González Milea, 2021).

Los mapas son un espejo del pensamiento de los creadores, muestran sus intereses, sistemas de conocimiento, sus miedos, sus ambiciones, nunca son un reflejo fiel de la realidad. Los mapas occidentales antiguos tampoco son una estampa fija de un momento, muchas veces muestran procesos anteriores y proyecciones hacia el futuro incluso pueden mostrar cosas que no han pasado (Harley, 1992; Harley & Andrew, 2005). Las representaciones del espacio son parte esencial en la construcción del conocimiento, en ese sentido, la cartografía es otro de los aspectos en donde se manifiesta la colonización del septentrión novohispano, mediante la apropiación del espacio a través de la imagen; se utilizó la simbología y el discurso de lo salvaje y conquistable para soslayar un conocimiento espacial -el indígena- que ya había sido usado para la construcción de los primeros mapas occidentales.

Igual que el resto de los documentos, los mapas son una construcción histórica que se van armando, al igual que las ciudades, en distintas capas temporales puesto que los cartógrafos tenían que ir dibujando sobre lo desconocido ya que no tenían la capacidad física para abarcar el espacio representado en los mapas (Barr & Countryman, 2014). Los autores de los mapas generales como Bernardo Miera y Pacheco debieron usar información previa proveniente de quienes vivían en estos lugares y de esta manera los mapas quedaron marcados por la percepción espacial de los indígenas. Esta percepción puede ser vista previamente en mapas plasmados en arte rupestre y en

representaciones coloniales de tradición indígena como el mapa del Indio Miguel, o bien en el lienzo de Non-Chi-Ning-Ga's en Iowa (Norris & Pauketat, 2008).

La generación de información espacial es también parte de la construcción de la historia y la expresión mejor acabada son los mapas, al respecto Carl Sauer dice: “La descripción de forma geográfica ideal es el mapa. Cualquier cosa que tenga distribución desigual sobre la tierra en cualquier época dada se puede expresar en el mapa como modelos de unidades en el acontecer espacial” (Sauer, 1980, p. 40). La síntesis geográfica es una gran herramienta para la comprensión del pasado, pero implica un tipo de lectura que combina el manejo técnico de la cartografía y el análisis del contexto histórico de su creación: “Si se le sabe leer, el mapa es perfectamente capaz, por ejemplo, de proporcionarnos una imagen clara acerca de la manera como los actores sociales entendían y trataban de organizar su propio entorno geográfico” (Cramausse, 1993, p. 83). Los mapas no surgen de cero, necesitan alimentarse de la información previa y por tanto también se alimentan del contexto de la época y del autor, además son una sucesión acumulativa de quienes intervienen de cierta manera en su elaboración.

Por otro lado, Lefebvre (2013) muestra como hay una apropiación simbólica y funcional del espacio, este proceso no es ajeno a la construcción del espacio a través de las imágenes, es decir los mapas, Cramausse comenta que: “En un contexto como el del siglo XVIII, el conocimiento cartográfico sólo podía ser acumulativo: una carta daba pie a otra y los errores que se pudieran encontrar se corregían verificándolos sobre el lugar mismo” (Cramausse, 1993, p. 91). A partir del Siglo XVI se dio un proceso de colonización en América que desembocó en la ocupación de una gran parte del continente por parte de las potencias europeas (Fernández-Armesto, 2012). Los mapas jugaron un papel muy importante en este proceso de colonización pues no solo eran una herramienta funcional de localización y trazado de los territorios conquistados, también fueron una primera forma de apropiación del espacio, es decir una especie de pre-colonización.

En los mapas no solo pueden observarse la técnica cartográfica o la tecnología de la época, también puede notarse la manera en que, desde la imagen, se representa al otro -en el sentido antropológico de la acepción-. Barr y Countryman plantean que la cartografía fue otro tipo de colonización: incluso “más ponderosa que las flotas de barcos [...] La cartografía europea moderna temprana, reflejaba no solo el avance del conocimiento sino también las maquinaciones de la

geopolítica. La información geográfica (o, a veces, la falta de ella) determinó el poder y el destino de las naciones” (Barr & Countryman, 2014, p. 4). La idea principal aquí es que un primer paso para la colonización del espacio era la apropiación simbólica. Podía ser directa al contemplar los territorios dentro de una frontera política de la potencia colonizadora, o bien indirecta al colocar espacios vacíos y por tanto susceptibles a su posterior “reclamación”; otra forma indirecta de colonización era el uso de simbología que remitía el estado salvaje del territorio o de los pobladores (Bartra, 2011).

La apropiación simbólica se convertía en colonización territorial. El discurso de lo salvaje permitía una justificación para la intervención en aras de “civilizar”. La precisión pasaba a segundo plano. Un ejemplo es el *Mapa del sureste y sur de América y la Tierra de Fuego de 1602* (Barr & Countryman, 2014, p. 6), en donde podemos apreciar los elementos mencionados; una porción de tierra ignota solo habitada por gigantes salvajes e indígenas con arcos y flechas, la orilla con múltiples nombres que son de ríos y rodeada de mares infestados de monstruos; el simbolismo parece evocar la aventura que tiene como recompensa el territorio.

Por su parte el mundo indígena americano tenía su propia concepción del espacio, la cual estaba íntimamente relacionada con el tiempo y las entidades anímicas. La forma de comunicación difería considerablemente de la tradición occidental, pues era primordialmente oral, sin embargo, existían ciertos apoyos nemotécnicos en forma de signos y símbolos (López Austin & Millones, 2008). Al combinar la idea del espacio, comunicación y representación tenemos los elementos necesarios para pensar en algo equivalente a los mapas en el mundo indígena⁶¹. Los mapas indígenas, al igual que los occidentales, reproducen la cosmovisión de sus creadores y de acuerdo con lo planteado aquí, servirían como base de los mapas occidentales. De tal manera que en los mapas virreinales que se utilizan podemos ver la presencia indígena, no solo en lo graficado, sino también en el saber que se requirió para crearlos; en ellos podemos ver un tránsito temporal con una forma general que se va sobreponiendo:

“Durante el siglo XVI y buena parte del XVII, la mayoría de mapas que representaban el norte de la Nueva España fueron realizados por cartógrafos de gabinete, a partir de datos entresacados de informes y crónicas de muy diversa índole; casi todos están plagados de errores y anacronismos, e incluso es posible encontrar en ellos lugares enteramente

⁶¹ No se intenta sobreponer una categoría occidental a una dinámica indígena, más bien es señalar que hay representaciones del espacio en ambos mundos.

míticos, como Quivira, en el mapa de 1566 de Ziltieri o en el de 1650 de Sansón de Abbeville, o como Marata en el de Coronelli de 1688” (Cramaussel, 1993, p. 76).

En cuanto a los mapas de Bernardo Miera y Pacheco, tenemos que el antecedente directo es el mapa del Padre Juan Miguel Menchero, quien por encargo del virrey elaboró un plano general de Nuevo México en 1745. Menchero utilizó como ayudante a Bernardo Miera y Pacheco, español emigrado al norte novohispano en donde vivió en Chihuahua, Paso del Norte, Santa Fe y Cebolleta. Miera y Pacheco fue comerciante, recaudador de deudas, ranchero y oficial militar, incluso alcalde de Pecos. Al tener formación como ingeniero militar y contar con experiencia le fue encargado por el gobernador Francisco Antonio Marín del Valle para realizar un mapa general de Nuevo México en 1758. Posteriormente, Miera acompañó al gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, en una expedición contra los comanches en 1779, de donde surgiría un segundo mapa (Kessell, 2013).

En ambos mapas de Miera y Pacheco podemos observar los elementos mencionados al inicio, acerca de dejar amplias zonas en blanco, representar a los indígenas como salvajes, pero resalta el uso de representaciones naturalistas del paisaje: “no sólo son representados todos esos cerros y cadenas montañosas, sino que el dibujo de cada una de ellas es fiel a las siluetas que el viajante alcanza a divisar desde el camino real, al dirigirse hacia el norte” (Cramaussel, 1993, p. 76). Esta forma es una tradición no occidental y más bien se parece a las formas indígenas de representación del espacio. Harvey dice que podríamos rastrear los rasgos indígenas a partir de ver las formas de representación europea y cuales luego ver cuales no lo son (Harley, 1992, p. 527).

Miera y Pacheco parece haber tenido cierta habilidad para entablar dialogo tanto con los misioneros jesuitas y franciscanos, como con los grupos indígenas, ambos los mejores conocedores de la región. La columna vertebral de los mapas es el Río del Norte en un eje norte-sur, esta misma disposición se observa en el mapa de Barreiro de 1727 y el de Menchero de 1745. Es notorio el refinamiento de la técnica de dibujo que desarrollo Miera y Pacheco, pues los detalles son cada vez más nítidos y pasa de una planimetría total en 1758 a usar tonalidades para representar volumen en el mapa de 1776 (Figura 27).

La presencia de los indígenas sigue el patrón de mostrarlos como salvajes, sin límites claros y en varios casos en franca acción de guerra contra los españoles (véase el mapa de 1773 en la que se muestra a los indígenas Faraones combatiendo contra las tropas del gobernador de Nuevo México Conde de Monterrey). La porción occidental de los mapas es siempre la más carente de elementos, si bien es la menos explorada también es claro que se le representa con recursos y siguiendo la idea de Barr y Countryman (2014), susceptible de ser colonizado. La similitud que guardan los mapas nos permite interpretar ciertas condiciones que nos llevan a separar elementos plenamente europeos de los indígenas. Existen imprecisiones producto de las referencias espaciales que servían como datum y el uso del sistema de latitudes y longitudes, esto provocaba una deformación que se repite en los distintos mapas: “A partir de los "errores" podemos rastrear

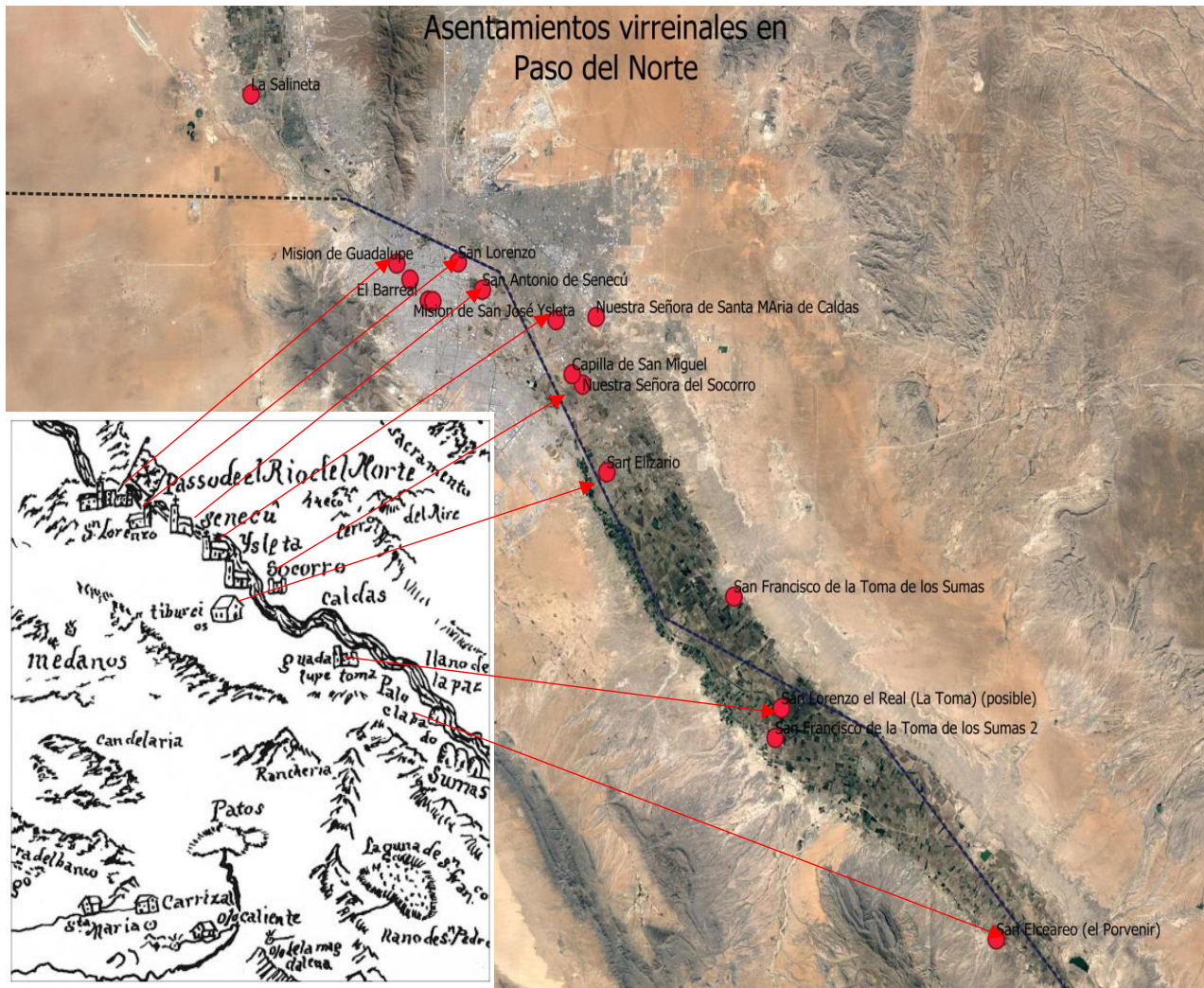


Figura 27. Inferior izquierda fragmento Miera y Pacheco (1758), derecha imagen satelital en QGIS, con información principalmente de Peterson (1999).

lo que copiaron en los mapas [...] lo más deformado era lo menos conocido” (Cramausse, 1993, p. 90).

Por otro lado, tenemos el uso de líneas quebradas con pequeños círculos para representar caminos, característica que también tienen la roca de Misisipi, el mapa del Indio Miguel y la parte inferior de los mapas de Miera y Pacheco. Otro posible aspecto indígena es la representación del relieve o perfil de los cerros que se puede notar desde el suelo. De este modo, la construcción de los mapas tiene una serie de sustratos que se superponen con el tiempo y que al deconstruirlos podemos observar, tal y como lo muestran Cramausse (1993) y Kessell (2013) para los mapas de Miera Y Pacheco, ambos coinciden en la imposibilidad de que el personaje en cuestión hubiera recorrido la extensión física de sus mapas. También los mapas de Miera de 1758 contribuyeron a la elaboración posterior de los mapas bien conocidos de Alzate de 1768 y Urrutia de 1776 (Cramausse, 1993, p. 83). Por otro lado, Los indios no son puestos de manera explícita, tal vez solo para representar sumisión o como enemigos, pero la presencia de los grupos originarios puede intuirse en las pequeñas huellas de las representaciones y el conocimiento del terreno, distribución de los pueblos y particularidades del paisaje, es decir aportan el capital intelectual necesario para la elaboración técnica de los mapas.

Al ubicar los asentamientos cercanos a Paso del Norte mencionados en las fuentes en un mapa contemporáneo y compararlo con un fragmento de la composición de Miera y Pacheco, podemos apreciar el amplio conocimiento de la región, la comparación nos permite observar el “continuo de población” que va de la misión de Guadalupe a Socorro y posteriormente llegará a San Elizario. Todos los poblados estaban en la banda sur del río, además hay elementos relevantes que se relacionan con los temas vistos anteriormente, por ejemplo, los nombres de algunos lugares como “Hueco” -Hueco Tanks-, “Médanos” -Samalayuca-, “Carrizal” -Villa Ahumada-, “Ojo Caliente” (en donde se da el enfrentamiento en tiempos de Pedro del Barrio), “Laguna de Patos” y “Palo Clabado” (población Suma asentada por Benito Crespo en 1725) y que, por lo visto, sigue funcionando en 1758 (Figura 27).

El Mapa de Urrutia de 1768

Joseph Ramón de Urrutia y de las Casas nació en Vizcaya en 1739, estudio ingeniería militar en Barcelona y migró a Nueva España en donde sirvió como teniente en el Regimiento Real de América en Guadalajara. En 1764 Urrutia fue llamado por el Virrey Joaquín de Montserrat, Marqués de Cruillas para acompañar la inspección del Marqués de Rubí como cartógrafo, trabajó en conjunto con el ingeniero Nicolás Lafora, siendo Urrutia el encargado de la realización de los mapas y planos de la inspección. Además de un mapa general, Urrutia dibujó veintidós planos de varios presidios y pueblos visitados en la inspección de 1766-1768. Los planos originales están resguardados en la Biblioteca Británica. (Jackson, 1989), Cramaussel dice que hay una similitud formal en la disposición de los mapas de Peñalosa de 1680, Barreiro de 1727, Menchero de 1745 (este último muy similar, como hemos visto, a los de Miera y Pacheco), Alzate de 1765 y Urrutia de 1771 (Cramaussel, 1993, p. 70).

Urrutia muestra una perspectiva desde el sureste con una serie de inclinaciones a través de sombreados, con ellas se distinguen cañadas, dos de las cuales se acercan a las edificaciones del presidio y la misión, las cuales se alzan sobre un promontorio. La cartela en la parte inferior izquierda del plano sirve como simbología y señala al presidio "A" y la misión "B". Tras esta área de edificaciones se desprenden 6 caminos: al noroeste "Camino de la presa y la nueva México", interrumpido en su trayecto al sureste por los edificios, luego continua con el nombre "camino del Carrizal", este debe ser el trazo del Camino Real de Tierra Adentro, pues son los más grandes y únicos en ser nombrados. El resto de los caminos corren del presidio hacia el norte -que debe corresponder a otro de los pasos del río-, ese mismo camino se bifurca hacia el este y corre de este a oeste -después llamado camino del Chamizal-, en el centro del plano se desprende un camino oeste-este con una ligera inclinación (el Camino a San Lorenzo), finalmente hay otros dos caminos (uno de ellos llamado después camino a Chihuahua) (Figura 28).

Hay dos acequias principales: la acequia madre que corre paralela al camino a Nuevo México y da vuelta hacia el este en un punto de línea recta al presidio. De ella se desprende a esa altura la "acequia de los indios" que zigzaguea de norte a sur desde ese punto. Las tierras sin cultivar la muestra con pequeños puntos señalando arbustos. Las tierras cultivadas se marcan por los trazos rectangulares de las parcelas y pequeños puntos de campo cultivado. Las tierras de labor

a por lo menos 2 kilómetros del cauce del río -por lo menos del que había en 1827 *cfr.* (Secretaría de Relaciones Exteriores, 1957)-. Es posible que la elevación en donde están el presidio y la misión es el lugar en donde Antonio de Benavides colocó “una cruz del tamaño de una lanza” en medio de la ranchería (Benavides, 1630), ese espacio ya era ocupado por una población permanente como una de las “nueve conversiones” de las que habla Velázquez de la Cadena (1657). La iglesia se colocó entonces en un lugar estratégico para evitar las inundaciones, pero suficientemente cerca para hacer “sacas” de agua, muy pronto se convirtió en el corazón, más no en el centro, de la vida de Paso del Norte, las crecidas no perdieron importancia hasta bien entrado el siglo XXI, como lo demuestran las imágenes de 1958 (Figura 29).

Curiosamente el presidio y la misión si están en el centro del mapa, aunque una parte de la población es “cortada” (el noreste y el este-sureste). Harley (2005) dice que colocar lo que más interesa al autor es una característica hasta inconsciente de los cartógrafos; Urrutia quería ver una



Figura 29. Fotografía de la inundación de 1958 en el Paso-Juárez. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.

población con las edificaciones principales en el centro, y lo logró, solo que no correspondía con la realidad y por eso se corta la imagen, parte de la falta de comprensión de una traza urbana distinta.

Otro punto es la distribución de la población, el trazo de Paso del Norte no está en función del Camino, es decir el camino no es el eje de la población. De hecho, el camino principal es un límite que corre diagonal en la cara sureste-noroeste. El elemento que si articula la distribución de la población es Acequia; esta es el cordón de vida que une el río con la población, al mismo tiempo que pone suficiente distancia y evita el exceso de agua. La manera en que se dispusieron las acequias -Madre y de los indios-, marcaron el ritmo de crecimiento de Paso del Norte. En el caso del pueblo Suma de Palo Clabado, lo primero que se disponía era “hacer sacas de agua” (Crespo y Monroy, 1730, p. f379), en 1680 el gobernador Otermín busca lugares en donde pueda hacerse tomas para construir acequias (de Marco & Craddock, 2017, p. 15), la revuelta de 1711 empezó por el maltrato a un indio que se encontraba trabajando en el mantenimiento de la acequia de San Lorenzo (Valverde, 1711); Las acequias permitieron irrigar grandes extensiones de huertos y viñedos, podían crecer y ampliarse tanto como “7 leguas de población continua” siempre y cuando hubiera acequias, hay más ejemplos, pero parece evidente que Paso del Norte tiene en las acequias su línea de vida. En ese sentido, Paso del Norte era un continuo de población unidos por las acequias, el poblado llegaba hasta donde la acequia llegaba, al principio solo Misión de Guadalupe y San Lorenzo, luego Senecú, Isleta y Socorro, finalmente San Elizario (Figura 28).

Otra característica visible es el tamaño de las parcelas, todas son similares; de unos 100 metros por lado en promedio, no hay grandes propiedades. Se ha planteó que Paso del Norte parecía tener relaciones menos jerárquicas que otras ciudades, en buena medida por la presencia indígena; el tamaño y distribución parecen apuntar en el mismo sentido. La ubicación y forma de las casas es otro elemento; hay un patrón disperso y alargado, con las casas de mayor tamaño distribuidas en la vera del camino a San Lorenzo -no en el Camino Real-, esto nos indica que esa es la vía principal de Paso del Norte es el Camino hacia el poblado Suma.

Para poder entender cómo es que se ha transformado el espacio se sobrepusieron (Figura 30) los mapas históricos con imágenes satelitales modernas, para ello se realizó un proceso de georreferenciación, renderizado manual, sobreposición, montaje e interpretación, todo en plataformas de sistemas de información geográfica ArcMap 10.1, QGIS (software de acceso libre),

Google Earth y Open Street Maps. El primer paso fue georreferenciar⁶² los mapas usando alternadamente ArcMap, Qgis y Google Earth, debido a que son imágenes de distintas tradiciones cartográficas el cambiar de visualizador permite hacer las correcciones de manera más acelerada. En el caso del mapa de 1852, tenía coordenadas geográficas y retícula, en el de 1896 se utilizó la rectificación manual, en el caso del mapa de Urrutia se usó la escala grafica contenida en el mapa. Esta última está representada en toesas francesas, una toesa equivale a 1.949 metros, en la escala

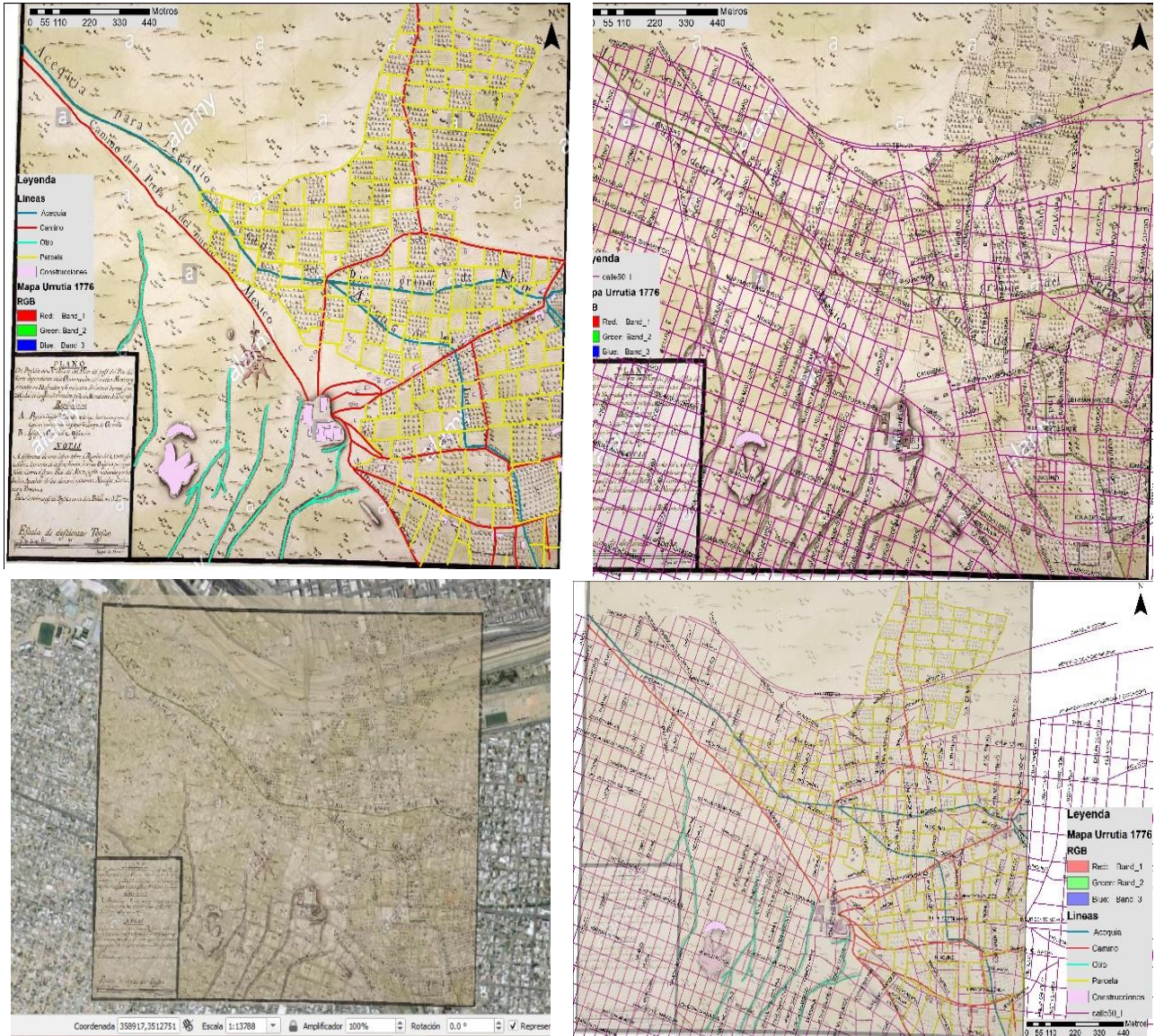


Figura 30. Renderizado en ArcMap del Mapa de Joseph de Urrutia. Arriba a la izquierda el proceso de vectorización, dibujando manualmente los elementos del mapa antiguo. Arriba, a la derecha sobreposición de una capa de calles proveniente del INEGI (2000). Abajo a la derecha sobreposición en una imagen satelital moderna de Juárez-El Paso. Abajo a la derecha sobreposición de vectores para ajuste final de la georreferenciación. Con mapa base en Google Earth, Open Street Maps. Elaboró David Muñiz.

⁶² Se refiere a colocar un mapa actual en un visualizador SIG, con coordenadas geográficas modernas, de manera es posible ubicarlo en la localización precisa a la que refiere.

del mapa se señalaban 200 toesas que equivalen a 389 metros, de tal manera que el tamaño del mapa sea de uno tres kilómetros cuadrados. Se utilizó un mapa base contemporáneo y una base vectorial en .shp de archivos de calles del INEGI. Un primer problema es la escala original, parece que no se hizo la medición pormenorizada y solo se trazó algunos elementos principales como las acequias y caminos, el resto se hizo sin precisión georreferenciada. Otra razón es que hay una inclinación del mapa de unos 5° a 10° hacia el este (Figura 30).

Para intentar solucionar el problema de la escala y la inclinación se renderizó manualmente todo el trazo del mapa (Figura 30), es decir, una vez montado el mapa se dibuja cada elemento, se agrupan en elementos similares (calles, acequias, parcelas, estructuras), se le asignan atributos en la base de datos asociados y se le edita con elementos gráficos para distinguirlos, líneas, puntos y polígonos. Esto permitió ajustar manualmente la escala en el conjunto de la composición mientras se inclinaba. Después de hacerlo seguía habiendo una diferencia importante, pero ya se notaban que los caminos principales coincidían en varios tramos. En especial el trazo de la acequia real fue útil en este proceso, una vez sobrepuesto las capas de calles e imágenes satelitales fue posible apreciar de las profundas transformaciones del área del centro y sus alrededores desde 1768 hasta nuestros días. Pero aún más interesante es que esa traza de 1768 se asoma por fragmentos, es decir se conservan algunas cuadras que formaban parcelas, antiguos caminos que son actualmente calles, pero que fueron alteradas y taparon el antiguo camino, para volver a “salir” metros más adelante.

Los mapas de Salazar de 1852 y Corella de 1896

El segundo ejercicio de sobreposición fue con el mapa de José Salazar Ilaguerrri de 1852. Este plano es uno de los más antiguos que resguarda la colección de la Comisión Internacional de Límites y Aguas -CILA-; fue hecho con motivo de la delimitación de la frontera tras la invasión estadounidense de 1846-1852 (Salazar Ilaguerrri, 1853), posiblemente por eso sea tan preciso. Es un mapa que abarca más terreno -35 kilómetros de ancho por 55 kilómetros de largo- en comparación con el *Plano* de Urrutia, por lo que ofrece otro tipo de información; como el hecho de que las tierras cultivadas llegaban hasta San Elizario y que algunas partes al poniente también

estaban ocupadas en la ribera norte, además de que las poblaciones de Isleta a Socorro ya están también en ese lado del río (Figura 31)⁶³.

Como parte del análisis se sobrepusieron las ubicaciones de los poblados históricamente registrados; logrando notar que todas las poblaciones están en la franja de tierra inundable del río, perfilando que esa franja de tierra de deposición aluvial es la que va dando forma al trazo urbano de lo que hoy es la ciudad. Por su lado, la bifurcación del antiguo Camino Real conforma los límites este y oeste de la ciudad, condición que se venía perfilando desde el Plano de Urrutia. Con esto es posible interpretar que el crecimiento de la ciudad siguió un ritmo similar al que se venía dando desde el siglo XVIII, con un continuo de casas-huerta posibilitadas por una compleja red de acequias que aprovecha las tierras aluviales del río (Figura 31).

El siguiente mapa es el de Emiliano Corella de 1896, publicado por González Milea (2021, p. 25). Se siguió el mismo procedimiento, en este caso se utilizó la imagen satelital para la georreferenciación pues el original no tiene escala; se observa el crecimiento de la ciudad y las alteraciones que tuvo la traza urbana. Muchas calles fueron abiertas sobre el espacio de las parcelas, a pesar de ello, la ciudad sigue teniendo un fuerte componente agrícola, el desarrollo habitacional que se muestra en el mapa, se coloca al suroeste de los edificios del presidio y la misión, proceso que es detallado en el mismo trabajo de González Milea (2021) (Figura 32). P

osteriormente se sobrepuso el Plano de Urrutia, en donde son aún más notorias las alteraciones que tuvo el trazo de la ciudad; sin embargo, se mantiene en general los ejes de la ciudad, la acequia y los caminos antiguos. Finalmente se sobrepusieron los tres mapas; los de 1776, 1852 y 1896. El resultado es similar, pues es el antiguo Camino Real sigue siendo el límite sur y oeste de la ciudad, exceptuando el desarrollo habitacional, las acequias son el eje principal del trazo y los caminos internos, aunque alterados en algunas partes en su ruta, permanecen como las vías principales de comunicación (Figura 32).

Esto es trascendental, pues se ha argumentado que el trazo de Paso del Norte es en parte el resultado de la presencia indígena en la conformación urbana. Las negociaciones y resiliencias de los espacios indígenas a lo largo del periodo virreinal se materializan en la forma del

⁶³ Se vectorizó la información correspondiente a los caminos, las acequias y el curso del río; con lo que se notó una compleja red de acequias que se entrecruzan con los caminos internos en ambos lados del río

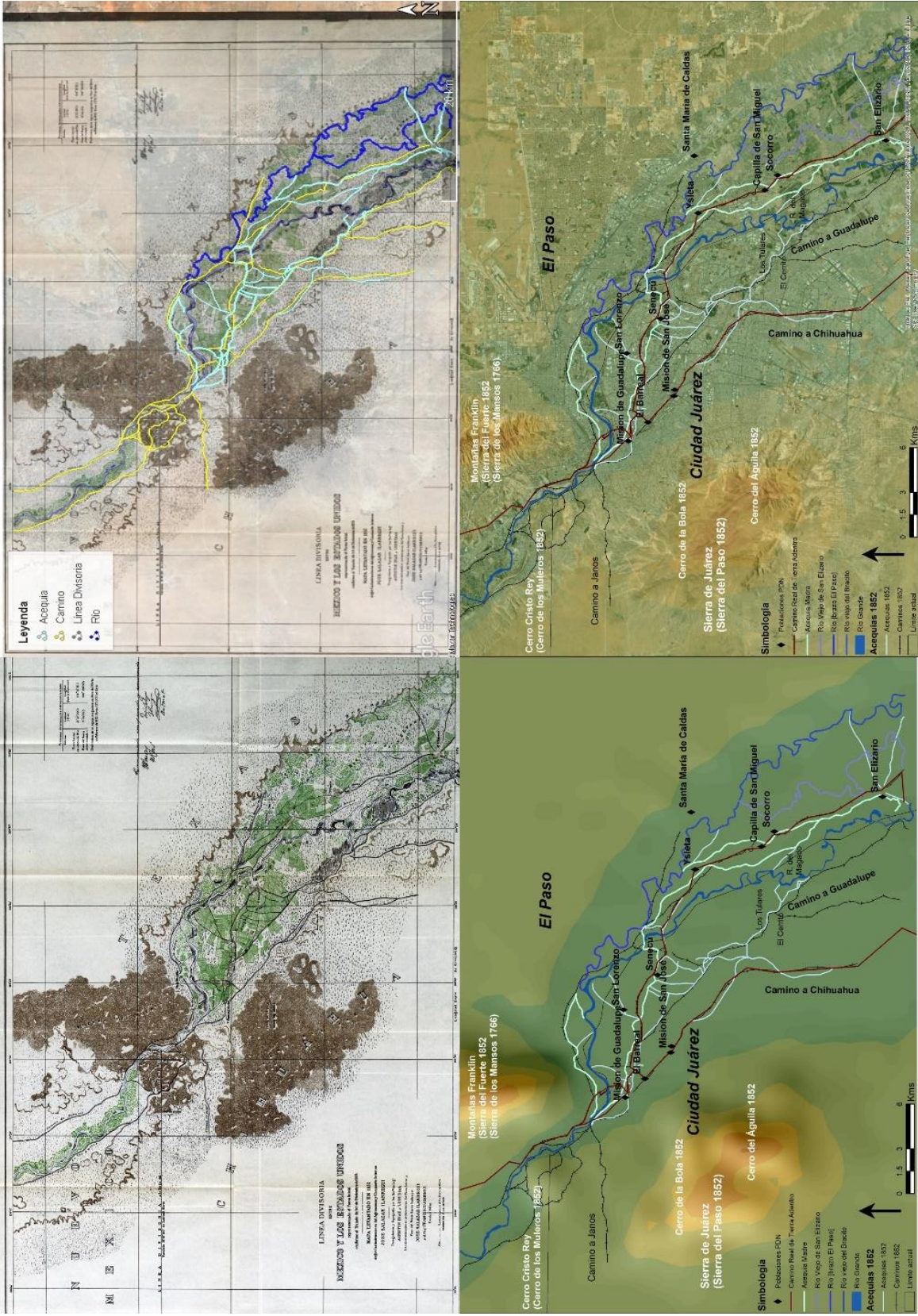


Figura 31. Composición Mapa Salazar (1852). Se muestra la renderización y sobreposición de imágenes, primero el mapa original, luego la vectorización del río, acequias y caminos, enseguida se sobrepone a un modelo de elevación digital con base en INEGI (2000), luego a una imagen satelital de la ciudad actual (Google Earth). Elaboración del autor con información de acceso libre y Salazar Ilaquerri (1852).

asentamiento. Esta forma de la ciudad en general se mantiene hacia 1852 y los cambios son todavía menores hacia 1896. Esto quiere decir que las alteraciones principales en la traza urbana vendrán a lo largo del siglo XIX y XX; sin embargo, el origen de la traza es una forma particular de urbanismo con fuerte presencia indígena, materializada en un patrón disperso, alargado y con “7 leguas de un continuo de población” (Lafora, 1800, p. 28). Sin duda, fascinante y útil para comprender el posterior desarrollo de la ciudad.

Se realizó un análisis de la posible ubicación de los elementos visibles en el plano de Urrutia con relación a las calles actuales. El resultado es un plano comentado de la correspondencia entre el mapa antiguo y las calles modernas. Siguiendo los principios teóricos planteados el entorno

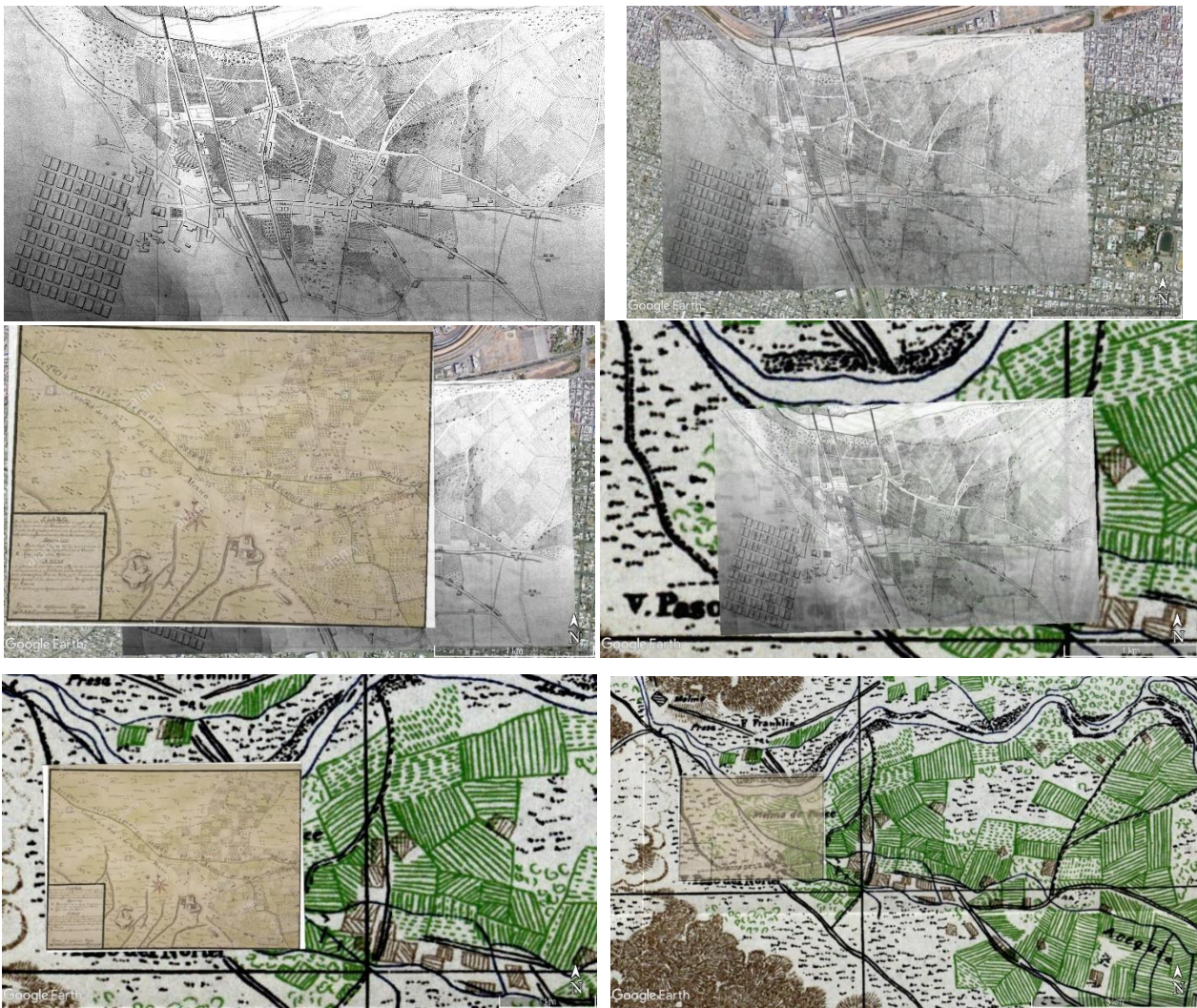


Figura 32. Proceso de sobreposición de imágenes históricas centradas en el mapa de Emiliano Corella de 1896 (González Milea, 2021, p. 25), se puede apreciar que ocupa un espacio similar al del mapa de Urrutia de 1776 y la parte central del mapa de Salazar de 1852. Es de notar la diferencia entre la traza original de la ciudad y los nuevos proyectos como el de la zona suroeste. Con información de INEGI (2000) y Google Earth, elaboró David Muñiz.

construido es la materialización del comportamiento humano (Rapoport, 1982) y la forma de la ciudad es la expresión física concreta de la urbanidad (Lynch, 1985), ambos en una relación dialéctica. En ese sentido, el plano de Urrutia nos muestra una forma única de urbanismo, en donde el sustrato indígena está presente, como tal en la forma misma de la ciudad; es el legado tangible del proceso de construcción física y simbólica de una sociedad, una forma de vida sofisticada que permitió una convivencia diferente, que dio las condiciones para que la sociedad de Paso del Norte viviera en un espacio que parecía adverso, aprovechando los saberes ancestrales de sus ocupantes originales, negociando espacios y condiciones. La forma de la ciudad es entonces una expresión del proceso histórico, por lo tanto, es el patrimonio que los actuales habitantes de la ciudad recibimos de los antiguos pobladores indígenas y no indígenas (Figura 33).

La sobreposición de los tres mapas permitió continuar con la adición de información histórica, incluyendo la trayectoria del cauce del río a través del tiempo⁶⁴, permitiendo una mejor comprensión de la franja de tierra que conformaron el continuo de huertas de frutos y uvas; esa franja de tierra en donde se formaban “charcos” o “lagunas” corresponde hoy en día al espacio entre el actual Freeway (I10) y la línea fronteriza de El Paso, lo que nos muestra que la inclinación del terreno permitió la acumulación de sedimentos aptos para la agricultura. Esta es la tierra que Antonio de Otermín describió como “pantanosa”, también nos muestra que el esfuerzo por hacer productiva la tierra estuvo centrada en la construcción de acequias. En el mapa de 1852 vemos acequias que tomaban agua del río y que iban hacia las poblaciones de San Lorenzo y Senecú, para ese tiempo Isleta Socorro y San Elizario ya estaban de lado norte del río, con la acequia como eje de la traza urbana (Figura 34). El segundo tema es referente a los límites de la ciudad. Se dibujó el área del fundo legal de las poblaciones, que era de 1 leguas hacia cada lado (R. Gerald, 1975b, p. 54); estos fundos se sobreponen entre sí. Por ejemplo, Paso del Norte comparte la mitad de su fundo con San Lorenzo; sabemos la íntima relación que guardaron ambas poblaciones, el problema legal de Francisco Pato era por un terreno que estaba en los límites de ambas jurisdicciones, inmediato a la acequia madre. De hecho, el límite de las 4 leguas de Paso del Norte llegaba justo a la iglesia de San Lorenzo. El fundo de Senecú también se sobreponía al de San Lorenzo y al de

⁶⁴ se vectorizó el mapa del cauce histórico del río hecho por el CILA, luego se le asignó una escala de color y se aplicó transparencia

Isleta casi por mitad, recordemos que Senecú era ocupada principalmente por Piro; con el mapa es posible entender un poco más la mimética relación que los Piro entablaron con el resto de los grupos indígenas (Figura 35).

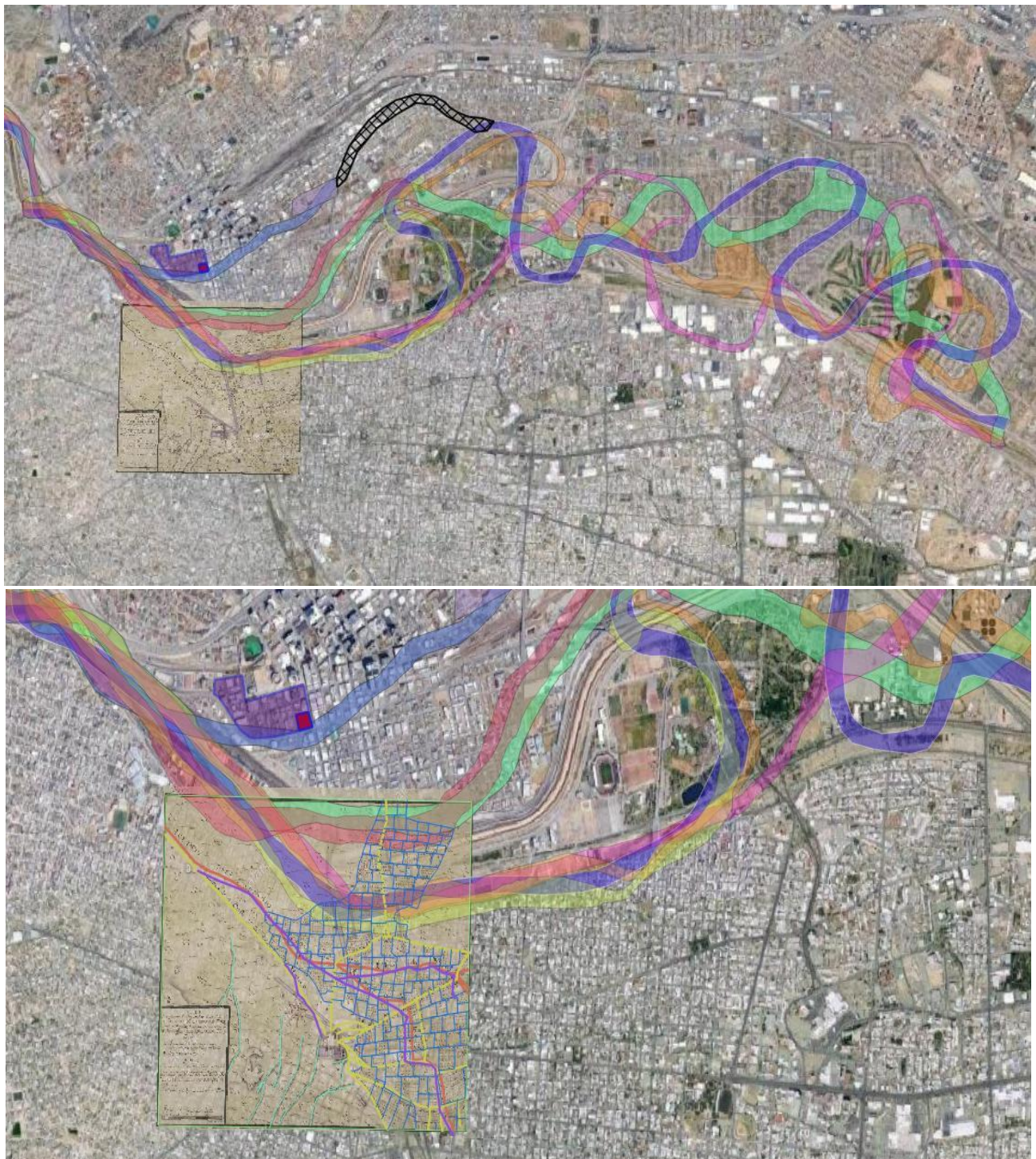


Figura 34 Sobreposición del cauce histórico del río del Norte con el mapa de Urrutia de 1776 y una imagen satelital moderna de Juárez-El Paso (Google Earth), elaboración del autor con información de acceso libre y de Secretaría de Relaciones Exteriores (1957, p. 95–99).

El tercer tema es que los fundos que no se sobreponen son los de Socorro y San Elizario, permitiendo abonar al argumento de que la ciudad creció de hacia ese rumbo; en buena medida por la resiliencia indígena de evitar la ocupación de sus tierras, por lo que personas como Tiburcio de Ortega o Antonio Valverde Cossio tuvieron que adquirir tierras fuera de los límites indígenas, pero siguiendo el cauce del río, que era el hilo de vida de las poblaciones. De eso modo la población se siguió alargando en la medida que quienes especulaban con la tierra no podían hacerse de espacios más cercanos. Rex Gerald refiere el origen de los fundos:

“En 1692, el gobernador Diego de Vargas otorgó el título formal de los edificios de la misión. muebles y tierras a las misiones Guadalupe, San Lorenzo, Isleta, Socorro y Senecú, pero se negaron a dar a los funcionarios de la iglesia el título de las tierras del pueblo que rodea estas misiones (Registros en El Paso County Clarks Office Book 287:298-305; Wals 1951 :301-4). En 1751 el Pueblo de San Antonio de Isleta, y por inferencia los otros pueblos misioneros del arca, recibieron título de propiedad de sus tierras con una concesión que se extendía una legua en los puntos cardinales desde la iglesia” (R. Gerald, 1975b, p. 54).

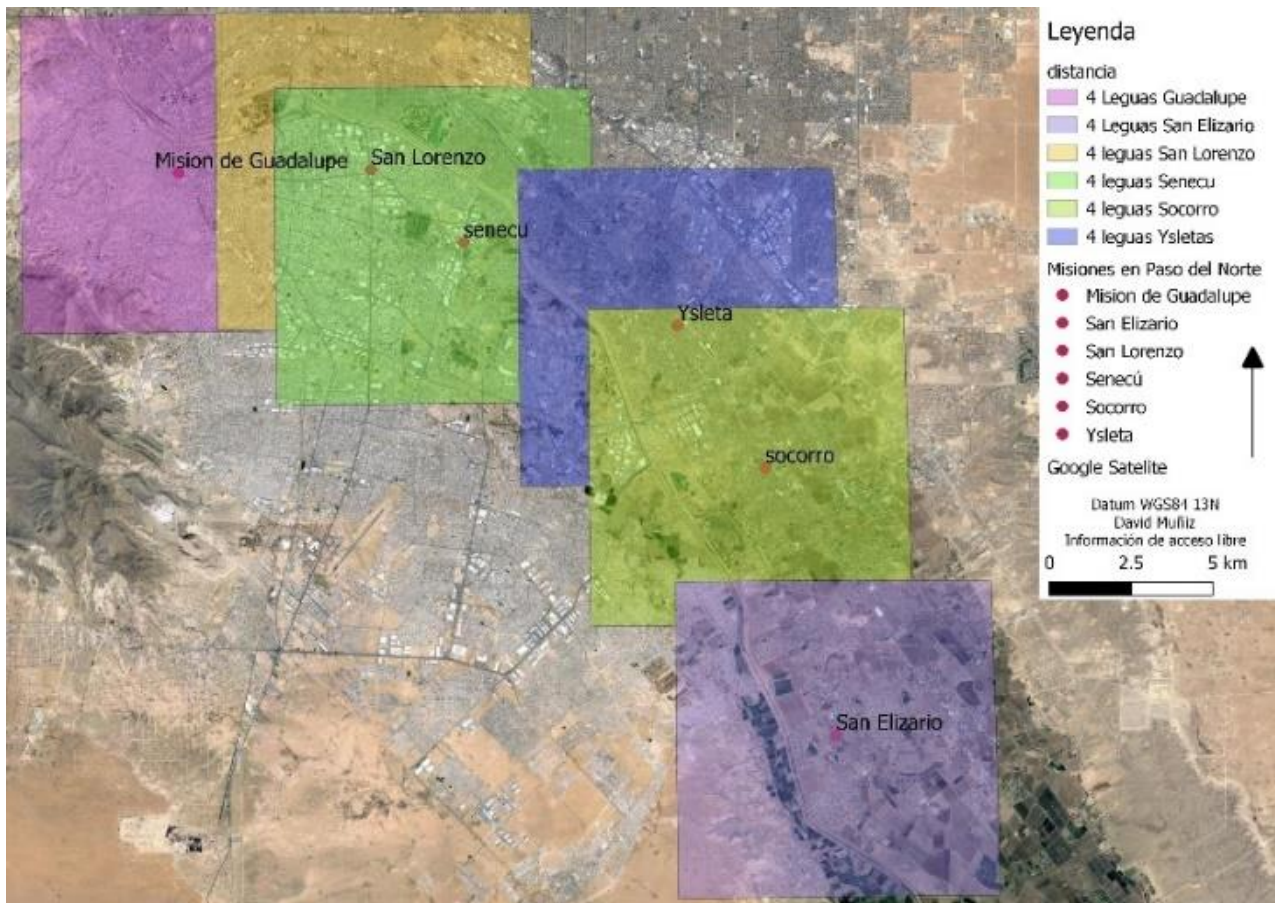


Figura 35 Fundo legal de las poblaciones de Paso del Norte. Elaboración del autor con información de acceso libre (Google Earth).

También, este mapa es una expresión gráfica de lo que dijo Pedro de Nava en 1793: “al otro extremo [de San Elizario] lo ocupan las poblaciones de a Isleta, Senecú, el Socorro y San Lorenzo, de manera que substancialmente debe considerarse un pueblo no interrumpido” (Gardoqui, 1794, p. f9-10) (Figura 35).

Un último ejercicio fue la sobreposición del plano de Urrutia con la imagen satelital de la ciudad actual y el Mapa de Anson Mills de 1859⁶⁵. Este mapa es el primero conocido de la población de Franklin (hoy El Paso, Texas), por lo que podemos apreciar algunos elementos de la historia urbana temprana de El Paso, entre ellos destaca; la Casa de Ponce de León -considerada la construcción más antigua de El Paso-, que estaría ubicado en el perímetro que forman las calles de San Antonio al norte, El Paso St al oeste, Paisano al sur y Oregón el este, la acequia de Ponce de León correría por la calle San Francisco, mientras que la acequia de Francisco Bernal, construida alrededor de 1790, corría entre la calle Overland y Paisano. Así, el cuadro más antiguo de la ciudad de Franklin-El Paso se ubica en lo que hoy es el barrio de Duranguito y su área inmediata hacia el oeste. El camino y puente original que cruzaba el río se encuentra en la calle de Stanton siendo una continuación del camino hacia el norte identificado en el plano de Urrutia de 1768, incluso la parte norte del mapa llegaría hasta la calle Olivas. Se habría construido un segundo camino y puente en algún momento entre 1768 y 1859 que corre por la calle Mesa hasta el I10 (Figura 37).

Arqueología Histórica

La arqueología histórica en el área de Juárez-El Paso ha sido trabajada desde los años sesenta, por distintos autores, aunque salvo una pequeña intervención en la Misión de Guadalupe, ha estado centrada en el lado estadounidense (Bradley et al., 1997; R. Brown et al., 2004; R. Gerald, 1975a, 1975b, 1990a, 1990c; Hendricks, 1999a, 1999c; Peterson, 1999a; Sánchez, 1999; Timmons, 1990). Con base en los trabajos de Hendricks, Gerald y Timmons, en 1999 John Peterson hizo una recopilación de los trabajos en fuentes y arqueología histórica que se habían hecho hasta ese momento para reconstruir la ubicación de las misiones y poblaciones en lo que han llamado El Valle Bajo -Upper Valley- que va de la Misión de Guadalupe a San Elizario. Se retoma el esquema de

⁶⁵ El mapa se encuentra en SC-Utep, fue amablemente proporcionado por David Dorado Romo.

presentación de ese texto a partir de la mención de cada lugar y la información con la que se cuenta (R. Gerald, 1975b; Peterson, 1999b).

Misión de Guadalupe. La Misión ha recibido muy poco interés a pesar de ser la iglesia más importante entre Chihuahua y Santa Fe; no se ha llevado a cabo un proyecto de investigación arqueológica histórica, aunque si algunas intervenciones ocasionales. En los años 1968-1969 se realizó el registro de parte de la arquitectura de la Misión, incluyendo fragmentos de las vigas y de los muros que permitieron obtener fechas de 1662-1668, así como otras maderas que ubican una restauración del edificio hacia 1800 (tal vez de la torre que no aparece en el mapa de Urrutia de 1766), también se lograron observar tres motivos antiguos, una inscripción “hizo por Francisco Pico” (R. Gerald, 1975b, p. 51), en comunicación personal de Robert Brown con Peterson, se reportan huesos debajo de la calle Vicente Guerrero (Peterson, 1999b, p. 109) (Figura 38).

San Lorenzo del Real fue por muchos años la segunda Misión más importante, mantenía una relación orgánica con la Misión de Guadalupe. Tampoco se ha realizado ninguna intervención

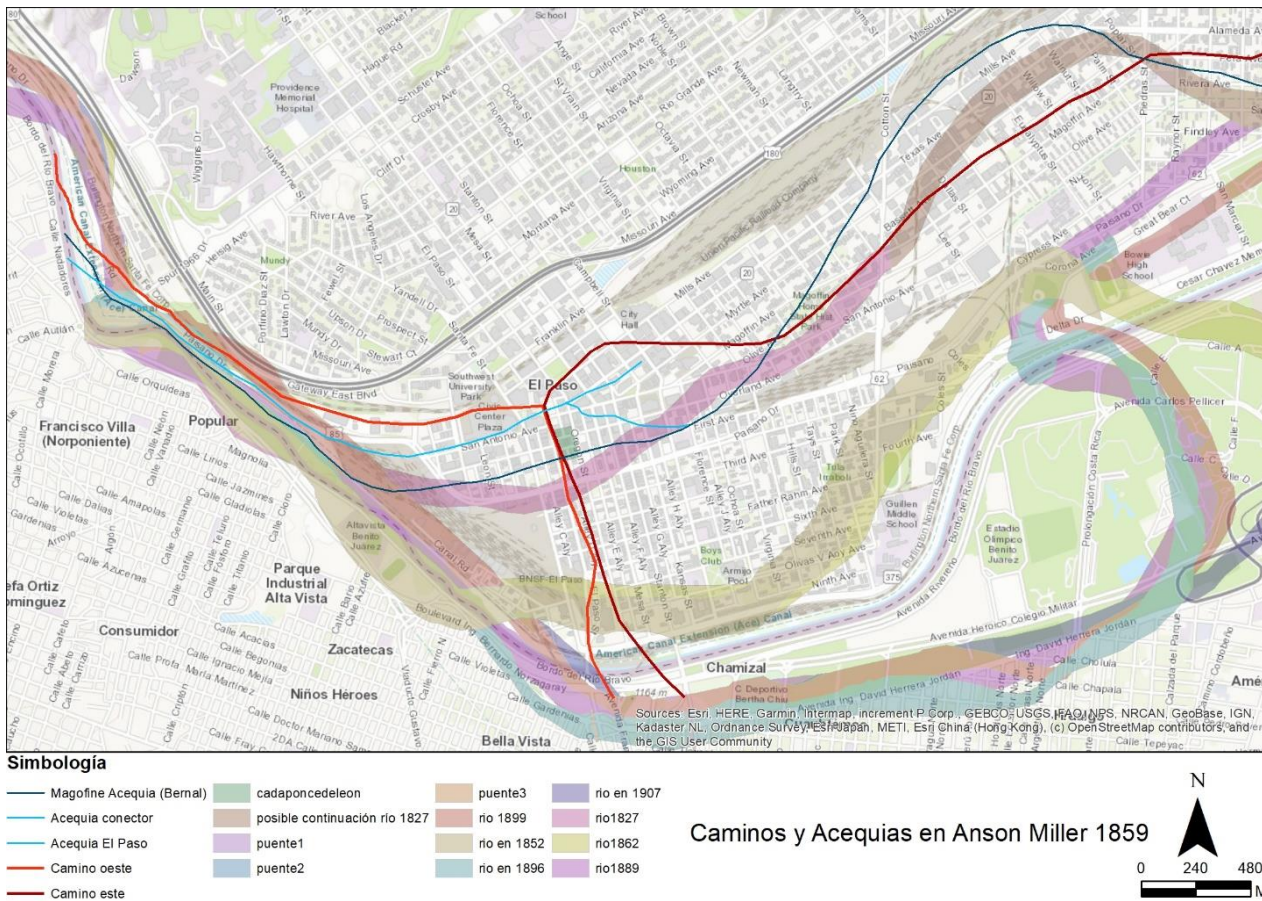


Figura 37 Sobreposición y vectorización del Mapa de Mills de 1859. Elaboración del autor, con información de Arcmap.

arqueológica en el sitio; fue originalmente ubicada a unas doce leguas, pero fue “reubicada cuatro millas al sureste de Nuestra Señora de Guadalupe en 1684, la misión continuó existiendo hasta la historia reciente, y Bandelier informó en 1902 que era la cuarta estructura en el sitio, reemplazando misiones anteriores destruidas por inundaciones (Bandelier 1890)” (Peterson, 1999b, p. 111), es posible que la actual iglesia no sea la de 1684 y de acuerdo con Peterson, los vecinos informaron del hallazgo de cerámicas mayólicas y huesos durante la colocación de cableado subterráneo (Peterson, 1999b, p. 111) (Figura 39).

Senecú fue una de las tres misiones asentadas tras la revuelta de los Indios Pueblo con el nombre de San Antonio de Senecú, también conocidas como Senecú del sur fue ocupada principalmente por Indios Piro, fue movida unos 950 metros al sur en 1853, en donde se ubica actualmente en el encuentro de las calles Baudelio Pelayo y De las Marías, la localización original debe ser en lo que hoy es el Hipódromo (Peterson, 1999b, p. 115). Tampoco se han llevado a cabo trabajos arqueológicos, pero hay un gran potencial de poder localizar algunas de las iglesias previas, pues éstas se deben encontrar en algún punto entre las actuales misiones de San José y San Antonio de Senecú (1853) en el centro sur de Ciudad Juárez (Figura 39).



Figura 38. Misión de Guadalupe de Paso del Norte a principios del siglo XX. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.

La Misión Corpus Christi de la Ysleta o Isleta del Sur es otra de las misiones establecidas en 1684 aproximadamente tras la revuelta de los Indios Pueblo, fue poblada principalmente por Tihuas que venían de diversos lugares entre ellos el Ysleta original, cercano al actual Albuquerque. En 1990 se realizó una intervención arqueológica en un predio a unos 60 metros de la iglesia, se conoció como el sitio del Jacal de Ysleta, ya que se logró reconstruir la ubicación precisa de un jacal de bajareque a partir de fotografías históricas. El lugar proporcionó mucha información de vida cotidiana incluyendo la presencia de cerámica utilitaria “Valle bajo Brownware”, cerámicas vidriadas, mayólicas y típicas Tewas, datadas en un rango de 1650-1750 d.C. También se encontraron huesos de animales en grandes cantidades, tanto de animales domésticos como no domésticos, lo que ha hecho pensar que la caza siguió siendo una actividad preponderante (Commar, 2015; Perttula et al., 1995; texasbeyonhistory, 2022).

Nuestra Señora de Socorro fue por mucho tiempo la misión más al sur de Paso del Norte, originalmente poblada por Piros, Tiguas, Gemez y Genizaros fue fundada en 1680. Se llevaron a cabo varias excavaciones y reconocimientos como parte del proyecto de Rex Gerald, se localizaron varios vestigios, incluyendo habitaciones que datan en 250 a.C. lo que nos indica que pudo tener una ocupación constante y que fue uno de los lugares de ocupación Manso previo a 1680. La



Figura 39 Ubicación de los sitios históricos en Paso del Norte (parte central). Elaboración del autor con información de acceso libre (Google Earth).

ubicación original de la misión es en 1684, hacia 1829 la misión fue destruida por una inundación, recolocándose en su ubicación actual. Igual que en Isleta y San Elizario. Se localizaron una gran cantidad de cerámicas brownware, y algunas mayólicas, losas típicas Tigua y Piro, además de registro de ocupación apache (Camarena, 2010; Evans, 1989) .

El presidio de San Elizario se ubica a unos 30 kilómetros al sur de la Misión de Guadalupe, a donde se recoloco el presidio de Paso del Norte en 1787 en el mismo lugar que ocupaba el Rancho de los Tiburcios. Se llevaron a cabo amplios trabajos de arqueología histórica, localizando estructuras domésticas y partes del presidio y la iglesia. Aunque se profundiza más adelante, de la cerámica se recuperaron cerámicas cafés utilitarias, mayólicas, vidriadas, típicas Mimbres, Chupadero de los Piros, El Paso Policromo de Mansos y varias Tiguas. En el sitio que ocupó la Hacienda de los Tiburcios se dataron carbones para el 410 ± 60 antes del presente, por lo que igual que el resto de las misiones, es muy probable que tuvieran una ocupación continua desde el periodo prehispánico (Peterson, 1999b, p. 112).

Como parte de los trabajos arqueológicos se hicieron amplios estudios de cerámica que arrojan información muy valiosa. Durante el periodo prehispánico la cerámica café utilitaria se fabricó con arcillas de fuentes cercanas a las Montañas Franklin, además: “Los habitantes de la región de El Paso del Norte durante la época prehispánica tardía e histórica residían en ambientes adyacentes. Esto no quiere decir que los pobladores prehispánicos de Pueblo no utilizaran la zona ribereña a lo largo del Río Grande o que los miembros de grupos nativos históricos no se aventuraran a las montañas y desiertos para cazar, recolectar” (R. B. Brown et al., 2004, p. 285). Esto quiere decir que los grupos originarios usaron recursos inmediatos tanto en el periodo prehispánico como en el histórico.

Visto en conjunto los trabajos arqueológicos en sitios históricos del Valle Bajo (Misión de Guadalupe a San Elizario y El Carrizal), muestran tres tipos de complejos cerámicos. El primero es asociado con cazadores-recolectores y agricultores Jornada Mogollón del 1150-1450d.C., en donde destaca el uso del tipo El Paso Brown (utilitario) y El Paso Policromo. El segundo es asociado con los refugiados de la revuelta de los Indios Pueblo de 1680 y es una combinación de tipos diagnósticos de cada grupo con cerámicas cafés utilitarias (Vallebajo brownware) fabricados con

materiales locales y tipos virreinales. El tercero es el que corresponde a los materiales posteriores a la independencia mexicana (R. B. Brown et al., 2004, p. 286–287).

Poblados de Paso del Norte que no continuaron su habitar

San Francisco de la Toma de los Sumas fue una de las misiones más tempranas, establecida hacia 1665 por el mismo “Padre García de San Francisco, para retomar la obra misionera entre los Sumas y en 1665 en un sitio a 12 leguas (ca. 31 millas) de la Misión N.S. de Guadalupe que se llamó Las Llagas de Nuestro Seráfico Padre San Francisco. Este sitio se dice que estuvo situado en el lugar donde el camino del sur da con el río, y cerca de la Sierra de la Toma” (R. Gerald, 1975b, p. 52) . Peterson dice, que posiblemente haya sido una pequeña villa de españoles y que en el actual cementerio de Fabens, Texas se encontraron restos óseos de fases protohistóricas (Peterson, 1999b, p. 109). No hay acuerdo en la ubicación de esta antigua misión, entre otras cosas porque parecen haber varios asentamientos en el mismo espacio de unos 10 kilómetros cuadrados.

Una ocupación protohistórica estaría en el cementerio de Fabens, la misión de San Francisco de la Toma de los Sumas de 1665 podría estar en la actual comunidad de Guadalupe Bravo unos 12 kilómetros al sur, finalmente en 1680 se habría instalado el pueblo de San Lorenzo del Real un asentamiento provisional para los refugiados de la revuelta de los Indios Pueblo estaría unos 2 a 3 kilómetros al norte de Guadalupe Bravo. De este último lugar Rex Gerald realizó una pequeña excavación en un sitio llamado “Hacienda de los Huesos” (Peterson, 1999b, p. 108–111). Es posible que esta sea una de las “nueve conversiones” de las que habla Velázquez de la Cadena, y es de los pocos lugares que tienen indicios claros de una continuidad entre el periodo prehispánico y virreinal, además de Sumas.

La Salineta fue uno de los primeros lugares en donde se asentaron los exiliados de 1680 “la Salineta, en donde hicieron plaza de armas y estuvieron poco tiempo hasta que pasaron a otros que nombraron Real de San Lorenzo” (Vélez de Escalante, 1865, p. 119) , Rex Gerald dice que se aprecian restos de ese poblado a unos 20 kilómetros de la Misión de Guadalupe (R. Gerald, 1975b, p. 53). Peterson dice que se reportaron algunos restos de cerámica vidriada y muy cerca de ella estaba la “Sandcliffe pithouse village” (Peterson, 1999b, p. 110). En el lugar que señalan los autores, existe hoy en día una pequeña iglesia abandonada llamada de la Santa Niña. En una visita informal

se pudo corroborar que la técnica constructiva y los materiales parecen corresponder a finales del siglo XVII, aunque es evidente las intervenciones posteriores. Por otro lado, el que cercano a la Salineta existan restos de casas fosos indica que era un lugar propicio para la vida y seguramente señalado así por los indígenas Mansos (Figura 40).

Nuestra Señora de Guadalupe de los Sumas fue una misión establecida en 1683, unas 14 leguas al sur, aparece en el Mapa de Miera y Pacheco de 1775. (Peterson, 1999b, p. 116). Posiblemente se ubique en la actual población de Práxedis Guerrero o en la de Cabras, debió de estar cerca al poblado del Palo Clabado, el cual otorgó como poblamiento Benito Crespo en 1725 a los Sumas. Por su parte San Francisco de los Mansos fue establecida en 1691, pero abandonada muy prontamente, estaba ubicada a unos 38 kilómetros de la Misión de (Peterson, 1999b, p. 117), en lo que hoy es el centro de Berino, Nuevo México.

La misión de Socorro de los Sumas. No está referida en las fuentes secundarias, pero la menciona Escalante:

“de Isleta en donde hoy está el pueblo que segunda vez erigieron con el mismo nombre de Socorro. El citado año de 1683 en 24 de octubre se puso la primera misión de indios zumas



Figura 40. Iglesia de la Santa Niña en Sunland, Nuevo México, ubicada en el mismo lugar de la antigua Salineta, foto de Paul Garland. Recuperado de https://us.geoview.info/santa_nina_church,5490323

ocho leguas al sur del pueblo del Paso en el paraje que hoy llaman Ojito de Samalayuca no subsistieron esta misión por que el año siguiente de 84 se alzaron con los mansos cristianos e infieles con los Janos y demás Sumas y apostataron” (Velés Escalante, 1865, p. 120–121) Se debió colocar en el llamado Ojo de Agua de Samalayuca a unos 40 kilómetros al sur de la Misión de Guadalupe en donde hoy en día todavía está el ojo de agua.

Nuestra Señora de Santa María de las Caldas era aledaña a la Hacienda de San Antonio, propiedad de El Capitán Antonio Valverde Cossío, construida en 1730 y abandonada en 1749, a unos 33.5 kilómetros del centro de Ciudad Juárez, Peterson sugiere que está es la misma ubicación del poblado Palo Clavado. Mary Taylor sugiere que "si encuentras la hacienda de Valverde Cosío, Palo Clavado, entonces has encontrado a María de las Caldas". La ubicación de Palo Clavado la mostró Gerald (1975) quien “identifica la ubicación de Palo Clavado cerca de la Avenida de las Américas y la IH-10” (Peterson, 1999b, p. 117), pero es difícil que el Palo Clavado esté en el lugar señalado de la actual Av. Américas, pues está a unos 20 kilómetros de la Misión de Guadalupe, mientras que en el *Auto* original de Benito Crespo dice que “piden el pueblo en el sitio que llaman el Palo Clavado en las riberas del río del Paso distante de este presidio catorce leguas en tierras pertenecientes a Don Antonio Valverde” (Crespo y Monroy, 1730, p. f376), es decir a uno 67 Kilómetros, lo más probable es que Palo Clavado este en el mismo lugar de Nuestra Señora de Guadalupe de los Sumas (Figura 41).

Conclusión del capítulo 5

Plantear la pervivencia de elementos materiales del periodo indígena en el mundo virreinal que además pudieran llegar hasta nuestros días, tenía un tono ambicioso al inicio de la investigación. Los resultados sin duda son estimulantes al dar cuenta de los estratos urbanos indígenas en Paso del Norte; la cartografía y arqueología histórica son especialmente útiles para visualizar las escalas de trayectorias arquitectónicas, la infraestructura y en menor medida el largo tiempo territorial de la subsistencia, esto debido a la naturaleza visual de la cartografía y material de la arqueología.

La cartografía del periodo virreinal permite dar cuenta de una manera de entender el mundo. Si bien el mundo prehispánico poseía nociones de espacialidad y territorialidad sofisticadas, solamente los occidentales hicieron del mapa un artefacto casi sagrado, e incluso un fetiche, que además de pretender englobar algo parecido a así son las cosas, es decir dar forma a la “realidad”.

Un claro ejemplo de esto es la Figura 35, en donde los fundos legales -que es una categoría inexistente en la realidad- dan la pauta para ordenar el espacio, apropiándose de territorio e imponiéndose a formas ancestrales de nociones espaciales; dando paso a una forma de vida particular. El mapa de convierte en una prefiguración de la realidad que incluso impacta hasta nuestros días.

A través de la arqueología y la cartografía histórica es posible inferir una liga entre las evidencias arqueológicas del periodo prehispánico y las fuentes escritas virreinales, pues permite recuperar las secuencias completas de ocupación en los lugares habitados. Por desgracia hasta el momento no se han realizado trabajos sistemáticos de arqueología histórica en la ribera sur del río; en San Elizario, Socorro e Isleta si se han intervenido, pero solo en áreas de edificios públicos.

Uno de los aspectos que el cruce de información entre cartografía arqueología e historia es discernir la distribución de las poblaciones que mantuvieron una ocupación constante y aquellas que fueron abandonadas durante el periodo virreinal. En el mapa de la Figura 41 observamos el

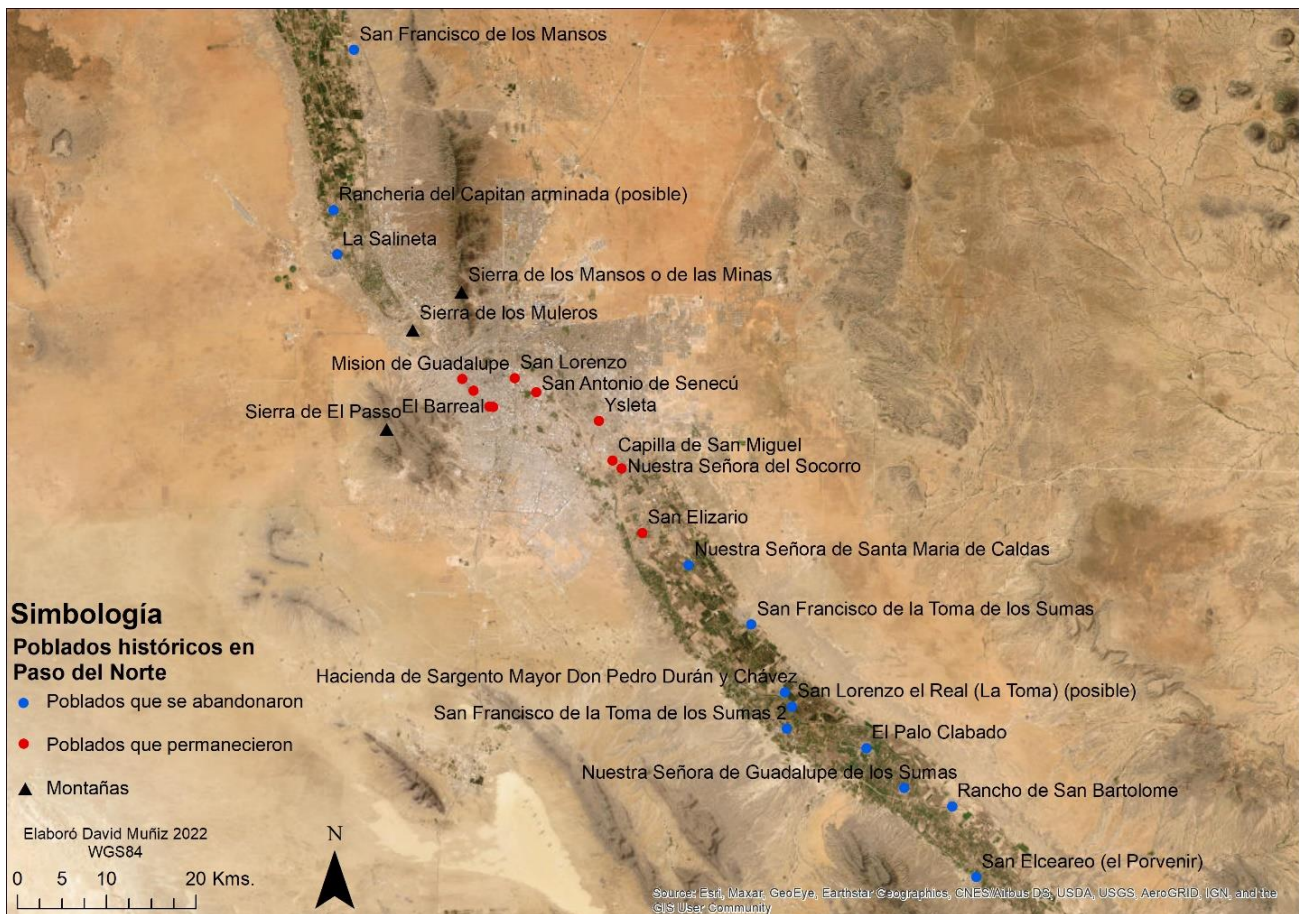


Figura 41 Ubicación de las distintas poblaciones mencionadas en el texto. Elaboración del autor con imagen de Google Earth.

conjunto las seis poblaciones que lograron mantenerse -Misión de Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Isleta, Socorro y San Elizario-, junto con aquellas que fueron abandonadas -San Francisco de los Mansos, Salineta, Santa María de Caldas, San Francisco de la Toma de los Sumas, San Lorenzo (la Toma), Palo Clavado, Guadalupe de los Sumas, Rancho San Bartolomé y San Elcearo (el Porvenir)-; en conjunto mantienen el patrón de asentarse en las riberas del río a cierta distancia unas de otras.

Ahora bien, las poblaciones que logran mantenerse tienen en común estar conectadas por la red de acequias que forma la infraestructura y que podemos ver en la Figura 31, además del continuo de casas y huertas de las que se hace referencia en las fuentes. Aquellas poblaciones que sobreviven son las que lograron combinar los saberes ancestrales indígenas de comportamientos espacial -patrón de asentamiento- con los conocimientos traídos por los novohispanos como las acequias y el sistema casa-huerta; para poder mantener esta combinación de conocimientos fue necesario el desarrollo de una serie de estrategias de convivencia, así como medios para de la subsistencia, como aquellas que ya se han narrado en las fuentes. Los seis núcleos poblacionales que se mantuvieron desarrollaron una interdependencia entre sí, pues, aunque en el papel eran entidades político-administrativas distintas, en el hecho funcionaron como una unidad; una sola ciudad alargada, dispersa, continua y con varios núcleos poblacionales-administrativos.

Esto no quiere decir que las poblaciones que se abandonaron carecieran de los elementos mencionados: estrategias de convivencia de la negociación a la violencia, comportamiento espacial en distintas escalas, infraestructura o formas ancestrales de subsistencia, pero es posible detectar algunas constantes que comparten los sitios abandonados, aunque es necesario un análisis exhaustivo de cada caso para tener mayor certeza. En el caso de la mayoría de las poblaciones al sur de San Elizario son asentamientos para los Sumas; si se recuerda que una de las estrategias de convivencia indígena era pedir socorro y asiento para luego el abandono del poblado, en un ciclo que se repitió cuando menos con Benito Crespo, Pedro Ribera y Nicolás Lafora. Así que el abandono de las poblaciones de Santa María de Caldas a San Elcearo (La Toma) puede ser parte de este ciclo constante de petición de socorro-abandono de los Sumas.

La distancia hacia la sede del poder novohispano debió ser otro factor; los testimonios de los soldados presidiales evidencian que la distancia entre los extremos de la ciudad (Misión de

Guadalupe-San Elizario), se podía cubrir en menos de una jornada, sin embargo, entre más se alejara más difícil sería prestar auxilio. Recordando que hasta 1787 fue en la Misión de Guadalupe en donde se ubicó el presidio; siendo abandonas antes de esa fecha las poblaciones al sur de San Elizario. Para los servicios religiosos debió ser una situación similar, puesto que a mayor distancia de la última misión al sur antes de 1787 (Socorro), sería necesario la instalación de misioneros permanentes en las nuevas poblaciones, ya que a los franciscanos no les sería posible ir y regresar a su sede de manera expedita. En los pleitos entre el padre Delgado y el visitador Ornedal (Delgado, 1773) se muestra que uno de los principales problemas era que no había suficientes misioneros, según los franciscanos, o bien que no querían ir a visitar las poblaciones más alejadas, según Ornedal. De cualquier modo, la mayor distancia era un factor negativo para la consolidación de una población permanente.

No se pretende decir que son las únicas causas del abandono de las poblaciones al sur de San Elizario, seguramente es un conjunto multifactorial de situaciones, pero si se intenta mostrar que; si bien responden a comportamientos espaciales y formas de subsistencia similares, las estrategias de convivencia son distintas, además de no estar conectadas con la infraestructura del resto de la ciudad. La falta de conexión a la unidad de interdependencia de la ciudad -de Misión de Guadalupe a San Elizario- y la estrategia de convivencia son procesos históricos que han dejado huella a manera de estrato y que por lo tanto pueden leerse para una mejor comprensión de la historia urbana.

La observación de los elementos del comportamiento espacial es otro aspecto que es favorecido por el análisis de la arqueología y cartografía histórica, debido a la naturaleza visual de la evidencia que permite comparaciones. Del mismo modo que con la infraestructura para el consumo público-privado, pues ambas están muy relacionadas. Con el análisis pormenorizado de la cartografía de Joseph de Urrutia es posible tener algunas conclusiones.

Casas. Los grupos Jornada Mogollón utilizaron una combinación heterogénea de materiales y formas constructivas que incluía el uso de casas fosos, semisubterráneas, superficiales, el uso de adobe, bajareque y mampostería (Miller & Kenmotsu, 2004), producto de la asimilación de distintos saberes a lo largo de siglos. Para sus edificaciones los hispanos preferían la “cantera”; muros solidos de piedra, sin embargo, rápidamente adoptaron las técnicas de construcción

norteñas, en especial el adobe que es más fácil de producir, eficiente térmicamente y muy sólido. Por lo que es común que los edificios virreinales sean de adobe o al menos una combinación que incluya adobe. Una condición que tiene el adobe es que puede recibir cuantas capas de mantenimiento sean necesarias y engrosar su espesor, haciendo muy difícil determinar la antigüedad de una edificación, pero es claro que la técnica es un legado prehispánico.

Una característica de Jornada Mogollón era la combinación de las técnicas; según Fray Salvador de Guerra (1668, p. f5) en Paso del Norte hacia 1668 los indígenas vivían en casas “mitad de adobes y mitad de jacales, y otras como barracas”. La información arqueológica muestra que las “barracas” serían habitaciones “tipo Pueblo”, mientras que jacales debe referirse al bajareque; aunque no tenemos información que nos diga si algunos de estos jacales eran semisubterráneos, es muy probable que así lo hayan sido, como el caso del Jacal de Ysleta (Commar, 2015).

Forma de la casa. En la vida cotidiana los elementos que tienen más peso suelen ser los que más perduran, tal es el caso de la arquitectura vernácula. Si los vecinos de Paso del Norte tenían los saberes técnicos y las condiciones ambientales propicias para edificar de manera similar a como lo venían haciendo hacia cientos de años, suena lógico que también levantaron formas similares en sus casas. Desgraciadamente no tenemos una descripción en las fuentes, o una reconstrucción en los trabajos de arqueología histórica que nos pueda ayudar a saber si las casas eran como la de Jornada Mogollón o si por el contrario adoptaron una forma “española”⁶⁶.

Lo que sí se conserva es el Plano de Urrutia de 1768 en donde se reprodujeron algunos detalles en las formas de la casa. La Misión y el Presidio tienen la típica forma española de patios interiores, uno y dos respectivamente. Pero ninguna casa tiene esa forma, podría ser falta de cuidado en detallar por parte del cartógrafo, pero si comparamos con otro mapa hecho en la misma serie de Urrutia; por ejemplo, el de Santa Fe (Figura 42), vemos que ahí sí hay al menos una docena de casas con patios internos; no parece haber dudas del cuidado de Joseph de Urrutia en sus dibujos.

⁶⁶ La casa típica española se refiere a la forma de las casas habitación que se levantaron en las ciudades virreinales, principalmente en los núcleos urbanos. Consistía en pórticos a la calle con grandes ventanales, pasillos anchos que daban a patios interiores de forma cuadrada, rodeados de cuartos, en las casas de mayores recursos la forma era más compleja, con más de un piso o múltiples patios y huertos, incluso las casas más humildes buscaban mantener esa estructura cerrada, tendiente a lo cuadrado con un patio al interior.

Las casas que dibujó Urrutia en Paso del Norte en su mayoría son pequeñas, unos 12 metros máximo por lado; un poco similar a los cuartos superficiales cuadrados de Jornada Mogollón que son de hasta 8 metros de largo en promedio (Wiseman, 2019, p. 2 5). Los cuartos de mayores dimensiones no se cierran a la manera española si no que hacen una especie de herradura, es decir tienen una nave principal alargada y dos perpendiculares hacia cada lado. La mayoría de las casas en forma de herradura dan hacia la vera del camino, por lo que el espacio en medio de la herradura difícilmente sería un patio. Entonces es muy probable que lo que vemos en el plano de Urrutia no son casas de tradición española sino más bien indígenas tipo Pueblo (Figura 43).

Otro aspecto es que la mayoría de las casas son parte de una sola por parcela; lo que debió corresponder a las casas-huertas de las que se ha venido hablando. Por otro lado, en las parcelas en donde hay varias casas, hay una distribución que recuerda a los grupos de casas en Firecracker, el sitio arqueológico Jornada Mogollón al este de El Paso o el de Magdalena en el río arriba, esa

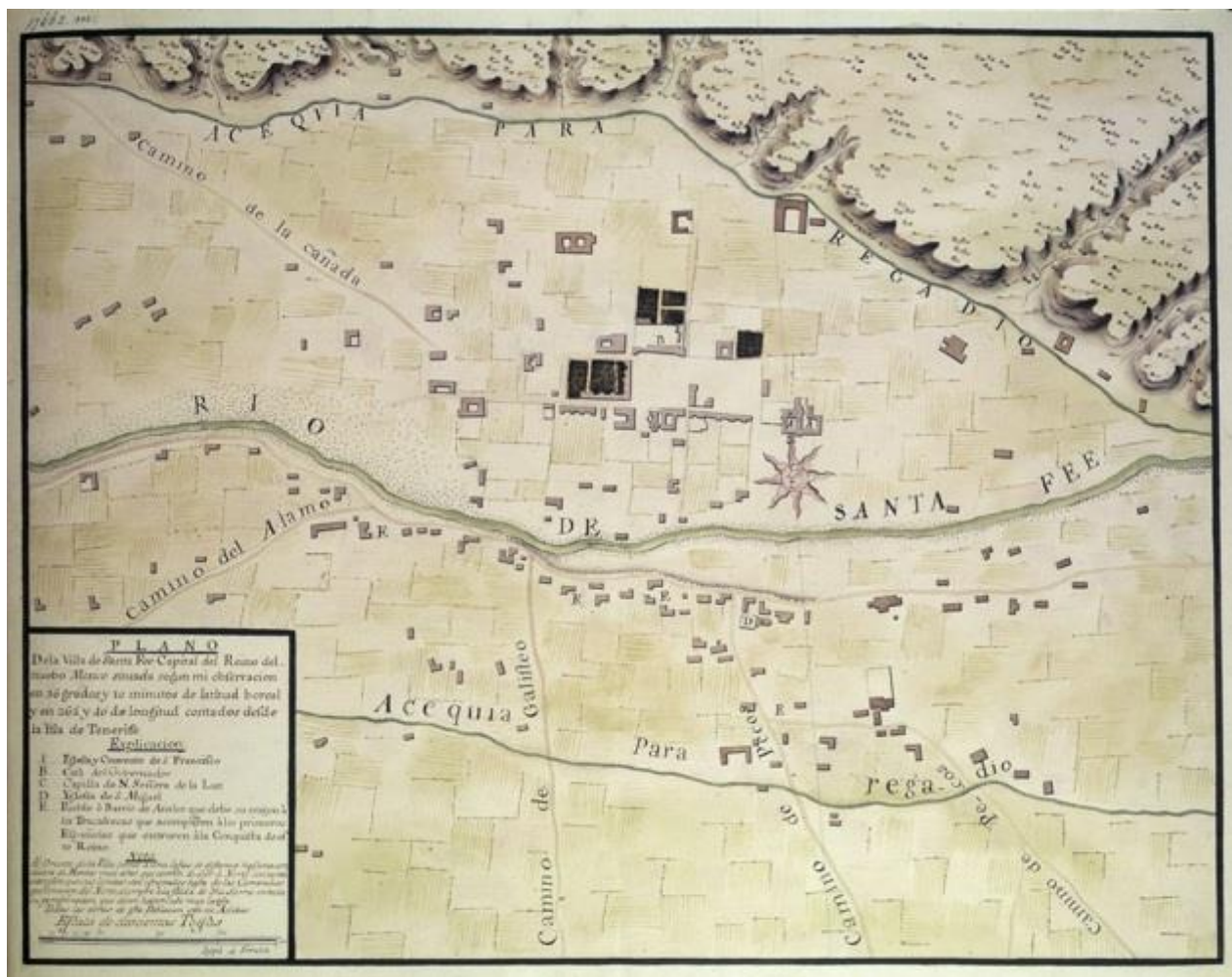


Figura 42. Mapa de Urrutia de la Villa de Santa Fe, recuperado de: <http://hycadventures.com/page106.php>

distribución es de varias barracas en hileras de casas tipo pueblo alrededor de un espacio central. Entonces, sistema constructivo, forma y disposición de las casas parecen tener varios rasgos retomando de los saberes indígenas (Figura 44).

Ciudad. Paso del Norte es una ciudad preindustrial y como tal debería dar preferencia a la función que la ciudad debe de cumplir como lo señalo Smith (2016); pero no tiene la típica traza urbana reticular con un centro geométrico de otras ciudades virreinales. Si era una sola ciudad desde Misión de Guadalupe hasta San Elizario, el “centro” estaría en uno de los extremos, lo que sería extraño. El origen de colocar el entorno construido de esta manera -alargada- parece tener su origen en el periodo prehispánico; distribuciones no centrales son observadas en tradiciones arqueológicas como la Casas Grandes, en las tradiciones de los Indios Pueblo como los Piros de río arriba, y cada vez más es claro que también en Jornada Mogollón (Figura 16). Tras la llegada de los novohispanos, estos junto con los indígenas continuarían acrecentando esa traza alargada-dispersa implementando nuevas tecnologías y estructuras político-administrativas.

No hay documentos virreinales que corroboren esta idea, y no tendría por qué haberlo. La hipótesis es que como parte del proceso de negación del pasado indígena no se reconocen los aportes intelectuales de estos en las fuentes. En un comparativo de trazos de las ciudades

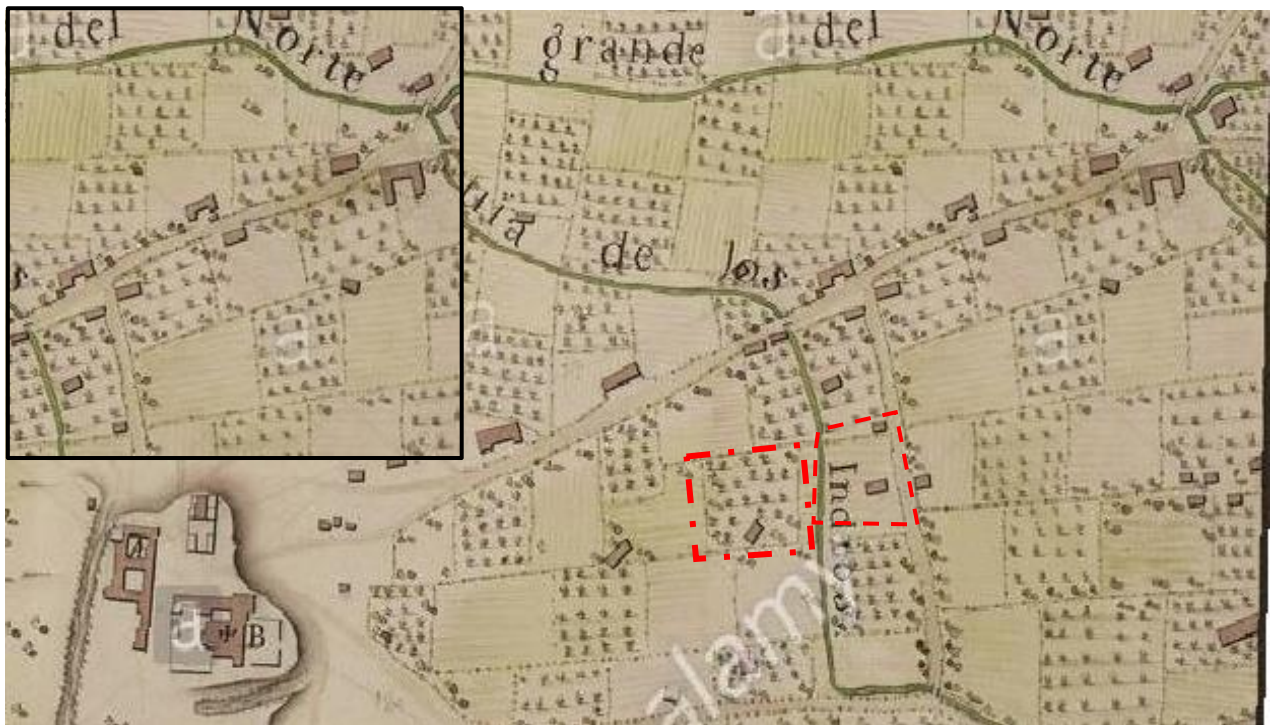


Figura 43. Acercamiento de las casas de Paso del Norte en el Plano de Urrutia. Marcadas en líneas punteadas rojas (agregadas por el autor), se muestran ejemplos de casas-huertas

virreinales de Chihuahua, Durango, Saltillo, Guadalajara e incluso con el plano de Santa Fe, podemos ver que los novohispanos prefieren construir en patrón geométrico; los ejemplos son en distintas latitudes, tiempos y circunstancias del virreinato, pero coinciden en buscar un patrón geométrico reticular concéntrico con los edificios públicos y de élite hacia el centro, con los indígenas en la periferia (Figura 45). La traza reticular no solo es un deseo, es parte de las ordenanzas emitidas por el Rey Felipe II referentes al poblamiento en América; en el título séptimo acerca los poblamientos dice: “y cuando hagan la planta del Lugar, repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor” (Muro Orejón, 1967, p. Libro IV, Título I). Este patrón solo se omitía en los Reales de Mina, pues se daba preferencia a la practicidad de adaptarse al terreno.

En Paso del Norte nunca hubo minerales por explotar, aunque por un tiempo fue la capital y desde 1691 fue la primera o segunda ciudad por población del reino de Nuevo México; entonces no habría porque no intentar poner una traza conforme lo mandaban las ordenanzas y era lo correcto de hacer de acuerdo con el imaginario novohispano ¿por qué no hacerlo? En el plano de



Figura 44. Comparativo grupo de casas en Paso del Norte (Urrutia 1776) con habitaciones prehispánicas en Pueblo Magdalena (Marshall 1984), arriba a la izquierda.

Urrutia podemos ver materializada la respuesta; no hicieron una población cuadrada por la influencia de la población indígena, gracias a los aportes de sus saberes ancestrales.

La dispersión urbana observada en los mapas responde a un proceso histórico y espacial específico, esta dispersión es un choque de voluntades entre lo que deberían ser, con lo que podían ser, y lo que terminó siendo. Lo que deberían ser; porque tendría que responder a un núcleo urbano tal y como se señala en las ordenanzas de Felipe II, formalmente existía ese núcleo, pero las condiciones del entorno natural y el proceso histórico de explotación económica fue generando que la población se asentara cada vez más lejos de ese núcleo. Lo que podían ser; porque las condiciones de supervivencia penden del delicado equilibrio entre productividad y adaptación, la decisión de asentamiento buscó mantener ese equilibrio. Lo que terminaron siendo; porque la suma de las decisiones a lo largo del tiempo ha desembocado en la forma actual de la ciudad, que sigue sin ajustarse a un canon “típico”.



Figura 45 Trazos de algunas ciudades virreinales abajo a la izquierda: Plano de la Ciudad de Saltillo. Mapoteca del Archivo Municipal de Saltillo. Abajo a la derecha: Plano de la Ciudad de Guadalajara (Flores Hernández y Steven 2019, 6). Arriba a la izquierda Plano topográfico de la ciudad de Chihuahua (Malbrán 2021, 41.). Arriba a la derecha: Plano Topográfico de Durango 1910, Mapoteca Manuel Orozco y Berra.

Una de las explicaciones para la dispersión urbana de la ciudad es su origen histórico, así lo plantea Guadalupe Santiago quién dice que la ciudad fue un nodo de comunicaciones y relaciones políticas (Santiago Quijada, 2012), en el mismo tenor Orozco ve a Paso del Norte como un punto central en un sistema económico. Ciertamente Paso del Norte ha funcionado como un nodo, pero ¿acaso no sería un nodo desde antes de la formación de Paso del Norte? Y más allá de eso ¿podría ser un nodo de voluntades y negociación que permitió la existencia de una sociedad *suigeneris*? Es decir, en Paso del Norte se concentrarían las aspiraciones y simbolismos de distintos grupos, los cuáles se agregan, mediante soluciones técnicas, como las acequias y actividades de subsistencia, que materializarían las voluntades.

Poblados. La otra escala es, la distribución espacial, la cual tiene una interrelación con la escala de ciudad; la región de Paso del Norte es multiétnica, se dio una convivencia ancestral de los diversos grupos. La observación de los mapas y la información de la arqueología histórica permite correlacionar la manera de ordenar la ciudad y la forma en que está organizado el mundo alrededor. Esto es, la manera en que se dispusieron las identidades étnicas en Paso del Norte es similar a la organización de los pueblos alrededor, reflejando una trayectoria arquitectónica en distintas escalas.

Las poblaciones Manso que vivían hacia el siglo XVI en la región tendrían un patrón similar al de los Jornada Mogollón de Hueco Tanks; por lo tanto, estarían separados en un cordón de pequeñas concentraciones de casas, con agrupamientos mayores o pueblos principales, alternados en un número de unos cinco, en lo que parece un entrelazamiento étnico. Cuando Velázquez de la Cadena (1657) habla de nueve conversiones Manso previo a la fundación de simbólica de Paso del Norte; es muy probable que varias de esas conversiones estuvieran en la franja que va de la Misión de Guadalupe a San Elizario. Tras la revuelta de 1680, tomarían lugar definitivo distintos pueblos indígenas repartidos de la siguiente manera: Mansos alrededor y al norte de la Misión de Guadalupe, Piros al sur de la Misión de Guadalupe (Barreal), Sumas al este en San Lorenzo, Piros y Tompiros al este en Senecú, Tiguas en Isleta, Tihuas, Thanos, Gemez, Piros y Genizaros en Socorro, posteriormente Piros, Tiguas, Genizaros y Mansos en San Elizario (Figura 46).

Visto en una escala mayor tendríamos el siguiente orden de poblaciones siguiendo el río de sur a norte: Tompiros, Sumas, Mansos, Piros, Gemex, Tewas, Tiguas y Tanos. En la organización de

estos poblados los Mansos se mantienen hacia el centro y alrededor de ellos se disponen de manera inmediata Sumas y Piros; fue así en la escala de poblaciones y en la de ciudad. Más allá, los Piros funcionan como ese eje con el resto de los Indios Pueblo, a nivel de poblados se asientan cerca de ellos los Gemex, Tewas, Tihuas y Tanos, tras la revuelta de 1680 estos cuatro pueblos se instalaron al sur, después de los asentamientos Piros. Esto parece indicar que Mansos, Piros y Sumas comparten ciertas condiciones culturales que los hacen más afines e incluso permite que se sobrepongan sus poblaciones en el espacio; este mismo fenómeno parece ocurrir con los Piros y el resto de los Indios Pueblo en el río arriba, pero ambos conjuntos no se sobreponen. Así, el orden espacial del mundo indígena se reproduce en distintas escalas (Figura 46).

En las distintas escalas: poblado, ciudad y casas, hay ejes de articulación que son el río, la acequia y las huertas, todo parte del aprovechamiento hídrico. Visto en escala de poblados; los poblados se separan en “río arriba” en donde están los Indios Pueblo y que inicia tras superar desde el sur hacia el norte la Jornada del Muerto, hacia el sur de este punto - “río abajo” - se organizan los pueblos “Jumanos”: Mansos, Sumas, Janos, Tompiros y Jumanos, que se distinguen de los Pueblo

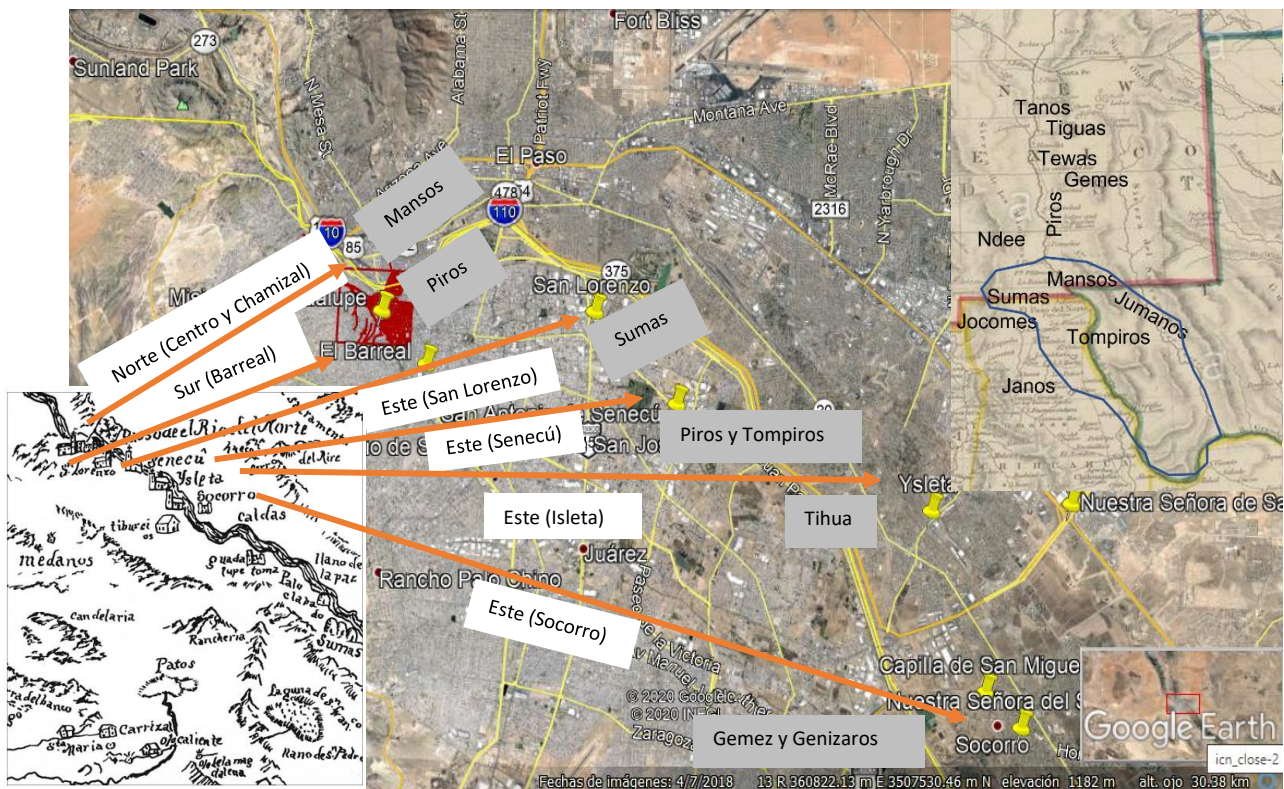


Figura 46 Distribución de las poblaciones indígenas posterior a la revuelta de 1680. Arriba a la derecha distribución de los grupos indígenas previo a la revuelta de 1680, abajo a la izquierda fragmento del mapa de Miera y Pacheco 1775. Composición de David Muñiz sobre una imagen de Google Earth.

y de los Conchos, estos últimos tendrían límite con los Jumanos hacia la Junta de los Ríos más al sur. Todos organizados en torno al río del Norte.

En la escala de ciudad es la acequia la que marca la forma, siendo una especie de reproducción en menor escala del río. A partir de las tomas de agua, la acequia es la línea de vida entre las poblaciones que conforman Paso del Norte de Misión de Guadalupe a San Elizario, como lo hace el río de los Jumanos a los Tanos (ver Figura 46). Las identidades étnicas como Mansos, Piros, Sumas, Tiguas etcétera están unidos por el mismo recurso, al mismo tiempo que se mantienen separados. Misma condición que ocurre con las huertas, las cuales en conjunto con las casas forman un binomio que permite mantener un continuo de ocupación.

En ese sentido, es indudable que la tecnología agrícola y la incorporación del ganado permitió el aumento exponencial de los campos de cultivo, con esto se limitaba un poco la dependencia a la condición del clima para la producción; dice Lafora que en Paso del Norte hay tanta abundancia que dejan pudrir los frutos debajo de los árboles. La acequia jugó un papel clave en esa producción agrícola, pero significó una transformación tan drástica, más bien se infiere que los indígenas enriquecieron su oferta alimenticia y seguramente su dependencia hacia los productos cultivados, pues en el periodo prehispánico en realidad fue bajo el consumo de esos productos, pero no significa que no siguieran utilizando aspectos de El largo tiempo territorial de la subsistencia tradicional como la caza-pesca-recolección.

El otro elemento de esta innovación es la huerta como unidad productiva. En los mapas históricos vemos que el paisaje se reconfiguró en función de las huertas, la mayoría de tamaño pequeño y mediano; lo que nos muestra una intensificación de la producción, pequeños propietarios que no se diferencian marcadamente de sus vecinos, es decir, la huerta es un sistema de producción que favorece relaciones menos jerárquicas, lo que compaginó bien con las características de Jornada Mogollón.

De la caza no se dice mucho en las fuentes, pues era considerada una práctica salvaje, pero en las excavaciones de San Elizario si se da cuenta de una buena cantidad de huesos de animal encontrados en varias habitaciones; Consuelo Evans dice que era muy probable que quienes habitaban esas casas tuvieran la caza como actividad frecuente (Evans, 1989). Los Tiguas de Isleta también practicaban constantemente la caza, tanto como complemento de su alimentación como

en un aspecto ritual, en especial en los terrenos de Hueco Tanks (R. Gerald, 1990d), la caza era una práctica común para los grupos N'dee y Sumas, también recordar que se ha propuesto que el pillaje de ganado puede ser una forma alternativa de caza, todo esto permite notar que nunca se terminó de abandonar esta práctica. En cuanto a la pesca, todavía en 1810 Batista Pino menciona que la pesca en el río del Norte era común y abundante (Batista Pino & López Cancelada, 2007)

En cuanto a la cerámica, se señaló la importancia que tiene como elemento identitario de los indígenas en el periodo virreinal, en particular para los del Paso del Norte (R. B. Brown et al., 2004). La cerámica café bicroma de la tradición El Paso es de uso utilitario y tiene características morfológicas similares a la loza Valle Bajo Brownware de San Elizario, se usó desde el periodo prehispánico y hay huellas de ella en Socorro (R. Gerald, 1990c), Isleta y San Elizario (Bradley et al., 1997). Los grupos Mansos, Sumas y Piros mantuvieron la cerámica como elemento identitario a pesar de la introducción de nueva tecnología, como en el caso de El largo tiempo territorial de la subsistencia lo que vemos es una adición de la oferta cerámica y la integración de ambas tradiciones alfareras en un mismo espacio. Los trabajos de arqueología histórica muestran la presencia de cerámicas típicamente asociadas a grupos indígenas; El Paso policromo de los Mansos en Misión de Guadalupe y San Elizario, cerámica Chupadero de los Piros en Senecú, Socorro y San Elizario, así como lozas Santo Domingo, Acoma y Mesa de origen Tewa en Isleta, Socorro y San Elizario (Bradley et al., 1997).

Prácticamente todas de las cerámicas utilitarias en Paso del Norte y El Carrizal tienen como fuente de materia prima los yacimientos de las Montañas Franklin. Carlos Delgado (1773, p. F12) dice que en la banda norte del río “hay un Cerro que llaman de la mina”, no se extrajo ningún mineral valioso para los novohispanos en Paso del Norte, por lo que es probable que la referencia sea a fuentes de tierra y desgrasantes para la fabricación de cerámica. Si vemos la cerámica como reflejo de la identidad de las poblaciones podemos tener una relación positiva entre la configuración de la población y los porcentajes de cerámica. Por ejemplo, Bradley y su equipo encontraron que entre el 75%-83% de toda la cerámica encontrada en San Elizario es Valle Bajo Brownwares, el 1% de otros tipos indígenas como El Paso Policromo o Chupaderos, las Mayólicas⁶⁷ del 5%-6%, las cerámicas vidriadas (“Mexican Glazeware”) entre el 10%-12% y las euroamericanas

⁶⁷ Cerámica fina de distintas partes de Nueva España

entre el 1%-8% (Bradley et al., 1997, p. 154,184). Si lo llevamos a posibles indígenas lo podemos traducir de esta manera, en San Elizario había una 80% de “vecinos” o población local (mestizos, Indígenas, indígenas no auto identificados como tales, mulatos, etcétera.) que conformaban el grueso de la población, en este porcentaje había Mansos, Tiguas, Tewas y muy probablemente Sumas y N’dee (“Valle Bajo Brownwares”), el 11% serían novohispanos originarios de otros puntos del virreinato⁶⁸ (“Mexican Glazeware”), el 4% serían españoles peninsulares (“euroamericanas”) y el 5 % elites novohispanas (Mayólicas). Se propone que la composición poblacional debería ser similar en el resto de Paso del Norte, pero no tenemos datos arqueológicos, aunque si hay datos documentales.

El trabajo de Claudia Gutiérrez (2021) es crucial en este punto. Ella hace el estudio de las “calidades” de la población en los registros de casamientos de la Misión de Guadalupe, las calidades se refieren a la auto identificación de origen étnico y/o cultural de las personas en el periodo de 1728 a 1775, es decir justo antes de San Elizario como presidio. Algunos de los resultados más sobresalientes se resumen en que el grueso de la población no da cuenta de su calidad (60.7%), pero consideramos que este porcentaje corresponde a indígenas que no se autoidentifican como parte de un grupo en particular; no los registraron como tales y/o descendientes de indígenas⁶⁹. Los “indios” conforman el 26%, pero de ellos, el 13 no se registra su identidad y el otro 13% está repartido en 12 identidades distintas, en donde los más numerosos son los apaches con 2.93, los Tiguas, Piros, Genizaros, Mansos y Sumas van del 1% al 1.8% y menos de 1% hay Juma, Comanche, Jumanos, Navajo, Opata y Quere. La población que no es indígena, pero tampoco española suman un 6.5% e incluye Mulatos y Negros y Mestizos, los españoles por su parte son el 7.5%. (Gutiérrez Silvestre, 2021) (Figura 47).

Para poder entender la relación con los datos de San Elizario y la cerámica se presenta la Tabla 3. El 79% de cerámica utilitaria de San Elizario se asociaría con los vecinos de origen local, llegados principalmente desde la Misión de Guadalupe; con base en los datos de la investigación

⁶⁸ Por ejemplo, en el caso del levantamiento Suma de 1771 se refiere a un vecino de Querétaro que esta con los levantados.

⁶⁹ Se ha puntualizado que la desaparición de los indígenas en las fuentes es en realidad una difuminación, parte del problema de la negación, pérdida de identidad e incluso estrategia de resistencia cultural. Los indígenas se autoidentifican como parte de un grupo específico si es necesario y ventajosos hacerlo, sino lo es, pueden solo asumir su identidad de “vecino”

de Gutiérrez y la información de la arqueología histórica tenemos que, la población de origen local se agruparía en los “sin dato, Indios no identificados, Mestizos y Coyotes” con un 75.5% del total de la población, de la cual asumimos que debieron usar cerámicas utilitarias locales y que tienen un porcentaje muy similar. Luego, las poblaciones foráneas se identifican por las cerámicas vidriadas, euroamericana y mayólica, siendo el 20%, el equivalente en los datos de Gutiérrez sería poblaciones no locales; españoles, negros y mulatos que suman el 11.5%, la diferencia de los porcentajes es en proporción a la pérdida de los grupos indígenas auto identificados; estos últimos tienen un porcentaje del 1% en San Elizario por un 13% en Paso del Norte, posiblemente como parte del proceso de difuminación del estrato indígenas en las fuentes y que aumenta paulatinamente desde el último tercio del siglo XVIII y se agudiza a partir de 1810 (Tabla 3).

Entonces, tenemos que el grupo más grande es el de vecinos, que no son otros que la población mimetizada, producto del largo proceso histórico en el que lo indígena se fusionó con lo novohispano. La identificación étnica fue muy útil en Paso del Norte durante el siglo XVIII como vimos en los casos de Santiago cacique Manso, Nuevo asentamiento Suma, Francisco Pato, Juan Phe, María Roybal y el Indio Caviloso, cuando dejó de serlo simplemente dejan de mencionarse. Finalmente, los foráneos son “los que llegaron para quedarse” y vieron aumentar su número con el paso del tiempo, para luego mimetizarse, tal y como siguió pasando en Paso del Norte, que se convirtió en una ciudad con una alta tasa de recepción de migrantes.

Tabla I. Total de calidades en la Misión de Guadalupe, 1728-1775

Calidad	Hombres		Mujeres		Total	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
Sin dato	720	60.30%	730	61.14%	1450	60.72%
Indios	158	13.23%	154	12.90%	312	13.07%
Españoles	94	7.87%	86	7.20%	180	7.54%
Mulatos	48	4.02%	40	3.35%	88	3.69%
Apaches	27	2.26%	43	3.60%	70	2.93%
Tiguas	23	1.93%	24	2.01%	47	1.97%
Coyotes	22	1.84%	24	2.01%	46	1.93%
Piros	24	2.01%	19	1.59%	43	1.80%
Genizaros	24	2.01%	19	1.59%	43	1.80%
Mansos	11	0.92%	25	2.09%	36	1.51%
Sumas	15	1.26%	10	0.84%	25	1.05%
Mestizos	9	0.75%	8	0.67%	17	0.71%
Juma	6	0.50%	5	0.42%	11	0.46%
Negros	6	0.50%	4	0.34%	10	0.42%
Comanches	3	0.25%	3	0.25%	6	0.25%
Jumanos	1	0.08%	0	0.00%	1	0.04%
Navajos	1	0.08%	0	0.00%	1	0.04%
Opatas	1	0.08%	0	0.00%	1	0.04%
Queres	1	0.08%	0	0.00%	1	0.04%
Total	1194	100.00%	1194	100.00%	2388	100.00%

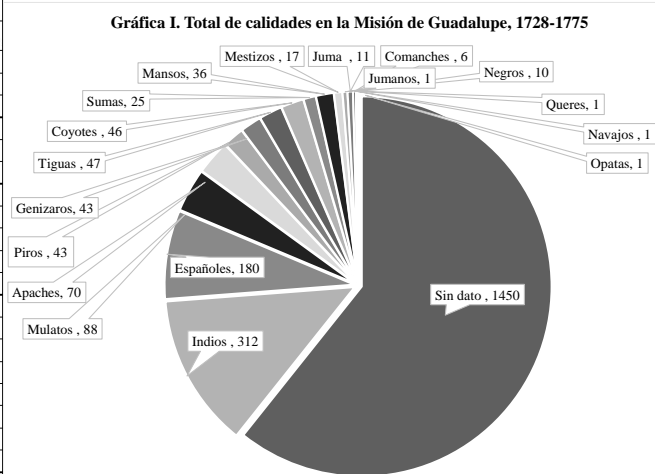


Figura 47 Información de la población y sus calidades en Paso del Norte entre 1728-1775, tomado de Claudia Gutiérrez (2021, p. 43).

Un último aspecto por reflexionar en cuanto a la cerámica es que en los trabajos de San Elizario se identifican 3 identidades indígenas en las losas (Paso policromo-Manos, Chupadero-Piro y varias Tiwas), pero en los datos de Gutiérrez hay 13 identidades; esto no significa que esos grupos desaparecieran. Es claro que los Sumas siguieron teniendo un papel protagónico como aliados, sin embargo, no se ha asociado a este grupo con un tipo de cerámica, es necesario mucho más trabajo de investigación. Por ahora, podemos ver que la relación entre cerámica e identidad nos arroja que: la población local, son un promedio de 77% del total, relacionados con el tipo cerámico Valle Bajo Brownwares y la identidad Tigua; los otros indígenas presentes serían en promedio del 7%, relacionados con los tipos cerámicos El Paso Policromo y Chupaderos, así como las identidades Manso-Suma y Piro respectivamente; la población no indígena serían un 16% en promedio, relacionados con las cerámicas vidriadas, euroamericanas y mayólicas.

Tabla 3 Comparación de los datos de San Elizario (Bradley et al., 1997) con los de Gutiérrez (2021).

Población San Elizario 1787-1821	%	Tipo cerámico asociado	Población Presidio del Norte 1725-1775	%	
Vecinos originarios de la localidad	79	Valle Bajo Brownwares	Sin dato	60	
			Indios no identificados	13	
			Mestizos y Coyotes	2.5	
Novohispanos foráneos	11	20	Vidriados	Mulatos, negros	4
Peninsulares	4		Euroamericana	Españoles	7.5
Elites novohispanas	5		Mayólica		
Indígenas auto identificados	1	El Paso Policromo, Chupaderos	Indígenas auto identificados	13	

6. Los estratos urbanos indígenas en Paso del Norte durante el periodo virreinal

Tras revisar la información proveniente de la arqueología, fuentes históricas y la cartografía, es evidente que la construcción de la memoria de la ciudad no puede omitir más a los actores historiográficamente marginados como los indígenas. La manera que aquí se propone para evitarlo es leer la historia urbana desde sus estratos componentes; con los datos revisados, es posible agrupar en cuatro grandes rubros a los estratos urbanos en Paso del Norte: Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia, El largo tiempo territorial de la subsistencia, Escalas de trayectorias arquitectónicas y Las infraestructuras para consumo público-colectivo. Todos contienen argumentos localizados en alguna de las fuentes; en casos como la Espectros de convivencia la mayor parte de la información es desde la historia, mientras que para las Escalas de trayectorias arquitectónicas son la arqueología y la cartografía las que aportan más peso.

El planteamiento de cuatro estratos no fue dado desde el inicio del trabajo; la propuesta original de Mejía Pavony (2022) es teórica y no está operativizada, es decir no tiene ejemplos específicos, pero las definiciones de ciudad y urbanismo antiguo ayudaron a direccionar la búsqueda de los elementos a través de los cuales es posible observar la relación entre la urbe y sus pobladores. Siguiendo el principio del paradigma indiciario, tomando en cuenta la triple negación del pasado y tras el análisis de toda la evidencia empírica se llegó a la propuesta de cuatro estratos con sus estrategias específicas; no fue una definición inmediata, sino más bien un constante proceso de corrección, el resultado se presenta en los siguientes cuatro apartados.

La amplitud temporal del presente estudio -el periodo virreinal- parecía inabarcable para un solo trabajo histórico, sin embargo, la insistencia en mantener este amplio espacio de tiempo es por la perspectiva arqueológica que se tiene; esto es, entender los procesos históricos como fenómenos entrelazados con situaciones anteriores que se hundan tan profundo en el tiempo como el investigador pretenda remontarse. Análisis acotados muy estrechamente en el tiempo tiene grandes ventajas, pero una visión de largo aliento permite entender cómo es que ciertas situaciones inician y se transforman; supongamos el ejemplo de la manera de disponer las casas con un patrón disperso, siguiendo algún recurso hídrico como eje. Sabemos que este patrón tiene sus inicios en una forma de vida nómada hace cientos de años, se transformó poco a poco conforme las poblaciones dependían más de recursos agrícolas, para ser claramente visible en tiempos cercanos al contacto con los novohispanos, tras la llegada de estos últimos se adapta,

mimetizándose con tecnología como la acequia o estrategias productivas como la casa-huerta y finalmente, continuar transformándose hasta una ciudad moderna con una trama urbana alargada y dispersa. Este tránsito del Lugar donde dobla el río-Paso del Norte-Juárez/El Paso trasciende la vida de las generaciones que ayudaron a formarlo, por lo tanto, se requiere un espectro temporal que vaya más allá del tiempo convencional de un estudio histórico.

En el breve ejemplo mencionado, no hay una relación causal sino más bien acontecimientos interconectados de manera no siempre clara, por lo que la propuesta de estrato puede ser tan útil en espectros temporales tan amplios. El estrato es una estrategia de lectura de los acontecimientos históricos; colectivos e individuales, intencionales y azarosos, a partir de huellas o rastros que llegan hasta nosotros. De este modo, los segmentos en que se separa la historia son aproximaciones teóricas y no particiones en la realidad; es decir, con el estrato podemos aglutinar y desagrupar elementos que desde la perspectiva teórica puedan ser o no relevantes (en este caso desde la negación del indígena), explicando procesos en lugar de aseverar hechos. Las evidencias presentadas se agruparon en 19 casos documentales más evidencia arqueológica, geográfica y cartográfica, se interpretan bajo el supuesto de que no habían sido expuestas por la negación hacia lo indígena, el resultado en agrupar en cuatro rubros o estratos urbanos con las estrategias que mantuvieron los indígenas para vivir de manera sofisticada en una ciudad como Paso del Norte. No debieron ser todas las estrategias, ni todo el tiempo fue igual, difícilmente es aplicable tal y como se propuso aquí a otros contextos, pero es una manera de leer -interpretar- el pasado en una ciudad; las evidencias se pueden agrupar de otras maneras sin que sea excluyente de la propuesta actual, ahí radica la relevancia de conceptualizar los comportamientos como estratos no lineales ni consecutivos, sino entremezclados y con distintos espectros temporales. Por ello, era trascendental mantener una temporalidad tan amplia como fuera posible. Por su puesto que, para lograrlo era necesario acotar el espacio lo más que fuese posible, para evitar que la cantidad de información fuera inmanejable para los alcances de una investigación como esta.

El estrato es semejante a otros términos como capa o sustrato, supone el resultado de cosas que se acumulan y que incluso se superponen entre sí. Pero el estrato es algo más que una simple deposición resultante; el estrato tiene tiempo, es decir, puede accederse a él a través de la narración. Es, por así decirlo, el papel más antiguo, cuyas huellas solamente pueden advertirse a

través de indicios que han permanecido, o aparecido, en otras capas. Por eso Mejía dice que el estrato “es una estrategia de lectura”, que ayuda a entender las partes del acumulado. La lectura de estratos permite cuestionar la continuidad o la sucesión lineal de hechos; y dado que dichos estratos se producen colectivamente, una exploración de sus posibles narrativas nos ayuda a visibilizar las yuxtaposiciones. A su vez, el estrato parece ser una instancia nunca definitiva, en términos de corroboración empírica, porque ocurre entre lo físico y lo humano. Pero lo más importante, es que la lectura de los estratos permite introducir nuevas ubicaciones y flujos que subyacen, rebasan y cruzan los espacios occidentales de las narrativas convencionales. Quizá lo más importante es que nos informan de una escala diferente con que se entiende un asentamiento, asunto que -por ejemplo- permite discutir las distinciones tajantes entre nomadismo y sedentarismo.

El estrato es conformado por distintos comportamientos, los cuales a su vez tienen una expresión material. Sin embargo, muchas huellas se van perdiendo con el tiempo, o bien es difícil establecer asociación entre materia y comportamiento. Los matrimonios, por ejemplo, debieron realizarse en un espacio físico como la iglesia de la misión; pero el edificio por sí solo no da cuenta del complejo entramado de relaciones que cubrió dicha institución. De ese modo, la idea de ciudad occidental cubrió como un manto de totalidad la concepción del asentamiento indígena, hasta hacer incomprensible la presencia indígena, del mismo modo que el matrimonio nombró o sancionó otras prácticas interétnicas de larga data como la poligamia. Un edificio no es solo importante porque es antiguo, o porque ahí se celebran matrimonios, es importante por lo que el matrimonio significó para la sociedad a lo largo del tiempo, es la referencia material de un comportamiento complejo que trasciende a las generaciones, pero que en todos los casos ocurre en un lugar específico, el estrato debería describirse entonces también como una acción en el suelo o sobre el suelo.

Con el estrato podemos ver los comportamientos específicos que generan una forma de vida sofisticada en una ciudad además de su relación con la forma física que tiene la ciudad: la traza urbana. La definición de cuatro estratos fue un proceso intuitivo-dialéctico, es decir, se tenía una hipótesis general acerca de que los grupos indígenas desarrollaron estrategias de resistencia cultural en el entorno urbano, esas estrategias se englobaron en las distintas categorías que se iban

refinando, agrupando o disgregando según el caso; construyendo conceptualmente de manera paulatina conforme la información permitía interpretar ciertos comportamientos, condición que en ocasiones requirió más de una revisión de las fuentes. Esta propuesta es un modelo flexible de investigación, pues permite separar la evidencia material y documental de su conceptualización teórica; juntando esa evidencia en grupos que pueden leerse de manera similar a manera de estrato, pero permitiendo que se pueden abordar los fenómenos sociales desde distintos ángulos disciplinares, manteniendo a la ciudad como el lugar en donde esto acontece.

Un ejemplo de la manera en que se fue transformado la agrupación de los estratos es la división de los aspectos materiales provenientes de la arqueología. En un primer momento se agruparon los aspectos materiales que podrían haber trascendido hasta el periodo virreinal en: Sistemas constructivos, Distribución espacial, Cerámica, Relación con otros grupos y formas de subsistencia. Después de un primer análisis reflexivo de conjunto de estas evidencias se notó que algunas estarían más cercanas a los aspectos de la urbanización como la distribución espacial y los sistemas constructivos y otras más al urbanismo como la relación con otros grupos o las formas de subsistencia, lo que más adelante se agrupó en Espectro de convivencia, El largo tiempo de la subsistencia, Escalas de trayectoria arquitectónica y Las infraestructuras para consumo público-colectivo. Así fue como los sistemas constructivos y la distribución espacial pasaron a formar parte de las Escalas de trayectorias arquitectónicas y Las infraestructuras para consumo público-colectivo, no de manera automática ni homogénea, tal y como debió ser su proceso de transformación en el tiempo (Figura 48).

Así se fue conformando un cuadro en el que se mostraba la relación de los cuatro estratos urbanos, como estrategia de lectura, con su expresión material específica o las estrategias que pone en manifiesto el comportamiento agrupado en el estrato, posteriormente se agregó una columna en donde se muestran los casos que corresponden a cada materialización/estrategia. Por ejemplo, la Amistad es una estrategia específica usada por los indígenas como parte del proceso de Negociación que establecen con los novohispanos, el cual a su vez se engloba en un comportamiento general que es la Convivencia. Expresiones de Amistad pueden rastrearse desde la evidencia arqueológica y las observasen en al menos ocho de los casos planteados.

En total, los 56 expedientes de distintos repositorios de los 19 casos de presencia indígena se agruparon en: cuatro estratos urbanos con 14 expresiones. A continuación, se presentan una serie de reflexiones en torno a lo que significan los estratos urbanos indígenas en Paso del Norte, enseguida se tienen cuatro apartados, uno para cada estrato, en los cuales se explica en que consiste de manera operativizada el estrato, cada una de las estrategias que se identificaron y una breve recopilación de la evidencia que se tiene para sostener el argumento, organizada de manera cronológica; se coloca el año del evento, luego la fuente, una explicación sintética y al final en corchetes se añade el número de caso en las fuentes y/o el apartado en arqueología o cartografía y arqueología histórica que corresponda.

Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia

Uno de los estratos más recurrentes en la documentación de Paso del Norte es el de la convivencia, tiene un espectro de posibilidades que van de la negociación hasta la violencia, con distintas estrategias específicas que se pueden emplear para mantener las relaciones entre las colectividades. El estrato se construye a partir de noticias, datos e información donde habla el indígena o nativo, o donde éste responde, acerca de asuntos muy diversos. En cuanto a la negociación se refiere a distintas formas de ceder ciertos aspectos con la intención de recibir alguna ventaja, puede ser el ofrecimiento de amistad que en muchos casos busca la reciprocidad, yo hago por ti lo que espero hagas por mí (o algo cercano), por ejemplo, peleó por ti y espero que tu pelees

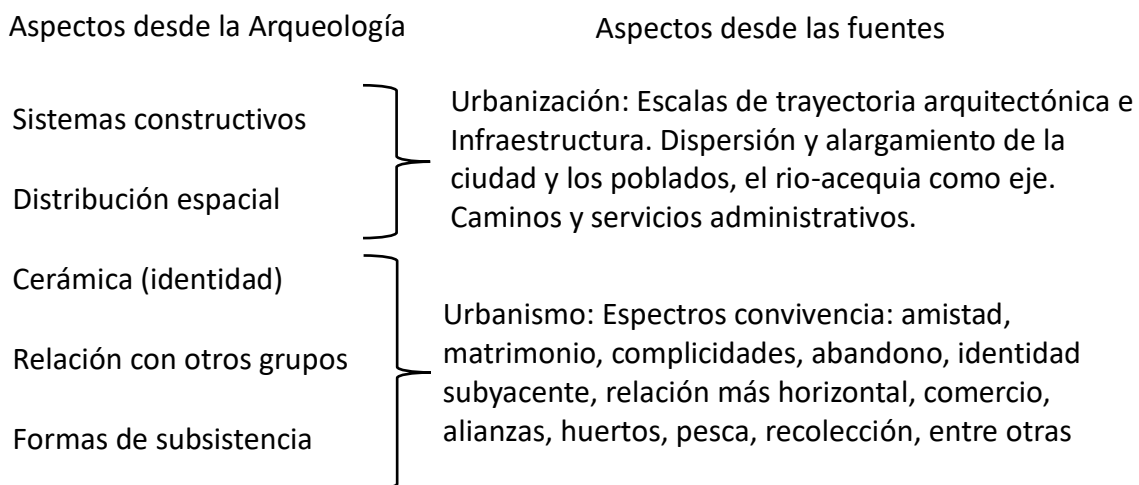


Figura 48. Aspectos desde la arqueología con las fuentes históricas y su relación con los estratos

por mí. Para este trabajo se identifican diversas formas dentro de estrategia de negociación, desde el ofrecimiento de amistad en un nivel muy esencial, el matrimonio como forma de integración no violenta, la búsqueda de relaciones más horizontales y hasta la complicidad, entendida la participación consensuada en actos riesgosos que podían representar alguna ventaja para quienes actuaban en esa complicidad. Cabe destacar que los espectros de convivencia son aplicables tanto a la relación indígena-novohispano, como a la de indígena-indígena, en la amplia diversidad que eso implica, por ejemplo, Mansos con Sumas, Mansos con Mezcaleros, Sumas con Janos etcétera.

Los indígenas de la región ya tenían una larga tradición de integración interétnica, de mimetización con el ambiente y con otros grupos, usando conocimientos ancestrales para mantener relaciones internas y externas que les permitiera sobrevivir a un entorno natural difícil. El registro arqueológico muestra, por ejemplo, la existencia de asentamientos ocupados al mismo tiempo por Piros y Jumanos (P. H. Beckett, 2017), también que los Jornada Mogollón se mantienen como un grupo identificable a pesar de estar en contacto y posiblemente bajo presión de otros grupos poderosos como los Mimbres, los Casas Grandes, los Indios Pueblo o los N’dee; conviven con todos ellos, se entremezclan los elementos materiales, pero no desaparecen como grupo cultural.

Tras el contacto con los novohispanos, los indígenas debieron seguir usando las estrategias de negociación que habían acumulado, entre otras, mimetizarse con los nuevos pobladores y establecer relaciones de reciprocidad e interdependencia con ellos. Una vez establecidos como colectividades conviviendo en el mismo espacio (tal como ocurría anteriormente con grupos Apaches, Manso, Suma, Janos, Jocomes y Jumanos), es posible observar la estrategia de negociación a nivel de relación interna mediante los comportamientos específicos que son propios, aunque no exclusivos de los indígenas en Paso del Norte como: amistad, matrimonio, relaciones más horizontales y complicidades.

Otra estrategia de convivencia era el abando del lugar de residencia, su ocultación (generalmente en las montañas cercanas), para su posterior regreso, muy posiblemente tras sopesar las ventajas y desventajas que eso implicaba. El abandono/ocultación podría ser un paso previo a actos de violencia o bien una manera de evitar llegar a la violencia; de cualquier manera, representa una forma sensata de alejarse de una situación problemática, evaluar y luego tomar

una decisión, que puede ser regresar, pedir socorro o mantenerse alejados. En Paso del Norte el abandono/ocultación se dio desde los primeros contactos en 1581, continuó en repetidas ocasiones incluso ya siendo una sola comunidad, particularmente entre los Sumas.

Muy cerca del centro del abanico entre negociación y violencia habría una estrategia que ha sido ampliamente trabajada para el mundo indígena virreinal de frontera en general: la elaboración de tratados no escritos, autores como Curiel y González (2020) para la frontera septentrional española o como Roulet (2004) para el borde austral del imperio; han demostrado que la elaboración de tratados no escritos como los indígenas, ya fueran amigos o enemigos, era constante. De acuerdo con el mismo Roulet (2004) los españoles preferían los tratados no escritos por ser la manera convencional de acuerdos entre los indígenas, pero también porque les permitía a las autoridades locales un margen mayor de acción frente a las disposiciones e informes por rendir a la autoridad central del imperio. Alguno de los casos excepcionales es muy tardío, como el de los tratados firmados con los Comanches (Velasco Ávila, 2015), pero en general se prefería establecer tratados no escritos, haciendo valer el peso de la palabra. Como lo sugiere Roulet (2004) esta preferencia por el trato verbal hacía difícil o casi imposible que el acuerdo alcanzado con los españoles por parte de los indígenas trascendiera más allá de la administración personal del sujeto que realizó el tratado, generando una gran confusión y dando amplio margen al abuso.

En Paso del Norte se puede observar una condición similar a la señalada por Cuauhtémoc Velasco (2015) o la de Curiel y González (2020), en cuanto a que el actuar diferenciado de las distintas autoridades como los capitanes del presidio, en donde algunos podrían tener una relación de amistad (como Antonio de San Juan) o incluso complicidad con los indígenas (como Pedro de Barrio), mientras que otros ejercían abierta violencia hacia ellos (como Pedro de la Fuente o Antonio Daroca). La diversidad de acciones de los capitanes además de reflejar la agencia de estos, o bien el sentir de un sector de la sociedad paseña, permite inferir la existencia de tratados no escritos que permitían condiciones más pacíficas y la ausencia o violación de tratados que dan un mejor escenario para la violencia.

Una estrategia más en el abanico de posibilidades de la convivencia era el uso del marco jurídico hispano. Diversos autores han mostrado que colectividades indígenas, en particular aquellos viviendo en las ciudades, tenían conciencia de lo benevolente de algunas leyes (Castro

Gutiérrez, 2010; Mirafuentes, 1993); si bien esto no significaba una aplicación, menos aún una aplicación justa de la ley, si permite entender que había instrumentos sofisticados de convivencia que eran más usados en contextos urbanizados que en aquellos rurales. Invocar las leyes como parte de la forma de convivencia y establecer negociaciones con los españoles es una constante en la historia urbana de Paso del Norte, con registro desde fecha tan temprana como 1652. Esto permitía a los indígenas contar con un elemento de presión ante el resto de los pobladores novohispanos. La supuesta “desaparición” de los indígenas en Paso del Norte puede tener mucho que ver con la falta de ventajas que significaba ser “indio” en periodos tardíos del virreinato, frente a las bondades que representaban esa misma condición antes de la segunda mitad del siglo XVIII. Es decir, el auto reconocimiento jurídico-administrativo de “indio” tenía ventajas en el marco jurídico hispano.

Los españoles pudieron haber distinguido, quizá con demasiada facilidad, entre indios amigos y enemigos en términos absolutos; por el trabajo de historiadores del Septentrión sabemos que en medio de ambas categorías se distribuían muchas categorías que podrían caracterizarse como “intermedias”. Había amigos que de pronto se alejaban, otros amigos de pronto se aliaban con los indios enemigos, otros conspiraban para organizar un levantamiento, algunos más eran capturados y castigados, y los que se habían ido después de un tiempo volvían. Con el tiempo el nombre impreciso de tales amigos y enemigos pudo convertir tales movimientos en una verdadera entelequia para la mentalidad occidental. Desde el plano de la documentación hispánica, algunos autores ya han llegado al punto de caracterizar la siempre apurada operación de un capitán de presidio en tales circunstancias, y corroborar la difícil sujeción de las naciones indias por la Corona. Pero, abandonando la retórica de esos documentos, y teniendo presentes las inferencias obtenidas desde la arqueología quizá los españoles, más que luchar por imponer su fuerza, en realidad se integraron a un mapa, de interrelaciones entre indios, y como un elemento más de los muchos que se han venido dando en un proceso de larga data.

El extremo de la Amistad.

Las relaciones cordiales debieron existir desde periodos muy tempranos, al contacto con los novohispanos los indígenas Mansos y Sumas usaron muestras de amistad, que continuaron

durante la primera mitad del siglo XVII. Tras la integración en una comunidad más amplia en 1680, los indicios de amistad como estrategia de convivencia puede ser visible en apoyos extraordinarios o más allá de las obligaciones de los indígenas, en particular de los Sumas. La amistad como evidencia documental se difumina en la medida que aquellos que registran -los novohispanos- asumen que los indígenas han sido asimilados al sistema virreinal.

Seymour menciona que varios grupos incluyendo Apaches, Mansos y Sumas ocupan el mismo espacio físico (Seymour, 2017, p. 2). Los primeros Mansos que tienen contacto con Oñate llegan por su propia voluntad e incluso ayudan a cruzar el río a la expedición (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 8). Misioneros como Benavides (1630) y Velázquez de la Cadena (1657, pp. f3-4) insisten en el carácter “dócil” de los Mansos teniendo como prueba de amistad el que los indígenas ofrecieran a miembros de la comunidad (regularmente jóvenes) para que sirvieran a los foráneos; estrategia similar a la de los N’dee, para establecer vínculos familiares, o bien alimentar a las personas que llegasen al poblado (Guerra, 1668, p. f5). Otro indicio del intento de establecer relaciones amistosas es que, en la fundación de Paso del Norte, no se menciona la presencia de militares (Sánchez Reyes, 1994, pp. 117–119). Durante el siglo XVIII la mimetización entre Mansos y españoles hace que la amistad se transforme en otro tipo de negociaciones, pero es posible observar El extremo de la amistad en la relación con los Sumas; para Benito Crespo la actitud de los Sumas por asentar en Palo Clavado es pacífica y servicial (Crespo y Monroy, 1730), mientras que Rivera da cuenta de lo ambivalente de la relación con esa nación (Rivera, 1736, p. f1519). Incluso hacia finales del siglo, el capitán Pedro de Barrio es acusado de “consentir” en su presidio y tener franca amistad con los indígenas que atacaron en Ojo Caliente, des (Penamas, 1774).

Matrimonio

La antropología clásica estructuralista mostró ampliamente que el matrimonio es una de las estrategias más recurrentes y poderosas para las relaciones sociales. En Paso del Norte hay una convivencia interétnica nutrida, en ella los Mansos parecen tener un papel protagónico y hasta mediados del siglo XVIII son el grupo más recurrente en el registro de matrimonios. Los Mansos funcionarían como una especie de bisagra étnica y lingüística con el resto de los grupos indígenas y con los españoles, así lo evidencian los procesos judiciales en la revuelta Manso de 1684 y posteriormente en los múltiples registros que consiga Claudia Gutiérrez (2021).

El matrimonio como estrategia de relación interétnica podría rastrearse en la arqueología con casos como los que Beckett (2017) plantea para sitios con presencia Piro-Jumanos. En los documentos tenemos por ejemplo los procesos por la Revuelta Manso en donde se mencionan distintas combinaciones de matrimonios, que la mayoría de las veces hay un Manso hombre o mujer, estos sirven como bisagra de las etnicidades (Polt, 2008, pp. f147, 150, 158–159); también está el caso de María Roybal en 1768, que es india Genizara casada con otro indígena (Hendricks, 1999b). Claudia Gutiérrez proporciona múltiples ejemplos de matrimonios “entre clases” incluyendo indígenas entre 1700-1799 (ver Figura 48) (Gutiérrez Silvestre, 2021).

Relaciones sociales más horizontales

Este estrato se entiende mejor si se acude a la evidencia arqueológica de que las sociedades Jornada Mogollón eran más tendientes a la heterárquica -relaciones sociopolíticas más horizontales-. Los registros de este tipo de relación a lo largo del periodo virreinal es una de las evidencias más contundentes de la pervivencia y transformación de los saberes indígenas sí como de los impreciso de asumir a los indígenas como no protagonistas en la historia. La lectura crítica y las implicaciones que pueden tener los dichos novohispanos permiten tener esas evidencias. Esto es visible en una diversidad de circunstancias como, por ejemplo: la imposibilidad de los nuevomexicanos de ocupar el espacio inmediato a la Misión de Guadalupe en 1680-1691, que un caique Manso acuse al capitán del presidio en 1711, que no pueden hacer una transacción fraudulenta de tierras en 1757, dar preferencia al dictamen de un capitán de guerra indígena frente al testimonio de españoles en un juicio de 1757, que el líder de una insubordinación vecinal sea un indígena, entre otros. La diversidad de temas y amplitud del tiempo muestra que las relaciones más horizontales pueden tener distintas materializaciones, pero responden a una manera similar de concebir la convivencia por parte de los indígenas, que, si bien fue cambiando, no desapareció.

Los indicios arqueológicos apuntan a que, en Jornada Mogollón y en La Gran región de El Paso en particular, las sociedades eran poco jerárquicas sin presencia de grandes centros rectores (Wiseman, 2019). La documentación entre 1680 y 1691 da varios ejemplos de las Relaciones sociales más horizontales como: Los Mansos pueden ejercer un poder suficiente como para obligar al grueso de los pobladores del Nuevo México (y sus autoridades) a buscar lugares que no

trastoquen las obras hidráulicas que ellos ya tienen (acequias y cementeras) (de Marco & Craddock, 2017, p. 22), la deferencia en el trato a los gobernantes indígenas y respeto a las posesiones indígenas (J. Craddock, 2018, p. f1), la compra de solares en las inmediaciones de la Misión de Guadalupe en lugar de tomarlos por la fuerza (Hughes, 1914, p. 366). Más adelante Santiago el Cacique Manso establece una relación horizontal con el español Tiburcio y con otros caciques e indígenas en su conjura contra Valverde (Valverde, 1712). Hacia 1757 Los indígenas Sumas de San Lorenzo, actúan en colectividad para apoyar a Francisco Pato por la venta forzada de sus tierras, logrando que se abrogue dicha transacción en donde los culpables son españoles (incluyendo un capitán y un teniente) (San Juan, 1758). En esos mismos años, una esclava mulata tiene la personalidad jurídica para presentarse ante el capitán del presidio y demandar, además el capitán de guerra indígena Juan Phe es requerido para dirimir un asunto jurídico, su conocimiento y pericia son apreciadas por encima de otros actores no indígenas (San Juan, 1757), también está el caso de María Roybal, quién logra tener un caudal similar al de otras calidades sin ser parte de una élite indígena (Hendricks, 1999c, p. 84). Las relaciones sociales más horizontales son observadas desde el exterior como un “exceso” de los indígenas hacia los españoles, así lo muestra el testimonio del alcalde de Chihuahua Gómez de Salazar (Gómez de Salazar, 1771, p. f473) o los testimonios en el caso del “Indio Caviloso” de 1773 (Penamas, 1774, p. f8).

Complicidades como forma de negociación

La complicidad va más allá de la amistad, se refiere a los actos en los que los indígenas se asocian de manera consciente y explícita con los novohispanos, aunque esto signifique afectar a otros indígenas u otras colectividades, aunque también puede ser una estrategia de conveniencia, es decir que los indígenas presten complicidad al español para obtener una ventaja significativa. En este estrato podemos ver el cambio de un comportamiento de complicidad mediante imitación hasta mediados del siglo XVII, a otro de consistente en hacer frente común a la revuelta de finales del siglo XVII, hasta confabular y asociarse para actos específicos durante el siglo XVIII.

En los primeros misioneros, las complicidades como forma de negociación pueden ser vista como la imitación o bien que los indígenas cedieran algo en la búsqueda de algún beneficio; por ejemplo, cuando Benavides habla de que algunos Mansos imitan la acción de persignarse para aliviar un dolor físico (Navas Josa, 2021, p. 73), o De la Cadena diciendo que los Indígenas ven el

bautizo como un medio de protección contra las enfermedades (Velázquez de la Cadena, 1657, p. f4). En el ámbito político la estrategia de complicidad puede inferirse en que toman partido por uno u otro bando (o incluso por los dos) en los conflictos entre autoridades religiosas y civiles entre 1660 y 1680 (Hackett, 1923a, p. f253), condición muy similar a la que tuvieron durante el periodo de la Revuelta de los Indios Pueblo (J. Craddock, 2018, pp. f1-2) y en el caso de Santiago el Cacique Manso. Pero la complicidad es también por parte de los novohispanos, como lo podemos interpretar por casos como el del Palo Clavado en donde el capitán Antonio de Valverde advierte lo infructuoso de intentar asentar a los Sumas, sin embargo, no se opone y a pesar de la certeza del fracaso de la empresa, Valverde ayuda al trato con los Sumas, lo que puede advertirse como una complicidad (Crespo y Monroy, 1730); o bien el caso de Pedro del Barrio en 1176 quién es acusado de abierta complicidad con los indígena en contra de una caravana española (O’Conor, 1773, p. f32; Penamas, 1774, pp. f2-5; Real Caja de México, 1769).

Otra manera de ver la complicidad es en la participación de los indígenas como parte de la tropa española contra otros indígenas con en los casos de Juan Phe en 1757 (San Juan, 1757), Joseph Luzero en 1758 (Luzero, 1758, p. f84), Josph De la Fuente en 1768 (Daniel & de la Fuente, 1956) y los diversos testimonios de finales del siglo XVIII (Gardoqui, 1794, p. f9). Por otro lado, en casos como los de Francisco el Pato tenemos que este último acepta la opción de tomar un defensor vecino español, la defensa gana el caso, pero los acusados también eran españoles, por lo que es claro una compleja trama de complicidades que trasciende las identidades étnicas; situación similar a la que consigna González Milea en el caso de contubernio entre vecinos españoles e indígenas en Paso del Norte: “El colmo fue el descubrimiento de un negocio ilícito, llevado por el teniente de los cuatro pueblos, que permitía a gente de Paso del Norte entrar por carretillas de material a todos los terrenos, a cambio de una bonificación” (González Milea, 2018c, p. 40).

El Abandono/ocultación y la petición de socorro como estrategia de convivencia

Este estrato puede separarse en dos grandes momentos; el primero es cuando los indígenas son considerados “externos” a las comunidades novohispanas, esto es muy claro en las primeras expediciones entre 1581-1597, deja de ser tan evidente desde esta fecha hasta alrededor de 1657 (previo a la fundación de la ciudad), en un proceso paulatino de integración. En este tiempo la estrategia indígena es simplemente dejar sus pueblos, ocultarse y regresar cuando consideran que

ya no hay peligro, por lo que parece la estrategia de abandono/ocultación es para tiempos de conflictos. Para el registro arqueológico, el abandono total o parcial de poblados puede notarse en sitios como LA 129533, en donde se tiene falta de ocupación continua hasta el periodo virreinal, la literatura de la mayoría de los sitios Manso muestra que, los pueblos se abandonaron parcial o totalmente (Wheaton & Stephens, 2009). En las exploraciones de Sánchez de Chamuscado, Espejo y Oñate hay varias menciones al abandono/ocultación (J. R. Craddock & de Marco, 2013; de Marco & Craddock, 2013a; Espejo, 1584).

Una vez que los indígenas son considerados por los novohispanos y/o por ellos mismo como parte de una misma comunidad, ya no como externos, la estrategia se hace más compleja, pues al abandono/ocultación se le suma una posterior petición de socorro. Los ejemplos más recurrentes son los de los indios Sumas, en distintos momentos repiten el siguiente proceso: ante un conflicto, abuso o sobreexplotación por parte de alguna de las autoridades novohispanas (también puede deberse a la pauperización de las condiciones de vida), los Sumas abandonan sus asentamientos para refugiarse en las montañas cercanas, con grupos vecinos no sujetos o trashumar en los alrededores, es decir, se alejan pero solo lo suficiente para seguir en contacto con los novohispanos; pueden esperar la llegada a que les envíen un parlamentario virreinal para conocer y negociar mejores condiciones a las existentes al momento de su abandono o bien esperar al paso de una autoridad mayor o incluso ellos mandar mensajeros con la misma intención de obtener mejores condiciones. Estas condiciones es lo que en las fuentes llaman “socorros” o ayudas, se refieren a subvenciones en dinero y materiales, el cumplimiento de la petición de socorro puede implicar el reinstalarse en el mismo lugar que abandonaron o asentarse en una nueva población.

Podríamos ver el inicio de la estrategia de pedir “socorro” o solicitar avituallamiento con el pretexto de asentarse, para luego abandonar el lugar y volver a pedir cosas para asentarse, como una estrategia específica de subsistencia ante cierta precariedad, lo cual sería como una especie de recolección en tiempos de emergencia. Un ejemplo que permite entender esta estrategia es el uso del amaranto entre los Tepecanos en Jalisco; Phil Weigand (2011) dice que el amaranto es usado ampliamente en tiempos de sequía, cuando otros productos escasean permitiendo que las poblaciones afronten tiempos de carestía, por ser considerado el amaranto un cultivo de poca importancia no ha sido estudiado con la amplitud del maíz, frijol o la calabaza, pero permite un

equilibrio en la subsistencia. De una manera similar, el abandono-petición de socorro puede ser una estrategia de subsistencia ante tiempos de carestía o condiciones de emergencia.

Otro elemento para leer al abandono-petición de socorro como una estrategia específica es que este comportamiento tiene un patrón de repetición cíclico, por lo menos entre los Sumas. Si bien este tema supera los alcances de este trabajo, se tienen claros indicios que los Sumas abandonan sus poblaciones en Paso del Norte y luego piden socorro o logran beneficios extraordinarios en al menos: 1701, 1711, 1725, 1729, 1747, 1756, y 1766.

Con base en lo observado, se plantea que el abandono es una continuación de la estrategia de ocultación que se llevó a cabo entre finales del siglo XVI y mediados del XVII, con la diferencia de que los indígenas ya integrados como parte de la sociedad paseña tendrían una vida urbana, con la implicación de sofisticación que esto tiene, que les permitió hacer más compleja la antigua estrategia de ocultación, para que paulatinamente se convirtiera en abandono-petición de socorro. Al hacerse más sofisticada se incluye la combinación de otras estrategias como la amistad, la violencia, el tratado no escrito, el uso del marco jurídico español, tal y como se muestra en los distintos ejemplos. La estrategia de abandono/ocultación sigue el río como eje de los asentamientos pues es en sus riberas que piden siempre asentamiento, pero en cuanto a las nuevas poblaciones estas se solicitan fuera del rango inmediato de la ciudad, lo cual condiciona en buena medida la facilidad de su abandono. Además, un requisito indispensable para la creación de estos nuevos asentamientos era la edificación de acequias, por lo que a través del abandono-petición de socorro podemos ver la compleja interrelación que guardan los distintos comportamientos indígenas que podemos leer como estratos urbanos.

Empleo de tratados no escritos

Los tratados no escritos es una estrategia de convivencia indígena estudiada por otros autores en distintos contextos (véase entre otros: Curiel & González, 2020; Deeds, 2010; Roulet, 2004; Sheridan Prieto, 2015); más allá de eso, es una estrategia que se puede inferir por el contexto, es decir, si hay un acuerdo tácito o entendido y no hay registro escrito, es porque no existe ese registro o se perdió. Al no utilizar grafía convencional u similar a la occidental, los indígenas preferirían el

echar mano de tratos no escritos, las evidencias que se tienen en Paso del Norte son entonces de corte más bien inferencial.

Hay una convivencia ancestral con grupos vecinos, con pocas evidencias de violencia, se asume una serie de tratos no escritos debido a la tradición del uso de la palabra como garantía de los tratos (Roulet, 2004). La presente investigación ha permitido tener la posibilidad de cotejar los documentos escritos tenemos que por ejemplo en el caso del Santiago el Cacique Manso, la relación de este con los otros caciques e indios principales no está registrada por escrito, pero por la información contextual esos tratados entre caiques existieron, por lo que se debe de asumir que fueron tratos no escritos (Valverde, 1711). Otro ejemplo puede ser el acuerdo al que llega el obispo Benito Crespo con los Sumas que debió ser verbal, sabemos del tratado a partir de los procesos administrativo novohispano que se entabla entre las autoridades novohispanas (Crespo y Monroy, 1730); condición muy similar a la que debió ocurrir con Rivera (1736) y Lafora (1766). Otra forma de interpretar la existencia de tratos no escritos es el caso de Francisco Pato en 1756, en donde el gobernador Manuel del Valle da por buena la palabra de los líderes Sumas como prueba de posesión de la tierra (San Juan, 1758, p. f201); o bien en los distintos casos de compra, venta, sesión, herencia de tierras en 1757, en donde no existe uno de esos casos en que las dos partes son indígenas, siempre estará involucrado un español; por lo tanto, podemos suponer que los tratos entre indígenas no eran escritos, sino verbales (Alderete, 1757; Antonio Garcia, 1757; Apodaca, 1759; San Juan, 1758). Por otro lado, en los casos de Pedro del Barrio y del Indio Caviloso, la existencia de los tratos no escritos entre indígenas y de indígenas con españoles se asume por la ejecución en la praxis de dichos acuerdos, pero la falta de evidencia documental que los respalden.

Uso del marco jurídico hispano

Hablar de marco jurídico hispano parece una contradicción para referirse a una estrategia de convivencia indígena, pero no lo es. Que los indígenas utilizaran la cultura de papel para buscar condiciones de convivencia más horizontales es una muestra de la curva de aprendizaje y mimetización que alcanzaron, Susan Deeds lo plantea de mejor manera usando el ejemplo de los cercanos Tepehuanos:

“En un pueblo para el cual no tenemos peticiones escritas por pueblos indígenas antes de la década de 1740, de repente encontramos a los mismos tepehuanes usando instrumentos legales españoles. Su abrupta afirmación de una comprensión sofisticada de las formas

corporativas de compensación no es tan incongruente cuando consideramos sus relaciones profundamente arraigadas pero ambivalentes con los misioneros. Con el tiempo, habían tenido un éxito razonable al complementar sus propias tácticas de demora al usar a los jesuitas como amortiguadores e intermediarios en ciertas situaciones. Sus voces habían sido silenciadas en el régimen misional semidespótico y en su mayoría se mantuvieron fuera del registro escrito, pero sus acciones habían negado consistentemente cualquier sugerencia de que eran peones silenciosos del sistema” (Deeds, 2010, p. 194).

En el caso de Paso del Norte podemos observar el uso que los indígenas hacen a su favor del marco jurídico hispano desde antes de la fundación de la ciudad con el pleito del Gobernador Mendizábal y posteriormente en casi todos los casos jurídicos en donde estuvieron involucrados los indígenas se invocaba la ignorancia, la bondad, la inocencia (como valor moral) o cualquier otra figura que se asoció con el espíritu paternalista de las leyes reales españolas.

El uso del marco jurídico está presente constantemente en los documentos tan temprano como 1659 con el caso contra el gobernador Mendizabal (Hackett, 1923a, p. f253); en 1681 el argumento del defensor de Juan Caititi acerca del desconocimiento de las leyes por el acusado fue desestimado (J. Craddock, 2018); en 1711 Santiago el cacique se comunicó directamente con el fiscal de su majestad para solicitar la destitución de Antonio de Valverde; en 1725, 1737, 1757 y 1766 los Sumas usaron la llegada de una autoridad central para obtener ciertas concesiones, saltando escaños administrativos (Crespo y Monroy, 1730, p. f37; Lafora 1776; Rivera, 1736, p. f818; San Juan, 1758); en el caso de Gertrudiz la mulata esclava se requiere a Juan Phe como “perito”, la culpabilidad fue determinada por la habilidad técnica del indígena para recrear la escena del delito (San Juan, 1757). En 1777 el Indio Caviloso es mandado detener pero se refugia en la misión, haciendo uso del marco jurídico español que impide la acción civil en las propiedades de la iglesia, además la “sublevación” se realiza con un escrito, lo que implica que es una acción jurídica formal (Penamas, 1774, p. f8); finalmente en el pleito epistolar entre Delgado y Ornedal se da cuenta de testimonios de indígenas que se contradicen entre sí (Delgado, 1773, p. f2), pero más bien parece que los indígenas acusan a los religiosos con los administrativos, a los militares con los religiosos y así consecutivamente.

El otro extremo: la violencia

La violencia es el extremo opuesto de la amistad, es una de las formas de convivencia que establecen las comunidades en especial cuando se consideran diferentes entre sí (Nirenberg, 2015), es común encontrar documentos que refieran al septentrión como un lugar violento.

Recientemente la violencia ha sido abordada como una estrategia específica para entablar relaciones entre indígenas y novohispanos (Blyth, 2012). En Paso del Norte la violencia está presente desde los primeros contactos, aunque preferentemente a través de escaramuzas, en las distintas revueltas de finales del siglo XVII, en el siglo XVIII son constantes las menciones de violencia, pero no hay un conflicto a mayor escala, con la excepción de la guerra contra las naciones N'dee que aumentó considerablemente sus alcances en el último tercio del siglo hasta alcanzar una auténtica guerra de exterminio en el siglo XIX (Flagler, 2006; Griffen, 1988).

En una de las primeras expediciones Sánchez de Chamuscado dicen que los Conchos no quieren acompañar a los españoles al territorio Jumano / Manso/ Suma pues parece que son enemigos y tendrían guerras (de Marco & Craddock, 2013a, p. 20); mientras que Benavides da una visión general sobre las guerras civiles que tenían entre las distintas naciones indígenas, al mismo tiempo que miden sus fuerzas con la de los españoles (Benavides, 1630, pp. f8-10). La revuelta de los Indios Pueblo (Hughes, 1914; F. N. López, 1694; Polt, 2008), el levantamiento Manso de 1684 (Ayeta, 1682, p. f1; Polt, 2008) y los distintos alzamientos Sumas en al menos 1682, 1690, 1711, 1725, 1730, 1736, 1776 (de Marco & Craddock, 2017, p. 9; Crespo y Monroy, 1730; Rivera, 1736; Valverde, 1712; Vélez de Escalante, 1865, p. 123) son muestra de la violencia explícita como el otro extremo de la convivencia; el caso del maltrato a niños apaches muestra que había una violencia en escala individual contra sectores de los indígenas, como apaches cautivos (San Juan, 1756b). A partir de mediados del Siglo XVIII los grupos no afines a los novohispanos, como algunos N'dee serán sistemáticamente perseguidos bajo cualquier pretexto, como lo hace Joseph de la Fuente quien intenta legitimar su posición mediante la persecución violenta de apaches (Daniel & de la Fuente, 1956), Curiel y González afirman que la belicosidad de los Apaches es una respuesta a la violencia de los novohispanos en particular tras la aplicación de las Reformas Borbónicas (Curiel & González, 2020, pp. 1023–1024), afirmación con la que coincide Deeds (2010, p. 190). Hacia 1788 los Comanches son usados para la guerra contra las otras naciones apaches, en especial contra Mezcalero y Lipanes, incrementando la violencia de manera exponencial hacia el último tercio del siglo XVIII en áreas como las cercanas a Paso del Norte (Hämäläinen, 2009).

El largo tiempo territorial de la subsistencia

Las condiciones en la región de Paso del Norte hacen necesario que los seres humanos conozcan el entorno natural de manera profunda. Las condiciones del desierto Chihuahuense generan recursos naturales escasos, por el otro, las crecidas del río del Norte traen consigo materiales y sedimentos que son potencialmente destructivos (los materiales y sedimentos) debido la gran cantidad de agua y depósitos que se acumulan en corto tiempo, en un fenómeno cíclico. Entonces, el gran contraste entre recursos escasos y exceso de agua marcan la formación del paisaje en la región. Los grupos humanos tuvieron un largo proceso de adaptación, aprovechando ambas condiciones para mantener sus poblaciones, como parte de ese proceso desarrollaron estrategias específicas de uso del entorno como la caza-pesca-recolección y la agricultura, que les permitieron obtener una gama de productos suficiente para su subsistencia.

La agricultura ha sido una de El largo tiempo territorial de la subsistencia que han tenido los indígenas de la región desde por lo menos el 250 d.C., debido a las condiciones del entorno natural, la agricultura no siempre fue la opción más viable para sobrevivir. De acuerdo con la información arqueológica hubo periodos en los que la agricultura no fue el sustento alimenticio principal, pero esto cambio con el arribo de las técnicas agrícolas occidentales, el uso de la acequia y la huerta permitió a las comunidades indígenas la posibilidad de tener cultivos de manera más o menos segura, además de acrecentar la variedad de los productos obtenidos.

Por su parte la caza-pesca-recolección como actividad de subsistencia acompañado a los seres humanos en la región desde su llegada, incluso tras la aparición de la agricultura, se mantuvo como una práctica necesaria para la subsistencia, incluso más importante que la agricultura. Tras la llegada del mundo occidental y sus técnicas agrícolas, la caza-pesca-recolección disminuyó paulatinamente en su importancia como medio de subsistencia, pero se mantuvo durante todo el periodo virreinal.

El Conocimiento de la tierra

El conocimiento de la tierra se refiere, como su nombre lo indica, a la experiencia acumulada del entorno natural por parte de los grupos indígenas, siendo un proceso milenario de recopilación de saberes. La manera de visualizar ese conocimiento es a través del uso constante de

estrategias para la supervivencia y/o manutención, como puede ser la ubicación de los poblados en lugares que les permite explotar los recursos, tal y como se mostró en el caso del patrón de asentamiento en Hueco Tanks; o bien el consumo de productos de caza, para los cuales es necesario conocer al menos los ciclos vitales de los animales por cazar, así como el entorno natural por donde se mueven.

La evidencia documental principalmente de corte inferencial, por ejemplo, los guías de las primeras exploraciones le hacen saber a los españoles las diferencias en los entornos que van a caminar, como en el caso del tramo de las “lagunas” señalando cuando inicia y en donde termina, poniendo énfasis en el cambio de ambiente a la llegada de la Jornada del Muerto (de Marco & Craddock, 2013a, p. 20-21). También es el caso del expediente de Juan Phe, quien logra reconstruir el andar del ladrón a través de las huellas dejadas por este, para lo que era necesario una vasta experiencia en la observación de la naturaleza y las alteraciones que provocan los seres humanos (San Juan, 1757). Sin embargo, hay momentos excepcionales cuando se reconoce explícitamente el amplio conocimiento del entorno, como en 1682 cuando el gobernador Otermín busca lugares para asentar a los exiliados de la Revuelta de los Indios Pueblo y pide que se llame a las personas con más conocimiento de la tierra para ubicar dichos lugares (de Marco & Craddock, 2017, p. 13-14). Hacia 1772 González Milea refiere que el gobernador de Nuevo México “elaboró dos informes sobre la tendencia al asentamiento disperso y delineó recomendaciones sobre cómo proceder. El énfasis lo puso en la necesidad de que los pueblos de españoles tomaran el modelo de asentamiento de los indios, para defenderse de los ataques en las planicies” (González Milea, 2018c, p. 46).

Agricultura para la subsistencia y más

Los grupos indígenas en la región Jornada Mogollón tienen conocimiento del uso de la agricultura desde un periodo tan temprano como el 3500 a.C., pero lo usaron en distintas intensidades a lo largo de los años hasta la llegada de los novohispanos. La llegada del mundo occidental dinamizó el proceso de dependencia hacia la agricultura por parte de los indígenas, gracias a la implementación de tecnologías como la acequia y la huerta fue posible que las poblaciones humanas dependieran primordialmente de la agricultura. La huerta como innovación hizo posible

que las poblaciones humanas dependieran primordialmente de la agricultura. La huerta como unidad productiva y la acequia fueron la innovación tecnológica más importantes tras la llegada de los novohispanos; en los mapas históricos vemos que el paisaje completo se reconfiguró en función de las huertas, la mayoría de tamaño pequeño y mediano, lo que nos muestra una intensificación de la producción, pequeños propietarios que no se diferencian marcadamente de sus vecinos, es decir, la huerta es un sistema de producción que favorece relaciones menos jerárquicas, lo que compaginó bien con las características de lo Jornada Mogollón. Entonces, la suma del uso de la agricultura con las innovaciones tecnológicas dio como resultado un paisaje único que fue consignado en las fuentes como un continuo de huertas conectadas con acequias por cerca de 7 leguas.

La información arqueológica apunta a que en Jornada Mogollón se tuvo agricultura incipiente desde al menos el 3500 d.C., aunque se consolida en la fase Mesilla (200/250d.C.-1100d.C.), siendo la mayor fuente de subsistencia en la fase Doña Ana (1100d.C.-1200/1250d.C.), para dejar de serlo en la fase El Paso (1200/1250d.C.-1450/1550d.C.) (Wiseman, 2019); en 1657 De la Cadena dice que los vecinos vivían de manera permanente alrededor de una iglesia, sembrado lo que implica que ya tenían agricultura (Velázquez de la Cadena, 1657, p. 4), ya para 1668 Salvador Guerra refiere que la tierra cultivada es principalmente huertas (Guerra, 1668, p. f5); el gobernador Otermín en 1684 convoca a los indígenas que sepan de labrar la tierra para que ayuden a encontrar lugares para sembrar (de Marco & Craddock, 2017, p. 13); según la descripción de Rivera en 1737 (p. f684) la agricultura permite una continuidad en los poblados con siembra de trigo, maíz, frijoles, hortalizas y viñas; la relevancia de la tierra para agricultura es palpable en casos como el de Francisco Pato en 1757 pues la disputa es por un solar y huerta (San Juan, 1758); hacia 1766 Lafora dice que la tierra “está muy bien cultivada y produce cuanto se siembra, pero particularmente uvas... pero a veces no cogen suficiente para su manutención por ocuparlo todo el terreno con las viñas” (Lafora, 1800, p. 28); ya en 1810 Pedro Batista Pino menciona que el principal cultivo es el de uvas; en el Plano de Urrutia es notorio el gran tamaño de las parcelas, aunque no hay grandes propiedades.

La siempre presente Caza-pesca-recolección

La caza-pesca-recolección fue la actividad de subsistencia principal para los indígenas hasta la llegada de los españoles, estas tres actividades son escasamente mencionadas en las fuentes, en buena medida por ser considerada una práctica salvaje, pero aun así está presente, aunque de manera indirecta. Las referencias directas de la caza-pesca-recolección son primordialmente a los grupos nómadas.

Una de las dimensiones que pueden ser consideradas dentro de la caza-recolección es el pillaje. Lo que los novohispanos ven como un abuso por parte de los Sumas, tomar enceres y herramientas para vivir solo unas temporadas y robar ganado, es en realidad una forma de vida ancestral. Si el sur de Nuevo México y norte de Nueva Vizcaya era el lugar de vida de los Sumas, estos verían normal moverse a través de él, ante una baja en la cantidad de recursos disponibles ya sea por escases o por crecimiento de su población, acudirían a las poblaciones sedentarias, haciendo uso de la estructura jurídica hispana (solicitar tierras) para solventar sus necesidades y luego seguirían su forma de vida. Al no compartir una estructura de valores morales, lo que para los españoles es robo de ganado para los Sumas (como para los N'dee), no sería sino una forma distinta de caza y recolección. La caza era pues una práctica común para los grupos N'dee y Sumas, también recordar que se ha propuesto que el pillaje de ganado puede ser una forma alternativa de caza, todo esto permite notar que nunca se terminó de abandonar esta práctica.

La evidencia arqueológica apunta a que la caza-pesca-recolección está desde los primeros pobladores (grupos Clovis) hasta los grupos Jornada Mogollón, siendo la actividad principal fuente de alimentación; Benavides (1630, pp. 8–10) dice de los Sumas que “viven de lo que cazan, que es todo género de animales, aunque sean inmundos” y de los Mansos que “ni siembran”; del mismo modo en 1660 Mendizábal dice sobre los Mansos que “no tienen casas en que morar, sino que viven debajo de los árboles, sin saber aún labrar la tierra para su alimento” (Hackett, 1923a, p. f83), lo que implica que para vivir tendría que ser de la caza-pesca-recolección; en el mismo tenor Guerra (1668, p. f5) dice que son “tan pobres y desnudos como lo eran y son los mansos, y que jamás han sembrado, ni saben cómo se siembra”, pero como se mencionó la evidencia arqueológica dice que si sabían cultivar desde hacía muchos siglos; nuevamente Benito Crespo, Rivera y Lafora coinciden en la condición nómada de las Sumas (Crespo y Monroy, 1730, p. f376; Lafora 1800; Rivera, 1736,

p. f818); en 1777 Gómez de Salazar (1771, p. F472) dice que los indígenas no sujetos en Paso del Norte “salen y viven, casi como se les antoja”; una evidencia tardía es la de Batista Pino en 1810 (2007, pp. 164–165) quien menciona entre los productos alimenticios principales algunos provenientes de la caza y la pesca; adicionalmente en excavaciones de arqueología histórica como la del sitio de Jacal de Ysleta se encontraron evidencia de animales provenientes de la caza (Commar, 2015), en San Elizario también se encontró gran cantidad de huesos de animales de caza (Evans, 1989); por otro lado, los Tiguas de Isleta también practicaban la caza como parte de su alimentación y en un sentido ritual (R. Gerald, 1990d).

Los Productos de la tierra

La referencia a la variedad y cantidad de productos obtenidos de las distintas formas de subsistencia nos proporciona evidencia contra factual de dichas actividades, por ejemplo, el consumo de pescado implica la actividad de pesca; pero también la presencia de cerámica se relaciona con la actividad agrícola. En este último punto es necesario retomar la discusión acerca de la relación entre cerámica e identidad, que nos permite enmarcar las menciones de estos productos en una visión de largo plazo.

La información arqueológica indica que uno de los principales productos que salen de la región es la cerámica, siendo un elemento identitario de primer orden, ya en tiempos históricos las cerámicas utilitarias en Paso del Norte y El Carrizal también tienen como materia prima yacimientos locales (R. Brown et al., 2004; Wiseman, 2019). En las expediciones de finales del siglo XVI además de los productos de caza-pesca-recolección se mencionan fuentes de sal (J. R. Craddock & DeMarco, 2013, p. 26–27), en 1628 Zarate Salmerón (1856, p. 25) dice que hay turquesa, aunque en realidad no hay fuentes en la región, como tampoco otro mineral de valor para los hispanos; Salvador Guerra (1668, p. f5) menciona productos agrícolas como “uvas, manzanas, membrillos, ciruelas, duraznos e higos”. Anne Hughes (1914, p. 309) dice que para 1680 había en Paso del Norte nueve mil cabezas de ganado, tres o cuatro mil ovejas y cabras; Delgado en 1773 (p. f12) dice que en la banda norte del río “hay un Cerro que llaman de la mina” el cual muy probablemente sea la fuente de tierra y desgrasantes para la fabricación de cerámica como las que se encontraron en el

Jacal de Ysleta (Commar, 2015; Perttula et al., 1995; texasbeyonhistory, 2022), en Nuestra Señora de Socorro (Camarena, 2010; Evans, 1989 y San Elizario (R. B. Brown et al., 2004, p. 286–287).

Escalas de trayectorias arquitectónicas

El estrato de comportamiento espacial parte del supuesto teórico de que existe una relación entre forma y comportamiento, aplicado a los estudios urbanos es una relación dialéctica entre traza urbana y urbanismo. Al asumir que Paso del Norte es una ciudad continua desde Misión de Guadalupe hasta San Elizario, tendríamos una ciudad alargada, es decir más larga que ancha, esto porque sigue al río como eje de su trazo, también al no tener edificaciones consecutivas (entre casa y casa hay regularmente huertas), se percibe como una ciudad dispersa; por ello la materialización de la relación dialéctica entre traza urbana y urbanismo se especifica como “Dispersa/Alargada”. Bajo estas ideas, la manera de disponer el entorno construido tiene una relación de ida y vuelta con las estructuras sociales y el comportamiento, lo cual ocurre en distintas escalas, pero bajo el mismo principio.

En una escala pequeña; la disposición al interior de cada una de las edificaciones tiene relación con la manera de concebir la vida y comportarse en el mundo, por ejemplo, la forma física de una casa refleja la cosmovisión de quienes viven ahí, al mismo tiempo que influye en la manera en que los habitantes se comportan, lo que a su vez determina cual será la forma física de la próxima casa por edificar. En una escala intermedia el conjunto de edificaciones (domésticas, civiles, administrativas, religiosas etcétera) tiene una relación dialéctica con el comportamiento de las personas que viven en la población, refleja las estructuras y relaciones sociales, pero al mismo tiempo influye en la disposición que tiene una edificación con la otra; este es el nivel de ciudad y autores como Kevin Lynch (1985) lo resumen de mejor manera al afirmar que hay una relación dialéctica entre traza urbana y urbanismo. La escala mayor es la disposición del conjunto de poblaciones, es decir la ciudad y los pueblos vistos en conjunto como unidad indisoluble, bajo los mismos principios de las escalas anteriores la ciudad no puede ser vista como un ente aislado, Kinsbruner habla de un rey entre pueblos, pero un rey no puede existir sin un pueblo; entonces la disposición espacial del conjunto de poblados es otra escala de observación que nos permite entender el urbanismo antiguo.

Bajo este mismo principio de escalas espaciales hay un segundo rubro a considerar, el del río y la acequia como eje del comportamiento espacial. El entorno natural descrito al inicio hace evidente la necesidad de conocerlo profundamente para poder sobrevivir y para poder obtener productos más allá de lo indispensable. Paso del Norte está en un entorno desértico, con una gran cantidad de agua gracias al río, pero el mismo río es una fuerza natural impredecible y potencialmente muy destructiva; entonces, el río es al mismo tiempo fuente de recursos y potencial destructor de los mismos, por lo que se requiere conocimiento de las propiedades del entorno, como los suelos e inclinaciones para poder usufructuarlo, más adelante se sumó el uso de tecnología hídrica con las acequias y el sistema de casas-huertas para sumar a este uso del río.

Por estas razones el estrato de Comportamiento espacial se divide en tres escalas para los dos rubros: forma Dispersa/Alargada y el río/acequia como eje, tendríamos una escala menor que corresponde a la forma de las edificaciones y las relaciones espaciales que hay entre ellas de manera individual, corresponde a los rubros de casas y casas-huertas respectivamente. Una escala intermedia la forma de la ciudad o traza urbana, que corresponde a la disposición de las edificaciones en su conjunto, tiene como eje de esa disposición el trazo de las acequias y corresponde a la estrategia Ciudad y Acequia. La escala mayor es la disposición del conjunto de poblados, en arqueología “patrón de asentamiento”, el cual tiene como eje al río del Norte y corresponde a los rubros Poblados/El río.

Para el argumento de que Paso del Norte es una sola ciudad alargada y dispersa, así como su relaciones espaciales y análisis en escalas, cabe recordar el planteamiento teórico del Entorno Construido propuesto por Rapoport (1982), éste se divide en entorno edificado, entorno no edificado y entorno natural. El punto clave es el entorno no edificado; se trata de toda aquella modificación antrópica en el terreno con el fin de obtener algún uso en particular como: facilidades de transporte, calles, plazas, espacios de recreación, espacio incidental, parques y jardines y espacios para producción de alimentos, es definida como: “cualquier espacio de suelo urbano, sin tener en cuenta la accesibilidad pública, que no está cubierta por una estructura arquitectónica” (Santley et al., 2012, p. 1089).

En Paso del Norte se tiene una gran cantidad de áreas abiertas ocupadas por huertas, que son espacios para producción de alimentos, los cuales se limitan unos a otros de manera continua

según las fuentes. Por otro lado, una ciudad antigua es definida más por su función que por su tamaño (M. E. Smith, 2016, p. 166) y marca sus límites físicos por el entorno natural circundante o, dicho de otro modo, deja de ser ciudad cuando hay espacios vacíos sin utilidad para la función de esta. Las huertas de Paso del Norte tienen una función clave para mantener la predominancia social, cultural e ideológica de la ciudad frente al resto de los poblados de la región, tanto por su aporte económico, como porque a las huertas y sus ventajas tienen acceso todas las colectividades incluyendo indígenas. Atendiendo la definición de entorno construido tendríamos que: Paso del Norte es una ciudad antigua que tiene un continuo de entornos edificados (casas, templos, presidio, acequias, caminos internos) y no edificados (huertas, plazas, patios) que limitan con el entorno natural desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario, dando una forma más larga que ancha pues sigue el eje del río del norte y las acequias que de ahí se toman, que por su densidad sería dispersa⁷⁰.

En la arqueología es un ejercicio común cambiar la escala de observación pues permite discernir relaciones espaciales que guardan lógicas distintas. Al ser los estratos una estrategia de lectura de los fenómenos urbanos y por lo tanto agrupaciones dadas desde la observación contemporánea, es relevante cambiar de escala de observación para discernir otras lógicas, diferentes a las contemporáneas o las que la historiografía observó. Pensar en al menos tres escalas tiene como objetivo tratar de entender esas otras lógicas espaciales, en particular aquellas que estuvieron influenciadas por los indígenas.

Aplicar estos principios teóricos a los ejemplos recopilados en los 19 casos de indígenas en Paso del Norte dan como resultado el dilucidar una serie de relaciones entre forma y comportamiento. Por ejemplo, en la escala más pequeña está la forma de las casas: según la cartografía y las fuentes algunas eran alargadas “como barracas”, que corresponde a las “tipo Pueblo”, otras cuadradas, hechas de adobe o bajareque -aporte indígena-, estaban siempre rodeadas de huertas -tecnología hispana-, si los vemos como elementos individuales no nos indican

⁷⁰ El largo de la ciudad desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario son 31 kilómetros., incluso en el punto más ancho hacia finales principios del siglo XIX, la ciudad no tendría de ancho más de 8 kilómetros., considerando los puntos extremos de sur a norte entre El Barrial y la Hacienda de Ponce de León. Con esas dimensiones y tomando como límite las acequias del Mapa de Salazar de 1857, tenemos un área aproximada de más de 200 kms². Hacia finales del siglo XVIII se habla de unas 5500 personas viviendo en Paso del Norte, por lo que la densidad de población es de unas 27.5 personas por kilómetro cuadrado. Si bien las mediciones para la densidad de población son una metodología contemporánea, sirve como referencia para entender a Paso del Norte como una ciudad dispersa.

demasiado, pero al verlos en sus relaciones espaciales y como constantes tenemos un conjunto doméstico de tradición prehispánica con tecnología hispana. Este grupo es la escala de casa/casa-huerta, pero al ver esos grupos en relación con otros grupos de diferente combinación como, Misiones-huertas-atrio o Presidio-patio-plaza o casas cuadradas-huertas tenemos la otra escala. En ella podríamos ver el conjunto de conjuntos, que cobra sentido cuando se toma en cuenta la edificación en torno a la cual se agrupan que es la acequia. Entonces ya tendríamos una unidad mayor de relaciones en dos escalas que es el poblado, en el caso de Paso del Norte una ciudad. Al poner esta unidad “poblado” en una escala de observación mayor podríamos ver una dinámica regional de dinámica entre poblados; El Carrizal, Janos, Casas Grandes, el conjunto de pueblos de río arriba, Santa Fe, Chihuahua, el conjunto de pueblos que no continuaron como Santa María de Caldas o Palo Clavado, entre otros.

Dispersión y alargamiento de los poblados

No se tiene plena certeza de lo que los grupos indígenas podrían conceptualizar como poblado, territorio o pertenencia, por lo que hablar en esos términos es una imposición contemporánea, sin embargo, es la manera en que podemos entender un poco la dinámica que se tenía. La ubicación y distribución de los poblado Jornada Mogollón son entre otras cosas, una combinación de la adaptación al entorno natural y su propio desarrollo histórico. Durante el periodo protohistórico los Jornada Mogollón tienen un patrón de asentamiento disperso; con poblaciones separadas por cierta distancia que les permitía explotar de manera razonable los limitados recursos naturales que los circundaban, sus viviendas se agrupaban en pequeños conjuntos que seguían el eje de los recursos hídricos.

Tras el contacto con los novohispanos las poblaciones originales debieron tener severas fluctuaciones previas a integrarse con los recién llegados, la llegada de nueva tecnología y gran cantidad de recursos seguramente estimuló el crecimiento poblacional, pero las enfermedades debieron mermar severamente a las comunidades. Aun así, se mantuvo una suficiente cantidad de población en distintos puntos, que sería la base de Paso del Norte y los pueblos de alrededor. La región de Paso del Norte con poblaciones y recursos inmediatamente alrededor debió de ser similar a la que existió en el periodo protohistórico: Al norte llegaba hasta la Jornada del Muerto,

pues a partir de ahí se tiene una franja grande de tierra con muy pocos recursos sin registro de ocupación y que terminaba con los primeros pueblos Piro en Socorro. Hacia el este debió llegar hasta las cercanías de la actual población del Porvenir, a partir de ahí cambia las condiciones del entorno natural cambian con montañas que limitan ambos lados del río, terminando la franja de tierra aluvial que inicia en Paso del Norte, además ese parece ser el punto de contacto con los Jumanos. Al sur el límite sería en El Carrizal pues más allá se tienen las Dunas de Samalayuca y casi ninguna población hasta acercarse a Chihuahua. Al este el límite estaría con Janos y sus indígenas homónimos. Este sería el espacio que ocuparon los poblados Manso, Sumas y Jocomes alrededor de Paso del Norte.

Los grupos Jornada Mogollón de la región del Bolsón Hueco durante la Fase El Paso (1275d.C. a 1450d.C) tienen un patrón de asentamiento alargado como se muestra en Hueco Tanks (M. E. Whalen, 1977), por otro lado, Los Piro y los Jumanos tienen una relación altamente entrelazada al punto de haber Jumanos viviendo en región Piro y viceversa con lo que también se establece una dinámica en la que es posible que vivan juntas más de dos identidades étnicas (P. H. Beckett, 2017). Ese patrón disperso y alargado en la ubicación de los poblados puede tener una correspondencia documental cuando Benavides (1630, pf10) habla de rancherías en plural y De la Cadena (1657, p. f3) refiere nueve conversiones; lo mismo que García de San Francisco en 1659 quien dijo haber congregado a las rancherías aledañas; también Guerra (1668, p. f2) habla de varias conversiones a lo largo de doce leguas; con la llegada de los expulsados de la Revuelta de los Indios Pueblos algunos de estos lugares serán ocupados por los pueblos de Socorro, Senecú e Isleta, a los que se sumaron posteriormente San Lorenzo y San Elizario. Por su lado, quienes hablan de los Sumas mencionan un radio de ubicación de sus poblados de hasta cien leguas (Crespo y Monroy, 1730, p. f376); el evento del Indio Caviloso en 1777 pudo ser un factor para decidir el cambio de la ubicación del presidio de la Misión de Guadalupe a San Elizario, aunque desde 1711 (véase caso de Santiago cacique Manso) se mencionó la posibilidad de mover el presidio hacia el sureste, no se concretó sino hasta 1787, la relación entre vecinos y autoridades centrales llegó a un punto insostenible, de abierta sedición, entonces una posible solución fue poner un presidio a un par de jornadas con la traza urbana de una población continuada que los unía.

En la cartografía podemos corroborar el patrón disperso y alargado: en el mapa de Miera y Pacheco de 1775 se muestra una cadena de poblados que va de la Misión de Guadalupe, San

Lorenzo, Senecú, Isleta, Socorro y San Elizario, todos en la banda sur del río; en el Plano de Urrutia de 1776 el presidio y la misión están en el centro del mapa, aunque no se aprecia el resto del poblado; esto puede deberse a la falta de comprensión de una traza urbana distinta. Por su parte los hallazgos de la arqueología histórica en Ysleta (Perttula et al., 1995), Socorro (Camarena, 2010) y San Elizario (Peterson, 1999b, p. 112) muestran ocupaciones previas al contacto con el mundo español; además de la presencia de otros poblados que no permanecieron como Nuestra Señora de Guadalupe de los Sumas, San Francisco de los Mansos, Socorro de los Sumas y Nuestra Señora de Santa María de las Caldas, que aunque estaban a mayor distancia mantenían el patrón disperso, alargado y siguiendo la vera del río.

Dispersión y alargamiento de la ciudad

De todas las poblaciones existentes en la región, seis de ellas mantuvieron una relación de interdependencia social y espacial a tal punto que se integraron como una sola ciudad. No es posible dar un punto exacto en el tiempo en el que esto ocurrió, pues en realidad es un proceso paulatino que tiene un punto de dinamización entre 1680-1691 y ya es evidente hacia el primer tercio del siglo XVIII con observadores como Pedro de Rivera en 1726. Es claro que antes de la fundación hispana de Paso del Norte había poblados permanentes y estacionales en toda la región, las cuales debieron mantener el patrón de asentamiento disperso y siguiendo los recursos hídricos. Hasta antes de 1680 las poblaciones Manso y Suma debieron de ser similares en tamaño a las prehispánicas, no más de unos pocos cientos de personas las más grandes, siendo la mayoría de unas cuantas decenas; tras la revuelta de los Indios Pueblo esto cambió con la llegada de miles de refugiados. Al cabo de unos cuatro años, los exiliados que permanecían en Paso del Norte se repartieron en poblados a lo largo del río, las fuentes no dicen explícitamente que los lugares que ocuparon los refugiados fueran pueblos Manso o Sumas previamente, pero la información arqueológica parece indicar que antes de 1684 existieron poblados permanentes o estacionales indígenas en lo que se llamó Misión de Guadalupe, San Lorenzo, Senecú, Isleta, Socorro y Los Tiburcios, que son las seis poblaciones que formarán la ciudad y que con el paso del tiempo serán núcleos urbanos en un continuo de casas-huertas-acequias de cerca de 30 kilómetros; Esa es la ciudad antigua de Paso del Norte.

A lo largo del siglo XVIII varios actores externos como Nicolás Lafora en 1766 o Carlos Delgado en 1773, dieron cuenta de Paso del Norte como un solo pueblo con varias misiones unidas por las casas-huertas-acequias. Tras el traslado del presidio a San Elizario en 1787 los expedientes militares dan una clara vista de cómo se completó el proceso para dar una traza urbanizada dispersa y con más de un centro urbano en Paso del Norte, desde la Misión de Guadalupe hasta San Elizario, con un continuo de casas-huertas que tenían pequeños centros urbanos en San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro, en cada uno había una organización y trayectorias propias, incluso un diálogo por separado con las autoridades centrales civiles y religiosas. En el urbanismo de hoy en día, cuando hablamos de una organización espacial similar, se le suele llamar ciudad policéntrica, pero para evitar caer en un anacronismo, aquí solo se deja apuntado que si Paso del Norte es una sola población, entonces hay varios centros en ella.

La distribución de las casas “tipo Paquimé” o “tipo Pueblo” combina de formas arquitectónicas en una distribución alargada con las habitaciones cubriendo uno de los flancos de la ciudad, con las edificaciones público-religiosas en el otro bando; no es central, más bien es alargada (Braniff Cornejo, 2008). En las tradiciones de los Indios Pueblo, como los Piroso de río arriba (Marshall & Walt, 1984), y en Jornada Mogollón (Wiseman, 2019) se comparte esa distribución alargada. Tras la llegada de pobladores durante la Revuelta de los Indios Pueblo los Mansos no cedieron masivamente sus tierras ya cultivadas, obligando a las autoridades a comprar unos pocos solares cercanos a la Misión (Hughes, 1914), obligando a instalar a los habitantes más allá del área de la misión, además de que cada grupo indígena intento mantener sus propias identidades en lugares propios; a esto se suma el peligro de un ataque de los indios levantados, llevando a que las casas y los poblados mantuvieran un contacto visual continuo, usando la cercanía como estrategia de defensa. La solución fue usar antiguos asentamientos Mansos para colocar las nuevas poblaciones de manera continua (de Marco & Craddock, 2017, p. 22).

Benito Crespo, Pedro Rivera, Nicolas Lafora y los soldados de finales del siglo XVIII ven un continuo de casas-huertas desde Guadalupe hasta San Elizario; el actuar de personajes con poder como Antonio Valverde y Cossío o Mateo de la Peña son un aliciente para que la ciudad crezca dispersa en la ribera del río del Norte, pues será en sus haciendas que se instalan nuevas misiones, Valverde en el infructuoso Palo Clavado, de la Peña en El Carrizal y los herederos de Tiburcio Ortega

en San Elizario, en el equivalente antiguo de un proceso de especulación de la tierra, van ocupando las orillas del poblado que con el tiempo serán integrados a la ciudad. Autores como González Milea refiere que la dispersión respondió tanto a esta condición como a los requerimientos particulares del riego (González Milea, 2018c, p. 47). Por su parte el Plano de Urrutia es posible observar un patrón disperso y alargado, con las casas de mayor tamaño distribuidas en la vera del camino a San Lorenzo, las parcelas son un continuo de huertas, las casas no son contigua.

El continuo de casas-huertas

La forma de las casas y los sistemas constructivos dan indicios de la influencia que mantenían los saberes indígenas en Paso del Norte, después de todo el uso combinado de técnicas de construcción de casas que incluyen pithouses, bajareque y tipo pueblo, son una característica de los antiguos grupos Jornada Mogollón para adaptar saberes provenientes de otros lugares y usarlos de manera alternada de acuerdo con sus intereses (Wiseman, 2019, pp. 1–19). La permanencia de técnicas constructivas en casas, a pesar de la llegada de una nueva tecnología, que pueden ser o no más eficiente, es una muestra de la continuidad, resistencia cultural y uso de saberes ancestrales de los indígenas en Paso del Norte. Los novohispanos usan de manera principal la técnica constructiva de la mampostería, con el tiempo integrarán el uso de la tierra batida, pero la forma de las edificaciones “tipo pueblo” (alargada, interconectada, con o sin pisos superiores) y el bajareque son distintivas de lo indígena. La presencia predominante de las casas tipo pueblo y de bajareque evidencian la presencia y persistencia del mundo indígena en la ciudad. En la documentación se tiene registro de este uso combinado a partir de pequeñas referencias dispersas, siendo la más amplia el Mapa de Urrutia de 1778.

Los trabajos arqueológicos en Jornada Mogollón han mostrado el uso combinado de técnicas de construcción de casas que incluyen pithouses, bajareque y tipo pueblo (Wiseman, 2019, pp. 1–19), en Paso del Norte se encontraron algunas construcciones de este tipo en Santa Teresa, Fort Bliss, Firecracker, el Jacal de Ysleta del Sur, Socorro, San Elizario, entre otros (Bradley et al., 1997; Gerald, 1990a; Miller & Kenmotsu, 2004; texasbeyondhistory, 2022; Wheaton & Stephens, 2009).

El río como eje del paisaje

En esta escala de observación los mapas son muy reveladores, el río del Norte es la columna vertebral de la actividad humana en el septentrión Novohispano, basta ver los mapas de Miera y Pacheco o el de Humboldt para darse cuenta de que el reino de Nuevo México es el río del Norte más una franja alrededor desde Paso del Norte hasta Taos. Alrededor, cercano o en función del río se desarrollarán la mayoría de las actividades en Nuevo México, es posible que la falta de recursos como la minería impulsaran esta dinámica. La documentación recopilada enfatiza la importancia del río como eje de los poblados.

Los sitios Jornada Mogollón tardíos en El Paso Basin están a una distancia cercana pero fuera del área de inundación del río del Norte. Distintos testimonios dan cuenta de la importancia del río y su espacio inmediato, para la colocación de poblaciones y actividades productivas (Espejo, 1584, p. 8; Hammon, 1927, pp. 303–312). Para la ocupación de los exiliados de Revuelta de los Indios Pueblo se siguió el curso del río para los asentamientos (Vélez de Escalante, 1865, p. 120), mientras que el gobernador Otermín centra la búsqueda de lugares para asentar a los exiliados en las riberas del río (de Marco & Craddock, 2017, p. 15); en 1725 el lugar elegido para asentar a los Sumas es a una distancia corta del Río del Norte, suficiente para sacar una toma para acequia (Crespo y Monroy, 1730); en 1736 Rivera dice que toda la población va siguiendo la vera del río “ (Rivera, 1736, p. f684), lo que reafirma Lafora en 1766 y Delgado en 1773.

Las acequias como eje de la ciudad

La canalización del agua del río fue posiblemente el aporte tecnológico más significativo por parte de los novohispanos. La antigua técnica árabe de la acequia se usó extensamente en el septentrión. Le Corbusier decía que las calles eran las venas de la ciudad moderna, pero para Paso del Norte las acequias significaban sus líneas de vida, sus venas. Conforme las acequias se incrementaban, lo hacia el tamaño de la ciudad; entonces la ciudad seguía el ritmo de las acequias, su forma y extensión eran la traza de la ciudad. A su vez, las acequias imitaban el flujo del río del norte, como una copia humana de la naturaleza, por ellos la ciudad se mantuvo alargada y dispersa pues el eje de su trazo era de ese mismo modo.

Se habla de acequias en plural porque, aunque se menciona una acequia Madre y otras principales como la de los indios, en realidad era una compleja red conectada que se ensanchaba y adelgazaba de acuerdo con las condiciones, recursos y necesidades. Tan importante era la acequia para Paso del Norte que desde los primeros intentos de poner poblaciones se planteaba la necesidad de que hubiera acequias, era una condición de posibilidad para que existiera el poblado.

Las poblaciones requerían la existencia de la acequia, se convertía en una necesidad inicial, así lo refiere Guerra (1668, p.f2) para San Francisco de la Toma de los Sumas; en 1680 Otermín reconoce que son las acequias las que marcan la forma y el tamaño de la población (de Marco & Craddock, 2017, p. 22); en 1725 Crespo afirma que la única manera de que funcione el nuevo poblado es si se hace una “saca de agua” (Crespo y Monroy, 1730, p. 379); Rivera en 1737 reconoce que los cultivos que están a la vega del río solo son posible por las acequias (Rivera, 1736, p. f684); en el caso de Francisco Pato en 1757 las tierras más codiciadas están junto a las acequias (San Juan, 1758, p. f199); en la negociaciones por tierras en esas mismas fechas las acequias y los caminos marcan los límites y referencia principal del espacio para la distribución de tierras (Antonio Garcia, 1757, pp. f6-7); en 1773 Delgado habla de un sistema de acequias y no solo de un par (Delgado, 1773, p. f1); para 1780 González Milea dice que las tareas favorecidas de edificación fueron las acequias y las casas-huertas (González Milea, 2018c, p. 65); finalmente en el Plano de Urrutia se aprecia que el trazo de Paso del Norte no está en función del Camino, sino de la red de acequias, condición que es más clara en el mapa de Salazar de 1859; la acequia es el cordón de vida que une el río con la población, al mismo tiempo que pone suficiente distancia y evita el exceso de agua, la manera en que se dispusieron las acequias (Madre y de los Indios), marcaron el ritmo de crecimiento, por su parte, el Mapa Anson Miller muestra que la acequia de Ponce de León corre paralela al río en su rivera norte, con el mismo patrón que la Acequia Madre, Ambas terminan, adelante de San Elizario.

Las infraestructuras para consumo público-colectivo

La infraestructura es un estrato que también tiene fuertes implicaciones espaciales, sucede en un lugar específico, requiere una planificación y una inversión de trabajo colectivo; es por lo tanto parte del entorno construido. En términos operativos para Paso del Norte, se ha separado en dos

estrategias específicas: Caminos y Servicios administrativos. Por supuesto que no son los únicos, según Stanley podrían entrar las instalaciones de transporte, plazas, los mercados, espacios recreativos, espacios incidentales, parques y jardines (Stanley et al., 2012, p. 1094), aspectos de primera importancia pero que rebasan los alcances del presente trabajo. Los mismos autores también incluyen aprovechamiento hídrico y la producción de alimentos, pero en Paso del Norte ya han sido abordados en el Comportamiento espacial en las Acequias y Casas-huertas respectivamente.

Los caminos son parte esencial en el desarrollo de las sociedades antiguas, para el septentrión novohispano el más sobresaliente era el Camino Real de Tierra Adentro. Ruta que iba de Santa Fe en Nuevo México y que llegaba hasta la Ciudad de México, en el proceso de entender la conformación de algunas poblaciones al norte, recientemente, se ha asumido un papel preponderante del Camino Real: “[les sirvió a los españoles] para establecer asentamientos a lo largo del Camino Real de Tierra Adentro, con lo que se convirtió en el eje articulador del espacio en el norte del continente” (Vallebuena Garcinava & de la Cruz Pacheco, 2014, p. 3), el Camino Real se fue convirtiendo poco a poco en la columna vertebral hacia el norte del virreinato, en esa muy extensa ruta Paso del Norte era un punto de inflexión.

Al norte de el Paso el virreinato se adelgaza al punto de ser una franja estrecha alrededor del río, pero hacia el sur el territorio se ensanchaba, o eso mostraban los mapas, la realidad era que hasta entre Santa Fe y Chihuahua el gobierno apenas si podía tener un control precario del Camino y las poblaciones sobre él, siendo Paso del Norte el centro geográfico de tal dinámica. Pero el camino era mucho más que una ruta, de hecho, eran muchos caminos, María Luisa Pérez comenta que:

“El camino real es un concepto más complejo que el hecho físico del camino. De lo que se trataba era de mantener la flexibilidad en cuanto a buscar constantemente rutas alternativas que pudieran ser más cómodas y cortas. Por la importancia de la ruta, para su seguridad y para protección de los que la abren y trajinan se denomina “Real”. Para que dicha flexibilidad se respetase, la Corona legisla sobre la libertad de los caminantes de buscar rutas más cómodas o sobre su derecho a oponerse a imposiciones particulares, situando el bien público por encima de intereses privados” (Pérez González, 2001, p. 50)

Un camino no solamente se constituye de los puntos que lo forman, sino que, también es la línea continua por donde se camina, donde se vive por días, meses y años (Ingold, 1993, p. 154), visto de esa manera, el camino es una serie de estrategias para llegar de un punto a otro, en donde las

poblaciones son las que le dan sentido de existencia, comunicar y relacionar. En este sentido, los asentamientos indígenas tendrían el papel de sustrato primigenio de los pueblos y ciudades actuales, y por lo tanto también del Camino Real de Tierra Adentro. Misma condición que tendrán los caminos internos en la ciudad que van siguiendo las rutas principales del Camino Real, tal y como la acequia reproduce el trazo del río.

A decir del plano de Urrutia, y las evidencias documentales, parece claro que el presidio se instaló en un paisaje que había sido configurado por indios (en sus variadas interacciones), y a través de las relaciones con misioneros, pero además significaba una nueva etapa de militarización o, mejor dicho, apenas una intención. Una red de acequias construida por indígenas y el deseo de un presidio en una fase ya tardía de control español, de este tipo de cosas está hecha nuestra ciudad de hoy, de persistencias que duraron mucho tiempo, incluso desconfigurándose a ritmo muy lento, pero también de intentos rotundos de reconfiguración que sin embargo fueron muy débiles.

En cuanto a los servicios administrativos, estos corresponderían los lugares en que se llevan a cabo las funciones públicas que deben de proveer las autoridades. Como ya se mencionó las dos más sobresalientes en el septentrión son el Presidio y la Misión, pues al interior de los edificios que los albergaban se dan la mayoría de los servicios que las autoridades civiles, militares, administrativas, judiciales y religiosas llevaban a cabo. Visto en esta perspectiva el conjunto de Misión-Presidio es la sede de las funciones que eran cumplidas por el "Palacio" en gran parte de las culturas antiguas no occidentales (M. Smith, 2007). Llevando un poco más allá la analogía espacial, de acuerdo con el plano de Urrutia; la Misión de Guadalupe y el Presidio de San José y Nuestra Señora del Pilar en Paso del Norte son dos edificios con patios internos que están sobre una plataforma (posiblemente natural) que une a los edificios a través de una plaza irregular y huertas conectadas por acequias y cuatro caminos que desembocan ahí, en donde residían las autoridades, se impartía justicia y celebraban ceremonias. Esta descripción bien podría ser la de un antiguo palacio en la América indígena.

Para la presente investigación esta información es vital, puesto que en los edificios de los servicios administrativos se lleva a cabo una gran parte de la trama vista en los espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia, al mismo que son el punto de referencia para

definir los múltiples núcleos urbanos de las distintas escalas de trayectorias arquitectónicas. A pesar de ser sede del poder virreinal, los edificios de servicios administrativos pueden ser leídos también como un estrato indígena pues son el lugar en donde se desarrolla físicamente gran parte de los comportamientos indígenas, además de ser edificados con la impronta de los saberes indígenas, los edificios para los servicios administrativos son a final de cuentas lugares de la acción colectiva y por tanto escenario de la lucha de poder social.

Caminos

La evidencia arqueológica de intercambio entre Jornada Mogollón con otras culturas permite inferir la existencia de caminos, al menos; siguiendo ambos lados del río, al sur hacia Casas Grandes y al este a la zona Mimbres. Las exploraciones de Antonio de Espejo y Sánchez de Chamuscado llegaron desde Santa Bárbara en el sur, tomando una ruta que seguía el cauce de los ríos San Pedro, Florido, Conchos y del Norte. Unos años después Oñate sigue la misma ruta hasta el encuentro del río Conchos con el Chuiscar en donde cambia para ir directamente hacia el norte en lugar de seguir el cauce del Conchos y de esta manera llegar al Lugar en donde dobla el río del Norte. En todos los casos los exploradores eran guiados por indígenas locales, quienes debieron seguir los pasos de los caminos comerciales ya existentes; el primero que llegaba a la zona de Jornada Mogollón siguiendo el río por el lado de los Conchos y que debió continuar hacia el este y el segundo el que llegaba desde el sur por los médanos de Samalayuca. En las fuentes hay indicios de algunas dinámicas que se vienen perfilando desde la arqueología, como que Jornada Mogollón tendría más relaciones con sus vecinos al suroeste, oeste y norte (Casas Grandes, Mimbres y Zuñi), mientras que las relaciones serían menos frecuentes con sus vecinos al este (Los Conchos)

El posterior Camino Real de Tierra Adentro sigue el trazo que anduvieron los primeros exploradores y por lo tanto debió de haber pasado algo similar que con lo que ya se mostró con los poblados; es decir los novohispanos pusieron su camino sobre los ya existentes, pero con el proceso de negación posterior, quedó la impresión de que el Camino Real respondió únicamente a los intereses novohispanos. Del mismo modo que en anteriores apartados, parece evidente que los conocimientos e intereses indígenas tienen un papel protagónico en la formación del Camino Real del Tierra Adentro.

El cambiar de escalas permite comprender un poco las menciones que se hacen en las fuentes virreinales. En primer lugar, la ya mencionada bifurcación, ahora desde Chihuahua, que va a la Junta de los ríos por un lado (ríos Conchos y Norte) y directamente hacia Paso del Norte por el otro, ambos toman la ruta hacia los Indios Pueblo siguiendo el cauce del río del Norte. El camino directo hacia Paso del Norte tiene como otro punto de bifurcación la población de El Carrizal (Villa Ahumada), en la cual se separa un camino que rodea ligeramente hacia el noreste para llegar al río por San Elizario, mientras que la otra sigue directamente al norte atravesando los médanos de Samalayuca, esta última ruta es la que sigue por ejemplo Ribera y Lafora, mientras que la primera es la que utiliza Benito Crespo.

Bajando la escala de observación y gracias al análisis del mapa de Urrutia, podemos intuir tres caminos principales en Paso del Norte. El primero es el del sur que seguiría la ruta por los médanos: vendría desde el Carrizal pasando por la Misión de San José, el Barreal y en algún punto posterior se bifurca en el Camino al Carrizal que aparece en Urrutia y el Camino a Chihuahua que aparece en otras fuentes, ambos caminos se vuelven a encontrar justo antes de llegar a la Misión y el Presidio. El segundo camino es el que viene del este desde San Elizario y que conectaba junto con las acequias a Isleta, Socorro, Senecú y San Lorenzo, también hay una bifurcación visible en el mapa de Urrutia y de acuerdo con la información en el mapa de Corella de 1896 debió corresponder al Camino de San Lorenzo y Camino del Chamizal, en donde el segundo conectaba las casas-huertas del noreste de la población. El tercero es el que corresponde a la salida norte, desde la Misión y el Presidio salen dos calles la primera llamado en Urrutia Camino de la Presa y del Nuevo México corre paralelo a la Acequia Madre por la banda sur del río, aunque este mapa no lo muestra, el plano de Salazar de 1852 permite observar que el camino llega hasta la “Toma” es decir el lugar desde donde iniciaba la Acequia (cerca de la actual UTEP), en donde debió estar también el paso del río en canoa que uso Ribera en 1726; el segundo camino hacia el norte atraviesa las casas-huertas y cruza el río por la zona de las isletas (zonas con un nivel de agua más bajo por el que se asoman pequeñas islas de tierra), para continuar por lo que hoy es el centro de El Paso, ambos caminos debieron juntarse nuevamente para bordear por el flanco este el Cerro del Cristo Rey o “las Minas” para seguir hacia el norte.

La información arqueológica permite inferir una amplia red de caminos desde el área Jornada Mogollón hacia regiones como la Mimbres y la Casas Grandes. A finales del siglo XVI Antonio de Espejo sigue la misma ruta que la expedición previa de Sánchez de Chamuscado entre Santa Bárbara y la Junta de los Ríos (Espejo, 1584, p. 1), Oñate sigue esa ruta hasta la junta del río San Pedro y el de las Conchas, para de ahí tomar hacia el norte por los médanos de Samalayuca, esas podrían haber sido dos rutas prehispánicas que fueron ocupadas por el Camino Real de Tierra Adentro (Hammond & Rey, 1953b, pp. 303–312) en 1657 De la Cadena. Refiere un camino a Nuevo México en cuyo paso están los Mansos y Sumas (Velázquez de la Cadena, 1657, p. f4); en 1700 García Noriega dice que el comercio está plenamente reactivado a través del Camino Real de Tierra Adentro en Nuevo México (García Noriega, 1700); en el caso de Santiago el cacique Manso en 1711 los caminos en los que son enviados los principales indígenas hacia Janos y Casas Grandes no son el Camino Real, son conocidos, pero no oficiales (Valverde, 1711): hacia 1737 Rivera cruzó del río por canoa, mostrando que había varias rutas (Rivera, 1736, p. f684); la ruta que sigue Lafora en el tramo cercano a Paso del Norte en 1766 no es el Camino Real (Lafora, 1800); González Milea refiere que hacia 1780 “La anchura de caminos se estableció en doce varas, porque se indicó que esto favorecía —en el caso de la entrada de indios enemigos— que la huida se diera con dificultad” (González Milea, 2018c, p. 59); en el Mapa Miera y Pacheco. Se muestra el trazo del Camino Real de Tierra Adentro y en el Plano de Urrutia se nombran dos caminos: “el Camino de la Presa y del Nuevo México” y “el Camino del Carrizal” parte del Camino Real de Tierra Adentro.

Servicios administrativos

Los servicios administrativos buscan ubicar físicamente a las dos instituciones principales de frontera: Misión y Presidio, al hacerlo cobra sentido el ideal hispano de ciudad pues intentaba colocarse en el “centro” tanto físico como ideológico. Si bien estas instituciones son de origen hispano, no quiere decir que no tengan la impronta de la presencia indígena en su construcción tanto física como ideológica. En la primera podemos ver el uso de las técnicas constructivas indígenas y en el segundo Misión y Presidio se convirtieron en la sede de la Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia con los indígenas. Por ejemplo, en estos lugares debieron tener lugar los tratados no escritos, las complicidades y los actos de violencia; en el

presidio se hicieron las diligencias de Francisco Pato o en las que participo Juan Phe, en la Misión se refugió el indio Caviloso en 1787.

En la ubicación de los distintos servicios administrativos de los núcleos poblacionales se nota claramente la superposición del conocimiento del entorno indígena y los ideales de ciudad hispanos e indígenas, en una distribución espacial del asentamiento de tipo disperso: “suele afirmarse que no existía “ningún diseño de calles u orden espacial” en la época (Santiago Quijada, 2013, p. 50); sin embargo, también se afirma que —siguiendo a Michael C. Meyer (1984)— se construyó un complejo sistema de irrigación (Santiago, 2013, p. 59)”. (González Milea, 2018c, p. 37). Otro ejemplo de esto es lo que refiere Sheridan (2015), al momento de levantar una palizada: “esta idea de un continente vacío, que Sabirats despoja de todo rasgo utópico para colocar en un principio subjetivo de dominación, contienen a su vez la condición de lo posible como motivación pragmática última” (Sheridan Prieto, 2015, p. 34). Las instituciones como presidio y misión van a intentar ordenar muchos tipos de relaciones, no se trata de ajustar algunas de las actividades indígenas a esta concepción de la administración, sino de revelar sus acciones e intenciones cuando desafían (e incluso superan) a la regla.

Benavides (1630) intenta establecer las primeras iglesias en la región; De la Cadena en 1657 (p. f4) pide religiosos para 9 conversiones, Fray García de San Francisco fundó la Misión de Guadalupe como centro administrativo de la región en 1659 (Sánchez Reyes, 1994, pp. 117–119); para 1681 Salvador Ayeta pidió enceres para las nuevas misiones instaladas en San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro (de Marco & Craddock, 2017, p. 4–7); Antonio Valverde (1711) refiere como los indígenas tienen una infraestructura paralela (pueblo de Indios) con caciques, capitanes, tenientes, entre otros.

Conclusión del capítulo 6

Existe una correlación entre la manera en que los indígenas vivían antes y después de la llegada del mundo occidental. Las estrategias específicas de comportamiento que mantuvieron se fueron transformando a lo largo del tiempo, adaptándose a nuevas circunstancias, pero se mantuvieron presentes, en este apartado se localizaron al menos 19, estas estrategias pueden agruparse y leerse como estratos urbanos. El uso de esas estrategias representa una manera en la

que los grupos subalternos como los indígenas pueden mantener una resistencia cultural, al mismo tiempo que genera una forma sofisticada de relación social entre los grupos hegemónicos y los subalternos en un entorno urbano, dando como resultado una forma única de urbanismo antiguo. A continuación, algunos de los aspectos más sobresalientes (Tabla 4).

Desde los primeros contactos con los novohispanos y hasta por lo menos la primera mitad del siglo XVIII los indígenas Mansos funcionaron como eje de articulación con otros indígenas y con los mismos españoles. Los Mansos aparecen como un “comodín” en los testimonios de la revuelta de 1683-84, son el punto de unión de las distintas naciones, visto en, por ejemplo, los casamientos y en el uso de su lengua como intermediaria con el español. Tienen algunas de las mejores tierras, entre la misión y el río, tanto así que algunas les son compradas en 1680, se extienden al este por más de una legua en la ribera del río. Junto con los Sumas parecen conservar conocimientos de formas de vida y expresiones materiales distintas a la de los agricultores, esto visto en los ejemplos del levantamiento de 1682 y la historia que cuenta Ribera de los Sumas sublevados en 1736.

Tabla 4. Estratos urbanos indígena en Paso del Norte durante el periodo virreinal, incluye las 19 estrategias identificadas.

Estrato urbano	Estrategias
Espectros de convivencia, entre la negociación y la violencia	El extremo de la Amistad
	Matrimonio
	Relaciones sociales más horizontales
	Complicidades como forma de negociación
	El Abandono/ocultación y la petición de socorro como estrategia de convivencia
	Empleo de tratados no escritos
	Uso del marco jurídico hispano
	El otro extremo: la violencia
El largo tiempo territorial de la subsistencia	El conocimiento de la tierra
	Agricultura para la subsistencia y más
	La siempre presente Caza-pesca-recolección
	Los productos de la tierra
Escalas de trayectorias arquitectónicas	Dispersión y alargamiento de los poblados
	Dispersión y alargamiento de la ciudad
	El continuó de casas-huertas
	El río como eje del paisaje
	Las acequias como eje de la ciudad
Las infraestructuras para consumo público-colectivo	Caminos
	Servicios administrativos

Los Mansos parecen ser el punto clave para mantener el equilibrio entre el imperio español y las naciones N'dee en la región. Al ser la composición étnica más numerosa y con mayor presencia en Paso del Norte durante el periodo señalado, son ellos quienes han mantenido una larga tradición de buenas relaciones con sus vecinos, relaciones que tenían como punto clave su propia ubicación en un espacio intermedio entre los Indios Pueblo al Norte, los Conchos al este y Janos al oeste, así como estar rodeados por grupos N'dee. La evidencia arqueológica muestra esta relación cordial, al integrarse los Mansos como una sociedad urbana en Paso del Norte, usan sus estrategias de convivencia con grupos externos como parte de una nueva comunidad, ahora virreinal. Es muy posible que ahí esté una de las razones más sólidas para que los españoles fueran siempre cautos con los Mansos, permitiéndoles concesiones que parecería excesivas a ojos de otros actores imperiales.

Para entender esta condición, es necesario aludir a las distintas estrategias de movilidad y mimetización: Las primeras fuentes no encuentran poblaciones permanentes en donde estaría Paso del Norte (Coronado, Espejo, Chamuscado), pero si las encuentran Oñate y Benavides. Lo cual nos muestra una población permanente que será a la que se dirigirá Fray García de San Francisco en 1658. Esto podría responder a la estrategia de huir a las montañas cuando se necesitaba, acción que las primeras expediciones refieren constantemente, sin embargo, seguimos viendo este tipo de estrategias hacia 1682 con el Capitán Chiquito, en 1736 con Pedro de Ribera y el grupo de familias Sumas que pactan la paz en Paso del Norte, también poder intuir que la presencia predominante de cerámica Café en los presidios responde a esta movilidad y mimetización, abriendo el debate que algunos autores han señalado de la posibilidad de que los Mansos, Piros y Sumas sean de origen Atapascano (Forbes, 1959).

Si los indígenas Mansos eran tan importantes para el desarrollo de la vida en Paso del Norte ¿Por qué desaparecieron? La respuesta puede ser un poco aludiendo a la idea anterior y es que no desaparecieron, sino que se mimetizaron en una nueva sociedad, manteniendo explícitamente su identidad (y por lo tanto su visualización en las fuentes) hasta que les fue conveniente, pero nunca desaparecieron. Sería entonces una más de las estrategias de mimetización que tienen los indígenas para adaptarse a las distintas condiciones, pero también se puede hacer análogo con la “desaparición” o mejor dicho negación de los Mulatos en Batista Pino. Unos pocos años antes si

“habían” negros y mulatos (por ejemplo, Lafora los refiere o los censos en San Elizario), se plantean razones políticas para negarlos; cuestión que fue retomada posteriormente por la historiografía y ya nunca se mencionó a los Mulatos de Paso del Norte, los indígenas pudieron seguir un camino similar, condición similar a la de la vecina Nueva Vizcaya en donde “algunos pueblos desaparecieron temprano, otros sobrevivieron hasta algo más tarde, y aún otros se niegan obstinadamente a sucumbir aún hoy” (Deeds, 2010, p. 190).

Fewkes (1902) encuentra Mansos a principios del siglo veinte, aunque los refiere como “muy mexicanizados”, ¿acaso una mimetización más?, en los años sesenta Beckett también reporta una comunidad Mansa viviendo ahora en Las Cruces, Nuevo México y hoy en día los Mansos mantienen una lucha legal por su reconocimiento como nación originaria (Piro/Manso/Tiwa Indian Tribe of the Pueblo of San Juan de Guadalupe, 2020). Parece que los indígenas nunca “desaparecieron” y que más bien usaron su capital intelectual para hacerse una sola sociedad urbana, acción que podría ser una impronta que dejó marca en la forma de la ciudad.

Un factor adicional es la condición urbana, la “desaparición” de los Mansos, Piros y Sumas no es un caso exclusivo de Paso del Norte, Susan Deeds refiere el ejemplo de la Nueva Vizcaya dice que: “Estas comunidades ya estaban mezcladas étnicamente, pero en el siglo XIX la mayoría perdió su estatus o identificación como pueblos indígenas[...] En el siglo XIX, la mayoría de las antiguas misiones tarahumaras del valle de Papigochi se convirtieron en mestizos. comunidades, pero los pueblos de la ranchería y algunos pueblos conservaron su etnicidad separada hasta el siglo XX, al igual que los tepehuanes en los rincones del suroeste de Chihuahua y el noroeste de Durango” (Deeds, 2010, p. 191). Es decir, la condición de centro urbano dinamizó la pérdida de la auto identificación de lo indígena. Esto no quiere decir que la ciudad empuja al olvido, el ejemplo de los Mansos parece apuntar a que más bien el estar en la ciudad permite el acceso a información y condiciones que aceleran el proceso de ocultamiento étnico, los Mansos usaron desde muy temprano su condición de “indio” en el marco jurídico español para poder tener relaciones más horizontales, incluso llegando a la complicidad, por lo que no es de extrañar que del mismo modo dejaran de usar la categoría “indio” cuando dejó de ser útil para este fin, por lo que “desaparecen” primero en la ciudad.

Susan Deeds dice que “La clave de la persistencia de estos rarámuris y odame (como se llaman a sí mismos hoy los tarahumaras y tepehuanes) radica en su retirada de los bastiones españoles a estas áreas marginales de la Sierra Madre después de que sus rebeliones del siglo XVII fueran sofocadas. El aislamiento relativo hasta fines del siglo XIX fue crucial para preservar el estatus étnico separado (etnia) que cada uno tiene hoy” (Deeds, 2010, p. 191). Pero ese aislamiento no era posible en un lugar con interacciones tan profundas con el resto de la región; la ciudad por definición no se puede aislar, entonces los indígenas tomaron otro camino, aquel que puede ser leído en los estratos urbanos. Por ejemplo, en lugar de aislarse parece que los indígenas en Paso del Norte se dispersan a lo largo del río, aligerando el posible control que se ejercía sobre ellos.

Una primera explicación para la dispersión urbana de la ciudad es su origen histórico, así lo plantea Guadalupe Santiago quién la ubica en como un “nodo” (Santiago Quijada, 2012), la autora sigue el argumento de un nodo de comunicaciones y relaciones políticas, en el mismo tenor Orozco ve a Paso del Norte como un punto central en un sistema económico. Ciertamente Paso del Norte ha funcionado como un nodo de los aspectos mencionados, pero ¿acaso no sería un nodo desde antes de la formación de Paso del Norte? Y más allá de eso ¿podría ser un nodo de voluntades y negociación que permitió la existencia de una sociedad *suigeneris*? Es decir, en Paso del Norte se concentrarían las aspiraciones y simbolismos de distintos grupos, lo cuáles se sumarían mediante soluciones técnicas, como las acequias y actividades de subsistencia, que materializarían las voluntades.

La dispersión y lo alargado de la ciudad es una de las expresiones del comportamiento espacial de los habitantes de Paso del Norte, característica que es en lo fundamental un rasgo indígena. La información arqueológica mostró un patrón de asentamiento disperso que sigue los recursos hídricos, lo que permite hacer eficientes los recursos naturales; lección que es retomada por la traza urbana. El crecimiento de la urbanización en Paso del Norte fue un proceso paulatino, a excepción del periodo comprendido entre 1680 y 1691, por lo que no responde a un plan urbano en particular, pero sí a una “planificación” como la concibe Michael Smith, es decir que existe una serie de razones pragmáticas y cosmogónicas producto de saberes acumulados, que empujan a tomar las decisiones que dan forma a la ciudad. Por ejemplo, en Teotihuacán que la ciudad sea una versión pequeña de los cuatro rumbos del universo, o bien que se disponga en círculos concéntricos

como la manera de organizarse sociopolíticamente tal y como ocurrió en Guachi montones, Jalisco. El urbanismo antiguo no necesariamente responde a una imposición de una organización estatal, más bien responde a las necesidades de los grupos que la conforman. Si el estado imperial español tenía una regulación específica para trazar las ciudades de cierta forma, y esta no se siguió o siquiera se intentó en Paso del Norte, es en buena medida por el Escalas de trayectorias arquitectónicas por parte de los indígenas.

Con base en la investigación, replanteamos un poco las hipótesis del trabajo: los indígenas tienen y han tenido una batería importante de estrategias para sobrevivir, lo hicieron tras la descomposición de Jornada Mogollón, con la llegada de los españoles y lo siguieron haciendo hasta nuestros días. La ciudad funcionaría entonces como un nodo no solo de comunicaciones sino de voluntades, Paso del Norte pudo ser un espacio de negociación, de conciliación de suma de voluntades, vivir en ciudad y luego desaparecer sin dejar de vivir en ella como parte de las estrategias que les ha permitido mimetizarse con el entorno y con las distintas sociedades humanas que pasan y se quedan. La ciudad sería en parte un reflejo de esa característica heredada de los indígenas de recibir, adaptar, mimetizar, negociar

La complejidad que significa el palimpsesto urbano en ciudades como Juárez-El Paso puede ser comprendido de manera más cabal si atendemos los distintos estratos. En Juárez-El Paso hay una larga data de procesos de integración, negociación, resiliencia, oposición al centralismo y en general de una forma de urbanismo único y sofisticado que encuentra su sustrato en el pasado indígena. Este pasado ha sido negado, evitando comprender que la compleja relación de aquellos que siempre han estado ahí y lo que han llegado, materializado en aspectos como la traza urbanizada.

La negación del pasado indígena (y de grupos subalternos en general) evita una reconstrucción certera de la historia. Por eso, conocer la diversidad en la conformación urbana de Paso del Norte durante el periodo virreinal permite la recuperación de identidades negadas, esto nos acerca más al pasado, al mismo tiempo que nos permite entender nuestro presente de una manera más certera. El derecho a la memoria del "otro" [el indígena] es al mismo tiempo el derecho a nuestra propia identidad histórica y forma parte del derecho a la ciudad que todos los habitantes deberíamos tener.

Un siguiente paso para recuperar las identidades urbanas negadas debería ser comparar los resultados con otros ejemplos de caso en particular con ciudades virreinales en el septentrión novohispano, otras ciudades de frontera imperial u otras ciudades contemporáneas. La presente investigación parece regresar un poco a la manera de hacer historia que se planteaba superada en la historia urbana; aquella de la monografía extensa de una ciudad, al mismo tiempo que parece ir un poco en contrasentido de las tendencias de investigación histórica actual; hiper especializado con un tiempo y espacio muy acotados. Ciertamente, pero explícitamente se intenta dar un paso hacia atrás en estas tendencias de investigación para abrir nuevos derroteros de comprensión y explicación de la historia, o por lo menos esa es la perspectiva de un arqueólogo que hace historia, echando mano de la geografía, bajo el enfoque de un estudio urbano. A esto también debe referirse la alusión a que los Estudios Urbanos deben ser interdisciplinarios.

Epílogo. Más allá de los estratos

Los posibles temas para abordar alrededor del sustrato indígena en la conformación urbana de Paso del Norte son extensos, abordarlos supera los alcances de este trabajo. Sin embargo, hay cuatro tópicos que apuntan hacia estimulantes derroteros de investigación. El primero es la territorialización y la condición de frontera en Paso del Norte; ajustar a un límite físico las poblaciones indígenas significó enfrentar dos concepciones espacial muy distintas, este proceso tiene una condición distinta en Paso del Norte por ser una frontera, característica que permite reflexionar acerca de si realmente esa condición influye en el urbanismo de las ciudades fronterizas. El segundo tópico es la visión del buen salvaje; la idea dicotómica y paradójica del indígena ha empujado a los historiadores a idealizar los procesos históricos, la triple negación del pasado es aplicable también en otros ámbitos más allá de lo urbano, pero no es posible una comprensión más certera sino se desentraña el origen e impacto de la visión del buen salvaje en la historiografía del septentrión novohispano. Como tercer punto está el observar a Paso del Norte en tres escalas distintas; la visión urbana remite a ver los fenómenos sociopolíticos en el territorio, pero la condición misma del límite físico de la ciudad no siempre permite reflexionar en procesos de mayor o menor escala. El cuarto y último tema es la relación que se establece entre patrimonio e historia urbana; la conexión entre pasado y presente se materializa en los procesos de patrimonialización de los vestigios pretéritos, a partir de la presente investigación se proponen algunos elementos patrimonializable para Juárez-El Paso.

Territorialización y la condición de Frontera

A partir del contacto con el mundo occidental se intentó la territorialización de los grupos indígenas. De acuerdo con Sheridan (2015) territorialización es el intento de grupos hegemónicos por imponer una visión de espacio, es ajustar a unos límites físicos convenientes a grupos que buscan ser sujetos a otro grupo. En el septentrión el choque de cosmovisiones entre hispanos e indígenas se manifiesta también en las concepciones del espacio; mientras que los grupos principalmente sedentarios como los Indios Pueblo pueden tener una visión de lugar más cercana a la de los españoles, los grupos que nos son plenamente sedentarios como los Mansos, los Jumanos o los Janos entran en contradicción con esa visión del espacio, más allá aun los grupos no

sedentarios como los Sumas o las naciones N´dee no solo entran en contradicción sino que son tan distintas sus visiones que los ponen en conflicto abierto.

Grupos que son principalmente sedentarios requieren fijar límites precisos entre la zona de producción agrícola con otros grupos de organización similar. Si bien puede haber trabajo y goce comunitario de la producción, éste producto por definición no puede ser cedido a otro grupo sin recibir a cambio alguna otra cosa pues haría inútil el esfuerzo de cultivar, si es que ese cultivo no te permite sobrevivir. Este principio básico de organización social era compartido por grupos como los Indios Pueblo, lo que permitía la sobreposición más o menos armoniosa del sistema hispano de territorio al de estos indígenas, aunque nunca estuvo exento de problemas.

El caso de los grupos semisedentarios o parcialmente agrícolas era distinto. Al tener un patrón cíclico de ocupación a partir del cual obtenían productos tanto de cultivos como de la caza-pesca-recolección, la amplitud del lugar que utilizaban era mayor al de una ciudad, con aparentes espacios vacíos intermedios. La manera en que los novohispanos los asemejan a su sistema fue a partir del concepto de jurisdicción, englobando las distintas aldeas en una sola unidad. En Paso del Norte esto ocurrió con los distintos pueblos Mansos dispersos, razón por la cual es probable que los pueblos que se fundan siendo dependientes de Paso del Norte fueran en algún momento poblados Mansos o Sumas. En este caso la territorialización de los Mansos fue un proceso lento, complicado y poco claro, aun así, parece haber encontrado cierta armonía aun en la contradicción que ambos sistemas tenían. Más allá de esto a los novohispanos les resultó conveniente homogeneizar a las diferencias entre los grupos Mansos, pues lograron sobreponer su sistema territorial a una organización espacial dispersa, aunque como hemos visto esto terminó dejando una huella material en la traza urbana de Paso del Norte.

Por otro lado, el caso más contrastante es el de los grupos no sedentarios, como los Sumas o la gran diversidad de naciones N´dee. Los principios de organización espacial resultaron irreconciliables, la amplitud del espacio abarcado por los grupos nómadas superaba con creces la capacidad de control o intento de control imperial. La resolución fue cada vez más extrema, al punto tal que los grupos nómadas deberían de asimilarse al sistema español o bien tener un confrontamiento directo con ellos. En el área de Paso del Norte convivían distintos grupos no sedentarios, de manera primordial los Sumas, aunque también hay registro de la presencia de

Mezcaleros, Gileños, Faraones, entre otros. En el caso de los Sumas las fuentes relatan que ocupan un espacio de unas 100 leguas alrededor de Paso del Norte, una distancia inabarcable para cualquier medio de control virreinal. El intento de asimilación fue casi siempre infructuoso y ambas concepciones permanecieron en contradicción durante todo el periodo virreinal

De este modo, tenemos que en la región de Paso del Norte convivieron al menos tres y posiblemente cuatro concepciones distintas de espacio; el sistema imperial, el sedentario, el parcialmente sedentario y el nómada. Las fuentes virreinales dan poca cuenta de los sistemas parcialmente sedentarios y nómada, pero la lectura minuciosa y otras fuentes como la arqueología o la cartografía nos permiten notar que los cuatro sistemas convivieron simultáneamente, sobreponiéndose uno al otro.

Entonces, existe un traslape en las concepciones de espacio en la región de Paso del Norte, por un lado, los españoles intentan ajustar a una visión que segmenta el espacio en propiedades individuales/colectivas, mientras que la mayoría de los indígenas conciben el espacio como un lugar de vida que llega hasta donde las personas pueden llegar sin propiedad del suelo, aunque si de los recursos. Los españoles intentaron entender la organización espacial indígena a través de sobreponer su propia visión, en la actualidad es difícil tratar de dejar fuera esta primera imposición espacial, a esto se suma la concepción espacial del autor y los lectores, quienes nos hemos desarrollado en un sistema capitalista que también segmenta el espacio y asume el suelo como propiedad. Enseguida el lenguaje académico propios de una investigación moderna tampoco es de mucha ayuda para comprender la espacialidad indígena. En el marco de las nuevas objetividades, la razón para mencionar lo anterior es manifestar el estar consciente que definir los “territorios” indígenas es una arbitrariedad ideológica y temporal, pero es la manera en que podemos acercarnos con las herramientas teórico-metodológicas disponibles.

Tomando en cuenta lo anterior, los “territorios” indígenas en la región tienen su límite en el este en la Junta de los Ríos con los Conchos, de ahí hacia al oeste siguen los Jumanos (P. Beckett & Corbett, 1992; Forbes, 1959) muy relacionados con los Piros que ocuparían una ancha franja a los lados del río desde este punto hasta cerca de El Porvenir y que corresponde a la región arqueológica de Trans-Pecos. Luego Los Sumas, pero con un área mucho más grande por su movilidad que va de la Junta de los Ríos hasta Janos (posiblemente más allá hasta Sonora) en su

eje este-oeste, desde la Jornada del Muerto hasta el sur de Villa Ahumada en el eje norte a sur. Luego los Mansos que se ajustarían a la región arqueológica de Great El Paso, desde Jornada del Muerto hasta el sur de Paso del Norte en el eje norte-sur y de Deming a El Porvenir en el eje este-oeste. Enseguida estarían los Janos en las cercanías del actual poblado de Janos y Ascensión con una amplia movilidad. Entonces, los "territorios" se sobreponen y traslapan. Jumanos, Sumas, Manso y posiblemente Janos formen parte de un grupo cultural o con elementos culturales compartidos, aunque cada uno tenga identidades propias y a su vez cada identidad -Manso, Suma, Jano, Jumano- se conforma en torno a colectividades internas, ya sea por familias, clanes o algún otro tipo de asociación.

Esto quiere decir que las conceptualizaciones que se han hecho de ellos sean al menos imprecisas, esto es, por ejemplo; si a un indígena se le preguntaba si era Manso, este podía asumirse con esa identidad si le era adecuado en ese momento, lo que no significa que para esta persona fuera relevante ser Manso, Suma o Jumano pues todas son nominaciones impuestas. Más probablemente se definirían a sí mismos como "los hombres", los "verdadero hombres" o algo parecido, pero desgraciadamente su cosmovisión no trascendió a los medios de registro occidental, por lo que desconocemos dicha información y del mismo modo no podemos saber a precisión cuál era su concepción del espacio o la extensión de su "territorio". De lo que si se tiene certeza es que no es la misma que se consigna en las fuentes.

Por supuesto que Paso del Norte no es el único ejemplo de territorialización en la Nueva España, tenemos procesos que puedan compararse con las condiciones de Paso del Norte, como los Guachichiles en San Lui Potosí (Ruiz Guadalajara, 2010), Zacatecos en Zacatecas (Velasco Murillo, 2016), Lipanes y tlaxcaltecas en Coahuila (Sheridan Prieto, 2001, 2015) Conchos en el sur de Chihuahua (Cramaussel, 1992, 2006), Yaquis y Mayos en Sonora (Mirafuentes, 1993; Radding, 1992). La mayoría de los trabajos están insertos en los estudios fronterizos, la comparación nos permitirá observar que las sociedades en estas condiciones suelen ser más flexibles en las normas generales. En este sentido, grupos como los indígenas que en el papel son marginales podrían estar teniendo un papel más activo en la sociedad.

La condición de frontera del norte novohispano ha sido trabajada ya en la investigación histórica (Deeds, 1989; Gerhard, 1986; Jiménez, 2006; Ortelli, 2007; Powell, 1975; Velázquez, 1982;

Weber, 2004, por mencionar algunos), los autores coinciden, en general, con respecto a que las fuentes muestran serias dificultades para establecer y mantener poblaciones españolas (Arnal, 1998; Jiménez, 2006), en particular a partir de la llamada guerra Chichimeca (Powell, 1975). Sin embargo, no todos están de acuerdo en que tan determinante fue esa condición de “guerra perpetua” (Sheridan, 2015) y varios de ellos ven más bien un sesgo en las fuentes para justificar la presencia y el actuar de los novohispanos frente a los indígenas (Deeds, 2010; Ortelli, 2007; Ruiz Guadalajara, 2010; Sheridan, 2015), es decir se cuestiona la idea misma de frontera como concepto y como condición de vida.

La imagen mental de la frontera norte como un espacio violento y bárbaro es parte de la intención de crear un espacio apropiable (Sheridan, 2015). Lo que se dice sobre algo preforma la imagen de ese algo, se asimila y se usan referencias conocidas o enciclopedia cognitiva para completar imágenes mentales que desembocan en imaginarios (Eco, 1978). El imaginario es “el proceso de construcción social de realidad [...] el cual tiene un lugar de primera importancia como proceso mental de creación individual que se manifiesta como social, al ser compartido y formado en parte por la sociedad” (Baczko, 1991, p. 29), la manera en cómo se construye narrativamente una realidad es necesario para entenderla. Las narraciones acerca de Paso del Norte dan pocas referencias de los motivos para ubicar la población en el sitio que lo hicieron, pero en las fuentes se pueden localizar indicios, huellas que seguir para reconstruir el camino del imaginario hasta los referentes materiales de la ubicación de Paso del Norte.

Parece innegable que las poblaciones norteñas de la Nueva España tuvieron dificultades para mantenerse activas y en donde la tensión con los indígenas era un factor esencial, basta recordar la gran revuelta de los Indios Pueblo de 1680-1695 (González de la Vara, 1992; Knaut, 1997), las mismas misiones de indios y villas cercana a Paso del Norte tuvieron dificultades para conservarse en pie, un ejemplo es Ysleta (del sur) la cual fue originalmente ocupada por Piro y posteriormente por Tiguas (González de la Vara, 2002). Estas dificultades han sido asociadas tanto a las condiciones medioambientales, como a las características belicosas y de modo de vida por parte de los habitantes indígenas, incluso un argumento central en la conquista del norte fue la falta de población y/o la presencia casi exclusiva de “indios de guerra” (Ortelli, 2007). También, la forma de las poblaciones al norte de México ha sido explicada como una respuesta en el periodo

virreinal a los ataques de apaches, siendo los presidios y las misiones, las estrategias que marcarían la forma del asentamiento (Arnal, 1999). La misma Ortelli (2007) señala que el constante estado de guerra en la Nueva Vizcaya respondería más a una estrategia para la obtención y mantenimiento de privilegios político-económicos que a una auténtica situación de crisis, y en donde los indios no pacificados son el epicentro de las acusaciones o fuente de todos los males (Ortelli, 2007).

La existencia, imaginada y real, de “indios bárbaros” en las inmediaciones de las poblaciones del norte novohispano eran parte medular de la forma de vida en las poblaciones virreinales, pero esa existencia obligaba a negar la condición de igualdad de esos indígenas no reducidos o no pacificados (Sheridan Prieto, 2001). Negar ciertas condiciones de humanidad del “otro” al que se le considera enemigo es común en las narraciones, es especial si ese otro es “salvaje”, pero esa negación muchas veces es develada a la luz de la investigación histórica (Bartra, 2011).

La visión del Buen Salvaje como parte del proceso de negación del pasado indígena

El discurso histórico tradicional tiene una visión dicotómica de los indígenas del septentrión novohispano. Por un lado, violentos salvajes cuya única convivencia podía ser a través de las armas a “guerra a sangre y fuego” en palabras del Virrey Bernardo de Gálvez (Santiago, 2018); por otro lado, se habla de grupos altamente homogéneos que se sujetaron pasivamente a la corona española, que se mantuvieron sumisos hasta su desaparición o asimilación total a través del mestizaje. Ninguna es precisa, menos aún en Paso del Norte. Este discurso está enmarcado en la visión de buen salvaje que estaba presente en el imaginario europeos desde la edad media (Bartra, 2011); al instalarse en América, los europeos adaptan esa visión al indígena y aun de manera más marcada al indígena norteño. La visión del Buen salvaje implica un desprecio hacia las prácticas culturales del “otro”, cooperando al proceso de triple negación del pasado indígena. En las fuentes históricas consultadas se repite incesantemente esa visión contradictoria del Buen salvaje. Desde los primeros exploradores se presenta a unos indígenas más cercanos a la naturaleza y tendientes a la barbarie, aunque con cierta bondad, por ejemplo, ya desde 1581 Hernán Gallegos (de Marco & Craddock, 2013b) dice que los habitantes de las vueltas del río son gente muy pobre sin nada que comer, pero por otro lado Lujan los refiere como fieros guerreros. También los primeros frailes dan muestras de esta visión; en 1630 Benavides (1630) dice que entre pocos

Mansos se comen unan vaca cruda, comiéndose incluso las vísceras, que “no reparan en tragársela así, como perros”, la comparación con los perros, la voracidad y comer partes del animal que se consideran inmundicias son referencias de lo salvaje. En oposición el mismo fraile dice en su escrito de 1634 (Navas Josa, 2021), que cuando acudió a los pueblos Mansos, quienes lo recibieron con amor, imitando sus acciones y mostrándose proclives a la religión lo que se puede interpretar como un signo de bondad. Años más tarde, en 1657, Fray Velázquez de la Cadena (1657) coincide en la bondad de los Mansos: “por ser numerosas dóciles y de alguna policía humana”, pues asumir que tienen un poco de policía es un rasgo “civilizado”, rasgo similar que el fraile ve en los Sumas.

Ya en la segunda mitad del siglo XVII los testimonios de autoridades civiles mantienen la visión contradictoria del indígena. En 1660 López de Mendizábal dice que: “como la nación de los indios Mansos es tan bárbara e incultivada, que todos sus miembros andan desnudos, y, aunque la tierra es muy fría” (Hackett, 1923e, p. 275), en donde la desnudez es uno de los elementos fundamentales de asociación con el estado “natural/salvaje” del ser humano, aunque en el marco de su pleito jurídico, el autor y sus detractores coinciden en que los indígenas eran objeto de manipulación de sus respectivos rivales, debido a la condición “inocente” de los indígenas. Unos pocos años después Fray Salvador de Guerra (1668) deja otro testimonio de lo paradójico del ser indígena al referirse a la labor evangélica de uno de los frailes: “haciendo hombres, de brutos y de gente que como nacen, mueren, sin tener siembras ni cosa para su vestuario,”, afirma que los indígenas que acuden a la iglesia son “gente tan bruta que no tienen más ser ni cuidado que es la barriga, y como van, y vienen... siempre que llegan a este puesto comen y los Padres los socorren con las vacas y otras cosas... los que hay acá, eran tan silvestres como ellos”,. En este mismo sentido Benito Crespo en 1725 dice que los Sumas son “naturalmente libres, perezosos, y dados a todo género de insulto y riño, llegando su inclinación a tal extremo, que hasta rifan [a] sus mujeres y caballos” (Crespo y Monroy, 1730, p. f378). Expresiones similares encontramos en el alcalde ordinario de Chihuahua en 1769 (Gómez de Salazar, 1771) y en prácticamente todos los militares, desde Ribera (1736) en 1727, Lafora (1800) en 1776, Gardoqui (1794) en 1794 entre otros.

Para los autores de las fuentes primarias era conveniente el menosprecio de las poblaciones originales pues legitimaba la apropiación del territorio. No hay una intención de entenderlos, se prioriza la explotación de tierras y personas ¿Qué comercializaban durante el virreinato? Pieles,

vino (regional), y personas. La esclavitud entraba en contradicción con el sistema de valores virreinales, de ahí la necesidad por “desaparecerlos” de la historia. La historiografía mantiene ese discurso, retomando acríticamente a las fuentes, a pesar de las investigaciones, se insiste en una visión paternalista que niega la capacidad activa del indígena y la inexistencia de sociedades organizadas en lugares del septentrión como Paso del Norte como lo vemos en el siguiente ejemplo:

“Del norte, con sus vastas llanuras, desiertos y sierras, su escasa población y su organización social menos compleja, no planteaban la necesidad de una guerra de conquista como la que se dio en el centro con el gran imperio azteca, sino que permitían, en general, una ocupación más o menos rápida del territorio, pues a pesar de las continuas correrías y sublevaciones de los indios la superioridad militar de los españoles y de sus aliados indígenas siempre acabó por imponerse. El gobierno español, por otra parte, escamado por las disputas sobre sus derechos de conquista, que ocuparon buena parte del siglo XVI, comenzó a dar disposiciones de avanzar en los nuevos territorios mediante una colonización que evitara en lo posible la guerra y de que se tratara de ganarse “por las buenas” a las poblaciones indígenas” (Vázquez, 2004, p. 40).

Sociedades menos complejas, parece una actualización del Buen Salvaje, se pretende ser condescendiente, pero eso niega la acción indígena activa, lleva a ver a los nativos como simples receptáculos de la acción dominadora novohispana. La integración de poblaciones como Paso del Norte no fue “por las buenas”, no fue solo la voluntad occidental, fue un proceso de negociación e integración que tardó al menos 240 años.

El trabajo del autor citado es sin duda valioso y del todo meritorio para el momento y condiciones en que lo escribe, sin embargo, la visión de los pueblos indígenas norteños y de Paso del Norte en particular, reproduce aquella del Buen salvaje en las fuentes. El acercamiento interdisciplinario y la lectura crítica de fuentes permite cuestionar la manera en que se construyó la realidad pretérita de Paso del Norte para poder avanzar en la comprensión de las sociedades antiguas. Un poco más adelante el mismo autor proporciona la clave de esta segunda negación “Establecen también que ya no se use la palabra conquista, pues no se trata de que sea tal, sino la de pacificación o población, pues, desde la perspectiva de aquellos tiempos, se trataba más bien de llevar la civilización europea y cristiana a los indios, sin ofenderlos ni agraviarlos” (Vázquez, 2004, p. 41). Esto es en cierta medida una visión un poco "inocente" en el sentido de que, no porque lo diga la cédula, así pasó, obviamente los abusos existieron. Retomar el ejemplo del padre Dizán

tiene el objetivo de ejemplificar que incluso autores con trabajos muy profesionales suelen mantener esta visión del Buen salvaje que a su vez niega el pasado indígena. Más allá, habría que esperar el incremento de una perspectiva acrítica en autores menos profesionales, aficionados a la historia, no especialistas entre otros.

Si bien no todos los historiadores niegan o intentan negar el componente indígena en el pasado virreinal, es claro que al igual que el resto de los científicos sociales, estamos insertos una serie de paradigmas que encausan la manera de entender los procesos históricos, como lo señala Kuhn para la ciencia en general (Kuhn, 1971). La influencia del evolucionismo social en la historiografía ha llevado a ver a las sociedades y sus ciudades en un tránsito unidireccional de lo más simple a lo más desarrollado. En América eso ha significado ver al mundo previo a la llegada occidental como atrasado y salvaje (Bartra, 2011; Sheridan, 2015). En el norte de México esta condición se ha potencializado debido a la idea de que los grupos que ahí habitaban eran aún más salvajes que en aquellos asentados más al sur: “La historiografía sobre el norte suele buscar o reafirmar certezas y verdades inamovibles frente a una realidad múltiple y compleja. Esto provoca una “colonialidad” que coloca a las diferencias en estadios inamovibles y que han trascendido en el tiempo y el espacio hasta caer en el historicismo más puro: La realidad colocada en el devenir histórico fundado en el triunfo de la civilización sobre la barbarie” (Sheridan, 2015, p. 181). Ambas negaciones han llevado a un tercer, que se refiera a la percepción del público en general de la inexistencia o infravaloración del sustrato indígena en la historia del norte de México y la formación de ciudades como Paso del Norte. Esta triple negación ha llevado a olvidar el sustrato indígena en la historia urbana del norte de México, recuperar la memoria es recuperar la esencia de la ciudad y de las personas que la habitan (Sheridan, 2015).

Paso del Norte como estudio de caso permite observar una dinámica de “contacto” permanente con los grupos indígenas. Es decir, es un lugar donde los pobladores indígenas y novohispanos tuvieron que mantener una constante negociación en la medida en que no se consolidaron como cultura hegemónica, sino hasta después del siglo XIX. De esta manera el periodo de estudio abarca desde finales del siglo XVI hasta finales del Siglo XVIII. Hay elementos materiales fijos en una ciudad los cuales duran mucho tiempo y que conforman su núcleo histórico-constructivo a partir del cual crecen las ciudades. Regularmente son aquellos que son considerados

importantes por distintas razones, pero que al final son centrales en la reconstrucción mental de los habitantes de su propia ciudad, en lo que imaginan de ella (Lindón, 2007). Esos núcleos histórico-constructivos se patrimonializan y son uno de los mecanismos principales que constituyen la formación de la identidad urbana.

Paso del Norte en tres escalas

Una de las hipótesis que se planteó originalmente se refería a que la presencia indígena habría impactado tanto en el urbanismo como en la traza urbana de Paso del Norte. A lo largo de trabajo se han presentado evidencias en ambos sentidos, sin embargo, la condición misma del límite físico de la ciudad no siempre permite reflexionar en procesos de mayor o menor escala. Como se apuntó, la ciudad antigua no se compone únicamente de su dimensión física, es también un nodo de conexiones político, social, económico, simbólico, entre muchos otros, pero es también una reina entre pueblos, un sistema interconectado con su entorno lejano e inmediato. No es posible observar esa condición solo desde los límites de la ciudad.

El urbanismo pretende poner en el suelo las acciones e interacciones de las dinámicas sociales. Pero las dinámicas se dan en muy distintas escalas. Paso del Norte recuperó una serie de conexiones ancestrales, a las que sobrepuso las relaciones propias del sistema imperial español en el septentrión. Para visualizar las distintas relaciones se vació parte de la información recopilada en tres mapas de distintas escalas. El primero es el mundo posible, el segundo la posible región y el tercero la ciudad dispersa, esto con la finalidad de entender la posición como nodo de relaciones, el alcance de su condición de reina entre pueblos y la dimensión física de sus límites en función de la ciudad moderna respectivamente.

El mundo posible

El mundo posible se refiere a los alcances máximos posibles desde Paso del Norte en función de una vida cotidiana, comprendería Santa Fe al norte, la Junta de los ríos al este/sureste, Chihuahua al sur y Mimbres al oeste. Por supuesto que hay relaciones más lejanas, con Madrid, La Habana, Ciudad de México, San Antonio de Béjar, California etcétera., pero estas relaciones son más bien indirectas o tan ocasionales que el grueso de la población urbana no tendría un contacto

con ellas; en cambio para los habitantes de Paso del Norte las referencias de Santa Fe, Tucson, Chihuahua o Junta de los Ríos son posibles, alcanzables, reales. Estas cuatro referencias son además las otras ciudades con las que Paso del Norte establece sus principales conexiones, es decir el límite máximo de la ciudad sería justamente otra ciudad.

Se tiene evidencia de conexiones con lugares distantes previo a la llegada de los novohispanos al lugar en donde dobla el río del norte, Paso del Norte se sobrepuso a esa compleja red. Los elementos que se pueden rastrear son el patrón de asentamiento, los sistemas constructivos, la cerámica y el alcance los grupos N'dee. Cada una tiene una complejidad que supera los alcances de este trabajo, pero es posible dejar apuntado su existencia en una visión de conjunto (Figura 49).

El patrón de asentamiento en la Gran Región de El Paso, guarda fuertes similitudes con aquellos registrados en lugares como Magdalena Pueblo en la zona Piro del río arriba, Quivira en el corazón de la región Zuñi, y Casas Grandes al sur. La similitud en el entorno natural podría ser un factor, pero como lo mostró el estudio de Beckett (2017), los parecidos van más allá de una cuestión de forma e implican la existencia de Piro en poblaciones Jumanas y viceversa, lo que podríamos extrapolar a la dinámica del patrón de asentamiento en Paso del Norte.

Los sistemas constructivos son muy reveladores de lo que significaría el mundo posible. Las edificaciones tipo pueblo son fácilmente reconocibles, distintas a otro tipo de construcción y está acotada a un espacio muy específico: al norte área de los indios Pueblo Taos y Pecos, al noroeste la región de Gila, hacia el sureste Paquimé y al este las Guadalupe Mountains. Aunque existen algunas más fuera de esta delimitación, ya no son el sistema constructivo predominante.

La Cerámica como parte del sentido de identidad y evidencia de intercambio permite rastrear los alcances prehistóricos de las conexiones que partían y llegaban a la Gran Región de El Paso. Se tienen relaciones con los indios pueblo al norte en especial a través del estilo Chupaderos del área Piro, con la región de Gila y su Gila Policromo al noroeste, con los Mimbres al este, El Paso Policromo al suroeste, el Valle bajo brownware al este y el Three Rivers al noreste. En todos los casos se tiene registro de esta cerámica foránea en la Región de El Paso y de al menos el emblemático El Paso Policromo en los lugares mencionados.

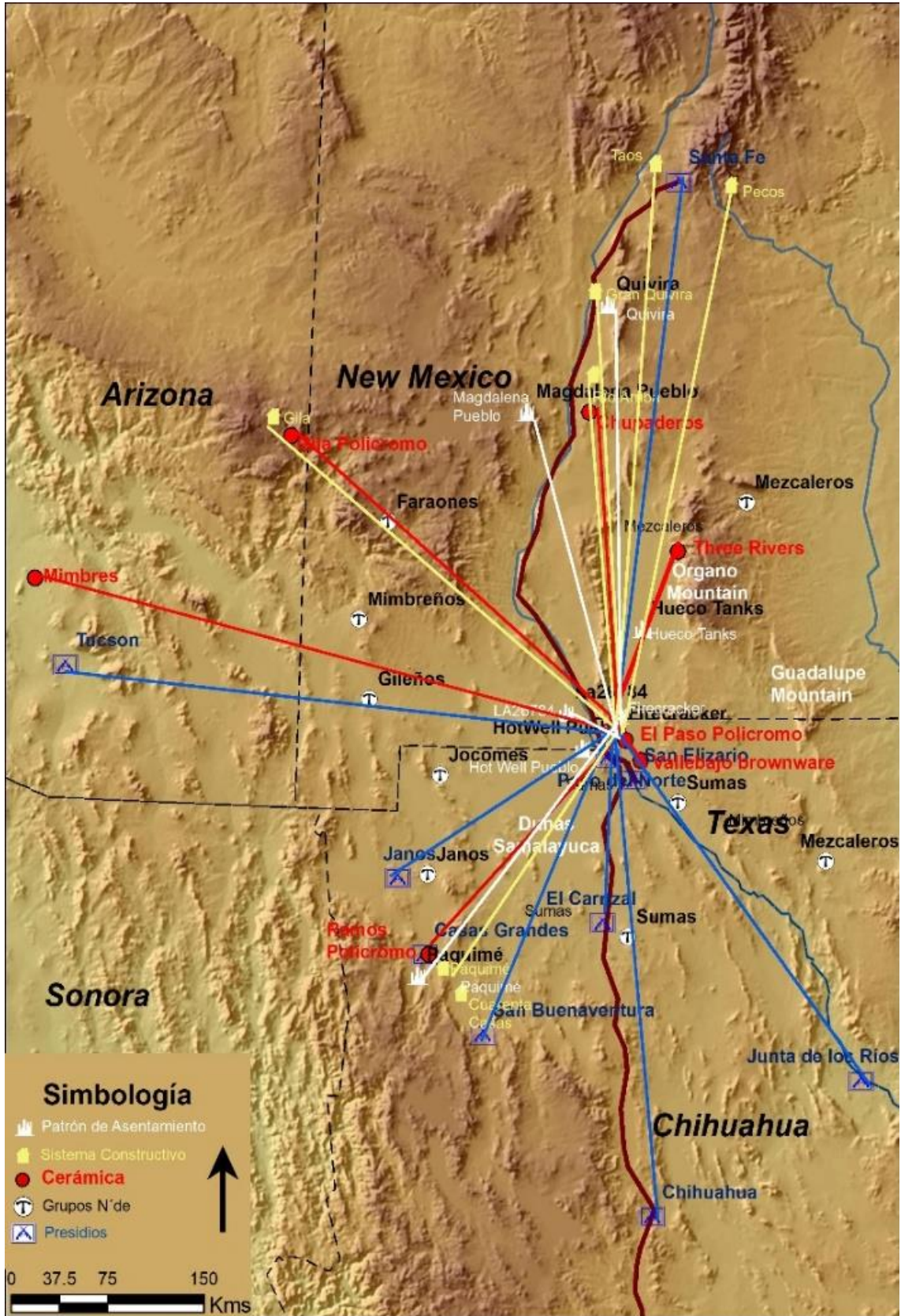


Figura 49. El Mundo Posible de Paso del Norte. Mapa elaboración del autor con información propia e INEGI (2000).

Los grupos N'dee prácticamente rodean Paso del Norte, el área de movilidad de las distintas naciones trasciende el mundo posible, pero son al mismo tiempo una forma de conexión con el resto de los lugares conocidos. A pesar de la diversidad y confusión que hay en las fuentes con respecto a las naciones N'dee se tiene certeza de la presencia en la región de El Paso de al menos los siguientes grupos: Mezcaleros, Mimbrenos, Faraones, Gileños y Janos.

Este breve recuento es sin duda una arbitrariedad temporal, pues se ha entremezclado los distintos momentos, pero permite visualizar el constante intercambio que se dio a lo largo del tiempo. Tras la llegada de los novohispanos esta dinámica se vio superpuesta por la organización territorial española la Misión y el Presidio. Al hacer una retrospectiva de las menciones en las fuentes históricas los presidios más referidos son; el Presidios Santa Fe al norte, Tucson al oeste, Janos, San Buenaventura y Casas grandes al suroeste, Chihuahua al sur y Junta de los Ríos al este. Estos son los presidios que conformarían el perímetro de ese mundo posible, aunque por supuesto que estarían incluidos aquellos que se ubican al interior de dicho límite como El Carrizal, San Elizario, San Carlos, por mencionar solo algunos.

De este modo, el mundo posible en Paso del Norte es una extensión temporal del mundo previo de la Gran Región de El Paso, aunque las fuentes insisten en negar esas antiguas conexiones. Paso del Norte fue un nodo de interacciones que trascendía su propio mundo posible, tan solo el Camino Real de Tierra Adentro la conectaba hasta la Ciudad de México y mucho más allá, pero para entender a Paso del Norte como un nodo de interacción, hay que ampliar la escala y ver las conexiones inmediatas con puntos de relevancia similar, es decir las otras ciudades que también funcionan como nodos en el inmenso entramado mundial. En este caso las ciudades vecinas están a cientos de kilómetros: Santa Fe y Chihuahua, ambas con condiciones de tamaño, población e importancia comercial no muy distinta a la Paso del Norte durante el periodo virreinal; en un nivel más modesto pero fundamentales por su ubicación e intensidad de conexión estarían Tucson y Junta de los Ríos. Tal y como se muestra en el mapa de la Figura 49 las conexiones se sobreponen una a la otra, pero en general coinciden en el mundo posible de Paso del Norte como ciudad.

La región

La ciudad es una reina entre los pueblos decía Kinsbruner al intentar hacer asequible la idea de la relación entre ciudad y provincia. Posiblemente la ciudad y los pueblos sobre los que reina sean

una buena definición de región. Al menos es aplicable a Paso del Norte. Del mismo modo que en el Mundo posible; la región es una sobreposición de antiguas relaciones que fueron retomadas por los novohispanos, se fortalecieron y tomaron dimensiones territoriales a partir de las estructuras jurídico administrativas imperiales. No es una coincidencia que la Gran Región de El Paso definida arqueológicamente, tenga una extensión muy similar a la jurisdicción de la Misión de Guadalupe y el Presidio de San José y Nuestra Señora del Pilar de los indios Manos del Paso del río Norte.

La sobreposición de esa estructura jurídico-administrativa retoma las relaciones inmediatas más fuertes que ya existían y que a su vez estaban fuertemente relacionadas con el entorno natural, teniendo la región de Paso del Norte condiciones similares en función del río como eje de articulación, con cambios importantes en el entorno natural más allá de los siguientes límites: al norte la Jornada del Muerto, al oeste las Florida Mountain, al sur El Carrizal (Villa Ahumada) y al este El Porvenir como se muestra en la Figura 50. Más allá de estos límites el entorno natural se transforma y las dinámicas culturales ya no son en función de su relación con Paso del Norte.

La ciudad

La dispersión urbana es una de las formas de organización espacial en las ciudades, la visión evolucionista que ha acompañado buena parte de la trayectoria de los estudios urbanos, en especial el modernismo, la vio como “superada” (Benévolo, 1963, p. 430) ante los nuevos proyectos urbanos. Juárez-El Paso al igual que muchas otras ciudades en el norte de México y sur de los Estados Unidos, tienen patrones no concentrados que han heredado desde el tiempo de su fundación, los cuáles han venido cambiando en favor de ciudades cuya forma y distribución siguen el camino de la ciudad genérica (Koolhaas 2006), que son ciudades estandarizadas, homogeneizadas, sin identidad local. Si bien características recientes como el desarrollo industrial, la brecha social, la diferencia económica, acceso a la salud, educación entre otros, pueden explicar parcialmente la configuración actual de ciudades en la frontera entre México y Estados Unidos (Cerutti, Ortega, & Palacios Lylia, 2000; Peláez Herreros, López Arévalo, & Sovilla Sosgne, 2011), esto no parece ser suficiente para entender la dispersión urbana en lugares como Juárez-El Paso.



Figura 50. La Región de Paso del Norte. Mapa elaboración del autor con información propia e INEGI (2000).

La historia urbana de Paso del norte ha permitido observar el desarrollo de las ciudades y entender que los indígenas tuvieron un papel de primera importancia en la conformación actual de la ciudad. Si una ciudad como Juárez-el Paso se mantiene “distinta” incluso ante el impulso globalizante es en buena medida debido a su propia historia urbana.

El mapa de la Figura 51 es una composición de planos superpuestos en el que se muestra en la parte superior la diferencia en alturas de la zona de la ciudad, esta diferencia coincide plenamente con la huella sedimentaria, visible en colores amarillos para las zonas altas y de predominio arenosos, mientras que el verde se ajusta con las zonas bajas y el verde más oscuro con el área predominante de limos y arcillas. Esa zona de verde oscuro es homogénea en relación con la ubicación de la zona de depósito aluvial, la similitud edafológica es la que permite el desarrollo de las huertas. La condición del suelo fue aprovechada y potencializada por los habitantes de Paso del Norte a través de las acequias, las cuales funcionaron como un auténtico eje urbano; la ciudad existía hasta donde la conexión con la acequia llegaba, y esta era seguida por los caminos, puestos el camino y sus ramales corrían paralelos y perpendiculares a la acequia.

Visto en perspectiva la suma de suelo, río, acequia, huertas y caminos son los elementos de fondo de la ciudad virreinal. No es coincidencia que incluso los límites actuales de la ciudad actual se ajusten a la ciudad virreinal, si aquella de impronta indígena, la ciudad que vieron los viajeros como un continuo de casas-huertas de 7 leguas de largo y que según los militares del siglo XVIII debería considerarse una sola ciudad entre Misión de Guadalupe y San Elizario, incluyendo los pueblos de San Lorenzo, Senecú, Isleta y Socorro. Esta es entonces la ciudad de Paso del Norte con una traza urbana distinta, producto dialéctico de un urbanismo en el cual los indígenas y otros grupos marginados tienen un papel preponderante.

La ciudad virreinal de impronta indígena mantuvo su traza dispersa y alargada, ocupada por unidades productivas que han ido cambiando con el tiempo: huertas, campos de algodón y ahora fábricas maquiladoras, las casas se han multiplicado sustituyendo las unidades productivas por elementos urbanizados modernos (casas, tiendas, estacionamientos, oficinas, etcétera.), pero visto en perspectiva histórica y con la visualización de la sobreposición cartográfica de la Figura 51, podemos notar que el espacio en lo esencial es el mismo: de la “toma” (el cerro del Cristo Rey) a San Elizario en su ancha franja de tierras aluviales que se adelgazan y se pierden tras el poblado de

El Porvenir. Esa era la ciudad virreinal y ese sigue siendo el corazón del área metropolitana de Juárez-El Paso.

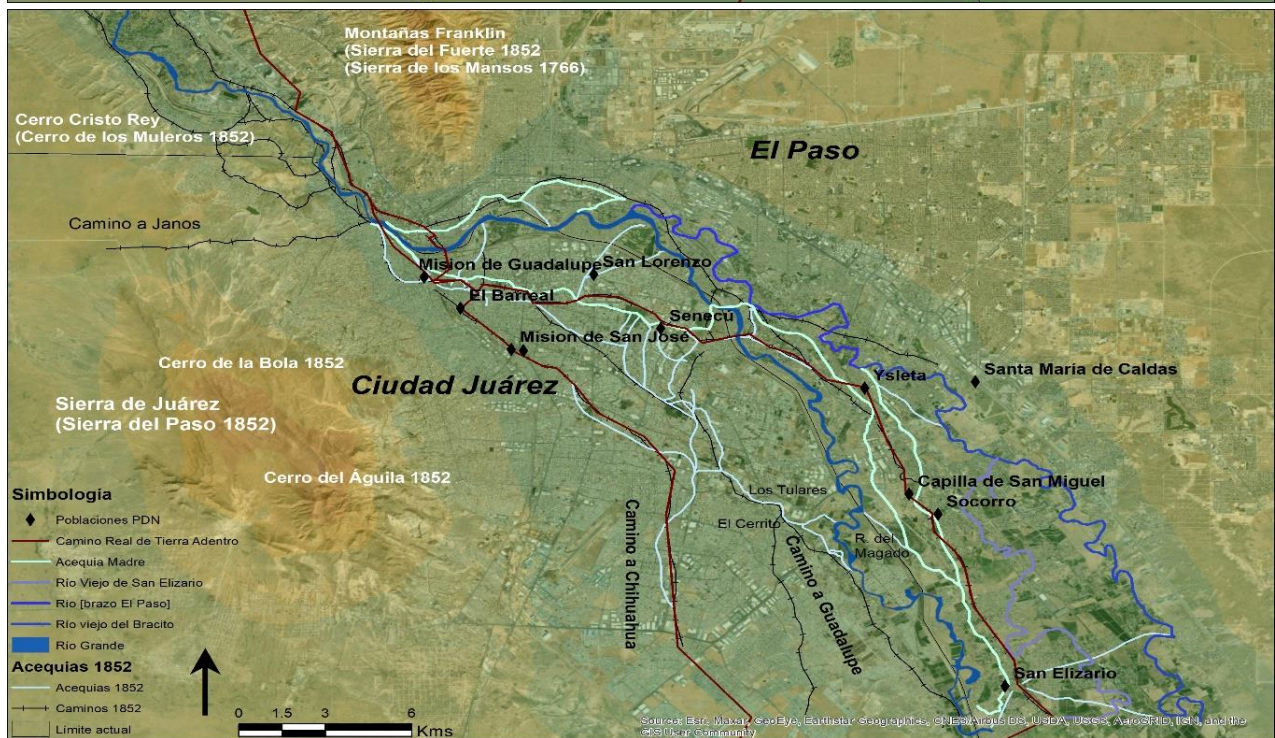
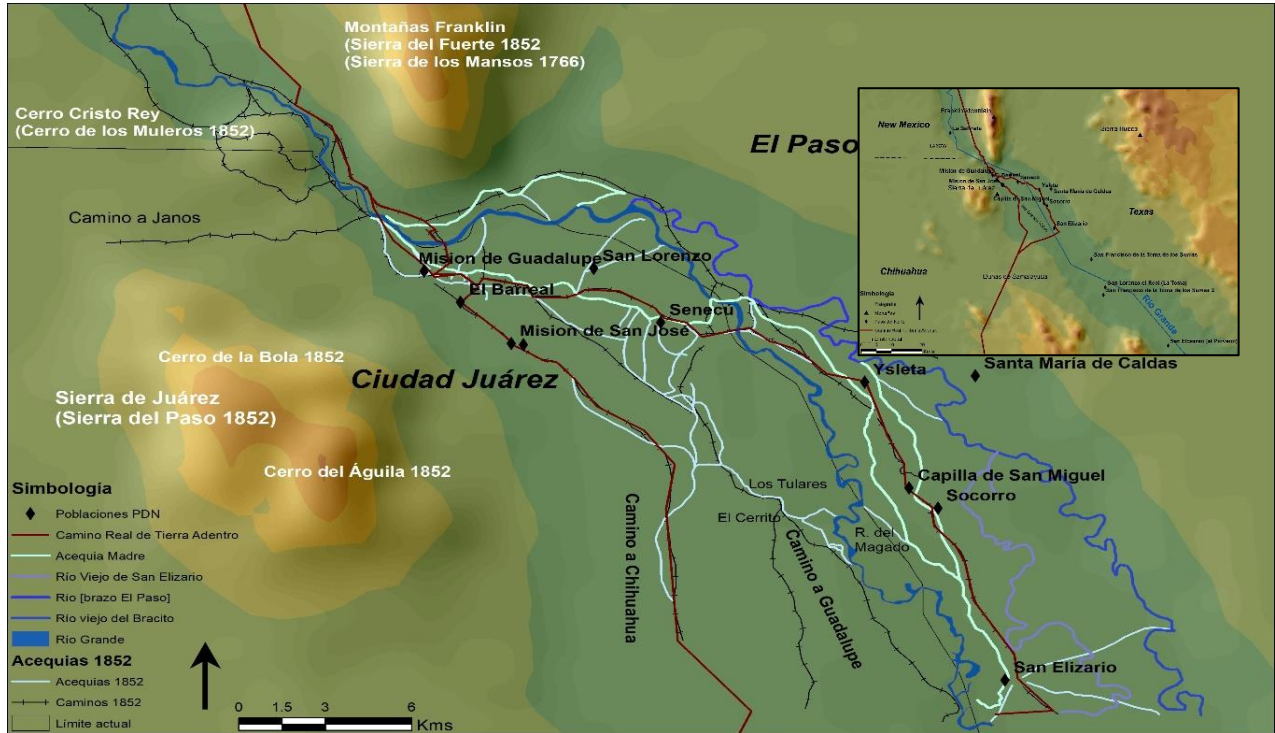


Figura 51. La Ciudad de Paso del Norte. El mapa de la parte inferior sobrepone una imagen satelital contemporánea de Juárez-El Paso a la imagen superior. Mapa elaboración del autor con información propia e INEGI (2000).

Por último, hay que apuntar que un trabajo como el que aquí se ha presentado nos permite imaginar una ciudad distinta, una ciudad en donde se reconozca la existencia de los indígenas, antes, durante y posterior a la llegada de los novohispanos, considerando la relevancia del papel que estos tuvieron en la conformación de la ciudad tanto como sociedad y en su forma física. En esta urbe, los ciudadanos tenemos derecho a la memoria (urbana), pero no puede existir memoria sin investigación, aquí se han aportado algunos elementos que ya nos permiten imaginar una ciudad antigua y moderna distinta, puesto que la memoria es la que da la condición de posibilidad de re imaginar la ciudad. Entonces, hasta ahora se había imaginado a Paso del Norte-Juárez/El Paso en general como lugar de “paso”, violento y sin identidad, los estudios actuales apuntan cada vez con más fuerza hacia una ciudad con una memoria urbana rica, activa, diversa y con múltiples opciones identitarias, antiguas y recientes, valga pues la posibilidad de imaginar una ciudad distinta.

Fuentes primarias

- Acosta Solís Vargas, F. papers. (1832). *UTEP Ms 560 Acosta Solís Vargas Family Papers Box 1 Folder 8 exp.* University of Texas at El Paso.
- Aganza, D. de. (1761). *Informe remitido a pedimento de don Domingo de Aganza en razón de los méritos y servicios hechos a su majestad por el capitán Don Joseph Balverde 1761.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 4 expediente 2.
- Alderete, J. (1757). *Publicación de una real cedula que se lee en público en las distintas jurisdicciones de Nuevo México.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 3, expediente 2.
- Antonio Garcia, J. J. (1757). *Registro y posesión de tierras pertenecientes a Juan Joseph Antonio Garcia en el paraje donde cita.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 1, expediente 2 1757.
- Apodaca, M. (1759). *Pedimentos de tierras María Apodaca.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 1, expediente 2.
- Ayeta, F. de. (1682). *Documentación de fray Francisco de Ayeta sobre fundación de pueblos y sustento de religiosos en la provincia de Nuevo México 1683-1691.* Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA, AF 20/437.1, f. 1-12v.
- Batista Pino, P., & López Cancelada, J. (2007). *Exposición sucinta y sencilla de la provincia del Nuevo México y otros escritos.* Universidad de León.
- Benavides, F. A. de. (1630). *Memorial.* Imprenta Real.
- Beserra, S. (1762). *Pleitos por la herencia de Matheo de la Peña.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez.
- Casa de Contratación. (1765). *Pedro de Barrio Junco y Espriella.* Archivo General de Indias, Contratación, 5508, N.1, R.75.
- Craddock, A. (2015). *UC Berkeley Cibola Project: Mission Statement and Staff Permalink.* <https://escholarship.org/uc/item/6g50g2vn>.
- Craddock, J. (2018). The Trials of Juan Caititi and Juan Cucala for Attempting to Join the Rebels of New Mexico El Paso, 1682. *CIBOLA. UC Berkeley: Research Center for Romance Studies.*
- Craddock, J. R., & de Marco, B. (2013). Itinerario de la expedición de Juan de Oñate a Nuevo México 1597-1599. *Research Center for Romance Studies, University of California, Berkeley.*

- Craddock, J. R., & DeMarco, B. (2013). Diego Pérez de Luján Relación de la expedición de Antonio de Espejo a Nuevo México, 1582-1583 Archivo General de Indias, Patronato 22, ramo 4, fols. 104r-148v/60r-104v. *Cibola Project Research Center for Romance Studies*.
- Crespo y Monroy, B. (1730). *Autos y real cedula para que, conforme a las representaciones dirigidas al obispo de Durango, se reduzcan a congregas las tribus de los indios zumas diseminadas en la región de paso del norte*. Archivo General de la Nación. GD17 Californias. Año: 1725-1730. Vol. 38, exp. 9, fs. 374-384.
- Daniel, J. M., & de la Fuente, P. J. (1956). Diary of Pedro José de la Fuente: Captain of the Presidio of El Paso del Norte January-July, 1765. *The Southwestern Historical Quarterly*, 60(2), 260–281.
- de Marco, B., & Craddock, J. (2017). Documents Concerning the Settlement of El Paso del Norte during the Latter Part of the Administration of Antonio de Otermín, Governor of New Mexico February-March 1682. *CIBOLA. UC Berkeley: Research Center for Romance Studies*.
- De Marco, B., & Craddock, J. R. (2013a). *Relación de Hernán Gallegos sobre la expedición del padre fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado a Nuevo México, 1581-1582*. UC Berkeley: Research Center for Romance Studies. <https://escholarship.org/uc/item/4sv5h1gz#author>
- De Marco, B., & Craddock, J. R. (2013b). Relación de Hernán Gallegos sobre la expedición del padre fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado a Nuevo México, 1581-1582. Archivo General de Indias, Sevilla. Patronato 22, ramo 4, fols. 71r-100v. *UC Berkeley: Research Center for Romance Studies*, 1–152.
- De Marco, B., & Craddock, J. R. (2014). Vicente de Zaldívar Memorial sobre el descubrimiento del Nuevo México. *CIBOLA. UC Berkeley: Research Center for Romance Studies*.
- Espejo, A. de. (1584). *Expediente y relación del viaje que hizo Antonio Espejo con catorce soldados y un religioso de la orden de San Francisco, llamado Fray Agustín Rodríguez; el cual debía de entender en la predicación de aquella gente*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/expediente-y-relacion-del-viaje-que-hizo-antonio-espejo-con-catorce-soldados-y-un-religioso-de-la-orden-de-san-francisco-llamado-fray-agustin-rodriguez-el-cual-debia-de-entender-en-la-predicacion-de-aquella-gente--0/html/0016df12-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#l_0_

- Galvez, J. de. (1776). *Relativo a la solicitud de los apaches, para que se les conceda la paz*. Archivo General de la Nación. GD100 Reales cédulas originales [vols. 1-130]. 1776. Vol. 108, exp. 106, fs. 1.
- García Noriega, S. (1700). *Apuntes y noticias varias sobre Nuevo México*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 23/474.1, f. 1-4.
- Gardoqui, D. de. (1794). *Armamento San Eliceareo*. Archivo General de Simancas, Milicias. Provincias Internas, SGU, LEG, 7023,18, 1794.
- Gómez de Salazar, M. (1771). *Carta de Manuel Gómez de Salazar, [alcalde ordinario de Chihuahua], remitiendo informe sobre el estado de las provincias de Nueva Vizcaya, Sonora y Nuevo México*. Archivo General de Indias, Guadalajara, 512, N.36.
- González Maqueda, M. fray. (1737). *Expediente relativo a las acusaciones de que Alonso Rubín de Celis y Enrique de Michelena obligan a trabajar a los indios sin paga alguna Paso del Río del Norte*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 27/523.1, f. 1-8v.
- Guerra, S. de, fray. (1668). *Informe de fray Salvador de Guerra sobre la dedicación de la iglesia del Paso del Río del Norte*. Archivo Franciscano, Fondo Reservando de la Biblioteca Nacional de México.
- Guzmán, F. fray. (1747). *Solicitudes de fray Francisco Guzmán sobre certificación de su administración religiosa en la misión del Paso del Río del Norte*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 28/543.1, f. 1-8.
- Hackett, C. W. (1923a). Case of the fiscal of the Holy Office against Bernardo Lopez de Mendizabal, governor of New Mexico, for heretical statements and for being suspected of the crime of Judaism [1662]. A. G. M., Inquisicion, vol. 593. In C. W. Hackett (Ed.), *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya to 1773 Collected Adolph Bandelier: Vol. III* (p. 95). The Carnegie institution of Washington.
- Hackett, C. W. (1923b). *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya to 1773: Vol. III*. The Carnegie Institution of Washington.
- Hackett, C. W. (1923c). *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya to 1773: Vols. I-III*. Carnegie Institution of Washington.
- Hackett, C. W. (1923d). Royal Cedilla. To the viceroy of New Spain, approving the presidio with fifty soldiers which he has formed in the place called El Rio del Norte for the conservation and defense

- of the provinces of New Mexico, and [directing that] he is to carry out the rest that he may be ordered. Madrid, September 4, 1683. A.G.I. Guadalajara 163. In C. W. Hackett (Ed.), *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and approaches thereto, to 1773, collected by Adolph F. A. Bandelier: Vol. III*. The Carnegie institution of Washington.
- Hackett, C. W. (1923e). Second Cuaderno of the Case of Mendizabal. Documents dated February 6, 1660-June 25, 1665. A. G. M., Inquisicion, vol. 587. In C. W. Hackett (Ed.), *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya to 1773 Collected Adolph Bandelier: Vol. III*. The Carnegie institution of Washington.
- La Fuente, J. A. de. (1729). *A los herederos del General Don Antonio de Balverde difunto*. Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 4, expediente 1.
- Lafora, N. (1800). *Relación del viaje que, de orden del Virrey Marqués de Cruillas, hizo el Capitán de Ingenieros D. Nicolás de Lafora en compañía del Mariscal de Campo Marqués de Rubí[...] a la revista de los presidios internos situados en las fronteras de la parte de la América Septentrional perteneciente al Rey [1766-1768]*. Manuscrito. Biblioteca Digital de España, Biblioteca Nacional de España.
- Leyva, P. de. (1680). *Autos para que los carros de Su Majestad permanezcan en el pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de El Paso del Río del Norte*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 20/430.1, f. 1-3.
- López, F. N. (1694). *Noticia cierta de lo que pasó en la entrada de Nuevo México y de algunas cosas singulares que sucedieron*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. 22/457.1, f. 1-2v.
- López, N. (1694). *Noticia cierta de lo que pasó en la entrada de Nuevo México y de algunas cosas singulares que sucedieron*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. AFRA AF 22/457.1, f. 1-2v.
- Luzero, J. (1758). *Documentos acerca del poblamiento del Carrizal*. Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez.
- Martín, C. (1583). *Asiento con Cristóbal Martín por el que se ofrece a ir en persona al descubrimiento, pacificación y población del Nuevo México*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Archivo de Indias. Patronato, Est. 1.^a, Caja I, Leg. 3. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/asiento->

con-cristobal-martin-por-el-que-se-ofrece-a-ir-en-persona-al-descubrimiento-pacificacion-y-poblacion-del-nuevo-mexico-mexico-a-26-de-octubre-de-1583--0/html/b9bb3526-9ce5-45be-b2d4-a3b02e408ab4_2.html

- Medina, B. de. (1682). *Chronica de la santa provincia de San Diego de México, de religiosos descalcos de N.S.P.S. Francisco en la Nueva-España*. Juan de Ribera.
- Menchero, J. M. (1746). *Carta de fray Juan Miguel Menchero sobre el ataque de indios infieles a las misiones del Paso del Río Santa Fe*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 28/539.1, f. 1-2v.
- Muro Orejón, A. (1967). *Ordenanzas de descubrimientos, nuevas poblaciones y pacificaciones. Bosque de Segovia a 13 de julio de 1573*. Escuela de Estudios hispanoamericanos de Sevilla. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Nájera, M. de fray. (1752). *Testimonio de fray Manuel de Nájera sobre los misioneros que se hallan en la Custodia de Nuevo México*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 29/583.1, f. 1-2v.
- Narváez, P. de. (1871). Autos del Marques del Valle. Pánfilo de Narváez 1526. Pedro de Alvarado. Fernando de Soto y otros descubridores y conquistadores sobre descubrimientos en el mar del Sur. In Joaquín Francisco Pacheco, Francisco de Cárdenas y Espejo, & Luis Torres de Mendoza (Eds.), *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del reino, y muy especialmente del de Indias. Competentemente autorizada: Vol. XVI*. Imprenta de Manuel de Quiros.
- Navas Josa, B. (2021). *El memorial de 1634 de fray Alonso de Benavides. Misiones de frontera en Nuevo México*. Universidad Francisco de Vitoria.
- O'Conor, H. (1773). *Expediente sobre el estado de la provincia de Nuevo Vizcaya y Coahuila; operaciones ejecutadas por el comandante inspector Hugo O'Conor y revista de inspección y reforma pasada a la compañía del presidio de Cerro Gordo*. Archivo General de Indias. Guadalajara, 513, N 44.
- Obregón, B. de. (1986). *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*. Ediciones del Gobierno del Estado de Chihuahua.

- Oñate, J. de. (1599). *Copia de carta escrita al Virrey Conde de Monterrey Don Juan de Oñate, de la Nueva México, a 2 de marzo de 1599 años (corresponde al capítulo primero de materia de guerra, fecha en México a 4 de octubre de 1599)*. Archivo de Indias, Patronato, Est. 1.^ª, Caj. 1.^ª. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/copia-de-carta-escrita-al-virrey-conde-de-monterrey-don-juan-de-onate-de-la-nueva-mexico-a-2-de-marzo-de-1599-anos-corresponde-al-capitulo-primero-de-materia-de-guerra-fecha-en-mexico-a-4-de-octubre-de-1599--0/>
- Onofre, A. de. (1788). *Presidio de San Elceario*. Archivo General de Simancas, Provincias Internas, SGU, LEG,7019,3 1788.
- Penamas, M. (1774). *Expediente sobre las noticias recibidas de Texas, Nuevo México y Nueva Vizcaya y progresos sobre la ubicación y arreglo de los Presidios*. Archivo General de Indias. Guadalajara, 514, N 1 No. 1247.
- Polt, J. H. R. (2008). *Investigation of the Rebellion of the Manso Indians and their Allies, carried out by Domingo Jironza Pétriz de Cruzate, Governor of New Mexico (1683-1686, 1689-1691), from 15 March to 3 November 1684*. UC Berkeley: Research Center for Romance Studies.
- Real Caja de México. (1769). *Borrador del dictamen dado por los ministros de la Real Caja de México sobre las dudas que plantea Pedro del Barrio, Capitán del Presidido del Paso del Río del Norte sobre el cumplimiento de la orden virreinal relativa a la ayuda que*. Archivo General de la Nación. Indiferente Virreinal Caja Matriz EXP 1 Foja 1 Caja 6508.
- Rivera, P. de. (1736). *Diario y derrotero de lo caminado, visto, y obcervado en el discurso de la visita general de precidios, situados en las provincias ynternas de Nueva España: que de orden de Su Magestad executô d. Pedro de Rivera, brigadier de los reales ejércitos. Habiendo transitado por los Reinos del Nuevo de Toledo, el de la Nueva Galicia, el de la Nueva Vizcaya, el de la Nueva México, el de la Nueva Extremadura, el de las Nuevas Filipinas, el del Nuevo de León. Las provincias, de Sonora, Ostimuri, Sinaloa. Sebastián de Arévalo*. <https://archive.org/details/diarioyerrotero00rive>
- Rodríguez Cubero, P. (1701). *Autos formados en relación al nombramiento de Antonio de Valverde Cosío como capitán del presidio del Paso del Río del Norte, impugnado por los vecinos de Nuevo México; se alude también al juicio de residencia seguido por el gobernador de Nuevo México, Pedro*

- Rodríguez Cubero, contra el exgobernador Diego de Vargas Zapata Luján Ponce de León: 1697-1701: México, 2 de agosto de 1701.* Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 23/470.1, f. 1-86v.
- Sahagún, B. de. (2009). *Historia general de las cosas de la Nueva España: Vol. II.* Linkgua.
- San Juan, M. A. de. (1748). *Herencia de Francisco Joaquín Sánchez de Tagle que vendió a Manuela García Noriega una Negra esclava mulata llamada María Gertudriz.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 3, expediente 2.
- San Juan, M. A. de. (1756a). *Caso de una india "dozal" que llevo fugada de Chihuahua.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 3, expediente 2.
- San Juan, M. A. de. (1756b). *Diligencia que causa seguidas de oficio por demanda hecha a la real justicia, contra Don Josph Gamio de la Fuente por haber castigado a dos individuos apaches en los términos que de ellas constan y malos tratamientos que les ha dado.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 3 expediente 2.
- San Juan, M. A. de. (1757). *Las diligencias acerca del robo de unas telas blancas a una mulata lavandera.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 1 expediente 2 F39-0741757.
- San Juan, M. A. de. (1758). *Diligencia emitida por el señor gobernador en razón de la demanda de una huerta, puesta por los Indios Sumas, alegando pertenecerles por ser de francisco El Pato indio de otra nación residente en chihuahua.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 4 expediente 1 f0197.
- San Juan, M. A. de. (1762). *Diligencias derivadas de la orden del virrey de gravar con impuestos a los barriles de aguardiente.* Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez. Caja 3, expediente 2.
- Sin autor. (1788). *Indios paz comanches.* Archivo General de Simancas, Provincias Internas. Indios, SGU, LEG, 7031, 9.
- Sin autor. (1799). *Sobre envío de indios prisioneros de guerra desde las Provincias Internas a Cuba.* Archivo General de Simancas, Prisionero. Indios de Provincias Internas, SGU, LEG, 6864, 43.
- Torres de Mendoza, L., Cárdenas y Espejo, F. de, & Pacheco, J. F. (1864). *Colección de documentos inéditos: relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del reino, y muy especialmente del de Indias. Competentemente autorizada.* Ministerio de Ultramar.

- Urrutia y de las Casas, J. de. (1778). *Plano del presidio de Nuestra Señora del Pilar del paso del Rio del Norte dependiente de la gobernación del Nuevo México y situado en 33 grados y 6 minutos de latitud boreal y en 261o y 40' de longitud contados desde el meridiano de Tenerife 1778* (2020th ed.). <https://www.alamy.com/>.
- Valverde, A. de. (1711). *Autos de una acusación de los indios [de Nuevo México] contra Antonio de Valverde por haber inculcado al protector de indios*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 25/491.1, f. 1-80v.
- Valverde, A. de. (1712). *Autos del capitán del presidio de Nuestra Señora de Guadalupe [Nuevo México] para averiguar sobre la sublevación de los indios suma*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 25/491.1, f. 1-80v.
- Valverde, A. de. (1758). *Antonio Valverde vende a Joseph Lorenzo de Ribera una tierra en Santa María de Caldas: Vol. 7 c4e1*. Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez.
- Velázquez de la Cadena, P. (1657). *Carta sobre la necesidad de religiosos para las conversiones de los indios en la Custodia de Nuevo México*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México AFRA AF 19/408.1, f. 1-6v.
- Vélez de Escalante, S. de. (1865). Carta del Padre Fray Silvestre Vélez de Escalante. 1778. In Francisco García Figueroa (Ed.), *Documentos para la historia de México. 3a ser: Vol. 1*.
- Verroja Albiz, J. de. (1782). *Testimonio expedido por el escribano real y publico de la provincia de Jilotepec en que certifica que el capitán don pedro de barrio y junco se presentó en el pueblo de Huichapan a tomar posesión de la alcaldía mayor que le concede la real cedula expedida en Aranjuez el 15 de abril de 1783*. Archivo General de la Nación, GD5 alcaldes mayores.
- Vetancurt, A. de. (1697). *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de México cuarta parte del Teatro Mexicano de los sucesos religiosos / compuesta por [...] Fray Agustín de Vetancur*. Doña María de Benavides viuda de Juan de Ribera.
- Zarate Salmerón, G. de. (1856). Relaciones de todas las cosas que en el Nuevo México se han visto y sabido, así por mar como por tierra desde el año de 1538 hasta el de 1626. In F. García Figueroa (Ed.), *Documentos para la historia de México. 3a ser (Vol. 1)*. Imprenta Vicente García Torres.

Fuentes secundarias

- Adorno, T., & Horkheimer, M. (1988). *La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas*. Sudamericana.
- Aguirre Rojas, C. (2003). *Contribución a la historia de la microhistoria italiana*. Editorial Prohistoria.
- Ahern, M. (2001). La Relación y conpulio de Hernán Gallegos: glosa, guía y memoria de Nuevo México 1581-1582. *Lexis*, 25(1-2), 381-406.
- Alfaro Rodríguez, E. (2011). *La ciudad en torno al agua. El arroyo de La Plata como eje simbólico en el ordenamiento urbano de Zacatecas*.
- Almandoz, A. (2008). *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo de América Latina*. Equinoccio.
- Arnal Simón, L. (1998). *El presidio en México en el siglo XVI*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arnal Simón, L. (1999a). *Arquitectura y urbanismo del Septentrión Novohispano fundaciones del noreste en el siglo XVIII* (L. Arnal Simón, X. Cortés Rocha, D. Ramiro Esteban, & A. M. Ruiz Vilá, Eds.). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arnal Simón, L. (1999b). *Arquitectura y Urbanismo del Septentrión Novohispano. Fundaciones del Noreste en el siglo XVIII: Vol. I*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arnal Simón, L. (1999c). Las fundaciones del siglo XVIII en el noreste novohispano. In L. Arnal Simón, X. Cortés Rocha, D. Ramiro Esteban, & A. M. Ruiz Vilá (Eds.), *Arquitectura y urbanismo del Septentrión Novohispano fundaciones del noreste en el siglo XVIII* (pp. 7-56). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arnal Simón, L. (1999d). Las fundaciones del siglo XVIII en el noreste novohispano. In L. Arnal Simón, X. Cortés Rocha, D. Ramiro Esteban, & A. M. Ruiz Vilá (Eds.), *Arquitectura y urbanismo del Septentrión Novohispano fundaciones del noreste en el siglo xviii1* (pp. 7-56). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Augé, M. (1993). *Los "no lugares" espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. http://www.researchgate.net/publication/277955974_Los_no_lugares_espacios_del_anonimato__una_antropologa_de_la_sobremodernidad
- Barfield, T. (2000). *Diccionario de antropología*. Siglo XXI.

- Barr, J. (2007). *Peace came in the form of a woman: Indians and Spaniards in the Texas borderlands*. University of North Carolina Press. William P. Clements Center for Southwest Studies.
- Barr, J., & Countryman, E. (2014). Maps and Spaces, Paths to Connect. In Juliana Barr & Edward Countryman (Eds.), *Contested Spaces of Early America* (pp. 1–28). University of Pennsylvania Press.
- Barth, F., Giampieri-Deutsch, P., & Hans-Dieter, K. (2012). *Sensory perception: Mind and matter*. Springer Science & Business Media.
- Bartra, R. (2011). *El mito del salvaje*. Fondo de Cultura Económica.
- Baumanova, M., & Vis, B. N. (2019). Comparative Urbanism in Archaeology. In *Encyclopedia of Global Archaeology* (pp. 1–11). Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-319-51726-1_3478-1
- Beckett, P., & Corbett, T. (1992). *The Manso Indians*. COAS.
- Beckett, P. H. (2017). Eastern Extension of Lehmer's Jornada Mogollon o Ancestors to the Jumano/Suma. In D. J. Seymour (Ed.), *Fierce and indomitable: the protohistoric non-Pueblo world in the American Southwest* (pp. 64–77). The University of Utah Press.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Akal.
- Bentley, M. T. (1992). *Preliterative native americans in the Paso del Norte Region*.
- Blanton, R. E. (2012). *Cities and Urbanism in Prehispanic Mesoamerica*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780195390933.013.0053>
- Blanton, R. E., & Fargher, L. F. (2011). The collective logic of pre-modern cities. *World Archaeology*, 43(3). <https://doi.org/10.1080/00438243.2011.607722>
- Bloch, M. (2000). *Introducción a la historia*. Fondo de cultura económica.
- Blyth, L. R. (2012). *Chiricahua and Janos*. UNP - Nebraska. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1ddr5wh>
- Boehm de Lameiras, B. (1997). El enfoque y los estudios regionales en México: geografía, historia y antropología. *Relaciones*, XVIII (72).
- Bolton, H. E. (1974). *Historian of the American Borderlands*. University of Oklahoma Press.
- Bradley, J. (1983). *La Cabrana: A Study of Fourteenth Century Resource. Utilization in Southern New Mexico*.
- Bradley, J., Vierra, J.-E. P., & Chapman, R. C. (1997). *A Presidio Community on the Rio Grande: Phase III Testing and Historical Research at San Elizario, Texas, Volume I and II. El Paso*.

- Braniff Cornejo, B. (2008). *Paquimé*. Fondo de Cultura Económica/COLMEX/FHA.
- Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza.
- Brenner, N., & Schmid, C. (2014). The 'Urban Age' in Question. *International Journal of Urban and Regional Research*, 38(3). <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12115>
- Brown, R. B., Fournier, P., Hill, D. v., Peterson, J. A., & Willis, M. (2004). Settlement and Ceramics in Northern New Spain: A Case Study of Brown Ware Pottery and Historical Change. In G. Newell & E. Gallaga (Eds.), *Surveying the Archaeology of Northwest Mexico* (pp. 268–288). The University of Utah Press.
- Brown, R., & Fournier, P. (2014). New Spain: Forts and Transport Archaeology. In *Encyclopedia of Global Archaeology*, (pp. 1–10).
- Brown, R., Fournier, P., Hill, D., Peterson, J., & Wills, M. (2004). A Case Study of Brown Ware Pottery and Historical Change. In *Surveying the Archaeology of Northwest Mexico*. Surveying the Archaeology of Northwest Mexico.
- Burgett, J. P. (2006a). *The Pennsylvania State University*.
- Burgett, J. P. (2006b). *El Paso Polychrome in The Casas Grandes Region, Chihuahua, Mexico: Ceramic Exchange Between Paquimé and The Jornada Mogollon* [Doctoral Dissertation]. The Pennsylvania State University.
- Bustos Cara, R. (2004). Patrimonialización de valores territoriales, turismo, sistemas productivos y desarrollo local. *Aportes y Trasferencias*, 1(8), 11–24.
- Calleros, C. (1951). *El Paso 's missions and indians*. McMath.
- Calleros, C. (1952). *Queen of the Missions*. American Print. Company.
- Calleros, C., & Alcázar Velasco, J. (1995). *Historia del templo de Nuestra Señora de Guadalupe*. Lux.
- Camarena, D. (2010). *Mestizaje: Piro Indian and Spanish Vecino in Socorro, Texas from 1744 To 1813* [Master of Arts]. University of Texas at El Paso.
- Campbell, H. (2006). Tribal synthesis: Piros, Mansos, and Tiwas through history. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 12(2), 293–311. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9655.2006.00292.x>
- Carmichael, D. (1985). *Archeological excavation at two prehistoric campsites near Keystone Dam, El Paso, Texas*.
- Carmichael, D. (1986). *Archaeological Survey in the Southern Tularosa Basin of New Mexico*.

- Carr, Edward. H. (2010). *¿Qué es la historia?* Ariel.
- Casa de Contratación. (1765). *Pedro de Barrio Junco y Espriella*. Archivo General de Indias, Contratación, 5508, N.1, R.75.
- Castro Gutiérrez, F. (2010). Los indios y la ciudad. Panorama y perspectivas de investigación. In F. Castro Gutiérrez (Ed.), *Los indios y las ciudades de Nueva España*. UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Cervera Gómez, L. E., Monárrez Fragoso, J., Montero Mendoza, M. T., Brugués Rodríguez, A., Rubio Salas, R., Coronado Ramírez, J. L., Cruz Piñeiro, R., & Cital Beltrán, P. (2005). *Diagnóstico geosocioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad El Colegio de la Frontera Norte Instituto Nacional de las Mujeres*. IMIP, Ayuntamiento de Ciudad Juárez.
- Charlton, T., & Fournier, P. (1997). Patrones arqueológicos de diferencias socio-étnicas en Nueva España. Contrastes urbanos y rurales. *Revista Colombiana de Antropología*, XXXIII, 54–83.
- Chávez, A. B. (1948). *La villa de Paso del Norte. De 1527 a 1700*. El mexicano.
- Chávez, A. B. (1970). *Historia de Ciudad Juárez, Chih*. El mexicano.
- Chávez Chávez, J. (2004). Las imaginarias fronteras septentrionales. Su papel en la génesis de una cultura regional. *Avances. Documentos de Trabajo de La Coordinación de Investigación Científica de La UACJ*, 49, 3–35.
- Chávez Chávez, J. (2022). *Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez*. https://bivir.uacj.mx/bivir_pp/cronicas/new_page_2.htm
- Cisneros Guerrero, G. (1998). Cambios en la frontera chichimeca en la región centro-norte de la Nueva España durante el siglo XVI. *Investigaciones Geográficas*, 38, 57–69.
- Comar, S. C. (2015). *The Tigua Indians of Ysleta del Sur: A Borderlands Community* [Doctor of Philosophy]. University of Texas at El Paso.
- Commar, S. S. (2015). *The Tigua Indians of Ysleta del Sur: A Borderlands Community*.
- Corboz, A. (2004). El territorio como palimpsesto. In A. Martín Ramos (Ed.), *En Lo Urbano* (pp. 25–34). ETSAB, UPC.
- Craddock, J. R., & de Marco, B. (2013). Itinerario de la expedición de Juan de Oñate a Nuevo México 1597-1599. *Research Center for Romance Studies, University of California, Berkeley*.

- Cramaussel, C. (1992). Encomiendas, repartimientos y conquista en Nueva Vizcaya. *Historias*, 25, 73–91.
- Cramaussel, C. (1993). El mapa de Miera y Pacheco de 1758 y la cartografía temprana del sur de Nuevo México. *Estudios de Historia Novohispana*, 13(013). <https://doi.org/10.22201/iih.24486922e.1993.013.3373>
- Cramaussel, C. (1998). Un desconocimiento peligroso: la Nueva Vizcaya en la cartografía y los grandes textos europeos de los siglos XVI y XVII. *Relaciones*, 75, 173–213.
- Cramaussel, C. (2006). *Poblar la frontera: La provincia de Santa Bárbara en Nueva Vizcaya durante los siglos XVI y XVII*. El Colegio de Michoacán AC.
- Cramaussel, C. (2014). The Forced Transfer of Indians in Nueva Vizcaya and Sinaloa: A Hispanic Method of Colonization. In B. Juliana & E. Countryman (Eds.), *Contested Spaces of Early America* (pp. 184–207). University of Pennsylvania Press.
- Cramaussel, C. (2016). *Los caminos trasversales. La geografía histórica olvidada de México* (C. Cramaussel, Ed.). El Colegio de Michoacán, Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Creekmoore, A. (2014). *Making Ancient Cities* (I. Creekmoore & K. D. Fisher, Eds.). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107110274>
- Cruz Antillón, R., & Maxwell, T. D. (2005). *La Arqueología de la región y del sitio de Villa Ahumada, Chihuahua* (Vol. 25). Maxwell Museum of Anthropology.
- Cruz Antillón, R., Maxwell, T. D., & MacWilliams A.C. (2018). The Jornada Mogollon South of the Río Bravo. In Rocek Thomas R. & N. A. Kenmotsu (Eds.), *Late Prehistoric Hunter-Gatherers and Farmers of the Jornada Mogollon*. University of Colorado Press.
- Curiel, J. R. de la T., & González, A. I. P. (2020). “Nada les hemos cumplido”: negociaciones de paz entre apaches y españoles en la Nueva Vizcaya en 1787. *Historia Mexicana*, 69(3), 1023–1089. <https://doi.org/10.24201/HM.V69I3.4018>
- Cusick, James. (1988). Historiography of Acculturation: An Evaluation of Concepts and their Application in Archaeology. In J. Cusick (Ed.), *Studies in Culture Contact: Interaction, Culture Change, and Archaeology* (pp. 126–145). Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University (Occasional Paper 25).

- Daniel, J. M., & de la Fuente, P. J. (1956). Diary of Pedro José de la Fuente: Captain of the Presidio of El Paso del Norte January-July 1765. *The Southwestern Historical Quarterly*, 60(2), 260–281.
- Deeds, S. M. (2010). *Defiance and deference in Mexico's colonial north: Indians under Spanish rule in Nueva Vizcaya*. University of Texas Press.
- Delgado, C. (1773). *Estado de la Misión de San Lorenzo, el Real Pueblo de Zumas*. Archivo General de la Nación. Historia - Legajo 25, Parte 2.
- Derrida, J. (1967). *La deconstrucción*. Taurus.
- di Peso, C. C. (1974). *Casas Grandes: a fallen trading center of the Gran Chichimeca*. No. 9. Amerind Foundation Publication.
- Diario Judicial. (2022). "Compurgar" <https://www.diariojudicial.com/nota/31496>
- Eco, H. (1978). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Lumen.
- Enríquez, C. (1984). *Historia de la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe. Su templo y sus cambios*. Universitaria.
- Escobar, J. (1943). *Siete viajeros y unas apostillas del Paso del Norte*. Juárez. Impresora Fronteriza.
- Escobar, R. (1939). *Memorias del Paso del Norte I*. Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos.
- Esparza Marin, I. (1986). *Monografía histórica de Ciudad Juárez (segunda)*. Lux.
- Evans, C. T. (1989). An Analysis of Burials from the Old Socorro Mission, Socorro, Texas. *The Artifcat*, 27(1), 1–50.
- Fernández-Armesto, F. (2012). *Los conquistadores del horizonte: Una historia global de la exploración*. Grupo Planeta.
- Fewkes, W. J. (1902). The Pueblo settlements near El Paso, Texas. *American Anthropologist*, 4(1), 56–75.
- Flagler, E. K. (2006). *Diné: historia de los indios apaches*. Fundación Instituto de Estudios Norteamericanos.
- Flores Hernandez, L. A. Stevens, J. (2019). Liminal Centres: Central São Paulo and Guadalajara between Vacancy and Occupancy. *Contour* (4), 1-20.
- Forbes, J. D. (1957). The Janos, Jocomes, Mansos and Sumas Indians. *New Mexico Historical Review*, 32(4), 319–334.

- Forbes, J. D. (1959). Unknown Athapaskans: the identification of the Jano, Jocomo, Jumano, Manso, Suma and other tribes of the Southwest. *Ethnohistory*, 6(2), 97–159.
- Fournier, P. (1999). Ceramic production and trade on the Camino Real. In *El Camino Real de Tierra Adentro* (Vol. 2, pp. 153–176). National Park Service.
- Fries, S. D. (1977). *The urban idea in colonial America*. Temple University Press.
- García Canclini, N. (1999). *Los usos sociales del patrimonio cultural*. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía.
- García de León, Antonio. (2017). *Misericordia*. Fondo de Cultura Económica.
- García García, J. M. (2005). *Paso del Norte, Ciudad Juárez: Textos de su Historia y su Cultura (1535-1889)*. H. Ayuntamiento de Ciudad Juárez.
- García Gómez, I. (2009). Sistemas complejos y arqueología. Una aproximación teórica al fenómeno urbano. *Arqueología de La Arquitectura*, 6, 63–92. <https://doi.org/10.3989/arqarqt.2009.09007>
- García Pereira, R. (2010). *Ciudad Juárez la fea. Tradición de una imagen estigmatizada*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- García Vázquez, C. (2004). *Ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*. Gustavo Gili.
- Gerald, R. (1975a). Aboriginal use and occupation by Tigua, Manso, and Suma Indians. In D. Agee Horr (Ed.), *Apache Indians III* (pp. 9–212). Garland Publishing Inc. New York & London.
- Gerald, R. (1975b). An Introduction to Missions of The Paso Del Norte Area. *Password*, 20(2), 47–58.
- Gerald, R. (1990a). Missions, Presidios, Haciendas, and Caminos of the Paso del Norte Area. *The Artifact*, 28(3), 41–59.
- Gerald, R. (1990b). Missions, Presidios, Haciendas, and Caminos of the Paso del Norte Area. *The Artifact*, 28(3), 41–58.
- Gerald, R. (1990c). The Old Socorro Mission Site Test Excavations–1981-83. *The Artifact*, 28(3), 1–29.
- Gerald, R. (1990d). The Tigua Indians of Ysleta del sur. *The Artifact*, 28(3), 31–41.
- Gerald, R. E. (1988). Pickup Pueblo a Pickup Pueblo a Late Prehistoric House Ruin in Northeast El Paso. *The Artifact*, 26(2), 1–86.
- Gerhard, P. (1986). *La frontera norte de la Nueva España, 1519-1821*. Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Gerhard, P. (2001). *Geografía histórica de la Nueva España* (Segunda). Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ginzburg, C. (2003). *Tentativas*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- González de la Vara, M. (1992). La rebelión de los indios pueblos de Nuevo México, 1680-1693. In J. L. Gutiérrez & Francisco. C. Galván (Eds.), *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos* (pp. 11–36). Universidad Nacional Autónoma de México, Serie Historia Novohispana, 47.
- González de la Vara, M. (2002a). ¿Amigos, enemigos o socios?: El comercio con los indios bárbaros en Nuevo México, siglo XVIII. *Relaciones*, 92, 109–134.
- González de la Vara, M. (2002b). *Breve Historia de Ciudad Juárez*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- González de la Vara, M. (2012). La conformación interna y la articulación territorial de la región Paso del Norte en la época colonial, 1659-1824. In *Ciudad Juárez, la nombradía varía* (pp. 43–65). Grupo Milenio.
- González García, P. (1994). Archivo General de Indias. *Revista de Enseñanza Universitaria*, 1, 45–93.
- González Milea, A. (2014). *El silencio de las aldeas. Urbanismo militar y civil del noreste mexicano, siglo XIX*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- González Milea, A. (2018a). El ingeniero y el práctico en la improvisación técnica: el Paso del Norte entre 1880 y 1910. *Boletín de Monumentos Históricos*, 42, 107–123.
- González Milea, A. (2018b). La casa y la construcción de tierra en paso del norte: un estudio a través de las fuentes inéditas de los siglos XVII y XIX. En Y. Kita (Ed.), *Tradiciones constructivas de tierra y su pertinencia actual* (pp. 65–86). Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- González Milea, A. (2018c). Tres episodios de asentamiento y un Diario de obras en Paso del Norte en el siglo XVIII. *Chihuahua HOY*, 16. <https://doi.org/10.20983/chihuahuahoy.2018.16.2>
- González Milea, A. (2021). *Una mirada a los constructores de una ciudad fronteriza. Ingenieros, arquitectos y maestros de obra en Ciudad Juárez (1888-1928)*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Chihuahua, Secretaría de Cultura del Estado de Chihuahua.
- Gorelik, A. (2004). *Miradas sobre Buenos Aires: historia cultural y crítica urbana*. Siglo XXI.

- Granados Longoria, J. L. (2020). ¿Cuántas tribus N´dee/N´Nee/Ndé hay? Sobre las nueve parcialidades Apaches mencionadas en documentos del Siglo XIX. In A. Cano Aguilar & G. E. Chávez Ortiz (Eds.), *Memorias del IV Coloquio Internacional de las Culturas del Desierto. Cuarta Parte. Ambiente, Bienestar y Desarrollo en los Desiertos* (pp. 17–32). Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Gravano, A. (2017). Heterotopías morales y palimpsesto urbano en ciudades de escala media. In M. Sabugo & V. Bril (Eds.), *Arquitectura y ciudad: imaginarios fronterizos* (pp. 193–215). Editorial Diseño.
- Gravano, A. (2018). Hacia una arqueología de lo urbano. *Urbania. Revista Latinoamericana de Arqueología e Historia de Las Ciudades*, 7, 13–20.
- Grenville, G. (2019). *The Social Organization of the Western Apache*. The University of Arizona Press.
- Griffen, W. B. (1969). *Culture Change and Shifting Populations in Central Northern Mexico*. University of Arizona Press.
- Griffen, W. B. (1979). *Indian assimilation in the Franciscan area of Nueva Vizcaya*. University of Arizona Press.
- Griffen, W. B. (1985). Problems in the Study of Apaches and Other Indians in Chihuahua and Southern New Mexico during the Spanish and Mexican Periods. *Kiva*, 50(2–3), 139–151.
- Griffen, W. B. (1988). *Apaches at war and peace: the Janos Presidio, 1750-1858* (1st ed.). University of New México.
- Gutiérrez Silvestre, C. I. (2021). *El proceso de mestizaje a través del matrimonio en la Misión de Guadalupe, 1728-1775* [Licenciatura]. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Hackett, C. W. (1917). *The uprising of the Pueblo Indians of New Mexico, 1680-1682*. University of California.
- Hämäläinen, Pekka. (2009). *El imperio comanche*. Yale University press.
https://books.google.com/books/about/El_imperio_comanche.html?id=-NpwDwAAQBAJ
- Hammon, G. P. (1927). Don Juan de Oñate and the Founding of New Mexico. *New Mexico Historical Review*, 2(2), 134–174.
- Hammond, G. P., & Rey, A. (1953a). *Don Juan de Oñate, Colonizer of New Mexico*. University of New Mexico Press.

- Hammond, G. P., & Rey, A. (1953b). *Don Juan de Oñate, Colonizer of New Mexico, 1595-1628* (Vol. 1-5). University of New Mexico Press.
- Hammond, G. P., & Rey, A. (1966). *The Rediscovery of New Mexico, 1580-1594: The Explorations of Chamuscado, Espejo, Castaño de Sosa, Morlete, and Leyva de Bonilla and Humaña* (Vols. 1-3). University of New Mexico Press.
- Hammond, G. P., & Rey, A. (1967). *New Mexico in 1602. Juan De Montoya's Relation of the Discovery of New Mexico*. Arno Press.
- Hammond, G. P., & Rey, A. (1977). *Narratives of the Coronado Expedition 1540-1542*. AMS Press.
- Hanson, J., & Hillier, B. (1984). *The Social Logic of Space*. Cambridge Press University.
- Harley, J. B. (1992). Rereading the maps of the Columbian encounter. *Annals of the Association of American Geographers*, 82(3), 522-542.
- Harley, J. B., & Andrew, J. H. (2005). *La nueva naturaleza de los Mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía* (P. Laxton, Ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Harris, M. (2006). *Bueno para comer enigmas de alimentación y cultura*. Alianza Editorial.
https://books.google.com/books/about/Bueno_para_comer.html?hl=es&id=a1NhewAACAAJ
- Harris, M. (2010). *Vacas, cerdos, guerras y brujas: los enigmas de la cultura*. Alianza Editorial.
https://books.google.com/books/about/Vacas_cerdos_guerras_y_brujas.html?hl=es&id=Wyk8YgEACAAJ
- Harris, M. (2011). *Caníbales y reyes los orígenes de las culturas*. Alianza Editorial.
https://books.google.com/books/about/Can%C3%ADbales_y_reyes.html?hl=es&id=smA4YgEACAAJ
- Harvey, D. (1988). *La condición de la posmodernidad: Vol. Vols. 228, No. 7*. Amorrortu.
- Harvey, D. (1990). Urban Places in the Global Village. *Annals of the Association of American Geographers*, 80(3), 19418-19434.
- Hendricks, R. (1999a). El Paso del Norte. In June-el Piper (Ed.), *El Camino Real de Tterra Adentro. Volume two* (pp. 209-220). Bureau of Land Management. New Mexico State Office.
- Hendricks, R. (1999b). Faces of the Camino Real: People in El Paso del Norte. In *Proceedings: Speakers Series. El Camino Real from Mexico City to Santa Fe* (pp. 81-100). Memorial National Chamizal, United States Department of the Interior, National Park Service.

- Hendricks, R. (1999c). Faces of the Camino Real: People in El Paso del Norte in the Spanish Era. In *Proceedings: Speakers Series El Camino Real from Mexico City to Santa Fe* (pp. 81–100). United States Department of the Interior. National Park Service.
- Hendricks, R. (2000). The Camino Real at the Pass: Economy and Political Structure of the Paso del Norte Area in the Eighteenth Century. In J. de la Cruz Pacheco & J. Sánchez (Eds.), *Memorias del Coloquio Internacional El Camino Real de Tierra Adentro* (pp. 25–141). Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hendricks, R. (2004). Viticulture in El Paso del Norte during the colonial period. *Agricultural History*, 191–200.
- Hernando Gonzalo, A. (1992). Enfoques teóricos en Arqueología. *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de La Universidad de Sevilla*, 1. <https://doi.org/10.12795/spal.1992.i1.01>
- Hers, M.-A., Mirafuentes, J. L., Soto, M. de los D., & Vallebuena, M. (2000). *Nómadas y sedentarios en el norte de México: Homenaje a Beatriz Braniff*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hodge, F. W. (1910). The Jumano Indians. *American Antiquarian Society*, 249–268.
- Howey, M. C., & Rocek, T. R. (2008). Ceramic variability, subsistence economies, and settlement patterns in the Jornada Mogollon. *Kiva: The Journal of Southwestern Anthropology and History*, 74(1), 7–32.
- Hughes, A. (1914). The Beginning of Spanish Settlement in the El Paso District. In *University of California Publications in History* (Vols. 1, No.3, pp. 295–392). University of California Press.
- Iglesias Ponce de León, M. J. (2001). Un mundo ordenado: la ciudad maya y el urbanismo en las sociedades antiguas. In *Reconstruyendo la ciudad maya: el urbanismo en las sociedades antiguas* (pp. 1–41). Sociedad Española de Estudios Mayas.
- IMIP, Instituto Municipal de Investigación y Planeación Municipal (2016). *Placas y propiedades. Catálogo de obras con valor histórico y/o arquitectónico* (Segunda). H. Ayuntamiento de Juárez.
- INEGI, Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2005). *Guía para la Interpretación de Cartografía Geológica*. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Ingold, T. (1993). The Temporality of the Landscape. *World Archaeology*, 2(25), 152–174.
- IPACULT, I. para la cultura del M. de C. J. (2020, August 17). *Los N´dee/N´nee/Ndé en la historia de Juárez*. <https://www.facebook.com/IPACULT/videos/1942728162543797>

- Jackson, J. (1989). Joseph Ramón de Urrutia y De Las Casas. In *Handbook of Texas*. University of Texas at Austin.
- Jiménez Becerra, Absalón. Carlo Ginzburg: reflexiones sobre el método indiciario. *Esfera 2(2)*, p. 21-28
- Jiménez Núñez, Alfredo. (2006). *El gran norte de México: una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*. 536.
https://books.google.com/books/about/El_gran_norte_de_M%C3%A9xico.html?hl=es&id=3J0sAG8D51kC
- Kelly, M., & Burrows, M. (2020). *Urban interactions: Communication and Competition in Late Antiquity*. Punctum books.
- Kessell, J. L. (2013). *Miera y Pacheco: A Renaissance Spaniard in Eighteenth-Century New Mexico*. University of Oklahoma Press.
- Kingman Garcés, E. (2009). Apuntes para una historia del gremio de albañiles de Quito. La ciudad vista. In *Historia social urbana. Espacios y flujos* (pp. 365–382). FLACSO Ecuador.
- Kingman Garces, E. (2013). Historia, genealogía, ciudad. In I. Duque Franco (Ed.), *Historiografía y planificación urbana en América Latina* (pp. 21–46). Universidad Nacional de Colombia.
- Kingman Garcés, E. (2014). Ciudades de los Andes: Homogeneización y diversidad. In *Ciudades de los Andes: visión histórica y contemporánea* (pp. 1–45). Institut français d'études andines.
- Kingman Garcés, E. (2021a). Ciudades andinas. Historia y memoria. In G. Martínez Delgado & G. R. Mejía Pavony (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 57–98). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador.
- Kingman Garcés, E. (2021b). Ciudades andinas. Historia y memoria. In G. Mejía Pavony & G. R. Martínez Delgado (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 57–98). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador.
- Kinsbruner, J. (2005). *The Colonial Spanish-American City: Urban Life in the Age of Atlantic Capitalism*. University of Texas Press.
- Kowalewski, S. A. (2008). Regional Settlement Pattern Studies. *Journal of Archaeological Research*, 16(3), 225–285. <https://doi.org/10.1007/s10814-008-9020-8>
- Krone, M. F. (1975). A Report on Folsom Points Found in the El Paso Area. *The Artifact*, 13(4), 1–19.
- Krone, M. F. (1976). A Clovis Point from the El Paso Area. *The Artifact*, 14(2), 45–90.

- Kubler, G. (1972). *The religious architecture of New Mexico in the colonial period and since the American occupation*. New México University Press.
- Landa, I. (2020). Una aproximación a la historiografía urbana: algunos aspectos epistemológicos y metodológicos. *EURE*, 46(139), 259–276. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612020000300259>
- Le Goff, J. (1991). *Pensar la historia, Modernidad, presente, progreso*. Paidós.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros.
- Lehmer, D. (1984). *The Jornada Branch of the Mogollon*. University of Arizona.
- León Portilla, M. (2003). *Visión de los vencidos*. Fondo de Cultura Económica.
- Levin Rojo, D. A. (2019). “Indian Friends and Allies” in the Spanish Imperial Borderlands of North America. In *The Oxford Handbook of Borderlands of the Iberian World* (pp. 131–159). Oxford University Press.
- Liebmann, M. J. (2017). From Landscapes of meaning to landscapes of signification in the American Southwest. *American Antiquity*, 82(4), 642–661. <https://doi.org/10.1017/aaq.2017.39>
- Lindon, A. (2007). Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. *EURE (Santiago)*, 33(99). <https://doi.org/10.4067/S0250-71612007000200004>
- Litvak King, J., & Mirambell Silva, L. (2002). Los primeros pobladores del actual territorio. In L. Ochoa (Ed.), *Historia de México* (Vol. 1, pp. 1–20). Planeta DeAgostini.
- Lockhart, B. (1997). Protohistoric Confusion: A Cultural Comparison of the Manso, Suma, and Jumano Indians of the Paso del Norte Region. *Journal of the Southwest*, 39(1), 113–149.
- López Austin, A., & López Lujan, L. (2000). *El Pasado Indígena*. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- López Austin, A., & Millones, L. (2008). *Dioses del norte, dioses del sur*. Era.
- Luis De Rojas, J. (1997). Acerca de la definición y uso de las fuentes. Una perspectiva indígena americana. *Estudios de Historia Social y Económica de América*, 14, 45–53.
- Lynch, K. (1985). *La buena forma de la ciudad*. Gustavo Gili.
- Lynch, K. (2008). *La imagen de la ciudad*. Barcelona (1961st ed.). Gustavo Gili.
- Macías Madero, A. (2018). Las huertas zacatecanas. Evidencias arqueológicas para la conformación de la identidad. *Boletín Antropológico*, 37(97), 239–267.

- MacNeish, R. S., Fowler, M. L., Carcia Cook, A., Peterson, F. A., Nelken-Terner, A., & Neely, J. A. (1972). *The Prehistory of the Tehuacan Valley. Volume five, Excavations and Reconnaissance*. University of Texas Press.
- Makowski, K. (2020). *Urbanismo andino. Centro ceremonial y ciudad en el Perú prehispánico (Segunda)*. Apus.
- Malbrán Porto, A., & Martínez Santillán, M. A. (2021). El desaparecido cementerio¹ de Nuestra Señora de Regla en Chihuahua. Crónica de un patrimonio perdido. Mérope. *Revista Del Centro De Estudios En Turismo, Recreación E Interpretación Del Patrimonio*, (3). Recuperado a partir de <https://revela.uncoma.edu.ar/index.php/merope/article/view/3071>.
- Malcolm, L. (1984). Indian maps: their place in the history of plains cartography. *Great Plains Quarterly*, 4(2), 91–108.
- Márques Terrazas, Z. (2013). *Misiones de Chihuahua s XVII y XVIII*. Universidad Autónoma de Chihuahua.
- Marshall, M., & Walt, H. (1984). *Rio Abajo: prehistory and history of a Rio Grande province*. New México Historic Preservation Program.
- Martínez Delgado, G. (2021a). Hacer historia urbana en América Latina: generaciones, ideas de ciudad y procesos urbanos. In G. Mejía Pavony & G. R. Martínez Delgado (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 25–56). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador.
- Martínez Delgado, G. (2021b). Hacer historia urbana en América Latina: generaciones, ideas de ciudad y procesos urbanos. In G. Martínez Delgado & G. R. Mejía Pavony (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 25–56). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador.
- Martínez Delgado, G. (2021c). La historiografía urbana en México, una larga historia y un balance de conjunto: de las viejas inquietudes a las nuevas incertidumbres y escenarios. In G. Martínez Delgado & G. R. Mejía Pavony (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 129–182). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador.
- Martínez Delgado, G., & Mejía Pavony, G. R. (2021). *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*.

- Martínez Lazo, J. A., Sánchez Reyes, D. O., & Chacón Anaya, D. (1998). *Salvemos las acequias, la vida del campo dentro de ciudad Juárez como patrimonio cultural y ambiental*. Instituto Municipal de Investigación y Planeación, Junta Metropolitana de Aguas y Saneamiento, MERIADO107.
- Martinez, O. J. (2018). *The Border Economic Heritage. Saga of a Legendary Border City*. University of Arizona Press.
- Mecham, J. L. (1926). Antonio de Espejo and His Journey to New Mexico. *The Southwestern Historical Quarterly*, 30(3), 114–138.
- Mejía Pavony, G. R. (2000). *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Mejía Pavony, G. R. (2021a). El espacio y el tiempo. Un ensayo para estudiar la ciudad en clave de historia urbana. In G. Martínez Delgado & G. R. Mejía Pavony (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 99–126). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador.
- Mejía Pavony, G. R. (2021b). El espacio y el tiempo. Un ensayo para estudiar la ciudad en clave de historia urbana. In G. Martínez Delgado & G. R. Mejía Pavony (Eds.), *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina* (pp. 99–126). Universidad de Guanajuato, Pontificia Universidad Javeriana, FLACSO Ecuador. <https://doi.org/10.46546/2021-17>
- Mendiola Galván, F. (2002). *El arte rupestre en Chihuahua: Expresión cultural de nómadas y sedentarios en el norte de México*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto Chihuahuense de la Cultura.
- Mendiola Galván, F. (2008a). La investigación arqueológica en el Desierto de Chihuahua. *UEHS-Boletín*.
- Mendiola Galván, F. (2008b). *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Miller, M. R. (2001). Post-Pueblo, Protohistoric, and Early Mission Period Archeology in Western Trans-Pecos Texas and South-Central New Mexico, A.D. 1450-1680. *Bulletin of the Texas Archeological Society*, 72, 105–163.
- Miller, M. R. (2005). Revision of the Jornada Mogollon Ceramic Period Sequence and Alignment with the Greater Southwest. In *Archaeology between the Borders: Papers from the 13th Biennial Jornada Mogollon Conference* (pp. 59–88). El Paso archaeological society.

- Miller, M. R., & Kenmotsu, N. (2004). Prehistory of the jornada mogollon and eastern trans-pecos regions of West Texas. In *Prehistory of Texas* (pp. 205–265). Texas A and M University Press.
https://books.google.com/books/about/The_Prehistory_of_Texas.html?hl=es&id=LUVTFUXJpZgC
- Minnis, P. E., & Whalen, M. E. (2015). *Ancient Paquimé and the Casas Grandes World*. University of Arizona Press.
- Mirafuentes, J. L. (1993). Las tropas de indios auxiliares: conquista, contrainsurgencia y rebelión en Sonora. 13(013). *Estudios de Historia Novohispana*, 13(13), 93–114.
- Moorhead, M. L. (1991). *The Presidio: bastion of the Spanish borderlands*. University of Oklahoma Press.
- Moreno Toledano, L. A., & Ariza Ampudia, V. (2019). El concepto de patrimonio, pistas para entender el centro de Ciudad Juárez como legado histórico. In C. Acosta (Ed.), *Covergencias del diseño y la construcción VI, arquitectura, ingeniería civil y urbanismo* (pp. 26–41). Instituto de Arquitectura Diseño y Arte Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Morte Acín, A. (2011). Sor María de Ágreda y la orden franciscana en América. *Antíteses*, 4(7), 291–316.
- Mumford, L. (1966). *The City in History*. Pelican book.
- Muñiz García, D. A., & Sumano Ortega, K. (2019). Cerámica y lítica como indicadores de cambio y persistencia tecnológicos durante el período de contacto en el poniente de la Cuenca de México. *Vestígios - Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica*, 1(13), 137–160.
<https://doi.org/10.31239/vtg.v1i13.14939>
- Musset, A. (2012). *Ciudades nómadas del nuevo mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- New México Archives Online. (2022). *Collection: Spanish Archives of New Mexico I*.
<https://nmarchives.unm.edu/repositories/17/resources/3113>
- Nietzsche, F. (2000). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Edaf.
- Nirenberg, D. (2015). *Communities of Violence*. Princeton University Press.
<https://doi.org/10.1515/9781400866236>
- Norberg-Schulz, C. (1979). *Genius loci: Towards a Phenomenology of Architecture*. Academy Editions, University of Minnesota.
- Norris, F. T., & Pauketat, T. R. (2008). A pre-columbian map of the Mississippi? *Southeastern Archaeology*, 27(1), 78–92.

- Oakah, J. L. (1996). *Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*. University of Oklahoma Press.
- Obregón, B. de. (1986). *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*. Ediciones del Gobierno del Estado de Chihuahua.
- Olsen, B. (2010). *In defense of things: archaeology and the ontology of objects*. Rowman Altamira.
- Onofre, A. de. (1788). *Presidio de San Elceario*. Archivo General de Simancas, Provincias Internas, SGU, LEG,7019,3 1788.
- Orozco, V. (1991). *Chihuahua: sociedad, economía, política y cultura*. Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades.
- Orozco, V. (2012a). *Ciudad Juárez. La nombradía varia. Desde los orígenes hasta la modernidad*. Milenio.
- Orozco, V. (2012b). Vida cotidiana en las postrimerías de El Paso colonial. In V. Orozco (Ed.), *En La nombradía varia. Desde los orígenes hasta la modernidad: Vol. I* (pp. 67–89). Milenio.
- Ortelli, S. (2005). Del discurso oficial a las fuentes judiciales. El enemigo y el proceso de mestizaje en el norte novohispano tardocolonial. *Memoria Americana*, 13, 53–81.
- Ortelli, S. (2007). *Trama de una guerra conveniente: Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*. El Colegio de México AC.
- Ortelli, S. (2014). Vivir en los márgenes. Fronteras porosas y circulación de población en la Nueva Vizcaya tardo colonial. *Anuario de Historia Regional y de Las Fronteras*, 2014: 39-57., 19(1), 39–57.
- Osante, P. (2020). El impacto de las reformas borbónicas en el noreste de Nueva España: el caso del Nuevo Santander. In P. Osante, J. E. Covarrubias Velasco, J. Manríquez, J. D. Vidargas del Moral, & N. Leyva (Eds.), *Caminos y vertientes del septentrión mexicano: Homenaje a Ignacio Del Río* (pp. 103–120). Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas.
- Paniagua Pérez, J. (2013). El proyecto fracasado del último obispado del norte de la Nueva España. Hacia la creación de la diócesis de Nuevo México. *Anuario de Estudios Americanos*, 70(1). <https://doi.org/10.3989/aeamer.2013.1.04>
- Panich, L. M. (2013). Archaeologies of Persistence: Reconsidering the Legacies of Colonialism in Native North America. *American Antiquity*, 78(1). <https://doi.org/10.7183/0002-7316.78.1.105>
- Patterson, A. (1992). *A field guide to rock art symbols of the greater Southwest*. Big Earth Publishing.

- Perez, E. (2016). *Archeological and Historical Background Study of Castner Range, Fort Bliss Military Installation, El Paso County, Texas*. Castner Range National Monument.
- Pérez González, P. G. M. L. (2001). Los caminos reales de América en la legislación y en la historia. *Anuario de Estudios Americanos*, 58(1), 33-60., 58(1), 33–60.
- Perttula, T. K., Miller, M. R., Ricklis, R. A., Prikryl, D. J., & Lintz, C. (1995). Prehistoric and historic aboriginal ceramics in Texas. *Bulletin of the Texas Archeological Society*, 66, 175–235.
- Peterson, J. A. (1999a). Lost Missions and Other Spanish Colonial Sites in the Lower Valley of El Paso. In *Proceedings: Speakers Series El Camino Real from Mexico City to Santa Fe* (pp. 103–138). Chamizal National Memorial.
- Peterson, J. A. (1999b). Lost Missions and Other Spanish Colonial Sites in the Lower Valley of El Paso. In *Proceedings: Speakers Series El Camino Real from Mexico City to Santa Fe* (pp. 103–138). United States Department of the Interior. National Park Service.
- Phelps, A. L. (1990a). A Clovis Projectile Point from the Vicinity of Samalayuca, Chihuahua, Mexico. *The Artifact*, 28(4), 49–52.
- Phelps, A. L. (1990b). A Paleo-Indian Presence in Northern Chihuahua-El Millon Site. *The Artifact*, 28(4), 53–61.
- Phillips, D. (2011). *Arqueología del Noroeste de México: Un rudo ensayo*. <https://www.unm.edu/~dap/nwm/introduccion.html>
- Piro/Manso/Tiwa Indian Tribe of the Pueblo of San Juan de Guadalupe, NM. (2020). Petitioner #005. Piro/Manso/Tiwa Indian Tribe of the Pueblo of San Juan de Guadalupe, NM. In <https://www.bia.gov/as-ia/ofa/005-pimati-nm>. U.S. Department of the Interior, Indian Affairs.
- Powell, P. W. (1975). *La Guerra Chichimeca (1550-1600)*. Fondo de Cultura Económica.
- Prieto Rodríguez, M. (2011). SETTLING PATTERNS: A METHODOLOGICAL TOOL FOR RECONSTRUCTING THE PAST. *Boletín Antropológico*. Año, 29.
- Radding, C. (1992). Población, tierra y la persistencia de comunidad en la provincia de Sonora, 1750-1800. *Historia Mexicana*, 41(4), 551–577.
- RAE, R. A. de la L. Española. D. de la lengua española. (2022). *caviloso, cavilosa* | Definición |. <https://dle.rae.es/caviloso>

- RAE, R. A. E. (2020, March 10). *Definición de sustrato*. Diccionario de La Lengua Española. <https://dle.rae.es/sustrato>
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Arca.
- Rapoport, A. (1967). Some Aspects of the Organization of Urban Space. *Response to Environment*, 18, 122–139.
- Rapoport, A. (1977a). *Human Aspect of Urban Form. Towards a Man—Environment Approach to Urban Form and Design*. Pergamon.
- Rapoport, Amos. (1969). *House form and culture*. Prentice-Hall Foundations of Cultural Geography.
- Rapoport, Amos. (1977b). *Environment Approach to Urban Form and Design*. Wheaton y Exeter.
- Rapoport, Amos. (1982). *The Meaning of the Built Environment. a nonverbal communication approaches*. The University of Arizona press.
- Rathje, W. L., & Cullen, M. (2001). *Rubbish! the archaeology of garbage*. University of Arizona Press.
- Renfrew, C., & Bahn, P. (2004). *Arqueología. Teoría, método y práctica*. Akal.
- Reséndez, A. (2007). *A land so strange: the epic journey of Cabeza de Vaca: the extraordinary tale of a shipwrecked Spaniard who walked across America in the sixteenth century*. 314.
- Reséndez, A. (2019). *La otra esclavitud: Historia oculta del esclavismo indígena* (S. Mastrangelo & Maia. Fernández-Miret, Eds.). Fondo de Cultura Económica.
- Rey, A. (1927). The Rodriguez Expedition to New México, 1581-1582. *New México Historical Review*, 2(3), 239–268.
- Reyes Escalante, A. Y., Álvarez González, C., Álvarez, J. A., Zapata Mendoza, K., Salas Román, A., Castañeda, L., Moreno, E., & Jáquez Ibarra, S. (2009). Historia de la Misión de San José. *Ciencia En La Frontera: Revista de Ciencia y Tecnología de La UACJ*, 7(3), 55–66.
- Reyes Valdez, A. (2004). *Pimas, pápagos y tepehuanes: Relaciones lengua-cultura entre los pueblos tepimanos del noroeste de México y el suroeste de los Estados Unidos*.
- Ricœur, Paul. (1995). *Teoría de la interpretación: discurso y excedente de sentido*. Universidad Iberoamericana, Depto. de Letras.
- Ricouer, P. (2002). Arquitectura y narratividad. In *Arquitectura y hermeneutica* (pp. 9–30). UPC.
- Roberts, T. E. (2019). Hueco Tanks State Park and State Historic Site. New Archeological Surveys and Monitoring at Hueco Tanks State Park and Historic Site. In R. B. Mahoney (Ed.), *Report of*

- Archeological Investigations for 2018. Cultural Resources Program. Texas Antiquities Permit No. 8278.* (pp. 99–132). State Parks Division.
- Rocek, T. R. (2018). Jornada Huts and Houses Implications of Formative Architectural Diversity in the Jornada. In *Late Prehistoric Hunter-Gatherers and farmers of the Jornada Mogollon* (pp. 26–40). University Press of Colorado. <https://doi.org/10.5876/9781607327950.c002>
- Rocek, T. R., & Kenmotsu, N. A. (2018a). Diversity and Change in a “Marginal” Region and Environment. In *Late Prehistoric Hunter-Gatherers and farmers of the Jornada Mogollon* (pp. 5–25). University Press of Colorado. <https://doi.org/10.5876/9781607327950>
- Rocek, T. R., & Kenmotsu, N. A. (2018b). *Late Prehistoric Hunter-Gatherers and Farmers of the Jornada Mogollon*. University Press of Colorado. <https://doi.org/10.5876/9781607327950>
- Rodríguez Rodríguez, J. (1999). *El palimpsesto de la ciudad*. Ciudad Educadora.
- Rojas, B. (2016). *Las ciudades novohispanas. Siete ensayos. Historia y territorio*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Romero, J. L. (2013). *La ciudad occidental: culturas urbanas en Europa y América*. Siglo veintiuno editores.
- Romo Dorado, D. (2019). *Early Historic Apache Settlement on the North Bank of Rio Grande Oposite El Paso del Norte in 1778-1781, 1787, 1790-1794, 1796, 1806, 1812, 1825*. Mecanuscrito inédito.
- Rossi, A. (1982). *La arquitectura de la ciudad*. Siglo XXI.
- Roulet, F. (2004). Con la pluma y la palabra. El lado oscuro de las negociaciones de paz entre españoles e indígenas. *Revista de Indias, LXIV* (231). <https://doi.org/10.3989/revindias.2004.i231.543>
- Ruiz Guadalajara, J. C. (2010). El capitán Miguel Caldera y la frontera chichimeca: entre el mestizo historiográfico y el soldado del rey. *Revista de Indias, 70*(248). <https://doi.org/10.3989/revindias.2010.002>
- Ruiz Ibáñez, J. J. (2013). *Las vecindades de las monarquías ibéricas*. 418. <http://ezproxy.si.unav.es:2048/login?url=http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&AuthType=ip,url&db=catalog00378a&AN=bnav.b3190936&lang=es&site=eds-live>
- Ruiz Quiroz, D. (2018). *Recuperación de Caminos Rurales en la mancha urbana en Ciudad Juárez*.
- Sahagún, B. de. (2009). *Historia general de las cosas de la Nueva España: Vol. II*. Linkgua.

- Salazar Ilaguerri, J. (1853). *Línea divisoria entre México y los Estados Unidos*. Mapoteca Manuel Orozco y Berra.
- Salgado Ruelas, S. (2013). Libros manuscritos y bibliotecas novohispanas en la Biblioteca Nacional de México. *Inventio, La Génesis de La Cultura Universitaria En Morelos*, 17, 57–63.
- Sánchez, G., & Carpenter, J. (2012). Paleoindian and archaic traditions in Sonora, Mexico. In B. Bousman & B. Vierra (Eds.), *From the Pleistocene to the Holocene: Human Organization and Cultural Transformation in Prehistoric Norte America* (pp. 12–148). Texas A&M University Press.
- Sánchez, J. P. (1998). Juan de Oñate and the Founding of New Mexico, 1598-1609. *Colonial Latin American Historical Review*, 7(2), 88–107.
- Sánchez, J. P. (1999). El Camino Real de Tierra Adentro: An Historical Overview. In *Proceedings: Speakers Series El Camino Real from Mexico City to Santa Fe* (pp. 33–81). United States Department of the Interior. National Park Service.
- Sanchez, J. P. (2016). La Ruta de Oñate: Early Parages of Northern Chihuahua and Southern New Mexico Along the Camino Real de Tierra Adentro. *Southern New México Historical Review*, XXIV, 11–24.
- Sánchez Mairena, A. (2014). Acercando los archivos a los ciudadanos. Una experiencia desde el Portal de Archivos Españoles (PARES) del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. *Arbor*, 190(765), a103. <https://doi.org/10.3989/arbor.2014.765n1010>
- Sánchez Reyes, D. O. (1994). *Ciudad Juárez. El legendario Paso del Norte*. H. Congreso del Estado de Chihuahua, LVII Legislatura, Comité Editorial; Gobierno del Estado de Chihuahua.
- Sandoval Rivas, L. G. (2018). La conformación de una ciudad fronteriza en el desierto. In L. Peña (Ed.), *Patrimonio y ciudades de las culturas del desierto* (pp. 89–110). Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Santiago, M. (2018). *A bad peace and a good war: Spain and the Mescalero Uprising of 1795–1799*. University of Oklahoma Press.
- Santiago Quijada, G. (1998). *Cambios y permanencias en la estructura de la propiedad de la tierra y conformación urbana de Ciudad Juárez, 1888-1935*.
- Santiago Quijada, G. (2002). *Propiedad de la tierra en Ciudad Juárez, 1888 a 1935*. El Colegio de la Frontera Norte, New México State University, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Eón. Colección Paso del Norte.

- Santiago Quijada, G. (2012). Poblamiento y configuración espacial de Paso del Norte. In V. Orozco (Ed.), *Ciudad Juárez. La nombradía varia. Desde los orígenes hasta la modernidad: Vol. I* (pp. 127–163). Milenio.
- Santiago Quijada, G. (2013). *Políticas federales e intervención empresarial en la configuración urbana de Ciudad Juárez, 1940-1992*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y El Colegio de Michoacán.
- Santiago Quijada, G. (2018a). Preservación documental del Archivo Histórico de la Catedral de Ciudad Juárez: algunos trazos temáticos para reconstruir su historia. *Chihuahua HOY*, 16. <https://doi.org/10.20983/chihuahuahoy.2018.16.1>
- Santiago Quijada, G. (2018b). Preservación documental del Archivo Histórico de la Catedral de Ciudad Juárez: algunos trazos temáticos para reconstruir su historia. *Chihuahua HOY*, 16, 15–34. <https://doi.org/10.20983/chihuahuahoy.2018.16.1>
- Santiago Quijada, G., & Berumen Campos, M. A. (2004). *La Misión de Guadalupe. Cuadro x cuadro, imagen y palabra*. H. Ayuntamiento de Ciudad Juárez.
- Santley, B., Stark, B., Johnston, K., & Smith, M. (2012). Urban Open Spaces in Historical Perspective: A Transdisciplinary Typology and Analysis. *Urban Geography*, 33(8), 1089–1117.
- Sauer, C. (1980). Introducción a la geografía histórica. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 2(1), 35–56.
- Scarborough, V. L. (1985). Anapra Pueblo. *The Artifact*, 23(1), 129–136.
- Schaafsma, P. (1986). *Indian rock art of the Southwest*. University of Nuevo Mexico Press.
- Schafer, P. K., & McMichael, H. (2015). Analysis and Edition of “Deposition of several Tigua, Tano and Piro Indians before Antonio de Otermín, governor of New Mexico, concerning a suspected revolt against the Spanish” El Paso, July 19-August 1, 1683. *UC Berkeley: Research Center for Romance Studies*.
- Schafer, P. K., McMichael, H., & Craddock, J. R. (2015). Analysis and Edition of “Deposition of several Tigua, Tano and Piro Indians before Antonio de Otermín, governor of New Mexico, concerning a suspected revolt against the Spanish” El Paso, July 19-August 1, 1683. *UC Berkeley Cibola Project*.
- Schávelzon, D. (2020). La Noria y los paradigmas de la arqueología urbana. *Urbania. Revista Latinoamericana de Arqueología e Historia de Las Ciudades*, 9, 15–21.

- Scholes, F. v. (1930). The Supply Service of the New Mexican Missions in the Seventeenth Century. *New México Historical Review*, 5(1), 93–115. <https://digitalrepository.unm.edu/nmhr/vol5/iss1/6>
- Secretaría de Relaciones Exteriores. (1957). *Tratados y convenciones sobre límites y aguas entre México y los Estados Unidos*. Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Sellers-Garcia, S. (2020). *The Woman on the windowsill. A tale of mystery in several parts*. Yale University Press.
- Seymour, D. J. (2017). Fierce, Barbarous, and Untamed: Ending Archaeological Silence on Southwestern Mobile Peoples. In D. J. Seymour (Ed.), *Fierce and indonutable: the protohistoric non-Pueblo world in the American Southwest* (pp. 1–16). The University of Utah Press.
- Sheridan Prieto, C. (2001). "Indios madrineros". Colonizadores tlaxcaltecas en el noreste novohispano. *Estudios de Historia Novohispana*, 24(24), 15–51.
- Sheridan Prieto, C. (2015). *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. CIESAS.
- Silliman, S. (2001). Agency, practical politics, and the archaeology of culture contact. *Journal of Social Archaeology*, 1(2). <https://doi.org/10.1177/146960530100100203>
- Simmons, M. (1993). The last conquistador, Juan de Onate and the settling of the far Southwest. In *elibrary.ru*. University of Oklahoma Press. <https://elibrary.ru/item.asp?id=8653522>
- Small, D. B. (2006). Factoring the Countryside into Urban Populations. In G. R. Storey (Ed.), *Urbanism in the preindustrial world: cross-cultural approaches* (pp. 317–329). The University of Alabama Press.
- Smith, M. (2007). Form and Meaning in the Earliest Cities: A New Approach to Ancient Urban Planning. *Journal of Planning History*, 6(3), 3–47.
- Smith, M. (2014). The Archaeology of Urban Landscapes. *Annual Review of Anthropology*, 43(1), 307–356.
- Smith, M. E. (2007). Form and Meaning in the Earliest Cities: A New Approach to Ancient Urban Planning. *Journal of Planning History*, 6(1). <https://doi.org/10.1177/1538513206293713>
- Spiro Kostof, R. T. (2012). *The city shaped: urban patterns and meanings through history*. Bulfinch Press.
- Staines Orozco, E. (2008). Ciudad Juárez: arquitectura, memoria y olvido. *Archipiélago*, 62, 52–56.
- Stanley, B. W., Dennehy, T. J., Smith, M. E., Stark, B. L., York, A. M., Cowgill, G. L., Novic, J., & Ek, J. (2016). Service Access in Premodern Cities. *Journal of Urban History*, 42(1), 121–144. <https://doi.org/10.1177/0096144214566969>

- Stanley, B. W., Stark, B. L., Johnston, K. L., & Smith, M. E. (2012). Urban Open Spaces in Historical Perspective: A Transdisciplinary Typology and Analysis. *Urban Geography*, 33(8). <https://doi.org/10.2747/0272-3638.33.8.1089>
- Stark, M. (1998). Technical choices and social boundaries in material culture patterning: An introduction. In M. Stark (Ed.), *The archaeology of social boundaries*. (pp. 1–11). Smithsonian Institution Press.
- Stratta, F. (2011). La disputa por el espacio urbano. Las tomas de tierra en el Gran Buenos Aires durante los años ochenta. *Revista Herramienta*, 15(48), 1–12.
- Suárez Mayorga, A. M. (2020). La Historia Urbana como campo de conocimiento. In S. Martínez Botero & A. M. Suárez Mayorga (Eds.), *Repensando la Historia urbana: Reflexiones históricas en torno a la ciudad colombiana* (pp. 25–42). Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.
- Sutherland, K. (2015). *Rock Paintings. At Hueco Tanks State Historic Site*. Texas Parks & Wildlife. [texasbeyondhistory.net](https://www.texasbeyondhistory.net/paso/excavations.html). (2022). *Excavations at the Ysleta Jacal Site*. <https://www.texasbeyondhistory.net/paso/excavations.html>.
- Timmons, W. (1990). *El Paso. A borderlands history*. Westren Press.
- Turpin, S. A. (1996). West of the Pecos: Prehistoric Adaptations in the Transition to the Eastern Trans-Pecos Region. *The Journal of Big Bend Studies*, 8, 1–14.
- University of California at Berkley. (2022). *Cibola Project*. https://escholarship.org/uc/rcrs_ias_ucb_cibola
- UTEP, U. of T. at E. P. (2022). *Special Collections*. <https://www.utep.edu/library/special-collections/>
- Vallebuena Garcinava, M. (2005). *Civitas y Urbs: la conformación del espacio urbano de Durango*. Universidad de Juárez del Estado de Durango, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Vallebuena Garcinava, M., & de la Cruz Pacheco, J. (2014). El Camino Real de Tierra Adentro, eje de comunicación del septentrión novohispano. *Xihmaj*, 9(18), 1–30.
- Vázquez, D. (2004). *Las misiones franciscanas en chihuahua pistas y referencias para su investigación*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Velasco Ávila, C. (2015). *Pacificar o negociar: los acuerdos de paz con apaches y comanches en las Provincias Internas de Nueva España, 1784-179*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Velasco Murillo, D. (2016). *Urban Indians in a Silver City*. Stanford University Press. <https://doi.org/10.1515/9780804799645>

- Velázquez de la Cadena, P. (1657). *Carta sobre la necesidad de religiosos para las conversiones de los indios en la Custodia de Nuevo México*. Archivo Franciscano, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, AFRA AF 19/408.1, f. 1-6v.
- Wals, V. (1951). *History of the El Paso Area 1680-1692*.
- Weber, D. J. (2000). *La frontera española en América del Norte* (Primera en). Fondo de Cultura Económica.
- Weber, D. J. (2004). *Spanish Frontier in North America*. Yale University Press.
- Weigand, P. C. (2011). Estrategias de subsistencia durante la sequía entre los Tepecanos de San Lorenzo Azqueltán. In E. Williams & P. C. Weigand (Eds.), *Patrones de asentamiento y actividades de subsistencia en el Occidente de México. Reconocimiento a la Doctora Helen P. Pollard* (pp. 329–350). El Colegio de Michoacán.
- Whalen, M. (1985). Early Pithouse Period Research in the Hueco Bolson. *The Artifact*, 23(1), 97–108.
- Whalen, M. E. (1977). Settlement patterns of the eastern Hueco Bolson. In [Texas Western Press]. Texas Western Press.
- Wheaton, G., & Stephens, R. L. (2009). Possible Manso Occupation at Site LA129533 near El Paso, Texas. *Kiva*, 74(3), 337–351.
- Wilcox, M. v. (2009). *The Pueblo Revolt and the Mythology of Conquest an Indigenous Archaeology of Contact*. University of California Press Berkeley.
- Wirth, L. (1962) El urbanismo como modo de vida. Buenos Aires: Ediciones 3.
- Wiseman, R. N. (1985). Proposed Changes in Some of the Ceramic Period Taxonomic Sequences of the Jornada Branch of the Mogollon. *The Artifact*, 23(1), 9–18.
- Wiseman, R. N. (2019). *Prouning the Jornada Branch Mogollón: Changing perspectives Prehistoty of Southeastren New Mexico*. University of New México Press.
- Wolf, E. (1993). *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Worcester, D. E. (2019). *Los apaches Águilas del sudoeste*. Ediciones Península.
- Yoffee, N. (2009). Making Ancient Cities Plausible. *Reviews in Anthropology*, 38(4).
<https://doi.org/10.1080/00938150903331171>